

Francisco Casero Viana

EN UN IMPERIO OLVIDADO



Lectulandia

Una novela de aventuras, en la Nueva España del siglo XVIII, en lo que posteriormente serían los Estados Unidos de América y México.

El relato de la vida de Pablo, un muchacho vasco —guipuzcoano, nacido en Lezo, para más señas— que, tras escuchar cuando mozalbete las historias narradas por marineros regresados de las colonias del Nuevo Mundo, al cumplir los 19 años y tras el fallecimiento de su padre, decide embarcarse en un navío de línea español, como ayudante artillero, para viajar hasta aquellas lejanas tierras conquistadas por la Corona española con la humana intención de salir de la miseria en la que había vivido hasta entonces y hacer fortuna.

Pablo sabía, por las historias relatadas por marineros vascos, de los españoles que habían explorado, casi doscientos años antes la costa sur de Nueva España, desde la Florida, atravesando la cordillera de los Apalaches, hasta llegar a Alabama, Misisipí y Luisiana, adentrándose después en territorio de Texas, Nuevo México y Arizona para llegar al Océano Pacífico.

Pablo vive en su periplo un enfrentamiento naval con una fragata inglesa en aguas gallegas, mantiene una relación amorosa con una india taina, sostiene diferentes enfrentamientos armados contra los ingleses e indios Creek en Santiago de Cuba y posteriormente en San Agustín de la Florida, sufre huracanes en su viaje a Veracruz, donde se hace arriero para sobrevivir, de nuevo sostiene una lucha contra indios Yaquis en su marcha a Guanajuato, posteriormente conoce a un capitán del regimiento de dragones de cuera, y a su hija, que lo marcará para el resto de su vida, doma caballos semisalvajes, lucha de nuevo contra indios huastecos, apaches lipan y comanches en su viaje en caravana hacia Texas.

Lectulandia

Francisco Casero Viana

En un imperio olvidado

ePub r1.0

Titivillus 04.01.18

Título original: *En un imperio olvidado*

Francisco Casero Viana, 2017

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

A José Ferre Cauzel, pintor realista español, por la cesión de su obra para la portada de esta novela.

A Alexia Jorques, por los desvelos para lograr una cubierta formidable.

A mi buen amigo Lucas del Castillo Agudo, por su prólogo sincero.

A mi buen amigo Ruben Forcadell, por todos los consejos y la ayuda prestada en la consecución de esta novela.

A mi esposa Lola, por su paciencia.

«Es la gloria del tiempo, zanjar riñas de reyes, descubrir los embustes y desvelar verdades, poner su sello eterno sobre lo que envejece, despertar la mañana y velar la noche antes dar justicia al injusto y enmendar sus desmanes, tirar fatuas ciudades con su impecable paso y desgastar el brillo de áureos torreones altos».

*WILLIAM SHAKESPEARE.
La violación de Lucrecia.*

«Podemos hacer cualquier cosa con la historia salvo escapar de ella».

ABRAHAM LINCOLN.

PRÓLOGO

Hay amigos que te aprecian tanto, que te enfrentan a retos difíciles como escribir un prólogo para su novela; mejor dicho para una de sus novelas.

Así que tengo que enfrentarme a prologar las aventuras de Pablo Azenaritz, pero como soy novato en esta tarea de prologar, primero tuve que averiguar que es un prólogo y la RAE me informa: Texto preliminar de un libro escrito por el autor o por otra persona que sirve de introducción a su lectura.

Pero antes de hablar de Azenaritz quisiera presentar la mente que le ha creado: obviamente se trata de mi buen amigo Francisco Casero Viana.

Conocí a Francisco hace unos años y no por su actividad literaria. Le encontré pegado a una caña de pescar, afición esta de sacar peces del agua o al menos de intentarlo, que compartimos, y siendo el más experto me arroja con sus consejos. En esas charlas que germinan y crecen a la espera de algún pez con vocación de pescado, emergen pasiones y aficiones, y afloró nuestro gusto por los libros y por la lectura, y más allá por la escritura.

Francisco me confió la lectura de *Muyahidín*, una mezcla de realidad y política ficción que desentraña a través de la ficción literaria, la estrecha relación entre los servicios de inteligencia occidentales y el terrorismo islámico; relación que alcanza tintes «diabólicos» en otro de sus escritos titulado «Bandera Falsa». Posteriormente disfruté de su novela «Desde la terraza», un texto de sentimientos, un relato de amor frustrado por la naturaleza cruel que a menudo viste a la historia, por el terrible incontrolado y consentido genocidio que fueron las matanzas en Ruanda, un contraste entre el odio racial y el amor interracial, entre el éxito y el fracaso del reconocimiento artificial e interesado por algunas potencias internacionales.

En estos relatos, descubrí un desarrollo de ficción pero con raíces en un profundo trabajo de documentación, alimentado tanto en las fuentes oficiales como en canales alternativos, y una inspiración en charcas conspirativas. Son pues estas novelas, el resultado de un atrevimiento imaginativo, sustentado en el esfuerzo y dedicación a la investigación de los hechos históricos que forman el entorno de los relatos.

En esta nueva novela, Francisco pone de nuevo en juego la ficción para narrarnos hechos históricos más alejados en el tiempo pero más próximos a nuestra tradición: las peripecias del joven vasco Pablo Azenaritz, uno de los muchos españoles que desde el descubrimiento del Nuevo Mundo, por razones diversas, tomaron el camino de Indias en busca de ventura y de aventura, de fortuna, y en muchos casos también de libertad. El camino a recorrer no era un viaje de placer; Pablo Azenaritz llega a América en plena convulsión por la guerra con Inglaterra, una guerra poco conocida en su vertiente americana, escucha los relatos de los enfrentamientos de Blas de Lezo con la flota británica y cómo más de 180 navíos ingleses no fueron capaces de

doblegar al español, que apenas disponía de 6 barcos de guerra. Y vemos como los ingleses dominaban ya la tecnología de mercado y sabían ocultar la derrota, y cómo los españoles ya éramos expertos en ocultar nuestras victorias en un marasmo de envidias fratricidas.

Las peripecias de Pablo Azenaritz, no las quiero llamar aventuras —un término que puede ser frívolo—, peripecias de la lucha por la superación en la supervivencia; a veces al abrigo de la solidaridad, a veces enfrentándose a enemigos poco escrupulosos.

En resumen, un relato con una clara reivindicación histórica, de cómo se realizó la conquista española, una conquista que se hizo a sangre y fuego, como toda conquista, pero con un cierto respeto a los conquistados, y el esfuerzo del protagonista para alcanzar la meta de la ventura.

Con su lectura aprenderemos algo de nuestra historia y aprenderemos el valor del sacrificio para lograr las ambiciones personales que casi todo ser humano lleva en la sangre.

Lucas del Castillo Agudo.
Catedrático de Microbiología.
Departamento de Microbiología y Ecología.
Facultad de Farmacia. Universidad de Valencia.

Siglo XVIII.

ESPAÑA EN NORTEAMÉRICA

La historia de la conquista de Norteamérica por parte de España se inició trescientos años antes de que se llegasen a constituir los actuales Estados Unidos de América y mucho antes de que los anglosajones llegaran a crear sus trece colonias británicas en la costa este del nuevo mundo.

Para entonces, España había combatido o pactado con las tribus Ais, Creek, Kalusa, Mikasuki, Yamasi o Timicua, durante la conquista de los territorios de La Florida y Apalaches; Olmecas, Aztecas, Méxicas, Tlaxcaltecas, Apaches lipan, Comanches, Siux, Chellenes, Pueblo o Navajos, en México, Nuevo México, Arizona, Texas, o Las Californias, en un vasto territorio, casi siempre hostil y en gran parte desértico, que se extendía desde las costas de Veracruz hasta las gélidas tierras de Alaska, donde tropezaron con el Imperio Ruso.

La presencia de España en aquellas tierras, solo terminó por la imposición de las armas, cuando tras la desastrosa guerra contra la Francia napoleónica, incapaz de mantener aquellos alejados territorios, sucumbió ante el avance de las trece ex-colonias inglesas que constituyeron los nuevos Estados Unidos de Norteamérica.

No es esta una novela histórica en el sentido más ortodoxo del género literario. Sí es, más bien, el relato de la vida de Pablo, un muchacho vasco —guipuzcoano, nacido en Lezo, para más señas—, que tras escuchar cuando mozalbete las historias narradas por marineros regresados de la colonia de Nueva España, al cumplir los 19 años y tras el fallecimiento de su padre, decidió embarcarse para viajar hasta aquellas lejanas tierras conquistadas por la Corona española, que llegaban a alcanzar los 20 millones de kilómetros cuadrados.

Pablo sabía, que Alvar Núñez Cabeza de Vaca había explorado, casi doscientos años antes, la costa sur de Nueva España, desde la Florida, atravesando la cordillera de los Apalaches, hasta llegar a Alabama, Misisipí, y Luisiana, adentrándose después en territorio de Texas, Nuevo México y Arizona, para llegar al Océano Pacífico en lo que se dio a llamar Las Californias; territorios que pasaron a anexionarse al Imperio español, dentro del Virreinato de Nueva España.

Los enfrentamientos navales entre España e Inglaterra eran frecuentes, debiendo la Corona española reforzar la vigilancia en las costas de sus nuevos territorios e impedir el contacto entre los habitantes de las colonias y los comerciantes ingleses.

Pero, en fin, lo mejor es que empecemos a conocer la historia de Pablo, y sepamos qué fue lo que le aconteció.

PRIMERA PARTE

La Herrería

Pablo Azenaritz, hijo de Juan Azenaritz y de Iratxe Itziaga, se crió, como quien dice, junto a la fragua en la que trabajaba su padre como maestro principal ancorero en su herrería de Lezo.

Pablo nació en marzo de 1717, en un mísero caserío de Lezo, en Guipúzcoa, no muy lejos del puerto de Pasajes y próximo al río Oiarzun, sin poderse confirmar con precisión en qué día ocurrió el acontecimiento.

Iratxe, su madre, era una mujer delgada, de aspecto rústico, voluntariosa y trabajadora, con una visión clara de las cosas y una idea inequívoca de lo esencial, aunque al pequeño lo tratase con cierta permisividad en sus correrías por el caserío. Se hacía cargo de las labores de la casa y cuidaba el poco ganado que poseían: cuatro caballos vascos de mediana alzada para tiro y arado, un par de vacas, un buey y seis ovejas, que mantenían en un amplio cercado de pasto verde dentro de los terrenos del caserío; tres puercos que alimentaban en unas cochineras anejas a la casa y dos perros pastores vascos de raza Gorbeiakoa. Los animales les procuraban la necesaria carne y leche para el consumo diario con la que producir algunos quesos, mientras en el huerto, Iratxe cultivaba berzas, patatas, legumbres y verduras propias de la estación.

El caserío fue construido primitivamente con largos troncos de roble que ejercían las funciones de pilastras y vigas horizontales para sostén del piso alto o granero, de la techumbre a dos aguas y de las paredes de tablas, aunque con el tiempo se fue reformando hacia un caserío edificado «*de cal y canto*», pagando el padre de Juan Azenaritz, un sueldo a las cuadrillas de canteros que tenían que sacar y trabajar la piedra.

La madera de roble, por el contrario, resultaba barata y accesible incluso para los campesinos más pobres, porque en los bosques públicos pertenecientes al Concejo se podían cortar gratuitamente todos los árboles necesarios para construir la vivienda.

Ya no existía peligro de asaltos ni robos, y en el corazón de la familia de Juan, cobró una importancia prioritaria el deseo de habitar una vivienda digna y duradera en sustitución de la destartada barraca en la que se habían refugiado hasta la fecha.

El nuevo caserío alcanzaba los 15 metros de altura, con una planta baja en la que se habilitaron graneros, establos y demás dependencias agrícolas, y dos plantas elevadas, con ventanas de madera, que servían de vivienda y dormitorios.

El tamaño de la primera planta era considerable, pues en ella solían hacer vida todos los miembros de la familia en torno a un fogón enorme de sillería, con chimenea al exterior por un costado del tejado, que servía tanto para cocinar como para cocer pan o calentar la vivienda mediante la combustión de grandes troncos de madera.

En el centro de la estancia, se había situado una larga mesa de madera aserrada

con bancos corridos como asiento. La planta baja se construyó con materiales de sillería o aparejo, y en ella se guardaba el ganado y los pastos recolectados, en dependencias anejas integradas en la misma construcción.

El tejado era longitudinal y a dos aguas, techado con teja curva, mientras que las plantas altas —*donde típicamente se situaban los dormitorios*—, eran también de sillería, con algunos materiales más ligeros como los entramados de madera y ladrillo. La entrada al caserío, fundamentada por un gran arco, daba paso a un pórtico de madera, abierto, desde el que se accedía a la zona de vivienda, graneros, establos y demás dependencias de la casa.

Un poco más alejado de la casona se hallaba un manzanal de reineta que el padre de Juan Azenariz, abuelo de Pablo, plantó con unas semillas que mandó traer de Astigarraga, y con cuyos frutos elaboraba una sidra para consumo propio, en un pequeño lagar junto al caserío, que luego mantenía en un enorme tonel de madera de castaño.

Juan Azenariz era un guipuzcoano piadoso y recto, recio como un roble, de buena estatura, fuertes y velludos brazos, manos encallecidas por el duro trabajo y con unas correctas facciones, dominadas por unos ojos sombríos y profundos. Herrero de profesión, a la muerte de su padre heredó una pequeña ferrería junto al caserío de su propiedad, a dos leguas escasas de Lezo, en la que fabricaba cadenas, calabrotes, pequeños anclotes, clavazón retorcido y pernos cuadrados de hierro para encoramentar las varengas, genoles y ligazones, hasta la primera cubierta de los navíos que de vez en cuando se construían o reparaban en los astilleros del puerto de Pasajes. Aquellas eran naves de gran porte —*galeones, navíos de línea, galeazas y fragatas*— para las Armadas y Flotas Reales, para el corso y para la Carrera de Indias, además de otros barcos de mediano y pequeño tamaño para la pesca de bajura. Pero no todo fueron alegrías para el herrero.

En 1700, tras la muerte sin descendencia de Carlos II de España, alegaron derechos sucesorios a la corona española, el rey Luis XIV de Francia y el emperador Leopoldo I del Sacro Imperio Romano Germánico, debido a que ambos estaban casados con infantas españolas, hijas de Felipe IV y, además, las madres de ambos eran hijas de Felipe III.

El problema sucesorio se produjo, porque tanto Ana de Austria, madre de Luis XIV, como María Teresa de Austria, esposa de Luis XIV y madre del Gran Delfín, habían renunciado a sus derechos sucesorios a la Corona de España, por ellas y por sus descendientes, mientras que los hijos del emperador Leopoldo I, primo hermano de Carlos II, aunque tenían un parentesco menor que el Gran Delfín, se sentían con el pleno derecho a la corona de España tras la renuncia sucesoria de Ana y María Teresa de Austria, y con ellas su descendencia.

—En términos legales, la situación sucesoria era compleja, ya que ambas

familias, Borbones y Austrias, podían reclamar derechos a la corona española, pero el 2 de octubre de 1700, un mes antes de su muerte, Carlos II testó a favor de Felipe de Anjou, hijo segundo del Delfín de Francia y nieto de Luis XIV, a quien nombró: *«sucesor... de todos mis Reinos y dominios, sin excepción de ninguna parte de ellos»* —con lo que invalidaba los dos tratados de partición.

El 9 de noviembre de 1700, se confirmaba en Versalles, que Carlos II había nombrado como su sucesor a Felipe de Anjou, creando un profundo debate entre los consejeros de Luis XIV, ya que la aceptación del testamento supondría la ruptura del Segundo Tratado de Partición, suscrito en marzo con el reino de Inglaterra y con las Provincias Unidas.

El embajador francés en Londres, relató la duda de Luis XIV: *«se sentía contento por la reunión de las dos monarquías, pero preveía que ello podía conducir a una guerra que se había propuesto evitar»*.

Luis XIV, finalmente respaldó el testamento. El 12 de noviembre de 1700, hizo pública la aceptación de la herencia, en una carta destinada a la reina viuda de España, en la que decía:

«Nuestro pensamiento se aplicará cada día a restablecer por una paz inviolable, la monarquía de España al más alto grado de gloria que haya alcanzado jamás. Aceptamos en favor de nuestro nieto, el duque de Anjou, el testamento del difunto rey católico».

Se temió en Europa, que existiese la posibilidad de que gobernase Felipe de Anjou, nieto del rey de Francia, y que ambos países se unieran como una única potencia, cuyo poder excesivo amenazaría a Inglaterra, las Provincias Unidas de los Países Bajos y al Sacro Imperio Romano Germánico, todos ellos partidarios de la ocupación del trono español por Carlos de Austria.

Para evitarlo, se formó una alianza entre Inglaterra, Países Bajos y el Sacro Imperio Romano Germánico, declarando la guerra en 1702, a la coalición franco-española, dando inicio a la guerra de sucesión española.

El conflicto terminó en 1713 con la firma del tratado de Utrecht, mediante el cual, España cedió a Gran Bretaña, Gibraltar y Menorca, y se comprometió a otorgarle el asiento de negros: un lucrativo negocio, basado en el comercio de esclavos africanos hacia las colonias españolas en América.

Con la subida de los Borbones al trono de España, se abolieron los fueros que disfrutaban antiguos reinos y provincias bajo el reinado de Carlos II, para integrarlos en la legislación castellana, favoreciendo unos intentos de reforma política y administrativa que no fructificaron en la creación de un mercado nacional, a nivel general de la monarquía.

Entre las medidas propuestas, destacó el traslado de las aduanas del Ebro a la costa, pero las protestas populares fueron inmediatas, porque las medidas afectaban de manera especial a Navarra, Bizkaia y Guipúzcoa, suponiendo un encarecimiento del trigo, dificultaba el contrabando —*actividad muy extendida*—, afectando todavía

más con ello la situación económica de Juan Azenaritz, por tener que contribuir con un nuevo impuesto al culto y clero.

A las protestas se respondió con una fuerte represión por parte del gobierno de España, y en 1723, se restableció el régimen aduanero anterior, pero no se eliminaron los nuevos impuestos, que agravaron sustancialmente la precaria situación del herrero.

Aunque el trabajo no faltaba a Juan, en ocasiones, los ingresos eran escasos —*tardaba en cobrar los encargos que le hacían los astilleros o los mismos armadores de barcos de pesca*— y no daban para grandes dispendios, habida cuenta, que con ellos debía pagar el carbón de encina que venía de las carboneras construidas en la zona y el hierro que empleaba en la ferrería.

La entrega de los trabajos la realizaba recorriendo un camino lleno de surcos, producidos por sus innumerables idas y venidas sobre una gran carreta tirada por dos yuntas de caballos pottoka, empleando para tales desplazamientos, un tiempo precioso en el que no producía nada, pero del cual ocupaba buena parte en ir a la taberna y departir con oficiales, marinos, agricultores, maestros, carpinteros, calafates, y aprendices de los astilleros que allí se reunían. Cuando tuvo edad suficiente, su hijo Pablo principió a acompañarle en estos viajes.

La taberna era el lugar por excelencia de la sociabilidad masculina. En ella se expendían bebidas alcohólicas —*txacolí, sidra o aguardiente*—, acompañadas de una reducidísima carta de comidas —*callos, chistorra, o bacalao al pil-pil*—, y se hablaba de los cargos municipales y las decisiones tomadas en el ayuntamiento, de los barcos que habían arribado de las colonias de ultramar, de la parroquia, de las fiestas y procesiones o de las ferias de ganado, donde se organizaban pruebas de bueyes, corridas de toros o partidos de pelota...

En ocasiones, había quien, por efecto de los efluvios del txakoli y la sidra, contaba enardecidas historias acaecidas en las colonias de Nueva España: el intenso comercio con la isla de Cuba, el tráfico de esclavos negros llevado a cabo por los portugueses, el cultivo del tabaco y su consumo, las batallas navales contra los piratas que querían apoderarse de los cargamentos de oro y plata provenientes de México, la colonización de La Florida y Luisiana, los continuos enfrentamientos con las tropas inglesas de ocupación del Nuevo Mundo o las escaramuzas con las tribus de indios...

Pablo, sentado a una mesa junto a su padre, escuchaba absorto todas esas historias, no exentas de grandes gesticulaciones y aspavientos por parte de los contertulios, pero que se fueron quedando grabadas en su pequeña cabeza, hasta el punto de generar en su interior, el ansia de vivir, cuando fuese mayor, idénticas aventuras.

—Yo estuve allí hace muchos años, en Vacapilatca, como llamaban los indios Timicua en su lengua al fuerte español de San Agustín de La Florida —exclamó un

viejo marino, entre trago y trago de txacolí.

De pronto los demás callaron.

En 1719, los franceses tomaron el asentamiento español de San Carlos de Pensacola, aunque el poder español, tras la invasión inglesa de los territorios situados al este del gran río Misisipi, se mantenía fuerte en el asentamiento de San Agustín de La Florida: Vacapilatca para los indios, o «Vado de las vacas» como lo llamábamos nosotros, influidos por el habla de los nativos.

Una tribu de indios Timicua se había asentado en las inmediaciones del fuerte, buscando nuestra protección, debido a los ataques despiadados de los ingleses y sus aliados los indios Muskogi o los Creek.

Cuando ocupamos definitivamente La Florida, los nativos no fueron reducidos a la esclavitud ni tampoco se les sometió a la tutela de los frailes franciscanos y encomendaderos españoles, como sí se hizo en otras partes de América. Al contrario, se llegó a acuerdos con los indios por el suministro de comida y aperos de labranza que les entregábamos; ellos, a cambio, nos debían entregar a algunas mujeres para nuestro solaz, en contra de la opinión de los frailes, claro, aunque nos hacían confesar nuestros pecados casi cada día —*dijo el marino entre grandes risotadas*—, ya que los indios eran polígamos y no parecía importarles mucho aquella cuestión.

También nos ayudaban con algunos de los trabajos más pesados mientras los frailes intentaban convertirlos a pesar de las dificultades con su lengua, contribuyendo con ello a que se incrementara la tensión hacia los españoles.

Por suerte, los misioneros franciscanos sabían bien cómo apaciguarlos, entregándoles collares de cuentas y espejos u otras cosas de escaso valor, pero que los indios apreciaban mucho.

El viejo se volvía más parlanchín cuanto más bebía. Los parroquianos, francamente interesados por su historia, le invitaban a más vasos de vino.

El asentamiento indio Timicua, junto al fuerte español, consistía en bohíos circulares levantados sobre palos cubiertos de hojas de palmito y rodeados por una estacada, con una enorme casa comunal en el centro. Eran nativos sedentarios y semiagricultores que vivían de la caza, de la pesca y de recoger frutas silvestres. Las mujeres llevaban faldellín corto de pieles de gamuza, el pecho descubierto y el cabello suelto, aunque en invierno, si hacía mucho frío, se cubrían con pieles. Los hombres llevaban una especie de calzas de piel de gamo, a las que llamaban «mocasines», tatuajes en los brazos, pecho y hasta en la cara, y un nudo en el pelo sobre el que solían colocar alguna pluma indicativa de su rango dentro de la tribu.

Eran altos, ágiles y buenos alfareros. Construían canoas, arcos grandes y flechas con puntas de piedra, y mazas de madera para cazar y defenderse. Casi todos llevaban collarines de oro del que no hacían mucho aprecio, y cuando se les preguntaba de dónde procedía, los indios señalaban unas montañas distantes a muchas leguas de allí:

los Apalaches, que así las bautizó cien años atrás Don Hernando de Soto, debido al nombre de las tribus de indios que las poblaban.

Pablo escuchaba embelesado la historia que contaba el viejo marino dejando volar su imaginación.

En cada tribu, había clanes con nombres de animales, y los prisioneros de guerra y sus descendientes eran convertidos en esclavos. También poseían una organización guerrera bastante desarrollada, aunque nada parecido a la nuestra por la debida falta de instrucción y armas de fuego. Se les tenía por cazadores de cabelleras de sus enemigos y caníbales. Adoraban al sol, a la luna y al gamo, y celebraban ceremonias múltiples en las que a veces las madres sacrificaban a sus hijos al dios sol. Las tumbas eran sencillas, con un círculo de flechas encima.

Un murmullo de incredulidad se elevó entre los asistentes a aquella tertulia que, de repente, gracias a la historia del viejo marino, se había convertido en un monólogo.

Anteriormente, vivían entre el lago que nosotros llamábamos del Espíritu Santo, u Oki Chubi —«*agua grande*»—, como le llamaban los indios, con la bahía de Tampa al norte, el río Santa María al sur, y el río Oucilla al oeste, pero habían sido empujados más hacia el norte por los ataques de los ingleses del coronel James Moore y sus aliados los indios Creek, que atacaron una y otra vez el fuerte español de San Agustín.

Sin embargo, no pudieron hacerse con el control de la plaza, a pesar de que se perdieron muchos hombres. Todos luchamos como leones: los mosquetes y arcabuces españoles resonaban por las troneras del fuerte; los indios Timicua se refugiaron entre la arboleda, y con sus arcos y flechas y sus mazas de madera, entraron en la lucha contra los Creek, diezmándolos al amparo de nuestros disparos, si bien, muchos de ellos perecieron o fueron heridos y tuvieron que ser llevados al fuerte para que el barbero los curase.

—¿Había dos tribus de nativos? —preguntó un parroquiano a la derecha del viejo marino.

No. Había muchas más tribus a lo largo y ancho de aquellas tierras, llenas de ríos y pantanos, en los que habitaban caimanes, grandes serpientes de agua, tortugas, nutrias de río enormes y culebras de colores rojo y negro brillantes, venenosas, que abundaban entre la maleza de la floresta.

Un «Ooohh» de sorpresa resonó en la taberna, sorprendidos los presentes por el extraño relato que estaba contando el viejo marino.

Los Timicua habían sido vecinos de los indios Calusa y de los temibles Ais, que vivían algo más al norte, hasta que los empujaron hacia nosotros. Y todo hay que decirlo, los Timicua nos proporcionaban carne fresca de caza y pieles, maíz, judías, cucúrbitas, calabazas y girasoles, a cambio de sal y herramientas para cultivar la tierra, aunque ellos ya recolectaban fresas salvajes, bayas, hojas de cenizo y raíces de plantas acuáticas, para hacer harinas pacanas como remedio contra la tuberculosis y

la tiña, bellotas, bayas de sabal para tratar enfermedades urinarias, y pérsimos silvestres. También capturaban peces, tortugas y nutrias, en los lagos y ríos, y ostras y peces de agua salada en la costa. Ciervos, osos, conejos y patos, eran piezas de caza habituales para ellos.

—Me deja usted asombrado. ¿Tan avanzados estaban? —preguntó Juan Azenaritz, mientras Pablo mantenía los ojos como platos, asombrado por la historia tan inverosímil que estaba relatando el viejo marinero.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted allí? —preguntó Juan, de nuevo.

—No recuerdo bien. En este momento tengo la boca seca, amigo —dijo el viejo, con una sonrisa.

—¡Tabernera, trae más vino! —gritó Juan, interesado en que el viejo continuase su historia.

—¡Ya va! ¡Ya va! —respondió la mujer, mientras se acercaba con un gran jarro de barro cocido, lleno de vino.

Juan escanció un buen chorro en el vaso de zinc del viejo, quien dio un gran trago, y a continuación prosiguió con su historia:

—Años antes de que yo llegase, el coronel Moore y sus soldados ya habían comenzado a incendiar misiones españolas en el norte de Florida y a asesinar a los indígenas que se mostraban amigables con los españoles.

—Padre, ¿eso es cierto? —preguntó discretamente, Pablo.

—Si él lo dice, tendrá que serlo, ¿no? —respondió su padre, quien luego se dirigió al viejo.

—¿Le parece que continuemos esta historia en otro momento? Ahora está cayendo la tarde y no quiero llegar de noche al caserío —preguntó Juan.

—Si me invita a un trago de vino, continuaré la historia en otro momento —dijo el viejo marino.

—Así se hará en la próxima ocasión, viejo.

De ordinario, una vez Juan bebía un par de vasos de vino regresaba al caserío, contento en unas ocasiones o abatido en otras, según hubiese cobrado o no el encargo recién entregado. Aquella noche, la imaginación de su hijo, voló en alas de aventuras ocurridas en lugares lejanos que él ni siquiera alcanzaba a sospechar, pero que su padre le había confirmado como ciertas.

—Padre, cuando sea mayor, yo también embarcaré en un gran navío, para ver otros mundos y correr aventuras como esas que han contado aquí.

—Muchacho, cuando seas mayor... —le dijo el padre, poniéndole su velluda mano sobre el hombro—, serás herrero, como tu padre y como tu abuelo.

Ante esta afirmación, el niño calló.

El casco urbano de Lezo, estaba constituido por las calles Mayor y San Juan —*que confluían en la plaza del Santo Cristo con algunos edificios próximos a la iglesia*

parroquial, tales como el Palacio y la casa de Lezoaundia—, y por el barrio de Vizcaya, en el que había dos tabernas y una posada. La situación de Lezo, en el interior del puerto de Pasajes, permitía la existencia de, al menos, un embarcadero y unos astilleros. El embarcadero Cai de Lezo, al que se podía acceder desde las calles Mayor y San Juan, servía de refugio para las lanchas de pesca de bajura y los barcos de pequeño y mediano calado.

Para Juan, la competencia era enorme, pues existían otras herrerías de mayor porte que la suya y con mayor producción, que servían al Astillero Nuevo de Deva, al del Mayorazgo de Astigarribia y al Real Astillero de Bordalaborda, en los términos de Lezo y Rentería, y los de Basanoaga, San Francisco o Capuchinos, Ugarrice, Ribera, Arrabal y Magdalena, en Pasajes, algo ni tan siquiera soñado por él.

En su infancia, la vida de Pablo se resumía a correteos por la campiña que rodeaba el caserío, acompañado de sus dos perros, la monta ocasional del más manso y de menor alzada de los pottoka, la ayuda a su madre en la recolección de frutos de la huerta y algunas excursiones al río Oiarzun, para lanzar piedras al agua, intentar cazar alguna rana en los remansos, o la pesca de truchas con su padre, los domingos por la tarde, al regreso de la misa de doce, después de haberse pasado la mañana cazando moscas, que mantenía vivas en una pequeña jaula confeccionada con dos trozos de corcho de alcornoque y unas agujas de coser de su madre.

En esas felices ocasiones, Pablo iba como loco de contento. Admiraba a su padre como si fuese un dios, sobre todo, cuando lo veía sacar tochos de hierro candente de la fragua, ponerlos sobre el yunque y comenzar a darles forma con aquel enorme martillo que manejaba como si fuese una pluma, mientras él atizaba el fuelle para mantener el calor de las brasas encendidas.

—¿Pescaremos hoy, padre?

—Sí. Hoy nos toca pescar alguna trucha para la cena. Se las llevaremos a tu madre para que las prepare para esta noche.

Y al final de la jornada, Pablo volvía al caserío, acarreado media docena de truchas de buen tamaño, atravesadas por las agallas con un cordel de pasadera.

Cuando Pablo tenía apenas nueve años, su madre falleció por culpa de una pulmonía que el médico no pudo sanar. El cura de la parroquia acudió al caserío para dar a Iratxe, asistido por un monaguillo, la unción de los enfermos. Cuando la mujer expiró, se la situó sobre la cama matrimonial, ataviada con las mejores galas que poseía. Al día siguiente, Juan la trasladó en la carreta hasta Lezo, donde fue enterrada en el carnario de la basílica del pueblo, sin ninguna pompa pero guardando debidamente las formas tras una sencilla misa.

El pobre niño no entendía qué había ocurrido. Solo sabía que su madre ya no estaba con él. De la noche a la mañana se convirtió en un crío taciturno y dejó de salir al campo, ir al río o montar su caballo preferido.

—¿Dónde está ahora madre? —le preguntaba a su padre.

—No lo sé, hijo —respondía Juan, con los ojos anegados de lágrimas—. Supongo que estará en el cielo con los ángeles: tu madre era una mujer muy buena.

—Ya lo sé, padre..., pero no entiendo por qué las personas se tienen que morir.

—Yo tampoco, hijo —respondió, mientras le abrazaba—. Supongo que es ley de Dios.

Juan se encontró desbordado por la desgracia, mientras la inquietud por la suerte del pequeño Pablo atormentaba sus pensamientos, pues no contaba con nadie que pudiera hacerse cargo del arrapiezo. Además, Pablo precisaba de la instrucción básica en leer y escribir, que le sirvieran más adelante para ser un hombre de provecho. No podía dejar al mocoso de nueve años, vagar por esos caminos de Dios, entre el río y los bosquecillos de hayas y robles, camino de la iglesia de Lezo, donde el párroco impartía clases a los menos pudientes, tres horas al día, después de la primera misa de la mañana.

Juan pasó varios días consumido por la impotencia, bebiendo vino y sidra para alejar de su cabeza los negros pensamientos que lo acuciaban desde la muerte de su mujer, mientras el pequeño Pablo, se alimentaba con leche cruda de vaca, trozos de una hogaza de pan duro, lonjas de panceta curada y choricillos de orza o chistorra.

Viendo tal situación, Ainhoa, hermana de la fallecida Iratxe, joven y soltera, que residía con sus padres en el barrio de Vizcaya, se trasladó al caserío para hacerse cargo del mozalbate, que retozaba libremente durante todo el día, por entre la huerta, el pequeño bosque cercano o el río Oiarzun, intentando pescar alguna trucha.

En ocasiones, viendo al muchacho salir corriendo de la casa, Ainhoa le preguntaba:

—¿Adónde vas, Pablo?

Y Pablo, sonriente, le respondía:

—Al establo a jugar con las gallinas.

—Pues lleva cuidado, no las espantes y se salgan del gallinero, que luego nos cuesta mucho cogerlas de nuevo. Y procura no romper los huevos que hayan puesto, que ya sabes que lo hacen en cualquier lugar.

El niño se encogía de hombros y seguía corriendo.

Cuando el niño volvía tarde o la desobedecía, Ainhoa le hacía entrar en razón a base de pescozones y collejas, ante los cuales el niño argumentaba:

—Mi madre nunca me daba pescozones.

—Pues tienes que hacerme caso y yo tampoco lo haré.

Pasaba el tiempo, y ante la imposibilidad de alcanzar la formación necesaria en el colegio de jesuitas de San Sebastián —*debido a la distancia y a los pocos medios*

económicos de que disponían para su ingreso—, Ainhoa comenzó a educar a Pablo con la gramática de Nebrija y el catecismo de Ripalda que le había entregado el párroco de Lezo. En ocasiones, ante la oposición de su tía, de que fuese otra vez a la huerta o al río, Pablo se refugiaba en la ferrería de su padre, donde comenzó a aprender el oficio.

La ferrería de Juan se encontraba en una vaguada junto al río Oiarzun, a unos 200 metros escasos del caserío que habitaban. El recinto fue construido por su padre, muchos años atrás, sobre una pequeña loma, para evitar los daños de un eventual desborde del río.

En aquel entorno, pura pradera verde, el pequeño camino nacido a fuerza de andar y desandar miles de veces el trayecto de la casona a la ferrería, constituía el único vínculo de unión entre ambas construcciones, que Pablo recorría todos los días a la carrera, cuesta abajo, como si le fuese la vida en ello. Tal era la velocidad que tomaba, que en más de una ocasión había terminado cayendo al azud.

Era este, el canal que abastecía de agua a la forja, con un molino que la impulsaba mediante arcaduces, desde el azud a las anteparas, y de allí al pequeño canal de obra que la llevaría en dirección a la ferrería, después de atravesar la parte trasera de la misma, donde el canal permitía, que el agua pudiera ser utilizada una y otra vez, paliando así el problema de la escasez del caudal necesario en la forja.

De las ferrerías mayores, Juan se abastecía de los tochos de hierro que posteriormente calentaba al rojo vivo para llevarlos al martillo pilón, aplanarlos al grueso provechoso, cortarlos y volverlos a aplanar, para darles la forma que conviniese según el encargo: cadenas, calabrotos, áncoras, planchas finas para recubrir gateras en las proas de los bajeles, verjas, clavazón u otros utensilios menores.

Contaba para ello con la ayuda de dos empleados de Lezo, a los que pagaba cuando cobraba los encargos. Ellos eran los que, una vez aplanado el tocho de hierro con el enorme martillo pilón, lo pasaban de nuevo a la fragua y de allí al yunque, donde con grandes marros lo golpeaban hasta conseguir el grueso deseado.

Pablo contemplaba el trabajo de su padre y el de los dos empleados con verdadero interés: cómo mantenían el fuego de la fragua con el atizador para remover el carbón, cómo el hierro candente se modelaba a base de golpearlo rítmicamente con el martillo, y cómo le daban la forma requerida después de introducirlo nuevamente en la fragua, hasta que recuperaba el color carmesí, casi blanco, que adquiría el hierro al alcanzar su punto óptimo para modelarlo. Una vez conseguida la pieza deseada, la enfriaban de golpe, sumergiéndola en el agua fría que discurría por un canalón de obra, algo más allá de la fragua, y que servía asimismo para refrescar el torso desnudo y sudoroso de los forjadores cuando el calor se hacía insoportable.

Cuando Pablo se cansaba de estar allí, antes del anochecer, volvía al caserío junto a Ainhoa, y ambos aguardaban el regreso de Juan. Así, no pasó mucho tiempo hasta que Pablo comenzó a trabajar en la fragua y en el yunque, con materiales ligeros para

convertirlos en la clavazón que se utilizaría en la construcción de las naves de los astilleros de Pasajes.

Para Pablo, los años fueron transcurriendo lánguidos, entre el catecismo de Ripalda —*que se había aprendido de memoria*—, la gramática de Lebrija —*con la que se había adiestrado en leer y escribir*— y la ferrería. Al cumplir doce años, su padre lo envió a Lezo para que completase sus estudios en la escuela parroquial, que se hallaba en la gran plaza del Santo Cristo. Salía temprano del caserío, recorría a pie las dos leguas de trayecto, desde su casa hasta la iglesia del Santo Cristo, y llegaba a punto de terminar la primera misa de la mañana. Entraba, se santiguaba, rezaba un padrenuestro, y luego pasaba a una pequeña sala junto a la sacristía, donde se juntaba con otros cinco o seis mozalbetes para recibir lecciones de matemáticas, catequesis y oraciones, aunque una vez a la semana, estaba obligado a confesar sus pecados con el sacerdote. Al mediodía regresaba a casa, comía con Ainhoa y su padre, y después bajaban los dos a la ferrería para continuar aprendiendo el oficio de forjador.

Unos años más tarde, los holandeses consiguieron perfeccionar la técnica de la soldadura de hierro. Por aquellas fechas, Juan Fermín de Guillasasti —*uno de los mayores empresarios de talleres de forja y ferrerías de Guipúzcoa*— adoptó esas mejoras, que, entre otros adelantos, facilitaban la elaboración de grandes anclas. Esto le permitió emprender la ampliación de su negocio, adquiriendo talleres cercanos al puerto de Pasajes.

Guillasasti propuso a Juan Azenariz, comprar su ferrería y su caserío por un precio de veinte doblones de oro —*unos 21 760 maravedíes*; una pequeña fortuna en la época—, manteniéndole el puesto de maestro principal ancorero, con un salario de veinte reales de a ocho de plata, y permitiéndole vivir en el caserío con su familia mientras trabajase para él.

Juan aceptó el trato, y así aprendió a fabricar las grandes anclas de respeto de hasta 72 libras; cómo se debían soldar aplicando aquel nuevo sistema, a diferencia de la manera tradicional de fabricarlas que él tan bien conocía. A partir de entonces, cuando se trataba de conseguir piezas de gran tamaño, se calentaban las caras a soldar con carbón vegetal, en contacto con el hierro, pero colocando una capa de carbón de piedra en el exterior, humedeciéndola de manera, que, al accionar los fuelles, las sustancias volátiles de la hulla, se solidificaran al enfriarse por la humedad exterior, formándose así una costra que permitía concentrar el calor en el interior y hacía posible la soldadura de la pieza.

La muerte indeseada y al mismo tiempo implacable, hizo acto de presencia nuevamente en la vida de los Azenaritz en 1737, cuando se llevó a Juan tras unas dolencias pulmonares incurables que lo mantuvieron postrado casi dos meses, dejando a Pablo sin más ingresos que los que él obtenía de su trabajo. Sea como fuere, aquella situación no se prolongó mucho tiempo: ante la falta de producción,

Guiliasasti despidió a Pablo, quien a los veinte años se vio forzado a pedir trabajo en el resto de ferrerías que bordeaban el puerto de Pasajes. Así, antes de partir hacia Lezo, con la intención de encontrar empleo, entregó a Ainhoa una parte del capital obtenido por la venta de la ferrería, el caserío y los animales que dejó su padre al fallecer, guardándose él la mayor parte para sus necesidades.

Pasajes era un puerto natural situado en uno de los vértices del Golfo de Vizcaya, en el tempestuoso Mar Cantábrico, aunque abrigado por los montes Jaizkibel y Ulía que flanqueaban la bahía de aguas profundas. El fortín de Santa Isabel, levantado a la izquierda de la bocana, según se entraba, defendía con sus cañones cualquier intento de ataque enemigo. A los lados de la bahía, se encontraban los poblados marineros de Pasajes de San Juan y Pasajes de San Pedro, aunque, en realidad, eran una sucesión de casas: unas blancas, otras ocres o verdes —*con techado de teja árabe curva y roja*—, mientras en las grandes balconadas proyectadas sobre la bahía, pendían ropas aquí y allá, secándose al viento, como si fuesen banderas íntimas de sus habitantes, en tanto la ribera del puerto se preñaba de aromas a yodo, emanados por las redes y cabos amontonados o las embarcaciones que iban y venían.

Pablo se estableció en el barrio de Vizcaya, a dos pasos del puerto. Pernoctaba en la hospedería Bidaurreta por dos reales semanales, donde, además, comía y cenaba por otros cuatro. Durante un buen tiempo, cada noche, después del trabajo, siguió alimentando el siempre creciente espíritu aventurero que anidaba en él desde bien joven. No en vano, en un lugar similar a la taberna de su niñez, donde nació aquella inquietud, siguió escuchando las historias repetidas una y otra vez, por los marinos y comerciantes que allí recalaban, hasta el punto de pensar hacer realidad su sueño y decidir firmemente y sin dudas, embarcar en uno de los galeones que viajaban hasta Cádiz para conseguir allí un pasaporte que le permitiese viajar a las colonias.

Pablo sabía, a partir de los relatos de navegantes, que para poder viajar a las colonias de Nueva España debía registrarse en la Real Casa de la Contratación de Indias, donde se hallaba la Secretaría de Estado y Negocios Extranjeros, la de Hacienda, la de Gracia y Justicia, y la de Guerra y la de Marina e Indias, creadas por Felipe V, para regular y fomentar el comercio y la navegación con los territorios de España en ultramar. Tal era la importancia de aquellas transacciones, que la Casa de la Contratación gaditana llegó a despachar hasta 270 000 kilos de plata y 40 000 kilos de oro al año, puesto que era la única entidad autorizada para comerciar con las colonias y licenciar la entrada y salida de barcos, así como de los pasajeros que iban y venían de Nueva España o Cuba.

Por otro lado, la restricción impuesta por España al libre comercio entre sus colonias y otras naciones europeas, propició el contrabando, mediante el cual se introducían mercancías clandestinamente en las colonias, en tanto la piratería inglesa, francesa y holandesa, atacaba a las embarcaciones españolas que transportaban las riquezas metálicas desde América a la metrópoli. Ello constituyó una de las múltiples causas de los constantes conflictos y enfrentamientos bélicos entre España y otras

naciones europeas, principalmente Inglaterra, y las desavenencias con Prusia.

Pablo era un hombre joven, fuerte, y de un espíritu aventurero cada vez más difícil de apaciguar. Su corazón y su mente eran presa de las historias ávidamente escuchadas de boca de viejos marinos, pero también de las indudables posibilidades de enriquecimiento que ofrecían las nuevas colonias, si bien, todavía no se veía a sí mismo suficientemente preparado y con el arrojo necesario para tomar ese camino en la vida. Más aún, cuando España estaba inmersa de pleno en la llamada Guerra de Sucesión Austriaca, conflicto que enfrentaba a la alianza formada por Baviera, Prusia, Sajonia, Francia, España y Cerdeña, contra las siete provincias de los Países Bajos y Austria, apoyadas por Gran Bretaña. Aunque esta última no estaba en guerra abiertamente declarada contra España, la situación política entre ambas potencias emanaba franca tensión.

El Santo Cristo de Burgos

En el verano de 1736, en La Habana, Don José Patiño —*Intendente general de la Real Armada Española, Primer Ministro, y Secretario de Hacienda, Marina e Indias*—, ordenó la construcción de dos nuevos navíos; ambos de la serie Castilla, de 62 codos de quilla y armados con 60 cañones, cuatro carronadas en el castillo de popa —*como guardatimón*—, y otras dos en el de proa —*como cañones de mira o de caza*— para las persecuciones, con dos cubiertas artilladas, tres palos, con aparejo de tres velas cuabras en el mayor, tres en trinquete —*foque, contrafoque, y tormentín en bauprés de proa, con cebaderas*—, tres cuabras y cangreja en mesana, y con un desplazamiento de 710 toneladas métricas. Esta obra, encargada al constructor Don Juan de Acosta, se botó el 13 de junio de 1737.

El 19 de abril de 1739, tras haber llegado desde Veracruz, zarpó de La Habana el Santo Cristo de Burgos con una pequeña escuadra al mando de Don José Alonso Pizarro, con la misión de traer caudales hacia la Península. Las intenciones de las escuadras británicas eran claras: apoderarse de las riquezas que venían de América para hacer patente la importancia que daban a su práctica de la rapiña.

Cuatro largos meses le costó al Santo Cristo de Burgos regresar a España. La escuadra española, tuvo que burlar a dos de las escuadras británicas presentes en el Atlántico, dando un rodeo que le aproximó al sur de Irlanda para terminar recalando en Santander, el 15 de agosto de 1739, en lugar de hacerlo en Cádiz que era su final de travesía. De Santander se dirigieron a Ferrol, donde hicieron base en espera de nuevas órdenes, después de trasladar su valiosa carga a tierra.

Pocos días después, el Santo Cristo de Burgos zarpó de Santander y recaló en el puerto de Pasajes para reponer anclas de respeto y de leva.

Mientras se encontraba allí, se le encomendó la persecución de una fragata británica que permanecía al acecho de cualquier barco español que navegase por el Golfo de Vizcaya.

Una vez pertrechado y listo para zarpar, su misión principal sería navegar con destino a Cádiz para realizar patrullas y escoltas a los convoyes que partían hacia el Caribe.

Pablo había visto impaciente, pasar ante sus ojos, dos años. Al llegar a sus oídos, noticias sobre la falta de artilleros en la dotación de un navío de línea, de tercera clase, atracado en Pasajes, sintió que su momento había llegado. Así, una mañana de abril de 1739, bajo un cielo encapotado y amenazante de lluvia, el ayudante de

artillero de brigada, Pablo Azenaritz, ocupaba su puesto a bordo del Santo Cristo de Burgos como responsable de la carga de un cañón de la cubierta superior, de 24 libras, con cureña de cuatro ruedas y aparejos, a cambio de un salario de 4 reales y 6 maravedíes mensuales durante un año. Al embarcar, se le entregó —*a cuenta de la Hacienda Real*— un vestuario completo, cuyo valor total era de 258 reales de vellón, que estaba compuesto por las siguientes prendas: Seis camisas: tres blancas y tres azules; dos pares de calzones: uno de paño azul y otro de lienzo listado en blanco y azul; un capotillo con capucha de paño burdo, afelpado por dentro, de color pardo, y tejido en la espalda el escudo de las armas reales; dos jubones: uno de paño azul y otro listado en azul y blanco; un casquete encerado y un birrete de lana colorado; un par de medias coloradas de estambre; un par de zapatos abotinados hasta más arriba del tobillo; un cuchillo con su vaina, dos peines y una bolsa para ponerlos y para tabaco, con aguja e hilo azul y blanco; una cuchara de boj y vaso de cuero; una faja de capullo listada en blanco y colorado, y un cofano o petate para conservar o guardar la ropa.

El muchacho estaba dispuesto a satisfacer su espíritu aventurero desde ese momento, pero la vida a bordo no era fácil. Se le asignó al servicio de un cañón, en la aleta de babor, a las órdenes de un cabo artillero que le enseñó el manejo del arma, en la tarea propia de su cometido como ayudante, aunque debería conocer todas las obligaciones, en caso de ausencia del responsable principal, por enfermedad o fallecimiento: cómo se trinca y destrinca el cañón, se asegura dentro y se saca la batería, se embica, se eleva y se ronza; cómo se colocan, toman y sirven los útiles y municiones; por quién y en qué forma se va a buscar las que faltan, particularmente, el cartucho para la carga sucesiva y las precauciones en el uso de la mecha; todo con arreglo al Título de Ejercicios del Tratado del Real Cuerpo de Artillería. A su vez, el Tratado abundaba en la instrucción militar con armas de fuego, tales como el fusil y la pistola:

«A todo hombre de Mar, ha de enseñarse a cargar, apuntar y disparar un fusil o pistola, manejar estas armas con conocimiento sin maltratarlas ni estropearse, a guarnecerse de ellas y a manejar un sable con soltura militar, cometiendo esta escuela por Brigadas a los Sargentos y Cabos de Infantería de marina, poniendo boyas u otros blancos para los ejercicios prácticos de tiros con bala, los cuales se frecuentarán particularmente con la gente destinada a la fusilería, acostumbrándola también a los disparos uniformes de descargas como puede convenir para los casos de desembarco, y dar o resistir un abordaje.

Asimismo, todo hombre de Mar, deberá saber bogar, manejar el bichero para atracar o desatracar un bote o lancha y gobernarla, tanto con timón como con espaldilla: enseñanza que se practicará en puerto, diariamente, alrededor del bajel, por espacio de media hora o más mientras sea necesaria, esquiando el bote o lancha con una tercera o cuarta parte de diestros, a cuya imitación se agiliten los bisoños como es menester; y así bien se ha de enseñar a todos el modo de prolongar la

sondaleza grande para sondear y el de ejecutarlo un hombre solo con las pequeñas, desde la mesa de la guarnición, en los parajes de poco fondo.

En el Marinero y Artillero, será también obligación saber cuartear la Aguja Náutica y conocer en la Rosa los rumbos: lección que por ranchos señalados cada día, correrá al cargo de los timoneles, haciéndola repetir con más frecuencia a los que se aparten por tardos en comprenderla».

Cuando Pablo se vio dentro del barco y supo de la existencia de todas aquellas ordenanzas, se arrepintió de haberse embarcado en un navío de guerra. Debía dormir en un coy pendiente del techo, bajo la primera cubierta, entre los cañones; la higiene no era superior a la que se daba en tierra en esa época, y al concentrarse la marinería bajo cubierta, con el hacinamiento correspondiente y sin poder abrir las portas, el hedor era considerable.

Los seis primeros días de la travesía hacia Cádiz, navegando a son de mar, fueron una verdadera tortura para Pablo. Nunca antes se había embarcado y estaba tan poco acostumbrado a los pantocazos y vaivenes de costado que daba el navío, al encontrarse con una marejada del norte, que se veía obligado a asomarse por la borda del barco a cada dos por tres, y vomitar a sotavento, bien agarrado a la regala.

Al doblar Finisterre, la situación cambió levemente aunque los densos nubarrones amenazantes de lluvia persistían, y las olas, lejos de perder intensidad, corrían paralelas a la costa, con crestas que bien podían alcanzar los tres metros y parecían querer tragarse el navío.

Ahora, la navegación era hacia el sur, de aleta, con el viento por el costado de babor, y si bien los pantocazos habían reducido su intensidad, se habían pronunciado los cabeceos, cuando las grandes olas pasaban por debajo de la quilla, debiendo fijarse bien los mástiles de madera cubana, con nuevas cuñas en su base, con tal de que el material no padeciese a causa de los fuertes movimientos y con ello el barco se desarbolase.

Cuando rebasaron las Islas Cíes cambió totalmente la navegación: el viento fuerte del norte, amainó al hallar tierra de por medio, permitiendo navegar casi a todo trapo, en empopada, con las velas de trinquete, velacho y juanete de proa en el palo de trinquete; cebadera y sobrecebadera en botalón, y foque y contrafoque desplegadas; la vela mayor, las cuadras de gavia y el juanete mayor, aligeradas con la cuadra de sobremesana, todas a sotavento.

De improviso, por detrás de Monte Agudo —*una de las Cíes*— apareció una fragata inglesa con claro ánimo de plantearles batalla. Quería pillarles desprevenidos: era su única oportunidad, dada su mayor velocidad frente a la lentitud de maniobra de un navío de dos puentes.

Los ingleses se encontraban a una milla escasa de distancia, y dirigían su fragata aproada hacia la mediana del Santo Cristo de Burgos con la intención de atacarlo por

el costado de babor, presentando así un menor blanco a los cañones del navío español. A escasa media milla, desde sus dos cañones del castillo de proa, la fragata envió dos salvas reales de 24 libras que quedaron cortas, pero que aseguraban la decisión inglesa de entablar batalla.

En el navío español se armó un revuelo. El comandante de la nave, Don Isidro de Antayo, capitán de navío, se dirigió a la toldilla sobre el castillo de popa; su segundo al mando, Don Álvaro Martínez Sisterra, teniente de navío, lo hizo hacia el puente de proa. Esta maniobra aseguraba, que en caso de herida o muerte de alguno de los dos mandos superiores del navío, este no quedase sin gobierno.

El tambor repicó zafarrancho de combate mientras el piloto daba al timonel órdenes de virar la nave a babor, poniendo proa a la fragata para ofrecer un menor blanco, pero con el objetivo de ponerse a su altura, ofreciendo su costado a barlovento de la fragata y poder disparar toda su artillería sobre ella. Y mientras se adujaban la cebadera y contracebadera para que no entorpeciesen los disparos de las carronadas de proa, se izó la bandera de combate.

No se veían más velas en el horizonte. El comandante, Don Isidro de Antayo, invocó a Dios para que así fuera y no viniera toda una flota detrás de la fragata, ya que tras doblar Finisterre, no era infrecuente toparse con la escuadra de nueve navíos del almirante Chaloner Ogle, que vigilaba la costa gallega al acecho de cualquier barco español, con el objeto de apresarlos o hundirlos aunque no hubiese declaración de guerra.

Los dos jefes artilleros y los veinte artilleros de servicio de ambas carronadas de proa de 18 libras, ya estaban en sus puestos. Los chicos de la pólvora habían arrimado las cajas correspondientes con cargas suficientes para diez salvas de bolas de 4 libras y media, encadenadas, y dispuestas a derribar mástiles o cortar obenques u otros aparejos de la fragata inglesa.

Pablo, lo mismo que el resto de artilleros, marinería, infantes de marina, carpinteros, calafates, sacerdote, médico y barbero se encontraba en su puesto, y los cañones armados, apuntando a las jarcias, esperando la orden de disparar. Curiosamente, aunque era su primer combate, se encontraba tranquilo y expectante.

—¿Ahora qué va a pasar? —preguntó a su cabo artillero.

—Lo primero, el capitán maniobrará para evitar que los ingleses nos pillen por el costado —respondió el cabo, con el aplomo de años de experiencia en trances similares—. Entonces dispararemos las baterías de proa con la intención de desarbolar la fragata y restarle maniobrabilidad. Luego nos abarloadremos a ellos y dispararemos todos los cañones de babor hacia su costado y línea de flotación con el propósito de hundirlos, pero estos hijos de mala madre son muy peligrosos y nos pueden hacer mucho daño.

—¿Y el resto de los hombres?

—Hay un grupo de abordaje, otro contra incendios, otro para ayudar a las maniobras de los marineros: halar, bracear y demás; otro para retirar a los heridos o a

los muertos, que serán sacados en mitad del combate, de las dotaciones de los cañones, según se necesite, y llevados a la enfermería. Si están heridos, el sacerdote rezará con ellos, si agonizan les dará la extremaunción, y si están muertos, irán de cabeza al mar. Lo bueno vendrá cuando ya no sirva de nada disparar los cañones. En ese momento, los infantes dispararán sus mosquetes y después abordaremos la fragata como perros rabiosos, pistola en mano y sable en ristre.

¿Tienes miedo muchacho?

—Sí. ¿Para qué mentir? Nunca me he visto en otra más gorda.

—Es normal en el primer combate —sentenció el artillero, soltando un escupitajo sobre el suelo de madera. Pero te acostumbrarás y te endurecerás. No hay más. Es tu vida o la de ellos.

Los artilleros de proa habían redireccionado las carronadas para afinar su puntería.

Pablo iba a responder, cuando un nuevo estruendo le indicó que la fragata inglesa había vuelto a disparar.

El Santo Cristo había acertado distancias, manteniéndose aproado a la fragata. Una de las balas de cañón enemigas cayó al agua a escasos metros, pero la otra impactó contra la primera cubierta, produciendo un agujero irregular de un metro aproximadamente.

—¡Fuego! —ordenó en ese mismo instante, el teniente de navío desde el puente.

La orden no se hizo esperar; dos de los artilleros de proa, prendieron fuego a las mechas con los botafuegos y se escucharon dos potentes detonaciones. Los gritos de dolor de los marineros próximos al lugar del impacto de la bala del cañón enemigo, heridos por las astillas de madera que volaron hacia sus cuerpos, como munición de mosquete, quedaron ahogados por el estruendo de las carronadas del navío español, mientras las bolas encadenadas se elevaban en el aire, describiendo un amplio semicírculo, girando sobre sí mismas con destino a la fragata inglesa. Una de ellas consiguió desgarrar las velas del bauprés y agrietar el trinquete al salir rebotada; la otra hizo un boquete en la amura de estribor, llevándose a varios artilleros ingleses por delante y destruyendo la cureña de un cañón, que empezó a rodar libre por cubierta. Mientras tanto, cuatro de los marinos heridos en el navío español, ya estaban siendo evacuados hacia la enfermería.

A los ojos expectantes de Pablo, acudieron destellos de metal, explosiones y nubes de humo que salían de las carronadas; a sus oídos, a través de la corta distancia que les separaba de la fragata inglesa, el estruendo de la madera rota, el aullido de los heridos y las órdenes de los mandos enemigos que no llegó a entender.

Los dos barcos se acercaban por momentos mientras maniobraban para abarloadse. La fragata, desprovista de su velamen de proa, había perdido rapidez de maniobra; sin embargo, siguió disparando con los cañones de la amura de estribor, que hicieron saltar por los aires la dotación de uno de los cañones de la amura de

labor del Santo Cristo, parte de la regala del mismo lugar y el portalón del cañón correspondiente.

De nuevo, terribles gritos de dolor sonaron en el navío mientras dos artilleros salían despedidos para caer un par de metros más allá, casi junto a Pablo, en tanto se abría un enorme boquete donde instantes antes estaba emplazado un cañón de casi una tonelada de peso.

El arma, con su cureña destrozada, se había desplazado fuera de su alojamiento, fracturando la pierna de uno de sus sirvientes, que dejó a la vista una carne macerada y perforada por un millar de astillas de hueso. Salvo el resto de la dotación de la pieza artillera inservible, ocupados ahora en rescatar a los heridos y llevarlos a la enfermería, nadie más hizo caso a lo sucedido; todos estaban a su quehacer y pendientes de las órdenes.

El artillero herido fue trasladado a la enfermería, ubicada al fondo de la nave, debajo de la línea de flotación. El cirujano, asistido por el barbero, a la luz de seis candiles de aceite, decidió que había que amputar la pierna herida rápidamente. El joven artillero, de apenas dieciocho años, gritaba de dolor, entre lágrimas. La operación se iba a realizar sin ningún tipo de letargo.

—Echa un buen trago de ron para paliar el dolor —le gritó el doctor, para hacerse oír por encima de los gritos del herido y el fragor de la batalla, que se libraba varios metros más arriba, sobre sus cabezas.

El muchacho, casi enajenado, tomó la botella y bebió casi de un trago más de medio litro, entre toses, porque no estaba acostumbrado al licor. Luego lo tendieron sobre una improvisada mesa de cirugía, y cuatro hombres le sujetaron de brazos y piernas mientras el barbero le colocaba entre los dientes un trapo sucio, para que lo mordiese y pudiese ahogar así sus gritos de dolor.

El cirujano tuvo que actuar tan rápido como exigía la situación en aquellos tiempos; un torniquete por encima de la rodilla evitaría en lo posible la imparable hemorragia, que aumentaría al abrir la carne y separarla del hueso, o lo que quedaba de él. De hecho, el herido podía morir por el intenso dolor, antes de que concluyese la operación.

Así que, comenzó a cortar tejidos para retirar los huesos astillados y preparó el área para a continuación aserrar la tibia y el peroné por debajo de la rodilla. El muchacho se retorció como una serpiente, mientras los cuatro hombres que le sujetaban, se veían francamente incapaces de mantenerlo en la misma posición. Con todo, el muchacho pidió más ron, y le dejaron terminar de apurar la botella.

Acto seguido y coincidiendo con una nueva andanada de los cañones, el barbero sumergió el muñón en aceite hirviendo, para cauterizar la zona amputada, mientras el cirujano, con un hierro al rojo vivo, quemaba asimismo los vasos sanguíneos, que no dejaban de sangrar, como si fuesen pequeños manantiales.

A no ser por el olor a carne chamuscada, se diría que el joven artillero no sentía dolor por las quemaduras; bastante grave era ya su sufrimiento por la manipulación

de la pierna despedazada y los cortes del cirujano en el tejido del hueso, arremangado de carne, que luego sería cosida como una morcilla alrededor del hueso aserrado.

El herido, bañado en un charco de sangre y sudor, se desmayó antes de que el cirujano procediese a coser el muñón. Sal y vinagre se vertieron sobre la herida, para que cerrase lo más rápidamente posible, evitando indeseadas infecciones. Luego, según el devenir de la batalla, se le trasladaría a un coy para su convalecencia, vigilado por el barbero. El futuro inmediato del joven estaba ya escrito. Cuando su herida cicatrizase, una pata de palo la ocultaría por el resto de su vida.

El futuro inmediato del Santo Cristo de Burgos también empezaba a verse con cierta claridad. A las órdenes de Don Isidro de Antayo, ya se había ejecutado la maniobra de viraje, y la nave enfilaba los cañones de babor hacia la fragata inglesa, cuando desde el puente de proa, el teniente de navío dio orden de disparar todos los cañones.

Pablo, todavía tembloroso por los sucesos vividos en cubierta, encendió la mecha de su cañón. Inmediatamente se produjo una fuerte explosión mientras la cureña daba un brusco retroceso sobre sus ruedas, todo lo que le permitían los cabos y motones que la sujetaban a su alojamiento.

Las detonaciones de los disparos del resto de cañones se fueron sucediendo a intervalos de cinco segundos en las dos cubiertas del navío, en tanto el humo de la pólvora quemada con cada cañonazo se disipaba rápidamente con el viento.

Las balas de cañón disparadas por el navío español, barrieron literalmente la cubierta de la fragata inglesa. El palo de la mayor resultó totalmente destrozado; el de trinquete, que ya había sido dañado anteriormente por las bolas encadenadas de una de las carronadas, cayó sobre la mayor, terminando de dejarla inservible para la navegación y a merced de la deriva.

Antes de que sonase la última detonación, el ánima del primer cañón disparado, ya se había lavado y raspado con el cepillo para retirar los restos de la combustión, y un nuevo cartucho de pólvora había sido alojado en su interior, se había introducido la siguiente bola y el servidor empujaba la estopa con el atacador para fijarla. Realizada la maniobra de carga, la dotación del cañón lo trincó en su lugar con sus aparejos, de tal manera, que quedó perfectamente inmovilizado, sin poder desplazarse, pendiente únicamente de asignarle la nueva dirección de tiro.

Los 120 infantes de marina formaron de a dos sobre la línea de crujía, con los mosquetes cargados y las bayonetas caladas, listos para disparar. La primera fila estaba dispuesta rodilla sobre cubierta; la segunda de pie, todos encarando con sus armas a la embarcación enemiga.

Finalmente, ninguno de ellos tuvo que utilizar su arma. La fragata, falta del velamen necesario para la maniobra, había comenzado a caer a sotavento, mostrando su popa al enemigo.

El comandante inglés, sabiéndose derrotado, izó la bandera de rendición, y

permitió que el navío español se abarloase totalmente a su nave, abordándola, y haciendo prisioneros a la oficialidad y tripulación, quienes presentaron sus respetos al capitán del Santo Cristo de Burgos.

Poco después de haber desmantelado la fragata y con el armamento ligero, municiones, pólvora y alimentos, trasladados al navío español, Don Álvaro Martínez Sisterra, junto a treinta marineros y cincuenta infantes, se hicieron cargo del gobierno de la nave inglesa, encerraron en la bodega a la oficialidad, tripulación y soldados, y la fragata fue remolcada a palo seco hasta Ferrol, para entregarla a las autoridades militares de la plaza.

La entrada a la ría se realizó despacio. Se trataba de una maniobra arriesgada, teniendo en cuenta que remolcaban a la fragata y el viento del norte aconsejaba arriar las cuadras de gavia y el juanete del mayor, así como la latina de mesana, dejando solo la mayor, un estay al juanete de trinquete y un foque, trimados, sin cazar a tope las escotas para que el viento les empujase suavemente y sin virajes. Se acortó el cabo de remolque para que el barco enemigo no fuese desplazado contra las rocas de la angosta entrada a la ría.

Pasaron por delante del castillo de San Martín y el de Nuestra Señora de la Palma, situados en la zona sur, y el de San Felipe situado en la zona norte, que con hornabeques, caminos cubiertos y baterías altas y bajas a flor de agua, ofrecían más de cien troneras para cubrir todo el sector nordeste-sudeste de cualquier ataque por mar, dando frente a la misma boca de la ría. Cañones que ya se habían mostrado eficaces un siglo y medio antes, al rechazar eficazmente la acometida de una escuadra inglesa al mando del Conde de Essex.

Más adelante, la entrada a la ría se hallaba igualmente protegida por baterías y reductos defensivos en el antepuerto de Cariño, en las puntas del Vispón, San Cristóbal y Segaña, pensadas tanto para proteger a las flotas propias, que debían aguardar el viento adecuado para penetrar en la ría, como para disuadir al eventual enemigo.

Mientras tanto, la actividad en el navío español era frenética: los artilleros debían suplir en funciones a los marineros que se habían trasladado a la fragata inglesa, subir por los flechastes de los obenques hasta las vergas y penoles, para adujar las velas ordenadas o largar las correspondientes.

Poco antes de llegar al lugar de anclaje, se soltó el cabo de remolque de la fragata que, por su propia inercia, continuó navegando lentamente. A una distancia prudencial, Don Álvaro Martínez Sisterra ordenó largar el ancla de leva, para que, al hacer fuerte sobre el fondo rocoso de la ría, la fragata virase despacio a sotavento. Luego mandó fondear la de respeto, para trincarla en barbas de gato, mientras la fragata se detenía, permitiendo un ligero borneo según la dirección del viento.

El Santo Cristo de Burgos, en tanto, hacía lo propio entre una decena más de

navíos de línea, fragatas y un par de galeazas, anclados en mitad de la ría. Así, en pocos minutos, los dos navíos se encontraban fondeados, algo alejados de los muelles del remodelado Arsenal de Ferrol, frente a las gradas del astillero de A Graña, que en aquellos momentos se hallaban en construcción de una chata, un buque machina para arbolarse y otro para tumbar la quilla, ya que se pretendía la futura construcción de otros doce navíos de línea para reparar los desperfectos causados por los enfrentamientos con los ingleses en otras ocasiones.

Con la satisfacción del deber cumplido, la tripulación del Santo Cristo de Burgos estaba lista para entregar sus prisioneros a la guarnición militar del arsenal, y se lanzaron al agua los botes para llevar a prisioneros y guardianes a tierra.

La actividad en el navío continuaba en pleno frenesí: había que llevar a los marineros heridos a tierra para su cuidado; los grumetes habían arriado y adujado todas las velas del navío, así como los cabos para que no estorbasen; los marineros de servicio, limpiaban la cubierta; los artilleros repasaban y limpiaban los cañones, mientras la munición restante y la pólvora se devolvía a la santabárbara; la sentina se limpiaba de aguas sucias; los toneles de provisiones y agua, vacíos, se llevaban a tierra en los botes que habían salido del Arsenal para tales menesteres, y repostar nuevos aguajes, alimentos y munición, en su momento.

Al cabo de cuatro horas de intenso trabajo, la tripulación y los infantes de marina formaron en cubierta. Don Isidro de Antayo felicitó a toda la tripulación por la disciplina y buen hacer demostrados en la batalla contra los ingleses, concediendo tres días de asueto a la tripulación libre de servicio, mientras se reparaban los daños sufridos.

Pablo no cabía en sí de gozo. Su primera batalla naval se había saldado con una victoria que no olvidaría jamás. Y, aunque debían pernoctar todos los días en el barco, tenían permiso para moverse libremente, desde el toque de diana hasta el toque de retreta, por las animadas calles de Ferrol.

Con la reconstrucción del Arsenal, tan solo veinte años atrás, se inició definitivamente el desarrollo imparable de la villa de Ferrol frente a otras de la ría, como Mugardos o A Graña. En el astillero ferrolano, de grado o por fuerza, trabajaban a diario 7309 operarios de todos los oficios imaginables: canteros, albañiles, peones, escultores, carpinteros, carreteros, cordeleros..., y, por supuesto, el personal del Ejército y la Marina.

Junto a ellos, concurría un verdadero regimiento de forzados de los más diversos orígenes: antiguos piratas argelinos capturados, vagabundos y gitanos apresados por malentretenidos, y un largo listado de desafortunados, obligados a trabajar como verdaderos esclavos, para cobrar dos reales y medio los voluntarios y dos reales los forzados.

El descontento entre los trabajadores era patente y los operarios de la maestranza

solicitaban desesperadamente mejores salarios, petición a la que respondió el comandante del Cuerpo de Ingenieros Navales, con toda la fuerza de un poder, que si nunca lo fue, siempre se pretendió absoluto, dando cuenta con poco ingenio, y puede que con peor intención, del más manido de los estereotipos sobre los gallegos: ... *«el honor y sudor de las maestranzas se ha de deber por vía del temor. Ferrol es caro, pero no para el operario gallego, que ni conoce el luxo ni necesita de otros géneros de primera necesidad que pan de borona, carne o sardina, unto y berciñas, lo que propiciaba que los que no trabajaban en el astillero se dedicasen a la pesca artesanal de sardinas y pulpos, proliferando entre aquella hueste, una cohorte de meretrices que buscaba su sustento entre militares y trabajadores»*.

A partir de la década de los años 90 del siglo XVI, Ferrol ya era indiscutiblemente, para la Monarquía Hispánica, el principal centro naval del Atlántico. Allí se formaron y abastecieron las armadas de Alonso de Bazán en 1589 y 1590, la de Don Sancho Pardo de Osorio en 1591, o las dos consecutivas al mando del desafortunado Adelantado de Castilla, Don Martín de Padilla, en 1596 y 1597.

No obstante, no todo eran ventajas: la ría ferrolana, fácil de defender gracias a su angosta entrada, también era fácil de bloquear por una escuadra enemiga, y lo más importante, la región era pobre en extremo y estaba mal comunicada por tierra, lo que suponía un verdadero quebradero de cabeza para los abastecedores encargados de armar las flotas.

En 1589, uno de los agentes reales encargados de tan monumental tarea, Bernabé de Pedroso, notificaba al rey las severas dificultades por las que atravesaba en sus intentos de armar convenientemente los navíos: ... *«aunque para que en este lugar aya provisión de bastimento, que pueda comprar la gente de la armada que no tiene rración, se han hecho algunas diligencias, pero es tan pequeño y de gente tan pobre, y de tan ruyn comarca, que se padece, y muchos días no ay que comer, y es menester salirlo a buscar fuera, y suceden algunos desórdenes»*.

El Arsenal de Ferrol, estaba delimitado por una muralla por tierra, terminada en tres castillos, armados con cañones a ambos lados de la entrada a la ría. En su interior, albergaba una gran construcción destinada a la sala de gálibos, algunos cobertizos y tinglados de marina, y las doce gradas del astillero junto a la curva natural de la falda del monte Esteiro, dividido en dos sectores en razón de sus funciones: Arsenal del Parque a occidente y Arsenal del Dique a oriente. Junto a estas obras, se hallaba una espectacular Sala de Armas y los pañoles de pertrechos.

El trozo o sección de hombres que servía el cañón de Pablo, a babor, había hecho una piña en torno a su cabo artillero, un veterano de León, llamado Martínez Meneses, que se las sabía todas, y que les dirigió puntualmente por mesones y tabernas para solaz del grupo de artilleros. Habían bajado a tierra en uno de los botes de los abastecedores y dirigido a la villa. Atravesaron una de las puertas de la muralla,

accediendo a su única calle empedrada. No había muchos hombres, y algunas mujeres se les ofrecieron a cambio de unas monedas.

—Pablo ¿has estado alguna vez con una mujer? —le preguntó el cabo Meneses, mientras caminaban por la calle.

—No, la verdad es que no.

—¿Nunca te has solazado con ninguna mujer? —preguntó de nuevo el cabo, incrédulo—. ¿Ni con ninguna moza de tu pueblo?

—No. Estuve enamorado de una niña de mi pueblo cuando era un crío. Pero solo fue eso, un amor pasajero de la niñez.

El cabo Meneses se echó a reír escandalosamente mientras el resto de artilleros del grupo le secundaban.

—O sea, que no te han desvirgado.

—No —respondió Pablo intrigado—. ¿Es algún problema?

—Si te gustan las mujeres,...no, pero si te gustasen los hombres..., podría serlo —respondió Meneses, que había dejado de reír al pensar en aquella posibilidad.

—Me gustan las mujeres, sin duda. De hecho, me gusta mirarlas pero nunca tuve la oportunidad de estar con ninguna y no sabría cómo hacerlo. Mi pueblo es pequeño y nos conocemos todos, y yo he vivido toda mi vida en un caserío, apartado más de dos leguas.

—De acuerdo —respondió Meneses, volviendo a sonreír—. Pues hoy y aquí, tendrás tu primera mujer, muchacho. Pero primero vamos a la fonda a tomar unas jarras de buen vino de la tierra; luego veremos lo que sale.

Pablo asimiló la sonrisa picarona que había aparecido en el rostro de Meneses y su cuerpo comenzó a reaccionar con un estímulo de deseo. Había visto aparearse a los caballos, los cerdos y las cabras, y en alguna ocasión había tenido una erección a la que dio solución buscando su placer en solitario, pero hasta ahí. Ahora, el solo pensamiento de yacer con una mujer y disfrutar con ella lo tenía alterado.

A mitad de calle, había una taberna que a aquella hora estaba vacía de parroquianos. El local era rectangular y profundo, iluminado con la poca luz de unas lámparas de aceite, sujetas a una rueda de carro que colgaba del techo, en el centro de la estancia, y de otras cuatro lámparas más, situadas estratégicamente en unos pequeños huecos de las paredes. Una tarima de troncos aserrados por la mitad servía de mostrador, y sostenía un tonel de vino de medianas dimensiones. Detrás de la tarima, un fogón con unos troncos encendidos mantenía caliente el contenido de una gran olla suspendida sobre el fuego, mientras una mujer rolliza y de grandes colores de cara, se afanaba en mantener vivo el fuego con un aventador. Tres mesas grandes, de las mismas hechuras que el mostrador, con unos bancos corridos de idéntica madera, constituían todo el mobiliario de la taberna.

Al entrar los artilleros, la mujer se volvió hacia ellos.

—¿En qué les puedo servir? ¿Quieren comer algo? ¿Beber vino?

—¿Qué nos puede servir de comer, buena mujer? —preguntó Meneses.

—Pues estaba preparando un caldo con unos grelos, fabes, patata, chorizo, costilla, tocino, un poco de morro de cerdo, un hueso de lacón con algo de carne y unos huesos de espinazo. El caldo gallego, revitaliza cuerpo y mente y eleva el espíritu.

—¡Estupendo! —exclamó el artillero, pensando en una buena comida de las que no podía disponer en el navío—. Tomaremos unos platos de caldo y unas jarras de vino. Luego..., nos apetecería estar con alguna mujer. ¿Sabe usted quién querría estar con nosotros?

La mujer sonrió.

—Mire, mozo..., aquí somos pobres. Los hombres trabajan en los astilleros de Esteiro, la mayor parte, y otros en el Arsenal, por dos o tres reales. Las mujeres nos dedicamos al campo o al marisqueo para poder subsistir, así que..., no le vamos a hacer ascos a nada, si ello nos puede representar unos buenos ingresos. ¿Les sirvo yo para esos menesteres o quieren una moza más joven?

Pablo no daba crédito a lo que acababa de oír. Jamás podía haber imaginado una situación como aquella.

—Primero comeremos y beberemos —propuso Meneses—. Después nos presenta a esa moza más joven que dice, ¿le parece bien?

—Claro, ella les servirá la comida y luego deciden. ¡María! —llamó, elevando la voz.

Al momento, apareció una mujer morena, esbelta, de poco más de veinte años. Vestía un faldón amplio de lanilla sobre el que llevaba un faldar, blusa blanca y corpiño holgado de cortas mangas, que dejaba ver parte de sus senos. Cubría sus piernas con medias blancas, también de lanilla, y llevaba los pies enfundados en unos zuecos de madera. El cabello recogido en un moño, dejaba libre el óvalo de su cara y permitía ver un cuello delgado.

—Dime, madre.

—Tienes que servir de comer y beber a estos marineros.

La entrada de la moza fue un revulsivo para los artilleros y los comentarios más soeces pasaron a ser el tema de conversación entre ellos.

—¿Quién será el primero, cabo Meneses? —preguntó un artillero barrigón, de unos 50 años, con ojillos libidinosos al ver aparecer a la muchacha.

—Tranquilos que todos mojaremos —respondió Meneses—, pero el primero será Pablo. Después de comer, claro..., y si la moza consiente.

Las idas y venidas de María a la mesa, eran seguidas con verdadera excitación por el grupo de artilleros. Incluso uno de ellos, el barrigón, pretendió agarrarla por la cintura y sentarla en sus rodillas, pero la muchacha se zafó de aquellas manos con la naturalidad propia de quien está acostumbrada a tales acosos.

—Dejad en paz a la muchacha hasta que terminemos de comer; después veremos qué ocurre —ordenó Meneses.

Pablo, como los demás, la miraba descaradamente. Nunca se había sentido igual

ante ninguna mujer, pensando que podría terminar yaciendo con ella. No era guapa, pero le atraía, y el simple pensamiento de tener en sus manos aquellos senos, había encendido la llama de su deseo.

La muchacha volvió junto a la mesa y dejó sobre ella unas escudillas hondas de madera, cucharas del mismo material, y vasos de estaño para cada uno de los comensales. Luego trajo tres jarras de barro cocido, de un litro aproximadamente, con vino blanco, para rematar con una gran olla, también de barro cocido, llena hasta arriba de caldo gallego humeante, y un cazo de madera para servirse.

Los hombres dieron cuenta al completo del contenido de la olla y tres jarras más de vino. Al momento, llegó la mesonera para cobrar seis maravedíes de cobre por cabeza.

—Estamos de acuerdo en solazarnos las dos con todos ustedes, a cambio de dos reales de plata para los que vengan conmigo y tres reales y medio para los que vayan con mi hija —informó con naturalidad la mujer.

En el grupo hubo a quien le pareció excesivo el precio a pagar por yacer con María y tuvo que conformarse con la madre. Aunque, ésta, más que yacer, solucionaba el trámite a cuatro patas para terminar lo antes posible. La buena mujer no estaba para amoríos, pero la necesidad obligaba a solteras, casadas y viudas, a pasar por aquellos trances a fin de mantener a la familia.

Pablo, no obstante, estuvo de acuerdo con el precio a pagar a la muchacha y fue el primero en acompañarla al piso superior. María lo llevó de la mano hasta una pequeña cámara, separada solo por una cortina de arpillera, donde había un catre con un colchón relleno de borra, y cubierto por una ligera manta de lanilla. Una vez la cortina estuvo echada, Pablo se quedó quieto, mirando atentamente a la muchacha mientras ella se despojaba del corpiño.

—¿Es tu primera vez? —preguntó la joven.

—Sí, nunca he estado con ninguna mujer.

—No te preocupes, yo te guiaré —respondió María, mientras tomaba las manos de él y las colocaba sobre sus senos—. Tócalos con suavidad.

Ella, mientras tanto, desabrochaba despacio la guerrera de Pablo, introduciendo sus manos ligeramente ásperas por debajo de la camisola para acariciar su pecho.

Él sintió cómo las manos de la joven se movían, gozando de las extrañas sensaciones que provocaban en su cuerpo. Los pezones se le erizaron y la turgencia de su miembro viril se hizo más patente que nunca.

La muchacha lo abrazó. Una de sus manos acarició su nuca mientras la otra buscaba entre sus piernas, aquel miembro duro y erecto con el que se acababa de encontrar. Desabotonó el calzón, cogió el miembro con su mano y, despacio, comenzó a masajearlo. Pablo jadeó, mientras pensaba que había algo divertido en todo aquel juego. Luego, impulsivamente, la besó en el cuello, y su boca se fue desplazando hacia adelante hasta llegar a uno de sus pechos turgentes. Mordisqueó un pezón pequeñísimo, que también se había endurecido. La joven también jadeó. Luego

lo llevó hasta el catre, donde le dijo que se quitase los calzones y se tumbase en el jergón.

Sin dejar de mirar al apuesto Pablo, ella se quitó el faldar, luego el faldón, y se quedó casi como su madre la trajo al mundo, arremangada la blusa que llevaba, hasta la cintura, para tumbarse junto a él. Le acarició de nuevo el pecho mientras aproximaba despacio su boca a la de él, para besarlo lentamente, recreándose en lo que estaba haciendo. Pablo ardía de deseo. Su mano se deslizó entre las piernas de ella para encontrarse con un sexo poblado de vello oscuro y húmedo. Era la primera vez en su vida que ponía la mano en el pubis de una mujer, y la dejó quieta sobre él.

Mientras jadeaba nuevamente de placer, la joven guio la mano de Pablo con movimientos lentos, para, al cabo de unos instantes, introducir el miembro viril del muchacho en lo más recóndito de su entrepierna, colocándose encima de él para iniciar unos lentos movimientos de caderas que asegurasen una penetración profunda.

Los jadeos por ambas partes se sucedieron, y conforme pasaba el tiempo, subieron de tono hasta convertirse en leves gritos de placer de María.

Pablo, resoplando como un caballo, apretaba con sus manos las nalgas de la joven, mientras seguía los movimientos que ella impulsaba y que se hacían cada vez más violentos, hasta que fueron cediendo en ritmo e intensidad cuando ambos llegaron al clímax. Pablo jamás había tenido un orgasmo como aquel, y sería difícil que olvidase jamás aquella primera vez.

Se quedaron un buen rato reposando, el uno junto a la otra, hasta que finalmente se vistieron y bajaron al salón de la taberna, donde les esperaban el resto de artilleros que no se habían ocupado con la madre. Siguieron bebiendo vino hasta que todos los miembros del grupo terminaron de ocuparse con una o con otra, y dos horas después, emprendían el camino de vuelta hacia el Arsenal, para regresar al navío.

—Ahora ya se puede decir que te has convertido en un verdadero hombre —sentenció Meneses—. Tu primera batalla naval y tu primera mujer, muchacho. Seguro que detrás de esta vendrán muchas más.

Pablo, que admiraba al pequeño cabo artillero por su entereza y valor, asentía con una sonrisa. Poco imaginaba que la predicción del cabo se convertiría en realidad.

El Secretario de Estado, José del Campillo y Cossío —*que había sido Comisario de Marina y director del Real Astillero de Guarnizo, donde había llevado a cabo una intensa actividad en la construcción de navíos*—, había ordenado carenar la obra viva del navío, con planchas de cobre, como hacían los ingleses con los suyos que navegaban por el Caribe, para evitar que el casco de madera se viera afectado y destruido por el lamelibranquio «Teredo Navalis» —*la malhadada «broma»*.

La operación iba a retrasar más de cuatro meses la puesta a punto del Santo Cristo de Burgos para continuar su viaje hacia Cádiz. Así, dos días después de arribar a Ferrol, el navío entraba en el recién construido dique seco de Esteiro para las

reparaciones. Los carpinteros, calafates y herreros, debían asumir las tareas de colocación de las planchas de cobre, que tardaron más de un mes en llegar, en una treintena de grandes carretas tiradas por bueyes y guiadas por más de sesenta hombres.

Entre tanto, la tripulación se había acomodado a la languidez del «dolce far niente», y con todo el tiempo libre, visitaban las tabernas de las poblaciones cercanas a la de Ferrol, buscando comida y pernocta en casas particulares, ya que los barracones del arsenal militar no daban abasto.

Pablo y su grupo de artilleros, volvieron a la taberna de Ferrol para buscar alojamiento y comida, pero la matrona con la que se había solazado el cabo Meneses, les indicó que solamente había dos cuartuchos libres. Si querían, se podían quedar Pablo y Meneses, pero los otros tendrían que buscarse la vida.

En el pueblo —según les indicó—, había dos mujeres viudas que posiblemente les acogieran a cambio de unas monedas, que buena falta les hacían.

Solo pensar en volver a retozar con María, hizo que todo el cuerpo de Pablo vibrase por dentro, mientras Meneses se arrimaba a la matrona con el ánimo de achucharla.

—¡Deja, deja! —se quejaba la tabernera al cabo, con la intención de soltarse de aquel abrazo libidinoso mientras lo apartaba sin contemplaciones—. ¡Más tarde ya hablaremos!

Desde el otro lado del mostrador, junto al tonel de vino, María miraba a Pablo con una sonrisa prometidora.

Los días pasaron tranquilos. Los dos artilleros se acostaban y levantaban cuando les apetecía o cuando las mujeres se lo permitían; comían bien y bebían mejor, paseaban hasta la playa de la ría y de vez en cuando compraban pescado y marisco que llevaban a la taberna.

Pablo se sentía extrañamente feliz. En realidad, nunca se había encontrado mejor porque no conocía esa clase de vida. Además, María se había enamorado de aquel joven apuesto, aunque tenía claro de antemano, que llegado un momento, Pablo saldría de su vida.

Veinte días después, Pablo y su cabo fueron requeridos para los trabajos de carena en el navío, y solo regresaban a la taberna a la caída de la tarde.

—¿Cómo va el trabajo en el barco? —le preguntaba la muchacha con insistencia—. ¿Zarparéis pronto? ¿Te volveré a ver alguna vez?

—Estoy embarcado en un navío de guerra. ¿Cómo puedo saber lo que me va a deparar la vida? —respondía Pablo—. Debo cumplir las órdenes de mi comandante. Solo sé, que próximamente zarparemos para Cádiz y después a las colonias de Nueva España.

Dos semanas más tarde, entre abrazos, lloros y caricias, los artilleros se despedían de las mujeres, dejándolas desoladas.

La travesía del Atlántico y otras historias

El 18 de septiembre de 1739 —*muy próximo ya el inicio de la guerra contra Inglaterra*—, después de haberse saciado la tripulación de las bondades de la vida gallega y tras malgastar su soldada, el Santo Cristo de Burgos zarpó del Arsenal de Ferrol con destino a Cádiz.

Con la carena forrada de planchas de cobre y con todo su velamen desplegado, el navío navegaba rápidamente. El hecho de no haber avistado velas en el horizonte en muchos días, había generado en los marineros una cierta tranquilidad, a pesar de que en aquellas aguas solían avistarse navíos españoles que venían de las Islas Canarias hacia Cádiz, aunque no se confiaban, dada la conocida costumbre británica de —*declarado el estado de guerra o no*— atacar, capturar o destruir, cualquier buque español, más aún con las tensas relaciones entre ambas naciones en esos momentos.

De hecho, los súbditos de Su Graciosa Majestad, mantenían apostada una escuadra de 18 navíos, al mando del almirante Nicholas Haddock, en el Cabo de San Vicente, vigilando la navegación a Cádiz y alargando su radio de acción hasta la isla de Madeira, pues en Gibraltar ya disponían, incluso desde antes, de otra escuadra dedicada a patrullar el Mediterráneo.

Para no toparse con ninguna de esas flotas y flotillas inglesas, en cuyo encuentro tenía las de perder, Don Isidro de Antayo decidió internarse en el océano con rumbo sur-suroeste, como si se dirigiera al archipiélago Chinijo, pero a unas treinta millas del cabo de San Vicente, cambió el rumbo a Cádiz, en cuya bahía se hallaban fondeados una gran cantidad de buques y fragatas, junto a los navíos: Galicia de 70 cañones y San Carlos de 60, ambos al mando del Teniente General de la Real Armada, Don Rodrigo de Torres, Marqués de Matallana.

Coincidiendo con la llegada del Santo Cristo de Burgos a la bahía, en Cádiz se estaban empezando a aplicar las nuevas ordenanzas reales de arsenales y hospitales, y estaban previstas las de armamentos, de buques, alojamiento de oficiales, sueldos, gratificaciones y demás, como parte de una serie de mejoras introducidas por el Marqués de la Ensenada, como Secretario de Hacienda, Guerra, Marina, e Indias; sin embargo, o bien tales medidas no fueron suficientes o bien no dio tiempo para su total cumplimiento. De resultas, en la antesala de la guerra contra los ingleses, la Armada seguía adoleciendo de escasez de dotaciones, ineficaz puesta a punto de los buques y otras graves deficiencias, en su mayoría resumibles a un único motivo: la falta de caudales.

Así, las mejoras iniciadas quedaron prácticamente paralizadas al comenzar la guerra, ya que las prioridades pasaron a ser otras: los caudales se destinaron a alistar los buques y a poner en estado de defensa los arsenales. De hecho, a finales de octubre de 1739, hasta catorce embarcaciones se hallaban fondeadas en Cádiz, en

diversos estados de mantenimiento, a la espera de reparaciones necesarias. Entre esos navíos, el San Luis quedó listo a primeros de noviembre; en las fragatas San Francisco Javier y Paloma, todavía quedaba mucho trabajo por hacer, en cuanto a pertrechos, faltaba mucha pólvora que embarcar, además de los cables de estos tres navíos y de cuatro bombardas; respecto a la tripulación, la falta de artilleros se solventó completando con marineros la dotación de las naves.

Para defender la entrada a la bahía de Cádiz, el jefe de escuadra, Don Francisco Liaño, decidió utilizar varias embarcaciones como baterías flotantes, y el navío Santa Isabel se puso al lado del fuerte de San Luis, en línea con él, y el navío San Fernando ocupó la parte más ancha de la entrada al Arsenal, ambas unidades colocadas en dirección sudeste-nordeste respecto al castillo. A retaguardia y en sucesivas líneas, fueron colocadas las fragatas Javier, Fama, Paloma y Atocha.

La escuadra facilitó 34 cañones de 24 libras para dotar a los fuertes, y disposiciones similares se ordenaron en Cartagena y en Ferrol, de tal manera, que el departamento de Cádiz terminó contando con 42 buques, Ferrol con doce y Cartagena con seis.

A Ferrol, precisamente, es adonde se ordenó partir al Santo Cristo de Burgos, al Galicia y al San Carlos, después de haber repuesto alimentos, aguada, pertrechos, mosquetes y munición para la dotación de Cuba, y de haber embarcado a dos acaudalados comerciantes con mercancías destinadas a Nueva España.

El 4 de octubre emprendieron travesía para unirse a la flotilla que acompañaría al teniente general Don Sebastián de Eslava y Lazaga, recién nombrado nuevo Virrey de Nueva Granada, quien debía encontrarse con el Comandante General de Cartagena de Indias, Blas de Lezo.

Al abandonar Cádiz, la navegación se realizó en sentido contrario al de la llegada, sorteando el cabo de San Vicente para ir costear con viento moderado del nordeste, navegando por la amura de barlovento, lo que ayudaría a los navíos a costear algo alejados de tierra, navegando de bolina con largas bordadas para terminar buscando siempre el barlovento con los focos desplegados, pero corrigiendo la deriva al oeste y revisándola constantemente con la aguja de marear.

Sin embargo, actividades cotidianas como dormir en los coyos suspendidos de los baos de las cubiertas, se convertían en una tarea difícil para la tripulación, debido al constante cabeceo y vaivén de las naves, por lo que era preferible sentarse apoyado en las cuadernas para no sufrir ningún accidente.

En el Santo Cristo de Burgos, algunos marineros fuera de servicio y una gran parte de los infantes de marina, prefirieron subir a la cubierta principal. Entre ellos, Pablo, que también había subido para airearse ante la imposibilidad de dormir en su coy, y allí se encontró con varios compañeros de la dotación de su cañón y con el cabo Meneses.

—¿Durará mucho este tiempo, cabo?

—Una semana o más, posiblemente, si no empeora. Seguramente, este viento nos

traerá lluvia —respondió el veterano.

Y así fue. Tras un par de millas recorridas, el cielo pareció abrirse y descargó un fuerte chubasco que imposibilitaba la visibilidad entre los navíos. La lluvia cayó de manera ininterrumpida por espacio de más de dos horas, provocando que toda la tripulación que se hallaba en cubierta, bajase a sus dependencias a procurarse trajes encerados para resguardarse de la lluvia y los rociones de las olas.

—¿Cómo sabías que nos íbamos a mojar? —preguntó Pablo a Meneses.

—Por experiencia. No es la primera vez que emprendo un viaje a Cuba fuera de tiempo, y te aseguro que este lo es. Puede que más adelante, el tiempo vaya a peor, y entonces sí que lo pasaremos mal: tardaremos más en llegar y se tendrá que racionar la comida.

Pablo calló. No era momento de hacer más preguntas, sino de buscar el lugar más propicio para pasar el temporal hasta que le llegase su nuevo turno de guardia.

Con aquel viento, las actividades cotidianas tomaban mucho más tiempo del normal; algo tan sencillo como caminar o dormir, exigía una atención extrema, ya que el constante movimiento del barco podía convertir el más mínimo despiste en una tragedia.

Con todo, la flotilla arribó a Ferrol, sin novedad, diez días después. Allí se procedió por fin, a cargar en el Galicia y el San Carlos los abastecimientos que habían sido solicitados más de un año antes, y además, embarcaron unos 600 hombres de refuerzo para Cartagena de Indias.

El viaje de la pequeña flotilla de tres navíos, se planeó —*sin que mediara todavía el estado de guerra entre España e Inglaterra*— en previsión de toparse con una flota inglesa de 9 navíos, al mando del almirante Chaloner Ogle, que vigilaba la costa gallega desde Finisterre. El problema no era la posibilidad de verse envueltos en una batalla, sino que un viaje al Caribe, suponía, en condiciones normales, una travesía de unos 40-50 días, que convenía realizar en fechas concretas para evitar la llegada de las habituales tormentas de esa época del año. En caso de zarpar en una época del año inconveniente, crecía mucho el riesgo de que el mal tiempo afectase gravemente a los barcos durante el viaje. Así, dos días después, la flotilla volvió a salir del puerto de Ferrol, con rumbo noroeste, en ceñida al viento fresco del rumbo contrario, y con todo su trapo desplegado, navegando los tres navíos en reserva, en paralelo, para en caso de avistar a los ingleses, maniobrar los tres simultáneamente, presentando batalla con sus más de ciento cincuenta cañones disparando al tiempo.

Por fortuna, después de un día de navegación sin avistar naves enemigas, los tres navíos cambiaron de rumbo, a oeste-suroeste para dejar las islas Azores a sotavento tres días después. Sin embargo las oscuras previsiones del cabo Meneses terminaron por cumplirse, y poco tiempo después de su partida, la pequeña escuadra comenzó a sufrir las inclemencias del tiempo y a encontrarse con tormentas en pleno Atlántico.

Recogiendo el viento del noreste por el costado de babor, los navíos se inclinaban a estribor, embarcando mucha agua con cada ola, perdiendo velocidad e

imposibilitando que se abriese ninguna porta de cañón para ventilar las cubiertas inferiores. Todas estas dificultades, amenazaban seriamente con alargar en exceso la duración de la travesía y con ello provocar escasez de víveres. Para colmo, las ligazones que sujetaban dos de los 30 toneles de la aguada, en la bodega de carga del Santo Cristo de Burgos, se soltaron, rompiéndose y derramando toda el agua que contenían. A partir de ese momento, el agua restante sería racionada.

Durante toda la travesía, Pablo dedicó mucho tiempo a meditar sobre su persona y futuro inescrutable, pero también a valorar aspectos cotidianos de índole más práctica. Por ejemplo, en las noches de oscuridad y soledad, pensaba, que si él o algún compañero caía por la borda, las posibilidades de encontrar al naufrago, especialmente de noche, eran muy limitadas. Por ello, en sus primeras guardias de noche, el concepto de atención plena se convirtió en una realidad que experimentaba segundo a segundo.

—Meneses, ¿qué ocurrirá si alguien cae al agua de noche, en una de esas maniobras por la jarcia? —preguntó Pablo, a su cabo, que había subido a cubierta para tomar el aire.

—Pues..., con este mar, desaparecido seguro. No se le podría rescatar. El viento nos hace derivar mucho, y por pronto que se quisiera arriar un esquife, el naufrago estaría ya a mucha distancia y la noche imposibilitaría saber dónde exactamente. Con lo frías que están estas aguas, si no se ahoga de buenas a primeras, no duraría más de media hora en superficie.

Las guardias nocturnas de las primeras jornadas resultaron sobrecogedoras, viéndose Pablo en medio de una oscuridad sin precedentes por lo encapotado del cielo, preñado de densas nubes empujadas por el fuerte viento. Era conmovedor hallarse en medio de la nada —*literalmente*— y no ver estrellas, al tiempo que el viento hacía silbar la jarcia del barco durante horas.

Tomar conciencia de la muerte te hace ligeramente más sabio —pensaba Pablo. Saber que los vivos somos muertos de permiso nos inspira a tomar mejores decisiones. Ver que uno se encuentra a varios días de distancia del lugar más cercano, hizo a Pablo darse cuenta de nuevo de la fragilidad de su vida y de la importancia de vivir cada momento en presente absoluto. Para él, vivir en ese presente absoluto, era como encontrarse en una especie de refugio donde nada malo podía suceder. Por lo demás, pronto descubrió, que navegar lejos de costa tiene mucho de rutinario y es exactamente lo opuesto a la navegación costera. Navegar en medio del Atlántico, consistía en hacer todos los días lo mismo, en no perder la calma ni la atención, en llevarse bien con uno mismo, porque por muy amena que fuese la conversación— *en esa travesía era así, especialmente con toda la dotación de su cañón*—..., era inevitable pasar muchas de soledad.

Pablo recordaba, que su padre le había dicho cuando iban de pesca, que una de las consecuencias inevitables de la soledad era alcanzar cierto grado de sabiduría. Ahora estaba aprendiendo que no hacer nada en esos momentos de soledad, aceleraba el

proceso de aprendizaje de la única asignatura que hay que aprobar de manera inequívoca: uno mismo, y en ese sentido, aquella travesía atlántica, resultó ser un gran maestro al enseñarle a dedicar plena atención a todo lo que sucedía a su alrededor.

Muchos días parecieron no ofrecer nada reseñable, pero cada vez que ese pensamiento acudía a su mente, Pablo se recordaba a sí mismo que la realidad no estaba en el horizonte, sino en sus ojos, en su forma de apreciar las cosas.

Aparentemente, todos los días eran parecidos; sin embargo, en realidad, siempre había alguna cosa, por pequeña que fuese, que los hacía diferentes unos de otros.

Hasta aquel lúcido momento, cuando tomó verdadera consciencia de su situación, Pablo había creído que la consecuencia de carecer de entrenamiento para apreciar los pequeños detalles, era que se podía terminar pensando que no había sucedido nada. Nada más lejos de la realidad. Cada día reflexionaba, que sería doloroso llegar a un momento de su vida, en el que, ante la pregunta, ¿qué ha pasado?, se respondiera a sí mismo, que no había ocurrido nada digno que recordar. Por eso, Pablo procuró entrenar su mirada para apreciar los pequeños detalles.

El navío seguía crujiendo con las embestidas de las olas, aunque a Pablo le impresionaba mucho, verse en un cascarón que no paraba de lamentarse cada vez que una ola lo embestía.

Finalmente, el viento acabó por amainar, lo que permitió que la vida a bordo empezase a resultar más amigable. Todos agradecieron el cambio, bien porque ahora podían comer algo más elaborado o porque al fin podrían dormir algunas horas seguidas. Sin embargo, y a pesar de esos pequeños motivos para la alegría, lo cierto era que la flotilla se había quedado en una de las peores situaciones posibles que se puedan afrontar cruzando el Atlántico: una encalmada casi total, sin viento, que impedía moverse a los navíos, salvo por la deriva a la que obligaba la corriente del sur.

En tales circunstancias, Don Isidro de Antayo mandó largar dos anclas de capa para contrarrestar en lo posible la deriva. Pasados los cuatro días de tormenta, y tal vez más por agotamiento que por otra cosa, los marineros consiguieron dormir algunas horas seguidas que les resultaron especialmente reponedoras.

Con la remisión del viento, la sensación térmica de frío también desapareció, y con él la humedad, y eso también fue algo que los hombres agradecieron enormemente.

Transcurrida una semana, a Pablo le sucedió algo que no le había pasado jamás. Se dedicó a contemplar el atardecer y luego el cielo negro estrellado, y a estar así en silencio durante horas. Durante la travesía, cada vez disfrutaba más de esos momentos de introspección.

Los días de calma en el Atlántico se sucedieron unos tras otros. Durante un mes y

medio, los tres barcos tuvieron que corregir muchas veces la deriva que les empujaba hacia el nordeste, pero al amainar el viento, volvían a quedar a merced de las corrientes. Al llegar a una determinada latitud, los alisios comenzaron a soplar moderadamente, las velas se hincharon de nuevo, se corrigieron los abatimientos con la aguja de marear y el sextante, suponiendo una alegría para todas las tripulaciones.

Noche tras noche, Pablo seguía haciendo guardia junto a su cañón, acompañado por Meneses. Charlaban amparados por la intimidad que proporcionaba ese manto de estrellas inconcebible, a cientos de leguas de tierra. El viento les mecía y les hacía avanzar sin interrupción. Con todo el tiempo que pasaban juntos, más bien parecía el confesor oficial el uno del otro. Otras veces, simplemente permanecían en silencio, disfrutando de la compañía y del momento, mientras mantenían la vista en el horizonte.

—¿Te das cuenta de que estamos en medio de la nada? —apuntó Meneses, en cierta ocasión.

—Lo que más me sigue preocupando, es un naufragio durante un temporal. No creo que sobreviviésemos ninguno —respondió Pablo, insistente.

Habían avanzado ya más de la mitad del trayecto entre Ferrol y Cuba y los días seguían pasando. La rutina lo invadía todo, y cada día parecía ser una copia del día anterior. Sin embargo, el viento terminó por subir, cuando, según el capitán, faltaban unas cien millas para llegar a las Islas Turcas. Era buena noticia. Significaba que estaban siendo finalmente empujados por los alisios que los llevarían directos a La Española, y de ahí a Cuba.

La alegría contrastaba con algunas de las penurias vividas durante la travesía. Pasados los primeros diez o doce días, el cuerpo de Pablo, lo mismo que el resto de la tripulación, había comenzado a notar la debilidad causada por una alimentación deficitaria. Además, con el calor y la humedad del interior de los navíos, el agua se había tornado verde, la bizcochada seca se había humedecido en exceso y agusanado en los barriles, y el tasajo se había convertido en una masa informe que apenas se podía comer. A pesar de todo, desde aquel momento, sin prisas y sin más expectativas, con la brisa marina en la cara, sabiendo que la travesía estaba llegando a su fin, con las olas acariciando dulce y acompasadamente la proa del barco y disfrutando del momento a solas..., Pablo se sintió, simple y llanamente feliz.

Los últimos días a bordo fueron muy tranquilos y navegaron con vientos muy favorables. Se desplegaron la mayor, los foques y las velas del bauprés, completando prácticamente el último tercio de la travesía sin ningún cambio en las velas para conseguir una cómoda navegación que les llevase al Paso de los Vientos, entre La Española y Cuba, donde inesperadamente se desató un viento fortísimo que les obligó

a arriar las velas mayores, para navegar entre olas de más de seis metros con los fuegos únicamente, esperando capear el temporal que duró dos días.

Amainada la tormenta, el Santo Cristo de Burgos se separó del Galicia y del San Carlos, que siguieron su ruta hasta Puerto Rico, con buena parte de los hombres enfermos y otros muchos muertos por el escorbuto. Llegaron a puerto el 16 de diciembre de 1739.

Para Pablo, el tiempo a bordo del Santo Cristo de Burgos fue como un viaje a la vida, aunque en ocasiones apreciaba que el destino estaba lejos y eso lo descorazonaba. Con todo, cuando vio que cada día navegaban un poco más y la meta se encontraba cada vez más cerca, llegó un momento en que percibió la llegada como inminente.

Y así, de repente, llegó un día en el que los marineros comenzaron a hacer cálculos sobre cuándo llegarían, con un margen de error de medio día arriba o abajo. Esa noche, terminó su guardia a las dos de la madrugada y marchó a su coy para descansar un poco. A las seis de la mañana ya estaba despierto. Salió a cubierta para preguntar si ya se veía tierra..., y así era. Detrás de un fino manto de lluvia, a estribor, se veía por primera vez, después de 60 días, la zona oscura de unas montañas. Era La Española.

Pablo se quedó en silencio asombrado, maravillado... Allí mismo vinieron a su mente, Colón y todos los conquistadores, y el pensamiento de todos los marinos del mundo cuando ven tierra y sienten lo afortunados que han sido.

Lo habían logrado sin avistar navíos enemigos.

A pesar de todo, puesto que en el navío todo marchaba a otra velocidad, esa distancia supondría otras dos o tres horas más de navegación hasta llegar a puerto, junto al fuerte de Don Diego, rodeado del verdor caribeño y un sinnúmero de palmeras.

Gran parte de la tripulación, enferma de escorbuto, tuvo que quedarse bajo el cuidado de los servicios médicos de la guarnición del fuerte y fue reemplazada por nuevos marineros. También se produjeron otras bajas a causa de la aclimatación al ambiente caribeño, por lo que el Santo Cristo de Burgos no pudo zarpar de inmediato hasta que el personal se recuperase.

A los marineros que se encontraban relativamente bien, se les permitió bajar a tierra para tomar una comida decente, especialmente fruta, y tras casi dos meses de navegación y aquella parada técnica en La Española, el navío emprendió viaje a Cuba, cruzando otra vez el Paso de los Vientos.

A finales de enero de 1741, el Santo Cristo de Burgos cumplió su objetivo y llegó al puerto de La Habana. Allí, después de despedirse de sus amigos y compañeros, Pablo desembarcó en su Arsenal, dando por terminado su contrato con la Real Marina.

Nada más poner pie en tierra, Pablo deambuló por los figones cercanos al

astillero, donde carpinteros, calafates, herreros y cordeleros que trabajaban en las cuatro grandes gradas de construcción navíos de guerra, solían recalar para comer y beber ron de caña.

Había en el lugar, una taberna regentada por una gallega llamada Catalina, que tenía a su marido trabajando en una de las gradas del astillero de La Habana. Habían llegado el año anterior con la intención de hacer fortuna, pero el salario del marido no daba para ello. La buena mujer, pensó entonces, que lo mejor sería construir una sencilla casita de adobe y transformarla en taberna para los trabajadores del astillero, ofreciéndoles una comida rica, constituida principalmente por lentejas con chorizo criollo, estofado de ternera, chuleta de cerdo asada a la barbacoa, junto con pan blanco de harina de trigo que hacía ella misma todos los días, algunos vinos importados de la península, y frutas, verduras y hortalizas que producían los campesinos canarios establecidos a principios de siglo en la isla, y que llegaban diariamente desde los embarcaderos de Cojimar, Marimelena, Regla y Guanabaco hasta las poblaciones de La Habana y Santiago de Cuba. Pero dado que la población de La Habana había crecido hasta cerca de 50 000 habitantes, desde la Península se enviaba, además, otra gran cantidad de productos alimentarios —*harinas, vinos, aceite, vinagre, y frutos secos*— a bordo de flotas comerciales.

Según los asientos de la Hacienda pública del gobernador de Cuba, en 1740, habían llegado a la isla, desde España: 800 arrobas de harina en flor de Castilla, 100 barriles de vino blanco de Valdepeñas, 300 barriles de aguardiente gallego, 10 pipas de vino colorado y 20 frasqueras de mistela de Valencia, 300 botijuelas de aceite y 50 botijas de aceitunas de Jaén, 60 cuñetes de alcaparras murcianas, 100 quintales de bacalao de Bilbao, 25 libras de azafrán manchego, 250 libras de pimienta de Castilla, 20 libras de clavo de olor, 40 arrobas de almendras y otras 100 arrobas de pasas de Alicante, 150 arrobas de jamón andaluz, 6 arrobas de salchichones de Gerona, 6 arrobas de fideos y 100 libras de aceite de almendras dulces.

Catalina podía comprar algunos de estos productos llegados desde España pero otros le resultaban demasiado gravosos para obtener el beneficio requerido. Por ello, la tabernera se valía de un alambique casero para elaborar orujo de caña y ron, que trabajadores, marineros y soldados consumían con placer.

Días después de haberse hospedado en la taberna, Pablo se enteró de que en la isla no había oro ni plata, y que además de los astilleros, la economía de la isla se basaba en el cultivo de la caña de azúcar, el café, la hoja de tabaco, la cría de vacuno y cerdo, y los productos de labranza.

Decididamente, no era eso lo que buscaba Pablo para hacer fortuna. Sabía de antemano, por las historias que el cabo Meneses le había contado, que la tradición constructora del astillero de La Habana era antigua de más de cien años atrás, y con el tiempo se había multiplicado, superando incluso a los astilleros de Ferrol, La Carraca

y Guarnizo, debido a las características del puerto, que poseía una amplia bahía natural.

Sus famosas y abundantes maderas, de una gran dureza, lo habían hecho centro de importancia naval para España, consolidándose como uno de los principales puertos para las flotas del Atlántico que regresaban a España con el rico cargamento de metales preciosos procedentes de Veracruz, Cartagena de Indias o Perú.

Pasaron los días.

La bonanza del clima y el hecho de disponer además de su soldada —*que había cobrado al desembarcar*—, más algunos doblones de oro y varios reales de plata que le quedaban de la herencia de su padre, permitieron a Pablo hacer un reconocimiento de la bahía de La Habana, observar la forma de vida en la isla y proyectar su futura vida en ella o en otro lugar. Aquella tierra era nueva para él, y no podía arriesgarse a ir simplemente a la aventura. Había viajado hasta allí con otra intención.

Entre tanto, había corrido la voz por las tabernas cercanas al astillero, de que la guerra con los ingleses ya había comenzado y que la colonia española de La Guaira había sido atacada. Pablo entró en la taberna, mientras un grupo de hombres permanecía en torno a un militar, que estaba refiriendo una noticia.

—*«En la mañana del 22 de octubre del pasado año, una parte de la flota del almirante Edward Vernon entró en el puerto de La Guaira enarbolando en sus mástiles la bandera española para intentar pillarles por sorpresa. Por suerte, los artilleros del puerto habían esperado a que los ingleses estuvieran a tiro, y llegado el momento, abrieron fuego simultáneamente sobre ellos. Horas después, se tuvieron que retirar con muchos de sus barcos casi destrozados»*.

Así lo estaba relatando aquél subteniente de mar.

Los murmullos de los parroquianos se elevaron en el recinto, casi sin permitir oír lo que contaba el suboficial.

—¿Y dice usted que los artilleros dispararon sobre navíos que enarbolaban la bandera de España? ¿Cómo supieron que eran ingleses? —preguntó Pablo, haciéndose oír por encima de las voces de los asistentes.

El corrillo se abrió, para dejar frente a frente a Pablo y el suboficial.

—Gracias a la información enviada desde España, hijo. Los servicios de inteligencia españoles, tenían agentes en la Corte londinense y en el cuartel general del almirante Vernon en Jamaica, que enviaban su información a nuestro gobierno. ¿No lo sabía usted?

—Llevo más de tres meses embarcado. ¿Tenía por qué saberlo?

—No. Supongo que no —admitió el suboficial.

—*«Casi por las mismas fechas del ataque a La Guaira, seis navíos y fragatas al mando del comodoro Brown, se presentaron aquí, en el puerto de La Habana, y bombardearon el castillo de Cojimar* —apuntó uno de los parroquianos.

Luego capturaron varias embarcaciones, entre ellas la fragata mercante Bizarra, además de varias balandras y goletas que venían a La Habana con cargamentos de

añil y sal».

La agitación iba en aumento. Varias de las personas que se hallaban en la taberna confirmaron lo que se acababa de decir, ya que habían tomado parte en la defensa de la plaza.

El parroquiano continuó diciendo:

—«*Posteriormente, los ingleses realizaron varios desembarcos, pero el gobernador, Don Juan Francisco Güemes de Horcasitas, envió hombres a todos los lugares donde se presumían asaltos y conseguimos hacer algunos prisioneros que refirieron todo tipo de información. Los ingleses también se ocuparon de reconocer los fondeaderos de Barucano, Jaruco y Bahía Honda, aunque finalmente se retiraron a mediados de noviembre».*

Los murmullos de los presentes habían terminado en voces, pues cada cual pretendía dar su opinión.

—¿No había navíos españoles para defender el puerto? —preguntó de nuevo Pablo, a la persona que había comunicado la noticia.

—«*En aquel momento, solo estaban allí las naves de los comerciantes que fueron las que apresaron los ingleses. Supongo, que el gobernador pensó, que las baterías de los fuertes eran suficientes para hacer frente a un posible ataque inglés» —* comentó otro de los parroquianos, que calló cuando el militar continuó con su historia.

Pablo y los demás asistentes, seguían escuchando atentamente la historia que explicaba el militar. Los murmullos y comentarios se habían apagado y el silencio solo era roto por su voz.

—Hace un tiempo, nos llegó la noticia de que los ingleses habían lanzado un ataque simultáneo contra los puertos españoles.

Portobelo fue el tercero, y se rindió a finales de octubre del pasado año, porque el castillo Todofierro tenía sus defensas inservibles. Según comentaron, faltaban hasta las cureñas de los cañones, por lo que la organización de la defensa fue lamentable.

Pero hace un año, la flota del almirante Vernon se presentó en Cartagena de Indias con trece navíos, entre los que se encontraban dos galeras bombardas que cañonearon la ciudad por espacio de una semana, pero gracias a la férrea defensa que realizó el teniente general Blas de Lezo, que mandó colocar a dos navíos españoles en lugares estratégicos de la bahía, y después hizo bajar a tierra todos los cañones de los navíos para poder alcanzar los barcos ingleses, las bombardas tuvieron que retirarse.

Yo mismo he podido regresar en un navío que, gracias a Dios, no se ha topado con ningún barco inglés o pirata.

—¿Ha estado usted en Cartagena de Indias durante el ataque inglés?

—De allí vengo yo. Licenciado y con ganas de regresar a España.

—Continúe, por favor —le pidió Pablo, quién con aquellos relatos, se trasladó mentalmente a la fonda de Lezo, donde escuchó por primera vez en su vida una historia semejante sobre aquellas tierras.

—Amigo, mi boca está reseca y no contaré nada a menos que beba algo —le respondió en militar, con un pícaro guiño.

Aquello también le recordó al viejo que contó su historia en la taberna de Lezo.

—Tabernera, trae una jarra de vino para este soldado —pidió Pablo a la tabernera, que escuchaba la historia con el mismo interés que el resto de parroquianos.

—¿Blanco o tinto? —preguntó la gallega.

—¡Qué más da, se lo beberá igual! —dijo uno de los parroquianos, con una carcajada.

—Lo que importa es que cuente esa historia —respondió otro.

—¡Tinto, pues! —dijo Catalina, mientras llenaba una jarra con el vino del tonel que había sobre el mostrador.

—Luego, el teniente general Lezo, dispuso un campamento volante en Tierra Bomba para acudir allí donde fuera necesario.

Viendo los nuevos aprestos de los españoles y el duro castigo al que estaban siendo sometidos sus navíos, la flota inglesa se retiró en espera de una mejor ocasión.

Uno de los presentes, aprovechó una pequeña pausa en el relato para rellenar el vaso del marino, invitándole con un gesto de su mano a continuar. Todas las miradas estaban fijadas en aquel hombre y todos los oídos estaban pendientes de sus palabras.

Los aplausos habían estado retumbando en la pequeña taberna, pero no impidieron que el soldado siguiese relatando su historia personal, un tanto rocambolesca y plagada de utópicas heroicidades, como la historia que contó sobre la pérdida de su brazo.

—Lo cierto es, que por aquellas mismas fechas, había partido de España, una escuadra de once navíos y tres buques menores con 2000 soldados que arribaron a Cartagena de Indias a finales de octubre. Las intenciones del almirante Vernon habían sido comunicadas en secreto a la Corte española, llegando la noticia a Cartagena de Indias a través del secretario de Estado Quintana, y Blas de Lezo tomó las medidas oportunas.

Seguramente, la extrema facilidad con que los británicos destruyeron Portobelo, les motivó a cambiar sus planes, y en lugar de concentrar su siguiente ataque sobre La Habana, con la intención de conquistar Cuba, como tenían previsto, el almirante Vernon partió otra vez hacia Nueva Granada para atacar de nuevo Cartagena de Indias.

Para aquella acción, los británicos habían reunido en Jamaica la mayor flota que el mar había visto hasta entonces, compuesta por 186 naves, a bordo de las cuales iban unas 2620 piezas de artillería y más de 27 000 hombres, entre los que se incluían 10 000 soldados británicos encargados de iniciar el asalto, 12 600 marineros, 1000 macheteros esclavos de Jamaica y 2500 reclutas de Virginia dirigidos por Lawrence Washington.

Vernon sabía, que Cartagena era una plaza bien defendida con una bahía interior que disponía de dos entradas: Bocagrande y Bocachica, con fortificaciones

fuertemente artilladas, pero con el fin de evitar la irrupción naval inglesa en la bahía, Blas de Lezo había ordenado el hundimiento de cuatro navíos en la entrada de Bocagrande, para que cualquier barco inglés que intentase entrar, quedase varado o crease vías de agua en su casco, dejándolo inservible para la navegación; así que, la entrada de Bocachica era el único lugar por el que los navíos de Vernon podrían acceder a la bahía, pero lo que no sabía, era que Blas de Lezo ordenó colocar una fuerte cadena entre los dos fuertes de Bocachica, cruzando la bocana, a la que unió tres navíos en posición de abrir fuego, con toda la artillería concentrada en el costado de estribor, que apuntaba a la entrada.

Vernon debió pensar que la plaza estaba sometida, sorprendiéndose de que no nos rindiésemos ante la desigualdad de fuerzas, y decidió entrar en Bocachica por las bravas.

El fuego cruzado de los dos fuertes sobreartillados, sumado a la potencia artillera de los barcos unidos por la cadena, le hizo perder varios navíos nada más entrar en Bocachica, siendo incapaces de abrir una brecha entre los barcos españoles, unidos a los fuertes por la gruesa cadena.

En enero, en una playa cercana, desembarcó un contingente de tropas y artillería al mando de Washington, destinado a tomar el Fuerte de San Luis de Bocachica, contra el que las naves británicas abrieron fuego de forma simultánea, a razón de 62 cañonazos por hora. Nuestras tropas incapaces de soportar tamaño bombardeo, tuvieron que retirarse finalmente hacia la ciudad, que ya comenzaba a ser evacuada por la población civil.

Entonces, Vernon debió ordenar a Washington que atacase por el pantano, aunque con lo que no contaban, era que el transporte de artillería por la marisma fuese tan pesado y lento para los virginianos, aprovechando nosotros para atacarles durante las noches, con grupos de 30 hombres al mando de un capitán, cada grupo. Disparábamos una andanada de mosquete y volvíamos al interior del pantano. Los ingleses, que nos seguían en la oscuridad, o se perdían en el pantano o eran pasados a machete sin que se llegasen a dar cuenta de lo que les sucedía.

—Ahí perdí mi brazo —dijo el militar.

Poco a poco nos fueron ganando terreno en el pantano y pudieron establecer varias baterías de cañones en la cercana colina de La Popa, desde donde batieron uno de los fuertes hasta que no tuvimos más remedio que abandonar el castillo. Previamente a esta retirada, Blas de Lezo ordenó hundir los barcos unidos por la cadena, de forma, que el paso por Bocachica fuese complicado, sino imposible.

Tras abandonar también el castillo de Bocagrande, todas las tropas españolas nos reunimos en el castillo de San Felipe de Barajas, mientras los virginianos de Washington se desplegaban en la cercana colina de La Popa para tomar posiciones.

Una noche se produjo un asalto al castillo de San Felipe, que los ingleses consideraban definitivo y que fue llevado a cabo por tres columnas de granaderos, apoyados por jamaicanos y demás compañías británicas, convenientemente

amparadas en la oscuridad y apoyadas por el constante bombardeo procedente de los buques ingleses.

Al llegar al fuerte, descubrieron que Lezo había hecho excavar fosos al pie de las murallas, de tal manera, que sus escalas se quedaron demasiado cortas, y en consecuencia, no podían ni atacar ni huir, debido al peso de sus impedimentas. Aprovechamos la situación y abrimos fuego contra los británicos, produciéndoles una carnicería sin precedentes.

Al amanecer, abandonamos nuestras posiciones y cargamos contra los asaltantes a bayoneta calada, masacrando a la mayoría y haciendo huir hacia los barcos a los pocos que quedaban.

A pesar de los constantes bombardeos y del hundimiento de la pequeña flota española —*la mayoría de los navíos, por orden del propio Lezo, para bloquear así la bocana del puerto*—, nos las ingeniamos para impedir el desembarco del resto de tropas británicas, que se vieron obligadas a permanecer en los barcos durante un mes más, sin provisiones suficientes.

Con su infantería prácticamente diezmada por el escorbuto, el hambre, las enfermedades y los combates, Vernon se vio obligado a levantar el asedio y volver a Jamaica.

Las bombardas enemigas salieron malparadas, y Vernon y sus naves tuvieron que retirarse con el rabo entre piernas.

Unos 6000 británicos murieron frente a menos de 1000 españoles, quedando algunos barcos ingleses, tan vacíos de marinería, que les resultó más práctico hundirlos. Así, la mayor operación desplegada por la Marina Real británica hasta ese momento, se saldaba también con la mayor derrota de su historia.

En la taberna, los parroquianos se habían alegrado de las victorias españolas sobre los ingleses, aplaudiendo, pateando el suelo y pidiendo más ron y vino para celebrar la parte de la historia que les había contado el militar.

Pablo también lo celebró, pero no pudo evitar pensar, que su futuro en la isla dejaba mucho que desear respecto a su proyecto de hacerse rico: no había oro ni plata y las plantaciones de hoja de tabaco y caña de azúcar estaban en manos de hacendados españoles o criollos ricos.

Era cierto que el astillero de La Habana estaba creciendo y en él se construían navíos cada vez más grandes, de mejores cascos y con mayor número de cañones a bordo, pero Pablo seguía pensando que ese no debía ser su futuro. Así las cosas, decidió esperar al próximo navío que partiera hacia Veracruz.

Cerca de la taberna en la que Pablo se hospedaba, había un pozo de agua fresca al que todos los días, a media mañana, acudía una nativa taína, portando un borriquillo con unas alforjas y unas cántaras de barro de boca ancha, que la india llenaba de agua

para después repartirla entre los trabajadores del astillero, por dos cornados el cacillo o por cuatro cornados si querían más.

Cuando no estaba en la taberna, Pablo solía sentarse en el pretil del pozo para observar con detenimiento a la india. Una mañana la vio llegar con su borrico y se le ocurrió la idea de acercarse a ella. Era alta, enjuta, de piel bronceada, y en su rostro, de pómulos redondos y acentuados, la nariz se situaba recta sobre unos labios carnosos y sensuales que apetecía morder. Sus ojos, con unas pupilas de un negro intenso y brillante, observaron a Pablo con la misma contemplación escrutadora que él la miraba a ella, pero no se dijeron nada. La india tomó el pozal que colgaba de la polea, desenrolló la cuerda y lo dejó caer hasta el fondo para llenarlo de agua, y no sin esfuerzo, comenzar a elevarlo hasta el pretil para vaciarlo en una de las cántaras. Después realizó la misma tarea con la siguiente cántara hasta que estuvo llena, pero Pablo se abstuvo de ayudarla; solo admiraba su soltura.

Al día siguiente, ya cautivado por la belleza de la india, Pablo acudió de nuevo al pozo esperando verla. Sobre el mediodía, ella llegó con su borrico para llenar las cántaras. Una vez llenas, Pablo se acercó a ella y le pidió agua. La india lo miró a los ojos y sonrió, mientras introducía el cacillo en una cántara para ofrecérselo lleno de agua, que Pablo bebió con ansia sin dejar de mirar a la joven.

—Cobro dos cornados por cacillo de agua —le dijo la india, con una voz cantarina y un mohín de coquetería—, pero a ti no te voy a cobrar nada porque ahí tienes toda el agua que necesitas.

—De todas formas, por el esfuerzo que has hecho, te pagaré lo que me pides.

Pablo estimó que no tendría más de dieciocho años. Observó que iba descalza y que vestía una faldilla de piel de gacela que dejaba al aire unas piernas bien torneadas, coronadas por unas caderas justas. Sus turgentes senos, también estaban cubiertos por otra ancha franja de piel, que sujetaba anudada a la espalda por dos tirillas finas del mismo material, y que en parte quedaban cubiertas por una larga mata de pelo negro, bien peinada, que le llegaba casi hasta la cintura.

El muchacho se llevó la mano al interior del cinturón, sacó dos monedas de un saquito de piel que llevaba oculto por el calzón y se las entregó a la joven india. Ella sonrió de nuevo.

—¿Sabes dónde podría alojarme durante unos días? —le preguntó Pablo, esperando una respuesta negativa que le enviase de nuevo a la taberna de la gallega.

La joven, sin perder su sonrisa ni dejar de mirarlo a los ojos, le respondió:

—Puedes preguntar en la taberna, por supuesto..., pero tengo un bohío en la playa en el que dispongo de espacio suficiente para más personas si me pagan por ello.

—¿Y cuánto debería pagarte?

—¿Solo por dormir, o querrías comida también?

—Tal vez, la comida también.

—¿Te parece bien un maravedí y cuatro dineros cada semana?

—Me parece correcto.

—Si te encuentro aquí en el pozo, cuando regrese de repartir el agua en el astillero, podrás acompañarme a mi casa.

—¿Cuánto tardarás en volver?

—Unas dos horas, si me dejan los babosos de los trabajadores —respondió la joven con gesto de fastidio.

—Aquí te esperaré —le respondió Pablo, con una sonrisa, mezcla de excitación y sorpresa.

Cuando la joven se alejaba en dirección a las gradas del astillero, Pablo regresó al interior de la taberna, donde ya casi no quedaban parroquianos. Al cabo de una hora volvió al pozo para esperar a la joven india. Al regresar y ver a Pablo esperando, la muchacha sonrió, y poco después, ambos marchaban andando juntos hacia la playa con el borrico cogido por un ramal. Veinte minutos más tarde, sin haberse dirigido más que alguna mirada a hurtadillas, llegaban cerca de una construcción de cañas de bambú, situada a cierta distancia de la orilla del mar, a escasos metros de la incipiente selva de palmeras y árboles. Sin que se hubieran dado cuenta, las nubes habían cubierto el cielo y rompió a llover torrencialmente. La india, Pablo y el borrico, se guarecieron debajo de una palmera, a cierta distancia del bohío.

—Pasaré enseguida —dijo la joven india.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó extrañado, Pablo.

—¿Olvidas que vivo aquí? Las nubes se irán en aquella dirección y con ellas el agua. Ocurre muy frecuentemente.

Pablo no respondió. Al cabo de unos minutos, como había pronosticado la joven, la lluvia cesó de la misma manera que había empezado. Las nubes se alejaron y el sol comenzó a brillar de nuevo.

Retomaron el camino hacia el bohío de la joven.

Era una obra de cuidada construcción con materiales naturales: unos pilotes de madera, clavados en una zona arenosa a cierta distancia de la orilla del mar, servían de base sobre los que se había levantado una cabaña rectangular de caña brava, con una cubierta protectora a dos aguas, elaborada con las hojas de palmera de la región y una última capa de barro para apelmazar las palmas y proteger la techumbre de la lluvia.

Cerca había otras construcciones similares de indios taínos, aunque aquellas tenían una forma redondeada y su techumbre terminaba en pico.

Un hombre de avanzada edad, alto, delgado, de facciones agradables a pesar de la edad, se hallaba sentado sobre la arena, repasando una rudimentaria red de pesca que poco más tarde extendería en el agua de la playa, sujeta a unas estacas de madera que había clavado profundamente en el fondo.

—Es mi babá —dijo la joven a Pablo, mientras el indio se levantaba extrañado al ver llegar a su hija con un español.

Hace años, era el behique de la tribu, una especie de sacerdote, adivino, profeta y

curandero, hasta que cada vez llegaron más arijua y los hombres marcharon a trabajar en las plantaciones de cacao y caña. Mi padre, pensando que la tribu ya no le necesitaba, se aisló y se dedicó a la pesca, la recolección de plantas medicinales y el cultivo de maíz.

Al llegar junto a él, la joven habló a su padre en lengua taína:

Babá, este arijua —*extranjero, en taíno*— vivirá con nosotros un tiempo y nos pagará por el alojamiento y la comida. Hace dos días que desembarcó y no tiene adonde ir.

El indio hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y acompañó a Pablo hasta el bohío. Después de subir cuatro peldaños accedieron al interior, donde le ofreció una bebida refrescante y fermentada, producida con la cáscara de la fruta del árbol de Mabí, azúcar y especias, que conservaba en una calabaza hueca, sobre un anaquel de la pared, que vertió en un pequeño cuenco de barro cocido.

Pablo se lo agradeció, llevándose las manos al pecho, y bebió un trago. Estaba bueno aquello, aunque extrañó su sabor, similar a la cerveza de raíz. El indio sonrió y asintió.

Desde dentro, el bohío daba la sensación de ser mucho más amplio de lo que aparentaba desde el exterior, con divisiones internas realizadas con esterillas de hojas de palma macerada en agua, machacadas y recubiertas con una argamasa de origen vegetal, que, además, también se había utilizado en el rudimentario mobiliario interno.

Cuatro grandes ventanas con unas elementales puertas, confeccionadas también con hojas de palma, permitían la ventilación del recinto. Fuera, debajo de un sombrero de palma, había una barbacoa y un pequeño horno circular en el que el anciano cocinaba arepas y otros alimentos.

La joven acompañó a Pablo, a una de las pequeñas estancias, que disponía de una hamaca pendiente del techo, confeccionada con hilo de algodón.

—Aquí dormirás tú. Yo duermo en la de al lado, y mi padre duerme en la otra de más allá. Comemos fuera, debajo del sombrero, junto a la barbacoa. ¿Tienes hambre? —preguntó la india.

—Puedo esperar hasta que comáis vosotros.

—En ese caso, lo haremos después de tomar un baño. ¿Quieres bañarte tú también? —propuso la india, con una sonrisa prometedora en los labios mientras se dirigía a la orilla.

Pablo, mientras caminaba a su lado hacia el agua, le preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

—Tanama.

—Tanama —repitió Pablo—. Es bonito. ¿Qué significa?

—En tu idioma, sería mariposa.

La muchacha sonrió, aceleró el paso, y al llegar a la orilla de la playa se despojó de la faldilla y la franja de piel que cubría su pecho. Luego fue entrando en el agua

transparente, despacio, a sabiendas de que Pablo la contemplaba sin disimulo. Desde tierra, Babá no dejaba de mirar a los dos jóvenes, a la vez que sacudía la cabeza con resignación. Intuía lo que iba a ocurrir. Lo había visto en los ojos de su hija.

Por su parte, al principio sorprendido, porque no tenía costumbre de ver a una mujer desnuda, Pablo se quitó la taleguilla, la camisa y los calzones, y fue en pos de Tanama, manteniéndose próximo a la muchacha pero sin acercarse demasiado.

—¿No te gusto? —preguntó Tanama a Pablo, con una sonrisa pícaro en la boca.

Extrañado por el comportamiento de la joven, pero siguiéndole la corriente, Pablo se deshizo en elogios a su bonito cuerpo y a la belleza de su rostro.

—Pues acércate a mí. Tú también me gustas. En caso contrario no te habría ofrecido mi casa.

Pablo se dejó llevar por las palabras de la joven, mientras una descarga eléctrica recorría su espalda y el deseo le embotaba la mente. Ella le tomó de la mano y ambos se movieron hacia una zona más profunda. Cuando el agua les llegaba al cuello, la joven se volvió de espaldas a Pablo, tomándole las manos para que la abrazase por la cintura, y al momento lanzó una carcajada, pues había notado el miembro erecto de Pablo entre sus nalgas.

Luego se volvió de cara a él y lo abrazó. Los duros senos de la india, con los pezones erectos también, presionaban el pecho de Pablo, que continuaba perplejo, superado por la situación y sin saber qué hacer.

—¿Nunca has estado con una mujer en el agua? —le preguntó divertida—. Entre nosotros los taínos, es normal si a una mujer le gusta un hombre, así que..., déjate llevar.

La india dirigió una mano de Pablo hasta sus senos de pezones turgentes mientras con la otra tomaba el miembro viril del muchacho y lo oprimía. Inmediatamente, lanzó un profundo suspiro mientras notaba cómo se endurecía más en su mano, y el muchacho jadeaba levemente. Pablo seguía confuso, pero con el deseo de poseerla allí mismo.

Sin dejar de sonreír, Tanama tomó la otra mano de Pablo, para acercarla a su sexo, que exploró de la manera que le había enseñado María, en Ferrol, mientras la india gemía de placer y le abrazaba con fuerza. Pasados unos instantes, Tanama abarcó con sus piernas las caderas de Pablo y permitió que el joven la penetrase.

Él lo hizo lentamente como había aprendido con María, mientras la india subía y bajaba su cuerpo, enroscada a las caderas del joven, mirándolo a los ojos, con los suyos entreabiertos, con una expresión lánguida y llena de placer. Diez minutos después, Tanama y Pablo resoplaban; sus movimientos se hacían más apasionados mientras las pequeñas olas los acariciaban. La joven echó su cuerpo hacia atrás para que la penetración fuera más profunda, y así llegaron al éxtasis. Pasado un tiempo, se relajaron, aunque continuaron unidos, sin separarse.

Tanama besó los labios de Pablo y deshizo el abrazo para iniciar el camino hacia la blanca arena coralina de la playa donde se tumbó al sol. Pablo la siguió, y se echó a

su lado sin decir ni una palabra. No hacía falta. Sus manos se entrelazaron y así continuaron hasta que el aroma del pescado asado en la barbacoa llegó a sus pituitarias.

—Babá ha preparado pescado en las brasas y mazorcas tiernas para comer. No debemos hacerle esperar. Tenemos que irnos ya.

Los dos jóvenes vistieron sus atuendos y se dirigieron hacia el bohío con las manos entrelazadas. Cuando el padre los vio llegar, los miró en silencio, sin decir ni una palabra, entregándoles sendas escudillas planas de madera que contenían una generosa porción de pescado asado, acompañado de una torta de arepa y una mazorca asada. Luego llenó de agua sus vasos de arcilla. Terminada la comida, dieron las gracias a todos los dioses cemíes por los alimentos recibidos y se fueron al interior del bohío para descansar un poco en las hamacas.

Pablo se dirigió a la estancia que le había asignado Tanama, sin dejar de pensar en el cuerpo de la joven y la insólita experiencia que acababa de vivir con ella en el agua. Instantes después, la cortinilla de finos palillos de bambú entrelazados, que separaba la estancia del resto del bohío, se abrió, y Tanama se acomodó junto a él, en la hamaca, abrazándolo sensualmente, recorriendo su cuerpo con las manos.

Volvieron a hacer el amor, aunque sin el apasionamiento que los embargó en el agua, explorando sus cuerpos lentamente con sus manos y bocas para encontrar el goce que les llevaría a un placer profundo y duradero, entre jadeos y suspiros de ambos.

Al amanecer, la luz del sol los despertó fundidos en un abrazo. Cuando salieron del bohío, Babá ya faenaba sobre su canoa, zarpando las redes que había colocado estratégicamente en el agua, cerca de unas rocas emergentes, para recolectar su cosecha marina. Tanama lo saludó con un gesto de su mano, desde la distancia, y el padre le devolvió el saludo, mientras la joven, desnuda, entraba en el mar para tomar el primer baño del día. Pablo sentía una extraña felicidad. Conforme se acercaba también al agua, no dejaba de admirar la figura estilizada de su joven amante, incapaz de creer todavía que aquello le estuviera ocurriendo a él.

Cuando salieron del agua, Babá ya había preparado para desayunar, unos tajos de piña salvaje, agua de coco y unas tortas de casabi, realizadas con yuca fermentada y tostada al sol la tarde anterior.

Batallas en el Caribe español

Los días se siguieron sucediendo con el mismo patrón durante todo el tiempo que Pablo se hospedó en el bohío. Por las tardes, cuando no llovía, él y Tanama disfrutaban de las puestas de sol; después se bañaban desnudos y hacían el amor, y por las noches, la joven dormía abrazada a él. Los días que no llovía demasiado, Tanama emprendía camino a La Habana, con su borrico y las cántaras vacías, para llenarlas en el pozo. Pablo solía acompañarla hasta la taberna en busca de noticias.

Cierto día, corrió la voz, de que, según informes llegados desde España, los ingleses habían diseñado un plan, que incluía inicialmente la toma de Santiago, donde establecerían una base desde la cual podrían bloquear el Paso de los Vientos, entre Cuba y La Española, y así les resultaría más factible atacar a los barcos españoles con destino a Cádiz.

Pablo no podía negar, que junto a Tanama se sentía como si se hallase en el paraíso. Disfrutaba de una desconocida paz interior que le hizo olvidar por un tiempo su ansia de aventuras y prosperidad. Sin embargo, quizá porque esa misma felicidad se hallaba sólidamente ligada a un día a día excesivamente rutinario, quizá porque noticias como aquella consiguieron despertarle de su placentero letargo, Pablo tomó una determinación. Como civil que era, decidió unirse a los voluntarios y a la tropa que debían marchar a Santiago de Cuba para defenderla de los ingleses. Su marcha, como era de esperar, no fue recibida con agrado por Tanama, que se había enamorado profundamente de él.

El 1 de julio de 1741, el almirante Vernon partió de Jamaica con una flota compuesta por nueve navíos de línea, a los que se sumaban tres fragatas, una bombardera, tres viejos navíos convertidos en brulotes —*cargados con materiales explosivos combustibles e inflamables, como pólvora o fuego griego, y dotados de arpeos en los penoles de sus vergas y del bauprés, capaces de incendiar los buques de guerra enemigos fondeados o destruir las obras de los puertos y los puentes tendidos sobre los ríos*—, una bombardera con dos morteros, dos balandras con 16 cañones, dos buques hospital y cuarenta transportes con unos 4000 hombres.

Las naves inglesas se dirigieron hacia el este, y días después, 3400 soldados dirigidos por el general Thomas Wentworth, desembarcaron en tres playas diferentes de la Bahía de Guantánamo.

Entre ese contingente, se encontraban algunos supervivientes del regimiento virginiano de Lawrence Washington, que había atacado Cartagena de Indias, y unos 1000 negros jamaicanos.

El nuevo plan inglés, establecía esta vez la fortificación de una base de campaña,

al norte de la bahía, desde la que invadir Guantánamo y atacar más tarde Santiago. Considerada en cifras totales, la flota inglesa poseía una fuerza descomunal, con 630 cañones y dos morteros para atacar Santiago de Cuba, población que albergaba a unos escasos 300 habitantes en cualquier época del año.

Sin embargo, Don Francisco Caxigal de la Vega, el gobernador de la ciudad, que contaba con tan solo 350 soldados coloniales y unos 600 milicianos para detener a los ingleses, decidió no plantarles cara en campo abierto, sino organizar a sus hombres en guerrillas para atacar a las fuerzas inglesas desde la espesura. Así pues, aunque Wentworth alcanzó las proximidades de Guantánamo, encontrando escasa resistencia, su empresa fracasó, al resultar su ejército gravemente afectado por enfermedades tropicales, con más de 2000 hombres aquejados de fiebres.

Wentworth tuvo que dar por fracasada la iniciativa el 23 de julio de 1741, hecho que le valió una reprimenda por parte de Vernon. Las tropas inglesas se retiraron de la isla en noviembre, aunque la flota británica continuó bloqueando el puerto de Santiago hasta el mes siguiente.

Posteriormente, el grueso de las naves inglesas regresó a la base jamaicana de Port Royal, mientras que unos pocos barcos se dirigieron al Paso de los Vientos para realizar actividades de corso, y otros fueron enviados a vigilar a la flota española de La Habana.

Vernon, sustituido en el mando de la flota por Chaloner Ogle, se vio obligado a retornar a Inglaterra en 1742. A su regreso a la City, comunicó que el triunfo del que había informado previamente, no existía, lo que causó tal vergüenza a Jorge II, que el propio rey, prohibió escribir sobre el asunto a sus historiadores, resultando Vernon expulsado de la Royal Navy.

Un mes después del fracasado ataque inglés a Guantánamo, Pablo regresó al bohío para alegría de Tanama, que redobló con entusiasmo sus relaciones amorosas. No obstante, ambos jóvenes sabían, que esos nuevos días de solaz no durarían demasiado. Para Pablo eran solo una pausa en el camino que debía llevarle a cumplir su sueño.

La escuadra del Almirante Knowles, tras rondar durante varios meses las costas de la isla, se enfrentó finalmente con la flota de La Habana, mandada por el general Andrés Reggio, el 1 de octubre de 1741, en el canal de las Bahamas. Este enfrentamiento terminó sin un claro vencedor. Días después, Knowles puso rumbo a La Habana, donde el 12 de octubre de 1741, se topó, casi por casualidad, con una pequeña escuadra española de 6 barcos, dirigida por Reggio y el también general Benito Spínola. A pesar de su superioridad, la flota británica solo pudo hundir un barco español y dañar otro lo suficiente como para obligar a su propia tripulación a incendiarlo.

Las otras cuatro naves españolas regresaron a La Habana.

Knowles, sin embargo, consideró que no lo había hecho mal, y mandó un informe a Londres, diciendo que se disponía a capturar la Flota de Indias. Para su sorpresa, lo que recibió fue una reprimenda, ya que los gobiernos británico y español habían firmado la paz pocos días antes.

A causa de la tranquilidad que se vivía en la zona y la ausencia de navíos ingleses en aguas de Cuba, Pablo decidió embarcar hacia La Florida con un nuevo contingente de tropas de refuerzo. Lo hizo en un navío que transportaba pertrechos y armas para el fuerte y la ciudad de San Agustín.

Bien entrado el otoño, seis navíos partieron de La Habana con cerca de 600 hombres, voluntarios y soldados, entre los que se contaban más de cien esclavos negros huidos de los ingleses, ya que los españoles daban un trato diferente a los esclavos negros fugitivos, pagándoles un salario con el que podían comprar su libertad.

Salidos de La Habana con buen tiempo y la intención de atravesar el estrecho de Florida, los seis navíos sortearon los arrecifes de coral que se hallaban a mitad de camino, si bien, una vez los dejaron atrás, se vieron obligados a navegar en conserva, muy cerca unos de los otros y sin perderse nunca de vista.

Si alguna de las naves se retrasaba debido a la mar en calma, las demás la esperaban. Así se mantuvieron durante cuatro días mientras se gestaba una fuerte tormenta.

Un atardecer, sin saber a ciencia cierta de dónde venía, observaron una zona oscura en el horizonte, sobre el mar, en la que se alternaban zonas oscuras y otras más claras que se acercaban en forma de espiral, mientras unas fuertes descargas eléctricas se producían en el interior de esas nubes negras.

El agua parecía bullir en el interior de aquel círculo que se movía rápidamente, hasta que, de pronto, una gran columna de agua se elevó hacia el cielo, oscureciendo el sol que se percibía en algunos claros entre nubes mientras en otros lucía el arco iris. Los vientos arreciaron fortísimos, de tal forma, que aquella tromba de agua, girando violentamente sobre sí misma, se convirtió en una trampa mortal, capaz de arrasarlo todo aquello que se cruzaba en su camino.

Los barcos escoraban de estribor, por el empuje de las olas y el viento sobre su alto bordo, para adrizarse inmediatamente cuando pasaba cada ola.

Las cargas de sus bodegas se soltaron de sus asientos, rompiendo las ligaduras, para sacudirse de estribor a babor y viceversa, según los barcos caían de costado o se adrizaban, convirtiéndose en un grave peligro para la estabilidad e integridad de las naves.

Pillados por sorpresa, la marinería no había tenido tiempo suficiente para arriar

todas las vergas a medio palo, tomar los rizos de las velas a las vergas de cada mástil, mientras estas se balanceaban de estribor a babor, alrededor del mástil, rotos los apagapenoles, brioles, palanquines, y escotas.

El trabajo de los marineros en aquellas condiciones era del todo imposible. Muchas de las velas, por la fuerza del viento, destrozaron sus relingas, desgarrándose después, y dejando sus girones flamear al viento.

En aquella situación, en alguno de los barcos cuyas velas no llegaron a desgarrarse por el viento, la fuerza del mismo sobre ellas supuso una carga tal para el mástil, que este se salió de su asiento, inclinándose peligrosamente sobre el de mesana con el riesgo de caer y desarbolando la nave, dejando las jarcias por cubierta.

En otros, el vendaval mochó el mástil por encima de la cubierta, desarbolando la nave y dejándola al paio, sin gobierno, pero sin causar víctimas.

La tromba tomó por medio el navío del comandante de la pequeña flotilla, que iba en cabeza, elevándolo del agua, primero, para luego dejarlo caer de costado, totalmente desarbolado y roto su casco, hundiéndolo.

El resto de las naves sufrió el embate del viento mientras olas gigantescas saltaban por la borda, arrastrando fuera de los navíos todo aquello que estaba estibado en sus cubiertas, incluso a algunos hombres que no pudieron ser socorridos y que tuvieron que agarrarse a cualquier cosa que flotase en agua. Muchos no lo consiguieron.

En el navío de Pablo, el capitán se preocupaba de que todos los hombres se ataran con cabos a cualquier parte fija de la cubierta para no ser engullidos por las olas. Así, Pablo se amarró como pudo a uno de los soportes del castillo de popa, debajo de la toldilla, aunque no pudo impedir que las olas lo empapasen de arriba abajo y los fuertes bandazos le dejaran el cuerpo destrozado, pero aún tuvo fuerzas para encomendarse al Santo Cristo de Lezo para poder salir de aquella situación.

El fuerte viento había desarbolado dos navíos más, que quedaron al paio en aguas peligrosas, y uno de ellos tuvo que ser abandonado y hundido a causa de los daños irreparables que había sufrido su casco en el asiento del palo mayor. En los otros tres barcos más alejados del centro de la tormenta, donde los vientos no fueron tan poderosos, las velas o lo que quedaba de ellas, se habían arriado, dejando solamente los focos y tormentín, todavía en condiciones, con el fin de perder el menor rumbo posible, si bien el abatimiento era extraordinariamente fuerte debido al alto bordo de los navíos.

Finalmente, tal como había llegado la tormenta, se fue, volviendo a lucir el sol y a quedar el tiempo en calma, lo que permitió a los capitanes observar el estado en el que se encontraban los hombres, después de tener la muerte tan cerca.

Pocos permanecían con el sentido intacto, y no se podía contar a más de cinco capaces de mantenerse en pie. Los demás estaban derrengados contra la borda, los cañones o los mástiles a los que se habían atado, como muertos. El capitán intentó descasar, sin conseguirlo, mientras el maestro se hacía cargo del gobierno del barco.

No podía borrar de su mente la imagen del navío del comandante de la flotilla, volando por los aires para luego desplomarse al agua y hundirse, con las olas llevándose a marineros, soldados, y voluntarios.

Pero la súbita calma, provocaba que la corriente les empujase hacia los cayos cercanos, donde tentaron con el fondeo, confirmando que solo había siete brazas de calado. A lo lejos, podían ver una playa con palmeras y árboles cercanos, en la que morían las olas en series de tres. La primera mediana, la segunda más elevada, y la tercera más alta y rompedora. Las Tres Marías, había dicho un viejo marino que se encontraba junto a Pablo.

El capitán ordenó que largasen el ancla de respeto para quedar aproados a la corriente que les acercaba a la orilla. El resto de barcos hicieron lo mismo, a la distancia unos de otros a la que el abatimiento les había llevado. Botaron las chalupas, en cada una de las cuales, embarcó una parte de la mitad de la dotación de cada navío, más una parte de los voluntarios de La Habana, y se dirigieron hacia la playa. Dejaron pasar las dos primeras olas, como habían visto hacer a los indios, y cuando llegó la tercera, remarón sobre su cresta con las pocas fuerzas que les quedaban, para no perderla, cabalgando sobre ella hasta que la ola rompió y les arrojó dando cabezadas y bandazos a la orilla de la playa, donde la embarcación se tumbó de costado e hizo salir a sus ocupantes a gatas.

Una vez en tierra y repuestos del esfuerzo realizado, dos de los esclavos negros liberados, consiguieron hacer fuego, frotando un palo contra unas hojas secas de palmera, a las que añadieron más ramas y algunas maderas de las naves que se habían descuadernado y llegado a la orilla con la corriente, puesto que la noche se les venía encima, hacía frío, y las escasas ropas que llevaban, estaban todavía mojadas.

El resto de tripulaciones que llegaron a la playa, se reunieron para no quedar dispersos, pues ignoraban en qué lugar se encontraban y los peligros que les podían acechar, aunque presumían que debía tratarse de alguno de los cayos de la costa de La Florida.

Afortunadamente, algunos de los marineros que habían salido a inspeccionar el terreno, hallaron entre unas rocas cercanas, una poza que contenía agua de la lluvia caída hacía poco tiempo.

Se encendieron más hogueras, y los hombres, debido a su agotamiento, durmieron toda la noche al calor de ellas. Al día siguiente, después de salir el sol, buscaron troncos, ramas y más maderos con los que apuntalar las arboladuras de los navíos, y dos días después, empujados por un viento fresco, levaron anclas, llevando a remolque a uno de los barcos desarbolados que no pudieron reparar, lo que les obligó a aligerar peso, desprendiéndose de casi todos sus cañones.

El viaje hasta el fuerte de San Agustín resultó una verdadera odisea. Borearon los cayos hacia el norte, y, aunque los dos navíos que no habían sufrido daños de

consideración, llevaban todo su trapo desplegado, el navío remolcado les obligaba a abatir, navegando más despacio. Al día siguiente, el cielo se encapotó de nuevo y el viento arreció moderadamente, permitiéndoles navegar de aleta de estribor con la mayor —*a la que se le había dado tres manos de rizos*—, el tormentín cazado con la escota de barlovento y la pala del timón a sotavento, levemente hacia crujía para encontrar el equilibrio, pero vigilando siempre desde las cofas la profundidad reinante en aquellas latitudes llenas de bajíos y arrecifes, capaces de destrozar un casco ante el menor descuido.

Puesto que la tormenta y el agua embarcada habían echado a perder todas las provisiones —*las barricadas que las contenían habían rodado sueltas, rompiéndose todas ellas*—, los hombres tuvieron que navegar durante dos días, sin nada que comer ni beber hasta que finalmente llegaron al fuerte de San Agustín.

Al desembarcar, Pablo pudo observar que en los alrededores del fuerte seguía existiendo un gran asentamiento de indios Timicua, como había oído explicar a aquel viejo marino cuando él era un niño. Unos cincuenta bohíos circulares, contruidos con cañas y ramas de árboles, techumbre de palmitos y una capa de arcilla apelmazada, se agrupaban en torno a otro de mayores dimensiones en el interior de una empalizada que los circundaba a todos. Algunas mujeres, entraban y salían de la empalizada para ir o venir de los maizales sembrados en una pequeña llanura abierta en la foresta cercana. Otras, en el poblado, se afanaban en cuidar de los niños que correteaban entre los bohíos, curtían pieles que después dejaban a secar, o mantenían el fuego de una gran barbacoa. Los hombres, en su mayoría, se encontraban en el fuerte, pretendiendo intercambiar alguna de sus pertenencias por armas de fuego, pólvora o cuchillos con los españoles. Otros, sin embargo, habían salido de caza con sus arcos y flechas para volver con algo de carne de cualquier animal que habitase la fronda.

Con el paso de los días, Pablo se extrañó de la libertad de la que gozaban los indios para entrar y salir del fuerte sin que nadie les dijese nada, y preguntó a uno de los misioneros franciscanos del fuerte.

—Después del primer viaje de Don Cristóbal Colón, fue la propia Reina Isabel quien determinó que los indios nativos no debían ser considerados esclavos, ni siquiera gentes colonizadas, sino súbditos de pleno derecho de la Corona española como habitantes de las nuevas provincias recién descubiertas. Veinte años después de tomar estas tierras, el 27 de diciembre de 1512, España abolió la esclavitud indígena en general, mediante las Leyes de Burgos, en las cuales se emitieron las ordenanzas necesarias —*«para el gobierno con mayor justicia de los naturales indios o indígenas»*— y se estableció que el Rey de España tenía derecho a justos títulos de dominio del Nuevo Mundo, pero sin derecho a explotar al indio, que era hombre libre y podía tener propiedades, aunque como súbdito, debía trabajar a favor de la Corona, sin mediar la esclavitud, siendo retribuido por ello y con sus libertades garantizadas, a través de los españoles aquí asentados.

Para que ello se consiguiese, España anteponía la evangelización de los nativos a cualquier otra materia. Nativos, a quienes, por cierto, consideraba hermanos cristianos, dejando a un lado las excepciones salvajes que efectivamente se pudieran dar, y de las que de ninguna manera fuere culpable España como unidad.

Fíjese —le decía el fraile a Pablo—, que en 1521, su Majestad el Rey, Don Carlos I, en el permiso que concedió a Don Juan de Gay, para que explorase las vastas regiones de esta parte de Nueva España, dispuso, que en caso de que se necesite transportar mercancías, armas, u otra clase de vituallas, se usase la corriente de los ríos para no tener que cargar a los hombres —*indios o españoles*— con bultos pesados, prohibiendo juegos de azar, tales como dados, cartas, etc., por razón de los daños que pudieran ocasionar en escándalos, enemistades, juramentos y blasfemias, así como también porque pudiera corromper a los indígenas el mal ejemplo.

Prohibió, además, que se le quitase a los indios sus mujeres o que viviesen los españoles con mujeres indias sin estar casados con ellas, lo cual, decía el documento, ha sido una de las causas principales de los daños causados en La Española.

Ordenaba que no se hiciese guerra contra los indios a menos que fuere absolutamente necesaria para repeler su agresión, y amonestaba a los jefes de la expedición, para que evitasen con esmero todo lo que pudiera ser causa de resentimiento para los indios, disponiéndolos a entablar guerra contra los españoles.

También prohibía el repartimiento de indios, porque de ahí han comenzado todos los daños, y haciendo nuevo hincapié en la necesidad de tratar con dulzura a los indios, añadió: porque por tales medios se convertirán más fácilmente y vendrán al conocimiento de Dios y de nuestra santa Fe Católica, que es mi principal deseo, y mayor bien se obtendrá con la conversión de cien indios por estos medios, que de cien mil por cualesquiera otros.

—Lo ignoraba, padre, por eso me ha extrañado —respondió Pablo.

—Lo entiendo, pero como le he dicho, los indios también tienen sus obligaciones, como súbditos de nuestra Majestad, el Rey de España.

En 1542, esas Leyes de Burgos de las que le hablo, fueron ampliadas por unas Nuevas Leyes, tituladas, precisamente, Leyes y ordenanzas, nuevamente hechas por Su Majestad para la gobernación de las Indias y buen tratamiento y conservación de los indios, en las que, entre otras cosas, se regulaba aún más en detalle, el trato a los nativos, proclamando de nuevo su libertad y suprimiendo igualmente las encomiendas.

—Y dese cuenta de la magnanimidad de nuestros gobernantes, ya que esas normas emitidas por nuestras autoridades, restaban derechos a los pobladores españoles en beneficio de los indígenas. Algo inédito en aquel momento y digno de asombrosa admiración —continuó el fraile.

Según esas Nuevas Leyes, el Emperador Carlos I, mandó constituir una comisión que determinara la limitación de los derechos de los españoles en sus encomiendas, y el sistema y forma en que se llevaban a cabo las Conquistas, teniendo en cuenta, que

en ningún momento de este proceso, podrían violarse los derechos indígenas, aunque en dichas leyes también se regulaban los tributos que los indígenas debían aportar al Estado, como súbditos del Rey que eran, y no como esclavos.

—¡Ya!, comprendo... Oiga..., ¿y ese poblado indio que hay junto al fuerte?

—Hace tiempo, los Timicua fueron atacados, y casi diezmados y empujados hacia el sur, por sus enemigos los Creek. Con el paso del tiempo, se consiguió fortalecer la relación de los españoles con los Timicua, de tal manera, que ahora prestan una gran defensa a fuerte, al que se han unido después, cientos de negros esclavos de los ingleses, huidos de las colonias británicas de Carolina y Nueva Georgia.

—¿Y esos negros..., siguen siendo esclavos?

—En las colonias de Nueva España no hay esclavos, hijo mío. Son hombres libres si aceptan su conversión a la Religión Católica. Muchos de ellos forman parte de las milicias defensivas de San Agustín de La Florida.

—Le agradezco sus explicaciones, padre.

Posteriormente, en el fuerte, Pablo supo que los asentamientos de colonos ingleses en Carolina y Nueva Georgia se habían reforzado con la llegada de nuevos colonos y soldados, no siendo infrecuentes los ataques a algunas de las posiciones españolas. En las llanuras de aquellas colonias, el ganado pastaba libremente, y los ingleses abrían nuevos caminos, roturaban nuevas tierras y mantenían una buena relación con los indios de aquellas latitudes, aunque el mayor inconveniente para su expansión, seguían siendo los españoles de La Florida.

Desde hacía décadas, los ingleses habían realizado incursiones contra La Florida, atacando las misiones españolas que, aisladas y con los indios vinculados a ellas, desarmados, eran presa fácil. La guerra contra España, declarada en octubre de 1739, les dio el pretexto que buscaban: atacaron y destruyeron la mayor parte de las misiones españolas, y todos los puestos avanzados en la región de los Apalaches.

Ante la poca resistencia ofrecida por las escasas guarniciones de las misiones, los ingleses de Nueva Georgia y Carolina, pensaron que no tendrían ningún problema en tomar San Agustín, y terminar con la única amenaza que quedaba contra sus colonias. Al fin y al cabo, los españoles solo disponían de unos centenares de hombres, y, aunque el castillo de San Marcos era una fortaleza de consideración, los ingleses pensaban, que con el refuerzo recibido de soldados, la plaza española caería con facilidad.

No en vano, durante la Guerra de Sucesión Española, las misiones habían dispuesto de pequeñas guarniciones armadas que, sin embargo, se habían mostrado incapaces de detener el asalto de los indios Creek y los soldados ingleses.

Pero en esta ocasión, las cosas iban a ser diferentes. Para empezar, y para sorpresa

de los ingleses, el primer ataque lo llevaron a cabo los españoles, después de haber recibido unos maltrechos refuerzos desde Cuba —*entre los que llegaba Pablo*—, que a pesar de todo, aún conservaban el suficiente ánimo y coraje para entrar en batalla.

Don Manuel de Montiano y Sopolana, gobernador de La Florida, sabía que la única posibilidad que tenían sus tropas, era la de hacer frente a los ingleses con sus mismas tácticas.

La inferioridad numérica de los españoles era dramática, pero los milicianos de San Agustín aprendieron a moverse por bosques y pantanos como los indios Timicua, a los que se unió un grupo de indios Yamasi, quienes, armados y dirigidos por los españoles, lanzaron un ataque sorpresa contra el fuerte británico de isla Amelia, causando numerosas bajas, y retirándose sin apenas haber sufrido ninguna.

Quince días después, con el fin de bloquear el paso entre la base británica de Savannah y La Florida, el gobernador Montiano, dirigió una pequeña operación en la isla de Saint Simons, defendida por los fuertes Saint Simons y Frederica.

—Las tropas atacantes estaban formadas por soldados de San Agustín, granaderos de La Habana y milicianos negros del fuerte Mosé —antiguos esclavos, fugitivos de los británicos, que habían sido acogidos y armados por los españoles para formar una peculiar fuerza fronteriza.

En primer lugar, con el fin de convertirlo en su base de operaciones, los españoles ocuparon el fuerte Saint Simons con la mitad de la tropa atacante. Después, con el resto de fuerzas, avanzaron hacia el Frederica. Pero fueron sorprendidos en una emboscada, por un combinado de soldados ingleses, colonos escoceses de las Tierras Altas e indios Yamacraw, y debieron retroceder, tras sufrir una docena de bajas.

Durante el viaje de vuelta, Montiano se dio cuenta de que algunos soldados habían quedado separados tras las líneas inglesas, y planeó una expedición de rescate a través de un pantano.

Unos veinte hombres, entre los que se encontraban, Pablo y dos milicianos negros, caminaban dificultosamente, eludiendo ramas sueltas y árboles, con agua hasta casi mitad del pecho, procurando que los mosquetes no se mojasen.

Cuando llegaron a un altozano de entre los árboles, comenzaron a sonar disparos. Dos flechas se clavaron en el torso de dos milicianos de San Agustín y una bala destrozó la cabeza de uno de los granaderos españoles. Habían sido emboscados de nuevo por una patrulla inglesa, pero tras una breve refriega, la pusieron en fuga hacia Frederica, mientras ellos regresaban hacia el fuerte de San Agustín.

Esto encolerizó al general Oglethorpe, quien ordenó a los huidos que regresaran, junto con parte de la guarnición del fuerte, para atacar a los españoles. Cuando volvieron a la marisma, se encontraron con que los escoceses habían mantenido un nuevo combate contra los españoles, matando a dos granaderos, a tres soldados de San Agustín y a los dos milicianos negros, que cubrieron la retaguardia de los españoles cuando se quedaron sin munición.

Con todo, la presencia española en Saint Simons representaba un peligro

constante, así que Oglethorpe decidió eliminarlo por medio de un engaño: comunicó a un prisionero español, que estaban a punto de llegar grandes refuerzos desde Charleston —*lo cual era falso, pues solo se habían podido enviar algunas naves menores*—, y acto seguido lo liberó. Este, regresó a Saint Simons y comunicó la falsa noticia a Montiano, quien la creyó, y optó por destruir el fuerte y volver a La Florida.

Después de este nuevo fracaso inglés, Oglethorpe consideró que estaba preparado para una ofensiva general contra La Florida.

Con tal de que apoyaran su idea, convenció a la Asamblea de Carolina para que formase un regimiento de voluntarios que operarían en campaña por un periodo de cuatro meses. También reunió unos 500 indios amigos de las tribus Creeks, Chikasaws y Cherokee, el regimiento 42 de regulares británicos, una compañía escocesa, las milicias de Georgia y el apoyo de navíos ingleses: seis fragatas, dos bergantines y algunos transportes, a las órdenes del comodoro Vincent Pearce, que se prepararon para atacar San Agustín.

Las tropas inglesas sumaban 1000 soldados y 1200 indios. El gobernador español Manuel de Montiano, solo contaba con seis piraguas y 1000 hombres.

Los británicos desembarcaron junto a la ciudad de San Agustín y comenzaron a establecer posiciones artilleras y a cavar trincheras, mientras el contingente de indios y fuerzas regulares del 42 de infantería, dio un rodeo por el norte, para atacar en primer lugar, el pequeño fuerte Mosé, defendido por esclavos negros, que eran especialmente odiados por los británicos.

Sin embargo, los ingleses solo consiguieron tomar un fuerte vacío, porque la milicia negra ya se había refugiado con sus mujeres e hijos en San Agustín, para contribuir mejor a su defensa.

El sitio a la fortaleza de San Agustín, lo mismo que en Cartagena de Indias, no iba a ser aventura fácil para los ingleses. El terreno húmedo y las constantes lluvias, el viento y las malas condiciones higiénicas, dificultaron las operaciones inglesas, a pesar del intenso bombardeo al que sometieron a San Agustín y al fuerte San Marcos, los navíos ingleses.

Como preámbulo de lo que podría deparar el futuro inmediato para los ingleses, el fuerte Mosé fue recuperado en junio, por un destacamento de 170 soldados, y 80 negros e indios, enviado por Montiano. En la escaramuza, los españoles perdieron 10 hombres y tuvieron 20 heridos. Las bajas inglesas fueron más de 100 muertos y heridos.

Al amanecer del 15 de julio de 1742, en un brillante ataque nocturno, 300 soldados españoles, junto a la milicia de San Agustín y un contingente de indios amigos, sorprendieron a los escoceses y a los regulares ingleses en sus trincheras, y tras una feroz lucha cuerpo a cuerpo, derrotaron a los enemigos, que, enfermos de disentería y mal equipados, sufrieron centenares de bajas en una dura derrota.

Los escoceses murieron todos o fueron hechos prisioneros, incluyendo a su capitán Macintosh, que fue enviado a España debidamente encadenado.

Tras aquellas batallas, y a sabiendas de que en tales circunstancias, su sueño de enriquecerse tenía menos probabilidades de hacerse realidad, que el riesgo de perder la vida, Pablo decidió, que debía partir hacia Veracruz, tan pronto partiera desde San Agustín un barco con aquel destino.

Esa ocasión se le presentó dos meses después, cuando llegó un navío desde La Habana con provisiones para la pequeña colonia, que después partiría hacia Veracruz, para descargar azogue y embarcar caudales con destino a España.

Veracruz

El viaje hacia Veracruz, significaba regresar hacia el sur nuevamente, a las aguas en las que se desató aquella nefasta tormenta, con la tromba de agua que desarboló y hundió el navío que capitaneaba la flotilla de barcos de La Habana, en la que Pablo había llegado a San Agustín, después de muchas penurias.

Por ello, y puesto que de nuevo era principios de otoño, Pablo temía que aquello se pudiera repetir. No obstante, salvo una goleta inglesa —*inferior en armamento al navío español*—, que se perfiló a lo lejos y rápidamente se retiró, nada más sucedió en el trayecto.

Vientos de bonanza les acompañaron durante los cuatro días que duró el viaje. Borearon los cayos y el estrecho de La Florida, pasaron entre los arrecifes de coral y el Seco de las Tortugas, en dirección nordeste, hasta entrar de lleno en el Golfo de México. A mitad de camino, avistaron restos de un navío encallado en el arrecife de los Alacranes, que rodearon, y día y medio después, atracaban en un muelle, junto al Castillo de San Juan de Ulúa.

Al desembarcar, Pablo quedó sorprendido por las defensas de la ciudad.

Viendo su expresión de desconcierto, el capitán del navío, Don Juan Hernando, quiso explicarle los pormenores de la plaza.

—Veracruz es el puerto más importante de Nueva España, y constituye el centro de todo el sistema defensivo del virreinato, que queda protegido por el Castillo de San Juan de Ulúa, junto al que hemos atracado, y una muralla que rodea la ciudad.

—Pero si la muralla solo tiene la alzada de un hombre —respondió Pablo, extrañado.

—Es cierto, pero hay que tener en cuenta que todavía se está construyendo, y en algunos puntos ya se ha elevado su altura. Las calles principales se están empedrando, pero es una labor lenta y trabajosa, que realizan algunos indios, negros libertos y criollos. Sin embargo, la muralla, construida inicialmente con cal y canto para dificultar el acceso a asaltantes y contrabandistas, cuenta con una puerta a la marina, para la entrada de pescado, otra que da al baluarte de La Calera, y otra llamada de la Atarazana, que solo se abre para los servicios al Rey.

Otra de las puertas, lleva a la iglesia del Santo Cristo del Buen Viaje, llamada de La Merced, y existen dos puertas más: la Puerta Nueva, que solamente se les abre a los virreyes, y la Puerta de México, que sirve para el tráfico y comercio.

Aunque la muralla parezca un punto débil —continuó el capitán—, la defensa del puerto, cuenta con el castillo de La Concepción, con 16 piezas de artillería, y los de San Mateo, San Javier, Santa Gertrudis, Santa Bárbara y San José, cada uno con cuatro, seis, o más piezas de artillería montadas. El castillo de Santiago tiene montadas 24 piezas de artillería y aloja tres almacenes donde se guarda la pólvora de

la ciudad. Este baluarte y el de La Concepción, por ser los más grandes, se resguardan con tropa, cierran sus puertas de noche, y levantan los puentes levadizos que dan a los fosos. También hay compañías milicianas, donde la población se alista para unirse a la defensa de la ciudad frente a cualquier ataque. Del lado de afuera de la muralla, hay cerca de mil lanceros, listos para acudir ante cualquier emergencia. Además, dispone de 120 artilleros, 30 marineros para el tráfico de lanchas, botes y canoas, y una compañía con capitán y cabos de infantería, que se renueva todos los meses, convirtiéndose en una fuerte guarnición.

—¡Ya! —respondió Pablo—, pero esperaba encontrar una ciudad semejante a La Habana, o más grande aún, por los grandes tesoros que a través de ella se han embarcado hacia España, que la debían haber convertido en una de las más hermosas, grandes, ricas y pobladas de la Nueva España. Francamente, me ha decepcionado, esperaba otra cosa.

—No te apures, muchacho —aclaró Hernando—. Veracruz está como adormecida, hasta que empiezan a llegar los galeones de la Flota de Indias, o los arrieros con productos procedentes del Galeón de Manila, que suelen traer elaborados tafetanes, sedas, terciopelo, raso, cerámicas, marfil, laca y artesanía china; aunque de vez en cuando, también traen algunos jarrones de la dinastía Ming, porcelanas, biombos y espadas japonesas, abanicos, alfombras persas, especias, y un sinfín de productos más.

Entonces, una corriente de comerciantes, funcionarios, arrieros, marinos, soldados, colonos, aventureros y viajeros, confluyen en la plaza y la convierten en una verdadera ciudad, repleta de gente y de ruido, dándole un aspecto de alegre y bulliciosa actividad, de ganancias para los dueños de ventas, almacenes y figones, y para la administración municipal.

En ocasiones —proseguía el oficial—, cuando los galeones de Manila arriban a Acapulco, en el océano Pacífico, los arrieros se acercan a la feria de Jalapa con sus reatas de mulas cargadas de mercancías, y eso anima bruscamente la vida cotidiana de esta población portuaria, que dormita nueve de los doce meses del año, y que durante los otros tres, puede rivalizar con el dinamismo de otras ciudades novohispanas más opulentas y señoriales.

—¿Y..., cuándo se espera que llegue el próximo navío de Manila? —inquirió Pablo, un tanto descorazonado.

—Hijo, eso no se sabe nunca. Por lo general, suelen llegar a primeros de año, sobre enero o febrero, porque han de aprovechar vientos favorables para el regreso a Nueva España. Pero se pueden encontrar con muchos problemas: fuertes temporales que pueden desarbolar un barco, vientos contrarios, navíos corsarios y de guerra ingleses, bajíos o cualquier otra causa que los puede retrasar, o provocar que no lleguen jamás.

En cualquier caso —propuso espontáneamente el capitán Hernando—, lo mejor es desembarcar y tomar un aguardiente en la venta de la plaza, mientras la tripulación

y el pasaje desembarcan las mercancías, y llevan el azogue a los Reales Almacenes, en el interior del fuerte San Juan.

Así, ambos bajaron del barco y caminaron hacia la plaza, que se encontraba a escasa distancia del muelle, en tanto, Pablo, observaba el entorno con especial curiosidad. Las calles se cruzaban en ángulo recto, formando cuadrados, lo cual se traducía en una traza regular, presidida por una plaza mayor que era centro de la vida política, comercial, religiosa y social. En torno a esta plaza, se levantaban, la iglesia parroquial, la Casa de Cabildos, las calles principales y sus viviendas, bordeadas de portales de cal y canto y piedra múcará para la mampostería; pisos y escaleras cubiertas con un enlucido de cal, que ocultaba su aspereza y brindaba protección contra la acción del salitre y los vientos, en beneficio de la comodidad de los tratantes.

En medio de una ancha playa, que separaba el mar de la ciudad, se hallaba la Aduana Real.

Llegados al mesón, pidieron aguardiente a la dueña del establecimiento, mientras se sentaban a una mesa de madera toscamente tallada, con bancos corridos, parecidos a los de los mesones de Pasajes. Al ver a la mesonera, a Pablo le vino a la mente su madre: como ella, aquella mujer mostraba una enorme energía. Más que andar, parecía deslizarse sobre el suelo, sin que su larga y ancha falda se moviese lo más mínimo al utilizar sus pies.

Sus escrutadores ojos no perdían detalle, y Pablo fue objeto de un profundo análisis visual, desde que entró en el local acompañado por el capitán Hernando. En numerosas ocasiones, Pablo y la mesonera cruzaron escrutadoras miradas, sin imaginar, que horas más tarde sellarían acuerdos de gran importancia para el futuro del muchacho.

Brígida, que así se llamaba la mujer, era una fornida gallega de Villagarcía de Arousa, acostumbrada a trabajar en el campo, y que había llegado a Veracruz unos diez años atrás, con su marido Antonio, en busca de fortuna, atraídos por la fama de la ciudad, por el arribo de las flotas de Indias y la plata que allí se embarcaba hacia España.

Emigraron de España, con unos pocos caudales ahorrados con mucho esfuerzo y con pocas perspectivas de mejorar su vida en su Galicia natal. Cuando llegaron a Veracruz, en una flotilla de transporte de mercancías, protegida por tres navíos de la Armada, la actividad en la ciudad les pareció frenética: comerciantes españoles, tratantes y comisionistas criollos de Jalapa y Méjico, acaparaban toda la mercancía desembarcada, en una feria que se había establecido en la plaza del Castillo de San Juan de Ulúa, mientras los arrieros esperaban carga para su transporte, rodeados de

sus muleros negros, mestizos o indios.

Brígida se apercibió inmediatamente, de las posibilidades de inversión que se les ofrecía con la compra de telas catalanas, y adquirió a buen precio una pequeña partida que, días después, Antonio cargó en cuatro mulas con destino a México, integrándose en la reata de un comerciante criollo, para obtener protección en el viaje y conocer algo del negocio.

A su regreso a Veracruz, con pingües beneficios, decidieron construir el mesón para que Brígida lo regentase, mientras Antonio se dedicaría al transporte de mercancías. El único problema, era el tiempo que ella se quedaría sola en la ciudad, pero seguro que sabría defenderse bien.

Pablo pidió habitación por unos días, mientras terminaba de ubicarse en su nuevo destino. Brígida, experta en conocer a las personas a primera vista, le preguntó:

—¿Piensa usted quedarse mucho por aquí?

—¿Por qué lo dice? —preguntó Pablo, extrañado por la pregunta de la mujer.

—Porque usted parece un joven activo, y Veracruz es una ciudad pequeña, pese al enorme intercambio mercantil que tenemos tres meses al año. Además, el clima es terrible durante la mayor parte del año, con demasiado calor y abundancia de moscas, lo que hace la vida aquí bastante desagradable. Y otra cosa le digo: para ser el puerto principal de un reino tan rico, para mí, que vivo aquí, la ciudad no es muy segura.

—Vaya... —respondió contrariado Pablo—. ¿Sabe que acaba de dar al traste con mis expectativas? Yo esperaba encontrar una ciudad más próspera que La Habana, y ahora que estoy aquí, veo que en Veracruz solo viven unos cuantos militares, otros tantos marinos que embarcarán de nuevo antes de que zarpe su navío, varios frailes y una buena proporción de indígenas, negros, mestizos y mulatos, que deambulan por las calles o sientan su indolencia al sol de la plaza. Al menos, es lo que he visto nada más llegar.

—¿Y qué esperaba encontrar, hijo? ¿Una plaza portuaria donde abunda la plata? ¿Una gran ciudad en la que hacerse rico? —La mujer se echó a reír—. Eso, si acaso, lo verá en Jalapa, en Pachuca, en Fresnillo, en Guanajuato, en San Luis Potosí, en México..., o en Acapulco, donde atracan los otros navíos de Indias del Pacífico.

Hernando asentía con la cabeza a las manifestaciones de la mujer, pero sin decir una palabra.

—¿Qué me aconseja, capitán? —preguntó Pablo al marino, pero antes de que Hernando respondiese, la mesonera volvió a dirigirse a Pablo:

—¿Espera hacer fortuna en Nueva España?

—Con esa intención he venido desde España.

—Pues..., ha llegado..., en buen y mal momento.

—No entiendo qué quiere decir.

—Mire, para hacer fortuna en Veracruz, antes hay que conocer cómo se vive aquí,

cuando llegan los navíos de España. Ahora es una ciudad demasiado tranquila, pero cuando llegan los barcos, esto se llena de importantes comerciantes peninsulares y criollos, que actúan principalmente como comisionistas y consignatarios de los grandes mercaderes de Cádiz y México, que además tienen vínculos y propiedades en la región jalapeña y en las zonas mineras. Suma a eso, a los arrieros con sus reatas de mulas, a negros e indios, rateros y ladrones, mendigos y ramera, y una amalgama de gentes honestas y también sinvergüenzas que, a la menor oportunidad, le dejarán sin un maravedí, sin contar, claro está, la constante amenaza de ataques piratas, que suelen tener como objetivo los navíos que parten con caudales rumbo a Cádiz, o los ladrones que acechan en tierra firme en los caminos.

—¡Y bien! ¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó Pablo a la mujer, que había llevado la voz cantante, sin que el capitán Hernando hubiera dicho nada, solo asentir a sus palabras.

—A ver..., ¿tiene dinero, hijo?

—Algo me queda. No mucho. Por eso he de encontrar la manera de enriquecerme.

—Tiene dos opciones: una, quedarse aquí sin hacer nada, más que tostarse al sol y buscar la compañía de alguna india que le irá sacando su dinero a cambio de caricias, hasta que no le quede un solo maravedí cuando lleguen los navíos de España, o la otra..., arriesgarse un poco e intentar conocer Nueva España, y así estar preparado para cuando lleguen los navíos, cosa que pueden tardar unos seis meses. Si quiere mi consejo, quédese en el mesón dos o tres días y negocie usted la compra de un buen caballo y una buena montura, un buen par de pistolas de chispa y un fusil Dickert, o un buen mosquete, sin descartar un sable o un machete, y un puñal. No se sabe nunca en qué situación se puede encontrar uno por esos caminos de Dios.

—Parece estar usted, muy al corriente de armas, ¿no?

La mujer sonrió, se volvió de espaldas a los dos hombres y se subió la falda por encima de la rodilla. Cuando se volvió hacia ellos, empuñaba una pistola de chispa, cargada y lista para disparar.

Los dos hombres, sorprendidos por la acción de la mujer, dieron un respingo e intentaron levantarse del banco corrido en el que se hallaban sentados.

—No se asusten que no voy a dispararles. Esta es una vida difícil, y una mujer sola debe estar preparada para cualquier contingencia que se le pueda presentar por esa puerta. ¿No le parece muchacho? —dijo la mujer, con una sonrisa de satisfacción, al ver el temor dibujado por un momento, en el rostro de los dos hombres.

Brígida abatió la llave de chispa de la pistola, y sin más recato, se levantó la falda de nuevo y alojó la pistola en una funda de cuero que llevaba sujeta a la pierna, por encima de la rodilla.

—¿Y su marido? —preguntó el capitán Hernando.

—Usted ya lo sabe, capitán, mi marido es arriero. Tiene una reata de 80 mulas, con las que hace el transporte de las mercancías que llegan de Manila a Acapulco, o a

Veracruz, en diferentes épocas del año. Se gana un veinte por ciento sobre el valor de la mercancía transportada, ya que tiene que alimentar a los animales y pagar a sus muleros, que son negros libertos, mestizos, mulatos o indios. Si le asaltan por el camino y pierde la mercancía, no cobra, así que él y los muleros van armados. ¿Comprende ahora por qué entiendo de armas joven?

—Sí, por supuesto. Pero me ha hablado usted, de un fusil que no conozco.

—¿El Dickert? Le mostraré uno ahora mismo —respondió Brígida, mientras se dirigía hacia una habitación tras el mostrador del mesón, y al poco apareció con un arma larga, parecida a un mosquete, pero con el cañón un poco más corto y aligerado de peso en su construcción—. El capitán Hernando le tendió las manos, solicitando el arma para inspeccionarla.

—Es un fusil muy manejable, de carga rápida, y más eficaz que el mosquete a 200 metros —comentó Brígida.

Hernando aprobó su peso, vio la facilidad de encaramiento y su manejo, haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Cómo la consiguió? —preguntó el marino.

—Una fragata española, la Santa Bárbara, tuvo una pequeña batalla con otra goleta inglesa, en las inmediaciones de Veracruz, a la que desarbolaron, capturándola junto a su tripulación y el armamento que transportaban. Aparecieron 100 fusiles Dickert, de los que mi marido compró cuarenta. Tengo entendido, que estas armas las fabrica un alemán en la colonia inglesa de Pensilvania. Tienen el ánima rayada y poseen más alcance, con lo que un tirador diestro, puede hacer tres disparos por minuto, porque la bala va enfundada dentro de un cartucho de papel, con su pólvora correspondiente, facilitando su avancarga. Por eso le he aconsejado al muchacho que se haga con uno de estos.

—¿Dispone usted de este material, para que yo se lo pueda comprar?

—Sí, muchacho. Me ha caído usted bien y se lo proporcionaré, incluso el caballo, pero cuesta mucho dinero.

—Todo depende del precio —expuso Pablo.

—¿Qué dinero tiene?

—Algunos reales de plata y otros tantos maravedíes.

—Mmm... De acuerdo, muchacho. Todavía no sé su nombre.

—Pablo. Me llamo Pablo Azenaritz. De Lezo, Guipúzcoa.

—¿Le parece bien, 30 reales de plata por dos pistolas de chispa como la que ha visto, y un fusil Dickert con sus correspondientes municiones y pólvora?

—Me parece una tomadura de pelo, si quiere que le diga la verdad —respondió con toda sinceridad, Pablo—, pero estoy dispuesto a aceptar ese precio, si incluye un buen caballo, una buena montura, y uno de esos sables que me ha aconsejado.

—¡Ja ja! Veo que sabe negociar. Todo lo que me pide vale mucho más, pero acepto el trato. ¿Quiere ver ahora esa mercancía o prefieren comer algo antes? —preguntó Brígida.

—Si al muchacho le parece bien que le eche un vistazo a las armas antes de comer, yo lo prefiero así. Y también me gustaría ver el penco que le va a vender. No es que no me fíe, Brígida —intervino Hernando—, es que me sabría mal que se le engaÑase. En el viaje desde San Agustín, he llegado a tomarle aprecio.

—Muy bien —dijo Brígida—. ¿Vamos a verlo todo ahora, o tomamos un aguardiente para sellar el trato?

—El aguardiente, después de la comida —propuso Hernando—. Ahora, veamos las armas y el caballo, ¿le parece bien?

—No hay inconveniente —respondió la mesonera, mientras acompañaba a los dos hombres a la trastienda.

Una vez allí, abrió un gran arcón de madera y sacó una caja que contenía dos pistolas de chispa en perfecto estado, un cinturón de cuero con dos fundas para las pistolas, y una bolsa de cuero que contenía 40 bolas de plomo, además de un cuerno de toro lleno de pólvora fina para la carga de las dos pistolas, depositando todos los objetos sobre una mesa de madera que había a su lado. Luego entregó al marino, un fusil envuelto en una tela encerada, junto a un correa de cuero para llevarlo cruzado al pecho, del que pendían diez bolsillos en los que guardar los cartuchos de papel del fusil.

El capitán Hernando revisó todas las armas y dio su aprobación a Pablo.

—Están perfectas, solo falta probarlas. ¿Vemos ahora el rocín?

La mujer inició la marcha hacia un enorme establo, semicubierto por una techumbre de madera. En su interior, se hallaban tres caballos de raza andaluza, de fina estampa, junto a ocho mulas de gran alzada.

—Puedes elegir el que quieras —dijo la mujer a Pablo.

El joven se acercó a ellos, y uno por uno les revisó concienzudamente la dentadura, las patas, los cascos —*que estaban herrados*— y la grupa. Todos los animales se veían bien cuidados, pero se decidió por el más joven: un alazán con una mancha blanca en la frente. También escogió una montura de cuero crudo, con guardas hasta los estribos y pomo para las riendas.

—Se nota que entiende de caballos —admitió la mesonera.

—Me crié entre ellos —aclaró Pablo.

—No me cabe duda. Ahora que ya está cerrado el trato, me tendrá que pagar 30 reales de plata y luego nos vamos a comer. Les invito yo.

Pablo sacó una pequeña bolsa de cuero, de entre su calzón y camisa, contó unas monedas de plata, y pagó a Brígida la cantidad convenida. Luego regresaron al mesón, y se sentaron en la misma mesa que ya habían ocupado un rato antes. El establecimiento continuaba igual de vacío.

—Ha hecho usted una buena compra —dijo Hernando a Pablo.

—Eso espero. Ahora solo falta sacarle provecho.

—Seguramente, mi tripulación habrá descargado el azogue que llevábamos en el barco y que iba destinado a Guanajuato, pero en esta época va a ser difícil encontrar

arrieros. Se me ha ocurrido, que lo podía llevar usted con las mulas que tiene Brígida en su establo. Todo es llegar a un acuerdo con ella.

La mujer venía en ese momento con dos platos de estofado de carne, y Hernando se apresuró a comentarle lo hablado con Pablo.

—Mmm... Podría ser —respondió Brígida—. Mis ocho mulas pueden ser utilizadas en el transporte hasta Guanajuato, pero deben regresar sanas y salvas. Lo que quiero decir con ello, es que no se las cargará con más de dos quintales —unos 46 kilos por quintal o cuatro arrobas— a cada una. Si queda más azogue para transportar, se podría hacer un segundo viaje.

—¿Y en qué condiciones?

—Eso es un poco más complejo. Los reales asentadores de azogues, nos pagarán el 10% del transporte en el momento de la carga en las mulas. Usted se lleva las mulas y hace el viaje de ida y el de regreso, cobra el resto del precio del transporte al destinatario, y después repartimos las ganancias al 50% para cada uno. ¿Le parece bien Pablo?

—¿Usted qué dice, capitán? —preguntó Pablo, a su vez.

—Creo que es una proposición correcta. Teniendo en cuenta que hay que recorrer una distancia desde Veracruz a Guanajuato, de unas 150 leguas, algunas de ellas por territorios bastante inhóspitos, el precio a pagar por el transporte debería ser, de no menos de 10 o 12 reales de plata por arroba.

Si cada mula solo carga ocho arrobas de azogue, eso daría un monto de entre 640 y 768 reales de plata que, repartidos mitad por mitad, quedaría para cada uno, entre 320 y 384 reales de plata. Una pequeña fortuna, puesto que solo se tardarían dos meses entre la ida y el regreso, que por cierto, también se podría hacer trayendo mercancías y cobrando así el transporte hasta Veracruz. Sí, creo que es una idea acertada, Pablo.

—¿No es ese mucho dinero para un transporte?

—Normalmente, los mineros están pagando unos 12 reales por el transporte de arroba de azogue. Sin azogue, las minas se paran, y los mineros, dada su necesidad de plata, pagan lo que se les pida, aunque siempre protestarán —explicó Brígida—. Al precio del azogue en la mina de Almadén, hay que sumarle el precio de transporte, desde los yacimientos de origen hasta su destino en Veracruz. El azogue español, atraviesa más de 6000 millas, a lo largo de las cuales, cambia de envoltorio, por lo menos, en dos ocasiones, y otras tres de medio de transporte, en un recorrido de varias etapas: el viaje en carretas o mulas hasta Cádiz, donde permanece en el edificio de las Atarazanas alfonsíes hasta su embarque en las flotas de Indias; después, la travesía ultramarina, con arribada al puerto de Veracruz, donde lo reciben los asentistas de la Real Hacienda, le cargan los impuestos correspondientes, pagan al arriero el 10% del transporte, y finalmente su distribución, con destino a las diversas minas de plata.

—¡Ya, bien!..., pero yo solo no puedo conducir una reata de mulas. Además, no

entendiendo de esos trámites oficiales.

—De acuerdo. Buscaremos a cuatro muleros que conozcan el camino y arreglaremos todos los papeles con los oficiales de intendencia de la Real Hacienda —propuso Brígida—. Confío en Mazahua, un indio nahua que ha acompañado en muchas ocasiones a mi marido en sus transportes, y es perfecto conocedor de las rutas hacia México. Es fiel, pero deberá conocerle bien. Además, intentaré que le acompañen otros tres hombres: tres negros libertos, huidos de las colonias inglesas, y que son de bastante fiar. Todos saben conducir una reata de mulas, y disparar si es preciso. Así, pueden conseguir carne fresca de caza durante su andadura. Le recomiendo, que las mulas vayan sueltas detrás de la primera, que llevará un cencerro; las demás la seguirán.

—¿No escaparán?

—No. Ya están acostumbradas. Además, si van sueltas y una cae al vacío en un paso de montaña, no arrastrará a las demás.

—Es comprensible. ¿A quién va dirigido el azogue? —preguntó Pablo a Hernando.

—Según los documentos de embarque en Cádiz —dijo el capitán Hernando—, cien quintales van a nombre de Don Antonio Obregón y Alcocer, propietario de la mina La Valenciana, una de las más prósperas de México, aunque solo le podrán llevar en este viaje, bastante menos de la mitad de lo comprado, ya que no tienen ustedes más mulas.

—¿Y pagarán ese precio los mineros?

Brígida se echó a reír:

—¡Ja ja! Tiene usted mucho que aprender muchacho. —Los mineros ya han pagado el azogue a la Hacienda Real, al encargar su compra. Los precios del transporte ya están pactados, y si no pagan al arriero, se pueden encontrar con graves problemas al hacer un nuevo encargo.

Dos días después, emprendía camino de Guanajuato, una reata de mulas, a cargo de cinco hombres: Pablo Azenaritz, tres negros libertos, bautizados *in extremis* por los jesuitas, con los nombres de Juan Bautista, Antonio y Pedro, y el indio Mazahua que le había dicho Brígida. En cabeza, sobre un caballo, iba Mazahua, sin más carga que su petate, un fusil Dickert que llevaba en bandolera, con cartuchera, un enorme machete de hoja ancha y un solo filo —*que llamaban guarrapa*—, y un pequeño odre de piel de cabra lleno de agua. El indio era el encargado de señalar el camino a la reata de mulas, que iban cargadas con dos vasijas de azogue a cada costado, sujetas en el interior de unos cestos de mimbre reforzado.

—Lo habitual para el transporte, era el uso de baldeses, cueros o badanas, que se

colocaban en el interior de un recipiente cerámico, para facilitar el vertido del azogue, y que se ataban con un cordel en su parte superior. Cada bolsón así formado, se cubría con otros dos cueros atados por separado, que servían de resguardo y garantizaban la estanqueidad del envoltorio final. Este, recibía, por extensión, el nombre de baldés, aunque en algunas zonas también se le llamaba maceta. La cantidad de mercurio que contenía cada bolsón, era variable y dependía del sistema empleado para su transporte, aunque para la carga a lomos de mula, se empacaban cuatro baldeses de menor peso —*medio quintal por baldés*.

Juan Bautista, Antonio y Pedro, los tres negros libertos, se movían de un lado a otro de la reata, montados en unas mulas, mientras en otras dos, cargaban cecina, queso de cabra y agua, para el consumo de los cinco hombres, y los petates con mantas y encerados, para resguardarse de la lluvia.

Cada mulero iba armado, a su vez, con un mosquete, pistola de chispa, y guarrapa para abrirse camino por la trocha si hiciere falta. Al final de la reata cabalgaba Pablo, a lomos de su alazán, con sus dos pistolas al cinto, el fusil Dickert enfundado, y sujeto a un costado del caballo. No le convenía distraerse, ni perder de vista a los muleros hasta que llegase a conocerlos bien. Le podía ir la vida en ello.

Según lo indicado por Brígida, la mejor ruta era costeano hasta llegar a al río Tuxpan, evitando siempre las marismas por su peligrosidad y los posibles ataques de caimanes a las mulas, descartando la ruta normal que empleaban los arrieros de reatas mayores por Jalapa y Perote, territorios frecuentados por los forajidos, solo por precaución.

Una vez llegaran al río, lo bordearían hasta llegar a la aldea de Tuxpan, y desde allí, siempre hacia poniente, buscando el terreno más llano posible, llegarían a Chicontepec, desde donde comenzarían el ascenso de Sierra Madre Oriental, hasta llegar a Santiago de Querétaro, y de allí a Guanajuato.

También deberían tener cuidado con los indios Yaqui —*que se habían revelado a causa de la explotación que sufrían por parte de los misioneros jesuitas*— y con los asaltantes de caminos, que consideraban el transporte de azogue como un bien atractivo para traficar con él.

Pasada una semana, después de soportar un enorme calor saturado de una humedad que les hacía el viaje casi insoportable, tuvieron que desviarse hacia el oeste, para sortear unos manglares y reponer el agua consumida en el río Tecolutla. A partir de ese momento, el camino comenzó a dibujar una ligera pendiente ascendente que les llevaría hasta las estribaciones de Sierra Madre Oriental.

Iniciado el ocaso, Pablo decidió hacer un alto, y pernoctar allí mismo, junto al río. Mazahua accedió.

Detrás de ellos, el sotobosque que debían atravesar al día siguiente era espesísimo, y el camino que habían trazado anteriores arrieros que habían pasado por allí, se desdibujaba debido a los helechos de manglar, que crecían tan cerca unos de los otros, que en ocasiones imposibilitaban el paso.

En el agua, las copas de los zapotes se hallaban ocupadas por nidos de garzas, fragatas, cormoranes, cigüeñas o garzones, y alguna aguililla negra pescadora, que con sus graznidos y vuelos, llenaban de ruido y color las alturas.

Pablo indicó a Mazahua que hiciese una exploración del terreno, para no ser sorprendidos durante la noche por alguna partida de indios o algún grupo de forajidos que pudiesen asaltarlos mientras dormían. Una hora más tarde regresaba el indio.

—¿Has visto a alguien? —le preguntó Pablo.

—Sí. Hay una pequeña aldea de indios nahua. No son de mi tribu pero los conozco. Su campamento está a una legua de aquí, y mañana tendremos que atravesar sus tierras.

—¿Te han visto?

—Sí. He hablado con su jefe y le he pedido permiso para atravesar sus tierras mañana.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que consentirá que pasemos por sus tierras si les entregamos algo a cambio.

—Eso sí que es un problema. No habíamos previsto encontramos con nadie que nos pidiese un pago por atravesar sus tierras. ¿Son muchos?

—Unos cincuenta, entre hombres y mujeres. Tienen una veintena de caballos españoles.

—Está bien. Esta noche montaremos guardias de dos horas cada uno de nosotros para evitar sorpresas. Mañana veremos lo que pasa.

Montaron el campamento, algo alejado de los árboles, entre unas grandes rocas que había cerca de la orilla del río y que les podrían servir de resguardo en caso de un ataque nocturno. Liberaron a las mulas de su pesada carga y las dejaron beber en un remanso del río, luego ataron sus patas delanteras, permitiendo que tuviesen libertad de movimientos para tumbarse o pastar la hierba de alrededor. Hecho esto, encendieron un fuego, tendieron sus petates sobre el suelo y se dispusieron a comer algo de cecina.

La noche transcurrió sin alteraciones, y al amanecer, después de cargar la mercancía a lomos de las pacientes mulas, emprendieron el camino, con las armas dispuestas a disparar en cualquier momento de peligro.

Media hora más tarde, tras una marcha penosa a causa de aquella maraña de hierbas y arbustos que casi había borrado el camino, llegaron a la aldea de los indios.

Aquellos pobres indígenas, dependían de la caza y de la pesca en los manglares, y toda su riqueza se resumía en dos docenas de caballos y algunos corderos. Cuando los

arrieros llegaron, se sintieron observados por algunos de los indios que, entre los árboles circundantes, les vigilaban con sus arcos prestos a flecharlos.

Pablo y sus hombres, con los mosquetes terciados sobre las cabalgaduras, tampoco perdieron detalle de sus movimientos.

Penetraron en una replaza, entre los bohíos, en la que se hallaba uno de mayor tamaño. En su interior, el que parecía el jefe de la aldea y otros indios de mayor edad, jugaban con unos huesecillos parecidos a las tabas españolas. Lanzaban los huesos al aire, y según la posición en que quedasen al caer, el lanzador ganaba o perdía el juego. Apostaban poca cosa: un puñado de granos de maíz, alguna flecha o quizá un poco de pescado seco, pero el grupo fue recibido con cordialidad, y al poco de llegar, una pequeña muchedumbre de hombres, alguna mujer y varios niños, ya los rodeaban por completo, ofreciéndoles pescado seco y mazorcas de maíz, tostadas en las brasas, de una lumbre prendida en el centro de la plaza.

A través de Mazahua, Pablo comunicó al jefe que no tenían nada que entregarles en pago por pasar por sus tierras, pero que si tenía un par de caballos para venderle, se los compraría a buen precio.

El indio aceptó, después de un breve regateo, y acordó cobrarle tres reales de plata por cada bestia.

Antes de abandonar la aldea, Pablo recibió del propio jefe, que conocía bien el país, valiosas informaciones acerca del mejor camino para llegar a Guanajuato, atravesando el macizo de Sierra Madre Oriental, aunque Mazahua ya lo conocía.

Al cabo de dos semanas de viaje, después de haber ascendido 2000 metros a través de pasos de montaña, valles frondosos y ríos, y de haber soportado fuertes lluvias y viento, los arrieros cruzaron la meseta con una temperatura que rondaba los 19° grados durante el día, pero que descendía por debajo de los 10° durante la noche, todo ello, al ritmo de una marcha lenta, en la que hombres y caballerías acumulaban cansancio, mientras el camino se hacía cada vez más pedregoso y escarpado, discurriendo a veces por una fuerte pendiente que lo convertía en un difícil camino de herradura, únicamente apto para las caballerías o los rumiantes.

Poco después, alcanzaron una zona semidesértica en la que proliferaban cerros y peñas. Allí, tras bordear las aldeas de Tulacingo e Hidalgo, y mientras abrevaban las mulas en un pequeño torrente junto a San Juan del Río, apareció una pequeña partida de indios a caballo, que quisieron asaltarlos, al encontrarlos con el pie en tierra.

Los indios iban armados con arcos y flechas, y cabalgaban sus monturas a pelo. Vestían calzón, sarape ligero de llamativos colores, con un ceñidor en la cintura, y en los pies calzaban huaraches, confeccionados con cuero de venado, con varios dobleces en el empeine a la manera de las alpargatas españolas.

Mazahua advirtió a Pablo sobre los recién llegados, quienes habiendo desmontado de sus cabalgaduras, se acercaban a ellos entre las grandes piedras. Aun a pesar de

estar atento, una flecha se estrelló contra la roca más próxima a Pablo, errando el tiro por escasos centímetros.

En ese momento, Pablo y los muleros se dispersaron entre las rocas cercanas al cauce, para ofrecer menos blanco, mientras respondían con disparos de sus armas.

Los asaltantes, pretendían ejecutar un ataque cuerpo a cuerpo, avanzando entre las rocas y aproximándose a los portadores, con cuchillos y hachas de mano.

Mazahua disparó su Dickert, matando a uno de los asaltantes. El resto de ellos, se lanzó en tromba, con la intención de matar a los arrieros uno a uno y hacerse con la reata de mulas, pero mientras Mazahua recargaba su fusil, Pablo y los tres negros, salieron del amparo de las rocas con sus pistolas en la mano, matando a otro de los atacantes e hiriendo a otros dos, cayendo uno de los heridos al suelo, mientras el segundo conseguía volver a lomos de su caballo, y huir en retirada con el que había quedado ileso.

Mazahua indicó a Pablo, que los indios recogerían al herido y a los muertos en cuanto ellos se fuesen, y que por ese motivo, lo mejor era alejarse de allí, sin esperar a que llegasen más indios y no les dieran una segunda oportunidad.

Un día después del asalto, el grupo entraba en Guanajuato. No les hizo falta preguntar por el emplazamiento de la mina La Valenciana. A lo lejos se veían perfectamente los grandes muros que protegían su bocamina en la falda del cerro, y el trasiego de hombres y carros que iban y venían.

Guanajuato podía describirse, como un pueblo grande, situado en una planicie entre montañas, con casas bajas, cuadradas y encaladas, construidas con terraza plana para evitar el enorme calor seco que dominaba el ambiente.

—En una gran plaza en medio del pueblo, se estaba levantando una enorme iglesia, a la que podrían asistir, las cerca de 10 000 personas que posiblemente habitasen en él —supuso Pablo.

Desde esa plaza central, se podía apreciar, sobre una de las colinas que rodeaban el pueblo, a unos cien indios que se afanaban en horadar el terreno en busca de plata, mientras una partida de hombres armados parecía custodiar el material que se extraía y cargaba en carretas. A una de ellas, se acercó Pablo para preguntar por el almacén donde debían descargar el azogue que traían para la mina.

—No sé, Patrón. Yo soy un simple carretero, pero allá le informarán —respondió el carretero mestizo, señalando con el dedo un edificio de grandes muros.

Allí se dirigió el grupo de Pablo, con su reata de mulas, donde fueron recibidos por un administrador.

—Pueden descargar el azogue, en aquella plataforma para su comprobación.

Mientras Mazahua y los tres negros descargaban de las mulas los cestos de mimbre con los baldeses de azogue, Pablo preguntó al administrador, de qué manera se utilizaba aquel valioso mineral que acababan de traer.

—¿Está usted interesado en explotar alguna mina?

—Por el momento, no. Además, desconozco todo lo relativo a la minería y la extracción de plata —respondió Pablo, con franqueza.

—De acuerdo, se lo explicaré para satisfacer su curiosidad. Sepa, en primer lugar, que es un trabajo costoso y lento, no exento de enfermedades y problemas. La base del proceso está en el uso del azogue, que se ha de mezclar en unas proporciones justas con el mineral extraído, una vez transportado en carretas hasta los molinos que lo trituran para convertirlo en una especie de harina. Luego, en un gran espacio abierto y pavimentado, se le añade agua, sal, y el azogue, hasta conseguir una pasta uniforme que llamamos «*torta*», acelerando el proceso, al caminar los peones encima de ella mientras la remueven con palas. Después, esta amalgama se lava y remueve otra vez con las palas para separar la tierra e impurezas de la masa de azogue y plata.

Posteriormente, la masa semilíquida de plata y azogue, se introduce en unas sacas de lona para eliminar la mayor cantidad posible de mercurio, que se recoge en otros recipientes para su reutilización. Lo que queda es una masa sólida, que se somete a calor para vaporizar el azogue restante, que luego se recuperará por enfriamiento, mientras que la plata pura restante se funde en barras.

—¡Vaya! Sí que es complicado todo este proceso —respondió sorprendido Pablo—. ¿Y encima se tiene que pagar a todos esos hombres?... ¡Creo que no me voy a dedicar a esto!

El capataz se echó a reír:

—¡Ja, ja! Lo cierto es, que la inmensa mayoría de los que trabajan en la mina son indios, sometidos voluntariamente a una servidumbre casi permanente. A casi todos se les ha concedido algún préstamo superior a tres meses de su salario, que deben devolver con trabajo —le informó el administrador—. Lo que sucede, es que cuando han liquidado una parte de los intereses, vuelven a pedir otro préstamo, y así se encuentran ligados casi de por vida al trabajo de la mina, aunque se les entrega una pequeña cantidad de su salario para el mantenimiento de sus familias.

Como ve, la deuda no la pueden devolver en mucho tiempo. Incluso, en ocasiones, la tienen que devolver sus hijos, de manera que, a la postre, no es tanto el gasto que tiene la mina con los trabajadores.

—Pero... ¿Eso no es una forma de esclavitud? —preguntó Pablo, extrañado.

—Llámelo como quiera. En todas las minas de la región de Guanajuato se trabaja de igual manera, y en otras zonas como Zacatecas o San Luis Potosí, creo que lo hacen igual.

—¿Cuál es la población de Guanajuato ahora?

—Entre 25 000 y 30 000 personas.

—¿Tantas? Pero..., ¿cuántas minas hay en la zona?

—Entre las cimas de esos cerros —indicó el hombre, señalando la parte nororiental de la ciudad—, tenemos las minas de Calderones, El Cedro y El Cubo; y corriendo aquellas colinas hacia el norte, se encuentran, La Peregrina, Villalpando,

San Nicolás, La Sirena, La Garrapata, Rayas-Mellado, La Cata, Tepeyac y Santa Ana. La Valenciana es donde estamos ahora. Luego está la mina La Luz, y muchas más repartidas por la sierra.

—¿Todas producen plata?

—En mayor o menor medida. Existe una constelación de minas tiros y bocaminas, que siguen la enorme veta de plata que hay debajo de nosotros, a lo largo de los cerros y cañadas que bordean Guanajuato, por el norte y nordeste. Unas producen más y otras menos, pero todas producen —afirmó categórico, ante la expresión de asombro de Pablo—. Sí, todas. Dependiendo del capital que invierta el propietario o explotador, y la cantidad de hombres que trabajen en ella, por supuesto, aunque también hay muchas abandonadas por falta de medios.

—Una historia muy interesante, señor. Le agradezco sus explicaciones. ¿La Guía de Derrota y la mercancía están en orden?

—Sí, están en orden. Eso me ha dicho el capataz que la ha revisado.

—En ese caso, si tiene la bondad de pagarme el transporte del azogue..., aquí ya no hacemos nada y debemos regresar a Veracruz.

—¿Cómo quiere que se lo abone, en pesos mejicanos, en reales de plata o en lingotes?

—Prefiero los reales de plata, que es la moneda con la que me muevo.

—De acuerdo —el hombre desapareció en el interior de un cuarto, al fondo de la estancia, y regresó con una bolsa de cuero—. Ahí van 360 reales de plata, tal como acordaron en la Real Hacienda de Veracruz.

—Lo siento señor —advirtió Pablo—, pero faltan 24 reales de plata para llegar al importe acordado. Después de un viaje tan largo hasta aquí, un mes recorriendo esos montes de Dios, y pasando penurias y asaltos..., comprenderá usted, que no es cosa de regalar nuestro dinero a quien tiene más que nosotros.

—Conforme. No creí que fuese usted tan listo —observó el administrador con suspicacia, mientras regresaba de nuevo al cuarto y volvía a salir con otra bolsa de cuero. Cuando le entregó la bolsa a Pablo, el joven contaba los reales de plata que contenía la primera bolsa. Después hizo lo propio con la segunda.

—¿Todo conforme? Fírmeme este documento de pago —dijo mientras extendía un papel, que indicaba la cantidad pagada—. ¿Su nombre es?

—Pablo Azenaritz.

El hombre relleno el documento con el nombre del porteador, la cantidad de azogue entregada y el importe pagado. Pablo firmó, y terminaron el trato con un apretón de manos.

—Disculpe, ¿sabe usted de alguna mercancía que pudiese transportar hacia Veracruz, en mi camino de vuelta?

—Hombre..., aquí en Guanajuato, además de las minas, hay muchos cultivos

para el mantenimiento de la población, de los que se carecen en Veracruz. Pase por el almacén de Porfirio, en la calle mayor, y negocie con él, la compra de maíz, frijoles, garbanzo porquero o la colofonia que se emplea en farmacia, o para encolar papel, o para tinta de imprentas.

—Gracias por su consejo —dijo Pablo, despidiéndose del hombre.

El grupo de arrieros —Pablo, Mazahua, y los tres negros—, se dirigió con su reata hacia el almacén de Porfirio, donde acordaron la adquisición de varios sacos de maíz, frijoles y garbanzos, que recogerían al día siguiente. Más tarde, se dirigieron al mesón El Refugio, cuatro manzanas más abajo, donde podrían comer decentemente, lavarse, descansar, y dar de comer y beber a las mulas, quedando así, listos para el viaje de regreso que emprenderían al día siguiente.

Tres semanas más tarde, sin más novedad que el enfrentamiento sin consecuencias con una pequeña partida de forajidos, los cinco hombres y las ocho mulas, cansados y maltrechos por el calor y la falta de alimentos adecuados, consiguieron completar el camino de regreso a Veracruz.

Brígida se alegró sinceramente de la llegada de Pablo. Ella misma se encargó de vender la mayor parte de los sacos de legumbres secas que trajo Pablo, y la otra se la quedó para su consumo en el mesón, como pago por el alquiler de las mulas, abonando al joven el importe de su venta, que fue más del doble de lo que habían costado en Guanajuato. Así pues, con las ganancias de aquella expedición, Pablo pudo comprar una veintena de mulas, y un establo cubierto para futuros transportes de mercancías, manteniendo el alquiler de la habitación en el mesón de Brígida.

Dos días después del regreso de Pablo, el 16 de diciembre de 1742, atracaba en Veracruz, una nueva flotilla de nueve navíos de carga y cuatro de escolta. Tal como le había explicado semanas atrás el capitán Hernando, Pablo pudo observar, cómo la población de Veracruz aumentó en un número considerable de habitantes, no solo por los comerciantes, marinos y soldados que arribaron con la flotilla, sino también por la copiosa riada de comerciantes, funcionarios, misioneros, arrieros, marinos, soldados, colonos, aventureros, meretrices y viajeros, que confluyeron en la plaza de San Juan de Ulúa, convirtiendo la villa en una verdadera ciudad.

—¿No se lo decía yo? —exclamó divertida, Brígida—. ¡Ahora es su momento, muchacho! Van a hacer falta arrieros, para llevar estas mercancías a Jalapa y México. Llegarán muchos más arrieros y comerciantes de toda Nueva España, pero antes de que lo hagan, debemos comprar nosotros, primero, las mercancías que más nos interesen, a las que sumaremos un porcentaje de beneficio por la compra, más el

precio del transporte con nuestras reatas.

—¿Y su marido?

—No se preocupe por él. No dejemos pasar la ocasión de hacer buen negocio ahora. Para cuando él regrese, yo ya tendré compradas más mercancías, para llevarlas a los comerciantes de Jalapa y México.

SEGUNDA PARTE

Elena

La llegada de cualquier arriero, con su recua de acémilas a Veracruz, siempre había sido un motivo de júbilo para los habitantes de la villa, pero la llegada de Antonio y sus caballerías, cargadas con mercancías de Acapulco, despertaba una curiosidad inusitada por la originalidad de las mismas.

Ver entrar en la Plaza Portuaria, una reata de 80 mulas cargadas de las más diversas mercancías procedentes de una parte desconocida del mundo, y acompañadas por veinte jinetes a caballo, fuertemente armados, era todo un acontecimiento que se producía solo una vez al año.

Esta tropa, solía arrastrar a una multitud de nativos y miembros de las castas, que vendían en los tianguis productos propios o de algún mercader, y a cambio de un sueldo o una comisión, despachaban las mercancías de aquél.

Los jinetes y las mulas, entre una gran polvareda levantada en la Plaza Portuaria, se dirigieron al establo de Antonio, para descargar a las acémilas y monturas de sus pesadas cargas, mientras eran asediados a preguntas por la gente congregada a su alrededor.

Ahora, una vez descargados los fardos de mercancías, cabía separar las traídas del Galeón de Manila de las compradas a los nativos y las de contrabando, y realizar los asientos correspondientes en la Aduana Real para su posterior embarque en los navíos llegados del Reino hacía unos días, junto con el oro y la plata que se enviaba a la Corona en cada viaje, y que en muchas ocasiones llegaban a superar el millón y medio de pesos, en monedas acuñadas en la ciudad de México, y varios quintales en lingotes.

El inicio de la guerra con Gran Bretaña, en octubre de 1739, y el subsiguiente ataque británico a Portobelo, en diciembre de ese mismo año, fueron los dos hechos que forzaron al gobierno español, a suspender el sistema de comercio que durante dos siglos había unido a la metrópoli con los virreinos de Nueva España y Perú. Como resultado, el doble sistema de flotas fue reemplazado por un sistema de embarcaciones sueltas, conocidas como navíos de registro o registros sueltos, y con ellos, la manera de comerciar en el viaje transatlántico también sufrió importantes cambios. La ley establecía las fechas de salida y de regreso, el número de barcos y toneladas que debían transportarse, además de los impuestos que habían de pagarse en cada orilla del Atlántico a la recepción de las mercancías. Asimismo, se obligaba a los comerciantes españoles que viajaban en ambos transportes, tanto de ida como de regreso —*conocidos respectivamente como flotistas y galeonistas*—, a acudir a las ferias americanas de Veracruz y Jalapa, en Nueva España, y Portobelo en el Istmo de

Panamá, para vender sus mercancías a los americanos, con quienes, además, debían acordar los precios de las mercancías, antes de la apertura de cada feria.

El sistema de navíos de registro sueltos tenía sus propias características y normativas, las cuales habían sido, en parte, establecidas por un reglamento real de 1642, y en parte, por el propio Proyecto de 1720. Aunque hasta 1739, los navíos de registro habían jugado un papel totalmente secundario, a partir de la Guerra de Asiento con Inglaterra, este sistema se caracterizó por el envío regular y sin fechas predeterminadas de embarcaciones sueltas, menos previsibles y detectables que los convoyes, y por tanto, más seguros en tiempos de guerra para los puertos americanos.

Su periodicidad tampoco era anual, sino mucho más frecuente. A pesar de todo, bajo este sistema, las limitaciones impuestas al comercio eran casi tan estrictas como con en el sistema de flotas. Los dueños de las embarcaciones necesitaban licencia del gobierno para hacerse a la mar, los derechos aduaneros eran los mismos de siempre, y para todas las mercancías que se enviasen por el conducto de navíos de registro. Como ocurriese con el navío del capitán Hernando o con el Galeón de Manila.

En aquella situación, el beneficio para Antonio seguía siendo el mismo que Brígida le dijese a Pablo para su transporte de azogue a Guanajuato, excepto para aquellos mercancías que había comprado con su dinero al capitán del galeón, por llegar de contrabando y carecer de asiento, sobre todo, sedas, raso y terciopelos de China, o mantones de Manila, que eran más finos que los producidas en Murcia y Valencia, además de las legumbres secas, cacao, ropillas, fardos de algodón limpio, huaraches y mantas, que eran de propiedad de Antonio, para venderlas en sus almacenes de Veracruz sin que llegasen a pasar por la feria instalada en la Plaza del Castillo de San Juan de Ulúa.

Los mercaderes establecidos en tiendas de Veracruz, que iban desde los tratantes, regatones o intermediarios, hasta los grandes comerciantes o mayoristas de la ciudad de México —*verdadero centro comercial del virreinato de Nueva España*—, acudían a la Plaza del Castillo para interesarse por las mercancías recién llegadas.

Cuando Antonio llegó al establo, y vio a Pablo en compañía de su mujer, se interesó en saber quién era aquél desconocido, joven y apuesto.

Brígida le explicó el trato que había tenido con Pablo en su transporte de azogue a Guanajuato, y el beneficio que habían obtenido.

—Así, que tienes la intención de hacer fortuna en las colonias, ¿no? —le preguntó Antonio a Pablo.

—Así es, Don Antonio.

Al oír el tratamiento que le había dado Pablo, el gallego se echó a reír.

—Muchacho..., no tengo ningún título para que me des el tratamiento de Don..., aunque con dinero se pueden comprar aquí, hasta títulos nobiliarios. Simplemente..., llámame Antonio, y dejémonos de florituras que no llevan a ninguna parte, ¿te parece

bien?

—Como usted diga, Don Antonio... Bueno, Antonio —rectificó Pablo, y los dos hombres y la mujer se echaron a reír.

—Me cae bien este joven, Brígida. Creo que has hecho un buen descubrimiento. Posiblemente hagamos negocios con él en un futuro, si la situación se presta a ello —dijo el gallego a su mujer, mientras le ponía una mano a Pablo sobre el hombro.

—¿Y cómo dices que te llamas?

—Todavía no se lo he dicho, Antonio, pero mi nombre es Pablo, y soy de Lezo, en Pasajes, Guipúzcoa —respondió Pablo, con una sonrisa.

—Sí, Antonio, creo que es un buen muchacho, y al menos, en nuestro trato, ha cumplido perfectamente. Si no lo hubiese hecho, probablemente, Mazahua lo habría matado.

—¿Me habría matado Mazahua? —pregunto Pablo a Brígida, con cara de extrañeza.

—Probablemente, sí. Mazahua es uno de nuestros capataces desde hace años, y nos es fiel como amigo y empleado, defendiendo nuestros intereses y los suyos propios. Con nosotros tiene un buen salario para mantener a su familia, cosa difícil de encontrar en estos tiempos, y nos ocupamos de él, aun cuando no haya transportes que hacer. Él se ocupa, junto con otros dos hombres de los que fueron con usted a Guanajuato, de cuidar nuestros animales para que estén siempre en perfectas condiciones de salud, y tenerlos siempre dispuestos para cualquier transporte.

—¿De verdad me habría matado? —preguntó de nuevo Pablo, mientras un escalofrío le recorría la espalda.

Brígida llamó en voz alta a Mazahua, que se encontraba en un almacén anejo al establo. Instantes después, el indio nahua se presentaba ante ellos.

—¿Sí? —preguntó con un monosílabo.

—¿Habrías matado a Pablo, si hubieses visto alguna acción sospechosa en contra nuestra?

—¡Por supuesto! —aclaró en español, el nahua, sin inmutarse—, pero su comportamiento lo ha hecho innecesario. Es un buen hombre y muy valiente.

Al escuchar la afirmación de Mazahua, Pablo se quedó serio, pensativo, recordando que en su viaje a Guanajuato, el indio estaba muy pendiente de él, aunque no le había dado ninguna importancia, pensando, que, como hombre experimentado y nativo, velaba por su vida, los animales, y el azogue que transportaban.

Antonio le dijo al indio que regresase a su quehacer, y este desapareció por donde había llegado. Luego, dirigiéndose a Pablo, le dijo:

—Amigo mío, aquí uno debe cuidar de sí mismo, procurando tener siempre la espalda cubierta. La ley general la dicta el Virrey, luego los alcaldes mayores de las provincias y la ejecutan los cabildos de cada pueblo con los justicia, si a las congregaciones eclesiásticas, mandadas por los jesuitas, principalmente, les conviene o no, como así sucede en muchísimas ocasiones, enviando cartas de protesta a Su

Majestad el rey de España. Y mientras llega una respuesta, todo sigue igual, así que uno hace lo que debe hacer.

Bueno, olvidemos este incidente y veamos qué es lo que podemos hacer juntos.

La idea de que el indio le podía haber matado en cualquier momento de los muchos que durmieron juntos en aquél largo viaje, a Pablo le había desconcertado, y se hallaba como ausente del lugar en el que se encontraba. Nunca había pensado en una muerte inminente, ni cuando se encontró inmerso en una batalla naval, ni en los diferentes enfrentamientos que mantuvo con los indios o las tropas inglesas, durante su estancia en San Agustín de la Florida, pero encontrar la muerte de una manera tan absurda, le había hecho meditar.

Brígida, al darse cuenta de la situación que atravesaba el muchacho, le llamó por su nombre para sacarlo de aquella situación mental:

—Pablo, aquello ya pasó, y ahora estamos aquí, para preocuparnos de nuestro futuro.

—Sí, es cierto, y creo que termino de aprender una gran lección de las que mi padre nunca me habló. Esto me hará ser más desconfiado en lo sucesivo. Gracias por advertirme.

—Me parece muy bien —respondió Antonio—, pero quiero que sepas, que por nuestra parte gozas de nuestra confianza. ¿Hablamos de nuevos transportes?

—Sí. ¿Por qué no?

—Creo que deben quedar bastantes quintales de azogue en los reales almacenes para entregar en Guanajuato, ¿no? —preguntó Antonio.

—Según el capitán Hernando, descargaron más de mil quintales de azogue, de los que hemos entregado solo diez y seis quintales. O sea, que debe haber en los reales almacenes del azogue, unos novecientos ochenta quintales aproximadamente, porque, que yo sepa, nadie más ha venido a Veracruz para llevarlos.

—Será conveniente repasar esos datos con los oficiales de intendencia de la Real Hacienda. Ellos sabrán a quién va dirigido el azogue y en qué cantidades —respondió Antonio—, pero primero debemos abrir nuestro almacén, antes de que la feria se cierre. Los mayoristas y comerciantes de la capital, Jalapa, Puebla, Guadalajara, Querétaro, San Luis Potosí, Aguascalientes y Zacatecas, nos estarán esperando para ver qué hemos traído. ¿Me acompañas? —le dijo a Pablo.

—Sí, claro.

Salieron los dos del establo para dirigirse a la Plaza del Castillo de San Juan de Ulúa. Entraron por la puerta de México, construida en forma redondeada, entre unos muros de más de un metro de espesor, levantados con mampostería de corales y rocas arrebatados a la bahía.

El recinto interior era verdaderamente impresionante. Entre sus muros, había amplios pasadizos con troneras para tiradores, mirando al mar por tres de sus

costados, con dos torres artilladas, una gran sala de armas, un aljibe, dos mazmorras y un islote.

—Nunca me habría imaginado que el interior de esta fortaleza fuera así —comentó Pablo.

—Es que desde fuera no se aprecia su grandeza. Por eso el Cabildo de Veracruz realiza aquí la feria.

—¿Todas las mercancías deben registrarse en el Consulado? —preguntó Pablo.

—En su mayoría, sí. Todos los barcos mercantes llevan documentación con los asientos de carga realizados en origen, y deben entregarlos en el Consulado o la Real Hacienda del puerto de destino para pagar los impuestos correspondientes.

Al terminar de decir esas palabras, Antonio se echó a reír.

—Bueno, no todas las mercancías que vienen en los barcos mercantes de registro suelto están inspeccionadas. Otras muchas vienen de contrabando, como algunas de las que yo he traído de Acapulco, junto a las que he ido comprando por el camino de vuelta. Por eso no pueden salir a la venta en la feria —respondió Antonio, mientras le hacía un guiño con el ojo, y le daba al muchacho un pequeño golpe en el pecho con su codo derecho.

—¡Ya! ¡Entiendo! —respondió Pablo.

No hubo más comentarios y siguieron caminando.

Entre los muros, en la sombra de los enormes pasadizos de la muralla, vio un espectáculo abigarrado de frenética intensidad.

Nunca antes había contemplado a tanta gente en un mismo lugar, ni en Ferrol, y mucho menos en Pasajes. Todos tan atareados y apresurados como si se fuese a acabar el mundo esa misma mañana.

Señores de aspecto solemne, señoras rodeadas de criadas, mujeres cargadas de fardos, niños jugueteando entre los mayores, soldados con sus armas, vendedores vociferando sus mercancías, indios, negros, mulatos, mestizos y criollos, justicias, pillos desocupados, ladrones buscando incautos, putas llamando a viejos y jóvenes para ofrecerles sus servicios, mulas cargando lo inverosímil y carretas entrando o saliendo de la plaza. Todos en un desorden atronador, intentando comprar las numerosas mercancías expuestas por comerciantes peninsulares, como diferentes piezas de telas de Barcelona y prendas de ropa confeccionadas según la moda española, calzado, sacas de harina blanca de trigo castellano, y un sinfín de productos de todas las regiones de España que se podían vender en aquella feria, además de los productos de la tierra y el ganado, que los criollos exhibían para su venta, junto a los productos de alfarería locales, como cántaros, vasijas, ollas o loza.

A partir de 1739, los navíos de registro suelto, dotaron de mayor frecuencia y flexibilidad al transporte naval de mercancías, y ello trajo consigo otra transformación del comercio transatlántico español —*principalmente basado en la*

exportación de ropas y alimentos, a cambio de plata en barras—, que pasó de tener un carácter marcadamente mayorista, a tomar una orientación minorista, dando cabida a comerciantes con menos caudales, que contribuyeron decisivamente a que aumentara el nivel de concurrencia, ya que los impuestos sobre las mercancías —*el denominado derecho de palmeo*— no se devengaban atendiendo al valor de las mismas, sino al volumen que ocupaban.

Obviamente, este era un extremo sobre el que los distintos reglamentos no se pronunciaban pero que daba opción a un incremento del contrabando, pues las mercancías se embarcaban en cajones arpillados, toscos y tercios, o en grandes fardos, pero nada se sabía de lo que contenían exactamente, para frustración de quienes trataban de cuantificar el valor y detallar el contenido de las exportaciones.

Y mientras caminaban entre la gente, en busca de algunos comerciantes mayoristas de Jalapa, México y otras poblaciones mineras, una voz femenina se alzó entre las de la multitud, llamando a Antonio. Los dos hombres se volvieron para ver de dónde provenía.

Una mujer joven, delgada, morena, de extremada belleza, se acercaba hacia ellos, caminando desde el centro de la Plaza del Castillo. Llevaba en la mano, las riendas de un precioso caballo negro, cuatralbo, de muy fina estampa, y vestía un traje de color marrón para montar a caballo, completando su atuendo con un sombrero de fieltro negro, de tres candiles, como los utilizados por la clase pudiente española.

Cuando llegó junto a ellos, ató las riendas del caballo en una argolla embutida en el muro, y se quitó el sombrero, que mantuvo en su mano izquierda, mientras en la derecha portaba una fusta de cuero.

—Hola, Elena, ¿cómo estás?

—Bien, muy bien. Llegué hace unos días para ver la feria y comprar algunas ropillas de la península. ¿Has traído algo interesante de Acapulco?

—Alguna cosa hay que os pueda interesar. Pásate después por mi almacén, ¿quieres?

—Sí, lo haré después.

—¿Ha venido tu padre?

—No, me ha acompañado nuestro mayoral con algunos hombres. Él estaba muy ocupado.

—Elena, te voy a presentar a un amigo, que también se dedica al transporte de mercancías. Seguramente haré sociedad con él. Se llama Pablo Azenaritz.

La muchacha, que desde que había llamado a Antonio, cuando caminaba hacia ellos con su caballo del ramal, no había dejado de observar a Pablo con detenimiento, le preguntó, mientras le tendía su mano:

—¿Vasco?

—Sí. De un pueblito cerca de Pasajes, en Guipúzcoa.

—Mi padre también es guipuzcoano, de Placencia de las Armas. Hace años que es capitán de dragones de cuera, del Regimiento de la Corona en México, además de

hacendado y comerciante. Pero..., perdone que no le haya dicho mi nombre. Soy Elena Aldasoro.

Pablo, que tampoco había dejado de admirar la belleza de la joven, dijo casi con un balbuceo:

—Eee... encantado de conocerla, señorita.

Aquella respuesta, hizo que Elena soltase una carcajada.

—¿Le ha sorprendido, acaso, que mi padre sea capitán de dragones?

Repuesto de la primera sorpresa, Pablo repuso:

—No, señorita Elena. Me ha sorprendido usted, su figura, su elegancia y su belleza..., y no digamos su caballo.

—Es usted muy galante, Pablo. ¿Entiende de caballos?

—Más que de mujeres, que para mí siempre son un misterio, pero los caballos son un como un libro abierto. Me crie entre ellos.

Elena lanzó otra sonora y cantarina carcajada.

—Eso es estupendo. En nuestra hacienda criamos caballos andaluces. Un capricho de mi padre. Si llega a ir a la ciudad de México, por alguna razón, no deje de visitarnos. Le atenderé con mucho gusto, le presentaré a mi padre y le enseñaré nuestra cuadra. Seguro que le gusta.

—Seguro que sí, señorita Elena. ¿Y con qué comercia su padre, si no es muy atrevida mi pregunta?

—Con cualquier mercancía que llegue de España o en el Galeón de Manila, además de reses traídas desde la cornisa cantábrica y Galicia, pero no despreciamos otras mercancías producidas en otros pueblos. Normalmente, comerciamos con las provincias del norte de México, aunque pensamos hacerlo en un futuro, con Texas y Nuevo México.

—¿Tienen algo en particular, que no tenga el resto de Nueva España?

Elena se echó a reír de nuevo.

—Por supuesto —dijo categórica. Tienen inmensas llanuras con extensas praderas verdes, donde poder alimentar a miles de reses..., y algún peligroso desierto, todo hay que decirlo.

Mi padre tiene intención de comprar terrenos a la congregación de franciscanos que administran algunas de esas tierras, y crear una hacienda en la que criar vacas y terneros. El único problema, son las tribus de comanches y apaches.

—¿Tan peligrosos son? —preguntó Pablo, inocentemente, después de haber vivido un tiempo en San Agustín de la Florida, en contacto permanente con los indios Timicua, a los que consideraba amigos.

—Sí, son bastante violentos e inaccesibles para llegar a acuerdos con ellos. Nos podrían hacer la vida muy difícil en aquellas tierras.

Hace unos años, mi padre mandó una expedición militar con sus dragones e infantería, para detener la arribada a la costa de embarcaciones inglesas que contrabandeaban sus mercancías en la colonia, además de impedir los asaltos

comanches, y tratar de evitar que robasen más caballos y reses a los colonos allí establecidos. Pero fracasó, debido a la gran movilidad de los indios que, en su persecución, les llevaron hasta Texas. Allí fue donde mi padre descubrió las llanuras de aquellas tierras, sus prados y los desiertos en los que se escondían los indios, y de ahí la idea de comprar nuevas tierras para crear una gran hacienda, donde criar de reses y caballos para poder comerciar con las colonias inglesas y francesas, con permiso, claro está, de los indios, aunque también se defendería con las armas.

—¿Y no se los ha podido evangelizar? —preguntó de nuevo Pablo, interesado por aquél tema.

—No, en absoluto. Son reacios a abandonar sus costumbres. Fray Benito Fernández de Santa Ana, urgió al virrey de Nueva España, a establecer misiones para los indios en sus propias tierras, argumentando, que sería la solución para evitar una larga guerra.

Antonio observaba la conversación de los dos jóvenes, entre sorprendido y divertido a la vez, pues no era normal, que Elena tuviese un acercamiento de esa naturaleza, con un desconocido al que le terminaban de presentar.

La conversación no tenía visos de terminar, y les desviaba del motivo principal por el que se encontraban en el Castillo de San Juan de Ulúa: el negocio.

—Elena, ¿nos quieres acompañar? Tenemos que hablar con un par de comerciantes de Cuba y La Florida para poder embarcar parte de las mercancías que he traído desde Acapulco. Luego hemos de pasar por las dependencias de la Real Hacienda y el Cabildo para registrar los embarques.

—Te lo agradezco, Antonio, pero miraré primero las mercancías que puedan quedar disponibles de las que han venido de España. Más tarde pasaré por tu almacén para ver lo que me puede interesar. ¿Nos realizarás el transporte hasta la hacienda?

—Por supuesto, Elena, creo que dispondré de caballerías suficientes.

—Entonces, luego nos vemos.

Y dirigiéndose a Pablo, le dijo con una sonrisa que iluminó su atractivo rostro: Encantado de conocerle, Pablo. La conversación con usted ha sido muy interesante.

—Gracias, señorita Elena. Para mí ha sido un placer conocerla. Luego nos veremos, ¿no?

—Por supuesto —dijo. Y haciendo un gesto con la mano, llamó a un hombre que, a cierta distancia de ellos, no había perdido detalle de la reunión. Era su mayoral.

Pablo no dejó de mirar y admirar a aquella joven altiva, que llevaba las riendas de un caballo tan impresionante como ella.

Intentó recordar, si en alguna ocasión había visto a alguna mujer joven con la presencia que mostraba Elena, y tuvo que reconocer, que jamás había visto a ninguna mujer que le hubiese impresionado tanto.

El momento que estuvo Pablo, viendo como la joven se marchaba con su mayoral, le hizo apretar el paso para ponerse a la altura de Antonio, que no se había apercebido del retraso de Pablo.

Cuatro horas más tarde, Elena y su hombre de confianza, José Antonio Bejarano, un criollo nacido en la hacienda de su padre, se presentaron en el almacén de Antonio, para ver las mercancías que había traído de Acapulco y cuales le podía vender, aunque lo que más le interesaba eran las piezas de telas, mantones de seda y alguna cerámica china; el resto de mercancías las había comprado en la feria.

Una hora más tarde, con el trato cerrado y entregado en pago una carta de crédito firmada por su padre, Don Fernando Aldasoro, Elena acordó con Antonio, que la mercancía que ella había comprado en la Plaza del Castillo de San Juan de Ulúa, más la comprada a él, la llevarsen a la siguiente semana, con destino a México, cargada en unas veinte mulas.

Terminada la compra, Brígida le preguntó a la joven:

—¿Cuándo partes para México?

—Mañana al alba partiré con mis hombres de escolta.

—¿Quieres que os prepare habitaciones para pasar la noche?

—Para mí no, Brígida. Yo dormiré en la casa de un pariente de mi padre, pero mis hombres se lo agradecerán.

—De acuerdo, pero antes de marcharte a casa de tu pariente, tomaréis unos aguardientes con nosotros, ¿no?

—Sin duda, a mis hombres les agrada, lo mismo que una buena cena para reponer energías para el viaje. Y de paso, nos podrías preparar también algo de tasajo, frijoles bayos, tocino magro, algo de queso y harina para tortillas.

—¿No te da miedo el viaje de regreso, con los peligros que puedes correr por esos caminos de Dios?

Elena se echó a reír otra vez:

—No te apures, Brígida, los cinco hombres que me acompañan, son excedentes del regimiento de dragones de mi padre, buenos tiradores y muy aguerridos. No habrá problema.

Vayamos ahora al mesón. Me quedaré a cenar con los muchachos. ¿Qué tienes para cenar?

—Arroz especiado, frijoles y tocino. Es el plato que más consumen los marineros y los militares que se dejan caer por aquí, pero esta noche os prepararé una cena que os gustará: pescado a la veracruzana. Yo suelo cocinar un róbalo con una salsa de pimientos verdes y rojos, aceitunas, alcaparras, cebolla, ajitamate y hierbas aromáticas, que acompaño con arroz blanco y frijoles. ¡Ah!, y os serviré unas jarras de vino de Valdepeñas.

—Seguro que estará muy bueno. Los muchachos se alegrarán de tomar una comida decente, después de tantos días comiendo tocino salado y frijoles.

Dicho esto, llamó a José Antonio Bejarano para que reuniese a los hombres en el mesón. Cenarían y dormirían allí, y al alba, pasarían a recogerla a ella, a casa de su pariente, para emprender el viaje de regreso.

Poco después, se sentaban en una mesa corrida, cinco hombres vestidos con

calzón a media pierna y polainas de cuero sobre sus huaraches, una casaca corta sobre una camisa, y pañuelo de hiervas al cuello, mientras que los sombreros de paja trenzada y teñida en diferentes colores, los habían dejado sobre una mesa vecina.

Al momento apareció Elena, y se sentó junto a ellos, mientras Brígida les servía unos aguardientes.

—Tu marido, tú, y ese muchacho, Pablo, también podéis cenar con nosotros —le dijo Elena a Brígida.

—Yo estaría encantada de cenar con vosotros, pero tengo obligaciones en la cocina o no cenaremos ninguno. Pero ahora se lo digo a Antonio y a Pablo para que se sienten con vosotros.

Elena sonrió, mientras asentía con la cabeza.

Al poco, se sentaban en la misma mesa, Antonio y Pablo, que traían una botella tocha de barro cocido, que contenía aguardiente, y vasos del mismo material, que se distribuyeron delante de los ocho asistentes.

Antonio sirvió el licor en los vasos de Elena, Pablo, y el suyo mismo, y pasó la botella al mayoral, que se encontraba sentado frente a la joven.

Hubo gritos de hurra por parte de los acompañantes Elena, y de un trago apuraron el contenido de sus vasos, mientras la muchacha y Pablo, tosían un poco al trasegar el aguardiente.

—Es fuerte este aguardiente —comentó Elena.

—No más que el tequila que destilan en Teuchitlán, en la provincia de Jalisco —repuso uno de los acompañantes de Elena—, pero no está mal del todo.

Sirvieron otra ronda para los asistentes, mientras Pablo y Elena ponían su mano sobre los vasos, indicando que ya habían bebido bastante.

Pablo aprovechó la mirada que le dirigió la muchacha para preguntarle:

—¿Cuántos caballos tienen ustedes en su hacienda?

—¿Se refiere usted a los caballos andaluces de mi padre o a todos los que tenemos?

—Bueno..., ya he visto que los caballos que montan sus hombres no tienen la pureza del suyo, aunque son muy buenos también, pero mi pregunta era general.

—Mi padre tiene unos cincuenta caballos andaluces, que cuida y mimas como si fuesen hijos suyos, sin consentir otros cruces de raza, pero los hombres del rancho, los vaqueros, montan caballos garañones cazados en la sierra de Guadalupe y domados en la hacienda. Supongo que serían descendientes de los que se les escaparon a Cortés y sus hombres durante la colonización. Pero no hemos sido los únicos que los hemos cazado, los indios Mescaleros, Navajos, Chrichahuas, Lipan y Jicarilla también los han estado cazando y domesticando durante años, aunque desde hace algún tiempo se evitan ese trabajo y los roban de los ranchos aislados y con poca defensa.

—¿Tan peligrosos son? —preguntó Pablo de nuevo.

—Sí, llegan a serlo. En ocasiones, sus partidas de asalto llegan a estar

constituidas por más de cincuenta hombres a caballo, armados con arcos y flechas, aunque algunos de ellos también llevan mosquetes, arrebatados a los defensores de algunos ranchos atacados. Por eso voy acompañada de cinco de nuestros mejores hombres.

—Durante mi viaje a Guanajuato, para llevar azogue a la mina la Valenciana, nos asaltó un pequeño grupo de indios cuando estábamos en las estribaciones de la Sierra Madre Oriental, pero solo iban armados con arcos y flechas. Matamos a dos de ellos y herimos a otros dos con nuestros fusiles.

—¿Qué ruta tomaron ustedes? —preguntó Elena.

—La de la costa hasta los manglares, y luego atravesamos la sierra.

—Es mucho más segura la de Jalapa a México, si va bien acompañado.

Brígida sirvió dos grandes fuentes de barro con ocho grandes tozos de pescado cubiertos por una salsa roja, dos hogazas de pan blanco a rebanadas y dos jarras que contendrían un par de litros vino de Valdepeñas cada una.

Las conversaciones se terminaron en aquél momento y todo el mundo se dedicó a comer y beber hasta hartarse.

Elena, después de cenar, les dijo a sus hombres que era hora de retirarse a dormir, pues al día siguiente les esperaba un día duro de viaje.

Aún no había amanecido, cuando cinco hombres montados a caballo, esperaban en la Plaza Portuaria, a que Elena montase en el suyo, para emprender la marcha hacia México por una de las rutas más importantes trazadas por las alianzas políticas y administrativas de Hernán Cortés.

Así, la Ciudad de México, quedó constituida como centro neurálgico de la mayoría de los caminos, para las dos terminales del comercio intercontinental entre Veracruz y Acapulco, y las rutas mineras de las provincias norteñas.

El camino de Veracruz a México, por Jalapa y Perote era el camino habitual por el que transcurrían viajeros y virreyes, o el transporte de mercancías exteriores a lomos de mulas, pero tenía el inconveniente de atravesar Sierra Madre Occidental, de altitud extrema en poca distancia, en el que el principal obstáculo del camino a México, era sortear los volcanes Citlaltépetl, Matlalcuéye, Nauhcampatépetl, el Iztaccíhuatl y el Popocatépetl, caminando por valles plenos de espesura y árboles, por los que a su vez discurrían arroyos y algunos ríos bastante caudalosos.

Por esa razón, Brígida aconsejó a Pablo, tomar el camino de la costa, por los manglares, en su primer viaje hacia Guanajuato, con pocas mulas y hombres.

El interés comercial de la ruta hacia México por Jalapa, desde hacía años, había pasado a ser estratégico. Su mal estado, hizo que las autoridades del virreinato pusieran especial atención en el tramo de Veracruz a Perote, con treinta y dos leguas de distancia, determinando que Perote era el mejor paraje para fortificar el camino, con ranchos, ventas o garitas, parajes y haciendas con abastecimiento de agua, así

como la remodelación de puentes existentes y propuestos, sobre cañadas, ríos y arroyos; todo ello, en previsión de ataques a las caravanas o diligencias de correos, ya que la ruta por las montañas fue refugio de esclavos e indios, y aportar con ello una mayor defensa.

Los retardos en el camino, afectaban al comercio por el costo de la carga diaria, sobre todo, estimando que se realizarían unas sesenta mil cargas al año durante todo el siglo XVIII, entre las que Antonio era un transportista más, ya que solo hacía transporte de Acapulco a Veracruz y de Veracruz a México, habiendo cientos de reatas de mulas de otros arrieros que realizaban el transporte de mercancías y productos de la tierra, entre las diferentes poblaciones de Nueva España.

Pero Elena tenía prisa por llegar a México, y aun a pesar de las protestas de su mayoral, decidió ir por el camino más corto, aunque más accidentado y con menos protección española: el camino de Veracruz a México, atravesando los pueblos de Paso de las Ovejas, Antigua, Jalapa, Perote, Apizaco, Calpulalpan y Totolcingo para entrar a México por la calzada de Guadalupe. Todo ello para ahorrar unas veinte leguas de las que había por el Camino Real, sin que llegasen a encontrar ninguna posta en todo el trayecto, excepto la venta la Banderilla, a una legua escasa de Jalapa, perteneciente a nativos de Xilotepec, donde podrían pernoctar.

El gran problema, venía a partir de ahí.

Hacia años, que los indios Ayapin y los Yaquis, herederos de los Aztecas y naturales de aquellas tierras, fueron contrarios a la ocupación de sus dominios y a que los españoles y los jesuitas se apoderasen de las mejores, obligándoles a abandonar sus tradiciones, cultura y religión, por lo que, desde siempre, habían opuesto una férrea resistencia, y en algunas regiones fueron creciendo, tanto en fuerza como en constancia, mientras la colonia de Nueva España avanzaba hacia la consolidación del dominio español.

Las misiones jesuíticas de Sinaloa, Ostimuri y Sonora, vivieron una época de bonanza económica, pero esta bonanza era aparente, porque se pagaba por ella un precio muy alto: la explotación de los indios y su descontento con los misioneros.

Los jesuitas aumentaron considerablemente la venta de alimentos a los reales mineros, y la plata obtenida en este comercio se empleó para la construcción y ornamentación de los templos católicos sin que a los indios se les pagase por su trabajo, mientras las cosechas que producían, se enviaban a Baja California sin beneficio para las comunidades indias.

Así, para el año 1740, las contradicciones del sistema misional eran tan graves, que los mismos indígenas repudiaban la administración de los jesuitas.

Las comunidades indias, se rebelaron contra aumento de la población no indígena

y sus actividades mineras y económicas, con el consiguiente incremento en la producción de plata para los hispanos, mientras los indios sufrían las mayores injusticias por parte de los colonizadores, a causa de una organización que controlaba férreamente a la sociedad indígena.

La oposición india se recrudeció con asaltos a ventas, ranchos, y con quema de cosechas, mientras se comenzaban a escuchar los nombres de los primeros caudillos de indígenas rebeldes.

En el momento en que Elena y sus hombres decidieron tomar la ruta de Sierra Madre Oriental, se terminaba de producir una nueva rebelión de Yaquis y Mayos, dirigida por su jefe Calixto; de ahí la oposición de su mayoral para tomar esa ruta.

Pero Elena era terca como una mula, y tomaron aquella ruta, dominada por valles profundos, ríos caudalosos con algunos puentes construidos por los españoles, y varias cimas volcánicas próximas. Lugares ideales para que fuesen emboscados por los indios rebeldes, como así sucedió al día siguiente de abandonar la venta La Banderilla, antes de que pudiesen llegar a Perote.

Sobre el medio día del segundo de su viaje de regreso, mientras atravesaban el río Huitzilapan, poco profundo pero de corriente rápida, sufrieron un ataque de indios rebeldes Ayapin, que escondidos entre los pinos, encinos y sabinas del bosque de la ribera, hacia la que se dirigía el grupo a caballo, les dispararon con mosquetes y flechas, sin que los acompañantes de Elena se hubiesen percatado de forma inmediata de dónde provenía el ataque.

El primero en caer fue José Antonio Bejarano, el mayoral, con una bala de mosquete alojada en el pecho, cayendo al agua desde su caballo.

Las balas silbaban cerca de ellos de cuando en cuando, pero una de las flechas alcanzó al caballo de otro de los hombres de Elena, que realizó una cabriola al sentirse herido, desmontando a su jinete que también cayó al agua.

Uno de sus compañeros, en la huida, le prestó ayuda y el caído montó a la grupa de su caballo.

Era totalmente imposible, disparar los mosquetes enfundados al costado de los caballos, así que, fueron las pistolas las que atronaron, alcanzando a tres de los indios Ayapin, quienes al ver caídos en el agua a dos de los jinetes, salieron del resguardo de los árboles para atacarles con cuchillos y hachas.

Elena y sus hombres espolearon a los caballos para salir del centro del río lo antes posible y poder refugiarse entre los árboles de la ribera que habían abandonado momentos antes. Echaron pie a tierra, recargaron sus pistolas y esperaron a que los indios se acercasen más, para comenzar a disparar de nuevo, pero escalonadamente, procurando no errar sus tiros. Mientras uno disparaba, otro recargaba su arma, y así siempre había una o dos pistolas en posición de disparo.

Los indios retrocedieron a la otra orilla, paralizando el ataque, y uno de los

hombres de Elena procuró que los caballos no se dispersasen, liando sus ronzales entre los matojos próximos. Cogió cuatro de los mosquetes y las bolsas de pólvora y balas que llevaban los caballos y los repartió entre ellos. Ahora se encontraban en mejor situación de defensa, a mayor distancia, aunque los indios los tenían inmovilizados en aquella zona de árboles.

—Señorita Elena —le dijo Juan Ramírez, otro de los hombres de la muchacha— coja su caballo y regrese a la venta La Banderilla para pedir ayuda. Nosotros haremos frente a estos desalmados. Además, no podemos dejar el cuerpo de José Antonio en el agua.

—No, no me iré de aquí dejándoos solos.

—Señorita, si cae en manos de esos indios, a saber lo que le harán. Vaya y pida ayuda. Es la mejor forma de ayudarnos a todos nosotros.

Elena recapacitó, y aprovechando el parón en el ataque de los indios, montó en su caballo para deshacer el camino, casi a galope tendido, en dirección a la venta La Banderilla, a la que llegó cuatro horas después, pero no obtuvo la ayuda que esperaba. De allí marchó a la guarnición de Jalapa, y con unos cincuenta soldados, al mando de un sargento, regresó al lugar del ataque, pero solo encontraron a sus cinco hombres muertos. Los caballos y las armas habían desaparecido. José Antonio continuaba dentro del cauce del río, detenido su cadáver por unas rocas en medio de la corriente, y los otros cuatro hombres en el bosque, tras los árboles, con varias flechas en la espalda.

El sargento que mandaba la expedición de soldados, informó a Elena, que unos tres años atrás, se produjo una sublevación del pueblo Yaqui en la provincia de Sonora, con Juan Calixto a la cabeza, por lo que Don Manuel Bernal de Huidobro, gobernador de la provincia, mandó a sus tropas para sofocar la rebelión, pero, al parecer, salió derrotado.

Un año después, Don Agustín de Vildósola, nuevo gobernador de Sinaloa y Sonora, mantuvo una guerra abierta con los Yaquis y los derrotó en los pueblos de Tecoripa y en Otancahui, obligándolos a pedir la paz, aunque una gran parte de ellos, no estuvieron de acuerdo, y se desplazaron por Sierra Madre, hacia el sur, atacando a viajeros y ranchos mal protegidos, con pequeñas partidas de indios a los que se habían unido los rebeldes Ayapin.

Don Fernando

—Va a ser muy difícil encontrarles en esta sierra tan abrupta, llena de cañadas y volcanes, y con tan pocos hombres. Además, si nieva, será difícil encontrar sus huellas —dijo el sargento.

Elena estuvo de acuerdo con el militar, y después de recoger a sus muertos y darles cristiana sepultura, partió de nuevo hacia Veracruz, escoltada por un grupo de soldados.

Sabía que Antonio partiría con su reata de mulas tres o cuatro días después, y decidió regresar a México en su compañía. El viaje sería más lento, pero iría más segura.

Dos días después, se presentó de nuevo en el mesón, con el aspecto que llevaba y acompañada por un pelotón de soldados, Brígida se asustó.

Elena le refirió todo lo ocurrido desde que abandonaron la venta La Banderilla, reprendiéndose así misma por no haber hecho caso a su mayoral.

—No tenía noticias del levantamiento de los Yaquis, y solo quería llegar a casa lo antes posible.

—De acuerdo, el mal ya está hecho y no podrá devolverles la vida a sus hombres, pero lo mejor es serenarse. Siéntese en una mesa y ahora mismo le traeré una escudilla con un caldo que estaba haciendo, para que se recupere un poco. Luego le prepararé una habitación para que descanse.

—Gracias, Brígida. Necesito descansar y poner mi mente en orden. Me quedaré aquí hasta que tu marido salga hacia México, aunque mi padre se preocupará por mi tardanza y posiblemente envíe a algunos de sus hombres a buscarme.

—Es lo mejor. Adónde vas a ir tú sola. Mi marido y sus hombres te darán protección hasta tu casa, si no llegan los hombres de tu padre.

Cuando se encontraba tomando el caldo que le había preparado Brígida, entraron por la puerta del mesón, Antonio y Pablo, sorprendiéndose al encontrar el caballo de Elena fuera del mesón, y a la joven sentada a una mesa, acompañada por Brígida, con las ropas sucias y la cara pálida y desencajada.

Los dos hombres se apresuraron para acercarse a la mesa y averiguar el motivo por el que la joven se encontraba allí, cuando debía estar a casi medio camino de México.

—Fue atacada por indios a unas leguas más allá de Jalapa, cuando atravesaban el río Huitzilapan —aclaró Brígida, antes de que le preguntasen los dos hombres.

—¿Pero..., por qué tomaron ese camino, en vez de utilizar el Camino Real?

Elena, al escuchar la pregunta en voz de Antonio, se llevó las manos al rostro y comenzó a llorar desconsolada.

—¿Y sus hombres? —preguntó Pablo, alarmado.

—Muertos todos —respondió Elena, entre sollozos.

—¿Cómo pudo ocurrir una cosa así? —preguntó Antonio con cara de incredulidad—. Todos tus hombres eran expertos jinetes y muy diestros en el manejo de las armas. No lo entiendo.

Despacio, enjugándose las lágrimas, Elena se volvió en su asiento hacia los dos hombres, y dijo:

—Fue una emboscada. Esperaron a que estuviésemos en mitad del cauce para dispararnos desde la otra orilla con mosquetes y flechas.

El primero en caer, fue José Antonio, mi mayoral. Hirieron a uno de los caballos con una flecha y desmontó a Porfirio, otro de mis hombres, pero pudo subir a la grupa del caballo de otro de sus compañeros y regresamos a la orilla que habíamos dejado minutos antes.

Luego, me dijeron que regresase a la venta La Banderilla para pedir ayuda, pero no me la prestaron y regresé a Jalapa para pedir auxilio a la guarnición. Cuando regresé al río, acompañada por los soldados, todos mis hombres estaban muertos y los caballos y las armas que portaban desaparecidos.

El sargento de tropa que me acompañó, dijo que les habían atacado por la espalda, según el lugar donde estaban incrustadas las flechas en su cuerpo.

Dicho esto, Elena continuó sollozando, al tiempo que se reprendía por no haberle hecho caso a su mayoral.

—Eso ya no tiene remedio, Elena —apuntó Pablo, intentando consolarla, mientras le ponía una mano sobre su hombro.

Elena se levantó del asiento y le echó las manos al cuello a Pablo, abrazándole con ternura. Se encontraba derrotada y precisaba consuelo.

Pablo, sorprendido por esa reacción, no sabía qué hacer. Sus brazos subían y bajaban a lo largo de su cuerpo, sin atreverse a abrazarla.

—¡Maldita sea, Pablo! ¡Abrácela de una puñetera vez! ¿No ve que necesita consuelo? —dijo Brígida, un poco alterada, ante la pasividad de Pablo.

Cuando al final Pablo rodeó la cintura de Elena con sus brazos, esta se apretó a él en un cálido abrazo y murmuró una palabra en su oído:

—Gracias.

El corazón de Pablo comenzó a latir con fuerza, pero no dijo nada, mantuvo el abrazo hasta que Elena se soltó suavemente, mirándole a los ojos.

—Para el viaje, habrá que preparar la carreta. Será preferible que la muchacha viaje contigo en ella —le dijo, Antonio a Brígida.

Ahora mismo, iré al Castillo de San Juan de Ulúa. Hablaré con el coronel de la guarnición para que nos proporcione escolta hasta Jalapa.

—¿Y el mesón?

—Dejaremos a Mazahua y a su mujer al cargo. Ellos cuidarán del mesón —dicho esto, salió en dirección al castillo.

—¿Me protegerá usted? —preguntó Elena a Pablo, mientras le cogía la mano y le

miraba directamente.

—¡Por supuesto!

—Estoy aterrada. Nunca pensé que me pudiese ocurrir nada semejante. Luego, el regreso hasta Jalapa, al galope, pensando en que los indios me podían perseguir, fue una tortura, pero ver a mis hombres muertos me destrozó el corazón.

Media hora después regresaba Antonio.

—Nos acompañarán veinte soldados a caballo hasta Jalapa. Luego, después de entregar las mercancías que llevaremos para los comerciantes de allí, en el fuerte pediremos otra escolta. Así, que, mañana cargaremos las mulas y la carreta, y saldremos hacia Jalapa.

—Bien. Pues ahora, todos a dormir, que mañana tendremos un día agitado —expuso Brígida.

Elena, su cuarto está arriba, junto al de Pablo.

A la mañana siguiente, cuando bajaron al mesón, Antonio y sus hombres estaban cargando cincuenta mulas, pero faltaba recoger en los Reales Almacenes de Azogue, los cestos de ese material que llevarían las veinte mulas de Pablo y otras treinta de Antonio.

Entre tanto, Brígida daba órdenes para cargar en la carreta, sacos de harina de trigo, frijoles, cecina y tocino salado, junto a un gran tonel de agua con espita, en un lado del exterior de la carreta. Al otro lado cargarían las mercancías que Elena había comprado a Antonio: dos fardos de sedas y uno de terciopelo, más las cerámicas que había traído de Acapulco, sin olvidar un par de fusiles Dickert y cartuchos suficientes.

Brígida había dispuesto, que las dos mujeres fuesen en el pescante, y el caballo de Elena, amarrado por el ronzal, a la trasera de la carreta.

Se encontraban desayunando, cuando un tropel de caballos se acercó al almacén: eran los soldados que les guardarían hasta Jalapa.

Que hubiese arrieros con sus mulas, casi a diario, en Veracruz, era normal, pero ver una reata de cien mulas, con treinta mozos de mulas fuertemente armados y acompañados por veinte soldados a caballo, no era normal, y la gente les siguió hasta la salida de la villa, entre la polvareda que levantaban los equinos.

Después, el camino en solitario de la reata se hizo lento por el caminar cansado de las acémilas y la pendiente que tenían que subir, de mil cuatrocientos sesenta metros de altura hasta llegar a Jalapa.

Allí, Antonio entregó la mercancía comprada por cuatro mayoristas de la población, y seis de sus mulas regresaron con dos de sus hombres a Veracruz, junto con los soldados de escolta.

Luego se dirigieron a la guarnición del pueblo, junto al convento franciscano; pidieron escolta, pero no se la pudieron ofrecer, por encontrarse gran parte de los

soldados en busca de indios rebeldes que se habían escondido en las montañas.

Ante el contratiempo, Antonio dispuso, que sus hombres fuesen con las armas montadas y listos para disparar, si se producía un asalto, pues el camino hasta Perote discurría entre lomas con abundante vegetación, que en algunos lugares se podía prestar a una emboscada de los indios.

Cuando salieron del pueblo, Elena lo hizo a lomos de su caballo, cabalgando junto a la carreta, mientras mantenía una conversación con Brígida sobre la nueva situación que se había presentado.

El camino, siempre en ascenso, discurría por varios valles circundados de altas cárcavas, llenas de vegetación verde, debido a la cantidad de días al año que llovía en la zona, en lo que los nativos llamaban faldas del Cofre de Perote.

Llevaban toda la mañana en el camino sin que se hubiese producido ningún incidente, mientras los arrieros de Antonio vigilaban que ninguna mula dejase de seguir a su precedente. Pablo, con su arma dispuesta, terciada a lomos de su cabalgadura, recorría la recua de principio a fin, hablando de vez en cuando con los conductores para saber que todo iba bien, y en ocasiones se detenía para hablar con Brígida y Elena, que, aunque en estado de alerta, viajaban bastante confiadas.

Al medio día, hicieron un alto en el paraje Alto de la Yerba, para comer parte de las provisiones que llevaban en la carreta, dejando a todas las mulas atadas por sus ramales unas a otras. Los hombres comieron por tiempos, estableciendo unos turnos de guardia para vigilar la posible llegada de indios rebeldes.

Brígida había preparado unos fríjoles cocidos con tocino frito, y se encontraban comiendo junto a la carreta, cuando uno de los vigilantes, les anunció la llegada de un grupo de hombres a caballo.

Todos prepararon sus armas, refugiándose detrás de la carreta, algunas grandes piedras a la orilla del camino y los árboles cercanos.

Cuando llegaron los jinetes, se acercaron a la carreta con las armas enfundadas, y los arrieros no dispararon al apreciar que se trataba de un grupo de vaqueros.

El hombre que parecía comandar aquél grupo, preguntó por el hombre que dirigía aquella reata.

Antonio salió de detrás de uno de los árboles cercanos y se acercó al jinete. Era Don Fernando Aldasoro, el padre de Elena.

—¿Viaja mi hija con usted, Antonio? He visto su caballo atado en la trasera de la carreta.

—Sí, Padre, estoy aquí —respondió, mientras se apeaba de la carreta y corría hacia su padre, que había desmontado de su caballo.

Ambos se fundieron en un emotivo abrazo, y poco después, el padre, tomando el rostro de su hija entre sus manos, le preguntó:

—¿Qué ha pasado? Te esperábamos anteayer. ¿Dónde están tus hombres?

Antonio, interrumpiendo a Don Fernando, le explicó lo que había pasado:

—Sus hombres están todos muertos y su hija está viva gracias a ellos. Sufrieron el ataque de un grupo de indios rebeldes Ayapin, y Elena pudo llegar a Veracruz, escoltada por soldados del destacamento de Jalapa, pero será mejor que ella misma le cuente los pormenores.

Los hombres de Antonio y los del padre de Elena, habían desmontado y se encontraban hablando sobre la situación.

En ese momento, Brígida aporreó un caldero con una gran cuchara de madera para llamar la atención, y cuando todos se volvieron hacia ella, dijo:

—Por qué no vienen todos a comer un poco y se relajan del viaje y la tensión acumulada.

Luego, dirigiéndose a Don Fernando, le aclaró:

Su hija está bien, solo que muy apenada por la muerte de sus hombres, que es muy normal, pero a salvo entre nosotros. Ahora que ya la ha visto y recuperado, puede hacer dos cosas después de comer algo: o nos acompaña hasta México, aunque tendremos que entregar algunas mercancías en otros pueblos, o puede partir con su hija y sus hombres.

A nosotros nos vendría bien que se quedase con nosotros, pues además de valorar en mucho la fuerza que ustedes representan, también protegería las mercancías que su hija ha comprado. Tampoco sabemos lo que nos podemos encontrar a lo largo del camino, con esos Yaquis y Ayapin en pie de guerra, pero también se puede marchar usted cuando quiera.

Al oír ese comentario, Elena le explicó a su padre:

—Padre, me han protegido, se han portado muy bien conmigo, y no creo que después de todo debamos abandonarles por si algo sucediese. Un transporte de mulas tan importante como este, puede ser de mucho interés para los indios, ¿no cree?

—Está bien, les acompañaremos, aunque retrase nuestra llegada a México.

¿Habéis dado sepultura a nuestros hombres?

—Sí, Padre —respondió Elena, con el rostro compungido por la pena, al recordar cómo había encontrado los cuerpos de los hombres que la habían defendido de los indios.

Los soldados cavaron cinco tumbas junto a unos peñascos que había junto al río, y se colocaron piedras encima para evitar que los coyotes pudiesen desenterrar sus cuerpos.

—Está bien, está bien, aunque echaré de menos a esos hombres —comentó el padre de Elena.

—Yo también, Padre. Me protegieron y dieron su vida por mí. No creo que les olvide nunca. Fueron momentos terriblemente angustiosos, y todo por mi culpa.

En ese momento, se acercó Pablo, que se había quedado algo alejado mientras contemplaba la escena, y dirigiéndose a la muchacha, le dijo:

—Seré nese, señorita Elena. Lo ocurrido ya no tiene remedio y no les va a

devolver la vida atormentándose de esa manera.

Don Fernando se quedó sorprendido por la presencia de Pablo, el comentario que le terminaba de hacer a su hija, y la cierta confianza con que lo había hecho.

—¿Le conozco a usted? —preguntó a Pablo, el padre de Elena, con cara de pocos amigos, por la intrusión de aquél extraño al que había considerado un mulero más.

—¡Padre, se confunde usted! Este hombre es socio de Antonio, y estaba dispuesto a defenderme si sufríamos otro ataque de los indios.

El rictus que había aparecido en la cara de Don Fernando, se suavizó al escuchar las palabras de su hija, y le tendió la mano a Pablo, en señal de agradecimiento, al tiempo que le decía:

—Usted no es de por aquí, ¿no?

—Es cierto, soy español, y llegué a Veracruz hace unos meses.

—¿Y qué le ha traído por estas tierras?

—Lo que no podía conseguir en España.

—¿Fortuna? —preguntó Don Fernando, con una sonrisa irónica en el rostro.

—Sí, Don Fernando. Creo que esta es una tierra de oportunidades, y con el esfuerzo que haga falta lo conseguiré —respondió Pablo, un poco molesto por la forma en que le había preguntado aquél hombre.

—¡Padre, es paisano tuyo! —intervino Elena, para que las cosas no fuesen a más, al observar un cierto antagonismo entre su padre y Pablo.

Aquella manifestación consiguió, que la tensión que había aparecido entre los dos hombres se suavizase.

—De Lezo, junto al Puerto de Pasajes —respondió Pablo, todavía a la defensiva.

—Conozco la zona, joven. Yo soy de Placencia de las Armas, también en Guipúzcoa.

Que tenga usted ambición y desee hacer fortuna, no es malo, todo lo contrario, pero le va a ser muy difícil. El comercio está en manos de los grandes mayoristas de México capital, Veracruz, Acapulco y Jalapa. Las tierras en manos de los jesuitas, en la mayoría de Nueva España, salvo las que ocupan terratenientes como yo, concedidas por Real Orden de su Majestad Felipe V, por servicios prestados. Pero siempre le quedará la ocupación de arriero.

Pablo se quedó mirando a aquél hombre desconocido para él, del que le llamó la atención, su modo autoritario de hablar y la vestimenta que llevaba; más parecida a los hombres de alta alcurnia españoles.

Vestía camisola blanca sin cuello, con abertura sobre el pecho, decorada con chorrera, guirindola y volantes de tela fina en los puños. Chupa larga de color gris, cruzada sobre el pecho, y calzón del mismo color, ajustado a los muslos, bajo el que llevaba medias de seda blanca, cubiertas por unas botas de piel fina que le llegaban hasta la rodilla. Supuso que la peluca empolvada que habitualmente debía llevar,

ante la intranquilidad por saber de su hija y la premura por salir a buscarla, no se la debía haber puesto, y se cubría la cabeza con un sombrero de fieltro, copa chata y ala ancha. Una vestimenta nada adecuada para cabalgar por aquellos caminos de Dios, salvo por el sombrero, aunque se apreciaba bajo su chupa, el bulto de una pistola enfundada, que debía llevar sujeta, mediante cinturón sobre su cadera derecha.

De nuevo, Brígida volvió a llamar para comer:

—Señores, la comida se enfría.

Aquella interrupción, consiguió que Pablo no respondiese a Don Fernando por el tono despectivo utilizado, y todos fueron al lugar donde Brígida había preparado la comida, sentándose unos en el suelo y otros de pie, esperando que la mujer les entregase las escudillas de barro con fríjoles cocidos y tocino.

—Padre, también entiende mucho de caballos. Se ha criado entre ellos.

—¿No me diga...? —exclamó Don Fernando, volviéndose de nuevo hacia Pablo—. ¿También entiende de caballos? ¿Y qué más sabe hacer, muchacho? ¿Sabe disparar, por ejemplo?

Pablo no respondió en ese momento porque Brígida le estaba entregando su escudilla con fríjoles y tocino, pero una vez la tuvo en la mano, se acercó a Don Fernando y le dijo:

—No sé qué mosca le ha picado a usted para que me trate con ese menosprecio, Don Fernando. Ya sé que no provengo de familia de hidalgos, como tal vez usted, pero si nos atacan los indios, no van a hacer distinciones entre usted o yo, ¿sabe?, así que, su hidalguía y su rango de capitán de dragones, a mí no me sirve en estos momentos. Y otra cosa más, sé disparar y defenderme de un enemigo, en un cuerpo a cuerpo, con pistola, con guarrapa mejicana o con machete, puedo cabalgar a pelo y sé cómo hay que tratar a las caballerías.

Don Fernando, que no esperaba la perorata lanzada por Pablo, se quedó unos instantes callado, masticando las palabras que le había dirigido el joven, momento que aprovechó Brígida de nuevo para intervenir:

—Pablo, lo que le ocurre a Don Fernando, es que ha visto cómo te mira su hija y tú no entras en sus cálculos, por eso se ha mostrado receloso contigo. Igual piensa que eres un cazafortunas y eso le ha alterado. ¿No es así, Don Fernando?

—Es posible —respondió el padre de Elena, con el rostro serio.

—Mire, señor —aclaró Pablo. Probablemente sea muy joven, pero mi vida ha sido siempre una constante lucha en soledad, para superar todas las dificultades que se me han presentado. El paso de los años, me ha otorgado la capacidad de ver la realidad y poder aceptarla, sin que ello vaya más allá de una toma de conciencia para comprender cuál es mi lugar en esta vida con respecto a los demás.

He luchado en una batalla naval, contra una fragata inglesa, como artillero, a la que apresamos y llevamos al arsenal del Ferrol. He sufrido fuertes tormentas en el Océano Atlántico y en el Paso de los Vientos. He vivido con los indios Tainos en

Cuba; después con los indios Timicua y los Yamasi en La Florida, y he luchado contra los ingleses, escoceses, y contra los indios Creek, Yamacraw, Chikasaws, y Cherokees, en el asalto español al fuerte inglés Frederica y la isla Saint Simons, a las órdenes del gobernador de La Florida, D. Manuel de Montiano.

Llegué a Veracruz hace unos meses y me convertí en arriero. Tengo veinte mulas de mi propiedad y tres caballos garañones domesticados que compré a unos indios. Dispongo de una pequeña fortuna. Claro, nada comparado con la de usted, por supuesto, pero que espero que vaya creciendo con el paso del tiempo. Y no se equivoca usted con respecto a su hija. Es una muchacha valiente y hermosa, que además me gusta por su personalidad, pero tenga por seguro, que no me acercaré a ella hasta que pueda ofrecerle, al menos, tanto como ya tiene.

Antonio estaba con la boca abierta por las palabras que Pablo le había dedicado a Don Fernando, defendiendo su postura. Brígida aplaudía, mientras Elena, callada, mantenía una sonrisa de agradecimiento a Pablo, por los sentimientos que le había descubierto a su padre.

Pero no contento con todo aquello, Pablo dejó su escudilla en manos de Brígida y fue hasta su caballo para desenfundar su fusil Dickert, y con él en la mano, colocó un cartucho en su cañón, lo empujó con la baqueta hasta situarlo en posición de disparo, levantó el percutor, y dirigiéndose a Don Fernando, le dijo:

—Señor, lance usted un peso de plata a lo alto. Lo cazaré en el aire con un disparo de mi fusil.

—Eso es imposible —respondió Don Fernando, con una sonrisa sarcástica, mientras metía su mano en uno de los bolsillos de su casaca, para sacar una pequeña bolsa de cuero que contenía unas monedas. Tomó un peso y lo lanzó al aire.

La moneda ascendió, mientras Pablo la seguía con el punto de mira de su fusil.

Cuando se paró en el aire para iniciar su caída, se oyó un estruendo, y la moneda se elevó de nuevo en el aire, impelida por la bala que la había alcanzado, desapareciendo de la vista de los presentes.

Primero se escuchó un «Ooohh» generalizado, y después una salva de aplausos, incluidos los de Don Fernando, a los que Pablo no hizo mucho caso, marchando hacia su caballo para enfundar su fusil, regresar hasta donde estaba Brígida, y recoger de nuevo su escudilla de fríjoles.

—Un disparo muy difícil, joven —apuntó Don Fernando—, estoy impresionado.

—Pero no imposible, como habrá podido comprobar.

El estruendo atrajo al resto de peones de Don Fernando para ver qué había pasado con aquél disparo, mientras los arrieros de Antonio, intentaban apaciguar a las mulas.

—No ha pasado nada, muchachos. Este mozo nos ha deleitado con el manejo de su fusil. Regresad a vuestros puestos, y dentro de unos momentos podréis venir a comer algo. Luego emprenderemos la marcha otra vez hacia Perote —ordenó Don

Fernando.

—Le he menospreciado a usted, y lo siento —dijo a Pablo, disculpándose.

—Es casi normal que haya ocurrido lo que ha pasado, y más, después del retraso de su hija en llegar a casa y el asalto de los indios Ayapin al grupo de hombres que la protegían, pero tenga en cuenta, que no se puede juzgar a una persona por la primera impresión que nos causa —respondió Pablo, conciliador, mientras le tendía la mano de nuevo. ¿Olvidado todo?

—Por mi parte, sí. Tal vez más adelante, cuando le conozca mejor, podría hacerle una propuesta.

—No le quepa duda, que la consideraré si se produce.

Antonio y Elena, habían estado expectantes por si la situación iba a más, pero respiraron aliviados, al ver que la tensión producida entre los dos hombres se relajaba.

—¿Vamos a comer? —preguntó Antonio—. Creo que por hoy, ya hemos tenido suficientes sobresaltos.

—Sí, será lo mejor —respondió Don Fernando—. Hasta Perote, nos queda todavía un camino dificultoso para la reata y la carreta.

Brígida repartió la comida para la mitad de arrieros y algunos hombres de Don Fernando. El resto, lo harían cuando terminasen los primeros.

Antonio, Brígida, Don Fernando, y algunos de sus hombres, lo hicieron alrededor de la carreta. Pablo se separó unos metros del grupo, y sentado en unas rocas, se dispuso a comer su ración.

Elena se acercó a Pablo con su escudilla en la mano y le preguntó:

—¿Puedo hacerle compañía mientras comemos?

—Por supuesto, Elena, no tengo nada contra usted, todo lo contrario.

—Ya he escuchado lo que le ha dicho a mi padre, y créame que me alaga, pero también debe entender su postura.

—Y la entiendo, señorita Elena, pero me ha menospreciado sin conocerme, y eso no lo podía consentir, por muy padre suyo que fuese.

—¿Qué proyectos tiene usted, Pablo? ¿Seguir con sus mulas?

—¿Ve usted otra cosa mejor?

—Mi padre ha dicho, que tal vez más adelante le haga una propuesta.

—¿Imagino que me querrá ofrecer un salario por atender a sus caballos de raza, no es así?

—Es lo que yo le he sugerido.

—¿Y cree que voy a hacer fortuna con un mísero salario de peón? Mire, Elena, he visto a mi padre trabajar en su ferrería como un esclavo, sudando la gota gorda, para, en ocasiones, pasar penurias en mi casa. Mi madre falleció a una edad temprana. Luego tuve que ir a la iglesia de Lezo para que el sacerdote me impartiese clases de religión, gramática y matemáticas, además de algo de historia.

Pocos años después, mi padre vendió la ferrería porque cada día era más difícil

vender y cobrar los productos que fabricaba, y estuvo trabajando por un salario que apenas alcanzaba para mantenernos y pagar deudas, ¿sabe? Entonces me prometí a mí mismo, que haría fortuna en Nueva España o caería en el intento. Y lo haré pese a quien pese. De momento, no me va mal como arriero y comerciante, lo mismo que hace su padre.

—Sí, Pablo, pero mi padre tiene una hacienda, cría reses, las vende en los mercados de los pueblos mineros, y tiene el proyecto de crear otro rancho en Texas, para vender sus reses en la colonia francesa de Luisiana, al este del río Mississippi.

—Pero al menos entenderá mis motivos, ¿no?

—Sí, claro. Le entiendo y le comprendo, a pesar de que yo siempre he tenido una vida muy cómoda. Siempre arropada por mis padres, y los hombres y mujeres de nuestra hacienda. Con la ciudad a un paso, que siempre era una distracción, aunque al no llegar a conocer a mi madre, lo pasé verdaderamente mal.

—Lo siento. Sé lo que es eso porque yo me quedé huérfano de padre y madre siendo muy joven.

—No diga eso. Usted es muy joven todavía.

—Sí, señorita Elena, pero la vida no ha sido fácil para mí.

—Pablo..., quería decirle..., —Elena se interrumpió durante unos instantes, en los que cerró los ojos para concentrarse en lo que quería decir.

—Sí, señorita Elena..., ¿qué me iba a decir...?

La muchacha plantó sus grandes ojos almendrados en Pablo, y éste se encontró totalmente desestabilizado. Luego, puso una mano sobre el brazo del joven, y le dijo:

—Pablo, por favor, no me llame otra vez señorita Elena. Con Elena a secas, sobra.

En ese momento, Don Fernando llamó a su hija desde la carreta, y Elena interrumpió las palabras que le quería decir a Pablo, se disculpó con un:

Lo siento, tengo que dejarle.

Pablo quedó pensativo por la reacción de Elena, y pensó, que cada segundo que pasaba con ella, era un segundo de vida vivido plenamente. Hasta se olvidaba del posible peligro que podían suponer los indios y que estaba en una caravana de arrieros para llevar mercancías a México, y azogue a Querétaro y Guanajuato.

Su voz todavía resonaba dentro de él: «*con Elena a secas, sobra*».

Todavía un tanto aturdido, al intentar descifrar qué había detrás de las palabras de Elena, se levantó de las rocas y se dirigió él también hacia la carreta, para entregarle la escudilla medio vacía a Brígida.

—¿Qué le ocurre a usted, Pablo? No ha comido apenas. ¡Ah, ya...! Se ha enamorado usted como un colegial —apuntó Brígida, con una sonrisa forzada en su rostro—. Pero ese es un hueso muy duro de roer, amigo. Y más, con el perro guardián que tiene a su lado.

—¡Cierto, Brígida! Pero hasta que no haya hecho una verdadera fortuna, no pienso cortejarla.

—Hará bien, Pablo.

El segundo turno de comida había terminado y Antonio dio la orden de partir. Todos los hombres subieron a sus caballos, y la reata se puso en marcha. Brígida en el pescante de la carreta. Elena a caballo junto a su padre. Pablo se desplazó a la cabeza de la columna, junto a Antonio, y le preguntó:

—Qué tiempo estimas que tardaremos en llegar a Perote.

—No lo sé, Pablo. Las mulas caminan despacio y hemos de atravesar bosques, que a la caída de la tarde pueden presentar nieblas. Luego bordearemos las cárcavas del Cofre de Perote y ascenderemos hasta la meseta donde está situado el pueblo..., y espero que la carreta no se nos quede estancada al cruzar dos arroyos que hay un poco más arriba, sobre los que no hay puentes construidos.

Con un poco de suerte, si no nieva allá arriba, podremos acampar esta noche junto al fuerte de Perote, y mañana entregaré las mercancías que llevamos para dos mayoristas del pueblo.

—Pero..., tengo entendido que allí no hay guarnición.

—En realidad, se trata de una de tantas misiones que los jesuitas levantaron por toda Nueva España. Es cierto que no es un fuerte propiamente dicho, solo se trata de una iglesia rodeada de unos muros, realizados con mortero, pero hay un destacamento de ocho o diez soldados, a las órdenes de un cabo, para defender la misión y a los padres jesuitas que la gobiernan.

Dentro de pocas leguas, el camino atraviesa el sotobosque del Llanillo Redondo, donde lo que más abunda son el cornejo y el acebo entre grandes pinos diseminados, por el que discurre uno de los pequeños arroyos que le he comentado antes, y que forma charcos aquí y allá. Será un camino difícil si el agua ha invadido el camino, pues la carreta podría quedarse atascada en algunos lugares, pero también podría ser un lugar propicio para una emboscada.

Si allí no nos atacan los indios, llegaremos al Cofre de Perote en unas tres horas, y desde allí al pueblo, hay un par de horas más.

—Pero eso nos hará llegar con noche cerrada.

—Sí es cierto, pero no podemos hacer otra cosa. Acampar en mitad del Cofre sería una locura. Se trata de un terreno agreste, y si se nos descarría alguna mula, no la podremos encontrar. ¿Lo entiendes?

—Intentemos pues, acelerar un poco el paso de las mulas.

—No podemos forzarlas. No quiero comenzar a perder caballerías por intentar ganar media hora en la marcha. Tú deberías saberlo, Pablo. Dependemos de las mulas.

—Tienes razón, Antonio. En ese caso, hablaré con Don Fernando, para ir en avanzada con alguno de sus hombres.

—Esa es una buena idea, pero id atentos a la maleza de las riberas del camino...,

por si acaso.

—Lo tendré en cuenta.

Dicho esto, Pablo regreso a la carreta, para hablar con el padre de Elena y explicarle el plan a seguir.

Don Fernando aceptó que le acompañasen cuatro de sus hombres, y partieron de inmediato para vigilar el camino, una legua por delante de la reata.

Pablo cabalgaba en cabeza del grupo, con su fusil terciado, sin confiarse, pero contento por aquél acercamiento que había tenido Elena hacia él, y por aquellas palabras que todavía resonaban en su cabeza: «*no me llame otra vez señorita Elena, con Elena a secas, sobra*».

Se encontraba ensimismado en sus pensamientos, cuando algo pasó silbando junto a su oreja para ir a clavarse en el tronco de un árbol próximo a él.

Por un acto reflejo de supervivencia, cuando miró hacia el lugar de donde provenía la flecha, ya estaba encarando su fusil Dickert y apretando el gatillo.

Sonó un estruendo. Un segundo después, un alarido. Había hecho blanco, casi sin proponérselo.

Los hombres de Don Fernando, se dispersaron entre los árboles y la maleza, para ofrecer un blanco menor, mientras disparaban sus mosquetes. Luego sus pistolas.

Cuatro indios cayeron heridos por bala, y a uno de los vaqueros se le incrustó una flecha en el hombro izquierdo.

Descubierto su ataque por sorpresa, los indios desistieron del asalto, y los cinco hombres regresaron junto a la caravana, que ya había adoptado una posición de defensa a las órdenes de Don Fernando.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Don Fernando, al llegar los jinetes.

—Como dijo Antonio, los indios preparaban un ataque, emboscados entre los árboles y la maleza. Yo me salvé por muy poco. Una flecha pasó junto a mi cabeza, encaré mi fusil y disparé —respondió Pablo—. Sé que le he dado a uno de ellos, y sus hombres deben de haber herido o matado a otros tres. Luego, los indios han desaparecido.

—Bien hecho, muchacho —dijo Don Fernando, dirigiéndose a Pablo—. Estoy orgulloso de vosotros —comentó a continuación, volviéndose hacia sus vaqueros.

En ese instante, se dio cuenta de que uno de sus hombres llevaba una flecha clavada en un hombro. Le dijo que entrase en la carreta, para que le curasen en la medida de lo posible.

—Yo le sacaré la flecha —dijo Pablo.

—¿Usted...? ¿No me diga que también es médico? —apostilló Don Fernando, sorprendido.

—Médico, no, pero he visto curar muchas heridas de astillas de madera o de balas de mosquete, clavadas en diferentes partes del cuerpo de muchos marineros, y no

creo que esto sea diferente. Solo necesito aguardiente, sal, vinagre, unas tiras de tela limpia, además de aguja e hilo de coser.

—Está bien, acamparemos esta noche aquí, lo más lejos posible de los árboles y la maleza. Encenderemos una hoguera bien grande, que ilumine todo nuestro contorno, y nos sirva para calentarnos durante la noche.

—Se descargarán las mulas, y la mercancía se situará, en la medida de lo posible, debajo de la carreta; todas las mulas y los caballos a su alrededor, con los ramales atados a unas estacas que clavaremos entierra. Habrá dos perímetros de defensa: uno entre los animales y la carreta, el otro por fuera de las caballerías, pero... en caso de ataque indio, los del exterior, una vez disparen sus mosquetes, regresarán al perímetro interior. ¿Entendido? —ordenó el capitán de dragones.

Ahora, cortad ramas de pino para la fogata y para hacer las estacas.

Nadie discutió sus órdenes. Se notaba que Don Fernando estaba acostumbrado a mandar y sabía hacerse respetar.

Entre tanto, el vaquero herido, un hombre de unos cuarenta años, había sido introducido en la carreta.

Brígida ya había dispuesto una botella de barro, llena de aguardiente, como la que sacase en el mesón, y estaba preparando en una escudilla, una buena cantidad de sal para mezclarla con el vinagre, mientras las tiras de tela limpia las hizo rasgando una de sus enaguas; luego buscó en un cestillo, y encontró una aguja saquera fina y una bobina de hilo de algodón, de las que Antonio solía traer del Galeón de Manila.

Pablo, junto al herido, le dio a beber de la botella de aguardiente:

—Bebe un buen trago, como si te fueses a emborrachar. He de hacerte esa herida más grande para poder sacar la punta de la flecha. Y procura no moverte o te haré mucho daño involuntariamente. ¿Entendido?

El hombre asintió con la cabeza.

Pidió a Brígida un cuchillo de cocina de punta fina. Bajó de la carreta y le sacó filo con una piedra; después pasó la hoja del cuchillo por la llama de la hoguera, que ya habían encendido, y bañó la hoja con aguardiente. Subió de nuevo a la carreta y le dio a morder un trozo de rama al herido.

Pidió a Brígida y a Elena que le sujetasen los brazos, y procedió a abrir la herida un poco más, en el mismo sentido que había producido la punta de la flecha.

El vaquero, aun mordiéndolo con fuerza el trozo de rama que le había puesto Pablo entre los dientes, rugía como un toro, pero... aguantó bien el dolor y se quedó lo más quieto posible en aquellas circunstancias.

Pablo hurgó en la herida hasta tropezar con la punta de la flecha, hizo un giro con el cuchillo dentro de la herida, tiró del astil, y la flecha, desencajada se su asiento en el hombro del vaquero, salió sin ningún esfuerzo.

El vaquero seguía gritando y removiéndose en el interior de la carreta.

Elena, a su lado, se mordía una de sus manos, con cara de espanto, por el sufrimiento que estaba acusando el vaquero.

—Ahora viene lo peor, amigo —avisó Pablo.

—¿Más...? —preguntó el hombre, atemorizado.

—Si no quiere perder el brazo, por una infección que le gangrene la herida, sí. Incluso podría morir, ¿sabe?

—Pues haga usted lo que sea, pero hágalo ya, por favor.

—Elena, póngale unas tiras de tela limpia en la herida para tapar la hemorragia, ¿quiere?

Elena asintió con la cabeza, tomó dos tiras de la enagua que le tendía Brígida y las puso sobre la herida del hombre. Se encontraba aturdida, y al mismo tiempo comenzó a sentir admiración por aquél joven decidido.

—¡Presione fuerte, Elena!

Luego, Pablo le dijo al herido que tomase otro buen trago de aguardiente, y que cuando terminase, le devolviese a él la botella. A continuación, retiró de la herida las compresas que había mantenido Elena, y vertió una parte del aguardiente en el interior de la herida.

El vaquero, primero gritó por la quemazón que le producía el alcohol, luego lanzó una serie de imprecaciones contra Pablo.

—Grite y diga lo que quiera, luego me lo agradecerá. Dentro de un momento, el dolor remitirá un poco.

Fuera de la carreta, había una expectación enorme por ver lo que estaba haciendo Pablo.

Pablo, sin hacer caso a los gritos del herido ni a los comentarios de los hombres congregados junto a la carreta, enhebró la aguja y se puso a coser la herida. Cuando terminó, empapó otra tira de tela con la solución de sal y vinagre, y la puso sobre la herida suturada, para vendarla a continuación.

Después de esa maniobra, el herido se relajó, para terminar durmiéndose, gracias al alcohol ingerido.

Esta noche la pasará inquieto y con dolores, pero si no aparece fiebre, mañana estará mucho mejor. Le volveremos a cambiar los vendajes y en una semana podrá comenzar a mover el brazo, aunque lo deberá llevar sujeto al pecho para que no se abra de nuevo la herida.

Don Fernando había asistido desde fuera de la carreta a todas las maniobras que Pablo le había realizado al herido, y cuando Pablo bajó de la carreta, le preguntó:

—¿Y dice usted, que no es médico?

—No, Don Fernando, no lo soy. Esta es la primera vez que hago algo semejante.

—Pues nadie lo diría, Pablo, nadie lo diría. Se ha manejado usted con una solvencia y un conocimiento asombroso. Y aseguraría, que le ha salvado a ese hombre su brazo.

—Es muy posible, Don Fernando, pero solo he repetido lo que he visto hacer infinidad de veces, al cirujano del navío en el que prestaba mis servicios, sobre algunos de mis compañeros heridos.

—Estoy sorprendida, Pablo —dijo Elena, que también había bajado de la carreta—. Bueno..., creo que todos estamos sorprendidos y agradecidos por lo que termina de hacer. Viajar con usted, es una garantía más de vida.

Y sin más, se acercó a él, y le estampó un beso en la mejilla, a la vez que enrojecía un tanto y bajaba la vista, separándose de los dos hombres.

—Qué imprevisibles son las mujeres —musitó Don Fernando, al observar la escena que había protagonizado Elena.

—¿Decía usted, Don Fernando? —preguntó Pablo, que no había llegado a entender el comentario del capitán.

—Nada importante, Pablo. Pero lleve cuidado con mi hija. Su carácter frágil es solo apariencia. Lo mismo que le ha estampado un beso en la mejilla, porque le ha nacido, mañana es capaz de cruzarle la misma mejilla con la fusta, si usted la irrita demasiado.

—Se nota que es una mujer con mucho carácter.

—Y obstinada. Cuando se propone una cosa, es terca como una mula. El caballo que tiene, lo domó ella misma para la monta y carrera. No consintió que nadie más lo hiciese. Y también dispara las pistolas con maestría.

Por cierto, ¿en qué navío se enroló usted?

—En el santo Cristo de Burgos. Embarqué el 16 de septiembre de 1739, en el Puerto de Pasajes, y me licencié en La Habana, a finales de enero de 1741. ¿Por qué lo pregunta?

—No me pregunte por qué le he hecho esa pregunta, joven. Hace unos meses, me llegó la noticia de que un navío español se había hundido a causa de un huracán, mientras perseguía a una fragata corsaria inglesa.

Ahora he recordado lo que usted me dijo hace un rato, y no me diga por qué, pero he pensado, que tal vez ese navío fuese el suyo, y he acertado. Lo siento.

—¿No hubo supervivientes?

—Mucho me temo que no. En medio del mar y con un huracán, es casi imposible que sobreviva nadie.

—Pues sí que lo siento. Conocía a toda la tripulación, artilleros e infantes de marina que navegaban en él. ¿Sabe cómo ocurrió?

—La noticia me llegó en una audiencia con el recién nombrado virrey de Nueva España a su llegada a México, Don Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara, a finales de octubre del año pasado.

El navío se encontraba en La Habana, cuando recibió orden de perseguir a un corsario inglés, que había atacado a un navío de registro suelto cargado con mercancías de España.

El Santo Cristo de Burgos, alcanzó a la fragata corsaria cerca de los cayos de la isla de San Salvador, pero se desató un huracán, y el navío se desarboló, quedando a la deriva. Encalló en unos bajíos y se partió en dos, a causa del fuerte oleaje. Eso es lo que sé.

—Gracias por la información —respondió Pablo, mientras se separaba del capitán y se dirigía a ver a su caballo.

Acariciaba la frente y el cuello de su caballo cuando se acercó Elena.

—Le veo apesadumbrado.

—Sí, Elena. Su padre me termina de dar una noticia desagradable. El navío de guerra en el que estuve embarcado, se hundió hace unos meses, y toda la tripulación se ahogó. Los conocía a todos, y por algunos de ellos sentía un especial aprecio.

—Lo siento, Pablo. Es duro perder a personas queridas.

—Sí, Elena, parece que mi sino es el de encontrarme solo y sin afectos.

—No diga eso, Pablo. En mí, siempre encontrará a una amiga.

—¿Solo eso?

—De momento, es lo único que le puedo decir. Me cae usted muy bien y admiro lo que ha estado haciendo, pero..., dele tiempo al tiempo, ¿quiere? —le respondió Elena, mientras le volvía a poner la mano sobre el brazo, y ejercía una ligera presión sobre él, como si lo acariciase.

—¡Claro! —respondió, sin saber por qué había lo había hecho, pero aquella ligera presión sobre su brazo le mantuvo confuso otra vez.

—¿Se encuentra bien, Pablo?

—¡Sí, sí, me encuentro bien! Solo estaba pensando, en que nos espera una noche intranquila nada más.

Ella sabía que lo que le terminaba de decir Pablo no era cierto. Lo había notado nada más ponerle la mano sobre el hombro. Percibió su estremecimiento y aquello le gustó, pero no dijo nada al respecto, solo una media sonrisa apareció en su rostro.

—¿Cree que nos atacarán los indios esta noche?

—Si se comportan como las tribus que yo conozco, creo que no. Al menos, hasta que amanezca. Luego..., es posible.

—No me atemorice, por favor, o no pegaré ojo en toda la noche.

—Ande, vaya a la carreta con Brígida y procure descansar. Yo estaré cerca de usted.

—Se lo agradezco Pablo —y sin mediar más palabras, le volvió a estampar otro beso en la mejilla, mientras acariciaba de nuevo el brazo del joven—. Que pase buena noche —dijo, mientras se encaminaba hacia la carreta.

—Gracias, Elena. Lo mismo le deseo.

—Un gran muchacho, ¿no Elena? —preguntó Brígida, esperando una respuesta afirmativa, cuando la muchacha se puso a su lado en la carreta.

—Sí, así parece.

—Y muy atractivo... —siguió diciendo Brígida.

—Sí, también lo es. No como los hombres con quienes trato —respondió Elena, mientras exhalaba un pequeño suspiro.

—Te veo muy impresionada con Pablo. ¿Me equivoco?

—En absoluto, Brígida. Ya me fijé en él, cuando Antonio me lo presentó en Veracruz, pero lo que ha hecho hoy con su disparo y cómo le ha sacado la flecha a nuestro vaquero, me ha impresionado de verdad. ¿Qué quieres que te diga?

—Pues deja que hable tu corazón, Elena. Pablo es un buen muchacho y merecedor de cualquier mujer que se precie.

Elena no respondió, pero se quedó meditando las palabras que le había dirigido Brígida.

Pablo, entre tanto, había marchado hacia la hoguera para hablar con Don Fernando y con Antonio. Ellos conocían mejor que él, las costumbres de los indios locales, y quería saber qué opinaban.

—En cuanto amanezca, cargaremos de nuevo las mulas y emprenderemos el camino, adoptando todas las precauciones posibles —respondió el padre de Elena.

—Es lo mejor —opinó Antonio, cuya experiencia, aunque diferente a la del capitán de dragones, era muy pareja—, debemos abandonar estos bosque lo antes posible, y una vez bordeado el Cofre de Perote, tendremos una llanura, donde será prácticamente imposible que nos ataquen por sorpresa.

En aquél momento, sonó un disparo de mosquete. Los hombres se alertaron y cogieron sus fusiles, en previsión de otro ataque de los indios, pero minutos después, aparecieron dos de los hombres de Don Fernando, portando un venado muerto.

—Estábamos haciendo guardia entre aquellos árboles cuando apareció el animal, y no me pude contener. Suponía poder comer carne fresca esta noche, capitán —se justificó el vaquero ante Don Fernando.

—Está bien, el mal ya está hecho —comentó, en referencia a los indios—, pero en el fondo ha hecho bien, aunque nos ha asustado un poco. Esta noche comeremos venado asado. Qué le ayuden unos hombres a desollarlo y cuartearlo, para poderlo asar en los rescoldos de la hoguera.

Dirigiéndose a Antonio, le preguntó: ¿Su mujer sabrá asar este animal para la cena de esta noche?

—Espero que sí, Don Fernando.

—Si no sabe hacerlo, lo harán dos de mis hombres, pero no quisiera distraerlos de sus guardias.

Estaba atardeciendo y Brígida le preguntó a Elena si quería ayudarla a preparar la carne asada para tantos hombres.

—Por supuesto que sí. En la hacienda, solemos asar corderos. Ahora pediré a algunos hombres que preparen algunas horquillas con las ramas adecuadas de los pinos, y unos espetones para ensartar las piezas de carne que se han de asar.

—De acuerdo —dijo Brígida—, en cuanto hayan cuarteado al animal, le pondremos sal y pimienta, lo ensartaremos y regaremos con aceite, antes de ponerlo

al fuego.

Dos horas después, los primeros hombres estaban comiendo venado asado. Luego intercambiaron el puesto de guardia, y los que habían estado en el perímetro exterior, pudieron cenar. En este segundo turno, lo hicieron también, Don Fernando, Antonio, Pablo, Brígida y Elena, que había demostrado unas buenas dotes culinarias.

Caída la noche, el número de hombres de guardia, se redujo a los del perímetro interior, por detrás de las caballerías, para que la mayoría de hombres pudiese descansar lo máximo posible al resguardo de la hoguera.

Brígida y Elena lo hicieron en el interior de la carreta, junto al hombre herido de flecha que Pablo había curado.

Don Fernando, Antonio y Pablo, con sus petates desenrollados en el suelo y cubiertos cada uno por una manta, lo hicieron junto a las ruedas de la carreta.

La hacienda

La noche transcurrió tranquila con los cambios de guardia pertinentes, pero la mañana siguiente amaneció fría y con nieblas, lo que dificultaría en extremo la marcha hacia Perote.

Elena había cambiado su atuendo de falda larga y casaca por otro más cómodo; se había puesto calzón de hombre, hasta las rodillas, encima de unas medias finas de algodón, camisa de manga larga y una chupa ajustada de manga larga también, abotonada y con faldones, de cuyas mangas asomaban los puños floreados de la camisa; completaba su atuendo, un sombrero de copa chata, de fieltro negro y alas cortas, muy parecido al que usaban los peones en las ganaderías de reses bravas de Córdoba.

Después de desayunar un café aguado y amargo, cargaron las mulas, ensillaron los caballos, y la recua con sus vigilantes y la carreta, emprendió el camino hacia Perote.

Elena cabalgó junto a Pablo, a la cabeza de la reata, pero no tenían nada que decirse; todo estaba en sus mentes.

Conforme levantaba el día, desaparecían las nieblas y la visibilidad aumentaba, tranquilizando a los hombres. El camino aparecía húmedo, pero permitía la marcha lenta y cómoda de la carreta, a cuyos costados viajaban cuatro hombres de Don Fernando, custodiándola.

Pablo, antes de iniciar la marcha de nuevo, había cambiado los apósitos de sal y vinagre al herido, y este no presentaba signos de fiebre, y si seguía así, en pocos días podría mover el hombro.

La reata era conducida por los algunos de los hombres de Antonio y de Pablo, mientras otros de ellos cabalgaban por sus laterales, con los fusiles terciados, en previsión de un posible ataque Yaqui que no se llegó a producir.

Al medio día, alcanzaban los muros de la misión, donde repostaron de agua la barrica de la carreta, dieron de beber y comer a los animales, en tanto Antonio entregaba las mercancías vendidas a dos marchantes del pueblo, pero no se podían detener por más tiempo.

Habían perdido medio día por el ataque de los indios a Pablo y los hombres de Don Fernando, así que, comieron sobre la marcha algo de tasajo y pan de hogaza algo duro, pero que servía para matar el hambre.

Elena cabalgó hasta acercarse a Pablo.

—En qué está pensando —le preguntó al joven.

—Aunque no lo crea, estaba pensando en usted.

—¿En mí? —le preguntó, extrañada, a la vez que de su garganta surgía una risa cantarina y el rostro se le alegraba—. ¿Y a qué se debe ese pensamiento? —preguntó

otra vez, con una sonrisa de satisfacción.

—Cuando estoy cerca de usted, se me van todas las preocupaciones, Elena. No sé si es correcto que se lo diga, pero así me ocurre.

—No se preocupe, Pablo. En cierto modo, también me ocurre lo mismo cuando usted está cerca. Me siento más protegida, sin saber por qué. Y no se apure por lo que me ha dicho, porque en el fondo me complace —respondió la joven, sin perder su sonrisa—. ¿Sabe una cosa?

—Usted dirá.

—Las nieblas han levantado y me apetece dar una galopada, pero mi padre no me permitirá que la haga sola. ¿Me acompaña?

—¿No cree que debería pedirle permiso a su padre?

—¡Está bien, se lo pediré! —dijo con un mohín de disgusto, mientras retrocedía su caballo y se dirigía hacia la carreta junto a la que iba su padre.

Al llegar junto a Don Fernando, le dijo:

Padre me apetece dar una galopada camino adelante. La niebla ha levantado y me encuentro de buen humor.

—Conforme, pero no te alejes mucho. Ahora le diré a dos de nuestros hombres que te acompañen.

—No hace falta, padre. Me acompañará Pablo. Ya se lo he dicho.

—¿No estás frecuentando mucho a ese hombre? —preguntó Don Fernando, con el ceño fruncido.

—No, Padre, no creo. Pero me encuentro a gusto con él, hablamos de España y de sus experiencias como artillero en un navío de guerra español, y yo le cuento algunas cosas de mi vida en la Hacienda.

Padre, ¿de qué podría hablar con alguno de nuestros hombres, que yo no sepa? Además, me siento muy protegida teniéndole a mi lado.

—Está bien. Pero llevad cuidado, y a la menor señal de peligro regresáis a galope tendido.

Antes de que Don Fernando hubiese terminado de decir aquellas palabras, Elena había espoleado a su caballo, que salió a medio galope para reunirse de nuevo con Pablo.

—¡Condenada chiquilla! —exclamó Don Fernando.

Brígida, que había escuchado toda la conversación entre padre e hija desde el pescante de la carreta, le dijo a Don Fernando:

—Déjelos usted que cabalguen juntos. Creo que se están enamorando los dos.

—¡No consentiré tal cosa, señora! ¡Mi hija debe casarse con alguien de su clase!

—¿Y cuál es esa clase, señor? —preguntó Brígida, con ironía—. ¿Gente que haya conseguido algún título nobiliario por los servicios prestados a su majestad el rey de España, o aquella otra que, después de haber conseguido hacer fortuna en las colonias novohispánicas, pueda obtener un título, comprándolo con su dinero?

—Usted no lo entiende, señora Brígida. Ese muchacho siempre será un arriero.

Un don nadie.

—En eso se equivoca usted, Don Fernando. Ese muchacho ya ha conseguido ganar una pequeña fortuna con su primer viaje, además del dinero que ya traía de España, y con este viaje que hacemos ahora, volverá a ganar una cantidad de plata nada despreciable, ¿sabe usted?

—Eso es asunto de él, pero mi hija es mi hija —respondió Don Fernando, un tanto malhumorado, por la intromisión de Brígida en sus asuntos familiares, aunque reconocía en su fuero interno, que en cierto modo, Pablo también le había cautivado a él con sus habilidades, porte, y comportamiento. No cabía duda, de que su hija iría bien escoltada por Pablo. La forma de disparar el fusil Dickert y su experiencia con los indios, lo decía.

A partir de Perote, se extendía una llanura marrón, libre de árboles, con solo algunos kiores y palmitos que se apreciaban diseminados junto a un camino lleno de pequeñas piedras, sobre las que saltaban las ruedas de la carreta, haciendo más incómodo el viaje.

Pablo y Elena, galoparon casi hasta el límite de fuerza de sus cabalgaduras, durante cerca de una legua, en cuya carrera, el caballo de Elena dejaba atrás al de Pablo. De tanto en tanto, la joven, con su sombrero a la espalda, sujeto solo por el barbiquejo, sonreía feliz.

Después, desmontaron junto a un arroyo, dejando que los caballos abrevasen en un recodo, donde el agua bajaba mansa.

Elena se sentó sobre una roca de la orilla, se quitó las botas y metió los pies en el agua.

Pablo se sentó junto a ella, con su fusil terciado, cargado, y dispuesto a disparar a la menor señal de peligro.

—¿No mete usted los pies en el agua?

—Me gustaría, Elena. Incluso hasta bañarme si el arroyo tuviese más profundidad, pero no debo. Si hubiese cualquier ataque de los indios, no quisiera que me encontrasen descalzo. No podría moverme con rapidez.

—Le entiendo, Pablo, pero no me he podido resistir. El agua está fresca y limpia, y..., me siento feliz, ¿sabe?

—¿Puedo conocer el motivo de esa felicidad?

—El motivo es usted, Pablo.

—¿Yo? ¿Y qué es lo que he hecho yo para que usted se sienta así?

Elena esbozó una sonrisa, bajó la cabeza como si le diese vergüenza lo que le iba a decir, y preguntó:

—¿Ha estado antes con otras mujeres, Pablo? ¿Se ha enamorado en alguna ocasión? —Elena había levantado la cabeza tras realizar la pregunta, y ahora miraba a Pablo directamente a los ojos.

Pablo se quedó sorprendido por aquella pregunta, tan repentina e íntima para él, pero respondió:

—Sí, Elena. He estado con dos mujeres en toda mi vida. Una de ellas, era una joven que tenía un mesón en Ferrol, en Coruña.

Los artilleros, disponíamos de un permiso, hasta que arreglasen nuestro navío, que terminó con algunos desperfectos tras una batalla naval contra una fragata inglesa.

Yo vivía en el mesón, y..., bueno..., surgió un tema amoroso entre ella y yo, que duró hasta que zarpamos de nuevo. Cosa de un mes.

—¿Pero se enamoró de ella?

—No, en realidad, no. Creo que tan solo he estado enamorado en una ocasión, cuando todavía era un niño, en mi pueblo, pero ella se mudó y yo me enrolé en el Santísimo Cristo de Burgos.

—Pero usted me ha dicho que estuvo con dos mujeres. Falta una, ¿no? —preguntó la joven, con un gesto de extrañeza.

—Es cierto, Elena. Tuve relaciones amorosas con una india taina durante mi estancia en La Habana. Me ofreció cama y comida, en un bohío que compartía con su padre, a cambio de unos dineros.

Nos bañábamos desnudos en la playa, al atardecer, y surgió lo que tenía que ocurrir, cuando se encuentran un hombre y una mujer jóvenes, los dos desnudos en la playa.

Elena se había puesto seria, conforme Pablo le relataba aquellas dos experiencias suyas. Luego, cuando el joven terminó su historia, la cara de Elena se dulcificó un tanto, apareciendo una sonrisa tímida y melancólica.

—¡Qué envidia!

—¿Envidia? ¿Por qué?

—Porque con mi edad, todavía no he experimentado nada parecido. No he sabido lo que es enamorarme de alguien. Nadie me ha besado, a pesar de que he tenido pretendientes que no llamaban mi atención, a los que he rechazado siempre porque me producía repulsión, que alguien así me pudiese besar y manosear. ¿Lo entiende, verdad? —preguntó Elena, como en una súplica.

—Sí, claro que lo entiendo, Elena. Y créame que lo siento, porque esta conversación la está haciendo sufrir. Supongo que no se debía haber iniciado nunca —respondió, un tanto pesaroso.

—Se equivoca, Pablo. ¿Por qué cree usted que me gusta tenerle cerca?

Pablo comenzaba a sudar. Todo lo que le estaba transmitiendo Elena, era como una promesa de no sabía qué.

—Supongo que es mutuo. Ya cuando la vi a usted en el Castillo de San Juan de Ulúa, no podía apartar los ojos de usted. Me cautivó entonces, y ese sentimiento ha ido a más, conforme paso más tiempo con usted, aunque creo que no tengo derecho, no estoy a su nivel, y su padre nunca accederá a que un advenedizo como yo pueda

pretenderla.

—Sssss —musitó apenas audible, Elena, mientras le ponía un dedo en los labios del joven—. Eso lo decidiré yo, Pablo.

Y acercándose más al rostro de Pablo, retiró el dedo y le dio un suave beso en los labios.

Los dos notaron un estremecimiento en sus cuerpos, como si un espasmo les hubiese recorrido la espalda.

Se retiraron mirándose a los ojos, mientras las mejillas de Elena se cubrían de rubor.

Pablo, con una delicadeza extraordinaria, acarició la mejilla de Elena mientras ésta cerraba los ojos. Luego fue él quien besó con dulzura los labios de ella, que seguía con los ojos cerrados.

—¿Qué me ha hecho?

—Corresponder a su beso.

—¿Esto es el amor?

—Supongo que no, Elena. Creo que esto es solo el comienzo de lo que puede llegar a ser el amor. No le puedo explicar nada más, porque tampoco lo he experimentado nunca, ya que sospecho, que nada tiene que ver el aspecto carnal, con una mujer a la que no quieres, con lo que se debe experimentar cuando estas verdaderamente enamorado.

—Estos han sido mis primeros besos a un hombre. A un hombre por el que siento un cierto cosquilleo cuando estoy con él, y que me han hecho sentir una serie de emociones desconocidas para mí, pero que me han gustado. Me he sentido transportada a no sé dónde, deseando fundir mi cuerpo con el suyo —enfaticó Elena, con el rostro encendido por el rubor.

—Si sirve para confortarla, le diré que yo he sentido lo mismo o algo parecido. Cuando estoy lejos de usted, la llevo siempre en mi pensamiento, y cuando la tengo cerca..., cuando la tengo cerca, soy feliz por ello.

—Gracias, Pablo.

—¿Gracias, por qué?

—Por haberme hecho sentir una mujer. Por sus besos, por sus palabras, y por sentir por mí lo mismo que yo siento por usted.

Se volvieron a abrazar. Se besaron con apasionamiento mientras sus manos se entrelazaban. Luego, Elena calzó de nuevo sus botas, montaron a caballo y se dispusieron a regresar junto a la reata.

Un ligero viento hizo que la temperatura bajase en aquella zona. A lo lejos se apreciaban unas montañas oscuras, algunas con un casquete de nieve en sus cimas.

Una hora después, Elena y Pablo regresaban al paso de sus caballos, junto a la carreta, con los ojos chispeantes de amor.

Hacia el mediodía, bordearon el volcán del Pico de Orizaba, con la boca del volcán Citlaltépetl cubierta de nieve. Por la tarde, pasaron junto al volcán Pizarro

para dirigirse a Cantona, una ciudad fortificada y con un alto grado de urbanización de la época prehispánica, probablemente fundada por tribus Olmeca-Xicalanca, desde donde debían controlar los recursos naturales de la Sierra Madre Oriental.

Unas leguas más allá, el Cerro de las Águilas marcaba un cambio en el paisaje, y este se hacía más agreste, con una zona de bosque arbolado invadido por la niebla.

Conforme ascendían hacia la meseta, el cielo se encapotó y comenzó a llover. Hicieron de nuevo un alto, para tapar con encerados las mercancías que llevaban las mulas, y los hombres hicieron lo mismo, mientras Elena se refugiaba en la carreta.

Entrar en una nueva zona boscosa, donde la visibilidad era bastante limitada, les hacía extremar de nuevo las precauciones, así que, los jinetes, de nuevo marchaban con las armas terciadas y dispuestas a disparar, ante el menor signo de ataque indio o de bandoleros.

Pablo se acercó unos instantes a la carreta para pedir un cacillo de agua, y mientras Elena se lo entregaba, le preguntó:

—¿Está usted enfadado conmigo?

—No, que yo sepa. ¿Por qué lo dice?

—Porque he recordado, que a primera hora de la mañana, he cabalgado a su lado y no me ha dirigido la palabra.

—Lo siento, créame. Estaría ensimismado en mis pensamientos, con todo lo que hablé ayer con su padre.

—Ya me he dado cuenta, que sus pensamientos estaban en otro lugar. A mí me ocurre lo mismo en ocasiones, pero es que ni tan siquiera se fijó en que había cambiado mi atuendo.

—¿Usted cree que no me fijé?

—Pues no lo demostró.

—Mire, Elena, llevo un día muy confuso, a causa de la actitud de su padre hacia mí, los sentimientos que usted me ha despertado, y no quiero que me hagan daño, ¿lo entiende?

Elena sonrió ante la afirmación de Pablo, que no hacía más que confirmar las palabras del joven, de que estaba enamorado de ella.

—Claro que le entiendo, Pablo, pero ya le dije que diese tiempo al tiempo. Todo podría suceder, y algo ha ocurrido ya.

—Elena, no me haga concebir falsas esperanzas. Por el momento, usted es una mujer inalcanzable para mí. Nos separan cuestiones tan importantes como su posición, su economía, y los títulos de su padre.

—Es muy pronto para hablar de todo eso, Pablo. Usted también me atrae muchísimo y me siento confusa por ello. Nunca he sentido algo así por nadie y debo aclarar mis sentimientos. También lo entiende, ¿no? Además, el destino es caprichoso y no sabemos lo que nos tiene reservado. Por otra parte, la fortuna y la posición social se pueden conseguir, lo mismo que los títulos. Deje que las cosas ocurran por su natural. Y de mi padre, si llega el caso, ya me ocuparé yo.

—Gracias por sus palabras, Elena, me devuelve un poco de tranquilidad a mi ánimo inquieto. Dejaremos que transcurra el tiempo.

Dicho esto, Pablo bebió el cacillo de agua que le había tendido Elena, se tocó el ala de su sombrero chato, en señal de despedida, y regresó a la cabeza de la reata con Antonio.

Brígida, que no había podido impedir escuchar lo que se decían los dos jóvenes, dijo:

—Qué bonito es el amor. Quién pudiese volver a ser joven otra vez.

Elena no respondió, pero se sonrojo por el comentario de Brígida. Sabía que lo decía por ella y por Pablo.

A partir de aquél lugar, el camino discurría por las cimas frías de las montañas y valles de Sierra Madre Occidental, poblada de árboles y maleza, con algún arroyo de agua clara que sirvió para dar de beber a las caballerías.

Cuatro días tardaron en atravesar aquella zona, acampando siempre, como anteriormente habían hecho, con dos perímetros de defensa y una gran hoguera cerca de la carreta, en aquellas explanadas libres de árboles por donde podía llegar un posible ataque.

Durante ese tiempo, Elena y Pablo cabalgaban juntos, lejos de la reata, mientras el amor entre ellos crecía, expresándolo con ternura, besos y abrazos.

—Me siento muy feliz por estar contigo, Pablo. Nunca pensé que el amor pudiese ser así.

—Yo siento lo mismo por ti, Elena, pero me preocupa la opinión de tu padre.

—Pablo, dale tiempo al tiempo. Nadie nos corre.

Al quinto día, llegaron a una llanura con pasto verde y ralo, aunque suficiente para que las caballerías pudiesen pastar durante un descanso. Les quedaban tan solo, unos dos días de marcha para llegar a México ciudad, con la tranquilidad de que en aquellas tierras no atacarían los indios.

Cuando llegaron a la ciudad de México, la reata se dividió en dos.

Por una parte, Antonio, con diez mulas y cinco hombres, se dirigió a la Plaza Mayor, por la calle de los mesones. Allí tenían asentamiento tres mayoristas que vendían en los tianguis de Morelos, Cuernavaca, Cuautla, Tlaxcala y Puebla, en el este; y los de la zona norte, en Hidalgo y Tulacingo, incluidos los mineros; luego estaban los que llevaban mercancías a Morelia, Pátzcuaro, Michoacán, Uruapan, y Apatzingán, al noroeste.

Frente al palacio virreinal, se encontraba el Parián, el mercado principal donde se comerciaba con las mercancías filipinas traídas desde el puerto de Acapulco, por la Nao de la China. La mayoría de los productos asiáticos, eran bienes de lujo y sólo

tenían acceso a ellos las familias ricas de la Nueva España.

El resto de la reata, encabezada por Don Fernando, Elena, Pablo, y sus hombres, rodeó la ciudad por el oeste, para dirigirse a la parte norte del valle de México, donde tenía su hacienda.

La entrada a la misma, se distinguía por una gran arcada construida con bloques de sillería, rematada con un escudo de armas en la parte superior central, que daba acceso a un camino de tierra bordeado por campos de cultivo.

—No me imaginaba esto —le dijo Pablo a Elena.

—Esto solo es el principio, Pablo, conforme caminemos hacia el interior de la hacienda, verás diferentes cultivos de granos europeos: principalmente, trigo y avena, fríjoles, maíz, y plantas de índigo en algunas zonas llanas; el palo tinte, la higuera y otros frutales, como el maicillo y otras plantas, se cultivan al fondo del valle, junto a la sierra de Guadalupe, mi zona favorita de la hacienda, pero también verás grandes extensiones de pasto, donde criamos vacas, caballos, ovejas y cabras, junto a algunas mulas y burros.

—Tiene que ser enorme esta hacienda, ¿no? —preguntó con admiración.

—Sí, Pablo, lo es. ¿Quieres conocer la historia? —preguntó Elena con una sonrisa de complacencia en la cara.

—Claro, ¿por qué no? Todo lo que tú me puedas contar me interesa.

—Pero este no es el mejor momento, Pablo. Lo haré cuando lleguemos a la casa, y hayamos descansado después de darnos un baño. Creo que todos lo necesitamos después de este pesado viaje.

—Como estimes conveniente, Elena.

Elena, volviéndose hacia su padre, le dijo:

—Padre, vamos a galopar Pablo y yo hasta la casa. Quiero enseñarle algunas cosas.

—Y volviéndose hacia Pablo, le dijo: ¿Me acompañas? —Pero sin esperar respuesta, picó los flancos de su caballo con los tacones de sus borceguíes, y salió disparada en una carrera.

Pablo, se quedó mudo por el asombro que le produjo semejante reacción, viendo a la joven galopar, hasta que oyó la voz de Don Fernando, que le decía:

—Pablo, puede acompañarla. Mi hija le está esperando. Mis hombres y yo conduciremos su reata hasta los corrales de la casa.

El muchacho estaba desconcertado. Aquella invitación a galopar con ella hasta la casa, podía entrañar muchas cosas que él anhelaba y no se atrevía ni a pensar, pero las palabras de Don Fernando le animaron a seguir a Elena.

—Gracias, Don Fernando —respondió, mientras espoleaba a su caballo para galopar en pos de Elena.

El camino seguía en línea recta durante varias leguas, y los caballos parecían tener alas en sus patas por el galope intenso al que eran sometidos por los dos jinetes, mientras los campos de cultivo se sucedían uno tras otro.

A una y otra parte del camino se apreciaban los restos de unas cosechas de maíz, de las que todavía quedaban algunas plantas medio secas, tronchadas y casi ralas, de las que cientos de ovejas y cabras daban buena cuenta al cuidado de varios pastores mestizos y perros.

Elena detuvo su caballo y esperó a que Pablo llegase junto a ella.

—¿Te has detenido por algún motivo?

—Esperaba que me alcanzases, y al ver que no lo conseguías, te he esperado.

—Tu caballo es demasiado bueno en carrera, y el mío no lo habría alcanzado nunca.

—Es cierto, Pablo. Mi caballo es el más rápido de la hacienda.

A lo lejos, se veía la construcción de una casa típica del México colonial del siglo anterior, con dos alturas rematadas con teja roja de estilo árabe.

Conforme se fueron acercando a la misma, el número de peones y vaqueros a caballo aumentaba, cada cual con sus quehaceres diarios, que saludaban a Elena con la mano o quitándose el sombrero.

—¿Qué te parece esto, Pablo? ¿Habías imaginado así nuestra hacienda?

—Por supuesto que no, aunque todavía no me había hecho una idea de la misma hasta llegar al portón de la entrada.

Antes de que descendiesen, dos peones ya habían echado mano a las riendas de los caballos para que los jinetes bajasen cómodamente.

—Llévenlos a los establos y denles agua y una ración de grano, por favor —pidió Elena, a uno de los peones mulatos que se había acercado.

—¿Los desensillamos y cepillamos, señorita?

—Sí, claro, han hecho una buena caminata y lo agradecerán.

Descendieron de los caballos en una plaza cuadrada, pavimentada con pequeñas losas labradas para que todas fuesen iguales o semejantes las unas a las otras, y rodeada de unos enormes macizos verdes donde crecían rosas y claveles entre algunas enredaderas que ascendían por las paredes de la plaza, cerca de algunas «*tuyas*» y «*sabinos*» que propiciaban buena sombra.

En el centro de la plaza, una fuente con una enorme base cóncava, de cuyo centro emergía una pilastra que mantenía en lo alto a un león, vertía el agua a través de su boca como si fuese una pequeña cascada. Desde allí, subiendo una amplia escalinata con pequeños muros de obra en sus lados, también pavimentada como la plaza, les llevaba a la construcción principal.

Pablo enmudeció ante aquella obra, observando que era muy parecida a las haciendas andaluzas.

La planta baja, con ocho grandes arcos sustentados por redondas columnas de sillar y hormigón mejicano, elaborado con piedras medianas para dar consistencia y forma al edificio, apareció ante sus ojos.

—¿Te vas a quedar ahí quieto, como si estuvieses pasmado? —preguntó Elena, con una sonrisa, al ver que Pablo se había quedado inmóvil, mientras recorría con la vista todo aquello que estaba a su alcance.

—¡No, Elena, voy contigo! ¡Perdona!

—Vayamos adentro y que nos traigan unas limonadas frescas mientras descansamos un poco. Cuando llegue mi padre nos dirá qué hay que hacer.

El asombro de Pablo iba en aumento. Atravesaron una arcada más, que daba a un patio interior cuadrangular, en el que a cada lado se había edificado con dos plantas.

Se fijó en que la casa estaba construida hacia adentro del patio, en la que destacaba la planta baja y piso superior, con una balconada corrida, soportada por columnatas y arcos, al estilo andaluz, pero con fachada simple y sin ornamentos, excepto las grandes ventanas acristaladas, con contraventanas de madera tintada, y rodeada por unos jardines amurallados que representaban el microcosmos de vida que se debía llevar en la hacienda.

Aquél patio debía ser el centro de las actividades que se desarrollan en la casa, pues le daba luminosidad, permitiendo también una ventilación cruzada que percibió al instante, algo de suma importancia en aquél tipo de clima para crear un ambiente agradable.

Los materiales más utilizados, eran madera, piedra y ladrillo, en el interior y en el exterior. Los muros extremadamente gruesos y pesados, existiendo un contraste muy grande con el exterior.

Cuando entraron en la estancia principal, observó una sala amplia rectangular, que debía hacer las veces de comedor y salón de estar, donde una gran chimenea de piedra presidía en la estancia familiar.

Pablo quedó sorprendido por la sencillez, y al mismo tiempo por la solemne decoración de la misma.

Casi en el centro de la misma, una gran mesa de madera labrada con marquetería —importada de Francia—, y ocho sillas de alto respaldo, almohadilladas, parejas y del mismo estilo, pensó que se debían utilizar para las comidas familiares o con invitados, mientras en el otro extremo, casi junto a una puerta que daba al patio, una pequeña mesa redonda, también tallada con marquetería, con cuatro sillas de otro porte diferente a las de la mesa del comedor, debía servir para tomar té, o café con licores y pastas a media tarde.

Dos grandes cuadros se encontraban colgados de las paredes: uno del rey de España Felipe V, el otro de D. Fernando con algunos dragones de cuera.

El techo estaba soportado por varias vigas realizadas con grandes maderos tintados que, entrecruzados entre sí, daban consistencia al mismo.

Tres grandes vitrinas acristaladas, confeccionadas con maderas nobles y marquetería, repletas de objetos venidos en el Galeón de Manila, quedaban situadas junto a las paredes que rodeaban la gran mesa del comedor. Mientras en el otro extremo, cerca de la mesa redonda, otra vitrina que ocupaba casi toda la pared,

disponía en su interior, una colección de pistolas, desde las de duelo hasta las de chispa de diferentes épocas, acompañadas por sables y espadas militares, floretes diversos y hasta una catana japonesa.

Un poco más allá de la mesa redonda, casi junto a la vitrina de armas, alrededor de una mesilla ratona a juego con las anteriores, cuatro cómodos sillones con brazos forrados de tela, almohadillados, y una comfortable «*chaise longue*» —la última moda francesa—, culminaban la decoración y mobiliario de aquella estancia.

—¿No esperabas encontrar esto, Pablo? —preguntó Elena, al ver la sorpresa reflejada en el rostro de su acompañante.

—Lo cierto es que no. Yo me he criado en un ambiente humilde, con muchas escaseces, y esto para mí es de un lujo que nunca podría soñar. Después en un navío de guerra, donde vives hacinado, lo que menos puedes pensar es que existan casas como esta.

Ante aquella manifestación, el rostro de Elena se ensombreció.

—Lo lamento, Pablo. Lamento profundamente la vida que ha llevado hasta ahora. Hasta me siento un poco culpable de la vida cómoda que he llevado hasta ahora.

—Tú no tienes la culpa, Elena. Nadie decide el ambiente familiar en el que va a nacer. A ti le ha tocado uno y a mí otro diferente. ¿Entiendes ahora por qué quiero hacer fortuna?

—Sí, Pablo, te entiendo.

—No, creo que no me entiendas. Estoy a gusto con la vida que llevo. Soy yo mismo, pero sí me gustaría, que si un día tengo hijos, que no tengan que vivir una vida semejante a la que yo he vivido. Eso es lo que me mueve a buscar fortuna. Además, si pretendo un día cortejarte claramente y que pudieses llegar a ser mi esposa, debo poder ofrecerte lo mismo que ya tienes tú.

—Y tal vez puedas conseguir lo que deseas, Pablo.

En ese momento entró una criada mestiza en el salón, y Elena le pidió que les llevaran unas limonadas.

—¿Te apetece que nos sentemos para tomar los refrescos? Así te podré contar la historia que me pediste sobre la hacienda, ¿de acuerdo?

—Como prefieras, Elena.

Los dos se sentaron en los sillones, junto a la mesa ratona, y Elena comenzó a explicarle:

—La hacienda de los Aldasoro, como el resto de los latifundios de la época colonial, tuvo sus orígenes en las mercedes de tierras otorgadas por las autoridades virreinales a los colonizadores españoles. Por una parte, en 1914, fue beneficiario el adelantado Don Enrique Trevijano, por el virrey marqués de Gadalcazar, por un sitio de estancia dedicado a la cría de ganado mayor y seis caballerías de tierra, aquí mismo; un lugar situado en la parte norte del valle de México, entre el cerro Chiquihuite al este, la sierra de Guadalupe al norte y al oeste, y la ciudad de México al sur, con una superficie inicial de 5490 hectáreas.

Pablo silbó admirado.

—Eso debe ser casi como el término municipal de Lezo.

—No conozco Lezo ni su extensión, lo siento, pero déjame que continúe:

Posteriormente, las mercedes originarias concedidas al adelantado Don Enrique Trevijano, pasaron sucesivamente por manos de diferentes usufructuarios hasta los primeros años de este siglo, en que el virrey Matías de Gálvez y Gallardo, concedió el usufructo de la hacienda a mi padre, Don Fernando Aldasoro, hidalgo guipuzcoano, capitán de Dragones del Regimiento de la Corona en México por sus servicios prestados en el año 1725.

La intención de mi padre no era otra que la de criar potros para mejorar las condiciones de los caballos de silla, necesarios para la monta de los dragones de cuera del regimiento al que estaba destinado en México, y que posteriormente vendería al Virrey para que los destinase al ejército, así como crear las variedades de Carrera, Tiro Ligero y Pesado, de cuyas aptitudes se carecen en estos momentos en Nueva España. La diferencia la has podido encontrar hoy en la carrera que hemos disputado al venir hacia la hacienda.

—¿Dragones de cuera? No lo había oído nombrar nunca hasta que tú lo mencionaste en Veracruz.

—Yo te lo explico, no te apures.

Tras años de luchas contra los indios, el soldado de frontera fue convirtiéndose en una unidad especializada en el combate contra los nativos, usando tácticas y armas distintas a las usadas en los campos de batalla europeos.

La denominación de cuera, proviene del grueso abrigo largo y sin mangas, fabricado en cuero de res que llevaban los dragones y que les protege de las flechas y cuchilladas del enemigo.

Cuando mi padre llegó a México, mientras que en España los ejércitos se habían dotado con armas de fuego, sus dragones seguían utilizando el caballo, lanza y escudo, ya que las armas de fuego eran lentas y precisaban blancos densos.

Los indios eran rápidos y se acercaban a los dragones antes de que recargasen, por lo precisaban armas y defensas contra las flechas, y para la lucha cuerpo a cuerpo.

El escudo o adarva —de origen árabe— hecho de cuero con forma de doble círculo traslapado, aportaba una mayor defensa contra las flechas y..., aunque el reglamento establecía que debían portar una espada, lanza y escopeta de grueso calibre, y pistolas, estas se cambiaron en algunos casos, extraoficialmente, por arcos y flechas, por ser muy compleja la recarga de las armas de fuego.

Los dragones de cuera son soldados regulares que firman por diez años prorrogables y están formados por criollos esencialmente, aunque también peninsulares, mestizos, mulatos, o negros de las colonias inglesas, aunque los oficiales no sólo son españoles; los hay irlandeses, valones, italianos y de otras nacionalidades, en menor medida.

Mi padre ha combatido tenazmente a los indios Apaches, Comanches,

Mescaleros, Pawnes, Chiricahuas y Navajos..., infringiéndoles continuas derrotas que les obligaron a firmar tratados o a morir en combate, aunque ahora se encuentra ya muy cansado de aquellas luchas y grandes caminatas, y según me ha dicho, en la próxima audiencia que le conceda el virrey, pedirá su salida del ejército.

—¿Por eso me dijiste que tu padre quería comprar otra hacienda en Texas?

Llevaron los refrescos, tomaron unos sorbos y Elena respondió:

—Sí, efectivamente. Desde México, hay una distancia excesiva para llevar rebaños de reses hasta Texas, Luisiana o Georgia, y las colonias inglesas se están llenando de gente, lo mismo que las españolas o francesas, y necesitan carne fresca. Por el momento, ellos no tienen suficiente producción. ¿Quieres ver el resto de la casa? —preguntó Elena, de pronto.

Pablo asintió con la cabeza mientras daba otro trago a la limonada.

—Pero solo te podré enseñar algunas dependencias. El resto de la planta baja está destinado a cocina, despensa, almacén, viviendas para los empleados domésticos y cuadras para los caballos de mi padre y míos, además de un almacén de henos y piensos donde un guarnicionero cuida de que las cinchas, estribos, mantas, sillas, cabezadas de monta y de cuadra, y bocados, estén siempre listos para su utilización.

Pablo recorrió con Elena aquellas dependencias. La cocina era enorme. Una gran bancada de baldosa cocida se extendía a lo largo de tres de las paredes que la componían, mientras sobre ella, tres chimeneas de mortero mejicano, salían de otros tantos hornos de leña. Y en el centro, una gran mesa rectangular de madera, pulida por el uso, y ocho sillas rústicas, servían para comer los empleados domésticos, y en ocasiones, los dueños de la casa también, junto a sus distintos mayores de las diferentes ganaderías.

Los estantes de obra que había sobre la gran bancada estaban repletos de fuentes hondas y planas, ollas de diferentes tamaños, platos dispuestos para cada ocasión, jarras para vino, y un enorme surtido de vasos y vasijas, todos de loza o barro cocido.

—Los grandes asados los realizamos en el patio interior cuando hay algo que festejar —informó Elena, antes de que Pablo pudiese formular ninguna pregunta. ¿Seguimos con la visita?

Pablo volvió a asentir con la cabeza sin llegar a comprender que era lo que pretendía Elena. Le enseñaba toda la casa por pura complacencia, ¿o había otra razón oculta para hacerlo? Posiblemente quisiera demostrarle la gran diferencia de clase que había entre los dos, en cuyo caso, lo mejor sería que continuase su camino y se olvidase de ella lo más pronto posible, pues cuanto más tiempo estuviese a su lado, más se enamoraría, y aquello sería muy peligroso para él y para su proyecto.

Le enseñó la habitación de su padre, la principal, con una cama con baldaquino y mosquiteras, bajo la que se encontraba un bacín de cerámica. A su lado, una mesa de noche con un farolillo de cristal que contenía un cirio. En otro de los lados, junto a la

ventana, un comodín que contenía una palangana y una gran jarra de cerámica china, llena de agua limpia por si la precisaba Don Fernando.

—¿Tú duermes aquí? —preguntó Pablo, inocentemente.

—No. Yo duermo en la otra parte de la planta. Mi padre suele roncar y no me deja dormir. Por otra parte, así puede tener la libertad de que suba a su habitación alguna de las criadas, o alguna mujer de la nobleza mexicana cuando realizamos alguna fiesta.

—¿Quieres decir? ¿Y tú lo ves bien?

—Mira, Pablo, al margen de que sea mi padre y el propietario de esta hacienda, es un hombre, y como hombre he de respetar sus necesidades, aunque, eso sí, todo lo lleva con la mayor de las discreciones. ¿Quieres ver mi habitación?

—Si quieres que te diga la verdad, la curiosidad me corroe.

Elena soltó una carcajada jovial, le cogió la mano izquierda y le forzó a correr hasta su habitación.

Abrió una puerta en el extremo oeste de la planta superior y le dijo:

—*Voilà! Cela est ma chambre.* ¡Pasa sin temor Pablo!

—La habitación de ella era casi calcada a la de su padre, excepto en las dimensiones, y en que la mosquitera era de un color pálido, casi hueso. ¿Te gusta? —preguntó, buscando una respuesta afirmativa.

—Por supuesto, Elena. Ya te he dicho que ni en sueños habría pensado tener unas habitaciones semejantes.

—¿Quieres probarla? —preguntó de nuevo con una sonrisa picarona en la cara, mientras el arbol aparecía en sus mejillas.

—¿Cómo crees tú que me puedo tumbar en una cama como esa, con la suciedad que llevo encima de más de tres meses?

—Eso tiene solución, Pablo. Ahora mismo le diré a las criadas, que preparen suficiente agua caliente para dos baños.

—¿Baños? ¿Tienen baños en la casa?

—Sí, Pablo. Tenemos dos baños con bañera que mandó traer mi padre desde Francia.

Ya sé que en España la gente no se baña nunca o lo hace una vez al año a lo sumo, pero aquí hemos adquirido algunas costumbres de los indios que nos parecen muy saludables. Como bañarse a menudo y lavarse la cabeza con un jabón que preparan ellos, a base de una arcilla especial y aceite de no sé qué plantas. Te dejan la piel limpia y muy olorosa.

—¿Y si se entera tu padre?

—No te apures por eso. Soy mayor de edad.

Pablo estaba sorprendido por el derrotero que estaba tomando aquella situación y por lo que él intuía como una promesa de amor.

—¡Anda, venga! ¡No te lo piense más! Además, hueles a una mezcla de cebollas podridas y caballo. ¿Cuánto tiempo hace que no se ha bañado?

—¿Bañarme? Desde que estuve en San Agustín de la Florida, que me bañaba en el mar con los indios timicua, ya no lo he hecho.

Elena soltó una carcajada.

—Pues debes llevar encima una cantidad de mugre que habrá que reblandecer primero con agua caliente. Cuando lleves un buen rato en remojo, le diré a una de las indias que te pase un raspador de arcilla por todo el cuerpo y luego te lave bien con esa pastilla que le he dicho.

—¡Nooo! ¡Tú no puede hacerme eso!...

La expresión de pánico que se traslucía en el rostro de Pablo, hizo que la joven estallase en carcajadas, divertida por la situación.

—¡Calla, calla! ¡Pareces un niño! A menos, claro está, que no quieras que comparta mi lecho contigo.

Pablo enmudeció. Aquella promesa despertaba en él sus más recónditos deseos de amor y ternura, hacia la mujer de la que se había enamorado como un chiquillo de catorce años.

Media hora después, se encontraba en una habitación, dentro de una bañera metálica, lacada hasta en las patas que la sostenían sobre el suelo, y cubierto su cuerpo por agua caliente hasta el torso.

Una criada, una vieja india, llevaba en sus manos un raspador circular de color canela, que serviría para quitarle la mugre acumulada durante meses.

Elena entró en la habitación de baño y le dijo a Pablo:

—No te apures. La india es una mujer con muchos años de experiencia en este asunto y no te va a hacer ningún daño. Aquí te dejo ropa limpia de uno de nuestros mayores, que tiene una complexión física semejante a la tuya. Te irá bien, casi seguro. Me la ha prestado su mujer. Mientras tanto, mandaré que laven la tuya. ¿Te parece bien?

—¡Qué remedio! Tú mandas..., pero no te acostumbres.

Elena salió de la habitación de baño riéndose a carcajadas, aunque se preguntaba a sí misma, por qué había invitado a Pablo a compartir su cama con ella. ¿Se había enamorado de él? Lo cierto era que no lo sabía. Nunca había experimentado nada semejante hacia ningún hombre y el solo pensamiento de que la volviese a rodear con sus brazos y la besase, la estremecía. ¿Era eso el amor? ¿Por qué le entraba esa desazón por todo su cuerpo cuando pensaba en ello?

De todas formas, era una mujer decidida y cuanto antes saliese de dudas, mejor. Se dirigió al otro baño, se desnudó y se metió en el agua caliente que terminaba de verter una criada mulata.

La temperatura del agua en su cuerpo le procuró toda una serie de sensaciones que tampoco había experimentado con anterioridad, y en su pensamiento apareció la imagen de Pablo, desnudo, dentro de la bañera, con agua limpia hasta el pecho.

Aquello, en contacto con el agua caliente, la excitó de tal forma que sus pezones se endurecieron, dejándola confusa.

Salió de la bañera, se secó el cuerpo con una sábana de hilo de algodón que le tendía la criada mulata, se perfumó con un agua de rosas y, envuelta en la sábana con la que se había secado, corrió a su habitación para tumbarse encima de la cama mientras la cabeza le daba vueltas.

Poco después, Pablo, vestido con las ropas del mayoral, golpeaba con los nudillos de su mano derecha, la puerta cerrada de la habitación de Elena.

—Pasa, Pablo —dijo Elena desde el interior, con un trémolo en la voz.

Pablo abrió la puerta despacio, con un poco de temor por si había interpretado mal las palabras de Elena.

¡Vamos, pasa de una vez o me arrepentiré de haberte dicho lo que te he dicho!
¡Cierra la puerta y ven al lecho!, ¿quieres?

Las palabras de Elena le sonaron con un cierto autoritarismo, pero igual eran producidas por el mismo nerviosismo que debían sentir los dos al mismo tiempo.

Se acercó a la cama. Elena había retirado una de las caídas de la mosquitera para poder entrar en aquél receptáculo cerrado por la misma, y se encontraba tumbada de costado, envuelta en la sábana y encarada hacia la puerta.

Pablo se sentó sobre la bancada y se inclinó hacia la joven, depositando un tímido beso en los labios de ella.

Elena no opuso resistencia.

Cuando Pablo se retiró, Elena tenía los ojos cerrados, como transportada a otro lugar en su mente, en pleno embeleso.

—¡Hazlo otra vez, por favor! —dijo la joven en un susurro y con las mejillas encendidas.

Él acercó de nuevo su cara a la de ella y, en esta ocasión, arrebatado por el amor, la besó de nuevo intensamente, mientras Elena suspiraba.

—¿Qué me has hecho, Pablo...? —dijo con el mismo susurro, al separarse de nuevo.

—Solo te he besado.

—No me refería a eso. Me tienes como hechizada —le dijo mientras se incorporaba en la cama y rodeaba con sus brazos el cuello del joven.

—Abrázame fuerte —dijo a continuación, con el mismo murmullo.

Cuando Pablo la rodeó con sus brazos, la sábana se deslizó, dejando al descubierto sus pechos turgentes.

Ahora fue ella lo que besó ardientemente y sus lenguas se encontraron. Los dos suspiraron profundamente, y Elena arrastró al joven hacia la cama donde sus cuerpos se fundieron con un continuo jadeo.

Abrió la camisa de Pablo y sus manos comenzaron a acariciar ansiosas su pecho y torso. Él hizo lo mismo. Acarició suavemente con una mano, el pecho y los pezones de ella, mientras la otra mano acariciaba su nuca. Besó su cuello con delicadeza

mientras ella suspiraba cada vez con más fuerza.

—Desnúdate, por favor —su voz era cada vez más temblorosa y parecía presa de una agitación interior que no podía contener.

Hizo lo que ella le pedía, y después se acostó a su lado, reanudando las caricias con una suavidad extrema.

—¿Qué me has hecho, Pablo? —repitió la joven, presa de un estremecimiento lujurioso, mientras se colocaba a horcajadas sobre las caderas del muchacho y su mano derecha buscaba ansiosa el miembro erecto de él.

En esta ocasión, los dos exhalaban un suspiro profundo; ella al cerrar la mano sobre su miembro duro en extremo; él, al sentir aprisionado su órgano sexual, mientras ella, con delicadeza, introducía lentamente el miembro de él entre sus piernas.

Al penetrarla, la joven lanzó un pequeño gemido de dolor, para, a continuación, con un ritmo lento y cadencioso, consumir una penetración profunda que casi inmediatamente les llevó a los dos al éxtasis.

Continuaron así por un espacio de tiempo que ninguno de los dos supo precisar, ni malditas las ganas que tenían de hacerlo, cuando sonaron unos tímidos golpes de nudillos en la puerta de la habitación.

—Señorita Elena, su padre ha llegado. Me ha dicho que le avise de que están en el corral con las caballerías.

Ante lo inesperado de la interrupción, los dos se precipitaron a bajar de la cama para vestirse lo más rápidamente posible.

—Dígale que bajaré en un momento. Cuando termine de arreglarme.

—Como usted mande, señorita. Ahora se lo diré —respondió la criada desde el otro lado de la puerta.

—Pablo —dijo Elena, mientras le besaba suavemente— de esto, ni una palabra a nadie. No quiero que mi padre se entere hasta que yo lo considere oportuno.

—¿Le tienes miedo? —preguntó.

—¿Miedo? ¡No, en absoluto! Pero soy su única hija, y hasta que no esté segura de que te puede aceptar, no creo conveniente que sepa cuáles son mis sentimientos hacia ti.

Solo quiero decirte, que si esto es el amor, estoy locamente enamorada.

—Yo siento lo mismo, Elena —y la besó de nuevo, antes de abrir la puerta para salir de la habitación.

Luego se deslizó por la balconada, hacia la parte opuesta a la habitación de Elena, bajando al patio por la escalera de aquél lado para entrar en la cocina.

—¡Ah!... ¿Estaba usted aquí? —dijo Don Fernando al entrar en la cocina.

—¡Sí! Me ofreció su hija darme un baño, y no sabe lo que se lo agradezco. Me encuentro limpio y ligero como hacía tiempo que no me encontraba.

—¿Y mi hija? —preguntó Don Fernando.

—Supongo que en su habitación, Don Fernando.

—¡No estoy aquí! —respondió Elena, que terminaba de entrar en la cocina.

Termino de darme un baño. A Pablo, le ha prestado algunas ropas nuestro mayoral Nima. Las suyas están que daban pena, Padre, y las he entregado a las criadas para que las laven.

—Bien, está bien —y dirigiéndose a Pablo, le dijo:

Sus mulas las han descargado sus hombres. Supongo, que en cuanto descanse un poco, irá a Guanajuato a llevar el azogue, ¿no?

—Sí, Don Fernando, tan pronto llegue Antonio de México. Él también tiene azogue y otras mercancías para Querétaro y Guanajuato. Así que marcharemos juntos.

—De acuerdo, Pablo. Esta noche pueden cenar aquí. Les asignaremos unas habitaciones a usted, a Antonio y a su mujer. Sus hombres podrán dormir en los establos.

—Gracias, Don Fernando —respondió Pablo, pero el tono que había empleado el dueño de la casa, le dio a entender que le quería lo más lejos posible de su hija—. ¿Sospecharía algo? Sin embargo, Elena aparecía tranquila y eso le confortó el ánimo.

Dos horas más tarde, aparecía Antonio con la carreta, Brígida al pescante, seguido por la reata de diez mulas que se había llevado a México y cinco de sus hombres.

Don Fernando dio instrucciones para que llevaran las mulas de Antonio a los corrales, y luego ordenó que hicieran dos corderos asados para cenar todos los hombres que habían llegado con sus mulas desde Veracruz, más los que le habían acompañado a él.

Las mujeres de la cocina se afanaron en los preparativos, mientras se mataban y descuartizaban los dos corderos, para asarlos en una barbacoa dispuesta a tal efecto, en un extremo de patio interior. Pero eso llevaba tiempo.

El padre de Elena pidió que le preparasen agua caliente para darse un baño, momento que aprovechó Elena, para preguntarle:

—Padre, ¿le parece bien, que entre tanto le enseñe a Pablo las caballerizas de los andaluces?

—Me parece bien. —Y dirigiéndose a Pablo, le dijo: Después me dice qué le han parecido y cuál cree que es el mejor.

Salieron los dos de la cocina, bordearon la casa, y a unos cientos de metros por detrás de la misma, apareció otra construcción de una sola planta, también con arcadas y techumbre de teja rojiza.

—¡Es ahí! —dijo Elena, señalando la edificación—. Detrás están los corrales donde se han dejado las mulas. Tus hombres y los de Antonio podrán dormir en aquél granero —expuso, señalando un cobertizo situado un poco más allá.

Entraron en las cuadras. El edificio era bastante más amplio de lo que parecía desde afuera, y estaba dividido, a izquierda y derecha, en estancias rectangulares, en

las que había un caballo con el suficiente espacio para que se pudiese mover y sacar la cabeza para comer el forraje, en un pesebre que había adosado a la puerta de entrada de cada estancia. Al fondo del edificio, estaba el lugar del guarnicionero con todos los arreos dispuestos, colgando de la pared.

Cuando Elena se vio libre de miradas indiscretas, se volvió hacia Pablo, le echó los brazos al cuello y le besó en la boca, despacio, con ternura, apretando su cuerpo contra el de él, como si quisiera que se fundiesen los dos en uno solo, como sólo saben hacer las mujeres enamoradas.

Cuando al fin se separó, el joven le preguntó a Elena:

—¿No tienes miedo que nos vea alguien y se lo cuente a tu padre?

—No creo que nadie venga por aquí, pero si nos viese alguien, se guardará mucho de ir con el cuento al patrón. Se le terminaría el trabajo y con él sus ingresos, ¿me entiendes?

—¿Por qué lo hiciste Elena?

—¿Hice..., qué?

—Proponerme compartir la cama contigo.

Elena bajó la vista al suelo, se retorció las manos, y durante unos instantes se mantuvo así. Luego alzó el rostro para mirar a Pablo a los ojos y respondió:

—Ni yo misma lo sé, Pablo. Cuando te enseñé mi habitación, intuí que te gustaría acostarte conmigo, y sin pensarlo un instante se me ocurrió la idea. Fue algo irracional. Luego te propuse el baño porque pensé que sería agradable ver tu cuerpo desnudo..., pero..., cuando regresé a mi habitación envuelta en la sábana de mi baño..., me entró una vergüenza enorme. No llegaba a imaginar qué es lo que pensarías de mí, al tiempo que luchaba contra dos sentimientos enfrentados.

Si no hubieses entrado por la puerta, lo habría comprendido, y aquél sentimiento de tenerte a mi lado habría desaparecido..., pero..., no..., terminaste por llamar y entrar en mi habitación. Luego me besaste con una dulzura tal, que me desarmó totalmente, dejándome a tu merced.

El siguiente beso, hizo que mi mente se nublará y solo quise continuar en aquél estado, totalmente nuevo para mí, en el que experimenté una serie de sensaciones inimaginables y un placer intenso como nunca había sentido. Por eso te pregunté en varias ocasiones: Pablo, ¿qué me has hecho?

—En realidad, Elena, yo no hice nada sino seguir los impulsos que me dictaba el corazón, y obedecer a tu deseo de compartir lecho conmigo. Y supongo que a ti te ocurrió lo mismo.

—Es cierto, aunque no sé si el momento ha sido el más adecuado.

—No le des más vueltas. El hecho ya está consumado y no tiene más solución. Sin embargo, a pesar de lo ocurrido y de que soy consciente de tu amor, mi situación actual no es la más aconsejable para pedirle a tu padre su autorización para cortejarte.

—Es cierto, pero mi padre no es tonto y creo que sospecha mi inclinación por ti, a pesar de que yo no le he dicho nada. De todas formas, tendrás que ganártelo de ahora

en adelante. ¿Vemos los caballos?

—Sí, por supuesto, porque después me preguntará y no sabré responderle.

Entraron a las cuadras para ver a los caballos.

—Te he de decir, que el caballo andaluz ha sido utilizado como caballo de guerra en los combates antiguos. Se trata de una raza noble, que es increíblemente fuerte y resistente.

Sobre el origen del caballo andaluz, se han formulado muchas hipótesis: hay quién le hace descender del berebere y del árabe, introducidos en España en la época de la dominación musulmana, a través de repetidos cruces con ejemplares locales.

Hace unos trescientos años, la orden de los cartujos, fundada por San Bruno siglos antes, se instaló en Jerez, donde levantaron el monasterio de la Cartuja. Allí, los monjes se hicieron cargo de sementales perfectamente cruzados, entre caballos árabes y nativos, logrando así unos ejemplares de especiales características y de hermosa estética: los cartujanos, que definen a los pura raza españoles. Y esto es lo que tenemos aquí, y que mi padre cuida con tanto mimo.

El rey Felipe II, encargó a Don Diego López de Haro y Sotomayor —*primer Marqués de El Carpio*—, la creación de las Caballerizas Reales de Córdoba, donde agrupó los mejores sementales y yeguas de las provincias que bordean el Guadalquivir, siendo esta yeguada real, el origen de la raza.

—¿Y yo que creía entender de caballos? —dijo Pablo con admiración, al escuchar las explicaciones de Elena sobre el caballo andaluz.

Elena volvió a reír con unas carcajadas sonoras.

—¿Te burlas de mi ignorancia?

—Todo lo contrario, Pablo. Con nadie me he reído tan a gusto desde hace muchísimo tiempo. Pero..., vamos, te los enseñaré y te daré explicaciones de ellos —expuso, sin terminar de sonreír.

Entraron en una cuadra con diferentes compartimentos, donde se encontraban los caballos andaluces que le había comentado Elena. El olor a forraje y alfalfa, mitigaba en gran parte el hedor de los excrementos y aquello le gustó, pues demostraba el cuidado que se realizaba a aquellos nobles brutos.

Elena abrió la primera caballeriza, cogió una cabezada de cuadra que estaba colgando de la pared, y la colocó en la cabeza del animal que había allí, tomó el ramal y lo sacó fuera.

Era un animal espléndido, de color negro zaíno, que resopló contento al salir de su encierro.

Pablo se acercó al caballo y le acarició el cuello, después la frente, mientras el animal lo agradecía con ligeros movimientos de cabeza arriba y abajo, golpeando el suelo repetidamente con una de sus patas delanteras.

—Este es el preferido de mi padre cuando tiene que ir a ver al virrey.

—Es magnífico —dijo Pablo, mientras admiraba la estampa del caballo—, nada que ver con los que yo he visto en Cádiz, que aunque muy buenos, nada comparables

a éste.

—¿Qué opinas de este caballo? Hazme una descripción.

—Estimo, que debe tener una alzada hasta la cruz, sobre los 165 centímetros, con un cuello fuerte y arqueado, cubierto de una crinera larga que le cuelga a ambos lados de su cuello, bien peinada.

Tiene una cabeza mediana, elegante y ligeramente convexa, con la parte de los belfos terminados en punta, y unos ojos penetrantes, grandes, que están implantados oblicuamente.

Su pecho es amplio y su grupa redondeada y potente, con unas proporciones armoniosas, y se le ve un porte orgulloso y elegante.

Elena aplaudió a con fuerza.

—¿Y dices que no entiendes de caballos? Has hecho una descripción perfecta. Solo te ha faltado decir el color.

—Yo lo veo negro, ¿no?

—Y si cierras los ojos, más negro todavía —respondió Elena sin dejar de reír.

—¿Ya te estás burlando otra vez de mí?

—No te lo tomes a mal, pero con nadie me he reído tanto, no sé por qué. El color, efectivamente es negro, pero zaino, porque no tiene ni un solo pelo blanco.

—¿Adivinas su nombre?

—¿Cómo piensas que lo pueda adivinar?

—Porque tiene un nombre semejante al de los hombres que hacen lo que tú me has hecho.

Se quedó pensativo, mientras Elena estallaba en carcajadas otra vez, al ver la cara que había puesto Pablo.

—No caviles, su nombre es Truhan.

—¿Y qué tiene que ver ese nombre conmigo?

—Pues que tú también eres un truhan, un bandido, un ladrón que me ha robado el corazón —y mientras decía esto, cogía la mano de Pablo, y le daba un beso apasionado en la boca.

Él se dejó llevar, y un instante después, ella se separó.

—Me gustaría montarlo —dijo Pablo.

—Imposible. Este caballo solo lo monta mi padre. Pero puedes montar cualquier otro, aunque hoy no nos va a dar tiempo. Anochecerá dentro de nada, y nos esperan para cenar, y para que le des a mi padre tu impresión sobre sus caballos.

—De acuerdo. Veamos los otros.

Elena metió de nuevo al caballo en su estancia, le quitó la cabezada y cerró la puerta.

—La estampa de todos ellos es parecida, aunque en su mayoría son tordos, castaños claros y bayos, pero la mayoría son yeguas para la reproducción, y tan solo hay diez machos sementales. Entre ellos, el preferido de mi padre.

¿Sabías que es difícilísimo encontrar un caballo negro zaino en cualquier yeguada

de caballos andaluces?

—No tenía ni idea. Me entero ahora.

Después de recorrer todas las caballerizas una a una y examinar a los animales regresaron a la casa.

Los preparativos para la cena estaban en marcha. Se había dispuesto una serie de mesas de rústica fabricación, que, unidas, daban lugar a que pudiesen cenar juntos, todos los hombres de Antonio, los de Pablo, y los que habían acompañado a Don Fernando a Veracruz para buscar a su hija.

Dentro de la cocina, se encontraban Don Fernando y Antonio en animada conversación sobre las mercancías que había comprado Elena, procedentes del Galeón de Manila, y al verles entrar, Don Fernando les invitó a sumarse a la reunión, y a tomar una copa de vino mientras se terminaba de asar el cordero.

—Estará listo dentro de pocos minutos, capitán —comentó uno de los peones encargados de la barbacoa—. Si quieren salir al patio, con gusto les llevaré algunas jarras de vino.

Salieron todos, y Don Fernando se situó en la cabecera de aquella larga mesa, compuesta por otras más, para que diese cabida a todas las personas que iban a celebrar el regreso de Don Fernando, Elena, y sus acompañantes.

Don Fernando había cambiado su atuendo de viaje por otro de faena más cómodo pero no menos vistoso: pantalón ajustado de color azul oscuro que contrastaba con las grecas claras y sus botonaduras de plata; chaquetilla del mismo color, de cuello doblado, bordada en sus solapas, y camisa blanca con corbata de rebozo, y unos botines de color miel al estilo charro de Salamanca. Remataba la vestimenta con un sombrero «hacendado» de palma tintada, a juego con los botines, de ala ancha ribeteada, y levantada en la parte posterior, mientras en la copa llevaba las «cuatro pedradas» que le daban resistencia en caso de impacto o caída del caballo.

—¿Qué le han parecido mis caballos? —preguntó a Pablo.

—Son magníficos, Don Fernando. Ni en Cádiz he conseguido ver ningún caballo que tuviese esa estampa. Ya se lo he comentado a su hija. Me ha impresionado su pecho amplio, su grupa redondeada y potente, sus proporciones armoniosas, y he apreciado que poseen todos, yeguas y machos, un porte orgulloso y elegante. Pero sobre todo, uno de ellos ha sido el que más me ha gustado: uno de color negro zaino, con una pureza como no he visto en otro caballo.

—Ese es Truhan. Mi semental preferido y el con que suelo cabalgar cuando voy a México para algunas visitas muy importantes. Ha hecho usted una buena descripción y eso me alegra. No es fácil encontrar a personas que sepan apreciar a un buen caballo.

—Le he dicho a su hija que me gustaría montarlo, pero me ha respondido que eso es imposible. Que nadie más que usted lo monta.

—Eso podría tener arreglo. Es cierto que solo lo monto yo, pero le he visto tratar a su caballo y galopar con él, y creo que podría permitirle, que durante un rato lo montase usted, aunque con una condición: debe tratarlo con mucha delicadeza. El caballo es muy dócil y entiende perfectamente todas las órdenes que se le dan con las riendas o en los flancos. Le gusta que le acaricien la frente y que le hablen cerca de las orejas, y cabalgarlo es un placer por lo armonioso de su trote o la ligereza con que galopa. Sin embargo, creo que ustedes parten mañana hacia Querétaro y Guanajuato, ¿no es cierto?

—Así es, Don Fernando.

Antonio, que había estado callado durante esa conversación, le dijo a Don Fernando:

—Yo quería pedirle un favor, Don Fernando. La carreta y la mitad de las mulas que hemos traído, ya no nos van a hacer falta porque no tenemos mercancías que llevar en ellas, y desearía, que tanto mi mujer, con mis mulas, carreta y hombres que no preciso, se quedasen aquí, con ustedes, en su hacienda, hasta que nosotros regresemos a por ellos.

Suponemos, que el viaje de ida y regreso nos llevará unas cinco semanas, y durante ese tiempo, mis hombres pueden ayudarle en las tareas de la hacienda que más precise usted, y mi mujer puede echar una mano en su cocina. De esa manera, no le será a usted gravoso mantener a mi gente durante ese tiempo. ¿Le parece a usted bien?

—Viniendo de usted, Antonio, me parece bien su propuesta. En cuanto a usted, Pablo, tal vez cuando regrese disponga del tiempo necesario para montar mi caballo. Mañana les espera un duro día de trabajo y se tendrán que levantar pronto. Por cierto, abríguense, porque hará bastante frío por esas sierras que han de atravesar.

Antonio, Brígida y Pablo, se situaron a la izquierda de Don Fernando; Elena a su derecha. A continuación, llegaron los hombres de Don Fernando, que para la cena habían cambiado su ropa del viaje por otra de más arreglo: todos ellos con chaquetilla corta o colete, sin adornos, y el pantalón ajustado con grecas de gamuza en los costados, sin botonaduras, por encima de unos botines; el sombrero que complementaba su atavío, era de ala planchada con galones, sentándose a continuación de Elena. Luego lo hicieron los hombres de Antonio y Pablo, a izquierda y derecha, donde hubo lugar.

Inmediatamente, mientras dos criadas llevaban unas jarras de vino y unos vasos que depositaron en las mesas, otras dos de las criadas se afanaban en colocar delante de cada asistente, unos platos llanos de loza con motivos mejicanos, y cuchillos y tenedores, aunque la mayoría de los hombres solía llevar una navaja española de grandes dimensiones y mucho filo, de muelle, con cachas de asta de ciervo y virolas metálicas, que, plegada, podía llegar a medir unos veintitantos centímetros, sujeta entre el pantalón y la camisa, por debajo de la chaquetilla, mientras otros llevaban un cuchillo de grandes dimensiones, con punta, envainado en una funda de cuero.

Fueron llegando las fuentes con los corderos asados. Hubo carne y vino hasta saciarse, entre risas, carcajadas y comentarios. Luego, las criadas llevaron unos bules de tequila, que los hombres se pasaban de mano en mano para beber directamente del mismo gollete.

Don Fernando se puso en pie y todos callaron.

—Quiero agradecer a todos los presentes, el buen trato y la protección que han dado a mi hija en este desgraciado viaje de regreso desde Veracruz, en el que por defenderla de unos indios salvajes, murieron cinco de mis mejores hombres: mi mayoral y hombre de confianza: José Antonio Bejarano, además de Juan Ramírez, Raúl Bermúdez, Abelardo Acorta y Bonifacio Barroso. Hombres que lucharon conmigo contra los indios, en mi regimiento de dragones de cuera, cuando se nos encomendó la vigilancia de los presidios, desde Bahía Matagorda en Texas, hasta el río Sacramento, en la California del Norte.

Una vez licenciados del ejército, estos hombres dieron lo mejor de ellos en mi hacienda, contando con toda mi amistad. Por eso les encomendé el cuidado de mi hija Elena. Pero ahora que ya no pueden estar con nosotros, lo único que podemos hacer, es ofrecerles un homenaje por su valentía en defensa de mi hija, hasta su propia muerte en desigual y traicionero combate, ya que los mataron por la espalda.

Espero que descansen en paz y Dios los haya acogido a su lado. Eran buenos hombres. De eso se ha tratado esta cena con todos ustedes.

Los presentes aplaudieron y gritaron unos «viva» en memoria de los fallecidos. Después, todos los presentes, se despidieron de Don Fernando con un cálido apretón de manos, regresando a sus quehaceres.

Real de Minas y otras historias

Amanecía, cuando las mulas cargadas con azogue y otras mercancías de Antonio y Pablo, se encontraban dispuestas para emprender el camino hacia Querétaro, abrigados ellos con ponchos de lana gruesa.

Don Fernando y Elena, habían madrugado para despedir a la reata, y con ella a los hombres que la guiaban.

—Que tengan buena suerte y buen viaje. Tengan cuidado, porque la ruta la suelen frecuentar algunos grupos de esclavos negros huidos, que viven en palenques, ocultos en esas sierras altas.

Elena se acercó a Pablo y le tomó una mano.

—¿Te acordarás de mí? —le dijo, con cara de preocupación.

—A todas horas, Elena.

—Estaré preocupada hasta que no te vea aparecer de nuevo por la casa.

—No te preocupes. Todo irá bien. Sabemos defendernos.

Delante iban Antonio y Pablo, mientras diez hombres a caballos flanqueaban las mulas cargadas.

La jornada se les presentaba dura en plena meseta. La temperatura bajaba considerablemente por las noches, y hasta que llegasen a las sierras de Querétaro y Guanajuato, de tanto en tanto, el camino Real, plagado de piedras y cantos, solo apto para caballerías, discurría por una serie de colinas de poco nivel, aunque muy pobladas de bosques de encino, entre los que discurrían algunos ríos de poca corriente y caudal moderado, si bien, en la época de lluvias, podían producir inundaciones, formando algunos de los lagos que existían en la altiplanicie mejicana.

Conforme avanzaban, el cielo se fue poblando de nubes, hasta que, a la caída de la tarde, se encontraba completamente encapotado, la temperatura había bajado considerablemente y amenazaba nieve.

Por fortuna, solo fueron unos copos, pero obligaron a Antonio a hacer noche al abrigo de un bosquecillo. Descargaron las mulas, cubriendo las mercancías con unos encerados para evitar que la lluvia o la nieve las pudiesen estropear, y bien abrigados, los hombres hicieron una fogata sobre la que colocaron un trípode de ramas de encino para colgar una olla sobre la lumbre, ya que en la hacienda les habían provisto de fríjoles, harina de maíz, chiles, tocino de cerdo salado y cecina de res, para que pudiesen comer durante el camino.

Después de cenar, Antonio dispuso que se hiciesen tres guardias de tres horas para cada hombre. La primera la realizaría él con dos de sus hombres, la segunda la haría Pablo con dos hombres más de su cuadrilla, y la tercera correspondería a dos hombres de Antonio y a uno de Pablo.

Los hombres de la primera guardia, para protegerse del relente de la noche y la

posibilidad de que lloviese o nevase, encima de sus coletos, se habían puesto un poncho colorido de lana, y tapándoles la cabeza y el cuerpo, un encerado que, además, casi les hacía invisibles entre los árboles.

Cuando terminó la primera guardia, los segundos y terceros en hacerla, reemplazaron a los primeros y segundos en sus mismas posiciones y con la misma actitud, hasta que comenzó a amanecer.

El fuego se reavivó con más leña y los hombres se dispusieron a hacer un café aguado, pero caliente, que con un trozo de tasajo les sirvió como desayuno. Cargaron las mulas, subieron a sus caballos y emprendieron la marcha de nuevo.

—Te veo taciturna, Elena —dijo Don Fernando a su hija, a la hora de cenar.

—Solo estoy preocupada, Padre.

—¿Por ese muchacho? ¿Por Pablo?

—Sí, Padre.

—¿Te has enamorado de él?

—Sí, Padre. Me he enamorado de ese hombre —respondió un tanto rabiosa, porque sabía de antemano cuál iba a ser la respuesta de su padre—, y él me corresponde.

Don Fernando se llevó la mano derecha al cabello, para alisarlo, con una mezcla de irritación e impotencia, antes de responder:

—Ese hombre no es el adecuado para ti, Elena.

—Sabía que me diría algo por el estilo, Padre. ¿Pero cuál es el hombre adecuado para mí? ¿Algún mayorista rico de la capital, alguno de los oficiales del regimiento de dragones, o alguno de los gobernadores o encomenderos españoles que acuden a las fiestas del virrey, a las que no nos invitan más que una vez al año?

¿Sabe una cosa, Padre? Solo me casaré con un hombre del que esté enamorada, sin importarme si es rico o no, y si tiene títulos nobiliarios o no.

Luego, pensó que su padre no merecía que le hablase de aquella forma ni con aquél tono. Nunca lo había hecho, y se disculpó diciéndole:

Lo siento, Padre. Estoy nerviosa. Pero lo que le he dicho es cierto. Solo me casaré con el hombre del que esté enamorada.

Don Fernando se relajó un tanto, después de escuchar la disculpa de su hija.

—¿No será un enamoramiento pasajero, Elena? —preguntó con voz pausada y un tanto melancólica.

—No, Padre. No soy una niña y sé lo que quiero. Por otra parte, Pablo no es un don nadie. Ha tenido una juventud muy dura en su pueblo, y aquí en Nueva España tampoco lo ha pasado bien. Tiene una pequeña fortuna ahorrada y quiere labrarse un futuro.

Usted sabe, que los títulos se compran con dinero, ¿no? ¿Hace mejores a los hombres que tienen títulos, de los que carecen de ellos?

—No, creo que no.

—Padre, dejemos que el tiempo se encargue de todo lo que pueda suceder, de lo bueno y de lo malo. Y si Pablo quiere, cuando regrese de este viaje, le ayuda usted en lo que crea conveniente o en lo que él acepte.

—Conforme, Elena. No es que me hayas convencido pero respetaré tu decisión. De todas formas, vigilaré que no te haga ningún daño.

Elena se levantó de la silla, se acercó a su padre y le rodeó con sus brazos, estampando un beso en su frente al tiempo que le decía:

—Gracias, Padre.

Llegado el mediodía sin haber sufrido ningún percance, hicieron un alto junto al lago Guadalupe para almorzar ligero, repostar el agua de las cantimploras de cuero cosido que llevaban a un costado del caballo, dar de beber a los animales y dejarlos pastar.

A partir de ahí, el camino se tornaba otra vez suave, entre pastos agostados y colinas redondeadas, salpicadas aquí y allá de bosquecillos de pino, pero permitiéndoles una buena visibilidad, a pesar de que el cielo continuaba encapotado.

Pablo y Antonio querían dejar atrás cuanto antes el río San Juan, que atravesaron por un puente construido por los españoles, obligando a las mulas a caminar más rápido, pues lo hacían por un camino relativamente llano. Tampoco había comerciantes en San Juan del Río que pudiesen pagar el valor de las mercancías que llevaban.

Y mientras caminaban uno junto al otro, Antonio preguntó a Pablo:

—¿Qué piensas hacer cuando termines este viaje? Porque supongo que obtendremos una buena plata con la cantidad de azogue que llevan las mulas, más las mercancía que podemos vender a los comerciantes de los pueblos mineros.

—Lo cierto es, que no lo sé, Antonio. Elena y yo nos hemos enamorado, pero no le puedo ofrecer la vida que ella lleva hasta que no haga una verdadera fortuna, y su padre, seguro que no autorizará nuestra relación hasta que no esté casi a su altura económica.

—Tal vez, Pablo, tal vez. Aunque eso nunca se sabe. ¿Has contado con la opinión de la muchacha?

—No, Antonio, todavía no la conozco, pero hablaré con ella cuando regresemos a por tu mujer, la carreta, nuestras mulas y los hombres que quedaron allí.

—¿Seguro que ella está enamorada de ti?

—Eso me dijo. Y por su actitud conmigo, juraría que así es.

—Entonces, deja que las cosas sigan su cauce natural. Las mujeres suelen ser muy tercas cuando quieren conseguir algo, y una mujer enamorada es todavía más terca. Seguro que convencerá a su padre para que autorice vuestra relación.

Ella es hija única y Don Fernando va cumpliendo años. Le vi cansado de tanto ajetreo como ha estado llevando con las patrullas de los dragones de cuera.

Hablando la otra noche, me dijo que quería pedir audiencia al virrey para presentar su dimisión como capitán del regimiento de dragones de la Corona, y dirigir mientras pudiese su hacienda.

—Sin embargo, Elena me habló de un proyecto que le ronda a su padre desde hace unos años. Quiere comprar unas tierras cercanas a la Misión Nuestra Señora de Guadalupe de los Nacogdoches, en Texas. Según ella, se trata de una tierra de pastos verdes entre dos ríos, el Sabine al Este y el Nueces al Oeste, por lo que agua no le faltaría nunca.

—En este viaje desde Veracruz, le he visto agotarse en muchas ocasiones. No sé si estará en condiciones de realizar un trabajo tan fatigoso como el que me comentas...

—Ya lo veremos a nuestro regreso. De momento, eso no me afecta demasiado.

—¿Tú crees?

—En este momento no me afecta, más adelante lo decidiré con Elena.

En ese instante comenzó a llover. Hicieron un alto para proteger con encerados las mercancías que cargaban las mulas, mientras los hombres hacían lo propio.

La entrada a Querétaro la hicieron bordeando la pirámide escalonada del Gran Cué, en Pueblito, construida por los Toltecas, sobre la que los españoles construyeron un fortín en lo alto de la misma.

—¿Quieres que te cuente una historia sobre esta ciudad?

—Siempre es interesante conocer las historias de los lugares por donde pasas ¿no crees?

—Así lo entiendo yo, y me intereso por conocer lo mejor que puedo la historia de esta colonia española.

»Cuenta la leyenda, que en 1523, cerca del poblado Andamexei, nombre primitivo de Querétaro, con estruendo resonaron los clarines, el teponaztle y el huéhuetl, la chirimía y el caracol, y al ritmo de bailes y alaridos, se inició la guerra por parte de los indios Chimichecas y Purépechas contra los conquistadores españoles comandados por Fernando de Tapia «Conin» —*indio convertido y bautizado por Juan Sánchez de Alanís, criado del encomendero Don Hernán Pérez de Bocanegra, quien fue nombrado Capitán General de la comarca de los Chichimecas, para su pacificación, por el que fue nuestro rey, Don Carlos I de España*—.

Los indígenas chichimecas, bajo el mando de sus jefes «Lobo y Coyote», iniciaron el ataque disparando sus flechas a lo alto.

En el campo retumbaron las descargas cerradas de los mosquetes, y con la polvareda que levantaban los pies de los combatientes, el humo de la pólvora y las flechas disparadas al viento, se produjo un eclipse de sol que oscureció el día de tal manera, que se hicieron visibles las estrellas, mientras la lucha se prolongaba sin que ningún bando se rindiera.

Cuando el ejército al servicio de la Corona Española desfallecía, ante el ímpetu de los indomables chimichecas y purépechas, apareció en los cielos nuestro Señor

Santiago, montado en un brioso corcel blanco, blandiendo una espada en una mano y una gran Cruz luminosa en la otra. Los indios, al verla, gritaron: «ÉL ES DIOS», y comenzaron a danzar, rindiéndose y aceptando la sumisión a la Corona de España, quedando prisioneros veinticinco mil indios chimichecas y purépechas, armados con arcos y flechas, donde cada indio portaba hasta cinco carcajes, hechos con las pieles de diferentes animales.

Bueno, es cierto que hubo una batalla entre indios y españoles, y ésta, al igual que todas las guerras, a lo largo de la colonización, fue cruel y mucha gente murió. Sin embargo, creo que se trata de una leyenda escrita para ser leída en público, dentro de los monasterios o iglesias, y que solo buscaba resaltar la intención moral o espiritual de los asistentes. No creo que tuviese ninguna rigurosidad histórica.

—Imagino que todos los pueblos y ciudades de México tendrán su historia de batallas contra los españoles.

—Así es, Pablo. Hemos hecho cosas muy buenas por los indios, pero en la mayoría de las ocasiones ha sido por la fuerza de las armas o mediante la predicación, enseñanza e implantación de la fe católica en los territorios de la Nueva España, con la transmisión de nuestra cultura occidental, amparados por la Iglesia de Roma. Los conquistadores, justificaron en todo momento sus acciones expansivas en el derecho divino y la enseñanza de la fe católica para los infieles.

Hernán Cortés —a sabiendas de la situación del clero secular en España—, solicitó en su tercera Carta de Relación a Carlos I, «*misioneros de las Órdenes de San Francisco y Santo Domingo, los cuales tengan los más largos poderes que Su Majestad pudiere*», quienes arribarían a los territorios recién conquistados para enseñar la religión católica a los conquistados.

Los religiosos de dichas órdenes, poseían una trayectoria misional anterior y fueron designados por la monarquía española como los encargados de liderar la labor misional en la Nueva España, con atribuciones especiales, como la posibilidad de impartir sacramentos y la administración de fondos económicos propios, basados en el establecimiento del Regio Patronato Indiano.

—Lo supongo, Antonio. En España, los frailes siguen manteniendo mucho poder, y supongo que aquí ocurrirá igual. Voy a ver cómo andan los hombres —comentó, separándose de la cabecera, para ir revisando el estado de mulas y hombres hasta llegar a la última.

—¿Todo bien?

—Todo bien, patrón —le fueron contestando cada uno de los arrieros que componían la reata.

—Nos quedan dos leguas para llegar a Querétaro, y allí descansaremos y descargaremos algunas mulas.

—Ta bien, patrón, lo que usted mande.

Pablo regresó con Antonio para continuar el viaje en su compañía.

—¿Tienes mucha mercancía para entregar aquí?

—Algunas mulas. Ahora entraremos por debajo del acueducto que construyó el Marqués de la Villa del Villar del Águila, quien comenzó la construcción con capital propio y se terminó en 1735 a petición de las monjas capuchinas, quienes expresaron, que era triste que una ciudad tan bella no contara con agua limpia, pura y transparente, que además ha llevado agua a más de veinte fuentes repartidas por la ciudad.

Luego llegaremos a la plaza mayor, donde se encuentran los mayoristas criollos que pidieron mercancías de Acapulco y fardos de vellón de lana de oveja para los trapiches textiles de San Miguel el Grande, Celaya y Salamanca; descargaremos cuando llegemos y marcharemos a entregar una pequeña parte del azogue en unas pequeñas explotaciones mineras que hay en Sierra Gorda. Después haremos noche en la hacienda el Potrero, de buen un amigo mío, y a la mañana siguiente saldremos hacia Guanajuato.

Bueno, Pablo, tú ya has hecho esa ruta y sabes los peligros con los que nos vamos a encontrar a partir de mañana, entre esas sierras de Dios.

Posiblemente tengamos visitas de los indios chimichecas, que querrán apoderarse de nuestros caballos y mercancías, así que, tendremos que tener los ojos bien abiertos y los fusiles prestos a disparar.

—Sí, Antonio, conozco la situación, aunque yo no sufrí ningún asalto en mi regreso por esta zona. Haremos las cosas a tu manera.

De todas formas, si rodeamos el Cerro de San Pedro y cruzamos el arroyo de Jalpilla, el camino discurre por un valle paralelo al Cerro Comonfort, con tierras llanas y pastos verdes, en las que será difícil que nos sorprendan.

—Creo que tienes razón, Pablo. Además, tengo entendido, que recientemente, el cabildo de Querétaro ha distribuido mercedes a los indios y criollos de la zona para la constitución de ranchos para cultivo y cría de ganado mayor y menor.

Entregaremos las mercancías a los mayoristas y emprenderemos camino hasta el primer rancho que encontremos. Espero que nos den albergue para una noche, y no tendremos que desviarnos de nuestro camino para ir a la Hacienda el Potrero.

—Me parece lo mejor, Antonio.

—¡Patrón! ¡Patrón! —gritó, uno de los indios nahua que custodiaban la reata y que se encontraba más próximo a los dos hombres—. He oído lo que estaban comentando, y los ranchitos que pueda haber por la zona son poco fiables.

—¿Tú crees, Atzin? —preguntó Antonio, sorprendido.

—¡Sí, patrón! Los ranchitos de esta zona son de indios chichimecas y podrían robarnos por la noche si no nos hacen algo peor.

—¿Y dónde crees tú, que podríamos acampar? Toda esta zona es bastante llana, y por la noche podríamos sufrir algún ataque de chichimecas rebeldes sin que tuviésemos apenas defensa.

—Pasadas unas leguas, si nos desviamos del Camino Real una legua, llegaremos al cauce del río Laja, en la Cañada de la Virgen. Allí hay un pueblo tolteca muy

antiguo con pirámides. Está deshabitado y nos puede servir de refugio.

—Me parece buena idea —dijo Pablo.

Horas más tarde, llegaron a una alineación de pirámides toltecas, de origen prehispánico.

El indio náhuat llamado Atzin, que como Mazahua, el capataz de Antonio, había realizado muchos viajes anteriores por el Camino Real, les explicó que se trataba de varias construcciones antiguas, entre la que destacaba la Casa de los Trece Cielos, en la parte central de pueblo, con una altura aproximada de unos quince metros, escalonada, en cuya parte superior, había una explanada hundida que debió servir para el culto ceremonial a las deidades tribales y observaciones del cielo, pero también se podía considerar un buen baluarte defensivo desde el que se podía dominar visualmente toda la cuenca central del río.

—Aquella otra pirámide es el Templo Rojo, que se debía utilizar, por las características de sus pinturas, desvaídas con franjas horizontales rojas y negras, como panteón de los jefes toltecas; y la que hay a su lado, formando parte del recinto central piramidal, es la Casa de la Noche más Larga, que en su tiempo debió estar destinada a las funciones públicas de la tribu —refería el indio.

En todas las construcciones, se mostraba una predilección por el color, en las que predominan el rojo, el amarillo, el anaranjado y el verde, aunque no lo pudieron apreciar hasta la mañana siguiente.

—Muy bien, Atzin, el lugar me gusta, pero hacer subir a las mulas y caballos por las escalinatas de cualquier pirámide, supone una locura. ¿No hay nada mejor para pasar la noche, donde las bestias y nosotros estemos a resguardo?

—Creo recordar, que había por aquí una edificación circular, con unos muros cimentados con sillares tallados, de alguna cantera próxima, que no levantaban más de metro y medio de altura, pero que posiblemente tenga suficiente espacio para albergar a caballerías y hombres —comentó Atzin.

En la parte oeste del Templo de los Trece Cielos, casi a la entrada que conformaba la plaza constituida por las pirámides anteriores, se encontraba la construcción circular a la que había hecho alusión Atzin.

Entraron en la misma, descargaron las mulas y los caballos, y encendieron una hoguera en el centro la construcción, cenaron algo de tasajo con algunos trozos de hogaza de pan que había comprado Antonio en Querétaro, y se distribuyeron la

guardias como habían hecho anteriormente, pero cada hombre se situaría en la parte superior de cada edificio: uno en la Casa de los Trece Cielos, otro en lo alto del Templo Rojo, y el otro sobre la Casa de la Noche más Larga.

De esta forma, podrían dominar cualquier acceso al lugar donde se encontraban hombres y caballerías.

La noche transcurrió sin más alteraciones que las producidas por el aullar de algún coyote, y a la mañana siguiente, tras el consabido desayuno de café aguado y amargo, emprendieron el camino, atravesando el río Laja, por un puente empedrado, construido hacía años por los conquistadores españoles. Dieron de beber a las caballerías y continuaron su camino hacia Guanajuato.

A una legua de la población, ya se distinguían las cúpulas de la basílica de Nuestra Señora de Guanajuato, la iglesia parroquial llamada de los Hospitales y el templo de San Francisco, que se hallaba en construcción.

La ciudad de Guanajuato, atravesada por los ríos Guanajuato y Laja, fueron utilizados a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, por las actividades mineras de San Juan de Rayas, Mellado, Cata, la Valenciana y Sirena, que se encontraban en la Sierra de Guanajuato, a pocas leguas de la ciudad en parte norte.

Dos horas después, Antonio entraba por la calle de los Mesones, mientras una cantidad de curiosos le seguía hasta la plaza Mayo, que era donde situaban los comerciantes sus almacenes.

Pablo había quedado a la entrada del pueblo con todas las mulas que llevaban el azogue para las minas —las suyas y las de Antonio—, y se volverían a reunir, cuando el gallego hubiese entregado las mercancías propias y las del Galeón de Manila a los comerciantes de Guanajuato, para después dirigirse al norte de la ciudad, donde entre aquellos cerros se encontraban las minas de la Peregrina, Villalpando, San Nicolás, La Sirena, La Garrapata, Rayas-Mellado, La Cata, Tepeyac y Santa Ana, que eran a las que iba dirigido el azogue que llevaban las mulas de Antonio, mientras Pablo solo descargaría en la Valenciana, que era a la que le había llevado una partida anterior del total comprado y del que debía entregar el resto, por lo que habían quedado en reunirse de nuevo en la entrada norte de Guanajuato, cuando hubiesen realizado las entregas.

El primero en llegar a su destino, fue Pablo con sus veinte mulas, y como en la ocasión anterior, buscó al administrador para que le dijese dónde descargar el azogue de las mulas, mientras le entregaba los documentos oficiales de intendencia de la Real Hacienda de Veracruz para el transporte, con el fin de que diese el visto bueno y le pagase el precio convenido por quintal, o sea 12 reales de plata de a ocho por cada arroba de azogue.

El administrador encontró conforme la documentación y la mercancía, pero le propuso a Pablo comprarle sus veinte mulas, pues necesitaban animales de tiro para la extracción del mineral, debido a que la explotación de la mina iba en aumento.

—No es posible, señor, se trata de mi medio de vida.

—Le pagaré veinte reales por animal.

Pablo pensó en la oferta. Pensó, que tal vez pudiese comprar más mulas en Veracruz, pero ese era casi el importe que él había pagado por cada una de ellas, sin embargo, regresar a la hacienda Aldasoro con mucha más rapidez para volver a ver a Elena, era una idea que le tentaba, aunque por otra parte, no podía dejar solo a Antonio, aunque fuese con sus hombres, ya que el viaje lo habían realizado juntos.

Se entretuvo pensando, que aunque Antonio llevase sus mulas, estas irían descargadas y caminarían más rápido, pudiendo hacer el viaje de regreso en menos tiempo.

Mientras Pablo pensaba en todas las opciones, el administrador de la Valenciana se impacientaba.

—Estoy dispuesto a pagarle hasta treinta reales por cada mula. Es un precio exagerado, lo sé, pero necesito animales de tiro de manera urgente o tendré que parar la extracción de mineral en algún túnel y las pérdidas aún serían mayores hasta que pueda conseguir más mulas.

Pablo ya no lo pensó más. Era mucho más de lo que él había pensado que se pudiese conseguir con la venta de sus animales.

—De acuerdo, señor. Le venderé mis mulas por treinta reales de plata cada una. Y si necesita más mulas, hablaré con mi socio, que ha ido a llevar azogue a otras minas, por si también le quiere vender las suyas.

—¿Cuántas tiene?

—Creo que veinticuatro más.

—Pues dígame que estoy interesado en comprárselas también. Pase conmigo a mi despacho, y le pagaré mientras me firma unos documentos.

Pasaron los dos al interior del edificio, y en el despacho extendió un recibo de pago por el transporte de azogue y otro por la compra de las mulas. Luego entró en una habitación contigua, de la que salió llevando dos saquitos de cuero con monedas.

—¡Cuéntelo! Usted me ha traído 80 quintales de azogue, o sea, 160 arrobas, que a 12 reales por arroba, hacen un total de 1920 reales de a ocho, de los que usted ya habrá cobrado en la intendencia de la Real Hacienda de Veracruz, el 10 por ciento del importe total del transporte, ¿no? En cuyo caso, le he de pagar por el transporte, 1728 reales, más otros 600 por la venta de las mulas. ¿Está de acuerdo?

—Sí, estoy de acuerdo, señor, aunque posiblemente tenga problemas para encontrar mulas como esas para mi negocio.

—No se apure por eso. En Veracruz, seguro que encuentra más mulas que por

aquí.

Por favor, cuente el dinero y fírmeme los documentos. En una bolsa hay mil setecientos veintiocho reales y en la otra seiscientos.

Después de contar el dinero y ver que estaba conforme, firmo los recibos de pago, recogió el documento de entrega de la mercancía, estrechó la mano del administrador de la mina la Valenciana, y se despidió de él hasta otra ocasión.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted, señor...

—Raúl de Vistahermosa.

—Pues encantado de conocerle, y espero seguir suministrándole el azogue que compre en España.

Cuando salió del edificio, sus hombres le estaban esperando con las mulas aligeradas de carga y dispuestos a marchar a Guanajuato.

—No, muchachos, las mulas se quedan aquí. Las he vendido para que el regreso lo hagamos más rápido.

He pensado en pagaros vuestro salario ahora mismo y que cada cual haga lo que más le convenga. Podéis regresar con Antonio y conmigo, o podéis marcharos por vuestra cuenta. Os habéis portado bien, y quiero recompensar vuestro trabajo, por eso he pensado en pagaros treinta reales a cada uno por este viaje. ¿Estáis de acuerdo?

—Lo que usted diga, patrón —respondieron todos, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues montemos en nuestros caballos y esperemos a Antonio a la entrada de Guanajuato.

Mientras esperaban a Antonio y sus hombres, el indio nahua de la cuadrilla de Pablo, se acercó a unos de los mesones de la calle del mismo nombre para comprar una botella de barro cocido con tequila. Querían celebrar el viaje y el salario que habían cobrado.

Dos horas después, aparecían Antonio y sus hombres con la reata, quien se extrañó de que Pablo no llevase ninguna mula.

—¿Qué has hecho con tus animales?

Pablo se echó a reír.

—Los he vendido, Antonio. Al administrador de la mina la Valenciana.

—¡Estás loco! ¿Con qué vas a trabajar ahora? ¿Ya has abandonado tu sueño de hacerte rico?

—En absoluto, Antonio, pero me han ofrecido treinta reales de plata de a ocho por cada animal, y no me he podido resistir. Igual, Don Fernando tiene mulas para venderme en su hacienda y posiblemente me cuesten más baratas, ¿no crees? Además, podremos ir más ligeros si quieres vender las tuyas también.

—¿Al mismo precio?

—Eso me dijo. Y me preguntó cuántas tenías.

—A ese precio también me interesa vendérselas. Estás hecho un negociante de mucho cuidado.

—Pues vayamos a verle, Antonio. Está muy cerca de aquí.

Si te parece, podríamos dormir en algún mesón de pueblo mientras los hombres se divierten un poco, y mañana al alba salimos hacia México para recoger a tu mujer, la carreta y el resto de mulas que te quedan.

—No es mala idea. Al menos, dormiremos en una cama, a cubierto, y sin peligro de asaltos nocturnos.

De nuevo regresaron con la reata de Antonio y sus hombres a la mina la Valenciana.

Pablo se dirigió al edificio en que le había atendido el administrador y preguntó por él.

—¡Ah!, ¿ya ha regresado usted?

—Sí, Don Raúl. Con mi socio y sus mulas. Supongo que mantiene el precio que me ha pagado a mí.

—¡Qué remedio! Pero ir a buscar mulas por las poblaciones de los alrededores, me costará mucho más en tiempo y salarios de lo que les voy a pagar a ustedes. ¿Cuántas mulas me traen?

—Veinticuatro —respondió Antonio.

—Dígale a sus hombres que dejen las mulas en aquél cobertizo —expuso, señalando un lugar no muy distante de donde se encontraban—, y pase para firmarme el recibo del pago que le voy a hacer. Uno de mis hombres les acompañará al cobertizo y comprobará que los animales están en buenas condiciones.

Pasaron dentro del recinto, y una vez en el despacho del administrador, éste preguntó: ¿Quién de ustedes es el que me vende las mulas?

—Antonio Quiroga, Don Raúl.

—¿Cómo quiere que le pague, en monedas o en lingotes?

—En reales de a ocho, si no le importa.

—Antonio, yo no tengo preferencias.

Extendió el recibo y se retiró a la habitación contigua, para salir de nuevo con una bolsa de cuero con monedas.

—Si no me he equivocado, son setecientos veinte reales. Cuéntelo y fírmeme el recibo, por favor.

Antonio contó el dinero, firmó el recibo y estrechó la mano del administrador.

Después salió de la estancia con Pablo.

Una vez fuera, Antonio llamó a sus hombres para pagarles su salario como hiciese Pablo anteriormente con los suyos, y regresaron todos a Guanajuato para buscar un mesón donde cenar y dormir.

—Hemos hecho un buen negocio, Pablo. Ahora regresaremos en tan solo dos días y medio, al no tener el paso cansino de las mulas.

—Sí, Antonio. Estoy deseando ver a Elena antes de lo esperado.

—La verás, muchacho, la verás.

El regreso al día siguiente, lo hicieron a caballo, a medio galope, sin por ello cansarlos, y al medio día del tercero, entraban otra vez en la hacienda Aldasoro, tal y como había pronosticado Antonio.

De regreso a la hacienda

Diecisiete jinetes a caballo, llegando por el camino que conducía a la casa, no pasó desapercibido a ninguno de los peones que había en los campos cercanos, que se acercaron por si había sucedido algo grave.

Sin embargo, la llegada de Pablo, Antonio, y los hombres de ambos, fue recibida con satisfacción por parte de Brígida y Elena.

Una vez desmontados de sus cabalgaduras, Brígida se abrazó a su marido y, extrañada por la ausencia de la reata de mulas, le preguntó alarmada:

—¿Y las mulas? ¿Os han asaltado por el camino? ¿Qué ha ocurrido?

Elena también se había acercado a Pablo. Le dio un abrazo discreto y un beso en la mejilla, pues ante tanta gente no quería demostrar el amor que sentía por el joven.

Pablo rodeó cintura de ella con uno de sus brazos y devolvió el beso en la misma forma, en la mejilla, entendiendo que la situación podía ser demasiado comprometida para Elena.

Elena, al escuchar las preguntas de Brígida a su marido, también expresó una cierta angustia.

—¡No os asustéis! ¡Todo ha ido bien! ¿Os parece mejor que entremos en la casa y contamos la historia?

Mientras las mujeres asentían y se dirigían a la cocina, Antonio ordenó a sus hombres que desensillasen los caballos y los llevasen al establo para cepillarlos del polvo acumulado, pidiendo a continuación, a Elena, que diesen a los animales una ración de grano con el forraje y el agua que necesitasen.

Elena dio las órdenes oportunas a dos peones mestizos que se habían acercado al lugar, y luego acompañó a los hombres y a Brígida hasta la cocina.

Una vez aposentados alrededor de la rústica mesa, dio instrucciones a Adela, una de las criadas, para que les preparasen unas limonadas, pensando que los hombres lo agradecerían después del viaje de regreso.

—¿Ya nos puedes contar lo que ha pasado, para que regreséis sin las mulas? —preguntó Brígida.

Antonio se echó a reír, mientras Pablo solo sonreía, ante la cara de preocupación de las dos mujeres.

—¡Todo ha sido culpa de Pablo! —respondió, sin dejar de reír, ante la cara de extrañeza que pusieron Brígida y Elena, después de escuchar aquella acusación.

Las dos volvieron su cabeza hacia Pablo, que también reía a carcajadas.

—Eres una mala persona, Antonio. Tienes a las mujeres en ascuas. ¿Lo cuentas tú o lo cuento yo? —preguntó Pablo, sonriendo.

—No. Vale. Yo lo cuento —dijo ya, sin reír a carcajadas, pero con una sonrisa mordaz en los labios.

Las cabezas de las mujeres se tornaron de nuevo hacia Antonio, esperando saber qué era lo que les iba a decir.

Cuando llegamos a Guanajuato, Pablo llevó el azogue de sus mulas a la mina la Valenciana y yo me fui a la sierra para entregar el que yo llevaba para las otras minas.

Habíamos quedado reunirnos a la entrada de Guanajuato para regresar aquí, pero mi sorpresa fue encontrarme a Pablo y sus hombres sin ninguna de sus mulas.

—Me extrañé de la misma manera que vosotras y le pedí a Pablo una explicación, por si había tenido algún tropiezo, pero no. El muy bandido las había vendido todas por el triple de precio que le habían costado en Veracruz... —En ese momento, Antonio volvió a estallar en carcajadas.

—¡Y..., yo que creí..., que era un aprendiz de comerciante...! —dijo sin parar de reír.

Su risa contagio a Pablo, Elena y Brígida, que también estallaron en carcajadas, una vez rota la inquietud y el suspense al que las había inducido Antonio.

—¿Y qué hiciste tú? —preguntó Brígida, entre risas.

—Vender..., las mías..., también —respondió Antonio, entrecortándose por las carcajadas—. Pagué a los hombres por el trabajo, y fuimos a cenar y a dormir a un mesón de pueblo. Al día siguiente emprendimos el regreso hasta aquí.

—Elena, ¿y su padre? No le he visto —preguntó Antonio, intrigado.

—Le mandó llamar el virrey. No se trataba de una audiencia normal. Había una reunión de gobernadores y militares por no sé qué asunto que le dirían en el palacio.

Supongo que querrán arreglarse un poco antes de comer, ¿no?

—Sí, por supuesto —dijo Pablo—. Llegamos tan llenos de polvo como los caballos.

En aquél instante, Adela llegó hasta la mesa, con una gran jarra de barro que contenía la limonada que había pedido Elena minutos antes.

—No la pude traer antes porque tuve que andar a buscar las limas, señorita —se excusó la criada por la tardanza.

—No te apures por eso. Seremos dos más a comer, porque no sé a qué hora llegará el patrón.

—Conforme, señorita. Comerán como en una horita, ¿sí?

—De acuerdo, Adela —respondió Elena.

Luego, dirigiéndose a Pablo, le dijo: ¿Te acompaño a tu habitación? Dispuse que te subieran tu ropa limpia después de lavarla.

Brígida y Antonio, entendieron aquél comentario como una invitación para que fuesen al dormitorio que les habían asignado, y desaparecieron por la puerta que daba al patio interior de la casa, y a las escaleras que llevaban a la parte alta, quedando en la cocina solos, Elena y Pablo.

—¡Cómo te he echado de menos, mi amor! —dijo Elena, mientras se colgaba del

cuello de Pablo y le daba un ardiente beso en la boca.

—Y yo a ti también, princesa. Hasta Antonio me dijo que cabalgaba pensativo.

—¿Quieres darte un baño?

—Me gustaría, pero sin criada que me raspe la espalda.

Elena se echó a reír.

—Lo puedo hacer yo, si tú quieres. Mi padre no regresará hasta la caída de la tarde. Le ha invitado a comer el virrey en palacio para tratar asuntos del Territorio. Así que tenemos mucho tiempo para nosotros —expuso Elena, un tanto mimosa y arrebolada.

—Sí, claro que me complace. Tengo muchísimas ganas de estar contigo a solas.

—Yo también, amor.

Elena dio orden de que preparasen uno de los baños, con agua caliente y toallas grandes.

—Todavía estoy como en un sueño, Elena. Aún no me creo que me esté pasando esto contigo. Que me haya enamorado de ti como un niño pequeño y que tú me correspondas.

—Los sueños son bonitos a veces, pero esto es real, Pablo. Quiero vivir contigo el resto de mi vida.

—¿Y tu padre?

—¿También quieres vivir con él? —preguntó Elena, mientras soltaba una enorme carcajada que contagió a Pablo.

—Te preguntaba, que qué opinará tu padre —dijo, cuando se calmaron las risas.

—¿Recuerdas que te dije, que cuando llegase el momento hablaría con él? Pues lo hice hace tres días. Le dije que me había enamorado de ti y que tú me correspondías.

—¿Lo tomó bien? —preguntó Pablo, lleno de duda.

—En un principio, no. No lo tomó bien. Me dijo que tú no eras de nuestra clase.

—Y es cierto, Elena, por mucho que me empeñe, no soy de vuestra clase.

—Eso le dije a mi padre, que efectivamente no eras de nuestra clase. Que no eras de esos petimetres con títulos que visitan al virrey una vez al año para adularlo y hacerle reverencias. Le dije..., que tú eras mejor que todo eso. Que eras un hombre de pies a cabeza, y que partiendo de una familia humilde, conseguirás hacer fortuna en Nueva España. Que ya habías conseguido una pequeña fortuna en el poco tiempo que llevabas aquí, más otra pequeña fortuna que trajiste de España —respondió Elena, poniendo bastante pasión en lo que terminaba de decir.

—¿Y qué dijo tu padre?

—¿Mi padre?... En principio se sorprendió, pero no pareció que le convenciese. Sin embargo, contrariada por su negativa, le alcé un poco la voz para decirle, que con su consentimiento o sin él, solo me casaría con aquél hombre del que estuviese enamorada.

Luego le pedí disculpas por haber hecho lo que jamás se me habría ocurrido hacerle a mi padre: levantarle la voz.

Después le di un fuerte abrazo, le cogí la cabeza con mis manos y le di un beso en la frente, pidiéndole que te ayudase en aquello que él pudiese y tú aceptases.

—No debiste enfrentarte a tu padre, Elena. Y menos por mí.

—¿Entonces..., por quién debo hacerlo, si no es por el hombre al que amo?

—Mira, Elena, toda mi vida ha sido una constante lucha por sobrevivir, mantenida por un deseo, por una ilusión: hacer fortuna. Y eso fue antes de conocerte.

Ahora he encontrado a la mujer de mi vida y no estoy dispuesto a renunciar a ti. ¿Lo entiendes? Soy arriero, y de esa manera me gano muy bien la vida, gracias a Brígida y a Antonio. Seguiré con ellos hasta conseguir esa fortuna que ansío para poder comprar unas tierras, crear una hacienda como la que tenéis vosotros y pedir tu mano a tu padre. Y si he de comprar algún título, lo haré, pero eso no me va a hacer mejor de lo que soy.

—Eso ya lo sé yo.

Pablo escanció una buena ración de limonada en uno de los vasos de cristal que había traído la criada y lo bebió de un trago.

Aquella conversación le había puesto de mal humor. No por Elena, que le había defendido con energía, sino por el empecinamiento de Don Fernando.

Elena se acercó a Pablo, le rodeo los hombros con sus brazos y le besó en la boca suavemente.

—Cálmate, ¿quieres? Todo se solucionará en su momento. Dale tiempo al tiempo. Ahora, lo mejor que puedes hacer, es darte ese baño del que hemos hablado.

Terminaba de decir esas palabras, cuando entro una de las criadas para decirle que el baño estaba preparado.

Elena le dio otro beso para reconfortarlo.

—¿—Más tranquilo?

—¿Me queda otro remedio, Elena? —respondió él, mientras le tomaba las dos manos con las suyas.

—Sí, ir a tomar el baño —dijo con una sonrisa. ¡Anda, vamos! El tiempo se nos echa encima y hemos de estar listos para la comida. Nos quedan, escasos cuarenta y cinco minutos.

Salieron deprisa, entre risas, para subir las escaleras que daban a la planta de dormitorios y baños. Uno de los baños tenía la puerta entreabierta. Entraron, y Elena cerró la puerta a sus espaldas.

Luego volvió a rodear el cuello y hombros de Pablo con sus brazos y le dio un apasionado beso en la boca, para..., instantes después, comenzar a despojar al joven de su vestimenta hasta que quedó completamente desnudo, mientras él la dejaba hacer, observando la cara de placer que ponía con cada pieza de ropa que le quitaba.

—¿Qué quieres que haga yo ahora? —le preguntó Pablo.

—Desnúdame como yo he hecho contigo —dijo ella, mientras sentía una excitación interior por lo que esperaba que Pablo hiciese.

Le quitó la chaquetilla corta que llevaba puesta. Luego le siguió la chorrera que llevaba sobre el cuello de la camisa, para, a continuación, despojarla de la camisa y dejarla con el torso desnudo.

Pablo observó sus pechos, con la aréolas claras y sus pequeños pezones erectos, y los besó los dos, mientras Elena gemía.

Le llegó el turno a los calzones, que dejaron al aire su pubis con una espesa mata de pelo negro que Pablo acarició con delicadeza, mientras Elena volvía a gemir de placer.

Le dijo a Elena que se sentase sobre el borde de la bañera llena de agua para poder quitarle las medias de lino que llevaba puestas. Elena también se dejaba hacer, aunque cada vez que Pablo se acercaba a ella para quitarle alguna prenda de ropa, lo acariciaba con pasión.

Sentada como estaba en el borde de la bañera, atrajo hacia sí a Pablo. Le besó amorosamente mientras sus manos exploraban otra vez el cuerpo de Pablo.

—¿Qué me has hecho, Pablo? Yo nunca he sido así, ni jamás podía haber pensado que el amor fuese de esta manera, tan arrollador, que a veces no me deja pensar ni ser yo misma.

—Yo te podría hacer la misma pregunta, Elena. ¿Qué me has hecho, para que siempre esté pensando en ti, en estar a tu lado?

Poco a poco, sus cuerpos fueron resbalando hasta encontrarse los dos dentro de la bañera, con el agua todavía caliente, y aquello los excitó más.

Hicieron el amor allí mismo, entre jadeos y derramamientos de agua por el suelo. Al cabo de unos minutos, relajados los dos, pero abrazados todavía, rieron satisfechos.

—¿Nos salimos ya? —preguntó Elena.

—Yo me encuentro muy a gusto aquí —respondió Pablo, con una sonrisa irónica.

—Yo también, cariño —respondió entre risas—, pero hemos de vestirnos para bajar a comer. Puede que nos estén esperando.

—Tienes razón. Ellos no tienen la culpa de nuestros juegos amorosos y a lo mejor tienen hambre. ¿Sabes una cosa?

—Qué.

—Que a mí también me ha entrado un hambre atroz.

Cuando entraron en la cocina, ya vestidos con ropas limpias, Antonio y Brígida les estaban esperando, sentados a la mesa. Sobre la misma, cuatro platos con sus correspondientes cubiertos, vasos, y servilletas de lino sin bordar, se encontraban dispuestas para los comensales. En el centro de la mesa, una fuente con unas raciones de pollo a la mexicana, estaban listas para los comensales.

Al verles entrar, Brígida, sonriendo, les dijo:

—Pensamos que les había ocurrido algo.

Respondieron con unas sonrisas encubridoras.

Llegó la criada con una jarra de vino de Valdepeñas, la situó en el centro de la mesa y preguntó:

—¿Quieren que les sirva yo?

—Sí, Adela, por favor —respondió Elena. Sirve primero a los esposos.

Adela sirvió la comida y el vino a los cuatro, y se retiró, para al cabo del rato regresar de nuevo por si querían café y unos bollos que habían preparado anteriormente en la cocina.

Todos lo aprobaron.

—¿Les apetece un tequilita? —ofreció Elena.

—Sí, estaría bien, mientras hablamos de nuestros proyectos futuros —respondió Antonio.

Ahora tenemos que reponer las mulas que vendimos en Guanajuato, pues con las nuevas autorizaciones a los barcos de registro suelto, ya no hemos de esperar a que llegue ninguna flota desde España con mercancías, y podemos ampliar nuestras ventas a más poblaciones de Nueva España.

—Nosotros disponemos de bastantes mulas, pero deberá hablar con mi padre sobre el precio —dijo Elena.

—¿Tú que piensas hacer, Pablo? —le preguntó, intrigada.

—Debo seguir trabajando como arriero. Hasta ahora no me ha ido mal y debo seguir esa buena racha. Ya sabes que quiero hacer fortuna.

—Pensé..., que, después de todo lo que hemos hablado y lo que hemos compartido, te quedarías aquí conmigo —respondió Elena, sin ningún pudor.

Antonio y Brígida se miraron, interpretando que entre los dos jóvenes había algo más que una simple atracción, algo que corroboraba sus impresiones sobre el enamoramiento de los dos jóvenes.

Siguieron durante el resto de la tarde, entre tequila y tequila, hablando de la estancia, de Brígida en la casa, el trabajo de sus hombres en el campo y de las experiencias tenidas, y los proyectos futuros de Pablo y Antonio, cuando oyeron ruidos de caballos en la plaza exterior de la casa, junto a la de la fuente, y salieron para ver si era Don Fernando que ya había regresado.

Efectivamente, se trataba del dueño de la casa.

Había llegado con tres hombres más de su confianza que le servían de guardaespaldas por si surgía algún incidente durante el trayecto de ida o regreso del palacio del virrey, pero lo que más le llamó la atención a Pablo, fue su atuendo y aspecto, ya que nunca le habría imaginado así, pero como era muy observador, se interesó por su vestimenta.

Al verle tan atento en su padre, Elena le preguntó:

—¿Qué miras con tanto cuidado?

—Me gusta cómo va vestido tu padre.

—Se trata de uno de sus trajes de gala. Este se lo pone para ir al palacio del virrey, pues no debe desentonar entre los asistentes aunque tengan más rango que él en otros aspectos, ya él es el capitán del Regimiento de los Dragones de Cuera, de la guarnición de la provincia de México.

Todavía estaba desmontando de su caballo Truhan, cuando los cuatro salieron a recibirle.

—Hola, Padre. ¿Cómo ha ido la audiencia? —le dijo al acercarse a él, para darle un beso de bienvenida.

—Hola, cariño —dijo, respondiendo al beso de su hija—, ha ido bien, pero es largo de contar. Tal vez te lo cuente durante la cena —comentó, mientras entraba en la casa.

Elena, ¿quieres pedirle a Adela o a Guadalupe que me preparen el baño? Vengo bastante cansado y necesito relajarme.

Elena marchó a la cocina para cumplir en encargo de su padre, mientras Pablo, Antonio y Brígida, se quedaban en el lugar para saludar al dueño de la hacienda.

—¿Ya han llegado ustedes de su viaje? —preguntó, mientras les tendía la mano a los dos arrieros.

Deben disculparme. Ahora tengo necesidad de darme un baño y cambiarme de ropa. Durante la cena hablaré con ustedes dos, pero con mayor interés, con usted, Pablo.

—Como usted diga, Don Fernando —respondió Pablo, arrugando el entrecejo con preocupación.

Mientras le veía marchar, se fijó con más detenimiento en el atuendo del padre de su amada.

Don Fernando llevaba peluca corta empolvada, con unos bucles enrollados sobre las sienes y terminada en una trenza que llevaba anudada con una cinta en forma de lazo, que le caía por la espalda, y sobre ella, tocaba un sombrero de tres picos, al estilo francés, seguramente confeccionado en paño negro, de ala ancha doblada hacia arriba y decorado con greca fina dorada que circundaba toda el ala, con una pluma blanca en un lateral, contando con tres botones para permitir sujetar las alas del tricornio, sujetas a su casco.

Llevaba una casaca larga de paño grueso azul que llegaba hasta las rodillas, un poco más larga que la chupa, para abrochar de arriba abajo con botones por un lado y con grandes ojales por otro, aunque parecían meramente decorativos; la mayor parte de ellos no se abrochaban. La espalda de la casaca tenía costura en medio, y la parte inferior estaba abierta para permitir montar a caballo con facilidad.

Pero la que llevaba en ese momento Don Fernando, estaba abierta y orlada con grecas anchas, doradas, que rodeaban el cuello para bordear todo el ribete de los

faldones. Sobre la casaca llevaba una cinta ancha de color rojo, sobre el hombro derecho, que caía por pecho y espalda y se anudaba con un gran lazo que quedaba a la altura de la cadera izquierda.

Las mangas de la casaca, llevaban, en las dos bocamangas, los entorchados correspondientes a su cargo: dos grecas doradas más estrechas sobresaliendo de las mismas; los puños floreados de una camisa blanca de fino hilo, que terminaba con un cuello alto anudado por una guirindola y medio cubierta por la chupa corta —suponía Pablo—, sin mangas, que llevaba abotonada casi hasta el cuello.

Llevaba calzón corto de pañete también azul, muy ancho y flojo por arriba, y que se debía abrochar con una bragueta en el centro de la cintura, con una tapa montaba sobre ésta, rematando el calzón con unas jarreteras con hebillas, que dejaban ver una pantorrillas fuertes y bien formadas —claro, de tal padre, tal hija, pensó Pablo—, cubiertas por unas medias de hilo fino.

Como complemento, usaba zapatos cerrados de piel oscura, con un poco de tacón, y sujetos por delante con dos lengüetas abrochadas con una hebilla.

En el lado derecho de su atuendo llevaba un espadín, que hacía que se abriese graciosamente uno de los pliegues laterales de la casaca.

Don Fernando, dichas estas palabras a sus invitados, desapareció en dirección a sus aposentos de la parte alta de la casa, y una hora después aparecía en el salón, donde le estaban esperando, sentados a la mesa redonda, los dos hombres y las dos mujeres, un tanto inquietos por las palabras que les había dirigido al llegar.

—Bueno..., ya estoy aquí. Al menos, me encuentro más descansado y ligero al quitarme esa pesada ropa de gala. ¿Sabes si tardará mucho la cena? —le preguntó a su hija.

—Como en una hora, Padre.

—Está bien. Aprovecharé para contarles cual es la situación actual y algunas cosas que se han debatido en la reunión de gobernadores de Nueva España en el palacio del virrey.

Apareció Adela, y Don Fernando le pidió que preparasen unas limonadas para los cinco.

Todos estaban en ascuas, esperando que la criada se retirase para que Don Fernando comenzase a explicarles lo sucedido.

Tengo una mala noticia que darles a ustedes —expuso, dirigiéndose a Antonio y a Brígida—, por el momento, no pueden marcharse de mi hacienda.

Antonio y Brígida hicieron un gesto de extrañeza.

Está nevando en toda la altiplanicie, al sur de México y en la cordillera de Sierra Madre Oriental y Occidental. Hay heladas en todo el Camino Real, sobre todo, en el Cofre de Perote y el Pico de Orizaba, Puebla, Tlaxcala, Xalapa y los picos de Veracruz, con fuertes vientos del océano.

Así que, tendrán que quedarse al menos diez días en la hacienda hasta que se produzca el deshielo y puedan transitar por esos caminos de Dios, que en algunos lugares estarán totalmente anegados.

Si buscan una ruta alternativa por Sierra Madre Occidental, tampoco se lo recomiendo por estar igualmente nevada y los caminos embarrados. Creo que es una locura, irse ahora con la carreta, que se puede ver atrapada en cualquiera de esos lugares aunque lleven mulas y hombres.

—Si la situación es esa, no tendremos más remedio que esperar a que mejore el tiempo. Lo extraño, es que no suele nevar de la manera que usted dice desde hace años.

—Cierto, Antonio, pero no podemos controlar las inclemencias del tiempo. De todas formas, sus hombres pueden ayudar a los míos en la recuperación de las reses que pastan sueltas entre los cerros del otro lado de la hacienda. Debemos marcar a las crías y reunir el ganado en un lugar seguro. Por supuesto, sus hombres no lo harán gratis, y Brígida también puede ayudar preparando comida para los hombres desplazados, llevando su carreta. Allí estará segura. ¿Les parece bien?

—¡Qué le vamos a hacer! Seguramente, perderemos mercancías de algunos barcos de registro suelto que deben llegar a Veracruz en unos días, pero, de acuerdo, le ayudaremos a reunir su ganado.

Luego dirigiéndose a Pablo, le dijo:

—Usted y yo hablaremos después en privado.

—Padre, ¿nos va a comentar lo que han hablado en esa reunión?

—Sí, hija. He de hacerlo porque nos va a afectar muy directamente a nosotros.

Se me ha nombrado de forma interina, teniente coronel de los Dragones de Cuera, e inspector general de toda la frontera noreste del virreinato de Nueva España con muy amplios poderes hasta que venga la confirmación de mi ascenso por su Majestad el Rey.

—Pero yo creí que ibas a solicitar tu renuncia al cargo y al ejército. ¿No era eso lo que dijiste? —preguntó Elena, extrañada por el cambio de planes de su padre.

Antonio, Brígida y Pablo, mostraron cara de extrañeza.

—Ya lo sé hija, pero el virrey me ha encomendado la misión de revisar todos los presidios y misiones de Texas y alguno de Nuevo México. En estos, momentos soy el que mejor conoce la región.

Todo el amplio cordón de presidios que van desde Sinaloa hasta el golfo de México, están envueltos en enormes problemas internos. La mayoría de las veces, relacionados con la corrupción de sus capitanes, que suele derivar en una situación de cuasi abandono.

—Texas, en esta época, no es un territorio bajo control absoluto de España, sino un conjunto de presidios diseminados, junto a algunas misiones, que tienen que subsistir por sus propios medios, convirtiendo la vida de frontera en una experiencia muy dura e ingrata —dijo Don Fernando. Como consecuencia de todo esto, los indios

Apache, Kiowa, Cherokee y Comanches, están también bastante belicosos, y además, cuentan con el apoyo de los comancheros franceses de la Luisiana, que se están infiltrando, desde el oriente de Texas, por todas las costas del golfo de México, propiciando el contrabando de mercancías europeas, en detrimento de las españolas, y debemos terminar con esa práctica.

En el este de Texas, y en general en todo el territorio, el antiguo reglamento, ha demostrado hasta el momento ser un completo fracaso, así que debo elaborar un informe y presentarlo al virrey para que tome las medidas oportunas.

—Mucho trabajo es ese para un solo hombre, capitán —dijo Antonio, que estaba muy pendiente de todo lo que estaba comentando Don Fernando.

—Efectivamente. Por eso lo he querido comentar delante de ustedes.

—Sí, Don Fernando, le agradecemos su confianza, pero no sabemos en qué le podemos ser de utilidad en esa misión suya —respondió Antonio.

—No se apure usted, Antonio. Cuando termine de exponer los motivos del encargo del virrey, le propondré un trato. En estos momentos, la situación del virreinato es casi de bancarrota.

—¿Cómo es posible con la cantidad de plata que se extrae de las minas del norte de México y los impuestos que se cobran a los comerciantes y rancheros? —preguntó Pablo con extrañeza.

—Las guerras europeas han dejado las arcas de la Corona, poco menos que vacías, y en Nueva España, el costo de mantener los presidios y sus guarniciones, más la pérdida de caudales y plata en lingotes enviados a España, cuando nuestros navíos son apresados por las escuadras inglesas, nos han dejado de la misma manera.

Mire, Pablo, el almirante George Anson, al mando de una escuadra compuesta por cinco navíos de guerra, con su buque insignia el HMS Centurión, y los HMS Gloucester, HMS Severn, HMS Pearl, y HMS Wager —*éste último de apoyo*—, tenía la intención de atacar y capturar nuestros galeones de Manila antes de que arribasen al puerto de Acapulco, pero no lo consiguió, a pesar de haberlo intentado en un par de ocasiones, debido a las enfermedades de sus tripulaciones, por escorbuto y disentería, motivando que Anson abandonara las naves HMS Gloucester y HMS Tryal, y concentrara a todos los efectivos útiles en el barco insignia HMS Centurión, que zarpó en dirección a Asia ese mismo mes, con la intención de interceptar al galeón de Manila.

Anson, después de saquear el puerto de Payta, en las costas de Perú, se dirigió a Cantón para carenar su navío de 60 cañones de porte.

El 29 de junio de 1743, el navío inglés avistó al Nuestra Señora de Covadonga, que había salido desde el puerto de Manila, con dirección a Acapulco, portando 1 313 843 pesos y 35 682 onzas de plata, y después de un combate de más de 2 horas, el navío español y su carga fueron presa de la superioridad artillera de inglés. El Covadonga tuvo 120 bajas: 60 muertos y 60 heridos, entre ellos su general, D. Gerónimo Montero y el sargento mayor D. Antonio Bermúdez de Sotomayor.

Un mes después, Anson vendió el Covadonga en Macao y se hizo a la vela para Europa, hace un mes aproximadamente.

Qué duda cabe, que la pérdida del Covadonga y de su tesoro, ha supuesto una pérdida irreparable para las arcas del virreinato y de España.

—Entiendo —respondió Pablo.

—A partir del informe encomendado, el virrey espera poder corregir todos los desarreglos que existen en esa región inhóspita.

—¿Cuándo debe partir, Don Fernando? —preguntó Antonio.

—Es difícil saberlo, Antonio. Primero hay que reclutar a nuevos hombres para engrosar el Regimiento y que me puedan acompañar. Al menos, un contingente de cien hombres.

Hay que proveerles de uniformes, armas y caballos, teniendo en cuenta, que cada soldado precisa de cinco caballos y una mula. Esta última, para transportar su pesado equipaje.

—¿Y cómo va a conseguir tanto caballo? —preguntó Pablo.

Don Fernando sonrió.

—Todavía no ha visto usted toda nuestra hacienda, ¿no? —preguntó a Pablo—. Pues ya es hora de que lo haga, muchacho. Mañana por la mañana, si le interesa, mi hija le puede acompañar a usted en ese recorrido.

La parte que usted ha visto hasta ahora, la zona llana, corresponde a cultivos y pasto para ovejas, cabras y algunas vacas lecheras. El verdadero tesoro se encuentra al fondo del valle que forma la sierra de Guadalupe. Allí, entre pinos, cedros y casuarinas, existe una llanura de pasto verde donde crece el palo dulce, algarrobos, encinos, granados, y algunas higueras que mandé traer de España.

Agua no falta, gracias a algunos arroyos que bajan de la sierra. Y es precisamente ahí, donde tenemos el ganado que pasta libremente, aunque algunas cabezas llegan a subir por la sierra, mezcladas con alguna manada de caballos cimarrones.

—¿Entonces, Don Fernando, habrá que cazar a los caballos y reunir el ganado, no?

—Veo que es usted inteligente, Antonio. Efectivamente, hay que hacer lo que usted ha pensado, y por eso voy a necesitar también a sus hombres mientras estén aquí. También me va a venir bien que su esposa se encargue de la comida de los hombres, como le he dicho anteriormente. Tal vez podría echar mano de alguna de las criadas, pero las necesito aquí, para que cuiden de la casa y cocinen para los hombres que no irán a la sierra.

Sus hombres me han demostrado que son buenos jinetes y eso es lo que me hace falta en estos momentos. Espero que en quince días hayamos terminado el rodeo; luego habrá que domar esos caballos para los soldados que me acompañarán, pero ya será cosa de mis hombres, en los cercados que disponemos para ese menester.

En ese momento, entró Guadalupe para decir que la cena estaba lista.

—¿Quiere que la sirva aquí o en la cocina, patrón?

—En la cocina estará bien, Guadalupe. Todos son de confianza.

—De acuerdo, Don Fernando, ayudaremos en lo que haga falta —dijo Brígida, anticipándose a su marido.

Cuando marchaban todos hacia la cocina, Elena, que había estado callada escuchando a su padre, le dijo a Pablo en voz baja:

—Ya lo has oído. Mañana te enseñaré el resto de la hacienda.

—Me parece bien, Elena. Tengo ganas de conocer esta vasta propiedad y lo que hay en ella, para saber qué te he de ofrecer —respondió en el mismo tono el joven.

—Pablo, me conformo contigo, tal y como eres. No tienes que ofrecerme nada más. Ahora ya tengo todo lo que necesito.

—Estoy intrigado con tu padre. ¿No sabes que es lo que quiere hablar conmigo?

—No tengo ni idea, amor. Pero no tardaremos mucho en saberlo.

Adela y Guadalupe habían estado preparando la mesa con sencillez. Sobre ella, los mismos platos de loza y los mismos vasos que dispusiesen cuando llegaron Antonio y Pablo de Guanajuato. Unas servilletas de hilo, y unos cubiertos casi rústicos sobre ellas. En el centro, la consabida jarra de vino de Valdepeñas y tres fuentes diferentes que contenían arroz con frijoles, tortillas con enchiladas y maíz dulce, y asado de res a la brasa.

Cuando Don Fernando se sentó en la cabecera de la mesa, los demás fueron ocupando sus asientos a ambos lados de la misma. Antonio y Brígida en un lado, y Elena y Pablo en el otro, pero Don Fernando le indicó a Elena, que permutase el puesto. Quería tener a Pablo a su lado.

Los dos jóvenes se extrañaron de aquella actitud, pues Elena siempre se había sentado a la derecha de su padre, pero no dijo nada y cambiaron de lugar.

—¿Extrañado, Pablo? —preguntó al muchacho.

—Ciertamente sí, Don Fernando.

—Tenía pensado hablar con usted en privado, pero como supongo que Antonio y Brígida estarán al corriente de las relaciones de usted con mi hija, creo que puedo hablar con usted delante de ellos.

Aquella afirmación dejó a los asistentes en un estado de incertidumbre.

Sé que mi hija se ha enamorado de usted. Me lo confirmó ella misma mientras ustedes estaban fuera, pero hay una pregunta que quiero hacerle, Pablo: ¿Está usted verdaderamente enamorado de Elena, o de su fortuna?

—La duda me ofende, Don Fernando. Su fortuna me importa un bledo, y perdóneme por la expresión. Llegué de España para hacer fortuna sin llegar a plantearme nunca en qué cantidad. Las haciendas no me llamaban la atención hasta que conocí a Elena y nos enamoramos. Cosa que me hace muy feliz.

Me he estado ganando la vida muy bien como arriero y pienso seguir haciéndolo hasta que obtenga lo suficiente para poder ofrecerle a su hija, al menos, lo mismo que

tiene ahora.

—Eso fue lo que me comentó mi hija de usted, que ya disponía de una pequeña fortuna, más otra que trajo desde España. ¿Es cierto?

—Sí, Don Fernando, yo lo puedo corroborar, porque fuimos socios en su comienzo, y sé lo que ganó en su primer viaje —respondió Brígida, saliendo en defensa de Pablo—. En aquella ocasión, ganó el equivalente a dos años de salario de un capitán de presidio. Y en este que termina de realizar, ha superado ese salario en tres veces. ¿Le parece poco?

De seguir así, en muy pocos años habrá conseguido la fortuna que le permita comprar una hacienda y comenzar a criar sus propias reses, ovejas y caballos, si él quiere.

—No lo dudo, Brígida. Sin embargo, lo que le dije a mi hija, es que no era de nuestra clase y no aprobaba ese compromiso.

Después, mi hija me convenció de lo contrario, haciéndome ver que el dinero va y viene en función de la suerte y empeño que uno ponga en conseguirlo lícitamente, y que una persona con títulos no tiene por qué ser mejor que otra que no los tiene.

Y créame, Pablo, le he dado muchas vueltas a la cabeza sobre ese asunto, máxime, teniendo en cuenta la afirmación de mi hija, a la que creo muy capaz de no casarse con ningún hombre del que no esté verdaderamente enamorada, llegando yo a pensar, que lo más importante para mí, es la felicidad de mi hija.

Así pues, dadas las circunstancias y los hechos, me importa un carajo que usted tenga dinero o no; mi hija y yo lo tenemos por usted, y si le parece bien, podría vivir aquí con nosotros como uno más de la familia, ocupándose de una parte de la hacienda.

—Padre, no me había comentado usted nada sobre esa decisión.

—¡Está claro, hija! Lo pensé en el palacio del virrey, cuando vi a todos los petimetres congregados para debatir sobre la situación del virreinato, como tú bien me habías dicho, y eso me hizo reflexionar.

Supongo que ninguno de todos ellos te merece. He conocido a Pablo durante el viaje de regreso desde Veracruz, y hay muchas cosas que me han gustado de él. Creo que es un buen hombre, honrado, que defiende a los suyos, a sus amigos, y eso es bueno. He apreciado otras cualidades. Monta muy bien a caballo y dispara sus armas con verdadera maestría, y además, es trabajador y buen comerciante. No creo que le hagan falta títulos que no va a emplear.

—Gracias, Padre —respondió Elena, con los ojos empañados por las lágrimas y la emoción.

—Gracias por su confianza, Don Fernando —respondió Pablo, con alegría.

—No, Pablo, no me las de a mí, déselas a mi hija que fue la que me abrió los ojos. Sin embargo, no todo va a ser tan sencillo para usted a partir de ahora, si de verdad ama a mi hija.

—¿Qué quiere decir?

—Que le necesito a usted en mi viaje a Texas. Mientras yo esté recorriendo presidios y misiones con mis hombres y analizando la situación real de la región, tendrá usted el encargo de buscar las mejores tierras, lo más cerca posible de presidio de Nuestra Señora de Loreto, muy cerca de la costa y de la desembocadura del río San Antonio, que cuando se construyó, encerraba el claro objetivo de defender toda la bahía y el flanco sur de Texas de las siempre perjudiciales incursiones francesas.

—¿Piensa usted crear otra hacienda en Texas? —preguntó Pablo, extrañado. Pensé, que con el nuevo nombramiento y el encargo realizado por Don Pedro de Cebrián, usted no estaría en condiciones de buscar tierras para crear una nueva hacienda.

—¡Cierto, Pablo, no dispondré del tiempo suficiente! Pero una vez usted encuentre las tierras adecuadas, con pastos suficientes y agua en abundancia, podré hablar con el Gobernador de Texas, Don Justo Boneo y Morales, y con los padres franciscanos que, junto a sus misiones, han creado pueblos de colonos y disponen de mucha tierra.

—Para hacer lo que usted me dice, tendré que abandonar mi negocio de arriero y con ello mis buenos ingresos. ¿Qué voy a obtener yo de todo ese trabajo y tiempo empleado?

Ahora, el sorprendido fue Don Fernando.

—Me termina usted de desilusionar, Pablo. Pensé que era usted una persona inteligente, y después de lo que le he propuesto, supuse que habría usted comprendido el verdadero motivo del encargo, pero se lo repetiré más claramente.

Mi hija quiere casarse con usted. ¿Cree que a mí me hace falta una nueva hacienda para mi mantenimiento? Pero no se apure, Pablo, yo respondo por usted. No me hace ninguna falta realmente, pero le he de decir, que donde estará el futuro de las haciendas de cría de ganado mayor, ovejas, caballos, mulas y asnos, está cerca de la frontera con la Luisiana francesa..., y si me apura mucho, hasta comerciando con las colonias inglesas, que se expanden cada día más por todos los territorios.

En esa hacienda, habiendo agua, se pueden cultivar frutas y verduras, cereales, y hasta un criadero de gallinas que, además de los huevos, proporcionen carne barata. Ese es el proyecto que llevaba en mente para que lo regentase mi hija hasta mi muerte. Después, las dos haciendas serían suyas.

—Permítame que le diga, que le he entendido desde el principio y se lo agradezco, pero creo que al que no ha entendido usted, es a mí.

Ese mismo proyecto, lo tenía yo desde el primer momento en que conocí a su hija y me enamoré de ella, solo que el terreno lo pretendía comprar yo con mi dinero, sin tener que necesitar el suyo, aunque no sabía en qué lugar.

—Bien... —dijo Don Fernando, después de meditar las palabras de Pablo—, eso le honra Pablo, pero si el proyecto es el mismo, por qué no se viene conmigo busca ese terreno, y cuando tenga clara su situación y la cantidad del mismo que precisa, hablemos con el Gobernador de Texas. Y si puede pagar su valor, por mí no hay

ningún inconveniente en que la hacienda vaya a su nombre y al de mi hija, si antes ya se han casado. Caso contrario, el terreno lo compraré yo.

—¿Nos estás dando tu bendición, Padre? —preguntó Elena, emocionada.

—No me has dejado otra alternativa. Dijiste que te casarías con Pablo, con mi consentimiento o sin él.

—Enhorabuena a los dos —dijo Brígida, en una explosión de claro entusiasmo.

Sin más preámbulo, con los ojos anegados por las lágrimas, Elena se levantó de la silla, fue hacia su padre y le estampó un sonoro beso en la frente, al tiempo que le decía:

—Gracias, Padre. Sabía que lo entenderías.

—No tienes que dárme las, hija. Le he dado muchas vueltas a este asunto desde que me lo planteaste de forma tan tajante, y la mejor solución es que os caséis. ¿Opina usted lo mismo, Pablo?

—Es mi mayor ilusión, Don Fernando, pero no estoy a su altura para poderle ofrecer a Elena la vida a la que está acostumbrada.

—¡Déjese de zarandajas, Pablo! ¿Por qué no le pregunta a mi hija la vida que quiere llevar? Yo me conformo con que sea feliz con el hombre que ama. El resto es secundario, aunque, qué duda cabe, que con dinero todo va mejor.

Elena, ¿te quieres casar con este hombre?

—Sí, Padre, me quiero casar con él.

—Pablo, ¿se quiere casar usted con mi hija?

—Sí, Don Fernando, ya le he dicho que es mi mayor ilusión. Cada día que paso lejos de ella, es como una tortura para mí.

—¡Pues no se hable más! —dijo categórico Don Fernando.

—¿Y para cuando esa boda? —preguntó Brígida, exultante de alegría, por el derrotero que había tomado la conversación.

—Por nada del mundo nos perderíamos ese enlace —afirmó Antonio.

—Si está en mi mano, no se la perderán, Antonio, porque todavía tengo una propuesta que hacerles a ustedes dos.

—Usted dirá, Don Fernando. Soy todo oído.

—Bien, comenzaré por el proyecto de mi marcha a Texas. Como les he dicho, he de reclutar a unos cien hombres para incorporarlos al Regimiento de los Dragones de Cuera. Deben ser hombres seleccionados que no tengan ataduras sentimentales, ya que estarán mucho tiempo fuera de México. Deben ser fuertes, buenos luchadores y tiradores, con armas largas y cortas, y deberán aprender a manejar la lanza y pica, el escudo, el hacha de guerra y el arco con flechas.

—¿Arco y flechas, como los indios? —preguntó Pablo, extrañado.

—¿Le extraña, amigo mío?

Usted es buen tirador y emplea un fusil de avancarga con cartuchos preparados de

antemano, pero ese arma no está disponible para los soldados de mi regimiento. Imagine por un momento, ¿cuántas flechas le puede lanzar un indio, mientras usted carga un mosquete con pólvora, estopa y bala, lo empuja con la baqueta para alojarlo en la recámara del mosquete y vuelve a disparar? ¿Cinco, seis, siete? En ese tiempo, usted estaría muerto ante un indio a caballo o a pie.

Con la pica o lanza y su escudo, un soldado se puede defender bastante bien en un ataque caballo a caballo, o a caballo con indio en tierra, y podría utilizar también su hacha o su sable, pero con un arma de fuego, solo tiene la oportunidad de hacer un disparo y después ha de volver a recargar el arma.

Pablo, se muere o se vive en un enfrentamiento así, y le aseguro que los Apaches, Cherokee, Kiowa o Comanches, son muy fieros y rápidos, además de buenos jinetes, y seguro que nos encontraremos a esos indios belicosos.

Se hizo el silencio en la cocina mientras todos imaginaban escenas de guerra contra los indios en unas inmensas llanuras.

Después de un momento, Don Fernando continuó:

Bueno, pero dejemos eso que todavía está por llegar. He querido decir, que falta mucho tiempo para la marcha. Tal vez un año o tal vez menos. Entre tanto, se puede preparar la boda para celebrarla en la iglesia de Santo Domingo, dentro de unos dos meses, si a Elena y a Pablo les parece bien.

—Me parece bien, Padre.

—Gracias, Elena, pero permítame que continúe.

Cuando yo me vaya, esta hacienda necesitará un administrador que la controle aunque esté aquí mi hija.

—Padre, es que yo no estaré. Yo me iré con usted y mi marido.

—Conforme, Elena, lo discutiremos más tarde.

Había pensado en ofrecerle a usted, Antonio, la administración de esta hacienda en mi ausencia. ¿Qué opina?

—¡Uuufff! Creo que una propuesta así hay que meditarla muy despacio, Don Fernando. Yo me gano muy bien la vida con mis viajes entre Acapulco, Veracruz y la feria de Jalapa, y no creo que usted me pudiese pagar por mi trabajo como administrador, la cantidad que yo vengo a ganar al año con mis reatas de mulas.

—¿Y si le hago una oferta sustanciosa?

—¡Padre...! —dijo Elena, de improviso, al pensar que su padre no había calculado lo que aquello podía suponer.

—Mira, Elena, si los dos nos vamos y no nombramos a un administrador leal y honrado, y me consta que Antonio lo es, la hacienda irá al desastre. Solo una persona con una alta participación en los beneficios la puede mantener, y había pensado en ofrecerle el veinte por ciento de los beneficios netos anuales que obtiene la hacienda. ¿Le parece una buena oferta, Antonio? No tendría gastos, viviría en una buena casa con servidumbre, pastores y vaqueros, que cuidarían del ganado. Como ahora.

—Le agradezco la oferta, Don Fernando, pero debería conocer los números de la

hacienda para decidir.

—No se preocupe por eso. Vamos a tener bastante tiempo para revisar esos números y para que usted tome una decisión. Recuerde, que no se podrá marchar a Veracruz hasta que los caminos estén libres de nieve. Ahora, cenemos, que se está enfriando la comida.

TERCERA PARTE

Entre vaqueros

Por la mañana temprano, Elena y Pablo, después de desayunar, salieron a caballo para ir al valle de la sierra de Guadalupe, y cuando llevaban una legua recorrida, el camino se veía cortado por el portón de una valla realizada con troncos, que se perdía en la distancia, a derecha e izquierda.

—¿Y esto? —preguntó Pablo, extrañado. ¿Termina aquí la hacienda?

Elena comenzó a reír.

—Era una sorpresa que te quería dar. Las tierras del valle comienzan aquí, y el cercado es para que el ganado no invada las tierras de cultivo y milpas que tenemos alquiladas a algunos nativos y mestizos.

Dicho esto, bajó de su caballo, abrió el portón hacia un lado para que pasasen los caballos, cerró de nuevo el portón y subió de nuevo en el suyo.

Delante de ellos se extendía una amplia zona de pasto en la que destacaban algunas pequeñas lomas. Más allá, a bastantes leguas de distancia, se apreciaban unas montañas de poca altura cubiertas de monte bajo.

—¿Hasta dónde llega la hacienda?

—Hasta las cumbres de las montañas que rodean el valle —respondió Elena con una sonrisa, al observar la expectación de Pablo.

—¿Tanto? ¿Y las reses?

—Conforme nos adentremos en el valle las irás viendo.

Cabalgaron media legua más, y de pronto, de entre unos árboles, salieron dos vaqueros a caballo, que arreaban con sus lazos recogidos a cuatro terneros.

Uno de los jinetes se acercó a la pareja y saludó a Elena.

—Buen día, señorita. Hacía mucho tiempo que no la veíamos por aquí —dijo el vaquero, mientras sujetaba su lazo al fuste de la silla de montar.

—Sí, Felipe, he estado muy ocupada en las últimas semanas.

—Solo quería darle el pésame por los muchachos que perdieron la vida contra los indios.

—Gracias, Felipe. ¿Cómo se enteraron ustedes?

—Porque nos lo dijo su papá, señorita.

—Sí, fue una verdadera desgracia. Los mataron por la espalda en una emboscada, pero prefiero no hablar de un tema tan desagradable para todos nosotros.

—Como usted diga, señorita.

—¿A dónde llevan esos terneros?

—Junto al hato de hembras que está cerca de la laguna. Estas se descarriaron, pero fue fácil recuperarlas, sin embargo, hay otras que andan por la sierra, y esas nos darán más tarea para conducir las de nuevo a la manada. Si no estamos atentos, se nos perderán muchas al otro lado de la sierra o las chingarán los coyotes.

—Pues vamos a acompañarles a ustedes, para que mi prometido Pablo vea cómo tratan a las reses en la hacienda.

—Con gusto señorita, usted manda. Y encantado de conocerle, Don Pablo —dijo el vaquero mestizo, con la entonación propia de los naturales de México cuando hablaban español.

—Lo mismo le digo, Felipe. Me gustará conocer el trabajo que desempeñan ustedes aquí.

—Pues vengan con nosotros y lo verá, Don Pablo.

Siguieron los tres durante media legua, a los vaqueros que conducían las reses recuperadas, y al otro lado de una pequeña loma, apareció una laguna de aguas claras rodeada de un césped verde bastante crecido. Junto a ella, un hato de unas trescientas cabezas de cuernicortos, de raza Blonda de Aquitania, se hallaban reunidas en un cercado, vigiladas por unos siete hombres a caballo.

—¿Esta era la sorpresa, Elena? —preguntó Pablo.

—No, solo es una parte de ella.

—¿Cómo llegaron aquí?

—Al quedarse la hacienda, mi padre mandó traer de Guipúzcoa, a una docena de estos animales, diez vacas y dos toros, y aquí está el resultado. Estos animales se reproducen muy rápido y los terneros crecen y engordan deprisa, además, las vacas no tienen ningún problema a la hora de parir.

—Sí, ya lo veo. Nosotros teníamos en la herrería de mi padre alguna de ellas, y un par de bueyes para que tirasen de nuestra carreta. ¿Cuántas cabezas de ganado tenéis?

—Unas dos mil, aproximadamente.

Pablo lanzó un silbido prolongado.

—¿Tantas?

—Sí, además de unos doscientos caballos asilvestrados que vagan por la sierra. Las tierras cultivadas que encontraste a la entrada de la hacienda, cuando llegaste de Guanajuato, en su mayoría están arrendadas a gentes que cuidan de su milpa o pequeño ranchito, y le pagan a mi padre con una pequeña parte de su cosecha. Nosotros les proporcionamos aperos de labranza y unas mulas, aunque la mayor parte de las tierras de cultivo son nuestras y se encargan nuestros hombres de ellas. Una vez recogida la cosecha, mulas, ovejas y cabras, pastan a su antojo por nuestras tierras de cultivo, vigiladas por unos pastores que por la noche las trasladan a sus corrales.

Sin embargo, aquí en el valle, las reses no salen nunca de sus zonas de pasto, y como has visto a esos vaqueros, ellos se encargan de que las reses permanezcan en el hato. Normalmente, las vacas de cría están separadas de los sementales. Los vaqueros disponen de cabañas refugio, adonde regresan por las noches para dormir. Allí, entre aquellos árboles que hay cerca de la laguna, verás la cabaña que corresponde a este hato.

Algunos de los vaqueros, al apercibirse de la llegada de Elena y Pablo, se acercaron a saludarles.

—¡Qué bueno, verla por acá de nuevo, señorita!

—Gracias, Fernando. Quería presentarles a ustedes, a mi prometido. Se llama Pablo.

—¡Mucho gusto, señor!

—¿Estará usted por acá, Don Pablo? —preguntó otro de los vaqueros.

—Sí esa es mi intención. ¿Cuál es su nombre, para poder dirigirme a usted?

—Raimundo, Don Pablo. Soy el capataz de esta cuadrilla de vaqueros, pero hay cuatro cuadrillas más con otros hatos en aquella otra parte de allá, casi al fondo del valle —respondió con la entonación propia de aquellos hombres, mientras enrollaba el lazo que llevaba en la mano.

Pablo estudió también a aquél hombre. Le gustaba fijarse en las personas con las que hablaba para determinar si le gustaban o no, y aquél hombre le gustó.

El capataz era de estatura baja, rehecho y fornido, con el color del cobre más o menos claro y el pelo corto negro y brillante. Luego, volviéndose sobre su silla, elevó la voz para llamar al resto de sus hombres que se habían quedado cerca de la manada.

—¡Muchachos, vengan todos acá, para presentar sus respetos a la señorita Elena y a su prometido!

Pablo sonrió, mirando a Elena por la actitud de los vaqueros. Nunca le habían hecho un recibimiento semejante, y de momento se sintió importante.

—No te esperabas esto, ¿verdad? —preguntó Elena a Pablo, con cara de satisfacción.

—En absoluto, Elena. Por un momento, me han hecho sentirme alguien importante. ¿Son siempre así?

—Sí, siempre son así, Pablo.

Luego, dirigiéndose al capataz, le dijo: En unos días, mi prometido vendrá con ustedes para aprender todo lo concerniente al ganado, cómo arrearlo, y lazarlo para su marcaje.

—Como usted mande, señorita. Si quiere le podemos hacer ahora mismito una demostración de cómo se laza a un ternero.

Luego dirigiéndose a Pablo, le dijo: Mire, Don Pablo..., cuando llega la época en que todas las vacas han parido y los terneros dejan de ser mamones, iniciamos un rodeo para separarlos de los hatos y marcarlos con el hierro de la hacienda. Pero todo esto es muy largo de contar, Don Pablo..., y no se puede comenzar a construir una casa por el tejado. Usted me entiende, ¿no?

Ahorita mismo, yo le podría contar toda la historia que conozco, pero preciso tiempo para eso. ¿Se quedarán a comer con nosotros?

—Será un placer, Raimundo —respondió Pablo, ante la aceptación silenciosa de Elena, que solo movió la cabeza con un gesto afirmativo. Pero me llama la atención los lazos que emplean. Son bastante más rígidos que los empleados en España.

—Claro, claro, Don Pablo..., acá son preciados los lazos hechos con las fibras de ixtle, una variedad de magüey o agave, que se cría en casi todas las regiones de México. Acá lo tenemos en la sierra de Guadalupe..., en las zonas escarpadas de las montañas. Pero no solo se fabrican lazos con el magüey, Don Pablo..., también hacemos pulque.

Pablo se volvió hacia Elena.

—Lo he oído nombrar, pero nunca lo he probado.

Elena se echó a reír.

—Luego, después de comer con los muchachos, lo probarás.

—El pulque, Don Pablo..., lo elaboramos con la piña que queda después de arrancar todas las pencas al magüey, cuando éste ya está bien crecido. Luego, a la piña se le saca el centro, dejando un hueco que es raspado con un acocote, una especie de cuchara elaborada con el fruto seco de una variedad de calabaza, permitiendo que suelte un jugo dulce que se concentra en el hueco, y poco a poco es depositado en un odre, hasta que fermente en poco menos de un día.

Después de decir esto, Raimundo se echó a reír, mientras se tapaba la boca para no enseñar las mellas que tenía en su dentadura.

Me estaba acordando, Don Pablo, de una historia que contaban los ancianos del lugar sobre el pulque.

—¿Me la cuenta, Raimundo?

—Sí, claro, Don Pablo. Es una historia muy padre.

Según decían los ancianos, el pulque se tomaba principalmente en ceremonias rituales porque se pensaba que la alteración de la razón, provocada por la bebida, facilitaba la comunicación con los dioses, aunque también se consumía en otro tipo de celebraciones y fiestas pero no se permitían los excesos, y cuando alguien se pasaba de copas, no más de cinco, era castigado con severidad, quizás con las púas del maguey, ¿quién sabe?

—¿Tanto efecto produce? —preguntó Pablo, incrédulo, mirando a Elena.

—Ya lo creo que sí, Pablo. De las pencas asadas del magüey, también se obtiene el mezcal y el tequila, que son más fuertes todavía —aseguró Elena.

—¿Les parece que vayamos a ver el ganado? —preguntó Raimundo.

—Sí. Vayamos a verlo, Raimundo. ¿Cuántas vacas y toros hay en este ható? —preguntó Pablo.

—En esta, si no se nos ha descarriado ninguna, deben haber 180 vacas y 104 terneros.

—¿No hay machos? ¿Por qué esa desproporción?

—Porque las vacas solo paren una vez al año, Don Pablo, y controlamos la monta de los machos, que están apartados. En este ható, las hembras están para la reproducción fundamentalmente. Luego se venden los novillos y terneros en la capital, o en los mercados mineros para sustento de la población. Lo mismo que los puercos que criamos allá arriba, entre los encinos, algarrobos y palo dulce, y que por

las noches se encierran en unos cercados.

—No me habías comentado que también criabais cerdos en la hacienda —le dijo a Elena.

—Tampoco le di la menor importancia, pues sabía que llegaríamos a verlos al recorrer la hacienda Pablo.

—Quieren descabalgat y nos acercamos. Están encerradas en aquél cercado que se ve allá.

Al descabalgat, Pablo observó la silla del caballo de Raimundo.

—Bonita silla, Raimundo.

—Sí, Don Pablo..., es una silla vaquera para el rodeo, pero que utilizamos a diario. ¿Quiere verla?

—Se lo agradecería, Raimundo. Parece muy compleja, ¿no?

—Es más completa y cómoda que la de montar, y muy necesaria para nuestro trabajo.

Las dos partes de la silla son diferentes. El asiento de la silla de rodeo debe ser muy cómodo por el trabajo que realizamos, que en muchísimas ocasiones nos obliga a echar el cuerpo hacia atrás, hacia adelante o derecho sobre ella, y en la parte delantera lleva este fuste para atorar el lazo, después de haber lazado a un ternero o a un caballo.

Si se fija bien el asiento de la silla, termina por las dos partes en un faldón de cuero ligero, de primera flor, para proteger los costados del caballo y las piernas del jinete, ya que los arcones que sujetan los estribos, cruzan por debajo la silla, de una parte a la otra. Mírelos acá. ¿Los ve?

—¿Y no sufre el animal, toda esa carga en movimiento encima de la silla?

—¡Ah!, no se apure por eso, Don Pablo... Debajo de la silla, lleva una mantilla con un basto de piel fina; y encima de ella, lleva como una armadura de madera ligera, forrada de piel de carnero, y abierta con un canal en medio, que es la que separa al jinete del caballo y que se ajusta a su lomo, pero respetando su espina dorsal para que no sufra, y sobre ella la verdadera silla de cuero fuerte.

Ese armazón que le he comentado, va unido a lo que es el asiento del jinete, que cubre toda la espalda del caballo para que el vaquero reparta su peso sobre el lomo y que este no sufra.

¿Cree usted que con la silla que lleva podría lazar un ternero e inmovilizarlo?

—No lo sé, Raimundo. ¿Usted qué cree?

Raimundo se echó a reír, tapándose de nuevo la boca.

—Que lo tiraría del caballo o tendría que soltar el lazo, Don Pablo.

Mire acá, en la parte derecha. ¿Ve los enreatados con esos chapetones que sujetan las argollas de la cincha? Pues a la otra parte solo hay una argolla con hebilla, para trincar bien la cincha y que la silla no se mueva.

—Eso es normal en todas las sillas, Raimundo; ¿y dónde sujetan el lazo?

—Acá, todo enrollado y sujeto por estos tientos, por delante de la funda del mosquete.

Elena miraba divertida a Pablo, por el interés que ponía en las explicaciones que le daba Raimundo, pero no dijo nada, le dejó hacer, y al cabo de unos minutos, dijo:

—Me voy a acercar a la laguna.

—Tenga cuidado en la orilla, no se le atasquen los pies, señorita Elena —advirtió Raimundo.

—He visto, que también llevan en la silla una guarrapa.

—Sí, Patrón... Perdón..., Don Pablo —rectificó, Raimundo. La utilizamos para desbrozar los tajos por donde se suelen meter terneros y novillos.

La guarrapa va sujeta en una funda, que se coge al enreatado junto al fuste, a la parte izquierda de la silla.

—¿Quiere probarla, Don Pablo?

—Sí, me gustaría.

—Pues ponga el pie en el estribo y dese impulso. El caballo es dócil y atenderá su orden.

Pablo subió a la silla del caballo, y le dijo a Raimundo:

—Sí que es cómoda, Raimundo.

—Ya se lo dije. Ahora dele la orden con las riendas para iniciar el trote.

Pablo hizo lo que le decía el capataz, pero el caballo no se movió del sitio.

—Azúcelo de nuevo, Don Pablo —dijo el capataz, contrariado por la actitud del animal.

Pablo repitió el tirón de los ramales, pero el caballo se negaba a caminar.

—No se apure, Raimundo. Lo intentaremos en otra ocasión.

—¡Ya me chingó el caballo este! ¡Vale madre! —dijo, mientras fustigaba la grupa con el lazo que todavía llevaba en la mano.

El caballo dio un respingo y salió casi al galope. Pablo lo dejó ir ante la mirada sorprendida de los vaqueros y Elena. Luego, lo fue frenado para ir a un trote corto y regresar a donde estaba Raimundo, quien levantando los puños cerrados a la altura de sus hombros, gritó.

—¡Ajuaaaa! ¡Lo hizo muy padre, Don Pablo!

—Gracias, Raimundo, pero yo ya sabía montar desde muy joven.

—¿Pero a que no sabe disparar, Don Pablo?

—Un poco solamente.

Ante el grito de Raimundo, el resto de vaqueros y Elena, se acercaron expectantes.

—Le dejaré en ridículo, Raimundo —advirtió Elena.

—¿A mí? ¿A Raimundo López? Se equivoca, señorita Elena. Soy el mejor tirador de la región.

—Hagamos una cosa, Raimundo. Yo lanzaré un real de a ocho al aire, cuando

usted tenga el mosquete cargado, y le disparará cuando esté arriba. Después de usted lo hará mi prometido, ¿le parece bien?

—Ese es un tiro muy difícil, señorita. Seguro que su prometido mata algún pájaro —respondió Raimundo, molesto, porque habían puesto en duda su condición de mejor tirador.

—Hagamos una cosa, Raimundo. Llevo una moneda de dos pesos en oro. Yo dispararé primero, y cuando la moneda caiga al suelo, será suya. ¿De acuerdo? —dijo Pablo.

Raimundo abrió los ojos como platos. Dos pesos en oro no los había visto en toda su vida. Sabía que el prometido de la señorita Elena no iba a acertar, y él se embolsaría la moneda.

El resto de vaqueros se echaron a reír, animando a su capataz.

Pablo se acercó al caballo y desenfundó el mosquete de Raimundo. Lo examinó con detenimiento. Se lo encaró, viendo que era todavía de los antiguos, pesado, y tendría que hacer un esfuerzo para lograr dar a la moneda.

Luego le pidió a Raimundo la polvera para cargar el cañón y la bala correspondiente. Sacó la baqueta de la parte inferior del cañón del mosquete, presionó lo suficiente para que la pólvora se alojase en la recámara, y apuntó al cielo después de levantar el percutor de chispa.

Después, le dijo a Elena que buscara la moneda en uno de los bolsillos de su chupa y la lanzara al aire como ya había visto hacerlo a su padre.

—¡Ándele, pues! —dijo Raimundo, para que Pablo no se entretuviese en exceso.

—Procura acertar o se chancarán de ti —le dijo Elena, al acercarse a Pablo para buscar la moneda.

—Solo es una moneda, y si fallo, Raimundo se sentirá feliz.

—¡Ándele, Don Pablo! ¡No se nos entretenga ahorita! —dijo Raimundo, comenzando a impacientarse.

—Elena, lanza la moneda —pidió Pablo, ante la expectación de los vaqueros.

La moneda brilló en el aire, y cuando parecía detenerse para iniciar su caída, sonó el estruendo del disparo.

La moneda salió disparada por el impacto de la bala, mientras otra vez se repetía el, «Ooohh» de los presentes, incrédulos por lo que terminaban de presenciar.

Luego todos querían felicitar a Pablo por su disparo.

—¡Ahí muere! —dijo, Raimundo, dando por concluida la disputa—. Me pegó una recia y me dejó de a seis, Don Pablo, no tomé conciencia de que fuese tan buen tirador.

—No tiene la menor importancia, Raimundo. ¿Va ir a buscar la moneda?

—¡Me vale madres, Don Pablo! —respondió Raimundo, cabizbajo. También cabalga usted muy padre, para que lo sepa.

Pablo y Elena se echaron a reír, por la confesión del capataz.

—Casi nací cabalgando a pelo —respondió Pablo, acercándose al capataz, para

darle una suave palmada en el hombro—. Pero su silla me ha gustado.

Raimundo sonrió con una cierta tristeza, agradecido por el cumplido, pero le fastidiaba tremendamente que aquél hombre joven, sin apariencia de vaquero ni soldado, le hubiese dejado en evidencia entre sus hombres.

Durante la mañana, el sol había ido ganando la partida a las nubes, dejando paso a un día soleado que, a pesar de estar en pleno invierno, mantenía una temperatura agradable.

—Les parece que vayamos a comer. Creo que Martín habrá preparado las enchiladas que le dije, con carne ahumada, chiles y cebollita, para acompañar a unos fríjoles charros —dijo Raimundo.

—Me parece bien —dijo Elena—. Hace tiempo que no como enchiladas rancheras.

—Me agrada saber cómo las hacen por aquí —añadió Pablo.

—¡Picantonas, Don Pablo! ¡Picantonas! —aseveró Raimundo, sonriendo—. Espero que le gusten.

La cabaña donde dormían los vaqueros, todos indios jenízaros y mestizos, estaba poco elaborada, con piso de tierra y paredes de adobe, techo de zacate y leños secos, y unas perchas groseras de ramas sujetas a la pared, con los petates para dormir sobre el suelo.

No se podía decir que fuese confortable, pero dormían a cubierto y hacían sus guardias para controlar el hato cada dos horas y a caballo.

Cuando llegaron, un indio estaba atizando una lumbre entre tres tenamxtles para cocinar los fríjoles en una olla de barro cocido. Junto a él, un comal de hierro estaba preparado para freír las cebollitas, los chiles verdes y la carne ahumada, con manteca de cerdo, para rellenar las tortillas que haría después.

—¿Cómo va, Martín? —preguntó Elena, a forma de saludo.

—Muy bien señorita, Elena. Gusto en verla por acá de nuevo.

—Gracias, Martín. Este hombre es mi prometido.

—¿Qué tal, señor?, gusto en conocerle.

—Muy bien, Martín. ¿Qué hace hoy para comer?

—Lo de todos los días, señor. Acá hay poca variación. ¿Se quedarán ustedes a comer con nosotros?

—Sí, Martín, nos quedaremos a comer con ustedes.

—¡Qué bueno, señor! Espero que le gusten mis enchiladas.

—Seguro que sí, Martín. Ya me estoy acostumbrando al sabor picante de sus comidas.

Media hora después, Raimundo hacía sonar un triángulo de hierro, para que acudiese el resto de la cuadrilla y comer todos juntos.

Martín sirvió dos enchiladas y un cacillo de fríjoles para cada uno de los

asistentes, en unas escudillas casi planas de barro cocido, y bebían directamente el agua de la boca estrecha de una calabaza hueca.

Después de dar dos bocados a una de las enchiladas, Pablo tosió dos veces debido al picante.

Elena se rió a carcajadas.

—Ya te dijo Raimundo que estaban picantonas. Anda toma un poco de agua —aconsejó, mientras le pasaba un bule.

Todos los vaqueros estallaron también en carcajadas al ver la cara de Pablo.

—Sí, pero no esperaba que picasen tanto —respondió Pablo con la cara congestionada.

—Hay veces que se agarran un poco a la garganta, pero eso se arregla con un trago de pulque, Don Pablo —dijo Raimundo, entre las risas de los demás, mientras se volvía a tapar la boca—. Ahorita que terminemos la comida, se echa usted unos tragos de pulque, le ayudará a bajarla —rió entre mellas.

—No, Raimundo, cuando terminemos de comer, regresaremos a la casa. Comienzo a estar cansada.

—Como guste, señorita Elena.

Terminada la comida, dieron las gracias a Raimundo y a sus hombres, subieron a sus caballos y emprendieron el regreso.

—No entiendo por qué regresamos tan pronto —dijo Pablo.

—Porque no quiero que se rían más de ti, Pablo. ¿No has visto las risas cuando has dado el primer bocado a la enchilada? Pues con el pulque te habría pasado peor. Si ya tenías la garganta irritada por el picante del chile, el pulque te la habría abrasado y se habrían vuelto a reír de ti por pensar que eres un flojo.

—Lo siento, Elena, no pensé que me quisiesen embromar.

—Tú, no, Pablo, pero yo les conozco bien y no estaba dispuesta a consentirlo. Tendremos más ocasiones para visitar el resto de la hacienda. ¿Galopamos hasta la casa?

—Sí, me vendrá bien.

Llegaron media hora después, sin llegar a cansar a los caballos. Uno de los peones de la casa, se hizo cargo de los caballos y entraron en la cocina.

Don Fernando estaba hablando con Antonio, delante de sendas tazas de café.

—¿Ya están de vuelta? ¿Qué le ha parecido lo que ha visto, Pablo? —preguntó Don Fernando.

—No hemos llegado a ver todo el valle, Padre. Nos quedamos con los vaqueros del ható que hay junto a la laguna, y los hombres nos invitaron a comer enchiladas rancheras.

Don Fernando se echó a reír.

—Y lo embromaron, ¿no Pablo? Estos muchachos son incorregibles. Han de demostrarle a los recién llegados que ellos son los más machos.

—Yo no lo entendí así, pero Elena me sacó del error.

—Sí, lo quisieron embromar, Padre.

Primero, Raimundo le invitó a cabalgar su caballo, y luego lo azuzó con el lazo para que saliera al galope. Esperaban que lo tirase al suelo o que no pudiese gobernarlo, pero Pablo dominó al caballo y regresó al trote. Eso no pareció gustarle a Raimundo, que le preguntó si sabía disparar.

Ante la explicación de Elena, Pablo se mantuvo callado.

—Está claro. Hasta ahora ha sido el mejor tirador de la comarca. ¿Y qué hizo usted, Pablo?

—Disparar, Don Fernando. Tomé el mosquete de Raimundo, Elena lanzó al aire una moneda de dos pesos en oro, y le dije al capataz que cuando cayese al suelo sería suya.

—¿Acertó?

—¿Lo duda, Don Fernando? —respondió Pablo, con una sonrisa socarrona.

—Imaginaba que no habría fallado, pero no es lo mismo disparar con su fusil que con un mosquete, donde la bala sale rebotada por el cañón.

—Totalmente de acuerdo, Don Fernando, pero he realizado muchos disparos con mosquete, antes de tener el Dickert que me vendió Brígida, y no fallaba los blancos por pequeños que fuesen.

—Los muchachos se quedaron de piedra, Padre. Nadie esperaba que acertase a la moneda con un disparo de mosquete. Luego, Pablo le dijo a Raimundo, que si encontraba la moneda era suya.

—¿La buscó?

—No, Padre. Dijo, «*me vale madres*», y dejó zanjado el asunto.

—Seguro que la buscarán. Supone algo más que su salario mensual para el que la encuentre —respondió el padre de Elena.

—Pero ahí no terminó el asunto. Raimundo le dijo a Miguel que cocinase unas tortillas rancheras con mucho chile. Querían embromar a Pablo para desquitarse por lo del caballo y la moneda. Y sabe Dios, que estaban muy picantes. Pablo casi se atragantó con el primer bocado a causa del chile, pero tomó agua y continuó comiendo sus enchiladas. Aunque después de comer, querían que tomase unos tragos de pulque.

—¿Lo hizo? —preguntó Don Fernando, entre risas, al imaginarse la situación.

—No, Padre, yo se lo impedí y regresamos a casa.

—Bien hecho, Elena, pero les aguaste la fiesta a los muchachos; y como tienen tan pocas distracciones, pensaron reír un rato a costa de tu prometido.

—Sigo pensando que no lo debieron hacer con mala fe. Surgieron así las cosas.

—Lo siento, Pablo. Raimundo es un buen hombre y muy trabajador, pero no deja de ser un indio mexicana, y son muy orgullosos.

—Lo tendré en cuenta, Don Fernando.

Luego, dirigiéndose a Antonio, le preguntó:

—¿Ya has tomado una decisión sobre la propuesta que te ha hecho Don

Fernando?

—De momento, no, Pablo. Nos quedaremos aquí hasta que se pueda regresar a Veracruz y veré la hacienda, intentaré conocer a los hombres y el funcionamiento de la misma. Luego decidiré. Pero si acepto, antes debería dejar resuelto todo el negocio que tengo en Veracruz. No quisiera perder todos estos años de esfuerzo.

—Lo encuentro acertado, Antonio —dijo Don Fernando—. No hay que descuidar lo conseguido con mucho esfuerzo para adentrarse en otro negocio. Por eso mismo, me agradecería que se quedase usted como administrador de esta hacienda en mi ausencia.

Luego, volviéndose hacia Pablo, le dijo:

Mañana al alba, saldrán unos muchachos hacia el mercado de la capital y me agradecería que fuese con ellos. Llevarán unos terneros para su venta a unos mayoristas y podrá ver el mercado local, entenderse con los comerciantes y apreciar la gran abundancia y diversidad de colores, olores, sabores y significados, que representan claramente la síntesis de la cultura y la historia de la región, pues habrá gentes de todos los pueblos cercanos.

—Padre, yo les acompañaré. Me encantará enseñarle a Pablo todos los mercados diferentes que hay en la ciudad.

—Deberéis madrugar para acompañar a los vaqueros.

—No se preocupe, Padre, los alcanzaremos en el camino antes de que lleguen a los corrales de Don Ceferino. ¿No son para él esos terneros?

—Efectivamente, hija. Ya sabes que siempre se los enviamos a él.

—Entonces, nos encontraremos allí con nuestros hombres.

—Hazlo como quieras, hija, porque eres terca como una mula.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Pablo sonrió ante el comentario de Don Fernando, mientras que Elena fruncía los labios al haberse salido con la suya. Cada día que pasaba con ella, estaba más enamorado de aquella mujer sensible y rebelde a la vez.

—Desayunaremos a las siete de la mañana o nos perderemos la visita a los mercados —le dijo a Pablo, mientras éste seguía sonriendo ante la actitud de Elena frente a su padre.

—Ármese de paciencia, Pablo, no sabe bien lo que le espera —dijo Don Fernando, contrariado por la actitud de su hija.

—¿Sabías que el primer mercado establecido en la ciudad fue El Parián? —le preguntó a Pablo, haciendo caso omiso del comentario de su padre.

Antonio también sonreía por el derrotero que estaba tomando la conversación, pero no dijo nada, no era asunto suyo.

—El Parián fue creado originalmente para ser el mercado principal con todos los vendedores que se encontraban en la plaza del Zócalo. Sin embargo, el edificio no era lo suficientemente grande, y los requisitos de espacio estructural, obligaron a los comerciantes que sobraron a establecerse en la zona de la catedral y en la del

gobierno.

Incluso dentro de la plaza del Zócalo, se encuentran muchos más portales comerciales y mercados: el portal de mercaderes, el de las flores y el portal de la Diputación, que son tiendas contiguas a varios de los principales edificios que rodeaban al Zócalo. Pero hay otro mercado importante situado en la periferia del Zócalo, con puestos fijos hechos de madera, en lugares como las plazas de Santa Catarina Mártir, La Cruz del Factor y Las Vizcaínas.

En uno de ellos, se venden y consumen productos del campo, como el rábano, la lechuga, la granada, el durazno, el membrillo, la manzana y el higo. En otro, solo productos artesanales como la cerámica vidriada, aunque los productos más preciados y valiosos son los fabricados y traídos desde España o en el Galeón de Manila.

Sin embargo, hay una serie de comerciantes indígenas y mestizos que se dedican a la carpintería, cerámica, fabricación de canoas, cerrajería y herrería entre muchas cosas más. Los carpinteros, cerrajeros y herreros, normalmente se encuentran en la calle de Tacubaya.

Las pieles de oveja son elaboradas y preparadas para venderse en el barrio La Palma, mientras los curtidores se han establecido en San Hipólito y en San Sebastián, y los alfareros en la calle de Santa María, pero no todos los negocios están agrupados; los sastres, carniceros, zapateros, albañiles, panaderos, y los bares que venden pulque, están dispersos por la ciudad.

—¿Cómo conoces todo eso tan bien?

—Pablo, me he criado aquí. Me quedé sin madre siendo muy niña, y las continuas ausencias de mi padre, hicieron que tuviese una aya a mi cuidado. Guadalupe me acompañaba todas las semanas a comprar a los mercados, desde muy pequeña, aunque nos llevaban dos peones con la carreta.

Recuerdo, que las compras se pagaban mediante el trueque. Se podía intercambiar producto por producto, o bien cuando se trataba de productos de gran valor, se cambiaban por cacao, oro en polvo, y hasta hachuelas de cobre y algunas telas también podían servir de moneda.

Los Pochtecas —*gremio de vendedores*— tenían sus propias leyes jurídicas y comerciales, y contaban con tribunales específicos en donde resolvían sus diferencias casi de inmediato, para mantener el control del mercado a través de un gobernante del tianguis, que mantenía el orden de los puestos de acuerdo a los productos que se comercializaban, entre los que se encontraban: el jade, el algodón, el cacao y diferentes metales preciosos.

Don Fernando y Antonio sonreían divertidos por la explicación que le estaba dando Elena a Pablo, mientras asentían con la cabeza.

El mercado que te digo, fue visitado por Hernán Cortés antes de la guerra de conquista. Poco más tarde, tuvo lugar la última y decisiva batalla contra los Méxicas, en 1521, cuando derrotado Cuauhtémoc, fue obligado a capitular ante Cortés.

Cuentan algunos ancianos, que la matanza de mexicas ese día, fue tan sangrienta,

que era imposible caminar por el lugar, debido a la cantidad de cadáveres apilados. Se estima, que más de cuarenta mil indígenas fueron exterminados aquél día.

—¡Qué barbaridad! —dijo Pablo, sin poder contener su asombro—. ¿Era necesaria aquella matanza, Don Fernando?

—Hijo mío, esa es una cuestión muy profunda —respondió Don Fernando, con un poco de pesar—. Es el sino del hombre allá donde se encuentre. Vivir o morir. Conquistar o ser conquistado, y nosotros los españoles, hemos sido conquistados repetidamente por otros pueblos a lo largo de nuestra historia. ¿O cree que nos conquistaron sin derramamiento de sangre?

—No, creo que no debió ser así, pero ignoro el motivo por el que se realizó esa matanza que me ha erizado los vellos.

—Espere un momento, Pablo. Creo que dispongo de algún pasaje sustancial de la bula Inter Caetera del Papa Alejandro VI, fechada en 1493, después del primer viaje de Cristóbal Colón a La Española.

Buscó un libro, de entre los muchos que disponía en una armariada, y regresó a la cocina mientras buscaba una página.

Aquí está Pablo: La bula de Alejandro VI, dirigida a los reyes de España, decía así:

«Entre las obras agradables a la divina Majestad, y deseables para nuestro corazón, existe ciertamente aquella importantísima, a saber, que principalmente en nuestro tiempo, la fe católica y la religión cristiana sean exaltadas y que se amplíen y dilaten por todas partes y que se procure la salvación de las almas y que las naciones bárbaras sean abatidas y reducidas a dicha fe».

Eso es lo fundamental que creían los reyes de España y lo que transmitieron a los conquistadores. España, en aquellos momentos, buscaba una ruta comercial que acortase la distancia entre Catay y el reino, pero se encontraron con un nuevo mundo pagano, según el momento, que no se dejó avasallar, pero la Santa Iglesia Romana deseaba otra cosa, y los frailes que acompañaban a los conquistadores realizaron su misión al precio que fuese.

Antes le he dicho, que el sino del ser humano es conquistar, dominar un territorio para ser más fuerte, esclavizando al vencido. Antes de que Colón descubriese estas tierras, las distintas tribus de indígenas, luchaban contra otras para despojarles de sus territorios, esclavizándolos. Y sigue ocurriendo lo mismo en las tierras poco colonizadas por nosotros en Nueva España.

Los Apaches, a través de los años, han sido desalojados de sus territorios en Canadá, los grandes lagos y en la parte norte del río Misisipi por tribus Comanches y Sioux. Las batallas eran encarnizadas y los Apaches se fueron desplazando hacia Texas, Arizona, las grandes llanuras y el norte de Nueva España, en los estados de Sonora, Coahuila y Chihuahua.

Ahora yo le hago a usted una pregunta: ¿Tenían derecho Comanches y Sioux a desplazar a los Apaches de sus territorios?

—No lo sé, Don Fernando, no tengo los conocimientos suficientes para juzgar lo que hicimos los españoles, ni lo que hicieron unas tribus de indios contra otras, como tampoco llego a entender el deseo de invasión de unos pueblos a otros.

Antonio y Elena estaban impactados por la exposición que estaba realizando Don Fernando, que al no haber vivido aquellas experiencias, ni haber tenido un libro en las manos que explicase todas aquellas atrocidades, tampoco entendían bien.

Elena había nacido en la hacienda de su padre, y se había acostumbrado a que los indios que había a su servicio estuviesen cristianizados, aunque no dejaba de gustarle el folclore festivo e impío que en algunas ocasiones celebraban los nativos. A Antonio le ocurría lo mismo, a pesar de que en algunos momentos, se tropezaba con apaches lipanes que querían asaltar su reata de mulas para apropiarse de mercancías y caballerías, viéndose obligado a defender lo suyo con las armas, aunque, por otra parte, la mayoría de sus arrieros, en los que tenía depositada una gran confianza, o bien eran indios nahua cristianizados, o mestizos acostumbrados a la forma de vida de Veracruz.

—Pablo —dijo Don Fernando—, en cierto modo, me alegro de que haya salido este asunto a relucir para poder dejar algunas cosas claras. ¿Sabe cómo vivían los aztecas?

—Para mí son desconocidos.

—Lo suponía, aunque con ello no pretendo desmerecerle, Pablo. Los aztecas, en concreto, fueron una tribu de nómadas que formaron uno de los imperios más grandes e importantes de la América precolombina en solo 200 años. Tenían la mejor tecnología que se podía obtener, dadas las condiciones en que vivían, como acueductos, palacios, pirámides, y templos, que se alzaron como tributo a sus dioses y como testimonio de poder hacia la humanidad.

Hacia el siglo XIII, los aztecas se asentaron en Chapultepec, desde donde fueron expulsados por una coalición de enemigos. Luego de ser expulsados, constituyeron su asentamiento definitivo en Tenochtitlan, transformándose en la principal ciudad de la zona, al tiempo que formaban alianza con otras dos ciudades de habla nahua: Texcoco y Tlacopan. Esta unión, conocida como Triple Alianza, logró desarrollar un gran poderío militar, y con Moctezuma II, los aztecas se transformaron en uno de los principales imperios que dominaba un vasto territorio y millones de súbditos.

La élite gobernante de la Triple Alianza, se apropiaba de la producción de las otras naciones mesoamericanas mediante la imposición de un tributo que era fijado de acuerdo con la especialización económica y geográfica de los dominados, y recolectado por un calpixque o recaudador.

Por otro lado, el comercio de los aztecas se basaba principalmente en el trueque, suponiendo que habrían existido ferias en el imperio Azteca, al igual que en el imperio incaico. Normalmente, los comerciantes mexicanos, intercambiaban productos

de Tenochtitlan y alrededores para conseguir productos de lujo de las otras ciudades y naciones. Por la cantidad de población y los datos indirectos, se cree, que Tenochtitlan, en su época de esplendor, era el mercado más grande del mundo, y se ubicaba en la plaza central de Tlatelolco, donde vendían esclavos, prisioneros de guerra, cacao, frutas exóticas, e intercambiaban objetos labrados en oro y plata, cerámica, adornos de plumas, y tejidos de algodón.

Sin embargo, el pago de tributos y sacrificios humanos eran eventos obligatorios que los pueblos sometidos debían realizar, con el fin de mantener la grandeza y el dominio de la ciudad-estado. Por ello, los aztecas eran odiados por sus vecinos y otras culturas bajo su yugo. De este modo, no sorprende que Cortés pudiera aliarse con pueblos como el Tlaxcalteca, en su camino hacia Tenochtitlan, para vencer a los aztecas.

Mi hija ha comentado una historia que ha ido de boca en boca de los ancianos durante muchísimos años. Yo también la conocía, y no me extraña la cantidad de muertos que debió haber aquél día, pero me extraña, que Cortés, con solo seiscientos hombres, pudiera realizar tamaña carnicería. Máxime, cuando estaba aliado con varias tribus indígenas que odiaban a Cuauhtémoc, sobrino de Moctezuma, por lo que deduzco, que los cuarenta mil indios muertos, pertenecerían a las diferentes tribus en liza.

—Tengo la cabeza hecha un lío con este asunto —respondió Pablo.

—Le he explicado todo esto, porque dentro de unos meses saldremos hacia Texas.

Yo, para reforzar algunos presidios y realizar un vasto informe sobre los indios de la zona, normalmente apaches y comanches, que de vez en cuando atacan los asentamientos de familias españolas para robarles e incluso matarlos. Usted buscará unos terrenos con el agua suficiente para poder establecer una nueva hacienda en la que criar ganado de todas clases. ¿Pero cree usted que los indios se lo van a permitir?

—Yo pretendo comprarlas.

—¿A quién, Pablo? ¿Al gobernador de Texas, a los misioneros o a los indios?

—Pues no lo sé, Don Fernando. No sé a quién debo hacerlo.

—El gobernador de Texas, es, por mandato real, el poder absoluto de la región, con permiso, claro está, de los monjes franciscanos a quienes se les ha concedido la propiedad de vastos territorios para fundar los pueblos, que se han de defender con los militares de los presidios. Pero, legalmente, la propiedad de esos territorios corresponde a los Apaches o Comanches, y según donde se instale, hasta de los Sioux.

Los indios, en principio, no van a permitir el asentamiento porque no están pacificados totalmente; no están cristianizados y son astutos, desconfiados, orgullosos, belicosos y muy celosos de su libertad, constituyendo el grupo más difícil de atraer a la religión y reducción misionera.

¿Considera usted, que en esa situación que le he expuesto, crearía una hacienda como usurpador o como un súbdito de su majestad española, con todos los derechos?

—Don Fernando, tengo la cabeza hecha un lío. Jamás había llegado a considerar tales cuestiones, y supongo que tendré todos los derechos, como español, para asentarme en aquellas tierras.

—De acuerdo, Pablo, entonces, usted irá como colonizador. Así que, deje a un lado sus prejuicios morales, que por otra parte le honran.

Viendo el agotamiento mental que estaba sufriendo Pablo tras aquella disertación de Don Fernando, Elena le dijo, que se tomara una taza de café, antes de salir a cabalgar un poco.

Pablo aceptó, y unos minutos después, un peón de la casa ensillaba los caballos de la pareja.

Cabalaron en silencio durante unos cuantos minutos, hasta que Pablo lo rompió.

—Tu padre es muy inteligente, Elena.

—Sí, lo es. Su cargo de capitán de dragones le ha llevado a ello, y ha estado muy bien informado sobre toda la historia de Nueva España desde que llegó Cortés.

El mercado del Roldan

Desayunaron temprano una taza de café con unos bollos recién hechos y luego cabalgaron hacia la ciudad de México con la intención de alcanzar a los vaqueros que llevaban el pequeño hato de terneros.

Cuando les alcanzaron, Pablo observó, que delante del ganado iba una carreta con una docena de cerdos abiertos en canal.

—¿Siempre lleváis así, esos animales al mercado?

—Sí, fueron sacrificados la tarde de ayer, en un cobertizo que tenemos algo alejado de la casa grande para evitar que malos olores llegasen hasta ella.

—¿Y esas vasijas de barro?

—Ahí se deposita la grasa derretida para venderla para cocinar, aunque la más apreciada es la manteca que se extrae, derritiendo la grasa que está adherida a los riñones y que se utiliza para hacer dulces, tortas de chicharrones, mantecados y hojaldres o jabones. Se vende muy bien, porque es más económica que el aceite de oliva.

Aparte, se vende el sebo para curar el cuero ya curtido, engrasar los ejes de las carretas, la fabricación de velas para la iluminación de iglesias, casas y minas, teniendo una enorme importancia este producto en la vida civil, que garantiza una iluminación cómoda y barata.

—¿Le vendéis todo esto al mismo mayorista?

—Sí, luego él lo distribuye a los carniceros que hay repartidos por la ciudad o a los que llegan de pueblos aledaños.

—Veo que tenéis un negocio bien montado.

—Sí, Pablo, por eso quiere mi padre crear una nueva hacienda en Texas.

En realidad, son muy pocas las cosas de consumo diario que necesitamos comprar, para el mantenimiento de la hacienda y los hombres que trabajan en ella.

Nuestros hombres, reciben un salario mensual, compuesto por una parte económica y otra en especies para el sustento de sus familias. Maíz y frijoles no les falta, ni carnes tampoco. Algunos de ellos, incluso tienen plantado un pequeño huertecito en el que sus mujeres cultivan tomates, chiles, o verduras del tiempo. Pero si no vendemos lo que producimos, la hacienda sería una ruina.

—Lo entiendo.

—¿Qué opinas de la propuesta que le ha hecho mi padre a Antonio?

—Ni estoy en su piel ni en su negocio, Elena. Sé que se gana muy bien la vida con el transporte entre Acapulco, Veracruz y México, pero eso es algo personal que debe decidir él. Luego dependerá en manos de quién deje el negocio de Veracruz y el transporte con mulas. Tiene que ser alguien de mucha confianza.

—Está claro, Pablo, pero si no encontramos a nadie, no me podré marchar con

vosotros.

—Entonces tampoco iré yo. Casarme contigo, para estar años separados, no me seduce.

Elena sonrió, aproximó su caballo al de él, y le dio un ligero beso en los labios.

—¿Nos adelantamos hasta el mercado?

—¡Vamos!

—Primero iremos al almacén de Don Ceferino, donde dejaremos nuestros caballos. Después quiero que veamos la Iglesia de Santo Domingo, donde nos casaremos, y luego comeremos unas enchiladas en algún puesto del mercado. Más tarde regresaremos al almacén de Don Ceferino para recoger los caballos, cobrar el importe de la venta y regresar a casa.

—¿Más enchiladas? —respondió Pablo, poniendo cara de aversión—. No, gracias, creo que las he aborrecido.

Elena se echó a reír al ver la cara de Pablo.

—De acuerdo, comeremos entonces unos tacos. —Expuso, mientras espoleaba su caballo para entrar en galope.

Media hora después, entraban los dos, al paso, por la Calzada de Guadalupe, hasta llegar al barrio de Santiago, luego de haber dejado atrás la Garita de Peralvillo: un puesto de arancel en el que se cobraban por adelantado los impuestos reales sobre los artículos que entraban a la ciudad por su lado norte, aunque había una garita en cada punto de entrada a la misma.

El de Santiago, se trataba de uno de los barrios periféricos en los que se encontraban algunos de los almacenes de mayoristas, como el de Don Ceferino.

Al llegar al almacén, desmontaron y saludaron al propietario, al que dijo Elena, que los terneros que había pedido estaban en camino y no tardarían en llegar.

—¿Le podemos dejar los caballos aquí, mientras hacemos unas gestiones?

—Claro, faltaría más. Regresen cuando quieran.

Conforme fueron entrando en la ciudad, Pablo pudo observar que las calles seguían un trazado rectilíneo en todos los sentidos, formando cuadras rectangulares, pero lo que más le llamó la atención, fue la cantidad de puentes que había en la ciudad, bajo los que discurrían canales navegables para llevar mercancías de un lugar a otro, aunque la gente solía tirar sus inmundicias por las ventanas a los canales.

—Felipe V, de la casa de los Borbones, reinante en España en aquella época, se preocupó por la ciudad de México, ordenando cédulas reales para embellecerla y hacerla digna del título de capital del Virreinato de la Nueva España. Poco a poco, nuevas ideas y teorías fueron llegando a la ciudad de México, y sus resultados inmediatos fueron la limpieza y el buen funcionamiento.

Por ello, la circulación del aire y del agua, fueron consideradas como una necesidad imperiosa para evitar enfermedades, epidemias y plagas, y con estas ideas

comenzaron a hacerse intentos por eliminar la basura, y los focos de infección y putrefacción.

Sin embargo, el tipo de sociedad que habitaba la capital de virreinato era desigual, y para sus habitantes, en su mayoría indios y mestizos, entre los que destacaba una minoría pudiente de españoles, las enfermedades continuaron siendo consideradas como castigo divino, que se materializaban por medio de la influencia perniciosa de los astros. Por ello, las rogativas destinadas a las imágenes milagrosas, continuaron practicándose como única solución para contenerlas, olvidando las tentativas por mejorar las condiciones higiénicas que cayeron en el vacío y fueron letra muerta a causa de la poca respuesta que hubo por parte de la población.

Elena le explicó, que había siete canales importantes que discurrían por el interior de la ciudad, y todas ellas tenían su desagüe en el lago Texcoco, donde había siete compuertas que abrían por la mañana, para realizar el desagüe de la ciudad, y se cerraban por la tarde, para impedir que volviese a entrar la misma agua del lago, impulsada por los vientos del norte que solían soplar.

Pablo la escuchaba hablar sin dejar de mirarla, y mientras la escuchaba, pensaba en lo hermosa que era. El tiempo parecía haberse detenido, en tanto seguían caminando, sin casi darse cuenta de lo que les rodeaba.

—Los canales más grandes son la acequia Real y la de la Merced, pero las más utilizadas por el tráfico de canoas y lanchas, colmadas de flores, legumbres y mercancías, impulsadas por los remos de los indios, son la Real y la de Mexicalcingo, que llegan hasta el desembarcadero de Roldan, no siendo raro que circulen diariamente, más de dos mil pequeñas embarcaciones por ellos, apareciendo muy hermoso el espectáculo que ofrecen esos frágiles esquifes, que más bien parecen pequeños jardines flotantes cuando atracan en los embarcaderos, dando la impresión de que se van a hundir en el agua al ir tan llenas de mercancías.

—Es precioso lo que cuentas —dijo Pablo, sin dejar de mirarla.

Elena se echó a reír al ver la cara de Pablo.

—No has escuchado una sola palabra de lo que te he contado, ¿no es cierto?

—No, no es cierto —respondió, riendo también—, las he escuchado todas pero no me he enterado de ninguna. Bastante tenía con mirarte. Me tienes hechizado.

Los dos rieron a carcajadas por lo que él terminaba de decir, pero Elena no lo pudo evitar, y con un impulso irracional, se abrazó a él y le besó en la boca.

—¡Anda, vámonos de aquí, que estas cosas no están bien vistas en público! —respondió ella.

—¿A dónde vamos ahora?

—Al puente de Roldan.

—¿Qué hay allí?

—Hay de todo lo que quieras encontrar. Se puede considerar como el punto de mayor importancia para el intercambio comercial dentro de la ciudad. A pesar de que el mercado del Volador está cerca, la gente acude a los tianguis que se han establecido

cerca del embarcadero del puente de Roldan, dadas las condiciones de las acequias, que permiten el tránsito y entrada de mercancía de la zona sur al centro de la ciudad.

—No has sido muy explícita que se diga.

—Ya te he dicho, que hay flores, frutas, verduras, mantas indias de algodón muy coloridas, ponchos, puestos de comida y muchísima gente. Tanta, que te costará caminar por allí, así que, te sugiero que no pierdas de vista tu bolsa, pues los mendigos, borrachos y ladrones, también los hay por todas partes.

Cuando llegaron al puente de Roldán, tal y como había dicho Elena, el gentío era tan enorme que a Pablo se le fueron las ganas de entrar en los tianguis, en prevención de cualquier posible altercado.

¿Te parece bien que compremos alguna cosa para dar un bocado, mientras damos un paseo en barca por la laguna?

—Siempre que no sean enchiladas, estará bien —dijo Pablo, poniendo cara de aprensión—. De nuevo, soltó la risa Elena.

—¿Por qué estoy tan a gusto contigo? Nadie me hace reír tanto como tú. Me tienes muy enamorada, Pablo.

—Yo también estoy muy enamorado de ti, pero no me cambies de tema. ¿Qué vamos a comprar para comer?

La risa apareció de nuevo, y su rostro se iluminó.

—Si me esperas aquí, lo verás en la barca. No te lo voy a decir ahora, será una sorpresa.

—Espero que sea agradable.

—Mira que eres tonto, ¿cómo crees que puede ser? Te gustará.

Mientras ella marchaba a uno de los puestos de comida, Pablo estuvo viendo las barcas que había libres para dar un paseo.

Había una amarrada al muelle, que estaba vacía, y parecía lo suficientemente amplia y sólida como para dar el paseo anunciado por Elena. Así que esperaba a que ella llegase para dar su visto bueno.

Cuando llegó Elena, dos indios que salían de una pulquería cercana, se aproximaron a la barca y subieron a ella.

—¿Se quieren ganar unas monedas? —preguntó.

—¿Y qué tenemos que hacer para ganarlas? —dijo uno de los indios, con la voz algo pastosa.

—Solo darnos un pequeño paseo por la laguna.

—Pero es que ya nos íbamos a nuestra casa, señorita.

—Bueno, pues ustedes se lo pierden, contrataré a otros barqueros.

—Ta bueno, señorita, pero les costará dos reales por cabeza.

Subieron a la canoa, y esta se deslizó a golpe de percha por los canales rodeados de casas bajas, con enormes árboles y macizos de flores, sobre las que sobresalían los campanarios de las numerosas iglesias de la ciudad.

Tenochtitlan se encontraba situada entre cinco grandes lagos que tomaban las

aguas de las acequias o canales que la cruzaban, con varias islas verdes y llenas de flores.

Aún a pesar de navegar por aguas tranquilas, la canoa se balanceaba de forma extraña. Elena no hizo mucho caso porque se encontraba preparando los tacos que había comprado para comer, pero, Pablo, que estaba más pendiente de los indios, veía que se tambaleaban de vez en cuando, al meter la percha en el fondo de la acequia, para hacer navegar la pequeña canoa que todavía tenía restos de las verduras y frutas que había transportado, y que no mantenía una línea recta. Los remeros, torpes a causa del pulque ingerido, trastabillaban al impulsar la percha, y uno tras otro, los dos indios cayeron al interior del esquife para levantarse inmediatamente y continuar con la ardua tarea de hacer navegar la pequeña embarcación.

Pablo no pudo evitar que le saltase una carcajada por el grotesco comportamiento de aquellos indios. Al final, uno de los indios cayó al agua.

—Agárrese pendejo, y suba a la barca —le decía el que estaba arriba de la canoa, al que había caído al agua.

Pero el que estaba en el agua, agarrado a la borda del esquife, borracho como estaba, en vez de subir, volcaba la embarcación, que comenzó a llenarse del agua que entraba a borbotones por uno de sus costados.

—Elena, ¿qué hacemos?

En ese momento, la embarcación rebotó de agua y se hundió en el lodo de la acequia.

—Nadar hacia la orilla, Pablo. Tendremos que posponer la visita a la iglesia de Santo Domingo.

Al llegar a la orilla totalmente empapados, vieron que uno de los indios le daba manotazos en la cabeza al que había hundido el esquife, mientras lo reprendía en lengua nahua, a la vez que intentaban ganar la orilla de la laguna por las compuertas.

—¿Qué dicen esos dos chalados?

Elena se echó a reír, a pesar de estar empapada, y le tradujo a Pablo lo que se decían los indios entre ellos: El que va detrás, golpeando la cabeza del otro, está muy enojado por lo que se ve, y le termina de decir, de forma despectiva, que se aleje de él, pero empleando expresiones y entonación propias de los indios:

—«¡Chin, anda a ver si ya pario la marrana! Te dije que llevaras ojo con el pulque! ¿Y qué pasó...? ¡Que me ahogaste el bote..., pendejo!».

—«Güey, qué chafa, me agarraste en el balanceo y me fui al agua... Me sacaste un pedo...» —le ha respondido el otro.

—«¿Cuál pedo...? Ay, el muy chingón, si encima la culpa será mía... —le ha respondido, mientras le continua dando manotazos en la cabeza a su compañero—. ¡Qué poca madre!»....

Pablo y Elena, aun a pesar de la situación que les obligaba a ir completamente

mojados al almacén de Don Ceferino, para recoger los caballos, no dejaban de reír por la situación que se desarrollaba en el agua con los dos barqueros.

—Te voy a pedir un favor, Elena, ni más paseos en barca, ni más sorpresas —dijo entre risas.

—Prometido, Pablo —dijo riendo también.

Anda, vamos a por los caballos o pillaremos un buen resfriado.

Cuando llegaron al almacén, lo hicieron todavía empapados y tiritando de frío, pero Don Ceferino ordenó que les llevasen unas mantas para entrar en calor.

—Ahora no se pueden ustedes marchar así —dijo el mayorista—. Mandaré que les preparen un poco de chocolate caliente para que se repongan un poco. Las mantas, ya me las devolverán cuando venga por aquí otra vez alguno de sus hombres.

—Gracias, Don Ceferino, lo vamos a necesitar —agradeció Elena.

—¿Qué les ha ocurrido para venir tan empapados?

Pablo le contó la odisea de la barca y el comerciante rompió a reír.

—Eso ocurre cuando se contratan a barqueros achispados. Estos indios, después de llevar vender y cobrar sus mercancías en el tianguis del puente de Roldan, se meten en cualquier pulquería cercana hasta que casi no pueden caminar. ¿Quiere que ajustemos las cuentas de la partida que me han traído sus hombres hoy?

—¿Le firmó el recibo a mis hombres?

—Sí, claro, como siempre.

—Pues hablaremos el próximo día que venga por aquí.

Media hora después, entrados en calor y con las ropas más o menos secas, emprendieron el camino de regreso a la hacienda.

Cuando llegaron, Don Fernando, Antonio y Brígida, habían salido para ver los hatos de vacas y los caballos que había por el monte, al fondo del valle. Por una parte, para que Antonio se pudiese hacer una idea más precisa de la hacienda y su contenido, en el supuesto de que aceptara el puesto de administrador, y por la otra, para hablar con los capataces, a fin de comenzar el rodeo en un par de días y marcar a los animales; los caballos para comenzar la doma, y los terneros, una vez marcados, para crear un hato nuevo de cría y comercialización.

Al entrar en la cocina, Elena llamó a Guadalupe para que les preparase algo caliente para comer. En la ciudad les había sido imposible.

—Su padre y los señores, hace un momento terminaron de comer un guiso de res con papas y zanahorias. Sobró algo, ¿quieren que se lo sirva?

—Lo que haya Guadalupe, venimos hambrientos, y si está caliente, mejor —dijo Pablo.

—Mientras lo sirves, iré a por unos zamarros para no enfriarnos más —dijo Elena a la criada.

—Ahorita les preparo la mesa.

—Trae un poco de vino también.

Entre tanto, Don Fernando y sus acompañantes, habían llegado al cerro Chiquihuite, desde el que se apreciaba el valle en casi toda su extensión, y muy cerca de donde estaban las porquerizas, entre una plantación de encinos y algarrobos.

—¿Qué le parece, Antonio?

—Que es inmensa.

—¿Se atreverá a gobernarla?

—Tal vez.

—No estará solo. Contará con unos diez capataces, cuatro mayores, y unos ciento cincuenta hombres entre perones y vaqueros. Los conocerá cuando comencemos el rodeo, pasado mañana.

Ahora tengo que reunir a mayores y capataces para una reunión en la casa, mañana por la mañana, y preparar el rodeo con todo lo que conlleva.

Hay que revisar los corrales que hay junto a la casa, donde se encerrarán los caballos para marcaje y posterior doma. Los terneros se lazarán y marcarán cerca de los hatos en los que se encuentren, y se apartarán de sus madres. También necesitaremos más cocineras para poder llevar los guisos a los hombres con las carretas, y ahí entrará usted en el juego, Brígida.

—¿Qué debo hacer?

—¿Usted es buena cocinera, no? Pues algunos de mis hombres y yo, entre los que incluyo a su marido y a Pablo, arrearémos los garañones que hay por las colinas. Estableceremos un cercado para contenerlos, en el fondo del valle, y usted cocinará para nuestro grupo, que es el que quedará más alejado de la casa.

Una vez capturados y en el corral, marcaremos a aquellos que no lo estén, y cuando se hayan sosegado un poco, trasladaremos a los mayores de tres años para su doma.

—¿Hembras y machos? —preguntó Antonio.

—En principio, sí. La hembra es más dócil a la doma que los machos, que suelen ser más broncos, pero hasta que no estén domados, no podemos saber cuáles serán los mejores para la compañía que mandaré hacia Texas.

—Pero usted dijo, que cada soldado precisaba de seis caballos, ¿no es así? —preguntó Antonio—. Los números no me salen. Cada hombre solo dispondrá de dos caballos, y en todo caso, una mula.

—Veo que saca usted las cuentas rápidas y eso me gusta Antonio. Y es cierto, con los caballos disponibles en esta hacienda, solo conseguiremos un total de unos ciento cincuenta caballos, pero no olvide que hay muchas más haciendas en México que también crían caballos. Los que nos falten, se compararán, pero en algo va a tener usted razón, reduciremos el número de caballos por hombre, a tan solo cinco y una mula para pertrechos. Y pensando en la logística, también vendrán con nosotros, cinco carretas cargadas con heno y otros forrajes.

—¿Con cuántos hombres piensa contar? —preguntó Antonio de nuevo,

interesado por aquél proyecto.

—Llevaremos un regimiento completo, con 260 hombres y casi 1000 caballos, unas seis compañías al mando de un capitán por compañía, un teniente y dos sargentos. Los que nos falten de este reclutamiento, los tomaremos del regimiento de la capital.

—¿Y no se quedará desguarnecida?

—Espero que no, Antonio. Siempre habrá más hombres dispuestos a formar parte del regimiento de dragones, para defender las incursiones de los pimas, aquí en México. Se les paga bastante bien.

—Por cierto, allá hay una manada de garañones —dijo Don Antonio, señalando hacia un lugar concreto.

—Sí, ya los veo. Parece una manada de unos veinte caballos.

—¿Ve usted a aquél que marcha en cabeza? Pues a ese es al primero que hay que lazar y reducir; después, le seguirá el resto, allí donde él vaya, facilitándonos el trabajo.

—Parece que lo tiene muy bien pensado, Don Fernando.

—No es la primera vez que lo hago, Antonio, pero creo que ya hemos hecho lo que hemos venido a hacer. Mañana tendremos una reunión de trabajo con la gente y quiero que usted asista también.

—Allí estaré.

—Pasado mañana, al alba, comenzará el trabajo duro para todos los hombres del rancho. Los peones revisarán todos los cercados para acoger a los caballos, y no deberán presentar defectos. ¿Les parece que regresemos? La tarde se echará encima rápidamente.

—Como usted diga, Don Fernando.

Conforme cabalgaban de regreso a la casa, Antonio iba pensando en la propuesta que el padre de Elena le había formulado, y después de ver lo que había visto, se sentía con ganas de aceptar, pero le preocupaba que su negocio continuase funcionando, aunque lo manejase Mazahua, su hombre de confianza, y para eso debía regresar a Veracruz lo antes posible. Sin embargo, todavía existían lagunas en aquél proyectado viaje a Texas.

—Perdone, Don Fernando, ¿piensa llevar reses a Texas?

—Por supuesto, Antonio. Aunque el traslado de esas reses nada tiene que ver con la misión que me ha encomendado el virrey. Es un negocio particular de la Hacienda Aldasoro.

El traslado del regimiento de dragones estará costado por La Corona a través de las arcas del virrey, pero en aquellos presidios y pueblos de colonos que han crecido a su amparo, necesitan carne, y las venderemos allí, aunque no todas. Las mejores vacas y un par de sementales escogidos, servirán para crear la nueva hacienda, una

vez tengamos concedidos los terrenos.

Dirigirá la manada, el que espero que para entonces sea mi yerno, Pablo, acompañado por una docena de vaqueros del rancho, y deben ser los mejores en su especialidad. También llevaremos ocho yeguas y un semental andaluz.

—¿No les retrasará la marcha, las reses y los caballos?

—Veo que está en todo y eso me gusta, Antonio. Pero, no. No la retrasará, porque lo más lento en ese camino serán las carretas, y las necesitamos para transportar el heno y el forraje de los animales, y los pertrechos y comida para todos los hombres.

Habían llegado a la casa, sin apenas darse cuenta por la conversación que llevaban, de la que Brígida no perdía detalle.

Cuando entraron en la cocina, Pablo y Elena estaban comiéndose unos pastelillos, entre sorbo y sorbo de café que les había servido Guadalupe.

—¿Ya estáis cenando?

—No, Padre, estamos comiendo todavía —respondió Elena, ante la cara de extrañeza de su padre— pero es que hemos tenido problemas.

—¿Qué problemas? —preguntó Don Fernando, alarmado, mientras tomaba una silla para sentarse a la mesa, con la intención de que su hija le pusiera al corriente.

—Todo iba bien, Padre. Llegamos al almacén de Don Ceferino poco antes de lo hiciesen nuestros hombres con la carreta y el ganado. Dejamos los caballos allí, para recogerlos al regreso, pues pretendía enseñarle a Pablo en tianguis de puente de Roldan, comprar algo de comer y contratar a unos barqueros para dar un paseo por la acequia Real hasta la laguna. Hasta ahí, todo bien. Pero al parecer, los indios del esquife estaban algo borrachos, y cuando navegábamos por la acequia y nos acercábamos a la laguna, Pablo se dio cuenta de que perchaban haciendo eses. Uno de ellos dio un traspié, perdió el equilibrio y cayó dentro de la lanchita, pero se recuperó y regresó a su puesto inmediatamente. Un momento después, el otro indio cayó al agua, y al agarrarse a la borda para subir, la volcó completamente y todos nos encontramos en el agua de la acequia.

Don Fernando, Antonio y Brígida, se reían a carcajadas, contagiando a Elena y a Pablo. Y, entre carcajadas, Elena siguió contando, que uno de los indios le daba manotazos en la cabeza al que había volcado el esquife, a la vez que lo reprendía por hundir el bote.

Don Fernando lanzó una sonora carcajada que contagió al resto de los presentes.

—Nosotros, aunque empapados y con frío, no podíamos dejar de reír por la escena tragicómica que se estaba desarrollando en el agua.

El caso es, que nuestra comida se fue al agua también. Regresamos al almacén de Don Ceferino, quien mandó que nos preparasen unos chocolates calentitos para entrar en calor y nos prestó unas mantas. De regreso a la casa, Guadalupe nos preparó unas sobras de la comida de ustedes. Eso es todo. Ahora estábamos terminando cuando ustedes llegaron.

—Menos mal que no fue nada grave. Otro día, ándense con un poco más de ojo

—respondió Don Fernando. ¿No llegarían a ver la iglesia, claro?

—No, Padre, otro día.

—Pues creo que Pablo tardará bastante en verla. Mañana tendremos reunión de capataces y mayores, y pasado mañana comenzaremos el rodeo. Pablo deberá estar aquí en la reunión, y pasado mañana arreando los caballos para los corrales. Creo que nos será más útil allí que con las reses.

—¿Tan pronto? —protestó Elena.

—El tiempo se echa encima.

—¿Si no hay otro remedio? —protestó—. Pero Pablo no está acostumbrado a esos menesteres.

—Ya es hora de que comience a aprenderlos, si quiere tener su propia hacienda, ¿no crees?

—No discutan por favor. Estaré donde convenga estar —medió Pablo—. Tiene usted toda la razón, Don Fernando.

Al día siguiente, en la reunión llevada a cabo en el comedor de la casa, se marcaron los quehaceres de cada cuadrilla.

Pablo iría para ayudar a los arreadores de caballos hasta conducirlos a los corrales, y en el posterior amansamiento de los mismos.

Alboreaba el día cuando salieron hacia las colinas del valle, donde les esperaban dos cuadrillas, con no menos de veinte hombres a caballo.

—¿Cómo está la situación? —preguntó Don Fernando, a uno de los capataces.

—Hay tres pequeñas tropillas de hembras con su garañón y algunos potros jóvenes, pero la mayoría están diseminados en pequeños grupos que vagan por las colinas.

—Vayamos primero a por los sementales. Luego será más fácil que el resto le siga.

—De acuerdo, Patrón.

—Ándenle, vayan a por los sementales, pero cuidado con provocar la estampida... —dijo uno de los capataces.

Se repartieron en tres grupos, camino de las colinas en las que los habían visto. Los primeros que avistaron a una tropilla, de unas cuarenta yeguas de diferentes edades con un par de machos jóvenes y un garañón, fue el grupo de Don Fernando, en el que también iba Pablo.

De entre toda la manada, sobresalía a primera vista, por su arrogante hermosura, un caballo tordo de larga y encrespada cola, con una crin alborotada sobre su cuello arqueado, mientras movía las orejas en todas direcciones como esperando captar los sonidos que producían sus presuntos captores. Se mostraba esquivo, golpeando el suelo con su casco resonante; las hembras, expectantes a su relincho, se pusieron en movimiento lentamente.

—Rodeen el grupo, de forma que solamente puedan huir hacia aquí —ordenó Don Fernando.

Usted y yo nos quedaremos donde estamos —le dijo a Pablo—, y Raúl lazará al semental, pero lleve cuidado con él, porque lanzará coces a diestro y siniestro tan pronto se sepa sujeto.

Los hombres se repartieron estratégicamente para evitar la huida hacia las colinas, pero el semental los olió al llegar, y lanzó un relincho para advertir a su manada.

Los animales levantaron la cabeza de la hierba, estiraron las orejas y se removieron inquietos hasta ver qué hacía su guía mientras este venteaba el aire, pero los hombres ya se habían situado para impedirles el paso.

El macho comenzó a trotar de un lado a otro con las crines erizadas y la cola alzada, mientras los vaqueros les iban cercando. De pronto, el animal pareció saltar en el aire, golpeó el suelo con sus patas delanteras y lanzó un penetrante relincho. Esa era la señal. Toda la manada se puso en movimiento para dirigirse hacia donde estaban Don Fernando, Pablo y el capataz, mientras éste último, lazo en mano, lo blandía sobre su cabeza, haciendo que se fuese ensanchando al pasar la cuerda por su umbría, poniendo a su caballo al galope para situarse parejo al jefe de la manada.

Con habilidad enlazó el cuello del garañón, a la vez que fijaba con dos vueltas el lazo al pomo de la silla de montar y su caballo detenía la carrera.

El lazo se tensó, estrechando su dogal sobre el cuello del semental, quién al sentirse atrapado, coceó al aire, realizó brincos y rebotes para soltase de aquella presión que le asfixiaba, en tanto el resto de la yeguada se detenía inquieta, agrupada a unos metros de su guía.

El caballo piafaba, intentando correr hacia todos los lados, sin conseguirlo, hasta que, media hora después, exhausto, con las fosas nasales totalmente dilatadas y los ojos casi desorbitados, los belfos llenos de espuma, comenzó a tranquilizarse.

Durante aquél proceso, las yeguas se habían ido amontonando unas junto a otras, buscando el centro de la manada para quedar mejor protegidas, mientras los vaqueros procuraban con sus gritos y lazos que se mantuviesen juntas.

—Ya se ha calmado un poco, muchachos. Atad el lazo a un árbol y alejaos de él para que se tranquilice del todo —ordenó Don Fernando.

Pablo había asistido, entre sorprendido y preocupado, todas las evoluciones de los vaqueros para mantener la tropilla unida, mientras su garañón estaba laceado a manos del capataz.

¿Qué le ha parecido, Pablo?

—Sorprendente. El caballo es una preciosidad de animal.

—Debe tener unos tres años. Es hijo de uno de mis sementales andaluces.

—¿Qué es lo que sigue ahora?

—Llevaremos esta yeguada a los corrales cercanos a la casa y los dejaremos tranquilos durante un día.

—¿Y el garañón?

—Cuando se haya calmado lo suficiente como para saber que tiene que obedecer, será conducido con el lazo por el capataz, a la cabeza del grupo de hembras y potrillos. Las hembras lo seguirán, pero no ha terminado el trabajo de los recortadores para evitar que alguna hembra se desmande y haya que retornarla al grupo.

Las cuadrillas que han ido a por las otras manadas harán lo mismo, pero tendremos que regresar mañana y pasado para recuperar las yeguas o machos que se hayan diseminado por la sierra.

—Veo que lo tiene todo muy controlado, Don Fernando.

—Hijo, llevo en este negocio treinta años, aunque me haya tenido que ausentar en algunas ocasiones durante meses para aplacar rebeliones indígenas y defender algunos poblados.

—¿Cuánto tiempo durará la doma de estos caballos?

—Calculo que unos tres meses. Primero vendrá lo más difícil. Que reconozcan su pérdida de libertad con el lazo. Después se les pondrá una cabezada sin bocado para que se vayan acostumbrando al ramal, y después a la silla, pero lo harán con los ojos vendados. Esta es la parte más dificultosa porque el animal querrá desprenderse de ella a toda costa. Se golpeará contra las vallas del corral, realizará saltos en aire sobre sus cuatro patas, lanzará coces y arremeterá contra cualquiera que se le acerque. Pero si la silla va a ser incómoda para el caballo, espere a ver cuando se suba un hombre encima. Ahí es donde se aprecia la valía de un vaquero, muchacho. ¿Regresamos a la casa?

—¿Y los hombres?

—Ya saben lo que tienen que hacer.

—¿Y las reses?

—Cuando tengamos todos los caballos en los cercados, entonces procederemos al arreo de las manadas de reses, que corren semisalvajes por los cerros y el valle, procurando los vaqueros que no se alejen de las fuentes de agua para impedir que se internen en otras estancias.

¿Sabe, Pablo? Cada vaquero tiene fijado su sitio en alguna parte del enorme semicírculo que se forma para cercar el ganado, y todos se esfuerzan para arrearlo hacia el punto central.

A medida que el círculo se va estrechando, resuenan los gritos y las risotadas; cada acción de destreza y cada escapada de las astas de un animal enfurecido, se aclama con fuertes aplausos. Todos procuran demostrar su propia habilidad, y la ligereza, la fuerza o la hermosura de su caballo; y por la noche, junto al fuego de la hoguera, cuentan una y otra vez los hechos más asombrosos que han realizado durante el día; a menudo, dando rienda suelta a su imaginación, para relatar con detalle todos los prodigios de su manejo con el caballo.

Pablo escuchaba con atención las palabras del padre de Elena mientras advertía las diferencias que existían entre el rodeo que aquellos hombres practicaban y la caza de caballos asilvestrados en su querida Guipúzcoa. Claro, que allí, las manadas nunca

llegaban a tener el mismo número de animales ni vagaban tan sueltos por la campiña, debido a los innumerables caseríos de la comarca para impedirlo, y estaban más acostumbrados a la presencia humana.

Cuando llegaron a la casa, Elena salió a recibirlos.

—¿Cómo ha ido Padre?

—Mejor de lo que esperaba. Cuando llegue, mira el garañón que trae Raúl.

Dos horas más tarde, el capataz estaba entrando en uno de los corrales preparados a tal efecto, con el semental sujeto por el lazo, que parecía haberse conformado un tanto con su apresamiento. Le seguía la tropa de yeguas y potros, flanqueada por los vaqueros, que los introdujeron en el corral sin grandes alborotos a pesar de hallarse nerviosas.

Elena corrió hacia el cercado donde se encontraba el caballo, que había sido atado a uno de los postes para conseguir su rendición total.

—Es magnífico, Padre. A éste no lo había llegado a ver yo. Será un gran caballo de silla.

—Eso creo yo también —dijo Pablo.

—¿Se atreverá a domarlo? —le preguntó Don Fernando.

—Es muy posible, aunque otra cosa es que lo consiga.

—Pues si llega a domarlo, será suyo, Pablo.

—Lo intentaré, no le quepa duda.

—Yo te ayudaré también —dijo Elena, entusiasmada por el encargo.

Mientras tanto, las otras dos manadas de caballos fueron llegando y se encerraron en diferentes corrales con el mismo trato para los machos dominantes.

—Mañana comenzaremos con la doma de los sementales —dijo Don Fernando, mientras descabalgaban—. Ahora, vayamos a la cocina a comer algo.

—¿Cuántos caballos cree que se han capturado? —preguntó Pablo a Don Fernando.

—¿Usted cuántos estima?

—Como un centenar, aproximadamente.

—Tiene buen ojo, Pablo, pero hemos de liberar de nuevo a las hembras marcadas anteriormente para que sigan pariendo potrillos. No nos podemos quedar sin caballos en la hacienda.

—¿Y los sementales?

—Dejaremos algunos de los más jóvenes con las yeguas que soltemos para que se apareen en primavera; los más fuertes se domarán para el regimiento de dragones que irá a Texas.

Regresaron a la casa. Elena, cogida a la cintura de Pablo, mientras se miraban amorosamente. Don Fernando los vio, pero no dijo nada, continuó andando.

Durante los días siguientes, el trabajo en los corrales de los caballos fue

difícil.

Se hacía pasar a tres o cuatro sementales de las tres manadas, por un pasillo estrecho de tablas, en el que el animal no podía moverse, para ponerles por primera vez una cabezada sin bocado para que no se dañase, sujeto a una rienda larga que manejaba un vaquero y que impedía que el animal quedase libre.

En ocasiones, el caballo pretendía huir atemorizado, llegando a arrastrar al vaquero encargado de la doma, pero inmediatamente acudían algunos peones para evitarlo, frustrando la huida del equino. Pasada una hora de brega con el semental, Don Fernando le preguntó a Pablo:

—¿Quiere seguir usted con la doma, Pablo?

—Sí, claro, estoy deseando tener mi primer contacto con este caballo.

—¡Raúl, déjele el ramal a Don Pablo!

Pablo entró en el corral, mientras el capataz se reía al entregarle la rienda.

—Ándele con ojo, Don Pablo, está muy revoltoso. ¿Sabrá hacerlo?

—No se apure por eso, Raúl, creo que sabré hacerlo.

Una vez que hubo salido del corral, el capataz le dijo a Don Fernando:

—¡Lo *patiará*, Patrón! Seguro que lo pateará el caballo. Aún está muy bronco.

—Dejémosle hacer, Raúl.

Pablo sabía que era objeto de todas las miradas. Incluso Elena se había acodado en los traveseros del corral para ver que hacía Pablo.

Pero lo primero que hizo, fue hablarle al caballo con voz queda, mientras el ronzo lo mantenía sin una presión excesiva.

El caballo comenzó a mover las orejas, asimilando aquella voz, mientras piafaba y resoplaba un tanto. Pablo acortó distancia con el animal, enrollando la rienda en su mano mientras le seguía hablando.

Raúl se había quitado el sombrero y lo mantenía entre sus manos, estrujándolo, mientras decía:

—¿Qué hace, está loco? ¡Ahorita lo pateará, Patrón! —dijo Raúl, angustiado.

—Raúl, no me ponga nerviosa, ¿quiere? —respondió Elena.

El caballo, todavía nervioso, mantenía los ojos abiertos y las pupilas dilatadas, mirando a Pablo, que se acercaba cada vez más despacio y sin confiarse, pero el caballo dejó de piafar y resoplar, mirando a aquél extraño, que se le acercaba cada vez más.

Pablo tiró levemente de la rienda y el caballo se puso en movimiento, todavía inquieto, pero obedeciendo la orden que se le daba, y comenzó a caminar despacio, formando el círculo que le permitía la rienda, mientras Pablo le seguía hablando.

Una hora después, Pablo ató la rienda a un travesero de la valla, y le pidió a Raúl que le trajese un puñado de grano.

—Muy bien muchacho. ¿Dónde ha aprendido a hacer eso? —preguntó Don Fernando.

—En Lezo, Don Fernando. Con los caballos que teníamos en la herrería.

—Me has asombrado, Pablo —dijo Elena, mientras le daba un beso en la mejilla—. Bueno, creo que nos has asombrado a todos.

En ese momento, llegaba Raúl corriendo, con un pequeño saco con granos de maíz que le entregó a Pablo.

—¿Y qué piensa hacer ahorita con ese grano, patrón? ¿Se lo va a dar al caballo? —preguntó, con una expresión de alarma en la cara—. ¡Le morderá la mano! ¡No lo haga que todavía está muy bronco!

—No se preocupe por eso, Raúl. Comenzamos a ser amigos.

Pablo tomó un puñado de maíz en su mano y se acercó al caballo, enseñándole el grano mientras le hablaba bajito. El caballo, mansamente se acercó a la valla y olisqueó lo que Pablo le tendía. Soltó un resoplido, y luego lo tomó con sus labios, con delicadeza.

—Creo que vamos a ser muy buenos amigos —le dijo al caballo, mientras le acariciaba suavemente la frente.

—Admirable, Pablo —dijo Don Fernando—. Creo que ha ganado usted, más de dos días de trabajo con ese animal.

—¡Ahh, no mames! ¡Me cagué, Don Pablo! ¡Creo que usted es capaz de armarla a poco con el caballo!, ¿no? —dijo Raúl, sorprendido.

Todos los presentes se rieron por la expresión de asombro de Raúl y su comentario, pero nadie dijo nada.

—De eso se trata, Raúl. Ahora hay que dejarlo suelto para que descanse —dijo Pablo, mientras le quitaba sin ningún esfuerzo ni rechazo la cabezada del animal, que se retiró mansamente a donde estaban las yeguas.

Mañana le pondré la silla para que se acostumbre al peso en su lomo.

—¿No será muy pronto? —preguntó Elena.

—No, si se le sabe tratar.

—Usted sabe lo que hace, Pablo. Ya le dije, que si lo domaba, el caballo sería suyo, pero por aquí la doma se hace de otra manera más ruda, sometiendo al animal. Por eso, Raúl se ha asombrado.

—Don Fernando, ese caballo debe ser mi amigo. Debe saber que yo le voy a proteger y a cuidar, y necesito que tenga una dependencia de mí. Debe acudir a mi llamada sin que yo vaya a por él, y eso solo se consigue con afecto. Igual que él hacía con su manada.

—Estoy admirada y sorprendida, Pablo —expuso, después de darle un beso en la boca.

—¡Ejem! —carraspeó Don Fernando, al ver a su hija darle otro beso a Pablo—. ¿Por qué no dejáis los arrumacos para otro momento?

—Padre, nos vamos a casar dentro de muy poco.

—¡Vale, vale! Entremos en la casa, a ver qué nos han preparado para comer.

Raúl, mire que no le falte forraje ni agua a los caballos, y continúen con la doma de las yeguas.

—Como ordene, Patrón.

Cuando entraron en la cocina, Brígida estaba ayudando a la cocinera, mientras Antonio ojeaba unos libros de cuentas de la hacienda, que le había dejado Don Fernando antes de salir de la casa.

—¿Lo ha encontrado interesante, Antonio? —le preguntó Don Pablo.

—Estoy asombrado por los números. Eso es una verdadera fortuna.

—Exactamente, Antonio, y el veinte por ciento de los beneficios será suyo si acepta mi ofrecimiento, pero tendrá que atar corto a los mayores, capataces y arrendatarios de las milpas, porque a partir de que nos vayamos a Texas, usted queda casi como dueño absoluto de la hacienda. Si le parece bien, firmaremos un contrato en el que aparecerá como administrador de la hacienda.

—Cuando usted quiera, Don Fernando, pero antes deberé ocuparme de los asuntos que tengo en Veracruz.

Dentro de unos días, si el sol levanta todos los días, podrá volver a Veracruz, para regresar cuando haya solucionado lo de su negocio.

Guadalupe había preparado la mesa, mientras Brígida terminaba de emplatar unos pollos horneados que habían preparado.

A mitad de comida, unos gritos en el exterior, llamaron la atención de los comensales y todos salieron para ver qué pasaba.

Cerca de la casa, dos peones intentaban auxiliar a Raúl, que se encontraba en el suelo, sin moverse apenas, y con una mano ensangrentada.

Pablo y Don Fernando fueron los primeros en llegar.

—¿Qué ha ocurrido, Raúl? —preguntó Don Fernando.

Entre lamentos y quejidos, el capataz dio la explicación que le pedían:

—¡Ay, Patrón! Cuando ustedes se fueron a comer, me dije, que por qué no podía hacer yo lo mismo que hizo Don Pablo con el caballo. Cogí un puñado de maíz del saco que habíamos dejado junto a la estacada y llamé al caballo, pero no me hizo caso. Me fui para él con la mano extendida, enseñándole el maíz, como hizo Don Pablo. El caballo me dejó acercarme, y pensé, que mientras comía en mi mano, con la otra le podría poner la cabezada mientras le hablaba bajito.

Pensé en armarla, para seguir la doma como hacía Don Pablo, pero el caballo, cuando fue a tomar de mi mano el maíz, me la mordió, se dio la vuelta, y me pateó con una coza que me tiró al suelo. Menos mal que se marchó con las yeguas, que si no me mata, el muy pendejo.

Todos se echaron a reír a carcajadas.

—Déjeme que le eche un vistazo a su mano —dijo, Pablo.

Raúl le enseñó la mano, que tenía marcada toda la dentadura del caballo en la palma y en el dorso.

—¿Qué también es doctor, Don Pablo?

—No, Raúl, pero he tratado mucho con animales —dijo, riendo.

—¿Lo dice por mí, patrón?

Pablo soltó una carcajada por la ocurrencia de Raúl.

—¿Debería?

—Lo siento patrón, fui a lo macho y su caballo me agarró tardón, me chuleo y me dejó derrumbado —dijo el mexicana, con la cabeza gacha.

—Eso le pasa por no hacer caso a las advertencias, Raúl. ¿Puede levantarse y caminar? ¿Dónde le coceó?

—En la barriga, Don Pablo.

—Pues menos mal que estaba sin herrar.

—Pues eso mismo digo yo, porque sin estar herrado, me dio un madrazo, el muy pendejo.

—La culpa es suya, Raúl, debió dejar quieto al animal, tal como le habían indicado. Vaya a la casa y que le curen. —Respondió Don Fernando.

Al día siguiente, Pablo continuó con la doma. Hizo pasar de nuevo al caballo por el pasillo de tablas, para ponerle una silla de montar pesada, amarrada por dos cinchas: una al pecho y la otra rodeando el vientre. Luego le puso la cabezada sin bocado, le tapó los ojos con un paño y lo dejó en el corral de la doma, sin dejar de hablarle en ningún momento.

Al principio, el caballo se quedó quieto en el mismo pasillo, impedida su visión, pero Pablo lo forzó a salir al corral, tirando suavemente de la rienda.

El animal resoplaba inquieto, sin realizar bruscos movimientos, pero queriendo sacudirse del lomo el peso que le habían puesto encima. Sin embargo, obedecía la orden de Pablo con el ramal y a su voz. Luego lo dejó suelto para ver qué hacía.

Camino despacio hacia adelante hasta tropezar con la valla, luego cambió el rumbo hasta que tropezó de nuevo con la parte contraria del cercado, hasta que percibió que era redondo y que debía caminar en círculo. Al cabo de una hora de caminar, el caballo se detuvo y lanzó un pequeño relincho.

Pablo acudió a la llamada y le tendió un puñado de maíz, que el caballo olisqueó antes de decidirse a tomarlo de la mano con los labios, mientras Pablo le hablaba. Luego procedió a quitarle el paño de los ojos mientras acariciaba su cuello. Al ver de nuevo a Pablo, el caballo rebufó de otra vez, pero no se movió del sitio, acercó su hocico al hombre y lo olisqueó de cerca, mientras bajaba la cabeza para que le acariciase la frente otra vez.

Luego lo dejó libre, pero con la silla colocada sobre su lomo para que caminase o galopase por el recinto de doma. Y sucedió algo extraño, cuando Pablo salió del recinto: el caballo seguía a Pablo, y si éste se detenía, el caballo hacía lo mismo, y si caminaba, el caballo iniciaba otra vez la marcha.

—¿Cómo ha conseguido hacer todo eso con el caballo? —preguntó Don

Fernando—. Nunca he visto hacer nada semejante, salvo en Jerez de la Frontera.

—Los caballos son animales muy inteligentes, Don Fernando, y saben reconocer cuando se les trata con cariño. Al mismo tiempo, como animales gregarios que son, necesitan la compañía de alguien que les proteja, por eso van en manadas y obedecen las órdenes del macho dominante. Ese soy yo para él. Mañana lo cabalgaré.

—¿No le parece muy pronto?, podría tirarlo y escapar.

—No se preocupe. Es normal que quiera galopar y tirarme de su lomo, pero lo controlaré.

—¿Se podría hacer el mismo tipo de doma con todos los caballos que tenemos?

—Si sus hombres quieren, sí, pero han de querer, tener mucha confianza con ellos mismos y mantenerse firmes delante del caballo a domar, pero sin gritos ni estridencias, y sin azuzarlos para no ponerlos más nerviosos de lo que están.

—Mañana, cuando le ponga la silla y lo monte, quiero que mayores y capataces estén aquí para que vean cómo lo hace usted. ¿Le parece bien, Pablo?

—Me parece bien, pero no me juzgue después por los resultados que obtengan sus hombres.

—Me parece correcto, Pablo. Siento haberle juzgado mal cuando le conocí, pero me ha demostrado en este tiempo que sabrá manejar una hacienda, defenderla, y hasta apaciguar a mi hija, de lo cual me alegraré.

—Muchas gracias, Don Fernando. Ahora, si me lo permite, voy a hacerle compañía a su hija, que también me necesita.

—¡Ande! ¡Vaya, vaya, que le estará esperando!

Entraban todos en la casa, cuando llegaron los peones que habían acompañado a la carreta, para llevar unas canales de cerdo y unos terneros a la ciudad para su venta.

Uno de los peones, se acercó a Don Fernando para enseñarle un bando del virrey, que había recogido en el puesto de aduana del camino de Guadalupe.

—Mire, Patrón. Están pidiendo voluntarios para el Regimiento de Dragones de Cuera, y piden ayuda económica a los hacendados y rancheros, pero también van a aumentar los impuestos a las mercancías que entren en la ciudad.

Según me dijeron allí, han puesto este bando del virrey en todas las ciudades y ferias de Nueva España.

Don Fernando entró en la casa con el papel, mientras lo leía con detenimiento. Al llegar a la cocina para terminar de comer, le dijo a Elena:

—Mañana tendré que ir a ver al virrey.

—¿Otra reunión con los gobernadores, o es que hay algún problema?

Don Fernando le entregó el bando a su hija para que lo leyese.

—No, hija. Quiero hablar con Don Pedro, para decirle que no le podremos suministrar todos los caballos que se precisan para el contingente de hombres que hay que adiestrar. Por otra parte, he pensado, que lo mejor es llevar una compañía de

dragones que ya posea experiencia y que esté formada, que tener que esperar a que los nuevos reclutas se formen, lo que llevaría a una pérdida de tiempo excesiva.

Solo le proporcionaremos cien caballos, cuando estén domados, y el resto volverán al valle, una vez marcados, los que no lo estén. No podemos hacer otra cosa, a causa de la falta de tiempo y el coste que nos supondría a la hacienda quedarnos sin caballos.

—¿Ustedes qué opinan? —preguntó, dirigiéndose a Antonio y a Pablo.

—Que tiene usted razón —respondió Pablo.

—Sí, es mejor contar con hombres adiestrados que con los que todavía no lo están. La experiencia siempre cuenta cuando se trata de indios.

—¿Quieres decir, que acelerarás la marcha a Texas? —preguntó Elena, sorprendida por la decisión de su padre.

—Eso es lo que he pensado, cariño. Solo falta que lo acepte el virrey.

—En ese caso, tendremos que fijar ya, la fecha de nuestra boda, ¿no?

—Supongo que sí.

—Pero yo había pensado que nos casaríamos en la iglesia de Santo Domingo, con muchos invitados, y no nos dará tiempo para todo.

—No, hija. Si salimos dentro de un mes, llegaremos a Texas en primavera.

—¿Y nuestra boda? —preguntó Elena a su padre, pero mirando a Pablo.

—La podemos realizar aquí, en el patio. Llamaremos a Don Julián, el párroco de Santo Domingo, para que os case, y no te preocupes por los invitados. Mañana invitaré a Don Pedro y a su esposa, y a todos los oficiales del Regimiento de Dragones. Haremos una fiesta también para todos los hombres de la hacienda.

—¿Y mi traje de novia? Lo pensaba encargar en la ciudad.

—¿No compraste ropa de España en Veracruz?, creo que te servirá. Lo importante es que os caséis antes de partir hacia Texas, ¿no?

—Sí, Padre, es lo importante, pero me había hecho ilusión. También faltará un traje adecuado para Pablo, ¿no?

—Lo arreglaremos también. Vestirá el traje de gala de un oficial del Regimiento, aunque sin galones de mando. ¿Le parece a usted bien, Pablo?

—¿Lo tenía usted todo calculado, señor?

—No, Pablo, lo he ido pensando sobre la marcha, y creo que es lo mejor. Queda mucho trabajo que hacer en la hacienda y le necesito aquí.

Antonio y Brígida, estaban asombrados por el cambio repentino de la situación.

—En ese caso, también se me precipitan las cosas a mí, Don Fernando.

—Así es, Antonio. Mañana me informaré de la situación del Camino Real, para ver cuando pueden ustedes volver a Veracruz y solventar sus asuntos.

El palacio virreinal y la Catedral de México

Cuando Pablo se dirigía hacia el cercado para continuar con la doma del garañón, Don Fernando, acompañado por dos de sus hombres, cabalgaba ya hacia la salida de la hacienda para tomar la calzada de Guadalupe, en dirección a la capital, con la intención de hablar con Don Pedro sobre la necesidad de salir cuanto antes camino de Texas, en un viaje que vendría a costar alrededor de dos meses.

Pablo condujo al caballo hacia el callejón de tablas, para ponerle una silla de doma, y montarlo si el animal se lo permitía.

La colocación de la silla fue relativamente fácil, aunque el animal seguía haciendo algún extraño al notar el peso de la misma sobre su lomo. No estaba acostumbrado.

Le colocó la cabezada, esta vez con bocado, para rendir mejor al garañón si este se mostraba disconforme, que seguramente lo estaría, y mientras un peón sujetaba al equino por las riendas, desde fuera del callejón, Pablo se atrevió a montarlo, sin dejar de hablarle con dulzura palmeando su cuello.

Le entregaron las riendas del caballo. Pablo se afianzó en la silla mientras el caballo piafaba e intentaba caracolear, sin conseguirlo, debido a las tablas que le aprisionaban lateralmente.

El portón del callejón se abrió, y el caballo, como desbocado, se lanzó a una carrera, intentando desmontar a su jinete con saltos sobre sus cuatro patas y coces al aire.

Pablo, bien asegurado con las piernas en los costados del caballo, aguanto bien la primera embestida, con las riendas en la mano derecha y el brazo izquierdo en alto, para mejor guardar el equilibrio. Los saltos a cuatro patas y las coces se sucedieron durante unos largos tres minutos, en los que en un par de ocasiones estuvo a punto el garañón de desmontarlo, pero Pablo tenía sus pies bien sujetos en los estribos.

Entre tanto, el cercado se había llenado de peones y vaqueros, para ver qué era capaz de hacer aquél español recién llegado a la hacienda.

Elena, Antonio y Brígida, también habían salido para ver la doma de aquél impresionante garañón, mientras la joven se retorció las manos con cierta angustia por si Pablo salía dañado de aquél espectacular combate entre el hombre y la bestia.

Pablo tiró de las riendas hacia sí, y el freno pareció hacerle daño en la boca al animal, que se paró de golpe, sin saber qué le ocurría, pero resoplando fuertemente por sus narices con una expresión de terror en sus ojos.

A punto estuvo Pablo de salir despedido por encima de su cabeza, pero se mantuvo firme en la silla. Acarició de nuevo el cuello del caballo, inclinándose hacia adelante, para hablarle quedo, con la intentando calmarlo. Pareció surtir efecto.

Pablo taconeó el flanco del caballo, y este comenzó a caminar, cansado por el

terrible esfuerzo realizado para quitarse de encima aquél molesto peso que le habían cargado sobre su lomo, pero sin intención de seguir manteniendo aquellos saltos y coces al aire que lo habían derrotado.

Hubieron aplausos desde el cercado, y algún que otro sombrero voló por el aire mientras los asistentes proferían hurras y vítores.

Pablo se mantuvo sereno. Sabía que tenía ganado más del cincuenta por ciento de la doma, pero también sabía, que la misma no se debía limitar a humillar a aquél garañón, sino que gran parte de la misma se realizaría en el corral, con su acercamiento y los premios, basados en puñados de grano, unos cubos de agua fresca y muchas palabras con tono suave y caricias.

Luego vendrían más montas y algún que otro galope en campo abierto para ver su comportamiento, corregir vicios y defectos, y adecuar el tamaño del freno necesario que se ajustase a la boca del caballo.

Continuó cabalgando al paso durante diez largos minutos sin que el caballo optase por salir de nuevo al galope, brincar o cocear al aire. Pasado ese tiempo, Pablo descabalgó, llevando al animal de las bridas mientras este le seguía mansamente. Luego lo amarró a uno de los postes del cercado y le dio agua para beber de un cubo preparado al efecto.

El animal pareció agradecerlo, pues bebió más de la mitad del contenido en agua. Y en tanto bebía, Pablo le volvió a acariciar el cuello y la frente sin que el animal hiciese ningún extraño. Luego le dio a comer granos de maíz en su mano sin que por ello hiciese intención de morderle, sino que los tomó con sus labios con delicadeza.

Al salir del cercado, Pablo iba bastante roto físicamente, después de la paliza que le había dado el animal, pero la mayoría de los vaqueros se arrimaron para felicitarle por el trabajo que había hecho con el bruto.

—Bravo, patrón. Ha hecho un trabajo magnífico —decían unos.

—¿Dónde aprendió a domar caballos de esa manera? —preguntaban otros.

—Una buena doma, sin duda —dijo Antonio.

—Me recuerda a alguna de las domas que presencié en mi tierra natal, siendo niña —dijo Brígida, aunque allí son más brutos—. Los mozos acorralan a los caballos salvajes en las montañas y los hacen bajar hasta el «curro». Un recinto donde se encierra a las bestias, mientras los «agarradores» tratan de montarlas e inmovilizarlas, en tanto que ellas se defienden, revolviéndose, alzándose, coceando y relinchando, pero después de un forcejeo desmesurado con el caballo, al que acaban reduciendo, le cortan las crines y lo marcan.

A su lado, Elena sonreía emocionada por la doma que había hecho Pablo.

—Es admirable el trabajo que has hecho. Me habría gustado que mi padre lo hubiese visto —le dijo al acercarse a él, mientras le daba un beso en la mejilla y lo tomaba del bazo para regresar los dos a la cocina.

—Cuando haya descansado un poco, me gustaría llevarlo a un establo para darle una ración de doble de forraje, mezclado con un poco de alfalfa de la que he visto

apilada en uno de los graneros. Después, intentaré cepillarlo..., si me deja, claro.

—Hay uno libre donde cruzan los sementales de mi padre con las yeguas andaluzas. Creo que reunirá las condiciones necesarias para ese caballo. Cuando descanses un poco, te acompañaré.

Entraron en la cocina y se dispusieron a comer unos huevos fritos con tocino. Al terminar, Pablo consideró que era hora de llevar el caballo al establo que le había comentado Elena. Se acercó a la valla donde estaba atado el animal, que dio un corto relincho al ver a Pablo, y procedió a quitarle la silla. Luego lo llevó dócilmente hasta el establo para ponerle algo de forraje y darle agua.

Ya de noche, llegó Don Fernando de México con su escolta. Había expuesto al virrey, la necesidad de apremiar la marcha hacia Texas con una compañía de sus mejores hombres, antes que tener que formar a otros debidamente, con la pérdida de tiempo que aquello suponía, sumado a la inexperiencia que tendrían en combate.

Cuando Don Fernando entró en la cocina, Elena, Pablo, Antonio y Brígida, se encontraban cenando. Se sentó a la mesa, pidió a Guadalupe que le trajese un vaso de vino y algo para cenar, y les dio a todos la gran noticia.

—Don Pedro aceptó. Es más, lo consideró conveniente, dado el avance de los colonos franceses de Luisiana hacia tierras de Texas —les dijo.

Lo sorprendente fue, que después de invitarle a la boda, se ofreciese para que su esposa María Teresa pudiese ser la madrina, indicando que se podría realizar en el Altar Mayor de la Catedral de la Asunción de María, y que solicitaría al Arzobispo de México D. Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, que oficiase la misa, poniendo a vuestra disposición, para el ágape, uno de los salones de palacio virreinal.

Elena rechazó de plano la idea.

Antonio y Brígida, celebraron la buena nueva con aplausos. Elena y Pablo se mostraron serios. Sus planes de boda se habían ido al traste en unos segundos.

—Padre, de nuevo siento llevarle la contraria. Yo no pretendo tanto boato para mi boda, todo lo contrario. Pablo y yo, habíamos pensado en una boda sencilla, con unos invitados sencillos, y una gran comida al estilo ranchero con los hombres de la hacienda, aquí, en el gran patio de la casa. Además, no dispongo de ropa para una boda de tal fastuosidad ni Pablo tampoco. Creo que ninguno, salvo usted, disponemos de tales ropajes.

—Es cierto, Don Fernando. Yo no sabría ni cómo comportarme ante tales personajes.

Don Fernando sonrió.

—Esperaba vuestros comentarios, pero se trata de una ocasión única en vuestras vidas. Y por otra parte, ni puedo ni debo contrariar al virrey, después de la ilusión que le ha hecho vuestro enlace, máxime, después de saber que el novio es español.

—¿No hay forma de solucionar esto?

—Mucho me temo que no. Sobre todo, después de que su esposa haya mediado en la idea, cuando éste la ha llamado para pedirle opinión.

Yo también puse las mismas objeciones que vosotros, pero Doña María Teresa, su esposa, lo encontró todo la mar de sencillo.

Solo he de deciros, que Doña María Teresa Patiño, es hija de Don Baltasar Patiño, Marqués de Castelar, y sobrina de Don José Patiño, el anterior secretario de Hacienda, Guerra y Estado del Rey Felipe V. ¿Creéis que la puedo contradecir, sin que ello pueda suponer en el tiempo algún perjuicio para mí?

El silencio siguió a aquellas, palabras pronunciadas con un tono sombrío.

—¿Y dice que lo tiene todo resuelto la esposa del virrey? —preguntó Elena, con gesto afligido.

—Sí, así es —respondió Don Fernando.

—Pues, Padre, nos termina de quitar la ilusión por nuestra boda.

—Cierto, Don Fernando. A mí me viene grande todo ese asunto.

—Está bien. Terminemos de cenar, y después de tomar café, os explicaré lo que me ha dicho Doña María Teresa. ¿Os parece bien?

—Con escucharle no perdemos nada, Don Fernando.

Durante la cena y el café, todos continuaron en silencio. Antonio y Brígida, pensando que allí no pintaban nada, por tratarse de asuntos familiares, se retiraron a su habitación, momento que aprovechó Don Fernando para contar lo que había sucedido en el palacio del Virrey.

—Aunque el palacio lleva en obras interminables desde el incendio de 1692, provocado por el motín de más de ocho mil indígenas que se reunieron en la Plaza Mayor a causa de una terrible hambruna que acaeció en aquellos años, los salones y vivienda del virrey, están en perfecto estado de ocupación y uso para los menesteres propios de Don Pedro y su esposa, y por eso mismo se ha ofrecido para ser tu madrina, a falta de tu madre, que habría sido lo adecuado, ya que Pablo no dispone de familia en estas tierras.

—¿Y qué es lo que ha dispuesto?

—Que su modista confeccione tu traje de novia. Por ello, deberás ir a palacio para que te tomen medidas y elijas las telas.

—Las telas ya las compré yo en Veracruz, Padre. Dispongo de una pieza de satén blanco que le compré a Antonio en mi último y desgraciado viaje a Veracruz. Me gustó y la compré, aunque no sabía el uso que le iba a dar.

—Qué más ha dispuesto la esposa del virrey —preguntó, todavía molesta por la decisión tomada, sin consultarle a ella.

—Que salgas del palacio en su compañía y la de tres damas de honor, en una carroza tirada por cuatro corceles blancos de raza española, hasta la misma puerta de la Catedral. Pablo y yo te esperaremos en la misma puerta.

—¿Y el traje de Pablo?

Don Fernando se echó a reír de nuevo.

—Aquí está una de las cosas más interesantes que me dijo Don Pedro, después de preguntarme por su persona y detalles de su vida; algo que expliqué con sumo gusto —explicó, haciendo una larga pausa.

Pablo, sin intervenir en la conversación, asistía expectante al desarrollo de la misma.

—¿Quiere decirlo ya de una vez?, me tiene en ascuas —le pidió Elena a su padre.

—Me propuso, que Pablo vistiese el traje de gala de teniente del Regimiento los Dragones de Cuera. Pero, es más, dadas las condiciones militares de Pablo, demostradas a bordo del Santo Cristo de Burgos, su participación en las milicias cubanas contra los ingleses que desembarcaron para la conquista de Santiago de Cuba, y las batallas contra los ingleses, escoceses e indios, durante su estancia en La Florida, le concede el grado de teniente del Regimiento, para que lo ejerza durante el viaje a Texas.

—Agradezco el ofrecimiento de Don Pedro, pero no entraba en mi cabeza alistarme de nuevo en el ejército. Sin embargo, vestir un uniforme de gala del Regimiento, en el día de mi boda con su hija, sí que me hace ilusión. ¿Tú qué opinas? —le preguntó Pablo a Elena.

—El planteamiento no es malo, desde luego, y me agradaría verte vestido con un uniforme de gala de teniente. Sin embargo, hay otros temas a tratar. ¿Quiénes serían los invitados?

—Doña María Teresa, es una mujer de mente prodigiosamente ágil y enseguida redactó una lista de invitados: El Arzobispo de México, que será quien oficiará la misa, si no tiene ningún inconveniente cuando se lo propongan; el Obispo de la Catedral y el Deán de la misma, además del Prior de la Orden de los Jesuitas, pero también estará toda la oficialidad del Regimiento de Dragones con sus respectivas esposas.

Pablo, no debe preocuparse, ni por los tratamientos ni por su actuación. Todos son personas sencillas que tampoco están acostumbrados a las galas, ni agasajos palaciegos, sino, más bien, al trato cuartelero, y el virrey lo sabe.

En cuanto al alistamiento de Pablo en el Regimiento, qué más da, si una vez iniciemos la marcha hacia Texas, estará bajo las órdenes mías o de cualquier oficial de alto rango, en el caso de que me sucediese algún percance. Y qué duda cabe, que siempre será mejor mandar que obedecer, si de todas formas, en caso de ataque de los indios o de bandoleros, ha de luchar por su vida y por la de Elena, ¿no?

—¿Siempre ha sido usted tan perspicaz, Don Fernando? —preguntó Pablo, un tanto incisivo.

—¿Por qué lo dice?

—Por la forma que tiene de plantear las cuestiones. Lo problemático lo convierte en sencillo, aunque no deje de ser incierto.

—¿Por qué cree, acaso, que me han nombrado teniente coronel del Regimiento?

—Dejemos ese tema, Padre. Me interesa saber, si es posible que se realice el

festejo de mi boda con todos los empleados de la hacienda.

—Se puede celebrar al día siguiente, como habías planeado. Sacrificaremos una res, se harán pastelillos, y correrá el pulque y el tequila. ¿Te parece bien?

—¿Para cuándo la boda?

—Si todo sale como lo ha planteado Doña María Teresa, supongo que en dos meses, a partir de ahora. Los caballos que hemos seleccionado, ya deberán estar amansados. Habrá tiempo suficiente para que el resto de haciendas lleven los caballos que falten para los soldados, y tiempo también para seleccionar el mejor ganado para llevarnos.

Hablaremos con los hombres para ver quienes nos pueden acompañar, pues nos harán falta unos veinte vaqueros y algunos peones para conducir todo el ganado que tengamos que llevarnos, aunque el nuestro será poco: unas cincuenta vacas y tres sementales, el resto serán unos cuatrocientos caballos y cincuenta mulas del Regimiento.

—¿Cómo es la Catedral? —preguntó Pablo con curiosidad.

—Enorme, Pablo, enorme y magnífica, y eso que llevan años construyéndola.

—¿No está terminada?

—En cierto modo, no —respondió Don Fernando— aunque la parte central, con el Altar Mayor delante y el de los Reyes en el ábside, están habilitados al público desde hace algunos años. Pero es mejor verla.

—¿La terminarán algún día?

—Supongo, que sí. Todo depende de los caudales que tengan el virrey y el arzobispado para seguir acometiendo la obra que comenzó Hernán Cortés y continuaron otros virreyes.

La primera piedra de la Catedral fue colocada por Cortes en 1524, en un acto de gran significado simbólico, al situarla en el cruce de las calzadas que, desde los cuatro puntos cardinales, conducían al centro espiritual de la capital azteca, utilizando para ello las piedras del destruido templo de Huitzilopochtli, dios de la guerra y deidad principal de los aztecas. La construcción de la iglesia, sobre las ruinas del templo azteca, tuvo el simbolismo del poder de la religión católica sobre el paganismo.

—No me extraña, dados los imperativos de la Conquista —repuso Pablo.

—Años después, en 1547, se le otorgó a este templo la dignidad de Catedral por parte de la Santa Sede, y tiempo después, se realizó la demolición del edificio original y se colocó la piedra fundacional de la actual catedral, por parte del Arzobispo Don Pedro Moya.

—Debe ser impresionante. Me gustaría verla —interrumpió de nuevo Pablo.

Viendo Elena que su padre se extendía en explicaciones sobre la catedral y que no tenía intención de parar, Elena le dijo:

—De acuerdo Padre, se hará como tú digas. Mañana sin falta iremos a presentarle nuestros respetos a Doña María Teresa, y a agradecerle su interés por nuestra boda.

—Sí, me vendrá bien conocer y que me conozcan estas personas que se interesan por nosotros. De paso, daremos un vistazo a la Catedral. Ensillaré el nuevo caballo recién domado para ver cómo se comporta.

—¿Ya le ha puesto nombre?

—Sí, Don Fernando. Se llamará Noble.

—Bonito nombre. ¿Se comporta igual?

—Hasta el momento, sí, por eso quiero ensillarlo mañana para ir a ver a Doña María Teresa.

A la mañana siguiente, después de desayunar, se dirigieron a los establos. Elena ensilló su caballo negro cuatralbo con la misma montura que utilizaba siempre.

Pablo, a indicación de Elena, escogió una montura ligera, negra, con pequeños repujados en plata y estribos anchos, para afianzarse bien al lomo de su caballo tordo por si este hacía algunos extraños al montarlo. Después salieron en dirección a la capital, tomando la calzada de Guadalupe.

—Veamos cómo se comporta en una carrera —dijo a Elena, antes de llegar al palacio—, y los dos iniciaron, primero, un trote ligero, para gradualmente lanzarse a un galope rápido que progresivamente fue dejando atrás al caballo de Elena, con la consiguiente sorpresa de los dos jóvenes.

El tordo pareció tener ganas de correr, y lo hizo con sus crines al aire y la cola alzada, demostrando la potencia que tenía. A mitad de camino, redujeron la marcha para que no llegasen sofocados cuando entrasen en la Plaza Mayor.

Una hora más tarde, entraban en la plaza mayor. Sorprendentemente, el caballo de Pablo aceptó de buen grado el peso de su jinete y obedecía a la menor orden que le diese Pablo con las riendas.

El Palacio Virreinal era una muestra clara de los cambios que ha sufrido la vida en la ciudad de México en los últimos años.

—¿Qué te parece? —preguntó Elena.

—Impresionante y enorme —respondió Pablo.

«El inmueble abarcaba una cuadra completa que estaba conformada por la Plaza Mayor y las calles de la Acequia Real del Arzobispado y del Parque constando de dos niveles y tres patios que se comunicaban entre sí; el central conocido como de los Virreyes era el más extenso; al suroeste estaba el de la Real Audiencia y al sureste el de la Contaduría. Los dos primeros daban a la Plaza Mayor y el otro a la Plazuela del Volador.

Algunos edificios en su interior habían sido ampliados y renovados como la fábrica de la moneda y la sede de la Real Academia de Artes de San Carlos cambiando su aspecto de fortaleza para dar paso a un edificio de poder civil a la vez

que en los últimos años experimentaba una mayor riqueza gracias a las ideas ilustradas llegadas desde Europa».

Pablo y Elena desmontaron de sus cabalgaduras y, al pretender entrar por la puerta del Virrey, fueron detenidos por uno de los guardias para saber cuál era el objeto de su visita a Palacio.

—Nos espera Doña María Teresa, la esposa del virrey —respondió Elena con desenvoltura.

—Esperen aquí hasta que venga un ujier de cámara. Él les acompañará hasta los aposentos de la virreina.

Momentos después, otro soldado marchaba a buscarle. Cuando llegó el ujier, les indicó el lugar donde debían dejar sus caballos: en un soportal debajo de unas arcadas del enorme patio principal, que daba acceso por aquella parte a las dependencias privadas. Luego comunicó a Doña María Teresa, la presencia de la hija de Don Fernando Aldasoro y el prometido de esta, extrañándose por la visita imprevista, pero accedió a recibirles en el salón morisco.

—Hola, Elena. Porque tú debes ser Elena, la hija de Fernando Aldasoro, ¿no? —preguntó Doña María Teresa, más por cortesía que por otra cosa, ya que su presencia le había sido anunciada momentos antes.

—Así es, Excelencia —respondió Elena, al tiempo que hacía una pequeña inclinación de cabeza.

—Dejaos de tratamientos y llamadme Doña María Teresa. Vas a estar en muchas ocasiones conmigo hasta que las modistas terminen tu vestido de novia, así que seremos amigas.

¿Y este buen mozo es tu prometido? ¿El que realizó aquellas hazañas que relató tu padre a mi esposo?

—Perdone Su Excelencia, pero me gustaría que no se magnificasen unas acciones puntuales de guerra, en las que yo era un simple artillero en un navío o un simple miliciano.

—¿No fue una verdadera gesta de valor, sacar a sus espaldas a un compañero herido de un pantano, bajo disparos de tropas escocesas? —preguntó Doña María Teresa.

—No sé cómo lo considerarán las demás personas. Yo solo cumplí con mi obligación y rescaté a un compañero herido nada más.

—Mi esposo y tu futuro suegro lo consideraron como tal, y yo les creo. Además, me han dicho que eres un tirador increíble.

—Me adula usted, Doña María Teresa, y me sonroja al mismo tiempo.

Elena, contemplaba la escena satisfecha y sonriente, tanto por el comportamiento de Pablo como por el de la virreina.

—Solo hemos pretendido que nos conociese Doña María Teresa.

En aquél momento entró Don Pedro Cebrián en el saloncito, y Doña María Teresa presentó a los recién llegados a su esposo:

—Son la hija de Fernando Aldasoro y su futuro yerno.

—¿Cómo se encuentra usted, Excelencia? —saludó Pablo.

Elena con una reverencia, saludó también a Don Pedro, pero intervino Doña María Teresa:

—Pedro, ¿por qué no dejáis a las mujeres que hablemos de nuestras cosas, mientras vosotros habláis de las vuestras en otro lugar?

—De acuerdo. ¿No le parece a usted, que las conversaciones de trapos y vestidos que tienen las mujeres, son aburridas para nosotros los hombres?

Y sin esperar respuesta, continuó diciendo:

Vayamos a mi despacho. Me gustaría saber más cosas de usted, ya que le voy a dar el grado de teniente del Regimiento de Dragones.

Pablo, como hiciese en otra ocasión con Don Fernando, observó con un detenimiento disimulado la vestimenta de Don Pedro, llegando al convencimiento de que ambos señores vestían de manera semejante.

—Queríamos agradecerles, el interés que se ha tomado por mí y por nuestro enlace, Doña María Teresa, y la verdad es que no sé cómo hacerlo —dijo Elena.

—¡Es fácil! Déjame que realice el trabajo con tu traje de boda, que me hace tanta ilusión, y después hablaremos de eso. ¿Te parece bien?

Mira niña, aquí hay muy pocas distracciones para la esposa de un virrey, y las que existen son distantes y en su mayoría de tipo militar o eclesiástico que no dejan de ser aburridas, así que los preparativos de tu enlace conseguirán que vuelva a ser yo misma. Por eso me hace ilusión. Además, no tengo ninguna hija. ¿Ya tienes una idea de cómo debería ser tu traje de novia?

—No, Excelencia... Perdón, Doña María Teresa. Todo este ofrecimiento de ustedes sobre la planificación de mi boda nos ha pillado por sorpresa, y lo único que tengo comprado es una pieza de tela de satén blanco.

—Nos servirá, no te preocupes. Lo conveniente es que la traigas a palacio dentro de un par de días para que estén aquí mi sastre y mi costurera para que te tomen medidas.

Yo creo, que con la atractiva silueta que posees, se podría confeccionar con la tela que has dicho, un vestido largo, liso, con vuelo, y un cuello de caja o redondo que bajase desde los hombros hasta el nacimiento de los senos, y con unas mangas larga con encajes en los puños. Pero como esa tela tiene mucha caída y se ajustará mucho a tu cuerpo, habrá que poner un forro o tontillo para que le dé más cuerpo y volumen a todo el vestido. Lo acompañaremos con una casaca corta del mismo color, pero con un bordado sencillo que dé realce al vestido y a tu persona.

—¿Iría abierta la casaca?

—Sí, mi niña, si te parece bien. Yo había pensado en una abertura delantera, cortada en «V», adornada con galones bordados para que destaque y con una abertura corta por detrás. Los faldones llegarán solamente hasta las caderas, con tapas para unos bolsillos ficticios, aunque no será imprescindible. Eso lo dejo a tu gusto. Y como te dejará un escote con el cuello libre, deberías lucir una cinta negra con un crucifijo de oro, para realzar más tu imagen, o algún collar de perlas. Y si no dispones de ninguno, yo de dejaré alguno de los míos.

Un buen peinado con una tiara con perlas iría bien, sujetando un gran velo de muselina blanca que caiga sobre tus hombros y espalda. ¿Qué te parece la idea? Será sencillo y elegante a la vez.

—Poco más o menos era la idea que yo tenía. Veo que en eso hemos coincidido. No me gustan los vestidos excesivamente cargados y pomposos.

—Bien, Elena, pues como ya tenemos resuelto el modelo, dentro de dos días te tomarán medidas entre el sastre y la costurera, elegiremos el tipo de bordado, y en un mes o poco más deberá estar terminado. ¿Vamos a ver qué hacen los hombres? —propuso Doña María Teresa.

—De acuerdo. Pablo deberá estar como atemorizado ante la presencia de su esposo.

—No creas, Pedro es muy recto, pero a la vez campechano con aquellas personas que le caen bien, y por la descripción que hizo tu padre de tu prometido, tenía ganas de conocerle.

El despacho de Don Pedro era un regio y amplio salón con grandes ventanales y puertas acristaladas, por las que se accedía a un también impresionante balcón que daba a la Plaza Mayor.

Como cabía esperar de una Grandeza de España, disponía de una hermosísima, pero sobria, mesa de despacho con cajones de madera tallada al estilo español del siglo, en la parte norte de la sala, con un cómodo sillón almohadillado detrás de la mesa. Delante de ella, otros dos sillones de igual estilo y hechuras, para las personas recibidas en audiencia.

Pero al entrar con Pablo, se dirigieron a una amplia mesa de reuniones rectangular, que tenía dispuestas ocho sillas a su alrededor. Don Pedro se sentó en una de las de cabecera, y ordenó a Pablo que se sentase junto a él, en la silla más próxima del lateral derecho.

Cuando llegaron las mujeres, los dos hombres ya habían hablado largo y tendido sobre la vida de Pablo, sobre su boda y sobre el uniforme que llevaría en la boda, de teniente con galones del mismo rango, casco alto emplumado, espada al cinto, y zapatos de medio tacón, de cuero negro, relucientes de sebo.

—Cuando hagas venir al sastre para el vestido de Elena, también deberá tomar medidas a Pablo para que le confeccionen el uniforme de gala.

La boda

Era el día de San Valentín. Lo había escogido Doña María Teresa por el simbolismo religiosos que representaba y, además, caía en domingo.

Las campanas de la Catedral de México, repicaban con un sonido muy especial, cargado de música, sentimiento y mensaje. Era el día de la boda de Pablo y Elena.

Como todos los domingos, el mercado del Parián, en la Plaza Mayor se encontraba muy concurrido. Lo que para Roma fueron los mercados de animales y alimentos varios —en las plazas Livia, Julia, Aurelia y Cupedinis—, en México lo ocupaba solo la Plaza Mayor debido a su magnitud. En ella se celebraban las ferias o mercados, se hacían las almonedas y se encontraba toda clase de artículos, adonde acudían los mercaderes de todas las ciudades con sus productos, llegando al Parián cuanto mejor había de España, de Manila y de México.

En esta plaza, durante los siglos XVI y XVII, se cimentó en parte, una sociedad mixta donde se mezclaban productos indígenas, europeos y asiáticos, se crearon nuevos usos y costumbres alrededor de las celebraciones nacies y convivían personas de todas las castas, siendo su principal uso, el comercio y las festividades como la que se llevaba a cabo en aquellos momentos delante de la Catedral, con la llegada del Arzobispo para officiar la misa de enlace de Pablo y Elena, que se anunció anticipadamente mediante un pregón oficial por toda la ciudad.

El mercado del Parián, en la parte oriental de la Plaza, estaba constituido por tres secciones bien diferenciadas, algunas con puestos techados por carrizo. En la primera, llamada el mercado de los indios, se vendían alimentos, aves de corral vivas y productos del campo; en la zona central, llamada del Baratillo, se vendían herramientas, cerámica, ropa, calzado, y se intercambiaban artículos usados o robados; y en la tercera, llamada de los españoles, se ponía a la venta, por parte de los mayoristas, los productos llegados de España, de Manila y Oriente.

También se podía encontrar, además, joyería, armas y libros —*para la gente plebeya y para la más pulida*—, telas de todas clases y colores, desde rasos a terciopelos bordados, pasando por sedas y muselinas, linos finos y gruesos, mantones, alfombras orientales y cerámicas chinas —*de los que Antonio no era ajeno, por su transporte y venta a los comerciantes de la ciudad, con las mercancías provenientes de Veracruz y Acapulco*—, y cuantos artículos pudieran ser necesarios para el embellecimiento de una casa de cualquier estrato social.

Aquella mañana, una parte de los soldados del Regimiento se encontraba formada delante de la Catedral, a ambos lados de la puerta principal, con sus trajes de gala.

Luego salieron dos carrozas del Palacio Virreinal, con un séquito de soldados del Regimiento, a caballo, para detenerse ante la puerta central de la Catedral, y de ellas

descendieron, en primer lugar, Don Pedro Cebrián, seguido por Don Fernando Aldasoro con su recién estrenado uniforme de teniente coronel del Regimiento, y en tercer lugar, Pablo, vistiendo las galas de teniente. Los tres se dirigieron hacia la puerta principal de la Catedral donde esperaban el Arzobispo, el Obispo y el Deán de la Catedral, hasta que llegase la novia, mientras los soldados presentaban armas.

De la segunda carroza, descendió, en primer lugar, Doña María Teresa, y a continuación Elena, impresionante con el vestido de novia que le habían confeccionado.

Elena estaba extraordinariamente bella con el cabello recogido en un moño alto, sobre el que se había ceñido una tiara de oro con perlas y diamantes, y en el cuello, lucía en lujoso collar de tres vueltas de perlas que le había prestado Doña María Teresa.

Una vez llegados todos a la puerta de la Catedral, se inició el camino hacia el Altar Mayor, con el Arzobispo en cabeza, portando un báculo rematado por una bola de oro y una cruz del mismo metal, significativo de su poder eclesiástico, seguido por el Obispo y el Deán, que llevaban báculos de inferior categoría, con sus cruces labradas en plata. A continuación, el Virrey, y detrás de él, Don Fernando, que actuaría como padrino de Pablo, con éste a su lado, seguidos por Doña María Teresa y Elena.

—¡Qué hermosa estás, Elena! ¡Te amo! —le dijo Pablo, cuando la joven llegó hasta él.

—Nunca te había imaginado con uniforme militar, pero estás fantástico también, Pablo. Hoy es el día más feliz de mi vida.

La sonrisa de ambos demostraba un grado de felicidad suprema.

Antonio, Brígida, y el personal de servicio de la casa, llegados en una de las carretas de la hacienda, debidamente engalanada, se situaron en las primeras filas de bancos, cerca del altar.

—Estoy emocionada, Antonio. Y que bella está la señorita Elena, aunque Pablo está deslumbrante con ese uniforme de gala que tan bien le sienta.

—¿Quieres que te diga una cosa?: sabía que este muchacho llegaría lejos. Era una corazonada —respondió Antonio, que hacía tan solo una semana que había regresado de Veracruz, después de arreglar los asuntos del mesón, la reata de mulas y el transporte de mercancías, tanto de España como de Acapulco.

La ceremonia se realizó con los sones del órgano principal y los cánticos del coro, que se iniciaron tan pronto el Arzobispo pisó el pórtico. Llegados ante el altar, el Arzobispo dio lectura a un pasaje del Antiguo Testamento como palabra de Dios. A continuación, recitó un Salmo responsorial, seguido de una segunda lectura de otro pasaje del Nuevo Testamento.

Terminada la lectura, el coro atacó un Aleluya a los sones del órgano mientras el oficiante solicitaba el consentimiento a los contrayentes y pedía la entrega mutua de anillos de boda, tras lo cual comulgaron.

Terminada la ceremonia, cuando salieron los recién desposados, una lluvia de pétalos de flores cayó sobre ellos, se dispararon fuegos artificiales, hubo danzas de los naturales con atavíos aztecas y paseos de los más pudientes, quienes lucían sus mejores joyas y atuendos, rodeados de una gran multitud de gentes que habían acudido al mercado.

Posteriormente, subieron las autoridades y los novios a las carrozas para dirigirse de nuevo a Palacio donde tendría lugar el banquete en el salón principal, habilitado para cuarenta comensales. Aún a pesar de la escasa distancia entre la Catedral y el Palacio Virreinal, las autoridades eclesiásticas hicieron el recorrido en otra carroza que Don Pedro había puesto a su disposición.

La carreta con los asistentes de la hacienda, regresó terminada la ceremonia.

La mesa estaba decorada con manteles de lino bordado y profusamente servida con vajilla de porcelana china blanca, con algunos motivos decorativos sencillos, en verde hoja, cubiertos españoles de la época y cristalería fina tallada con formas romboidales pequeñísimas.

Se ofreció como primer plato, una sopa de ave con verduras de la tierra y un segundo a base de faisán confitado con ciruelas. Se sirvió vino tinto de Rivadavia en la comida y champaña francés con los postres: dulces de coco, tamarindo y capirotadas con jarabe de piloncillo y canela, aderezadas con nueces y pasas.

Esa noche, Pablo y Elena la pasaron en una de las habitaciones de invitados.

—Jamás pude pensar que me pudiese ocurrir nada semejante: estar casado con la mujer más hermosa de la tierra y encontrarme con ella en el palacio de un virrey de España. Te amo, Elena —afirmó, mientras la abrazaba, depositando un tierno beso en sus labios.

—Para mí es como un sueño, Pablo. Cuando apareciste ante mis ojos en Veracruz, sentí un escalofrío en la espalda, y en ese momento supe que me casaría contigo o no lo haría con nadie. Estoy muy enamorada de ti, Pablo. Te quiero con muchísimo y casarme contigo ha sido como una bendición de Dios —respondió Elena, rodeando su cuello con los brazos para besarlo apasionadamente.

Poco después, salieron al balcón que daba a la Plaza Mayor. Las luces de las calles y los edificios parpadeaban en la distancia mientras las estrellas rutilaban en un cielo plagado de ellas. Así continuaron un buen rato abrazados el uno al otro. Al cabo, Elena le dijo a Pablo:

—¿Nos vamos a la cama? Hoy ha sido un día tremendamente agotador pero ardo en deseos de hacer el amor nuevamente.

—Sí, vamos. Yo deseo lo mismo. Y hoy sin la sombra de tu padre.

Elena respondió con una risa cantarina mientras se apretaba contra él. La sensualidad sobresalía por todos los poros de su cuerpo.

A la mañana siguiente, cambiados de ropa, durante el desayuno, Doña María Teresa les preguntó cómo se encontraban.

—Radiante de felicidad —respondió Elena.

—Increíblemente bien —dijo Pablo—. Como en un sueño. ¿Por cierto, dónde está Don Fernando?

—En estos momentos debe estar con mi esposo. Tenía que escribir una carta al Rey de España sobre los acontecimientos de la rebelión de los indios Yaquis el pasado año, ultimar algunos asuntos relativos a los hombres del Regimiento que le acompañarán a Texas y no sé qué tema relacionado con caballos. Eso le oí decir a mi esposo.

Durante más de una hora, la conversación derrotó sobre temas cotidianos de palacio, las obligaciones de una mujer como esposa de un virrey de España, y hasta los enfrentamientos que en ocasiones mantenía Don Pedro con el clero, sobre todo con los jesuitas, que pensaban que las religiones y ritos indígenas tenían un origen demoníaco, demostrando con ello que los clérigos seguían manteniendo una herencia de su teología medieval, y para poder vencer la herejía era necesario saber contra qué se estaba luchando.

Cristianización y vasallaje suponían para ellos lo mismo, y la explotación del indio en las vastas haciendas que poseían los jesuitas, tan solo a cambio de comida y algunas prendas de vestir, pero siempre en beneficio propio o en el enriquecimiento de su comunidad aunque rozase la semiesclavitud en contra de las Leyes de Burgos, no tenían la menor importancia, al pensar que los indios tenían poca capacidad intelectual y necesitaban de una guía y control externo para no perderse en la inactividad y la vida salvaje. Tal concepción, se inclinó en las más de ocasiones por crear la imagen del indio ignorante o el indio vicioso, al cual era necesario controlar severamente para poder cristianizar.

En ese momento, apareció Don Fernando acompañado de Don Pedro.

Don Pedro saludó a la joven pareja, deseándoles toda suerte de parabienes. Don Fernando abrazó y besó a su hija, estrechó la mano y abrazó también a Pablo, a quien le dijo:

—¡Cuídemela!

—Lo haré, Don Fernando, no le quepa duda. Es lo que más quiero en este mundo.

—¡Sé que lo hará, Pablo! Ahora deben regresar a la hacienda. Yo debo quedarme para hacer los preparativos con Don Pedro para nuestro viaje a Texas.

—¡Padre!, ¿y la celebración de nuestra boda con todos los hombres de la hacienda? ¡Tú no puedes faltar! ¿No puedes dejar esos asuntos hasta después de esa celebración?

—Puede usted ir tranquilo, Don Fernando. Estos temas se pueden demorar un par de días —dijo Don Pedro, conciliador.

—Tengo otro asunto para usted, Pablo —dijo a continuación. Le haré entrega, antes de su partida, de una carta para el gobernador Don Justo Boneo y Morales, para que no se le ponga reparos en la concesión de terrenos para la construcción de su nueva hacienda en Texas.

—No sé cómo agradeceréelo, Excelencia.

—Agradézcaselo a su suegro, Pablo. Él ha sido quien me ha hecho partícipe de su pretensión sobre esa hacienda. Le deseo toda suerte de fortuna en ese proyecto.

—Gracias, Excelencia.

Una hora después, los tres entraban en una de las carrozas de palacio para que les condujese a la hacienda Aldasoro.

Cuando llegaron a la casa, Antonio y Brígida, y todo el personal de servicio, más los peones y vaqueros que se encontraban en los corrales, acudieron para darles una calurosa felicitación por la boda.

Todos querían besar a la novia y dar un apretón de manos a Pablo, hasta que Don Fernando, a la vista de que las conversaciones y parabienes a la pareja se alargaban demasiado, les dijo a todos:

—No os preocupéis. Mañana celebraremos aquí la boda de mi hija y Pablo con todos vosotros, y a los que no puedan venir por sus quehaceres, se les llevará la comida, vino, pasteles y tequila para que lo celebren también. Ahora regresad a vuestros puestos, que hay mucho que hacer todavía para preparar la celebración mañana.

Hubo hurras por la pareja de recién casados y por el Patrón. Luego, cada cual regresó a su puesto de trabajo sin dejar de comentar entre ellos, excepto un mayoral criollo y un capataz mestizo que se quedaron por encargo de Don Fernando.

Una vez en la casa, las nueve personas pasaron a la cocina y se sentaron alrededor de la mesa para tomar una taza de café con unas pastas, y preparar el acontecimiento del día siguiente.

—Me agradecería que fuese tomando ya el mando efectivo de la hacienda como administrador general —le dijo Don Fernando a Antonio—. Los libros de asiento están en mi despacho, y mañana cuando vengan los mayores y capataces, antes de la celebración, nos reuniremos todos para comunicarles el nuevo nombramiento. Yo, durante bastantes días, voy a estar muy ocupado y ausente para preparar la marcha a Texas.

Pablo tendrá el cometido de organizar el avituallamiento necesario para un viaje tan largo, con tantos hombres y animales, y las carretas de apoyo donde llevaremos armas de repuesto, agua, forraje para los animales y todo aquello que nos sea necesario durante el viaje, como ropa de abrigo, utensilios para cocinar para tanta gente y un sinfín más.

—No se apure por eso, Don Fernando, colaboraré con él en todo lo necesario.

Luego, dirigiéndose al mayoral, le preguntó por la situación del ganado.

—Don Fernando, el ganado está seleccionado y recogido para su marcaje. Hemos recuperado unas ochenta reses que estaban desperdigadas por la sierra y hemos apartado unas doscientas vacas y toros de más de dos años, casi ciento cincuenta becerros de un año, además de unos treinta mamones de unos seis meses para marcar,

pero necesitaré a todos los hombres para ese menester en cuanto terminen con la doma de los caballos.

—Está bien. Y dirigiéndose al capataz, le pregunto por la doma de los caballos.

—Va bien, Patrón, quedan tan solo dos o tres yeguas que domar. Los que ya están domados, los tenemos en un corral, en el que les suministramos forraje y agua todos los días, en espera de que tengan que partir, salvo que usted ordene otra cosa.

—De acuerdo, pero los hombres que no sean necesarios en la doma, deberán marchar al valle pasado mañana para comenzar el marcaje de las reses. ¿De acuerdo?

—Sí, Patrón —respondieron los dos al unísono.

—Ya habrán escuchado que Don Antonio se hará cargo de la administración general de la hacienda, y le deberán el mismo respeto y obediencia que nos deparan a mí y a mi hija Elena. Don Pablo, mi yerno, se ocupará de todas las gestiones con el personal y el ganado en general. Pero mañana hablaré de eso con todas las personas que asistáis al banquete de boda, y a los que no puedan hacerlo, se lo transmitiréis vosotros.

Necesitaré a varios hombres para preparar las mesas de la comida, así que los quiero a primera hora de la mañana. También debéis preparar hoy, el sacrificio de una treintena de corderos y otros tantos gallos para cocinarlos mañana a las brasas.

Aquí, en la cocina, se prepararán dulces y pasteles, un tonel de vino y las botellas de tequila y pulque que hagan falta. Aquellos que no puedan venir por estar vigilando las reses y caballos, se les llevará la suficiente comida y bebida allá donde estén.

¡Ah! Y no quisiera olvidarme de los arrendatarios de las milpas. Decidles que también pueden venir a la celebración. Bueno, ya podéis marchar para cumplir mis encargos.

Una vez se marcharon los dos hombres, Don Fernando le dijo a Pablo: Es importantísimo hacer un cálculo de la cantidad de forraje que vamos a precisar durante el viaje para los animales por si no encontramos el suficiente pasto durante el camino.

—Entiendo que si cada soldado precisa cinco caballos, más los que montemos nosotros y los que llevemos para la hacienda de Texas, llevaremos aproximadamente unos setecientos caballos, más unas cincuenta reses, docena y media de marranos, unas treinta cabras y otras tantas ovejas. ¿Me equivoco Don Fernando?

—No, hijo, ha hecho un cálculo muy aproximado, aunque tendremos tiempo de revisar esos números.

—En ese caso, necesitaremos para el viaje, racionándolo, unas cuatro carretas de forraje llenas hasta los topes; otra carreta más de agua, aunque imagino que podremos hacer más aguadas por el camino, y dos carretas más para las provisiones de boca: carne en salazón, y fresca para los primeros días, tocino, fríjoles, maíz, tomates, chiles, harina, garbanzos, porque supongo que podremos cazar algunos venados para procurarnos carne fresca en algún momento; otra para armas, pólvora, ropa y encerados, mantas y petates.

—Cierto, Pablo. Ha dado en el clavo.

—¿Y cuántos hombres nos harán falta para controlar el ganado?

—Dos por carreta: conductor y ayudante; treinta hombres más para el control de reses, nuestros caballos y ganado menor, porque cada soldado se hará cargo de sus cinco caballos; tres cocineros y dos ayudantes, más Guadalupe y Adela, otra criada de la casa, que vendrán también a Texas.

Pero ha olvidado una cosa. Nos harán falta unas tiendas de campaña, tanto para el viaje como para instalarlas en Texas cuando haya acotado el terreno necesario, en tanto se construye la nueva casa de su hacienda.

Los hombres que vengan con nosotros se quedarán con usted y con mi hija en aquellas tierras, para su defensa, construcción de la casa y cuidado del ganado. Sin duda, les espera a usted y a mi hija un trabajo muy duro.

A primera hora de la mañana siguiente, el movimiento era frenético. Fuera de la casa, se habían preparado, durante la tarde anterior, unas quince barbacoas para el asado de los treinta corderos y gallos, ya desollados y desplumados, desde poco después de que Don Fernando diese la orden. Seis de los animales se llevarían ya cuarteados a las diferentes cuadrillas que no podrían asistir.

Sobre el fondo de cada hoyo, que se había cubierto de piedras y brasas al estilo indio, se colocó una capa de pencas de maguey, dos corderos encima, tapados por más pencas, y cubierta cada barbacoa con tierra. Así lo dejarían por espacio de varias horas hasta que cada cordero se encontrase cocinado.

El recinto del patio de la casa se había engalanado con guirnaldas de flores, y cuatro improvisadas mesas largas se habían distribuido en el centro para depositar las viandas.

La vajilla de diario de la casa se había puesto en la mesa principal para Don Fernando, los recién casados, Antonio y Brígida, y el personal de servicio en la misma, mientras vaqueros peones e invitados, comerían y beberían en platos y vasos de cerámica rústica india, a falta de más servicios en la casa.

Poco antes del mediodía, las conversaciones, gritos y hurras en favor de los recién casados, resonaban en el lugar, pero cuando aparecieron Elena y Pablo, el griterío se volvió ensordecedor, gracias a las más de cien personas que se habían congregado.

Los corderos llegaron colocados sobre tablas y se fueron depositando sobre cada mesa, debidamente troceados en raciones por parte de las cocineras y algún ayudante, mientras el vino corría por las gargantas de los asistentes.

Después aparecieron las aves que se habían cocinado a las brasas, aunque fueron insuficientes para tanta gente con ganas de comer y celebrar la unión de su joven patrona con el apuesto Pablo. Después llegaron los dulces y pasteles, que a su vez fueron acompañados por tequila y pulque.

La alegría de los vaqueros y peones, sumado al trasiego del alcohol, hicieron que

la fiesta terminase en jolgorio.

Terminado el ágape, aparecieron un par de guitarras españolas y unas cuantas flautas que amenizaron la tarde, mientras los más, se lanzaron a realizar bailes tradicionales mexica, incluidos Elena y Pablo junto a Antonio y Brígida.

A mitad de la tarde, muchos de los asistentes, borrachos y contentos, se fueron retirando para dormir sus monas; los más sobrios se despidieron de Don Fernando y los recién casados, agradeciendo aquella invitación.

Cuando entraron en la casa, Pablo comentó a Don Fernando:

—Ha sido verdaderamente impresionante la alegría de esos hombres por una pequeña fiesta como ésta.

—Pablo, son hombres agradecidos por tenérseles en cuenta, y situaciones así les unen más a la hacienda y a nosotros —dijo Don Fernando.

—La comida de boda en el Palacio del Virrey, es algo que no olvidaré mientras viva, pero la de hoy con nuestros hombres la he disfrutado mucho más. He sido yo misma —dijo Elena.

Don Fernando llamó a Guadalupe, y le dijo que dejase para el día siguiente la retirada de restos de la comida, vajilla y mesas, pues ya habían trabajado bastante ese día, aunque pidió que hiciesen café para todos.

—Esta noche nos retiraremos todos pronto —dijo a continuación—. Mañana saldré temprano para el Palacio del Virrey.

Pablo, ocúpese de conocer el estado de la doma de los caballos que faltan. Necesitamos a todos los hombres para el marcaje del ganado. Vea también las existencias que hay de forraje en los graneros por si nos hiciese falta más.

—¿Para cuándo prevé la marcha hacia Texas, Padre?

—En quince días a lo sumo, Elena. Así que no podemos demorar nada o el tiempo se nos echará encima.

CUARTA PARTE

Sierra Madre Oriental

Aquél día de mediados de marzo, en las inmediaciones de la casa se realizaba una actividad frenética. En uno de los corrales se encontraban los cien caballos y yeguas semisalvajes domados por Pablo y los vaqueros de la hacienda, que iban destinados a los soldados de cuera, más ocho yeguas andaluzas y uno de los sementales escogidos para el viaje a Texas, que quedarían en la nueva hacienda para su reproducción, por el gran valor que tenía la raza.

En otro de los corrales, cincuenta vacas seleccionadas por su fortaleza y dos toros sementales, servirían para su multiplicación, tan pronto tuviesen elegidos y acotados los terrenos en Texas.

Un hato más de unas treinta cabezas ovinas —al cargo de seis muchachos, ayudados por otros tantos perros pastores— junto a otra cantidad similar de puercos, sería conducido a su nuevo destino.

Se había conseguido reunir unas quince carretas de gran tamaño, entoldadas, para que sus contenidos y personas estuviesen resguardadas de las inclemencias del tiempo: tres para el transporte de forraje y grano para el ganado, dos con verduras, maíz, chiles, fríjoles bayos, tomate, harina de maíz y de trigo, aceite de oliva de España, carnes frescas y saladas, dos cajones con damajuanas de tequila y pulque, aunque presumían que siempre habría oportunidad de caza de animales salvajes, como corzos, gamos, y hasta algún bisonte que se cruzase en su camino si hacía falta.

Otras dos carretas más, con pertrechos, arados, sierras, clavazón, martillos, taladros, formones, gubias, y todo aquello que fuese necesario para la construcción de las nuevas casas que constituirían la hacienda tejana, y cuatro jaulas de madera con veinte gallinas ponedoras y dos gallos. Otra carreta estaba destinada a armamento de repuesto, pólvora y munición suficiente —*en caso de ataques indios*—, ropas de abrigo, encerados, y tiendas de campaña para alojar a todos los vaqueros, peones.

Las nueve carretas rescatantes, serían ocupadas por las nueve familias de los vaqueros y peones casados que les acompañarían en el viaje hasta Texas, aunque aquél espacio también se utilizaría para cargar parte de los elementos que no cupiesen en las carretas destinadas a tal efecto.

Además, todas las carretas sin excepción, llevarían aguada en dos toneles de madera, resistentes al traqueteo de las mismas, para consumo de toda la gente, aunque podrían reponerla en los ríos y arroyos que encontrasen en el camino.

Elena, Guadalupe y Adela irían en otra de las carretas con los necesarios adminículos de cocina, aunque se presumía, que Elena hiciese gran parte del trayecto como un jinete más, dada su experiencia como amazona.

El ganado hasta Texas lo conducirían veinticinco vaqueros y quince peones armados que después quedarían al servicio de la estancia.

A primera hora de la mañana del día siguiente, Don Fernando, después de despedirse de Elena, Pablo, Antonio y Brígida, con el encargo a estos dos últimos de que cuidasen bien de la hacienda, partió hacia el palacio del virrey para hacerse cargo de la compañía de dragones de cuera que le había sido asignada para la inspección de los presidios, y un pequeño cajón con fuerte cierre, que contendría la soldada para los presidios que tenía encomendado visitar, aunque nadie más que el capitán de dragones tendría conocimiento de su contenido y destino por si a Don Fernando le ocurría alguna desgracia irremediable.

La compañía, comandada por el capitán Don Alonso Tejado, contaba con dos secciones de cincuenta lanceros, con mosquetes, pistolas y sable de hoja ancha, y cada sección estaba formada por tres pelotones de catorce hombres, a cuyo mando había un teniente, dos sargentos y tres cabos. Dos cañones de pequeño calibre, montados sobre cureñas con ruedas y tirados por dos caballos, cerraban la marcha.

En realidad, Don Fernando había optado por llevar aquellos cañones, más por desorientar al enemigo, en caso de enfrentamiento armado, que por su eficacia contra agresores dispersos y montados a caballo, aunque se podían cargar con bolas huecas cargadas de metralla, si bien, en un posible enfrentamiento con los indios consideraba más efectivos que los mosquetes, las picas, los sables, y los arcos y flechas de sus soldados.

A falta de más cabalgaduras, cada soldado llevaría una recua de cuatro caballos de fresco en reata, más una mula con sus pertenencias: petate, ropa de abrigo, manta y dotación de pólvora y balas para su defensa personal, aunque también les acompañarían dos carretas entoldadas, con un cirujano y un barbero, y los materiales médicos y de cura existentes en aquellos tiempos, que serviría de precario reposo para los posibles heridos graves, en el caso de que los hubiese, además de veinte tiendas de campaña. También les acompañaría un misionero franciscano para atender a la tropa y personal de la hacienda en sus menesteres religiosos.

Don Fernando había tenido muy en cuenta la planificación del viaje, teniendo en cuenta el camino, a veces montañoso y árido por el que atravesaba la Calzada Real de Tierra Adentro, hasta Texas, donde podían topar con algunas tribus de indios chichimecas rebeldes, a partir de Zacatecas, aunque a última hora, Don Pedro Cebrián, decidió que lo realizasen por la región de Tamaulipas, en la zona de seno mexicano para saber más de aquella provincia.

Ese cambio, les llevaría, desde la hacienda, hacia el Este, hasta llegar a Teotihuacán, en el que existía un valle con una extensión de unas ciento veinte leguas, en el que se asentaba una gran ciudadela abandonada, construida en la época prehispánica por los antiguos habitantes otomíes, donde podrían pernoctar con la

seguridad de que su muralla podría mantener reses, caballos, carretas y hombres a resguardo.

Por otra parte, las sierras circundantes estaban pobladas por tupidos bosques de pinos y encinos. Más abajo proliferaban los pastizales y matorral, compuesto principalmente de magueyes y nopales, y en el fondo, una fértil planicie aluvial, era irrigada de manera permanente por numerosos manantiales y por las infiltraciones de los ríos San Juan, San Lorenzo y Huixulco, haciendo innecesario el consumo de la reserva de forraje y aguada que llevaban en las carretas, dando lugar a que se pudiesen proveer de proteínas animales con la caza de conejos, venados, patos, gansos, codornices o palomas.

En este rico y variado ambiente, los otomíes cosechaban una amplia gama de vegetales y cultivaban maíz, frijoles, calabazas, chiles, jitomates y muchas plantas más, que se seguían cultivando en las milpas actuales.

Según lo previsto, de allí marcharían al día siguiente hacia el valle de Tulancingo, lugar donde el príncipe Ixtlilxóchitl reunió un ejército para unirse a Hernán Cortés en la conquista de Tenochtitlan.

La parte más al norte de la provincia de Veracruz contaba con profusión de pasto verde, ríos, lagunas y abundante lluvia en otoño, con vientos del océano Atlántico —*todavía a 1300 metros sobre el nivel del mar*—, aunque por el contrario, también era una zona poco poblada, ya que los colonos españoles que se establecieron fueron muy pocos, pues en su mayoría preferían el clima templado del Altiplano mexicano, mientras la población indígena fue diezmando hasta quedar casi exterminada en el siglo anterior a causa de la peste, la viruela y los trabajos forzados provocados por los encomenderos, quienes al final optaron por utilizar a la población negra llegada en calidad de esclavos como mano de obra en los trabajos de la encomiendas.

En aquellos parajes, el gran peligro para la caravana y los animales no lo constituirían los indios, al menos eso pensaba Don Fernando, sino los negros cimarrones fugitivos de las haciendas e ingenios azucareros que cometían toda clase de asaltos en aquellos caminos, desde mediados del siglo XVII, comenzando a representar un serio problema para el gobierno en las zonas de Villa Rica, Nueva Veracruz, Antón Lizardo y la cuenca del Río Blanco, por lo que en aquella zona extremarían las precauciones. Pero no todo era malo sobre aquella tierra rojiza, regada por constantes lluvias en buena parte del año, donde el pasto se extendía hasta donde alcanzaba la vista y en cualquier zona en la que acampasen para pernoctar, podrían formar una buena defensa con las carretas en círculo, encerrando entre ellas a los animales.

A pesar de todo, el territorio que más temor infundía a Don Fernando era la zona más al norte del territorio de Veracruz, debido a que durante la mayor parte de la colonización española, sufrió los embates de los grupos indígenas otomíes y chichimecas, quienes los esclavizaban o asesinaban cuando los hacían presos.

La partida de la compañía de dragones de cuera, se realizó al día siguiente desde

el palacio virreinal para reunirse con el personal de la hacienda y el ganado unas horas después de haber tomado estos últimos el camino de Teotihuacán, que les llevaría hacia el Este de Nueva España.

Aun a pesar de estar el cielo encapotado y amenazando lluvia, una gran muchedumbre se había situado en las inmediaciones de la Plaza Mayor para ver la salida de la tropa, jaleando el paso de la compañía de dragones, con sus reatas de caballos y las dos carretas, seguidas por los dos cañones y su dotación de cuatro hombres por cañón, montados igualmente a acaballo.

Era impresionante, ver a aquella columna de soldados vestidos con un uniforme compuesto por una chupa corta de paño azul, con vuelta roja en sus bordes delanteros, botonadura en una parte y ojales de color rojo en la otra, vuelta roja también en la bocamanga y en el cuello, calzón largo de paño azul con chaparreras claras y botas camperas con espuelas, y tocados con un pañuelo o sudadera debajo de un sombrero de paño negro, chato y con ala.

Una cuera corta, realizada por hasta siete capas de piel de becerro y lana de oveja —*capaces de resistir el impacto de una flecha*—, sin mangas, para facilitar sus movimientos, con bolsillos grandes con solapa sobre los que iba bordado el escudo del reino, iban enrollados junto al petate a lomos de la mula.

Sobre el uniforme, una banda ancha de badana venía cruzada desde el hombro izquierdo a la cintura, para sujetar la funda de la pistola de chispa sobre la cadera derecha de cada soldado; escopeta enfundada al flanco derecho del caballo, y sable en el otro costado.

Todos con sus lanzas en alto, apoyadas sobre uno de los estribos; algunas con el banderín de la compañía en el que lucía el emblema del virrey, otras con el escudo real. Algunos, con una reata de cuatro caballos y una mula tras ellos hasta que se les entregasen los caballos de la hacienda.

En cabeza, Don Fernando, seguido por Don Alonso Tejado —*que era en realidad quien mandaba la tropa*—, dos tenientes, los suboficiales que mandaban los tres pelotones de cada sección, y el capellán que montaba una mula.

En formación de a dos, la columna dejó la ciudad atrás y pronto tomaron la Calzada de Guadalupe en dirección a la hacienda, para bordearla poco después y seguir la ruta de Tulancingo con la intención de encontrarse pocas horas más tarde con la caravana salida de la hacienda.

Casi a la misma hora, reunidos todos, carretas, conductores, ganado y personal de arreo, Pablo dio la orden de partir. A su lado cabalgaba Elena, a la cabeza de la expedición que tanto les ilusionaba. Detrás de ellos, las carretas, seguidas por el pequeño hato de ovejas y la piara de cerdos, gobernada por algunos rapazuelos —*aprendices de vaquero*— y los perros ovejeros.

Los gritos de los jinetes, hicieron que los ciento nueve caballos se pusieran en movimiento, flanqueados por quince de ellos, mientras las reses mugían al iniciar el camino, inquietas, arreadas por el resto de vaqueros al final de la partida.

El viaje se presentaba lento, no tanto por el rodar de las carretas como por la conducción del ganado, con los avances y retrocesos de los arreadores para que los animales no se dispersasen, siendo los últimos vaqueros los que más sufrían debido a la nube de polvo levantado por todos los animales.

—¿Cuántas leguas crees que podremos hacer hoy? —preguntó Pablo a Elena.

—Al paso que vamos, si no surge ningún inconveniente que dificulte la marcha, unas cinco o seis leguas a los sumo.

—Entonces no llegaremos al valle de Teotihuacán para hacer noche allí, ¿no?

—Mucho me temo que no, Pablo. Lo más seguro es que tengamos que hacer un alto a mitad de camino. Las reses llegarán cansadas y precisarán agua y pasto, lo mismo que el resto de animales.

—Pues deberemos encontrar un lugar adecuado para hacer noche. ¿Quién conoce bien esta ruta?

—Supongo que Raúl.

—Hablaré con él para que busque el mejor lugar para mantener a los animales tranquilos durante la noche, con suficiente pasto y agua.

Pablo retrocedió hasta la tropa de caballos que dirigía Raúl, y le preguntó por el mejor lugar para pasar la noche.

—A unas cinco leguas de aquí, está el convento de San Agustín de Acolman. En sus alrededores hay una pequeña alberca, pasto y árboles. Creo que sería el mejor lugar, Patrón. Y debajo de los pinos que hay, el ganado se podría encontrar más seguro, si llueve o hay tormenta esta noche, pero creo que Don Fernando y sus soldados nos alcanzarán antes de llegar.

Llegado el mediodía, Pablo estimó conveniente hacer un alto para preparar la comida del personal y esperar a la tropa de Don Fernando. El lugar se prestaba a ello. Cerca del cerro Chiconautla, había una gran planicie con hierba verde y alta, con una pequeña charca de agua clara, a escasos doscientos metros del convento, que serviría para que los animales bebiesen y pastasen en los alrededores.

«El fraile franciscano Andrés de Olmos, levantó un pequeño templo que más tarde fue ampliado y fundado por los padres Agustinos en el año de 1539, como Convento de Acolman, dedicado a San Agustín, con las características de la arquitectura española del siglo XVI».

Pablo dispuso, que las carretas formasen un círculo alrededor de los animales, cerca de la charca, mientras la mitad de los vaqueros y peones los vigilaban.

Los dos cocineros y el ayudante que viajaban en la caravana, asistidos por Guadalupe y Adela, además de algunas mujeres de vaqueros y peones, se dispusieron a preparar el fuego, para cocinar en unos comales el tocino, con una salsa de jitomate, chiles poco picantes y calabacines verdes trinchados, que acompañarían con unos frijoles hervidos y refritos en la manteca de freír el tocino.

La tarea era fatigosa para cocineros y mujeres, que debían preparar comida para unas ciento sesenta personas en el menor tiempo posible, pensando en los hombres que llegarían con Don Fernando.

En grandes pucheros, unas mujeres pusieron a cocer los fríjoles mientras otras machacaban los tomates y los chiles, junto con calabacines verdes troceados, para hacer la salsa que se freiría en otros comales.

Entre tanto, los cocineros cortaban el tocino salado, en lonjas de tres dedos de grosor, mientras el ayudante los frotaba con pimienta negra molida y algo de azúcar de maple.

Cuando estaban con aquellos menesteres, llegó Don Fernando con sus soldados y los cuatrocientos caballos y mulas.

Pablo suspiró agradecido, porque desde ese momento, los soldados se harían cargo de la custodia de los caballos destinados a ellos, no debiendo preocuparse más que de los andaluces y los propios que cabalgaban.

—¿Cómo ha ido la marcha? —preguntó Don Fernando a su hija, después de darle un beso y un apretón de manos a Pablo.

—Lenta, Padre. Los animales nos entretienen mucho y no queremos forzarles.

—Estamos a unas tres leguas de Teotihuacán. Mis soldados harán que la marcha sea más rápida al hacerse cargo de los caballos que llevamos para ellos, y los vaqueros podrán arrear mejor al ganado. Nos interesa llegar antes de que anochezca para acampar allí —repuso Don Fernando.

—¿No será forzar demasiado a las reses, Don Fernando? El pequeño ato de ovejas no me preocupa, pero la piara también podría sufrir —preguntó Pablo.

—No se apure por eso, Pablo. Las reses están fuertes de momento, y aunque hagamos caminar más deprisa a los puercos, no acusarán grandemente el cansancio. Además, pastarán, beberán y descansarán esta noche en la gran plaza de la pirámide del Sol, rodeada de árboles entre los que podrán sentirse seguras las reses y caballos.

Algunos de los vaqueros ya habían acercado el ganado al agua para que bebiesen de la charca, y cuando los retiraron para que pastasen, los soldados llevaron a sus caballos y mulas.

Dos horas más tarde, después de haber comido todos los hombres y descansado las bestias, se pusieron de nuevo en camino, por un terreno prácticamente llano y con buena visibilidad.

Don Fernando, Pablo y Elena, iban en cabeza de la caravana, después las carretas, incluidas las de los soldados, y a continuación, la mayor parte de la compañía al mando de Don Alonso, el capitán, y Don Martín y Don Agustín, los dos tenientes. Detrás, el hato de ovejas y la piara en primer lugar, y detrás los caballos andaluces y las cincuenta vacas, manejadas por todos los vaqueros y peones a caballo.

A cierta distancia de la caravana, para no tragar el polvo que se levantaba,

cabalgaban diez soldados al mando de un sargento, para cubrir la retaguardia, con los dos cañones y su dotación.

Cuando llegaron a Teotihuacán, formaron el círculo de seguridad con las carretas sobre uno de los lados de la pirámide, y entre ellas colocaron los dos cañones. Todo el ganado en su interior, mientras los soldados comenzaban a desplegar sus petates, debajo de los carruajes, para tener una mayor protección.

Como hicieran antes de comer, las mujeres se aprestaron a encender fuego para preparar una cena rápida, con unos filetes de carne de res, equivalentes a medio ternero —*preparada en la hacienda la noche anterior*— y unos fríjoles hervidos y refritos. Se destinaron las guardias correspondientes a los vaqueros en el interior del círculo de carretas, junto a los animales, y a las de los soldados en el perímetro exterior, cambiando la guardia cada dos horas.

La noche transcurrió tranquila.

Pablo durmió debajo de la carreta en la que se encontraban Elena y las criadas, con su fusil Dickert dispuesto a disparar ante cualquier asalto.

Al alba, casi aún no había amanecido, Don Fernando dio la orden de partir, tan pronto desayunasen un buen tazón de café, huevos fritos y tocino, con alguna rebanada de pan de las más de cien hogazas horneadas en la hacienda. Quedaban todavía diecisiete leguas hasta Tulancingo y debían aprovechar las horas de luz; el camino era llano, aunque en algunos tramos había bosques de pinos, sobre lomas suaves, y algunas charcas donde poder abrevar al ganado y caballerías, con buena extensión de pasto verde. Podrían acelerar el paso.

Cada vez que se acercaban a algún bosque de pinos y matorral, diez soldados se acercaban en descubierta por si hubiese alguna partida de indios rebeldes que les pudiesen acechar. Todo estaba libre, aunque Don Fernando temía, que se pudiesen encontrar con algunos rebeldes al día siguiente, después de sobrepasar Acaxochitlan, en los montes y cañones de Sierra Madre Oriental.

Pero tampoco ocurrió nada que alterase la marcha de la caravana, que caminaba a buen paso, entre los mugidos de las reses y el relincho de algún caballo.

Sortearon las montañas llenas de cañones y valles abruptos de aquella zona para alcanzar Tecojotal llegada la noche, cerca de Acaxochitlan, donde acamparon junto al lago Necaxa. Los animales precisaban abrevar, pacer y un buen descanso, por lo que Don Fernando eligió aquél lugar por considerarlo adecuado pero manteniendo el mismo sistema de defensa.

Después de cenar, Elena le preguntó a Pablo con un guiño de ojos:

—¿Te has bañado alguna vez a la luz de la luna?

—No, jamás se me ha ocurrido.

—¿Y si te lo pido yo esta noche? —le dijo, mientras se acercaba a él, zalamera, echándole los brazos al cuello.

—Pues creo que no me podría negar —respondió con una sonrisa, abrazando la cintura de su mujer, para besarla a continuación.

—Pues, vamos. Me apetece muchísimo que nos bañemos juntos en el lago aunque sea de noche.

Tomaron sus caballos y cabalgaron hasta unos ciento cincuenta metros de donde habían acampado. Buscaron un lugar en una pequeña playa donde morían las pequeñas olas mansamente. Ataron las riendas de sus caballos a unas ramas de arbustos, y después de desnudarse, entraron en el agua bajo la luminosidad resplandeciente de una luna llena, que permitía una buena visibilidad.

—Está condenadamente fría —se quejó Pablo.

—No te apures, amor, enseguida entrarás en calor —respondió Elena, con una amplia sonrisa prometedora en sus labios, mientras se aproximaba a su marido y le abrazaba, para besarle en la boca con sensualidad provocativa.

El la atrajo hacia su cuerpo, estrechado su cintura con las manos que luego deslizó hacia sus caderas. Ella se contoneó contra él mientras su brazos rodeaban su cuello y le mordisqueaba los labios, a la vez que Pablo acariciaba sus nalgas.

La luz de la luna, producía un efecto de caleidoscopio sobre el agua removida alrededor de la pareja, a la vez que en tierra, esa misma luz, provocaba contra los árboles sombras fantasmagóricas, y en el centro del lago, como si fuesen los lomos de dos monstruos antediluvianos, se apreciaban las formas redondeadas de dos cerros semisumergidos.

Sin embargo, a pesar de la cercanía de los soldados de cuera y los vaqueros, Pablo temía que entre las sombras pudiese haber alguien apostado.

—No me gusta estar desnudo en el agua sin tener mis armas a mano —le dijo a Elena, rompiendo parte del encanto que se había producido entre ellos hacía unos instantes—. Las sombras de los árboles me inquietan.

—¿Vas a tener miedo ahora?

—Solo por ti, amor.

—No te preocupes tanto. En caso de peligro, me pondría a gritar, y nuestros hombres estarían aquí en un minuto. Guadalupe sabe que veníamos a tomar un baño, y si tardásemos mucho o pasase algo fuera de lo normal, alertaría a mi padre.

Por otra parte, en el campamento tenemos pocas posibilidades de hacer el amor sin que nos interrumpen y molesten los soldados o las criadas. Podríamos ser la comidilla de todos ellos, si se corriese la voz de que nos han visto haciendo el amor aunque estemos casados.

—Tienes razón —respondió Pablo, mientras sus manos recorrían de nuevo el cuerpo desnudo de Elena.

Ella tomó impulso, apoyándose en el cuello de Pablo, y enroscó sus piernas alrededor de las caderas de él, besándole con pasión.

Media hora después, envueltos en una manta, tumbados en la orilla del lago, contemplaban las estrellas.

—¿Qué crees que nos pueda ocurrir en este viaje? —preguntó Elena a Pablo, un poco inquieta por el futuro.

—Espero que todo salga bien, Elena. Tu padre no nos habría embarcado en una aventura como esta si tuviese dudas, y por otra parte, vamos acompañados por ciento cuarenta hombres armados, dispuestos a luchar si es necesario.

Pablo besó a su esposa con cariño y le dijo:

—¿Nos vestimos y regresamos al campamento?

—Sí, creo que será lo mejor. Mi padre querrá salir otra vez más al alba, y tendremos que dormir, aunque esta noche dormiré como una bendita gracias a ti.

—Yo espero que también, y me tendrás muy cerca por si necesitas ayuda. Cada noche dormiré debajo de tu carreta, ya que dentro de la misma no cabemos, teniendo en cuenta que están Guadalupe y la otra criada, de la que no me acuerdo nunca de cómo se llama.

Elena se echó a reír.

—Se llama Adela, Pablo. Un nombre muy bonito para una joven india.

—Procuraré que no se me olvide. ¿Ya estás lista para regresar?

—Sí, Vamos.

La mañana amaneció fría y con alguna bruma debido a la proximidad del lago. A partir de ahí, camino de Huauchinango, comenzarían a subir las estribaciones de Sierra Madre Oriental, cada vez más escarpadas y con valles estrechos, conforme se adentrasen en la sierra, con profusión de monte bajo y caminos de herradura por los que los conductores de las carretas deberían estar muy atentos, ya que también deberían atravesar arroyos, que descendían por profundas barrancas, formando cascadas.

El alto para comer lo harían después de cruzar el río Necaxa y entrar en un valle que les conduciría hasta la aldea de Xicotepec, aunque acamparían en las afueras.

—Un recorrido de cinco leguas por caminos de montaña con el lento caminar de carretas y ganado. Lugar perfecto para una posible emboscada de indios rebeldes o incluso negros garañones huidos, de los que había oído hablar en alguna ocasión a Don Fernando —pensó Pablo.

Conforme se acercaban al pueblo, el campanario de una pequeña iglesia se veía sobre los tejados de unas pocas casas con tejados de teja roja y otras más rústicas de techumbre plana y encalada.

Raúl se acercó a Pablo y a Elena, que cabalgaban juntos, y les preguntó:

—¿Saben cuál es el patrón de ese pueblo?

—¿Cómo lo vamos a saber, si no conocíamos ni la existencia de este pueblo, Raúl? —apuntó Elena.

—Pues yo se lo cuento, patrona, porque es una historia de lo más extraña:

«Cuenta la leyenda, que un día llegó un arriero a la puerta de la iglesia de los padres Agustinos, la que se ve allá a lo lejos, pidiendo posada por una noche. El arriero había llegado con una mula y una caja grande, que dejó junto a la entrada de la iglesia. Uno de los frailes le ofreció de comer y un lugar para dormir. Pero al día siguiente, cuando los religiosos fueron a despertarlo, el arriero había desaparecido, quedando solo la gran caja en la puerta de la iglesia. Los monjes la dejaron en su lugar, sin moverla, por si el arriero regresaba a por ella, pero al pasar los días, decidieron abrirla y vieron en su interior la imagen de Nuestro Señor del Santo Entierro, y aunque los monjes llevaron la caja con la imagen a otras iglesias, cuando regresaban a la suya, la imagen volvía a estar allí donde la dejara el arriero; así que decidieron quedársela, ampliando la iglesia para rendirle culto. Desde ese momento, se convirtió Nuestro Señor del Santo Entierro, en el patrón de Huauchinango».

—Una extraña historia Raúl —dijo Pablo sonriendo.

—Así es Patrón. Por acá hay muchas historias extrañas, bellas y tristes al mismo tiempo, pero son nuestras historias.

—Me regreso con las reses —dijo, mientras se quitaba el sombrero de copa alta con tres pedradas que llevaba siempre para despedirse de Elena.

—Es curioso este hombre.

—Sí, Pablo y te respeta muchísimo después de presenciar aquél disparo que hiciste y de la doma de tu caballo. Creo que todavía alucina.

Pablo sonrió.

Hicieron alto al entrar en el valle de Coaxicala, rodeado de altos cerros cubiertos de brumas, con un pasto lujuriente junto al arroyo Pantepec, lleno de losas y piedras de granito por el que las carretas sufrieron para atravesarlo, siendo los soldados de gran ayuda.

Después de comer, emprendieron la marcha nuevamente por el centro del valle, mientras en los laterales del mismo, grandes cárcavas guardaban una temperatura agradable y húmeda.

Don Fernando quería que saliesen cuanto antes de aquella zona de cañones, bosque de pinos y matorral bajo, para evitar en lo posible algún ataque de indios y cimarrones negros que se hubiesen podido unir a alguna de las tribus rebeldes que solían habitar en aquellas montañas.

El interior de aquél valle tenía un extensión que no pudieron precisar, y aprovecharon para forzar un poco las marchas de la caravana. Una vez recorridas ocho leguas más, acamparon junto al río San Marcos, cerca ya de la aldea de La Ceiba, en la que había algunos cafetales, propiedad, sin duda, de algún hacendado español, que estaba rodeado de bosque alto de montaña, con ocozotes altos de hasta cuarenta metros y copas densas con hojas verdes en forma de estrella, además de

encinos y pinos entremezclados.

Como todavía no había oscurecido, Don Fernando propuso que saliesen algunos de sus hombres para cazar algún gamo que los proveyese de carne fresca.

Diez hombres salieron en descubierta cerro arriba, para intentar conseguir algún animal. Salvo dos soldados que llevaban arcos y flechas, el resto cargaban con mosquetes.

Media hora después de que hubiesen salido los hombres, se escucharon unos cuantos disparos de mosquete, y otra media hora después, aparecieron los hombres con cuatro venados hermosos, colgando de unas ramas sobre los hombros de dos hombres cada uno. Dos de los venados llevaban flechas clavadas en uno de sus costados.

Hubo alborozo en la caravana. Varios de los hombres se dispusieron a despellejar los animales, otros a preparar trípodes con ramas para asarlos, ensartados en otras ramas rectas al calor de las lumbres, mientras los cocineros los aderezaban con sal, pimienta y jugo de lima, mezclado de aceite de oliva, cilantro picado, chile verde picado, comino molido y un buen chorro de tequila.

Guadalupe, Adela y otras mujeres preparaban tortillas de harina de maíz, chiles fritos con salsa de tomate en varios comales, y unos fríjoles charros que ya llevaban preparados de antemano en ollas altas de barro.

Todo aquél movimiento se convirtió en una fiesta improvisada en la que participaron hasta los hombres que tenían guardia. Corrió el tequila y el pulque, sonaron una guitarra y unas flautas, y uno de los peones nahua se lanzó a cantar una triste canción en su idioma natal sobre La Malinche.

—¿Qué canta? —preguntó Pablo a Elena, impresionado por el tono empleado por el cantante.

—Una triste historia sobre Doña Marina, o Malintzin, amante de Cortés, obtenida a través de una alianza y que ayudó a éste a lograr sus objetivos militares y diplomáticos en la conquista de Tenochtitlán, la actual capital del virreinato, como intérprete entre mayas, aztecas y españoles —respondió Elena.

—Es triste por la melancolía que le dan a la canción, pero al mismo tiempo debe ser una historia bonita —comentó Pablo.

—Sí. De manera sintetizada, la canción expresa una parte de la historia de la conquista de México por Cortés.

«Dicen los muy viejos, que Malinalli fue una niña nahua, nacida en la región de Veracruz y criada entre las culturas azteca y maya, y llamada así en honor a Malinalxóchitl, la Diosa de la Hierba para que protegiese a la niña, pues según la mitología mexicana, Malinalxóchitl era la bella y terrible diosa de las serpientes, escorpiones, e insectos del desierto, y tenía poder sobre los animales».

Su padre murió años después de nacer ella y su madre se volvió a casar con el cacique de otra tribu, del que tuvo un hijo, quedando Malinalli para su padrastro como una hijastra poco deseada, por lo que la vendió como esclava a unos

traficantes de Xicalango que luego la cederían como tributo a Tabscoob, cacique maya de Tabasco.

Tras la derrota sufrida por los tabasqueños en la batalla de Centla contra los españoles, fue regalada a Hernán Cortés, junto a otras diecinueve mujeres, tomándola éste como amante y repartiendo al resto de mujeres entre sus capitanes.

Cortés, según la práctica habitual en la conquista, consintió que las mujeres fuesen bautizadas, tomando Malinalli el nombre cristiano de «Marina», al que los soldados de Cortés añadieron el título de «doña» por respeto a su persona, aunque la deformación fonética en la pronunciación del náhuatl, transformó el nombre de Marina en el de Malin, al que posteriormente los nativos añadieron el sufijo «tzin», formando el nombre «Malintzin»; sobrenombre que utilizaban los nativos para nombrarla.

En la canción, unos la definen como una mujer que vivió entre dos culturas, aunque se vio obligada a renegar de la suya propia por haber sido entregada a Cortés en calidad de esclava, como tributo, por Tabscoob; aunque otros dicen, que salvó a su pueblo de los aztecas, que tenían una supremacía en todo el territorio mexicano y demandaban tributos a todos sus habitantes, esclavizando a muchos y sacrificando a otros a sus dioses.

En aquél momento, Don Fernando dio orden de que se terminase la fiesta, ya que al alba se tendrían que poner de nuevo en camino, y todos se fueron a dormir en sus petates y carretas.

Los días se sucedieron casi de la misma manera que los pasados desde que entraron en la Sierra Oriental. La caravana marchaba buscándolos valles más fértiles, con abundancia de pasto y arroyos que pudiesen cruzar fácilmente. En ocasiones, podían atravesar alguno de los ríos más caudalosos, gracias a los puentes construidos por los españoles durante la conquista, en los que habían utilizado como mano de obra a los indios que, o bien habían apresado y los mantenían como esclavos para tales menesteres, por no quererse cristianizar, o a los componentes de las tribus amigas que estuvieron ayudando a Cortés en su lucha contra los otomíes, aztecas, mayas, o chichimecas.

Pero lo importante para Don Fernando, era llevar a aquella caravana y a sus soldados sin que sufriesen percance alguno hasta Texas, además de hacerlo por caminos donde hubiese buenos pastos para el ganado y agua para que abrevasen.

Cada cierta cantidad de leguas, encontraban alguna hacienda o rancho, con plantaciones de café y campos de labranza, que sorteaban para no crear problemas con la cantidad de ganado y caballos que arreaban, aunque en alguna ocasión, Don Fernando mandaba a una patrulla de soldados, al mando de Don Martín, para

aprovisionarse de aquellos alimentos que comenzaban a escasear en la caravana, como ocurrió cuando llegaron a la hacienda de la fallecida Doña María Andrea, Duquesa de Sesa y esposa del III Conde de Moctezuma, antiguo virrey de Nueva España, que la creó en los primeros años del siglo XVIII.

Tres días después se encontraban en la llanura de la costa del Golfo de México, pero aquellos lugares, en contra de lo que pensaba Don Fernando, tampoco eran todo lo seguros que él podía esperar. Hacía bastante calor, había mucha humedad proveniente de los vientos del Océano Atlántico y los mosquitos eran una plaga que los asediaba constantemente, excepto los días que llovía, aunque tampoco eran muy frecuentes, lo que daba lugar a una vegetación densa, semiselvática, con algunas zonas pantanosas a cierta distancia de la costa y algunos manglares junto a ella.

Acamparon aquella noche cerca del poblado de Tihuatlan —habitado por una comunidad indígena huasteco-otomí—, en una explanada desprovista de árboles y vegetación, organizando la defensa de la caravana conforme lo venían haciendo desde que salieran de la hacienda, veinte días atrás.

Estaba anocheciendo cuando apareció un grupo de unos cincuenta indios huastecos, unos vestidos con calzón de algodón con ceñidor en la cintura y el torso desnudo; otros con un faldellín de piel de gamo que cubría tan solo sus vergüenzas por delante y sus nalgas por detrás; algunos iban descalzos y otros calzaban huaraches, pero todos estaban armados con lanzas, arcos y flechas, mientras asediaban la caravana desde una cierta distancia con la intención de hacerse con el ganado y los caballos.

La rodearon, y esperaron entre los árboles de un cerro próximo a que se hiciese de día para atacarla, pero Don Fernando ya tenía dispuesto un plan de defensa, en el caso de que se pudiese producir un tipo de asalto con esas características, y tomaron las posiciones debidas, colocando los dos cañones en dirección a la serranía, que era por donde esperaban que apareciesen los atacantes.

Cada división de la compañía, a cargo de uno de los tenientes y un sargento, se situarían en cada punto cardinal de la caravana, teniendo como protección las carretas dispuestas en círculo, en tanto los vaqueros y peones cuidarían del ganado y los caballos, salvo que debiesen ocupar algún puesto en la defensa por la baja de algún soldado.

Los soldados mantenían, dentro del círculo de carretas, a sus caballos ensillados, con su lanza, adarga, sable y pistola, además de arcos y flechas para caso necesario, dispuestos en el lomo de cada caballo por si tenían que salir detrás de los indios en una operación de castigo, cosa improbable por lo tupido de la floresta en la que los indios tenían una mayor defensa.

Don Fernando, Don Alonso Tejado y Pablo, establecieron un puesto de mando

junto a una de las carretas, en la zona oeste del círculo de defensa, bien para impartir ordenes o para luchar directamente si era preciso.

Detrás de los soldados, aquellos peones y vaqueros que no fuesen necesarios en la cuida del ganado, formarían un segundo círculo de defensa.

La noche se hizo larga mientras la incertidumbre se apoderaba de hombres, mujeres y niños. Los perros ladraban por la proximidad de gente desconocida, y el ganado estaba inquieto como presintiendo algún mal.

A unos cientos de metros, entre los árboles, se fueron encendiendo una cierta cantidad de hogueras, casi rodeando la caravana, lo que hizo suponer a Don Fernando que al primer grupo de indios se había unido algún grupo más, por lo que su primera estimación se podía haber quedado corta.

La dotación de los dos cañones había recibido órdenes claras: pólvora, estopa y bolas huecas de cañón, llenas de metralla, suficientes para unos cuantos disparos iniciales, debiéndose calibrar la distancia para que sus balas llegasen a unos ciento cincuenta metros como máximo —*a mitad de la distancia entre los árboles y la caravana*—, ya que los indios solían atacar en grupos en el primer momento.

Los cocineros, Guadalupe, Adela, y las demás mujeres, repartieron por toda cena entre los hombres, un pedazo de pan duro, una lonja de tocino salado y un pote de café, para que se mantuviesen despiertos el mayor tiempo posible.

Algunas de las cabras y ovejas del ható se ataron a varias ramas que había en el interior del círculo de carretas para impedir que pudiese realizar alguna huida. Los que peor lo tenían, eran los vaqueros que estaban con las reses y los caballos, pues mientras las unas mugían inquietas, los caballos, nerviosos también, piafaban y relinchaban alterando a los demás. Lo peor que les podía suceder a los asediados, es que se iniciase una estampida de los animales desde el interior defensivo de la caravana.

Cuando comenzó a amanecer, una neblina cubría los árboles en los que se escondían los indios, que fue desapareciendo conforme el sol ganaba altura.

Los defensores de la caravana, pudieron observar que el número de indios había ascendido considerablemente, estimando que serían unos doscientos los que se aprestaban al ataque con la intención de obtener un botín escandaloso para ellos: cincuenta vacas, más de quinientos caballos y muchas armas de fuego.

Sobre las diez de la mañana, atacaron en masa, entre alaridos, blandiendo lanzas, hachas, arcos y flechas; algunos de ellos a caballo y la mayoría a pie.

Don Fernando esperó a que estuviesen a tiro de los cañones, y cuando consideró que la distancia era la correcta, dio orden de hacer fuego.

Sonaron dos potentes estampidos y las bolas cargadas de metralla estallaron en medio de dos grupos de atacantes, alcanzando a no menos de diez indios en cada explosión. Los indios se pararon sorprendidos, y antes de que pudiesen reaccionar,

los mosquetes atronaron también en dos oleadas de disparos que los diezmaron en un instante. Mientras una fila de soldados cargaba su mosquete, los de atrás disparaban el suyo, y así sucesivamente. Pablo también ayudó con su fusil Dickert, pues cada disparo que realizaba, era un indio herido o muerto, aunque Elena, desde debajo de una carreta, cuerpo a tierra con otro fusil Dickert que le había regalado Antonio, también demostró ser una tiradora excelente.

Ante aquella defensa tan férrea, los indios se reagruparon para planear otra forma de ataque. En el siguiente ataque irían separados y protegidos por los árboles para que los cañones no les alcanzasen.

—Cuando estén a suficiente distancia como para alcanzar la caravana, dispararan sus flechas —presumió Don Fernando.

Más precavidos, los indígenas volvieron a realizar un segundo ataque protegidos por los árboles, pero los cañones dispararon de nuevo, después de corregir la dirección de tiro, intentando que sus balas rompiesen entre ellos. Ramas caídas, árboles tronchados y algunos gritos de dolor, le dieron a entender a Don Fernando que su táctica era acertada; pero en aquél momento, se escuchó una voz indígena y los asaltantes salieron fuera de la protección de los árboles mientras una lluvia de flechas apareció en el aire para caer sobre las carretas y su alrededor.

Cuatro soldados quedaron heridos de flecha en brazos y piernas mientras algún otro se salvó gracias a la cuera que llevaba.

Atronaron de nuevo los mosquetes, y los Dickert de Pablo y Elena, y otros quince indios o más quedaron heridos o muertos.

En poco más de dos horas, los indios habían sido reducidos a la mitad, retirándose de nuevo pero sin cejar en su empeño de atacar otra vez a la caravana cuando esta reemprendiese de nuevo el camino, ofreciendo menos protección al cruzar alguno de los arroyos o ríos que proliferaban en la zona.

El cirujano, el barbero, Pablo, Elena y algunas mujeres, se atarearon en atender a los heridos para sacarles las flechas de sus cuerpos, tal y como hiciese Pablo con el vaquero de Don Fernando en su regreso de Veracruz a la hacienda, siendo reemplazados los heridos en sus puestos por los vaqueros más experimentados con el mosquete. Raúl entre ellos.

Don Fernando prefirió no aventurar la seguridad de la caravana y sus componentes, y decidió enviar en descubierta a veinte soldados a caballo, fuertemente armados, al mando de Don Agustín y un sargento, que se dividirían en dos grupos para hacer un reconocimiento de la zona y confirmar que los indios habían abandonado el sitio. El resto de soldados estarían preparados para salir en ayuda de sus compañeros, en caso de enfrentamiento con los indios.

Al poco de entrar las patrullas entre los árboles, sonaron disparos de mosquete, seguidos de otros de pistola; los soldados de reserva en la caravana, salieron con sus lanzas por delante, dispuestos a dar una batalla final a los atacantes, mientras vaqueros, peones y algunas mujeres aguerridas, como Elena, tomaban las armas,

dispuestos a defender la caravana y sus vidas.

Del interior de la espesura, surgieron más disparos y gritos que pusieron en alerta a todos los que habían quedado sitiados.

Cuatro horas después, regresaban los soldados con una sola víctima en su haber. Habían perseguido a los huastecos por el interior de aquella selva tropical hasta donde los caballos ya no pudieron pasar, manteniendo enfrentamientos cuerpo a cuerpo, donde debieron utilizar sus lanzas, y escudo, sables, y alguno hasta sus arcos y flechas, dada la imposibilidad de recargar sus armas de fuego.

Venían cansados y con el fallecido cruzado en el lomo de su caballo, con una flecha enemiga que le había atravesado el cuello.

Don Alonso, que mandaba a los soldados que habían salido de refuerzo, le dio el parte a Don Fernando:

—Mi teniente coronel, al llegar a los árboles, hemos visto gran cantidad de indios muertos; unos por efecto de la metralla de los cañones y otros alcanzados por las balas de nuestros mosquetes. Hemos seguido avanzando hasta donde estaban las patrullas de reconocimiento, que habían alejado bastante a los atacantes, y luego hemos perseguido a los indios hasta que la espesura ha impedido el paso de nuestros caballos. Entonces, ellos se han hecho fuertes allí y han comenzado a flecharnos. Hemos agotado las cargas de nuestras armas de fuego y, ante la imposibilidad de recargarlas, hemos echado pie a tierra, y después de asegurar nuestras monturas, los hemos flechado a ellos también, para poco después iniciar la pelea cuerpo a cuerpo con nuestras lanzas y espadas, hasta que se han retirado hacia su poblado unos veinte indios nada más, el resto están muertos o heridos de gravedad.

—Está bien, capitán. ¿Les han perseguido hasta el poblado?

—Sí, Don Fernando. Pero solo hemos encontrado unas palapas con mujeres, niños y viejos, cerca de una antigua pirámide azteca dedicada al sacrificio humano, a la que llaman Castillo de Teayo.

—¿Cree que nos volverán a atacar?

—Por lo que he podido apreciar, sus muertos son más de un centenar. Supongo que se lo pensarán dos veces antes de intentar un nuevo ataque, aunque se les uniesen algunos indios de otros poblados.

—¿Entonces, cree que podemos iniciar el viaje de nuevo?

—Por el momento, estimo que sí.

—Está bien. Denle cristiana sepultura a nuestro fallecido. Iniciaremos de nuevo la marcha y sus hombres cabalgarán a los flancos de la caravana y las reses. Los cañones y su dotación irán a retaguardia. Partiremos de inmediato.

—Como usted ordene —respondió el capitán antes de retirarse para transmitir las órdenes a sus subalternos.

Don Fernando habló con Pablo para que la caravana y los animales se pusiesen en camino tan pronto estuviesen dispuestos. Había que alejarse del lugar lo más rápidamente posible.

—¿Qué piensa hacer con los indios que hemos matado? —preguntó Pablo.

—Nada, hijo. Los hombres de su tribu los recogerán y les darán sepultura según sus ritos paganos. No se preocupe más por eso. Ahora debemos poner tierra de por medio para que no nos ataquen de nuevo cuando se rehagan, aunque no creo que les queden ganas de repetir el ataque.

Indios Pisones y Apaches

Durante una semana, marchando siempre hacia el norte sobre llanuras llenas de pastizales naturales, arroyos, humedales, y alguna palmera diseminada, encontraban pequeñas plantaciones de maíz, correspondientes a algunas milpas diseminadas, gobernadas por familias de indios huastecos o nahuas que los miraban con asombro y respeto.

Desde que salieron de la hacienda, no habían tenido necesidad de utilizar los forrajes para los animales que llevaban en las dos carretas, pero la humedad del ambiente, durante tanto tiempo de marcha, comenzaba a actuar de forma negativa en el mismo y comenzaba a enmohecerse, por lo que decidieron que los primeros animales que lo consumiesen fuesen los puercos, aunque a Don Fernando le preocupaba la situación con la que se encontrarían cuando llegasen a las zonas áridas del norte lindantes con el Río Bravo.

Pronto se encontraron en la denominada llanura huasteca con el inmenso caudal del río Pánuco.

Don Fernando mandó a varios hombres para que buscasen un paso para los animales y carretas que no presentase dificultades para atravesarlo, y mientras regresaban las diferentes partidas de exploración que se habían enviado, acamparían como a una legua de una población compuesta por multitud de pequeñas milpas agrícolas de indios Pisones, pertenecientes a un señorío indígena de Pánuco, no cristianizado.

Horas después, los diferentes grupos de exploración fueron llegando con la noticia de que no se podía atravesar el río si no era en canoa; sin embargo, el último grupo mandado por Don Agustín y tres soldados, habían entrado y atravesado un poblado llamado también Pánuco; poblado, donde encontraron un puente construido por los españoles de Cortés en los tiempos de la conquista, con basamentos de cantera y mazacote, que debieron emplear para poder atravesar el río al que los indios llamaban Panoaia —*lugar por donde pasan*—, y se encontraba en buenas condiciones.

Una parte de la población estaba dedicada a la agricultura en tierras regadío cercanas al río, aunque la mayoría se dedican a la pesca de peces y camarones, manatíes y tortugas de agua.

—¿Cree que serán violentos? —le preguntó Don Fernando.

—En principio, se han asombrado al ver a cuatro soldados a caballo pero han respondido a nuestras preguntas sin ningún gesto de hostilidad.

El pueblo está constituido por unas cincuenta palapas bastante grandes, por lo que imagino que las habitarán más de una familia cada una. De todas maneras, ignoro el número de indios que pueda haber. Sin embargo, sí he visto en el río, numerosas

canoas con dos indios cada una, dedicados a la pesca.

Me temo, que para acceder al puente y cruzarlo deberemos atravesar el pueblo, y es posible que entonces sí que nos encontremos con problemas al paso de las carretas y el ganado.

—Gracias, teniente. Convoque a los mandos para una reunión de urgencia. Debemos decidir qué momento será el mejor para atravesar el pueblo, de día o por la noche.

—¿Y por qué no hablamos primero con el cacique del pueblo, le explicamos que vamos de paso y que necesitamos atravesar el mismo para acceder al puente? Tal vez nos haga pagar un tributo por utilizar el puente, pero siempre será mejor que encontrarnos con un ataque por sorpresa, ¿no le parece a usted Don Fernando? —propuso Pablo.

—Una vez más, tiene usted razón, hijo. Creo que será lo más acertado aunque no me fío de ellos.

¿Sabe una cosa, Pablo? Esta gente fue la que opuso mayor resistencia a Cortés; se opusieron a la cristianización que les ofrecían los frailes y creo que siguen igual. Nos ven como invasores, lo mismo que les ocurrió con los aztecas de la meseta y los apaches de Texas, que después de muchas luchas, los relegaron a estas tierras llenas de pantanos y lagunas, pobladas por cocodrilos.

—Conocí a una tribu de indios Creek, en La Florida, que tampoco eran muy amigables, al menos con los españoles, pero que mantenían alianzas con los ingleses. No creo que estos sean más fieros que aquellos. Sin embargo, no estará de más adoptar todo tipo de precauciones por lo que usted cuenta.

—Preparemos una buena defensa para esta noche, porque seguro que nos visitarán los indígenas en cuanto se den cuenta de que estamos aquí. Según la actitud que tomen ellos hacia nosotros, sabremos qué hacer. Y si no vienen, cosa que me extrañaría mucho, mañana por la mañana enviaremos Don Alonso con unos veinte soldados para hablar con el reyezuelo de la zona. Si nos piden algo a cambio, siempre que no sean caballos, se les podría dar alguno de los cerdos y ovejas que llevamos para la nueva hacienda —propuso Don Fernando.

—Como usted dice, esperaremos a ver qué hacen esta noche, y si no aparecen mañana, que les lleven los soldados un par de cerdos y ovejas en señal de amistad, antes de que nos pidan algo. Sería interesante que fuese alguno de los nativos que viene con nosotros y que hable nahua, para intentar entenderse mejor con ellos; tal vez Raúl, ¿no le parece? Creo que será una buena forma de poder comenzar a hablar.

—Vuelve usted a asombrarme con su diplomacia, Pablo.

—Es lo que aprendí en San Agustín de La Florida, Don Fernando.

—Está bien, así lo haremos. Ahora disponga las guardias armadas para los vaqueros y peones. El resto, que asegure lo mejor posible el ganado.

Don Alonso dispondrá las guardias de los soldados. Tampoco estaría de más, que las mujeres tuviesen armas a la mano por si ocurriese algún ataque.

Durante la noche, en la oscuridad, se sintieron observados por numerosos nativos, pero no hicieron mención de acercarse a la caravana.

A la mañana siguiente, después de desayunar, una columna de veinte soldados armados se dirigió al poblado con sus mosquetes dispuestos, sable junto a su cadera izquierda, adarga colgando del pomo de la silla y lanza en su mano derecha apoyada sobre el estribo del mismo costado. Los dos últimos soldados de la columna, llevaban atados, un par de ovejas y otros tantos cerdos. Al frente de la columna, Don Alonso, seguido de Don Martín y Raúl.

Marchaban despacio, vigilantes a izquierda y derecha durante todo el trayecto hasta el poblado. En ocasiones, de algún sembrado de maíz, salían algunos indios curiosos pero sin intenciones belicosas.

El poblado estaba construido de manera irregular, aunque pretendía circundar una enorme palapa rectangular que había en el centro, y que debía pertenecer al cacique.

El resto de las chozas tenía forma circular, con techo cónico de palma y rematado por una olla invertida para que no les entrase agua al llover, aunque no todas tenían las mismas dimensiones. Las paredes estaban hechas de palos de madera unidos por mecates, y el suelo era de tierra apisonada.

Los soldados entraron lentamente en el poblado, alerta por cualquier posible ataque, pero no se produjo ninguno ni apareció gente. Cuando llegaron ante la palapa mayor, desmontaron de los caballos, y con estos tomados de las riendas se situaron estratégicamente para cubrir toda la plaza, mientras Don Alonso y Raúl entraban en la misma en primer lugar y los dos soldados que llevaban los animales se quedaban en la misma entrada.

El interior estaba conformado por un gran salón con pasillos laterales, construidos con troncos ligeros de árboles que seguramente conduciría a dormitorios y lugar donde cocinarían.

Al fondo, sentado en un sillón de mimbres entretejidos y tapizado con unas pieles de gamuza, se hallaba un indio de mediana edad, con la cabeza cubierta por un casco rematado con plumas de papagayo y collares de conchas en el cuello, aunque los lóbulos de sus orejas estaban perforados y traspasados por unas alhajas de oro labrado. Vestía calzón verde de algodón con ceñidor en la cintura, el pecho descubierto y calzaba huaraches dorados.

Junto a él, a su derecha, un viejo con la cara pintada con colores rojo y negro, orejas perforadas también con unos pendientes de conchas, y la cabeza cubierta por un extraño casco de forma irregular en sus sienes, cubierto también de plumas blancas y negras. Iba descalzo.

Detrás del reyezuelo y en los laterales de aquella sala, no menos de diez indios armados con lanzas.

El capitán y Raúl se acercaron al jefe indio, no sin recelo, y Raúl le dijo en lengua nahua que le traían unos presentes y querían hablar con él.

Con rostro inexpresivo, el cacique asintió con la cabeza y dos indios tomaron los animales y los acercaron hasta donde se encontraba sentado. Luego ordenó que se los llevaran de allí. Solo entonces preguntó qué era aquello de lo que querían hablar.

—Somos amigos. Queremos pasar nuestra caravana por su poblado para atravesar el río por el puente. Nos dirigimos a otros territorios al norte, con soldados, hombres, mujeres y niños en carretas, con caballos y reses.

El de la cara pintada, le dijo algo al oído al jefecillo y este asintió con la cabeza. Luego preguntó en nahua:

—¿Cuántos caballos?

—Quinientos —respondió Raul.

—Son muchos caballos. Yo quiero veinte caballos para que vosotros paséis por mis tierras.

—Eso es imposible. Son los caballos de los soldados.

El de la cara pintada volvió a musitarles unas palabras al oído.

—No pasarán por el puente y tendrán que abandonar mis tierras o los echaremos de allí —respondió el cacique.

—Te podemos dar una vaca y dos cerdos más.

—¡No! ¡Veinte caballos! ¡Es mi última palabra!

—¡Imposible! ¡No podemos hacer ese trato! ¡Regresamos a nuestra caravana!

Una vez dicho esto, el capitán y Raúl comenzaron a salir sin dejar de mirar al jefecillo y a su acompañante mientras daba orden a los dos soldados de que empuñasen sus pistolas y las amartillasen.

Los indios que había en la sala comenzaron a presentar una actitud belicosa pero la cosa no pasó a mayores.

Fuera, el capitán ordenó a sus hombres que montasen de nuevo y comenzaran a retirarse despacio, con las lanzas prestas por si les atacaban. Luego, cuando salieron del amparo de las palapas, emprendieron la retirada a todo galope en dirección a la caravana.

Al verles llegar en aquél estado les abrieron paso para que entrasen en el círculo de defensa. Desmontó el capitán y se fue a dar el parte a Don Fernando.

—¿Qué ha ocurrido? Imagino que nada bueno.

—¡Acertó, Don Fernando!

El capitán le explicó todos los pormenores sin omitir detalles.

—Capitán, congregue a todas las personas para dentro de diez minutos. Quiero hablar con ellos —ordenó Don Fernando.

Vaqueros, peones, mujeres y niños se agolparon cerca de una de las carretas sobre la que se encontraba Don Fernando. Expuso la situación: hay dos maneras de salir de esta aunque ninguna sin problemas y posibles víctimas.

Una de ellas es esperar aquí un ataque de los Pisones, haciéndonos fuertes en las carretas como hicimos hace unas semanas con los Huastecos; la otra, es poner en marcha la caravana e intentar atravesar el puente después de pasar por el poblado.

Nos estarán esperando emboscados y nos flecharán, pero mataremos a muchos indios y muchos de nosotros pasaremos al otro lado del río. Debéis pensarlo bien, porque algunos de vosotros tenéis esposas e hijos, pero quedarnos quietos aquí, esperando a que vengan, es una locura. Vosotros decidís.

Pablo y Elena se mantuvieron callados junto a Don Fernando, y en aquél intervalo, mientras decidían los hombres qué hacer, Pablo le dijo a su suegro que lo mejor sería marchar sobre el poblado para intentar pasar el puente.

—Es una operación muy arriesgada Pablo. Nos estarán esperando ocultos en las palapas y a la entrada y salida del puente.

—Solo se me ocurre pensar, en provocar una estampida de los caballos dirigida y controlada por los vaqueros en dirección al poblado.

—Es muy peligroso para los hombres, pero puede ser una solución si sabemos manejarla.

En aquél momento, uno de los vaqueros congregados tomo la palabra.

—Patrón, hemos pensado, que cuando vinimos con ustedes, el viaje no iba a ser un camino de rosas y podríamos encontrarnos con muchas situaciones difíciles como así ha sido. Lo hemos hablado y hemos decidido ir con usted, a donde usted vaya. Pensamos que debemos atravesar ese puente para continuar nuestro camino cueste lo que cueste.

—De acuerdo, pues. Prepararemos un plan que nos permita pasar el puente y tener las menores bajas posibles. Ahora, vayan a sus quehaceres y mantengan sus guardias alerta.

Capitán, Raúl, tenientes, y usted, Pablo, debemos trazar un plan. Les voy a esbozar una idea que me ha propuesto Pablo, pero hay que madurarla bien y saber cada hombre que puesto debe ocupar.

Pablo propone que en cabeza de la caravana vayan los animales, en una estampida dirigida por vaqueros y peones, que entren en desbandada en el poblado donde nos estarán esperando algunos indios emboscados.

Aquí entran en juego nuestro capitán y Raúl, que han visto el poblado y la manera en la que está construido. ¿Usted qué opina capitán?

—Que puede ser factible, aunque se pierdan algunos caballos y reses, pero siempre será mejor que quedarse aquí esperando que nos ataquen. Los dragones de cuera nunca hemos dejado de presentar batalla.

—¿Qué propone usted?

—Que provoquemos la estampida con los vaqueros por los costados del ganado, pero a su vez, y para protegerlos, los soldados deberían formar dos columnas, una a cada lado de los conductores, con sus mosquetes y pistolas prestas a disparar a cualquier indio que se aviste dentro o fuera de las palapas. Como una vez realicemos los primeros disparos, no nos darán tiempo a poder recargar de nuevo, utilizaremos las mismas armas que ellos: los arcos y las flechas, y en caso de cuerpo a cuerpo, los sables. Yendo nosotros a caballo, tenemos una gran ventaja sobre ellos. Les

dispararemos desde mayor altura y contamos con la velocidad de nuestras monturas.

Las carretas pueden venir detrás, y tanto los conductores de las mismas como las mujeres, pueden empuñar un rifle. Cerraría la columna la dotación de los cañones, cargados y listos para disparar su primera andanada, con bolas de metralla.

Don Agustín que había visto el emplazamiento del puente y su situación, comentó:

—Mi capitán, el puente solo permitirá el paso de las carretas en fila, de una en una, y una gran cantidad de indios nos podrían esperar al otro lado del río, emboscados entre los árboles, esperando a que pasemos. Además, la estampida, al llegar al puente, formará un tapón que nos detendrá durante mucho tiempo.

—Seguramente. Si conseguimos que la manada arrase algunas palapas, los indios saldrán corriendo de sus escondites en dirección al río y al puente. Los soldados deberán eliminar en lo posible a todos los indios que huyan y que nos podrían atacar desde otros lugares, si consiguen reagruparse —dijo Don Fernando.

¿—Qué le parece a usted la idea, Pablo?

—Me parece bien, no tenemos otra alternativa.

—¿Usted qué opina, Raúl? ¿Podrán sus hombres controlar y dirigirla estampida?

—Patrón, con el debido respeto. Ahorita, todos mis hombres están todos muuy nerviosos y yo más todavía, pero cuando provoquemos la estampida, cada uno estará en su puesto para que los caballos y las reses no se desmanden. Además, también saben disparar y son muy buenos con el lazo. Creo que todo irá bien hasta el puente; luego..., ¡que nos ampare nuestra Virgencita de Guadalupe! —respondió el capataz, mirando al cielo con las palmas de las manos juntas, para enviar el ruego a su virgen.

—Conforme, pues —respondió Don Fernando.

Capitán ordene a sus hombres que monten en sus caballos y formen en columna de a uno delante de las carretas, para protegerlas de momento mientras deshacen el círculo defensivo.

Raúl, dígale a sus hombres cual va a ser su cometido; y una vez las carretas marchen de nuevo en caravana, adelanten a los animales y contrólenlos hasta la casi la entrada del poblado. No quiero que lleguen excesivamente cansados ni que perdamos ningún animal innecesariamente. Cuando falten doscientos metros para llegar a las palapas, provoquen la estampida. Eso les pillaré por sorpresa, pues pensarán que queremos atravesar el poblado y el puente pacíficamente.

Pablo, usted y yo iremos a la cabeza de las carretas.

Elena, deberás subir a la carreta de Guadalupe —le dijo a su hija—. Desde allí nos serás más útil que a caballo, y Guadalupe y Adela podrán recargar tus mosquetes sin mayor pérdida de tiempo.

Saldremos en media hora.

Don Fernando ya había formado en su cabeza todo el plan de marcha y repartía órdenes a diestro y siniestro para que se cumpliesen inmediatamente. Nadie replicó,

ni tan siquiera Elena, que en aquellos aspectos respetaba mucho a su padre.

Los vaqueros, lazo en mano, comenzaron a arrear a los caballos despacio, casi con mimo para que ninguno se espantara, mientras sus voces y gritos un tanto amortiguados, comenzaron a sonar en el interior del círculo de carretas para pasar por el hueco que había dejado la primera al retirarse de aquella formación. Detrás de ellos marcharían las cincuenta reses junto a las ovejas y puercos, a los que había que proteger a toda costa.

El resto de carretas comenzaron a seguir a la primera para formar la caravana, mientras en su interior, algunas mujeres y niños, preparaban los mosquetes de reserva, cargándolos, mientras en los pescantes, los conductores tenían a mano sus armas.

La marcha se realizó sin prisas aparentes para no dar la sensación de temor porque los indios les pudiesen estar esperando, sin embargo, algunos más de quinientos caballos producían mucho estruendo con sus cascos herrados, y los gritos de los vaqueros resonaban en la llanura.

A partir de ese momento venía la parte más peligrosa. Que corriesen casi espantados entre las palapas, pero controlados por los vaqueros de cabeza de la manada que serían los más indefensos al cruzar el poblado camino del puente. Junto a ellos, a izquierda y derecha, dos columnas de soldados les protegían con sus mosquetes cargados y prestos a disparar.

—¡Ahora! —gritó Raúl, levantando su enorme sombrero de cuatro pedradas, mientras picaba espuelas a su caballo, que se quejó con un relincho antes de salir al galope en dirección al poblado. El resto de vaqueros hicieron lo mismo y la manada de caballos comenzó a correr. A doscientos metros del poblado, vaqueros y peones a caballo, comenzaron a gritar más fuerte, golpeando las ancas de los animales de cabeza, que comenzaron a correr despavoridos mientras el resto de la manada les seguía, transmitido su desconcierto por los de cabeza.

Quinientos caballos lanzados en una estampida, aunque esta pueda estar controlada por vaqueros, producen un estruendo atronador, que crece en intensidad conforme se acerca a un lugar determinado.

Aquello fue lo que hizo que los indios que había apostados en las palapas con la intención de flechar a los hombres de la caravana, saliesen de sus escondites para ver lo que ocurría, encontrándose con una turba de caballos enloquecidos que arrasaban a su paso todo aquello que encontraban en su camino.

Los pisoneros comenzaron a correr entre las palapas, en dirección al río, mientras los caballos destrozaban a su paso todo aquello con lo que tropezaban.

Llegado un momento, los indios fueron alcanzados por la manada, y pisoteados y muertos por los cascos de los animales, mientras algunos pocos que se encontraban fuera del paso de la manada, a cuerpo descubierto, flechaban a soldados y vaqueros sin llegar a alcanzar sus blancos por la rapidez a la que galopaban.

Los soldados respondieron con sus armas largas, luego con las cortas, para al final

desenfundar sus sables y atacar directamente a golpe de mandoble.

Cuando los caballos llegaron al puente, al ver que no podían continuar su desbandada, atravesando el estrecho pasadizo y encontrarse con un río caudaloso, la manada se bifurcó en dos sentidos a lo largo de la ribera, mientras los vaqueros intentaban controlarlos.

Como había supuesto Don Fernando, los pisonos se habían concentrado en la otra parte del puente, en la orilla opuesta del río. Llegaron las carretas y se situaron a lo largo de la orilla con sus mosquetes preparados para disparar.

Varios soldados empujaron los dos cañones hasta situarlos en la curvatura alta del puente, mientras otros soldados los cubrían con sus armas.

Se cargaron los cañones con bolas huecas llenas de metralla y se realizaron dos disparos simultáneos hacia el grupo más numeroso que se hallaba concentrado en la otra parte del puente y hacia los que se encontraban medio emboscados entre los árboles.

Hubo una mortandad de pisonos con aquellos disparos, más los que habían perecido bajo las herraduras de los caballos. Los indios comenzaron a replegarse entre los árboles, fuera del alcance de los cañones, pero dejaban a los soldados también, lejos del alcance de sus propias flechas.

—¿Cómo está la situación capitán? —preguntó Don Fernando, cuando se reunieron después de los dos cañonazos.

—Se ha replegado, Don Fernando, pero han dejado atrás a más de cien muertos.

—Triste balance por el empecinamiento de no dejarnos pasar si no pagábamos ese peaje tan elevado que querían —meditó Don Fernando. ¿Cuántos indígenas estima que puedan quedar al acecho?

—No lo sé, Don Fernando, pero cincuenta palapas podían perfectamente acoger entre dos y cuatro familias, lo que podía haber entre ciento cincuenta y doscientos indios, más los que pudiesen haberse sumado de las milpas de los alrededores. En estos momentos deben quedar unos cincuenta a los sumo —respondió el capitán.

—¿En qué situación están los caballos? —pregunto Don Fernando, a Pablo, que terminaba de llegar de hablar con Raúl.

—Los vaqueros, con la ayuda de algunos soldados, han conseguido calmar a los caballos y ahora los están reagrupando en la orilla oeste del puente esperando sus órdenes.

—¿Me gustaría saber cómo lo haría usted para ver si coincidimos en los mismos criterios?

Pablo se quedó meditando la pregunta de su suegro, y al cabo de unos instantes dijo:

—Supongo, que deberíamos mandar una sección de soldados al puente, amparados por el pretil y pertrechados al menos con dos mosquetes cada uno, cargados y listos para disparar, mientras intentan ganar la orilla opuesta y se hacen fuertes. Luego pasaría los cañones y los situaría a ambos lados del puente, y cuando

estuviese todo asegurado haría pasar dos carretas y la mitad de los vaqueros para asegurar que los caballos no se escapasen. A continuación, el resto de carretas y las reses ovejas y cerdos. El resto de la compañía, pasaría resguardada por las carretas a pie, con sus caballos de las riendas.

Una vez hayamos pasado todos al otro lado, ordenaría a los soldados a que diesen una buena batida entre los árboles para eliminar toda resistencia, si es que los pisonos no han abandonado todavía la arboleda. Después, continuaría el viaje hacia Texas con todas las precauciones.

—No está mal, Pablo. Su plan no está mal. ¿A usted qué le parece, capitán?

—Me parece factible y bastante acertado. Creo que lo podemos llevar a cabo.

—¿Cuántas bajas hemos tenido, capitán?

—Ninguna, señor.

—Eso está bien. Procedamos a realizar el plan que ha comentado mi yerno. Envíe a una sección para tomar el puente y que se hagan fuertes en el otro lado. Los cañones apuntando a los árboles con dos direcciones de tiro diferentes por si se les ocurriese volver al ataque. Luego, dos carretas que amparen al resto de soldados a pie, pero con sus monturas. A continuación, los caballos y los vaqueros.

Necesitaremos un buen fuego de cobertura, si hiciese falta, teniendo en cuenta que los caballos pasarán despacio y pueden estar a merced de las flechas de los indios. Después lo harán el resto de carretas y el ganado mayor y menor.

Usted, capitán, mandará a la primera sección que deba atravesar el puente; yo lo haré con la segunda sección y con mi yerno.

Pablo marchó a la carreta donde se había instalado Elena para comentarle el plan para pasar el puente. Algunos niños irían también en esta carreta.

Entretanto, la primera sección de soldados se había puesto en marcha y caminaban parapetados por los pretilos del puente. Detrás de ellos, los dos cañones, que se situaron a izquierda y derecha una vez atravesado el puente, en tanto los soldados quedaban detenidos detrás de ellos, en espera de ver lo que sucedía.

No ocurrió nada durante unos minutos. Entonces, Don Alonso dio orden de montar en los caballos y avanzar hasta los árboles próximos, con los mosquetes en situación de disparo. Tampoco ocurrió nada. La nueva orden del capitán, fue marchar entre la floresta tomando las precauciones debidas. No quería bajas entre los suyos.

Durante más de media hora estuvieron batiendo el bosque sin encontrar rastro de indios.

Entre tanto, los vaqueros habían conseguido pasar a los caballos y los mantenían agrupados, aunque nerviosos, a pocos metros de la salida del puente, mientras las carretas y el resto de los soldados comenzaban a atravesarlo también.

Una vez reagrupados todos, hubo manifestaciones de júbilo y la caravana se puso de nuevo en marcha, a buen ritmo, para dejar atrás cuanto antes aquella zona que tan

malos ratos les había hecho pasar. Atrás dejaban un poblado de palapas destruido y más de cien indios muertos. Por delante, un camino con la esperanza de llegar sin más contratiempos a la vasta región de Texas.

—¿Crees que nos atacarán de nuevo los pisonos? —preguntó Elena a Pablo.

—Lo ignoro, cariño. Desconozco la zona y no sé cuántos pueblos indígenas pueden existir más allá de donde nos encontramos, ni tampoco a dónde han ido los que han sobrevivido. Debemos marchar con precaución y sin detenernos mucho.

Don Fernando dio orden de partida y la caravana se puso de nuevo en marcha, con la primera división de soldados en cabeza, y la segunda a retaguardia, mientras los vaqueros custodiaban a los caballos, reses, ovejas y puercos.

—¿Conocía usted esta ruta, Don Fernando? —preguntó Pablo a su suegro.

—No, Pablo, no la conocía a fondo, si es lo que me pregunta. Pero Don Pedro quería una información de la región, por ser más corta que la de Tierra Adentro, sin dar tanto rodeo, y porque tiene mucho más pasto y agua para los animales. Sabía que había alguna tribu hostil, pero no me imaginaba que sufriésemos dos ataques en tan corto tiempo. Tendré que enviar a un correo al virrey, cuando lleguemos a Texas, para que envíe tropas a pacificar esta zona.

—¿Entonces, no sabe lo que nos podremos encontrar más adelante?

—No de una manera puntual, porque los planos que se me entregaron en Palacio no eran todo lo exactos que se puede precisar, pero sé que hace unos días, dejamos atrás, junto a la costa, la inmensa laguna de Tamiahua, y por delante nos tropezaremos con otras lagunas y el río Tamesí, que cruzaremos por un puente construido también por Cortés a la altura de San Antonio Rayón. Según el mapa que llevo, nos quedan todavía unas 14 leguas para llegar allí, después de atravesar el río —respondió Don Fernando.

La ventaja que tenemos, es que el terreno es prácticamente llano con algunas lomas.

—Pero eso nos llevará dos días por lo menos, al paso que vamos —repuso Pablo.

Tan solo hacemos unas seis leguas diarias encontrando bueno el camino, pero hemos perdido mucho tiempo por los ataques de los huastecos y pisonos, ¿no le parece? Y si intentamos forzar la marcha de los animales, nos arriesgamos a perder a muchos de ellos.

—Soy consciente de ello, Pablo, pero nos es totalmente imposible retroceder.

—La preocupación no es solo por los animales, Don Fernando, sino por los hombres que nos acompañan también. Se nos está terminando la harina de maíz, fríjoles apenas nos quedan, los tomates y chiles se acabaron y carne queda para dos comidas. Tendremos que salir a cazar algunos venados o sacrificar un par de reses a este paso —expuso Pablo—, aunque no he querido alertar a nadie.

—¿Cómo se ha enterado?

—Por los cocineros, Don Fernando, y por Guadalupe, que escuchó una conversación entre ellos.

—Tiene razón, Pablo. Ya había sido informado de eso. Espero que podamos encontrar alguna milpa donde cultiven algunas cosas y nos podamos aprovisionar de nuevo. Cuando avancemos unas cuantas leguas, pararemos para comer. Entonces haremos recuento de las vituallas que disponemos y saldrá usted con una partida de hombres para cazar algunos venados. El terreno se presta a ello. Las leguas restantes las haremos por la tarde y acamparemos antes de atravesar el río, igual que hicimos en Pánuco.

—Como usted mande, Don Fernando.

Una hora después, se formó el círculo defensivo con las carretas. Los caballos y reses dentro de él, y varios hombres de guardia, mientras los cocineros y mujeres preparaban la comida de ese día.

Cuando reemprendieron la marcha, Pablo y seis hombres más, salieron en dirección a las arboledas de las lomas próximas para ver lo que podían cazar.

Dos horas más tarde alcanzaron a la caravana. En esta ocasión, llevaban cuatro venados de buen tamaño a la grupa de sus caballos.

Durante semanas continuaron su marcha, a veces por caminos inexplorados anteriormente, teniendo que desbrozar parte del bajo matorral para abrirse paso, en otras, teniendo que retroceder para buscar un paso del río que les impedía cruzarlo debido a su caudal. Así, un día tras otro sin que hubiesen vuelto a tener ningún enfrentamiento con indígenas, hasta que llegaron a las inmediaciones del río Bravo, que marcaba la frontera por su zona Este, entre México y Texas.

Desde allí, hasta San Antonio de Bexar, la caravana discurriría por una zona semidesértica, con algunas lomas de mediana altura y poca vegetación.

Se encontraban una tarde cruzando el río Bravo, por un vado con poca agua, cuando los soldados que había mandado Don Fernando en descubierta, regresaron al galope.

El sargento que mandaba al grupo, detuvo su caballo junto al de Don Fernando y, alterado, le dijo.

—Indios, Señor. Apaches.

—¿Cómo sabe que son Apaches?

—Por su indumentaria, Señor. Algunos visten pantalones con flecos y mocasines de piel de gacela..., supongo. Los hay que llevan camisa de piel fina y otros se cubren el torso con una ligera piel de ciervo, llevan pelo largo con trenzas y una o dos plumas de águila en su cabeza. Montan caballos pintos y alazanes sobre una manta colorida sin silla de montar.

—Ha hecho usted una buena descripción, sargento. Deben ser apaches lipanes —sentenció Don Fernando. ¿Les vieron ellos a ustedes?

—No, mi teniente coronel. Cuando nos dimos cuenta de que no nos habían visto, uno de mis hombres se quedó con los caballos y nosotros nos acercamos lo que

pudimos, para ver quiénes eran y las intenciones que pudieran tener.

—¿Son muchos? —preguntó Pablo al sargento, preocupado por si les atacaban en un momento tan inapropiado.

—No llegamos a ver cuántos eran. Nos escondimos entre unas piedras de la cima para observarlos, pero al poco se marcharon a galope, hacia el interior, pero siempre suelen proceder de un grupo mucho más numeroso.

—¿Dónde los han visto?

—En la cima de aquél cerro que se ve allá, vimos a cuatro jinetes montados a caballo —dijo el sargento, señalando un cerro de cumbre plana, que se encontraba a una media milla del río—. Estaban observando la caravana y los caballos, creo yo.

—Capitán —llamó Don Fernando—, que sus hombres ayuden a pasar las carretas y los animales lo antes posible. Después, prepare una defensa con las carretas, como en ocasiones anteriores, tan pronto hayan cruzado el río. Tenemos indios apaches sobre aquella cumbre.

Quiero a la mitad de la división, rodilla en tierra con sus mosquetes, y la otra mitad detrás, alzados, con disparos alternativos cuando estén a distancia suficiente.

Don Alonso dio la orden al teniente Martín, quién, a voz en grito, la transmitió a la tropa.

Alertados por las voces de Don Fernando, acudieron Elena y algunos vaqueros.

—¿Qué ocurre, Padre?

—Indios. Posiblemente apaches, y no sabemos cuántos puedan ser, pero no me fio de ellos. Esos salvajes son muy rápidos cuando atacan y muy despiadados.

—Pero aquí estamos muy al descubierto y con poca defensa, ¿no? —preguntó la joven a su padre, con la angustia pintada en su rostro.

—No del todo, Elena —le dijo Pablo, con el ánimo de que desapareciese su temor—. Es cierto que nos encontramos en campo abierto, pero ellos también. Además, para atacarnos, deberán bajar por la pendiente de la loma hasta llegar a nosotros y les veremos venir. Y si lo hacen por la parte del río, también.

Lo peor de todo, sería que nos hubiesen atacado cruzando el río o al subir la pendiente aquella para llegar a la meseta de más arriba. Entonces sí que habríamos estado en clara desventaja, pero aquí podemos organizar una buena defensa.

Luego dirigiéndose a su suegro, le dijo que iría a ver cuántos eran los indios.

—¿Va a ir solo? Es una locura, Pablo. Si le ocurre algo, no tendremos oportunidad de saberlo ni acudir en su ayuda —dijo Don Fernando, con un gesto de preocupación.

—Pero tú no puedes ir, para eso están los soldados —dijo Elena, preocupada por la idea de su marido.

—Ahora también soy soldado, ¿lo has olvidado? Además, no pienso ir solo.

—Yo le acompañaré —respondió el capitán.

—¿Usted? Usted no puede ir capitán —dijo Don Fernando con autoridad. Le necesito aquí para organizar la defensa con sus hombres.

—Tampoco había pensado en él, Don Fernando. Quiero que me acompañen dos de los soldados más diestros con el arco, y sin uniformes, pero con pistolas y sable. Nos acercaremos a ellos dando un rodeo y les vigilaremos desde la distancia con un catalejo. ¿No tenía usted un pequeño catalejo? Pues déjemelo.

—No es mala idea, Pablo —dijo Don Fernando.

—Mire, ahora ya saben que estamos aquí y que les hemos descubierto. Si no nos han atacado al cruzar el río, es posible que esperen a hacerlo cuando subamos la pendiente, donde estaremos más desprotegidos y con una marcha muchísimo más lenta. Allí se podrían hacer con una buena parte de los caballos y el ganado, pero los soldados que les han descubierto, han desbaratado sus planes. Ahora nos toca a nosotros saber cuántos son, y a ser posible, sus intenciones. Saldremos cuando comience a caer el sol.

Luego, volviéndose al capitán, le dijo:

Elija a sus dos hombres y que se vayan preparando. Dos pistolas cada uno y dos más de repuesto, arcos y flechas, y una guarrapa o sable. Que sean los mejores flechadores, por favor.

—No se preocupe usted, Pablo. Conozco a mis hombres y sé quiénes le pueden acompañar.

Media hora después, tres hombres vistiendo ropas oscuras, a caballo, cruzaban el río Bravo en dirección opuesta a la que habían venido, para cruzarlo de nuevo con la intención de dar un rodeo de media legua y salir por detrás de los indios, en tanto la caravana ya había adoptado su posición defensiva.

Poco después, atravesaban el río para subir la pendiente que le llevaría a la retaguardia de los apaches. A unos ciento cincuenta metros de donde se encontraban los indios se escondieron detrás de unas rocas, y Pablo, con el catalejo, pudo ver el campamento indio con unas cuantas hogueras encendidas y rodeadas de muchos individuos.

Dejaron los caballos al cuidado de uno de los soldados, y procurando que no les viesen, se fueron acercando agachados entre sombras y peñas hasta escasos cincuenta metros del círculo de indios. Sus caballos se encontraban atados a una larga cuerda entre árboles.

Los indios discutían entre ellos en voz alta, pero Pablo no llegaba a entender lo que decían.

—Entiendes tú lo que están diciendo —le preguntó al soldado nahua que le acompañaba.

Muy poco, Señor. Su lengua es bastante diferente a la nuestra, pero entiendo que están hablando de la caravana, los animales y de cuando atacarnos.

—Debemos retirarnos ya. Regrese usted hasta aquellas rocas próximas y procure cubrirme la espalda. Voy a acercarme para cortar las cuerdas que atan a sus caballos.

Luego nos reuniremos donde están los nuestros para regresar a la caravana.

—Como usted quiera..., pero es muy peligroso, y si le cogen prisionero, le torturarán.

Pablo reptó por el suelo en dirección a los caballos y, al acercarse lo suficiente como para que le olfateasen, alguno relinchó. De entre el círculo de indios, alrededor de la hoguera, uno de ellos se levantó para darles un vistazo.

Pablo se ocultó como pudo, a muy corta distancia, detrás de unos arbustos, con su cuchillo en la mano por si el indio le descubría, mientras el soldado que le protegía desde no muy lejos de donde se encontraba Pablo, estaba atento con su arco montado con una flecha, lista para lanzarla.

Fueron unos minutos especialmente tensos, porque el indio recorrió toda la cuerda y todos los caballos atados a ella. Luego se retiró confiado hacia al grupo de la hoguera.

Poco después, Pablo cortaba las ataduras de los caballos, uno a uno, y los hacía alejarse despacio con una ligera palmada en las ancas. Liberado el último de los caballos, retrocedió hasta donde se encontraba su compañero para ir los dos hasta donde habían dejado los suyos y regresar lo más rápido posible a la caravana.

—¿Cómo ha ido esa incursión? —preguntó Don Fernando.

—Menos mal que ya has llegado. Me he quedado padeciendo por si te ocurría algo —dijo Elena, abrazándose a su marido.

—¿Son muchos? —preguntó también el capitán, que se había acercado a los recién llegados junto con el teniente que le acompañaba siempre, para que le informase Pablo de primera mano.

—¿Los hombres están alerta? Preguntó Pablo al capitán.

—Si, todos en sus puestos, descansando, pero a la menor voz de alguno de los que hacen guardia, ocuparán sus puestos tal y como se les ordenó.

Bien, entonces no nos preocupemos mucho. Se trata de una partida bastante grande. Unos doscientos guerreros he contado por encima, pero mientras ellos estaba deliberando qué hacer con nosotros y calculaban un plan de acción, les he dejado sin caballos, los he soltado de sus ataduras y les he palmeado la grupa para que se alejasen del lugar. Eso les mantendrá entretenidos durante unas cuantas horas cuando se den cuenta de que se les han escapado los caballos.

—¿Qué ha hecho, qué...? —preguntó Don Fernando, no creyendo lo que le contaba Pablo.

—Sí lo hizo, mi teniente coronel. Arriesgó mucho el pellejo, porque un indio vino a revisarlos poco antes de que Don Pablo los soltara.

—Pero..., eso ha sido una temeridad, Pablo. Te podían haber matado o hecho prisionero para que les diese información de la caravana y los que vamos en ella, además de los animales. Me habría quedado sola, padeciendo por tu suerte.

—Pues ya veis que estoy aquí, después de crearles un problema grande en la noche. Algunos caballos los recuperarán enseguida, pero a otros no lo podrán hacer

hasta que no amanezca.

—Mi hija tiene razón, Pablo. Ha sido una temeridad esa incursión y la suelta de los caballos indios. Usted nos hace más falta aquí, además, si a usted lo matan, el proyecto de la nueva hacienda se va al garete y deja a mi hija viuda casi recién casada. ¿No lo entiende?

—IncurSIONES como esa las he realizado a cientos en los bosques de Santiago de Cuba y en San Agustín de La Florida, contra los indios y contra los ingleses. La única forma de prevenir un ataque enemigo es conocer sus intenciones y el número de atacantes, y he creído que yo podía tener más experiencia en esas lides que los soldados que llevamos con nosotros. Ahora debemos procurarnos una buena defensa, si ustedes me lo permiten —dijo dirigiéndose a su suegro y al capitán—. Seguramente, bajarán en grupos porque saben que tenemos buenos tiradores y si bajan sueltos les podremos ir alcanzando uno por uno.

Capitán, yo colocaría los cañones apuntando a aquellos dos terraplenes que parecen los menos escarpados. Mantenga cada pieza con unas veinte bolas rompedoras para hacerles todo el mal que podamos cuando se encuentren bajando y su maniobra sea más difícil.

Los vaqueros, tal y como dispuso Don Fernando, estaban dispuestos a ir donde fuese necesario o a cubrir las bajas que se pudiesen producir en las filas de defensa.

Tendremos la oportunidad de dos o tres disparos de mosquete por soldado. Después, usarán las pistolas y los arcos con flechas conforme vayan acortando distancia hacia la caravana. Los indios intentarán dispersar el ganado, provocando una estampida, y los vaqueros y peones deben impedirlo a toda costa.

—Bueno, como creo que esta noche no nos van a atacar, deberíamos descansar todo lo posible, aquellos que no estén de guardia —expuso Pablo.

—Me parece perfecto —dijo Don Fernando, dirigiéndose a Pablo. Luego se volvió hacia el capitán y le dijo que tomase las medidas oportunas.

¿Me permite que le dé un abrazo, Pablo? Se ha portado usted como un valiente. Ahora ya no puedo poner en duda aquellas batallas que me contó a nuestro regreso de Veracruz.

—¿Las había puesto en duda alguna vez, Padre? —le preguntó Elena—. Yo no, y ya lo ha demostrado en varias ocasiones —respondió cogida a la cintura de su marido, dándole después un beso en la boca.

Estoy muy orgullosa de ti a pesar del miedo que he pasado. Esta noche cenaremos algo y quiero que duermas conmigo en la carreta y no debajo. A las criadas les prepararemos unos petates y unas mantas para que estén abrigadas, pero hoy dormirán debajo. Yo también tengo derecho a dormir con mi marido, ¿no te parece?

—Mejor dormimos en una tienda y dejamos a esas mujeres en su acomodo anterior. No están en condiciones de pasar una noche al raso aunque sea debajo de una carreta.

Elena lo aprobó con un nuevo beso, ciñéndose todavía más a su esposo. Hacía ya

muchos días que no habían hecho el amor, y lo necesitaba, sobre todo, después de la aventura que había corrido Pablo y la angustia que había provocado en ella hasta que regresó.

Don Fernando sonrió, pero no dijo nada, mientras el capitán y el teniente se hacían un guiño y un ligero gesto con la cabeza.

—¿Quieres comer algo? Tendrás hambre después del esfuerzo —le preguntó Elena a Pablo.

—Si, no me vendría mal algo caliente, ni a los hombres que me han acompañado tampoco.

—Pues que vengan y coméis los tres juntos, aunque dentro de unos momentos se servirá la cena. Los cocineros, junto a Guadalupe y las otras mujeres, han preparado un guiso de venado con unas pocas patatas que nos quedaban de la última milpa que visitaron nuestros hombres.

Después de tomar una cena racionada a un cacillo de guisado por persona, Don Fernando convocó una reunión con los oficiales y suboficiales de la tropa, a la que también asistieron los capataces que gobernaban las reses y caballos propiedad del hacendado.

—Aunque las fuerzas puedan parecer desequilibradas, en el sentido de que ellos son un número mayor de hombres que nosotros, por el contrario, nosotros disponemos de un armamento que los puede diezmar, como ya ocurrió tiempo atrás con los Pisones.

Pero en esta ocasión, excepto los peones y los niños, que se dedicarán a cuidar reses y caballos, todos los vaqueros estarán dispuestos a repeler el ataque, e incluso a perseguirlos con los soldados de cuera si ello fuese preciso, aunque en un principio, formarán un tercer cinturón de seguridad dentro del círculo de carretas. La defensa se efectuará con arreglo a las órdenes dadas al capitán.

Ahora, procuren que sus hombres descansen lo que puedan, con el mosquete armado a su lado y el caballo ensillado. Denles de comer y beber a todos, porque se puede presentar mañana un día bastante complicado.

Pablo pidió al capitán, que montasen una pequeña tienda de campaña para ellos, y una vez lista, depositaron en el suelo de la misma, unas pieles de res y dos petates, que cubrieron con unas mantas mejicanas para taparse.

Se desnudaron los dos y se metieron debajo de las mantas. Lo que comenzó con besos y caricias terminó con una explosión de pasiones desenfrenadas y jadeos, media hora después. El amanecer les despertó abrazados el uno al otro, y después de vestirse salieron para desayunar e informarse de cuál había sido la situación durante la noche.

—Véalo usted mismo —le dijo el capitán, con tono de preocupación.

Sobre el inicio del terraplén que bajaba hasta el río, una hilera de indios montados a caballo, con carcajes de flechas y un gran arco a su espalda, observaban pacientemente todos los movimientos realizados en el campamento de la caravana.

—¡Dios mío!... ¡Son muchos! —exclamó Elena llena de asombro, mientras se llevaba una mano a la boca.

Desde detrás de Elena, Don Fernando, poniendo una mano sobre el hombro de su hija, asintió:

—¡Sí, son muchos! ¡Muchos más de los que esperábamos!

—Están esperando nuestros movimientos. Son más listos de lo que me imaginaba y también son muchos más de los que vi anoche —respondió Pablo, con un gesto de preocupación en el rostro—. ¿Qué sugiere que hagamos, Don Fernando?

—Esperar...

Capitán, forme a todos los hombres para el combate con arreglo al plan fijado anoche.

—¿Ha pensado usted en más opciones? —preguntó Pablo.

—¿Qué opciones podemos tener, salvo aguantar todas sus embestidas? —preguntó el capitán, con un gesto de extrañeza.

Don Fernando dirigió la vista hacia su yerno y le preguntó:

—¿Más opciones en campo abierto y con el río a nuestras espaldas?

—Sí, Don Fernando. Hagámosles saber cuál es nuestra fuerza, pero antes escondamos los cañones entre las carretas. Solo sus bocas estarán libres para hacer fuego mientras su servidumbre estará a resguardo.

Los asistentes miraron a Pablo, perplejos, sin saber qué es lo que pretendía.

—Hasta el momento, nosotros pensamos que serían unos doscientos indios, pero durante la noche se les han debido unir muchos más, y ahora, allá arriba, nos están haciendo una demostración de fuerza, bien para asustarnos o para que emprendamos una huida.

Sin embargo, ellos no saben el poder de respuesta que podamos tener nosotros, así que hagámoselo saber.

Primero, hagamos cuatro disparos de cañón, lo más rápido que podamos y en varias direcciones, con bolas cargadas de metralla, contra el terraplén, lo más cerca de donde están ellos, pero que sepan que no queremos hacerles ningún mal por el momento. Luego disparará toda la fusilería a la vez, haciendo que las balas se incrusten en la parte alta del terraplén. Creo que entonces se lo pensarán dos veces antes de atacarnos y calcularán la cantidad de bajas que podrían tener antes de llegar a podernos flechar.

—¿Sabe que podría dar resultado? —dijo el capitán con una sonrisa en la boca mientras Elena y Don Fernando quedaban evaluando las consecuencias de aquella propuesta.

—Está bien, puede que de algún resultado. Lo haremos como usted dice, Pablo, pero se lanzarán también cuatro andanadas de fusil. La primera línea, primero; segundos después la segunda, mientras la primera carga de nuevo los mosquetes, y así sucesivamente.

Como usted dice, creo que tendrán que evaluar la cantidad de bajas que puedan

tener en un ataque directo y no tienen otra forma de hacerlo.

El capitán dictó las órdenes a sus inferiores y soldados, y los vaqueros comenzaron a tomar posiciones. Los cañones retrocedieron hasta quedar sus cureñas semiocultas por una carreta a cada lado. Se cargaron los cañones, se corrigieron las alzas de tiro y, segundos después, dos explosiones indicaban que se habían disparado mientras Don Fernando y sus acompañantes observaban la evolución de las balas de cañón mientras volaban por los aires.

Unos diez metros por debajo de donde se encontraba la hilera de indios, impactaron las balas que, al chocar contra la tierra del terraplén, levantaron surtidores de tierra junto con la metralla que llevaban en su interior.

Algunos caballos indios se encabitaron, otros caracoleaban queriendo salir de aquél lugar, y la hilera de indios retrocedió unos metros.

Dos nuevas explosiones, correspondientes a otros tantos disparos de cañón, enviaron sus balas a lugares diferentes, pero en la misma cota de altura.

En esta ocasión, los indios desaparecieron, para reaparecer minutos más tarde, cuando supusieron que no les dispararían más.

Entonces se sucedieron dos descargas cerradas de fusilería, e instantes después, otras dos descargas más, que tuvieron como destino las cotas más altas del terraplén.

Después de esto, los indios desaparecieron detrás del borde de la meseta.

—¿Qué supone que puedan hacer ahora hijo? —preguntó Don Fernando.

Pablo sonrió, porque ya en algunas ocasiones, Don Fernando se había dirigido a él llamándole hijo; tratamiento que le satisfizo enormemente y que tampoco pasó desapercibido para Elena.

Lo cierto, Don Fernando, es que lo ignoro. Estos indios no actúan como los que yo he conocido en son de guerra. Además, los Tainos de Cuba eran amigos y se llevaban bien con los españoles. Y los Timicua y Yamasi de San Agustín de La Florida actuaban con nuestros militares y voluntarios, ayudando en las batallas contra los ingleses; luego estaban los Creek, los Chikasaws y los Cherokee, que actuaban bajo las órdenes de los militares ingleses en los asaltos a San Agustín, pero no sé cómo habrían actuado ninguno de ellos en sus propias guerras.

Con estos me ocurre lo mismo, no les conozco, pero me han demostrado ser más inteligentes que aquellos. De momento, puede que no nos ataquen y hasta nos permitan llegar arriba a la planicie. Luego no sé lo que pueda pasar. Creo que debemos seguir esperando para ver qué es lo van a hacer, y después tomaremos nuestras decisiones.

—Su apreciación es correcta, hijo. Yo también opino como usted, hay que esperar a ver que decisiones toman los apaches, pero no quiero que tenga una idea equivocada de estos indios, que son unas doscientas tribus repartidas por todo el centro y oeste de Texas, teniendo cada una, un nombre particular que las diferencia del resto de las tribus.

Esta que tenemos allá arriba, sin duda, son lipanes, más propios de la provincia de

Nuevo México, Nueva Vizcaya y la zona Sureste de Texas, aunque muy difíciles de convertir a la religión de nuestra amada Iglesia Católica.

Elena se acercó de nuevo a ellos portando unos cuencos con humeante chocolate:

—Creo que les vendrá bien calentar un poco el cuerpo.

Padre y esposo, tomaron los cuencos y se pusieron a degustarlo.

—¿Qué pasará a partir de ahora, Padre?

—No lo sé, hija, pero no podemos precipitarnos. Hay que esperar hasta ver que hacen ellos.

—Mire, Patrón —avisó Raúl, que se había acercado para indicarles, que por el terraplén bajaban cuatro indios a caballo, mientras la hilera de indios se había vuelto a formar en el mismo lugar, sobre el talud.

Don Fernando sacó un pequeño cilindro negro del bolsillo de su casaca, lo extendió, y miró hacia los indios a través de él.

El que iba en cabeza, sobre un caballo pinto con grandes manchas blancas, portaba en la cabeza un penacho de grandes plumas que le llegaba hasta las rodillas, cabalgando orgulloso mientras en su mano derecha dejaba ver una gran lanza con dos plumas y un escudo de piel de búfalo, pintado con muchos motivos, que indicaban la fuerza de su portador.

—Debe ser el jefe, y si no me equivoco, quiere parlamentar —dijo Don Fernando, que había salido fuera del cerco de carretas.

Detrás de él, dos indios más con penachos de plumas más cortos. Cerrando la marcha, otro indio de rostro anguloso y pintado de rojo, que debía ser el chamán de la tribu para protegerles de adversidades.

A mitad de distancia, entre el talud y la caravana, el indio en cabeza se detuvo y clavó su lanza en el suelo.

—Capitán, Pablo, debemos ir a su encuentro para saber qué es lo que quieren.

—Don Fernando, ¿entiende usted su idioma?

—No, no lo entiendo, pero sería aconsejable que nos acompañase alguien que lo conociese. ¿Sabe usted de alguien Pablo?

—Tal vez Raúl pudiera entenderse con ellos. Ya acompañó al capitán y a uno de los tenientes a parlamentar con el jefecillo Pisón en su aldea. Tal vez se pueda entender también con los apaches.

Poco después, hacía presencia Raúl, y después de explicarle lo que se pretendía, éste respondió:

—Patrón, si son lipanes me podré entender con ellos porque están muy extendidos por el norte de México, pero si son de otra tribu diferente, puede que me sea más difícil.

—De todas formas, tampoco tenemos otra elección. Vendrá con nosotros y hará de intérprete. Traigan unos espejos y collares de cuentas para que vean que vamos en son de paz.

Los cuatro hombres montaron en sus caballos y se dirigieron al lugar donde se

encontraba los cuatro indios. Cruzados sobre sus piernas, los mosquetes cargados y dispuestos a disparar, al menor atisbo de ataque.

Al verles llegar, los indios desmontaron y se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas, formando un semicírculo.

Cuando llegaron Don Fernando y sus acompañantes, hicieron lo propio, sentándose frente a ellos.

El jefe extendió sus brazos, con las manos abiertas hacia abajo, e hizo un movimiento extensivo con ellas a izquierda y derecha. Luego las depositó sobre sus rodillas y comenzó a hablar, mientras Raúl traducía:

—Soy el jefe apache «*Metcheskó Lähä*». —*Mocasines de Pico Alto*—, y quiero saber a dónde vais atravesando mis tierras sagradas. No podéis atravesar mis tierras sin mi permiso y sin pagar por el derecho de paso. ¿Quiénes sois vosotros?

Raúl transmitía a Don Fernando las preguntas del indio, y cuando respondía Don Fernando, se las transmitía a *Metcheskó Lähä*.

—Dile que vamos a la Misión de San Antonio de Valero, a orillas del río San Antonio, fuera de su territorio. Dile que venimos en son de paz, que llevamos mujeres y niños en diecisiete carretas, además de casi doscientos hombres bien armados, caballos, reses, ovejas y puercos, y queremos llegar lo antes posible a la Misión.

—Para que podáis pasar con vuestras carretas y animales, debéis pagar cincuenta caballos, diez reses y veinte palos de fuego —dijo el indio a través de Raúl.

—Raúl, dile que le daremos solo tres caballos y una res, y todos los regalos que hemos traído para ellos —dijo Don Fernando, mientras habría un pequeño saco que contenía los abalorios que había pedido antes de salir de la caravana.

—Dice que no, Don Fernando. Dice que quiere los cincuenta caballos, diez reses y cinco mosquetes.

—Pregúntales, si sabe cuántos de sus hombres morirán antes de llegar a la caravana, si nos atacan.

—Morirán de hambre —respondió el jefe indio.

Don Fernando se echó a reír, mientras el indio montaba en cólera y se levantaba.

—Raúl, dile a este indio, que tenemos toda la comida del mundo y el río detrás de nosotros. Que si nos atacan, más de la mitad de sus hombres morirá, y después perseguiremos a todos los que queden hasta terminar con ellos.

—Llegará el invierno, todo se helará, los animales morirán de hambre y vosotros también —respondió el indio.

—Pasaremos de todas formas —dijo Raúl.

El indio, al escuchar las palabras del vaquero, se volvió hacia sus acompañantes, manteniendo una dura conversación entre ellos. Luego miró a Raúl y le dijo:

—Diez caballos, tres reses, y cinco palos de fuego.

Una vez Raúl le expuso a Don Fernando las palabras del indio, negó con la cabeza.

—Tres caballos, una res, y ningún palo de fuego para que no lo volváis contra

nosotros. Es mi última palabra —dijo Don Fernando, levantándose también.

—No pasaréis. Estas son mis tierras y las de mis antepasados. Habrá guerra.

Los indios se levantaron todos del suelo y montaron en sus caballos para dirigirse a la pendiente y remontarla por donde habían bajado.

Raúl le dijo a Pablo, mientras regresaban a la caravana:

—Patrón, no me fio de esos pendejos, seguro que quieren madrugarnos si nos descuidamos.

—¿Sabes una cosa? —le dijo a Raúl.

—¿Cuál cosa, Patrón?

—Mi padre me dijo en cierta ocasión, que si disparas a la cabeza de una serpiente, la cola culebrea pero ya no muerde.

—Ay, pues sí que era muy sabio, su padre de usted, Patrón, pero no he entendido que ha querido decirme.

—Si se presenta la oportunidad, lo entenderás.

Mientras tanto, Don Fernando consultaba con el capitán.

—¿Qué opina usted?

—Que nos atacarán cuando crean oportuno. Quieren todos los caballos y el ganado.

—Eso mismo creo yo. Cuando lleguemos a la caravana, que los cañones apunten a la misma cima donde están situados los indios. Después de cada disparo, deberemos variar la dirección de tiro para barrerlos de aquella cresta.

Llegados a la caravana, Pablo le dijo a Don Fernando que quería probar un tiro de suerte contra Metcheskó Lähä si se situaba en primera fila.

—¿Cree usted que su disparo llegará hasta allí?

—Es la mejor opción, Don Fernando, y si mato a Metcheskó Lähä, el resto de los indios se lo pensarán dos veces. Si fallo el disparo, que comiencen a disparar los cañones, y que Dios nos ampare.

Los indios parlamentarios ya habían subido la pendiente. Metcheskó Lähä se situó en el centro de la hilera de indios, pero no hizo ningún ademán de atacar, solo esperaba.

Pablo cogió su Dickert y metió un cartucho en el cañón del fusil. Luego pidió a su suegro su pequeño catalejo y lo ató con su pañuelo de cuello sobre el cañón del fusil, lo más cerca del percutor de chispa.

Mientras realizaba esta maniobra, todo el mundo que lo estuvo viendo, pensaban que se había vuelto loco, pero Pablo hizo caso omiso a los comentarios.

Se agachó tomó un puñado de tierra y lo lanzó al aire para ver la dirección del viento y su velocidad. Luego volvió a encarar a través del catalejo al jefe indio, levantó el percutor y, apoyándose en uno de los cañones, apuntó...

La expectación que supuso la preparación de Pablo se había traducido en un espeso silencio hasta que se oyó el disparo. Las mujeres rezaban, los soldados se habían quitado el sombrero y elevaban sus plegarias al cielo junto a las de las

mujeres.

Metcheskó Lähä cayó del caballo, desmadejado, mientras los indios de su alrededor, desmontaban para atenderle. Poco más tarde, los indios se retiraron del lugar, entre lamentos y gritos.

En la caravana se rompió el silencio y todos se abrazaron, felicitando a Pablo por aquél disparo tan tremendamente difícil, que muchos pensaron que no conseguiría.

Pablo se volvió hacia Raúl, y le dijo:

—Acerté en la cabeza de la serpiente.

—¡Ahorita le entendí, Patrón!

—¡Enhorabuena, hijo! Tenía mis dudas de que pudiese acertar con ese disparo a tanta distancia —le dijo Don Fernando, expresando su alegría.

—Magnífico disparo, teniente —dijo, Don Alonso Tejado, estrechándole la mano—. ¿De dónde sacó ese fusil?

—Me lo vendió la mujer de un amigo. Al parecer, uno de nuestros navíos, atacó a un buque inglés que llevaba pertrechos y armas a los soldados ingleses de Carolina, y se hicieron con todo su cargamento. Antonio, mi amigo, compró cuarenta fusiles de los más de cien que llevaba el navío inglés, y la mujer me vendió uno, junto a un par de pistolas de chispa y un caballo. Mi esposa tiene otro igual.

—¿Me deja que lo examine?

—Sí, claro.

—Es más ligero que nuestros mosquetes y tiene el cañón bastante más largo. ¿Para qué sirve esa bola que lleva el cañón encima de la boca? ¿Es ese el motivo por el que ha acertado con ese disparo a una distancia tan larga?

Pablo se echó a reír, en el momento que Elena se acercaba a los dos hombres y, después de rodear la cintura de Pablo con uno de sus brazos, le respondió al capitán:

—Sí, capitán. Pero tiene que ser un tirador muy hábil para hacer un disparo como ese. Pero le diré más, mi marido puede acertar con un disparo a una moneda lanzada al aire. Yo se lo he visto hacer en dos ocasiones —respondió Elena, anticipándose a la respuesta de su marido.

—Es cierto capitán, pero no solo se trata de la habilidad del tirador. Una de las particularidades de ese fusil, es que el interior del cañón está rayado en espiral, y cuando sale la bala, lo hace girando sobre sí misma, impidiendo el desvío que se produce con los mosquetes de ánima lisa —explicó Pablo.

—¿Dónde está fabricado? —preguntó el capitán, interesado por el arma.

—Creo que lo fabrica un alemán en Pensilvania. Un tal, Joel Dickert.

En aquél momento, Don Fernando le dijo al capitán que mandase a diez hombres a caballo para confirmar que los indios se habían retirado del lugar:

—Y si es así, será el mejor momento para reiniciar el viaje de la caravana. Ahora, los indios tendrán que honrar el cadáver del jefe muerto, y eso les llevará tres o cuatro días. Pasado ese tiempo, es posible que vengan a buscarnos de nuevo.

Camino de Texas

Dos horas más tarde, la caravana se ponía en marcha de nuevo, entre los gritos de los vaqueros que arreaban los caballos y el ganado, generando una gran nube de polvo a su paso.

De todo el contingente de dragones de cuera, la mitad iba en cabeza, a cierta distancia, listo para repeler cualquier nueva agresión, dando tiempo a la caravana a formar de nuevo su posición de defensa.

Bordearon todo el terraplén para buscar el lugar menos desnivelado por el que pudiesen subir las diecisiete carretas y los dos cañones, y a media legua de allí, pudieron subir a la planicie, sin grandes dificultades, marchando hacia el presidio de San Antonio.

Durante días no encontraron impedimentos. Ante ellos se abría una pradera marrón y verde que no parecía tener fin, aunque a su derecha, hacia el noroeste, en el límite con el horizonte, aparecieran las estribaciones de una gran meseta.

—Qué maravilla de tierra, ¿verdad Pablo? —dijo Elena al contemplar hacia el este, aquella llanura tan enorme en la que apenas se apreciaba alguna pequeña loma.

—Cree que nos falta mucho para llegar, Padre.

—Puede que entre quince y veinte días; todo depende del paso de los animales y de los inconvenientes que nos puedan poner los indios.

—Por el momento, no hemos tenido ninguna baja, solo cuatro heridos de flecha que se han recuperado perfectamente —recordó Pablo.

—Pues espero que todo continúe igual —respondió Don Fernando.

—Hace muchos días que no hacemos una buena galopada —dijo Elena a su marido—, ¿te apetece que lo hagamos ahora que parece todo muy tranquilo?

—Me parece perfecto. De paso, veremos lo que nos espera más adelante. Coge tus pistolas y el fusil, no quiero encontrarme con situaciones desagradables.

—Llevad cuidado, en estas tierras suelen haber crócalos entre las piedras que pueden espantar a los caballos —dijo Don Fernando.

La salida de la caravana la hicieron a galope. Elena necesitaba sentir el aire contra su rostro. Una legua más adelante, redujeron el paso de los caballos mientras admiraban el paisaje.

—Es una linda tierra para establecer un buen rancho, ¿no te parece? —le dijo a Pablo.

—Sí, es una buena tierra. Muy parecida a la de Castilla, aunque sin montañas.

—¿Has estado allí?

—No, pero me lo ha referido mi padre.

Pablo escudriñaba el horizonte a izquierda y derecha, volviendo su cuerpo sobre el caballo. De pronto, su mirada se detuvo en una serie de bultos inmóviles que se

apreciaban a lo lejos, mientras una bandada de buitres, formaba una espiral con su vuelo sobre aquellos bultos.

—Veamos que es aquello que se ve a lo lejos —dijo.

—¿Qué crees que sea?

—No lo sé, pero son muy grandes. Desde aquí parecen reses muertas.

—¿Bisontes? —preguntó Elena—. Por estas tierras es lo único que podemos encontrar con ese tamaño.

—No lo sé. Nunca los he visto, pero sea lo que sea, está muerto. Mira todas esas aves volando por encima.

Al llegar junto a los cuerpos, observaron la corpulencia de unos animales muertos, ensangrentados y desollados, que aparecían diseminados por una buena parte del terreno, y algunas flechas rotas alrededor de los animales. Varios buitres levantaron el vuelo al acercarse los jinetes.

—Por eso no querían los apaches que cruzásemos sus tierras, por si matábamos de forma masiva a los bisontes. Ellos los matan según sus necesidades, y van siguiendo las manadas para alimentarse con su carne y cubrirse con sus pieles. Estos animales no hace mucho tiempo que están muertos.

Creo que deberíamos regresar a la caravana y avisar a tu padre. Tal vez nos encontremos de nuevo a los indios y debemos estar preparados.

Al día siguiente, al remontar una loma, desde su cima, pudieron apreciar la manada de bisontes más grande que podían haber imaginado nunca, acosada por un numeroso grupos de indios que la había puesto en estampida, mientras ellos, a caballo, flechaban a sus víctima una y otra vez, hasta que caían muertos o imposibilitados de caminar.

Flechaban a los machos adultos, respetando a las hembras y a sus crías, y cuando el animal caía al suelo, desmontaban con su cuchillo en la mano para rematarlo. Después montaban de nuevo en su caballo y seguía persiguiendo a su nueva presa.

Don Fernando dio orden de que la caravana se detuviese. Posiblemente, los indios no se hubiesen dado cuenta todavía de su presencia pero no tardarían mucho en regresar para desollar a los bisontes y entonces les verían. Por eso, la caravana debería permanecer inmóvil, aunque supusiese un excesivo trabajo para los vaqueros y soldados, mantener quietos a sus caballos y reses, a fin de que los indios no les atacasen.

Debían dar la impresión, de que no querían interferir en su caza, y que solamente estaban allí de paso, que no eran ningún peligro para ellos.

Media hora después, los indios fueron regresando al lugar donde había quedado cada uno de los bisontes muertos y, aunque se apercibieron de la llegada de la caravana, siguieron desollando a los bisontes, ignorando la presencia de los recién llegados.

Terminado su trabajo, con los animales muertos, las pieles las fueron cargando a cuatro de los caballos para llevarlas a su poblado.

Después, dos indios comenzaron a subir la loma sobre la que se encontraba la caravana. Venían en son de paz, con el brazo derecho flexionado sobre su pecho.

Eran apaches lipan, y conocían la historia del enfrentamiento de Metcheskó Lähä, jefe de una de las tribus lipan asentada junto al río Bravo, contra la caravana que tenían enfrente, el poder de sus dos cañones y el de un tirador excepcional, que mataba a sus enemigos a doscientos metros de distancia.

Pero ellos no tenían intención de enfrentarse a los hombres blancos de la caravana, y agradecían que le hubiesen permitido desollar a los bisontes muertos, sin intervenir.

Raúl, que seguía haciendo de traductor, les dijo, según las palabras de Don Fernando, que tampoco querían guerrear ni matar a nadie, solo querían llegar a la Misión de San Antonio; y para que vieses su buena voluntad, la caravana se había detenido para permitirles hacer su trabajo, y después continuar su camino.

—Podéis coger toda la carne de bisonte que queráis. Nosotros ya tenemos la que nos podemos llevar, junto con las pieles, que es lo que más necesitamos.

Cuando se marcharon los indios llevando grandes piezas de carne de bisonte sobre varas cruzadas y amarradas a los lomos de los caballos, la caravana emprendió la marcha de nuevo por una pradera verde que no parecía tener fin, salpicada de vez en cuando por algunos viejos y robustos robles, cuya copa no sobrepasaría, en los mal altos, los quince metros.

El descanso que se había producido en lo alto de la loma les permitía ahora reactivar la marcha para recuperar el tiempo perdido, y quince días después, tras haber evitado la zona de grandes cañones y desviado su ruta un tanto hacia el norte, tomaron la dirección correcta hacia la Misión de San Antonio de Valero, construida hacía unos años por fray Antonio de Olivares.

En tanto cabalgaban a la cabeza de la caravana, Pablo se dirigió a su suegro, para decirle:

—Don Fernando, hace mucho tiempo que me ronda por la cabeza una pregunta que nunca le he hecho —comentó Pablo.

—¿Y por qué no la ha hecho? No tengo secretos, hijo.

—Porque tal vez no se habían presentado las circunstancias como ahora.

—¿A qué se refiere?

—A los indios, Don Fernando. Hace tiempo, me preguntaba cuál habría sido su papel como capitán del regimiento de dragones de cuera, y ahora, después de la muerte de Metcheskó Lähä, me ha venido a la cabeza de nuevo, porque sus experiencias al mando del regimiento han debido ser muy intensas.

—Ciertamente, hijo. Cuando llegamos a estas tierras, mucho después de la conquista de Tenochtitlan por parte de Cortés, nos fuimos expandiendo más hacia el norte de Nueva España en busca de nuevos territorios, pero nos encontramos con unos indios que hacía años habían sido desplazados desde la Columbia británica por otras tribus nativas. Intentamos evangelizarlos pero mataban a todos los frailes y

soldados que intentaban levantar sus misiones para tal fin. Por dicho motivo, los virreyes mandaron la construcción de unos presidios, para que una tropa asentada allí pudiese dar cobertura y defensa a los frailes y a los pocos colonos que quisieron establecerse en aquellas nuevas tierras.

Yo siempre he estado en continuo movimiento, con parte de mi regimiento para reforzar aquellos presidios más débiles y salir en persecución de los indios cuando estos cometían asaltos, robos y asesinatos, aunque la zona asignada a tal efecto estaba comprendida entre Coahuila y las Californias.

—Una distancia enorme, tengo entendido, ¿no es así?

—Efectivamente, Pablo. Pasaba más meses de mi vida cabalgando por esas tierras de Dios, entre presidios y misiones, que en mi propia casa, hasta que nació mi hija Elena y en el parto falleció mi esposa.

—Lo lamento. Debió ser muy doloroso perder a su esposa.

—Sí, hijo, lo fue sin duda. Entonces le pedí al virrey que me mantuviese lo más cerca posible de mi casa, y accedió. Fundé mi hacienda con unos terrenos que me cedió la Corona, por los servicios prestados, y me dediqué a la cría de caballos y reses, aunque nunca dejé el regimiento.

—Ya, pero tengo entendido por su hija, que usted ha tenido muchos enfrentamientos con los indios apaches, ¿no es así?

—Por supuesto, pero no fui yo, solamente. Otros capitanes de dragones, con el mismo cometido, también se vieron envueltos en circunstancias semejantes.

A principios de siglo, los Apaches ya habían consolidado su presencia, en prácticamente la totalidad de Arizona y Nuevo México, así como en la parte más occidental de Texas, pero la presión de otras tribus indias, especialmente los Comanches, que les disputaban los grandes rebaños de bisontes en las praderas, les empujó a hacia la frontera española, y debido a la precariedad de esa nueva situación, los apaches comenzaron a hostigar los establecimientos españoles en busca de caballos y ganado, agravándose la situación. Al ver los apaches que su lucha por la subsistencia, era mucho más cómoda con los robos, asaltos y depredaciones a las misiones y colonos españoles que siguiendo las manadas de búfalos, que, en ocasiones, provocaba enfrentamientos armados con los comanches, se volvieron más hostiles.

Los militares y misioneros españoles, hartos de las acciones apaches, solicitaron al virrey, el empleo de medidas radicales con frecuentes episodios de violencia, sucediéndose en el tiempo, con cada caso de ataque indio a misiones, presidios o colonos, unos actos de castigo por parte de los soldados españoles, que enfurecieron todavía más a los apaches.

En algunas de esas acciones de castigo, logré participar con mis hombres, pudiendo llegar en cierta ocasión a firmar una paz con los indios Pueblo, de los que, parte, habían sido hechos prisioneros por los apaches lipanes y vendidos como esclavos a comerciantes franceses del otro lado del río Mississippi.

—¿Franceses tan lejos de Luisiana?

—Sí, Pablo. Algunos franceses se internaban en territorio indio de Texas y Nuevo México para comerciar con las pieles de búfalos y gacelas que tenían los apaches, puesto que era difícil que ellos llegasen hasta la Luisiana, no descartando nunca la compra de prisioneros como esclavos.

Don Fernando se encontraba contento, porque Pablo le preguntase sobre sus acciones militares.

—¿Cómo eran esos enfrentamientos? ¿Me puede relatar alguno de ellos?

—Claro, hijo, pero no se fie nunca de las palabras de los indios. Bueno, de algunos de ellos. Los conversos que viven cerca de las misiones, suelen colaborar con nosotros en aquello que es necesario porque les damos protección, les enseñamos a cultivar la tierra, les damos semillas y les facilitamos ropas y carne de res. Y ellos nos están agradecidos, pero no olvide que son indios, con una cultura diferente a la nuestra, y nosotros solo somos intrusos en sus tierras.

—Lo tengo asumido desde que pisé estas tierras, Don Fernando. Pero me pregunto, ¿cómo es posible que con la colonización que se ha realizado en Nueva España, fundado villas, levantado iglesias y presidios, no se haya colonizado también toda esa zona que hemos atravesado desde que cruzamos Sierra Madre Oriental?

—Los proyectos de colonización hacia el oriente septentrional de la Nueva España, siempre han estado en la mente de los virreyes con el propósito de reubicar a la población excedente de la zona central de la Colonia novohispana; poner en marcha nuevos aprovechamientos que produjeran los recursos necesarios para satisfacer las crecientes demandas de la Corona española y asegurar la posesión de los vastos territorios septentrionales ante la presencia francesa en Texas. La ejecución de estas determinaciones estaba llena de dificultades, pero las autoridades del virreinato, las impulsaron en la medida de sus fuerzas a través de las expediciones religiosas y militares que incursionaron en Sonora y las Californias, Nuevo México, Coahuila y Chihuahua.

No hubo tiempo material ni hombres suficientes para acometer la expansión colonial hacia el oriente de la zona norte novohispana, que se encontraba prácticamente desierta debido a la selva los pantanos y marismas; y a pesar de ello, en diferentes puntos del Seno Mexicano se habían logrado unos pocos asentamientos debido a las penetraciones esporádicas, efectuadas por los misioneros franciscanos y por las autoridades y vecinos de las provincias cercanas a ese territorio, estableciendo algunas rancherías y pequeñas haciendas donde el obstáculo más serio que impedía una ocupación eficaz del territorio de Tamaulipas, radicaba principalmente en la hostilidad manifestada por los naturales y las constantes depredaciones que ejercían sobre los establecimientos de los colonos, pero la marcha hacia el oriente, desde Nuevo León, ya se había iniciado a principios del siglo.

Fue Antonio Ladrón de Guevara, quién, conviviendo con los indígenas, halló un paso que abrió la ruta entre Linares y la barra del río de los Conchos.

—Perdone mi ignorancia, Don Fernando, ¿quién era ese buen hombre?

—Ladrón de Guevara, era originario de Castilla y vivió desde muy joven en la Ciudad de México, ocupando cargos importantes en el gobierno de la Nueva España. Luego realizó varias expediciones a la cota del Golfo de México.

Fue precisamente entonces cuando elaboró sus Noticias de los Poblados y Tratos de que se componen Nuevo León, la provincia de Coahuila, Nueva Extremadura y Texas, la provincia hacia la que vamos y que él llamó Nuevas Filipinas.

Tras esas expediciones, se ofreció a la Corona española para realizar otra expedición y colonizar el área este septentrional del Seno Mexicano. Sin embargo, la respuesta a este escrito, no se produjo, sino hasta siete años después, tras largos y costosos trámites del propio Guevara. El edicto real, pese a todo, estaba muy lejos de satisfacer sus aspiraciones, pues aunque mencionaba los posibles méritos de don Antonio, remitía a las autoridades de la Nueva España la resolución final en ese asunto, que debía tomarse en una Junta General de Guerra y Hacienda, aunque, que yo sepa, todavía no se han pronunciado. ¿Ya lo tiene claro hijo?

—A medias, Don Fernando, a medias. Lo que sí tengo claro, es que es usted un perfecto conocedor de la historia y personajes que han pasado por estas tierras.

—Es cierto. Pero todo eso lo fui conociendo durante mis estancias en el palacio virreinal, a través de los diferentes virreyes que han gobernado esta colonia.

—Creo que le he apartado un poco de la historia que me estaba contando sobre sus enfrentamientos con los indios, y créame que lo siento, aunque mi afán por conocer qué pasó en algunos lugares, me hace preguntarle y apartarle momentáneamente de los relatos que me refería.

—¡Vale, vale! No le dé más importancia, que yo le respondo gustoso, y me parece muy razonable que me pregunte por aquellas cosas que ignora.

—Y yo se lo agradezco.

Cabalgando a su lado, Elena escuchaba todas aquellas historias que su padre le contaba a Pablo, con el mismo interés que su marido demostraba.

—Retomando el relato de aquella experiencia con los indios, en cierta ocasión nos llegó una llamada de socorro del pueblo de Santo Domingo del Quartejejo, en lo que llamábamos provincia de San Luis, al oeste de Kansas, pero que era parte de la gobernación de Nuevo México.

Coincidía, que yo me encontraba de visita con motivo del aniversario la fundación de la villa de San Felipe Neri de Albuquerque, en honor al rey Felipe V, y al virrey, duque de Albuquerque, cuando se levantó también la misión de San Felipe Neri.

Mi cometido, al frente de 20 soldados del regimiento de cuera, 12 milicianos y 30 indios Pima, era encontrar a los indios Pueblo picurís para traerlos de vuelta a Nuevo México, después de que huyesen de sus asentamientos debido a los ataques que sufrían por parte de los apaches lipanes.

Atravesamos valles, cimas y ríos, y a unas 30 leguas de San Felipe Neri,

encontramos los primeros asentamientos de Apaches, que en alguna ocasión comerciaban con los españoles.

Pero como no eran hostiles y nos recibieron con agrado, nos dirigimos al norte por el Valle de San Luis, atravesamos el río San Juan Bautista —*Napestle, como le llamaban los indios*—, y siguiendo su curso nos topamos, dos días después, con una pequeña partida de indios Apaches Jicarilla, que habían bajado de la sierra para cazar en la llanura.

Al vernos, se asustaron, pero les convencimos de que no queríamos la guerra, y nos acompañaron hasta su asentamiento para que hablásemos con su jefe.

Fue curioso, ver que en uno de esos pequeños valles, donde tenían su poblado, habían cultivos de maíz, fríjoles y calabazas. Su jefe se mostró cordial con nosotros y nos dijo que estaban contentos de que los hombres blancos fueran a sus tierras, organizando una pequeña fiesta en la que nos invitaron a comer con ellos.

Poco después, el jefe nos dijo, que había otras tribus apaches al este, como los Navajos, Pawnees, Wichitas y Lipanes que quizás no fuesen tan amistosas como ellos, porque eran ladrones, habiendo sufrido ellos también sus ataques y robos, y que los Jicarilla no eran ladrones, pues vivían de sus cultivos y de la caza de antílopes y muflones, o de la pesca en los ríos del entorno.

—¿No tuvieron enfrentamientos entonces? —preguntó Pablo, ansioso por conocer el desenlace de aquella historia.

—Pablo, no seas tan impertinente con tus preguntas, ¿por qué no le dejas que termine su historia y la cuente como quiera? —reprendió Elena a su marido, que cabalgaba junto a Don Fernando.

—¡Vale, vale! ¡Lo siento! Ya sé que soy un impaciente y me gustaría conocer el final de ese relato —se disculpó.

—No se lo tomes en cuenta, Padre, últimamente está un poco impulsivo.

—No lo hago, Elena, porque yo era muy parecido a él cuando era joven. ¿Le parece que continúe? —dijo Don Fernando a Pablo con una sonrisa en la boca.

—¡Sí, claro! ¡Lamento la interrupción!

Elena se retrasó un poco, para después situarse al lado de su marido, y sacando un pie del estribo, le propinó un puntapié en la bota a Pablo al tiempo que le hacía un gesto con el dedo índice de su mano derecha sobre sus labios, para indicarle que se callase.

Pablo, puso cara de circunstancias y respondió:

—¡Ya, ya, calladito! —dijo, con afectación, mientras Elena estallaba en carcajadas.

—¡Continua, Padre, que éste no abrirá la boca o le privaré de aquello que más le gusta!

Don Fernando sonrió.

—¿Lo ve, hijo? No se puede contradecir a las mujeres porque luego pasa lo que pasa. Bueno, continúo o no terminaré.

Viendo el buen carácter de los indios del poblado, les dejamos los caballos agotados para que los cuidasen hasta nuestro regreso y continuamos avanzando unas cuantas millas hasta encontrar una plantación de maíz, junto a un río, perteneciente a los Apaches Penxayes, quienes se acercaron a nosotros con temor, pero cuando los convencimos de que íbamos en paz, y ordené que nadie dañara los cultivos, nos dieron la bienvenida. Los Apaches Penxayes dijeron que se estaban reuniendo para defenderse de un posible ataque de una coalición de Utes y Comanches, pero nosotros teníamos una misión específica que cumplir y no los podíamos ayudar, así que seguimos cabalgando por las llanuras de Colorado, casi perdiéndonos entre extensos pastizales en unas zonas y tierras yermas en otras.

Por casualidad, al entrar en un pequeño valle, dimos con un asentamiento de indios Apaches Lipanes, entre los que se encontraban algunos indios Pueblo Picurís.

Hablamos con su jefe, y le dijimos que podían regresar con nosotros a Nuevo México, y por él supimos, que hacía cuatro días que los apaches habían matado a un hombre blanco y a su mujer, llevándose todo lo que llevaban en su carreta: un par de mosquetes, pólvora y bolas de plomo para ellos, unas escudillas y toda la ropa de la mujer, aunque los apaches decían que los habían matado los franceses.

—Qué extraño, ¿no? —expuso Pablo, sin poder contenerse.

—¿Extraño, porqué, Pablo? —preguntó Don Fernando, levantando una ceja—. Algunos aventureros franceses recorrían también aquellos territorios para comerciar con los indios. Les compraban las pieles a cambio de algunas armas, algo de pólvora, bolas de plomo para mosquetes y algunas ropas. No sería de extrañar, que lo hubiesen hecho ellos para tener más cosas que entregar a los apaches a cambio de sus pieles, pero poco después se demostró que no lo hicieron.

—Cómo lo averiguaron —siguió preguntando Pablo, ante la mirada reprobatoria de su mujer.

—Durante una comida en la que nos ofrecieron carne de búfalo. Los apaches aseguraron, que tanto ellos como los Picurís, estaban muy contentos de la presencia de los españoles, y que seríamos bien recibidos en su poblado cuantas veces quisiéramos.

Después, nos hablaron de su enemistad con los Pawnees y los *Jumanos*, pero no hicimos mención de la misión que teníamos, que consistía en llevar a Nuevo México a los indios Pueblo Picurís que habían huido hacía años de aquel territorio.

Al mencionar la amenaza de Pawnees y Jumanos, insistí en que lo mejor para los Apaches era tener buenas relaciones con los españoles, pero la situación se torció, cuando el jefe lipan apareció con un mosquete, indicando que con aquellas armas les vencerían.

—Uno de los milicianos que venía con nosotros, reconoció el arma como propiedad de un familiar suyo —el hombre que los indios decían que había sido muerto junto a su esposa por los franceses.

—¿Cómo la pudo reconocer?

—Por los gravados que su propietario le había realizado en la culata. Algo bastante habitual y que servía para reconocer el arma por su propietario.

—¿Y qué ocurrió?

—Algo que precipitó la situación. El miliciano, encorajinado por la ira, sacó su pistola del cinto, la amartilló, y disparó a bocajarro contra el jefe lipan, reventándole la cabeza.

—¡Ufff, qué situación! —repuso Pablo, con cara de extrañeza.

—¡Cierto, Pablo! La confusión se apoderó de todos los presentes. Los indios se levantaron con la intención de ir a sus tipis para recoger sus arcos y flechas, pero nosotros las llevábamos al cinto. Las sacamos, levantamos los percutores y sonó una granizada de disparos que terminó con la mitad de los apaches lipan, mientras el resto huían despavoridos.

—¿Y los picurís?

—También huyeron, pero les gritamos para que regresaran y viniesen con nosotros a Nuevo México. Al principio regresaron solo unos pocos y hablamos con ellos. Después, ellos mismos llamaron al resto de su tribu para que viniesen también con nosotros. Después de unas horas, comenzamos el regreso hacia el poblado de los Jicarilla para recoger los caballos que habíamos dejado allí.

Tardamos tres días en llegar a aquél asentamiento, pues los Picurís iban a pie y hacían que la marcha fuese mucho más lenta.

—¿Y los Lipanes se conformaron con que aquella situación quedase así?

—Sigue siendo usted perspicaz, Pablo. No, no la aceptaron en modo alguno. Aunque su grupo se había visto mermado por las muertes que les habíamos realizado, los que quedaron, unos cincuenta o sesenta guerreros, nos fueron siguiendo a prudente distancia, intentando que no nos apercibiésemos de su presencia, aunque sin lograrlo. Durante la noche, manteníamos una guardia de algunos hombres, que cuidaban de los durmientes y los caballos con varias fogatas encendidas. Tampoco nos fiábamos mucho de los picurís, que al fin y al cabo eran indios también, y habían vivido durante muchos años con los lipanes.

Cuando al fin llegamos al asentamiento jicarilla para hacernos cargo de nuestros caballos, la sorpresa fue mayúscula. Los caballos que dejamos a su custodia habían desaparecido, y la mitad de los indios de la tribu también.

—¿Cuántos caballos les habían dejado?

—Unos sesenta caballos.

—Un buen botín para los indios y sin derramar una gota de sangre.

—Así es, Pablo. Pecamos de ingenuos al confiar en las palabras de Hehaka Sapa, su jefe, al que hicimos responsable de aquella traición, y lo tomamos como prisionero para llevarlo a San Felipe Neri y que fuese juzgado.

Supongo que no sería por las buenas, ¿no?

—Desde luego. Pero nosotros teníamos armas de fuego y ellos no, y por otra parte, faltaban más de la mitad de los indios de la tribu.

—¿Se lo llevaron sin lucha?

—Sí, así es. Pero eso no quiere decir que no nos siguiesen durante todo el día. Y al caer la noche, montamos guardia, reforzando los efectivos de la misma y encendiendo más hogueras para evitar sorpresas, durmiendo con los mosquetes cargados y listos para disparar ante cualquier eventualidad.

—¿Y los picurís?

—Entendieron, que al ir con nosotros también podían ser objeto de ataque, así que colaboraron muy activamente, evitando que nos pillasen por sorpresa.

A la mañana siguiente, se presentaron dos indios a caballo para pedirnos que canjeásemos a su jefe Hehaka Sapa por nuestros caballos, que estaban al otro lado de una loma cercana.

No fiándome de ellos, mandé a dos indios pima como exploradores, para que, dando un rodeo, averiguasen si los caballos estaban allí y cuantos indios eran.

Dos horas después, aparecían los exploradores con respuestas poco alentadoras. Sí, era cierto que los caballos estaban detrás de la loma, pero también era cierto que había unos trescientos indios esperando a que fuésemos a realizar el canje, para caer sobre nosotros y matarnos a todos.

—¿De dónde había salido tanto indio?

—A los jicarilla se habían unido los lipanes que nos seguían desde que matamos a su jefe, y supongo que habrían llamado a los indios de alguna otra tribu amiga cercana. Poco después, supimos que también se habían sumado algunos grupos de indios navajos.

Elena hacía rato que seguía con mucho interés la historia que estaba contando su padre, y en esta ocasión, fue ella la que inquirió a su progenitor con una pregunta, pues desconocía ese pasaje en la vida de su padre.

—¿Y qué hicisteis entonces?

—Esperar. El número de indios hostiles nos superaba en el doble o más, y habría sido una estupidez intentar acercarnos a ellos, así que, di órdenes de atrincherarnos bien. En primera línea puse a todos los hombres del regimiento con sus mosquetes y pistolas preparadas para disparar en primer lugar, quienes después de la primera tanda de disparos a distancia, volverían a cargar sus mosquetes, protegidos por los disparos milicianos y algunos pimas, a los que dimos también armas de fuego para que estuviesen en segunda línea, y detrás de ellos, el resto de pimas y picurís, con sus arcos y flechas.

Y en el caso de que los indios iniciasen un combate cuerpo a cuerpo, primero, los soldados de cuera utilizarían sus picas, después sus pistolas. Para entonces, los milicianos ya debían tener sus mosquetes recargados y debían realizar la siguiente tanda de disparos. Si los jicarilla y navajos persistían en su ataque, los pimas y picurís, dispararían sus flechas por encima de mis hombres armados.

Elena, con la misma ansiedad que demostrase Pablo anteriormente, sin poderse contener, le preguntó a su padre:

—¿Y qué ocurrió?

—¿Por qué no le dejas que continúe sus historia? —intervino Pablo, devolviéndole el puntapié en la bota de su esposa, mientras echaba una risotada.

El caballo de Elena, caracoleó a instancias del movimiento de sorpresa de su amazona, y esta lanzó una mirada furibunda a Pablo.

—¡Me has asustado!, ¿sabes?

Pablo se echó a reír de nuevo, y después le hizo una cara de burla.

—Haya paz, muchachos. Continúo con la historia —dijo Don Fernando, divertido por la situación creada entre los esposos.

Al ver que no acudimos a la cita durante toda la mañana, enviaron a dos exploradores, y un rato después, lanzaron un ataque frontal con la mitad de los indios, mientras la otra mitad pretendió atacarnos por la espalda.

No ocurrió como yo tenía pensado, así que me vi en la obligación de poner a los milicianos a nuestra retaguardia para frenar el ataque que se estaba produciendo por nuestra espalda, mientras nuestros indios se defendían en la segunda línea de los milicianos con sus flechas.

—¿Hubieron muchos muertos? —preguntó Pablo.

—Sí, hubieron muertos y heridos por los dos bandos. Un tercio de los atacantes, murió por efecto de los disparos de mosquete, en un primer momento, antes de que estuviésemos a tiro de sus flechas, pero se retiraron. Media hora después, realizaron un nuevo ataque a lomos de los caballos que les dejamos para su custodia, intentando sorprendernos, y de nuevo quedaron muchos de ellos muertos o heridos, junto con algunos de los caballos alcanzados por los disparos, y volvieron a retirarse.

Al atardecer, se fueron acercando sigilosamente, ocultos por la maleza y las rocas circundantes, y nos fueron flechando. En la primera andanada, dos de los milicianos murieron y tres de mis soldados fueron alcanzados también, aunque solo uno fue herido en un brazo, y los otros dos salieron ilesos gracias a su cuera que los protegió de las flechas.

Mis hombres y el resto de milicianos e indios armados, mataron a algunos de los indios emboscados, y el resto se retiró de nuevo.

Pasamos la noche en vela, esperando algún ataque en la oscuridad, pero no se produjo. Y a la mañana siguiente, envié de nuevo a dos exploradores. Cuando regresaron, me comentaron que los indios habían abandonado los caballos y de ellos no había rastro, aunque se habían llevado a sus muertos y heridos durante la noche.

—Sorprendente, ¿no? —preguntó Pablo.

—En parte sí, y en parte no, Pablo. Habíamos diezmado su grupo. Más de cien indios habían sido alcanzados por las balas de nuestros mosquetes y nosotros tan solo habíamos tenido dos fallecidos. Creo que era para pensárselo. Y supongo, que entre los indios atacantes, los navajos pensarían que no era su guerra y debieron marcharse para no tener más bajas. Los lipanes, tal vez diezmados, y ante la imposibilidad de matarnos, abandonarían también. Y en el caso de los jicarilla, en minoría, decidirían

regresara su poblado; pero eso son solo suposiciones. La verdad del asunto, es que nunca llegamos a conocer el verdadero motivo.

—Recogerían el resto de caballos, ¿no?

—¿Usted qué cree?

—Lo he dado por hecho, Don Fernando. Una historia apasionante, aunque muy diferente a los ataques de los indios Creek, en San Agustín de la Florida. Aquellos eran más aguerridos, obedeciendo las órdenes de los ingleses.

—Son situaciones muy diferentes, Pablo.

—Seguro que sí, Don Fernando.

Misión de San Antonio de Valero

Don Fernando formó una avanzadilla con Don Alonso Tejado, siete soldados, Pablo y Elena, para dirigirse a la misión, y conforme se iban acercando, los detalles se hacían más nítidos. La misión, más bien parecía una fortaleza, pero algo más allá, en la planicie sobrepasada por franjas de robles, cruzando extensiones de praderas y pastizales, una enorme manada de reses pastaba tranquilamente al cuidado de una serie de indios a caballo.

—¿Ha visto aquello, Don Fernando? —inquirió Pablo, señalando el rebaño.

—Sí, Pablo, lo vi al remontar la última loma. Sabía que los frailes habían traído ganado para alimentarse ellos y a los indios conversos, pero nunca imaginé que hubiesen procreado tanto.

—¿Cuántas cabezas estima que hay ahí? —preguntó Pablo.

—¿Cuántas estima usted? —preguntó Don Fernando, respondiendo con otra pregunta.

—No lo sé, pero a ojo de buen cubero, diría que sobrepasan las mil cabezas.

—Y posiblemente hayan más de mil quinientas —dijo Elena, que cabalgaba junto a Pablo.

—Lo que no entiendo, es para qué quieren los frailes tantas cabezas de ganado. Estamos casi en mitad de ninguna parte. No hemos encontrado pueblos, ni gente que las pueda consumir —dijo Pablo, extrañado.

—No se apure Pablo, cuando lleguemos, ya nos los aclararán los frailes.

—Cuando faltaban trescientos metros para llegar a ella, Pablo observó que la iglesia estaba construida con bloques de piedra caliza de más de un metro de espesor, presentando un gran pórtico ovalado, flanqueado por cuatro columnas rematadas con un altillo corrido por encima de la gran puerta, que disponía de cuatro hornacinas con estatuas —luego supo que las estatuas de la parte superior correspondían a las imágenes de Santa Clara de Asís y Santa Margarita de Cortona, y en la parte inferior, a ambos lados de las columnas, los nichos contenían las de San Francisco de Asís y de Santo Domingo.

Observó la forma tradicional en cruz de la iglesia, con una larga nave y corto crucero, y aunque los primeros dos niveles se habían completado, faltaba por terminar de construir el campanario.

Junto a ella, conformando una gran explanada, una construcción en forma de «L», de dos pisos, debía servir de residencia a los frailes, estableciendo parte de los linderos oeste y sur, con una gran plaza amurallada, y en su interior, junto al otro linde, se habían construido hasta treinta edificaciones bajas, con adobe, techado plano, y sin encalar, para alojar a los indígenas convertidos de la misión, de los que una parte de ellos, fundamentalmente, trabajaban en un taller textil, mientras otros

atendían las cabezas de ganado vacuno y ovino de San Antonio de Valero, que debían servir para proveer alimento y vestimenta a la comunidad.

Una caravana con las características de aquella, con más de ciento cuarenta almas y quinientos animales en movimiento, levantaba una nube de polvo perceptible desde lejos.

Toda la tribu de indios Papaya, a los que se habían sumado los frailes de la misión y los ciento cuarenta colonos, entre canarios y gallegos llegados hacía unos años, esperaban expectantes a que llegase la caravana.

En primera línea, dispuestos a recibirles, se encontraban tres frailes, con hábitos de color marrón indefinido y capucha a la espalda, y atado este por la cintura con una cuerda tejida de algodón. Uno de ellos destacaba de los demás, debido a su edad y una blanca barba.

Cuando la avanzada llegó junto a ellos, Don Fernando le preguntó al fraile que se había acercado a ellos:

—¿Dónde puedo encontrar a fray Antonio Olivares?

—Yo soy, teniente coronel. ¿A qué se debe su llegada?

—Debo presentar mis respetos a su Excelencia el Gobernador, Don Justo Boneo y Morales. También tengo que hacer una inspección a los presidios de Texas y dejar refuerzos en los mismos.

—Pues bien nos van a venir esos refuerzos, porque desde el presidio de San Antonio de Béjar —dijo mientras señalaba una construcción distante como una milla en la otra orilla del río—, los diez soldados que hay, deben prestar protección, junto a los otros cuatro del fuerte Cíbolo, a nuestra misión y a las de San Juan Capistrano y San Francisco de la Espada. Todas ellas a lo largo del río San Antonio.

Pero si lo que quiere es ver al Gobernador, tendrá que ir al presidio de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, en los Adaes, cerca de la frontera con la Luisiana francesa.

—Tenía noticia de que se encontraba en el presidio de San Antonio de Béjar —respondió Don Fernando.

—Hasta hace un par de meses así era, pero las incursiones de colonos franceses en esta parte del territorio, hicieron que marchase allí, para organizar mejor las defensas de aquellas tierras y el comercio con los asentamientos franceses de Natchitoches y los indios Caddo.

—De acuerdo, fray Antonio —repuso Don Fernando, apeándose del caballo—, ahora, lo que precisamos es descansar.

¿Dónde le parece que podríamos acampar con nuestro ganado?

—A menos de un cuarto de legua de aquí, al otro lado de la misión, junto a un remanso del río, hay buenos pastos. Allí pueden acampar con toda tranquilidad —repuso fray Antonio.

—¿No habrá problemas con los indios de aquellos tipis que hemos visto a la otra parte de aquel bosquecillo de pinos? —preguntó Pablo.

Fray Antonio se echó a reír.

—Descuide, joven. Aquellos indios, en su mayoría están cristianizados y colaboran en la misión con la construcción de la iglesia, mantienen un taller textil en la propia misión, han construido un canal de riego de una legua y media para llevar agua a los cultivos que tenemos en aquella parte del río y se encargan ellos de la huerta. También vigilan la manada de reses, pero todos no caben en la misión, por eso, muchos de ellos se mantienen en aquel asentamiento.

—¿Cuántos indios hay en ese poblado? —preguntó el capitán, que hasta ese momento no había abierto la boca.

Ese asentamiento de indios Papaya tiene unos 500 individuos entre hombres mujeres y niños, huidos de los apaches y comanches, y están bajo nuestra protección. La mayor parte de las mujeres, se encargan de la huerta y del mantenimiento del poblado, aunque otra buena parte trabaja en el taller textil de la misión.

—¿Y estos colonos? —preguntó Elena intrigada.

—Los mandamos traer de Canarias, porque estas son buenas tierras para establecerse. Tienen pequeños ranchos en los terrenos de la misión, y cultivan judías, chiles, fríjoles y algodón, y crían algunas ovejas.

Mientras Don Fernando, Pablo, Elena y el capitán, esperaban la llegada de la caravana y su ganado, fray Antonio les explicó la situación de la zona:

—Desde que llegamos a estas tierras, las tribus de Apaches y Comanches no dejaron de lanzar incursiones contra la misión de San Antonio de Béjar, pero el buen hacer de los soldados presidiales, consiguió hacer más difícil a los indios atacar los núcleos de la colonia.

El nuevo territorio colonizado se bautizó como Nuevas Filipinas, aunque para todos nosotros, el territorio comprendido al norte de Río Grande, siempre será conocido como Texas.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, fray Antonio? —preguntó Pablo.

—Casi treinta años, ¿por qué lo pregunta?

—Porque veo que conoce perfectamente la historia de la región.

—Procuro estar informado de todo lo que ocurre a nuestro alrededor. Por aquí pasan muchos viajeros, tanto franceses como españoles, y nos relatan la situación que se desarrolla en otros lugares.

—Todo lo que me pueda contar me parece interesante —respondió Pablo, ávido por conocer lo que el viejo misionero le pudiese referir sobre aquellas tierras.

—De momento y tras la Guerra de la Cuádruple Alianza, la situación con los franceses de Luisiana está bastante tranquila y, salvo alguna partida de comanches, que asaltan algún rancho de vez en cuando, mantenemos buenas relaciones con las autoridades de la otra parte del río Rojo.

Los franceses han sido más hábiles que nosotros en sus relaciones con los indios,

y estos no les han creado tantos problemas como a los españoles; su red comercial ha sido muy superior, manteniendo el comercio y alianzas con los Kadodachos —*una de las familias de los Caddo*—, los Comanches y los Wichita en la parte norte de Texas y el sur de Kansas; y a lo largo de los ríos Trinidad y San Jacinto, están manteniendo un próspero comercio con los Ocoquizas y los Bidais.

Para contrarrestar esas penetraciones, se construyó la misión de Nuestra Señora de la Luz y el presidio de Agustín de Ahumada, pero me están demostrando que no tienen éxito. Los indios no quieren saber nada de evangelizaciones ni conversiones a ninguna religión, y la dotación del presidio es insuficiente.

Lo más preocupante por el momento, es que las misiones de San Francisco, San José y Concepción, se trasladaron hace unos años desde el río Colorado a esta misión, dejando a los colonos que se habían establecido en torno a ellas, sin protección ante los Apaches y Comanches, justo cuando lo que se pretendía era colonizar todavía más aquella zona. Muchos de ellos, colonos canarios, son los que ha visto usted que han salido a recibirles.

Mire, hijo, solo un dato, desde que llegaron ellos, hemos realizado cuarenta y siete matrimonios, y 107 niños han sido bautizados en la misión.

—¿Y los ataques indios?

—En realidad, no han parado desde que llegamos. Pero ¿por qué no vamos a la misión y descansan hasta que llegue su caravana? Luego podrán acampar donde le he dicho, casi junto al río.

Siguieron a fray Antonio hasta la misión, mientras la mayoría de los indios Papaya, algunos colonos y los dos frailes restantes, esperaban la llegada de la caravana.

Los animales caminaban despacio entre mugidos, debido al cansancio de la larga marcha realizada. Los vaqueros apenas tenían que preocuparse por que el ganado marchase unido, pues las reses ya debían tener asumido, después de tantos días, que debían ir en manada, lo mismo que los caballos de los soldados de cuera.

Una a una fueron llegando las carretas y los frailes las condujeron al terreno indicado por fray Antonio, a espaldas de la misión, donde se acomodaron sin establecer ningún perímetro de defensa, como anteriormente habían hecho.

Instigadas por el sentido de que había agua cerca, la manada comenzó a caminar más deprisa mientras los vaqueros se esforzaban por que no se diseminasen excesivamente. A los caballos les ocurrió lo mismo, y al acercarse al río, se entremezclaron con las reses, en tanto los soldados pugnaban por controlarlos, aunque al final, bestias y hombres se introdujeron en el agua para beber y refrescarse. Los indios y los colonos regresaron a sus quehaceres murmurando entre ellos.

Una vez en la residencia de los religiosos, fray Antonio preguntó a los recién llegados.

—¿Quieren ustedes beber algo? Alcohol no tenemos, pero una limonada sí que les podemos ofrecer.

—Se lo agradeceremos, fray Antonio. El viaje ha sido pesado y un refresco nos vendrá bien —respondió Don Fernando.

—Pues acomódense —dijo y fraile, mientras señalaba las sillas que había en la estancia, alrededor de una burda mesa de madera—, ahora mandaré que la preparen.

Acto seguido, el fraile desapareció detrás de una puerta para reaparecer dos minutos después, sentándose en otra silla frente a Don Fernando.

Y ahora, teniente coronel, ¿cuál es el verdadero motivo de su viaje? Pero no me diga que solamente ver a su Excelencia el Gobernador, porque para eso no le había hecho falta traer tantas carretas, reses y animales de granja, junto a ese contingente de soldados de frontera con sus dotaciones de caballos y dos cañones.

—Traigo un mandato de nuestro virrey para realizar una inspección a los presidios de Texas y ver cuáles son sus necesidades y defensas, para aconsejar el cierre de algunos o su traslado a lugar más conveniente; y en otros, reforzarlos con más tropa. Luego haré las recomendaciones, que su Excelencia, Don Pedro Cebrián y Agustín, tomará en cuenta o no, pero eso será cosa suya.

En cuanto al otro de los motivos, mi hija y mi yerno quieren establecer una pequeña hacienda en estas tierras, para la cría de ganado y animales de granja, y posteriormente comerciar con los franceses de la Luisiana.

—Sí, ahora recuerdo. Un proyecto ambicioso, dada la actual situación de la frontera con Luisiana y los continuos ataques con robos de ganado y caballos por parte de los Comanches y los Caddo, tribus amigas de los franceses que comercian con ellos, y a su vez, los arman con mosquetes y pólvora a cambio de los caballos españoles que roban. ¿Y en qué zona querían instalar esa hacienda?

—Todavía no estoy seguro, fray Antonio, no conozco esta parte de Texas, pero tengo entendido que en el Este hay buen pasto para el ganado.

—¡Cierto! ¡Pero no son buenas para los colonos! Por lo menos, en lo que concierne a la misión de Nuestra Señora de Loreto, llamada de «*la Bahía*», pues carecen de lo elemental: tienen suelos pobres, agua bebible inadecuada, sin acceso directo a las rutas de transporte, y a los bosques para talar árboles y construir los edificios de esa hacienda que usted comenta, encontrándose además a una distancia de horas de camino hacia los Adaes.

¿Sabe?, la vida allí puede ser especialmente dura e insegura debido a la presencia de las tribus Comanches, Caddo y Adais. Únicamente, la voluntad de los frailes y algunos colonos españoles, les permite sobrevivir en aquella zona.

Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza de los Adaes, bastante más al noroeste, más que un puesto militar o político, por su cercanía a la frontera de Luisiana, es un compromiso poblador para frenar a los colonos franceses que quieren pasar a este lado de la frontera, por lo que consideran la puerta natural de la Luisiana.

Cuando se construyó, quedaron en él 100 soldados, algunos con sus familias,

además de otros colonos originarios de las islas Canarias que se han convertido ya en adaseños, desempeñando algunos trabajos como vaqueros, arrieros, carpinteros, sastres, barberos, herreros o sepultureros, y alguno más que se me olvida; aunque entremezclados con los ciudadanos españoles, también hay indios, comerciantes franceses, esclavos escapados de Carolina, y otros habitantes fronterizos mezclados étnicamente, que viven a uno y otro lado de la frontera.

—No lo pinta usted muy bien, fray Antonio.

—Tan solo le soy sincero. Eso es lo que van a encontrar allí, y puede que les roben sus caballos y ganado, o incluso que los maten.

—Los hombres que van a estar al servicio de la hacienda, son hombres de armas, experimentados en el combate con los indios. Son soldados de cuera en su mayor parte, licenciados, que han servido en mi regimiento durante mucho tiempo y les conozco bien.

—Pues me alegro por su hija y su yerno, pero es posible que tengan problemas con el gobernador y con los Comanches.

—¿Problemas? ¿A qué se refiere?

—Dada la enorme distancia que hay hasta la capital del virreinato y la dificultad para que lleguen las mercancías necesarias, los colonos adaseños son, en esencia, arrendatarios en deuda con el gobernador, por las semillas, equipo agrícola, armas, pólvora y otros bienes básicos, como jabón, azúcar y ropa, que el acapara cuando llegan dichas mercancías, mientras los soldados libres de servicio, deben cuidar el ganado del gobernador.

Como dice el padre Velasco, un franciscano de la Ciudad de México que anduvo por aquí: los pobres soldados son prisioneros del gobernador, y los gobernadores son soberanos de los que se supone que deben ser colonos.

En cuanto a los Comanches, siempre buscan caballos o ganado, y para conseguirlos recurren a la estampida de los animales como recurso seguro para conseguir su botín, aunque se puedan perder una parte de los animales, pero que no dudarán en sacrificar si son perseguidos y no tienen más remedio que huir.

Durante toda aquella conversación entre Don Fernando y fray Antonio, Pablo, Elena y el capitán, se habían mantenido en silencio.

Pablo, con cara de asombro por lo que el fraile estaba exponiendo, Elena, disgustada, porque veía que sus ilusiones se venían abajo, y el capitán, a la expectativa, aunque pensando en que solo recibiría órdenes de su teniente coronel, Don Fernando.

—Esa táctica es la misma que han venido empleando los Apaches en Nuevo México y Arizona —dijo Don Fernando.

En ese momento, entró en la estancia una india que portaba una bandeja con vasos y una jarra de cerámica, con la limonada prometida por fray Antonio.

Llegó a la mesa, depositó la jarra con cuidado para no derramar su contenido, y distribuyó los vasos delante de los asistentes. Luego escancio la limonada hasta llenar

los vasos hasta el mismo borde y se retiró.

—¿Y cuáles serían a su juicio, las tierras más propicias para establecernos, fray Antonio? —preguntó Pablo, inquieto por las declaraciones del fraile.

—Con el consentimiento del señor gobernador, las tierras más próximas a la misión de San Sabá. Al menos, los pastos son buenos, agua no le falta gracias al río Sabá, y hay robles, pinos y sabinas en abundancia, pero las tierras pertenecen a la misión, aunque no creo que les suponga a los fraile ningún problema permitir que se establezcan allí, siempre y cuando, colaboren proporcionalmente con arreglo a sus propiedades, a la conservación y mantenimiento de la misión y sus habitantes.

—No eran esas las expectativas que teníamos cuando emprendimos este pesado viaje —respondió Pablo—. Esperábamos encontrar buenos pastos y tierras para crear una hacienda en las inmediaciones de la misión de Nuestra Señora de Guadalupe de los Nacogdoches, con la intención de comerciar con los franceses de la Luisiana, y cuanto más lejos estemos de ellos, más se encarecerá el precio de las reses y otros productos, así que debemos rechazar San Sabá.

Tampoco son malas tierras aquellas —dijo el fraile—, pero el mayor problema lo presentan los indios, que no tienen intención de abandonar sus ritos y cultura para cristianizarse, mientras en la zona española están los indios Caddo Haisinai, y en la zona de la Luisiana, los Caddo Natchitoches, ambos, aliados de los franceses, que le pueden hacer la vida muy complicada, ya que han sido armados por ellos.

La ventaja que podría tener usted, es la proximidad al presidio de Nuestra Señora del Pilar de los Adaes.

—¿Cuál es el origen del nombre de Texas? —le preguntó Elena a fray Antonio.

—Proviene de las palabras indias «*haisinai taysha*», que significa «*amigo*». ¿No lo sabían ustedes?

—No, cómo lo íbamos a saber —respondió Pablo.

—Pues vaya una incongruencia —reconoció Elena, que había estado escuchando los consejos de fray Antonio con un mohín de disgusto—, se dicen amigos, pero será de los franceses de la Luisiana.

—No te preocupes por eso, Elena —le dijo Pablo, con la intención de que se relajase—, intentaremos ganárnoslos.

El fraile, volviéndose hacia Don Fernando, le preguntó:

—¿Cuándo piensa ir a ver al gobernador?

—Si no le importa, descansaremos aquí mañana, mientras se aposenta la caravana y el ganado en los terrenos que nos ha comentado. Ellos se quedarán aquí hasta que regresemos. El capitán, mi yerno, mi hija y yo, saldremos pasado mañana.

—Me parece bien. Pueden quedarse aquí el tiempo que deseen. Las misas las celebramos a las siete de la tarde, cuando la gente ha dejado de trabajar, y me agradecería que su gente de la caravana pudiese asistir a ellas mientras estén aquí. Serían un ejemplo para todos los residentes en la colonia, tanto indios conversos como españoles.

—¿Con qué criterio se establecieron los presidios existentes? —preguntó Don Fernando.

—Cada uno de los presidios actuales se establecieron determinando su situación, el carácter con que originalmente habían sido instituidos, los nombres y el territorio ocupado por cada una de las tribus de indios que vivían en las cercanías, la naturaleza de sus hostilidades, la distancia al presidio más cercano y los medios de comunicación.

¿Qué presidios son los que tiene que inspeccionar usted, teniente coronel?

—Los de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza de los Adaes, Bahía del Espíritu Santo y San Antonio de Béjar. Después, el de San Juan Bautista del Río Grande y Coahuila. Entonces regresaré a México para informar al virrey.

—Puede que tenga usted enfrentamientos con su Excelencia el Gobernador a causa de esas inspecciones.

—No se apure usted, fray Antonio, traigo amplios poderes de parte del virrey para realizar las correcciones oportunas en cada uno de los presidios, elaborando además, un informe que le he de entregar en mano cuando termine mi visita de inspección.

—Yo no estoy apurado por usted, Don Fernando, solo le advierto sobre posibles actitudes con las que se puede encontrar.

—¿Dígame, fray Antonio, son leales los papaya que trabajan para la misión?

—Por el momento, sí. Les damos unas tierras para cultivar, simiente y aperos de labranza. Algo que ellos nunca han poseído, y agradecen el cambio de vida que les ha supuesto, pero además, deben realizar trabajos en favor de la misión y su comunidad.

—¿Cómo lo hacen?

—Muchos trabajan dentro de la misión, en los talleres que construimos para esos menesteres: unos en el taller textil, del que pueden aprovechar, mantas, alfombras, y ropa de algodón o lana, otros son herreros, otros carpinteros, y por último, los albañiles y constructores, según nuestras indicaciones. Se ha construido una acequia de riego de más de dos leguas para proveer de agua a los campos que se está cultivando. Aunque el 30 de junio de año pasado, unos 350 apaches lipanes y natagés, fueron de noche al presidio de San Antonio con intención de quemarlo. Un niño los descubrió y dio la alarma despertando a los ciudadanos para la defensa. Consiguieron quemar varios edificios, pero la llegada de los papaya y los soldados de las misiones de San Antonio de Valero y de La Concepción, hizo que los apaches fueran rechazados hacia el río Medina, al sur del presidio.

—¿Han habido más ataques?

—Hace algún tiempo, los *comanches* atacaron a los jicarilla en algún lugar del noroeste de Texas, posiblemente cerca del río Wichita, y mataron a casi todos los hombres, capturando a la mitad de las mujeres y niños. Solo se salvaron 69 hombres, dos mujeres y tres niños. En poco tiempo desaparecieron los asentamientos apaches en la parte alta del río Arkansas. Esta batalla fue el comienzo de su decadencia en las llanuras del noroeste, viéndose empujados a zonas más próximas a San Antonio de

Béjar y disminuyendo sus incursiones contra los asentamientos españoles, mientras los apaches al norte de Nuevo México, buscaban la ayuda, tanto de los españoles como de otros apaches de Texas.

Luego, el gobernador de Nuevo México, Juan Domingo de Bustamante, envió a Juan Páez Hurtado con 100 hombres para castigar a los comanches, logrando liberar a 64 jicarilla y devolverles a su asentamiento.

—Estoy al corriente de esos ataques, fray Antonio, pero me refería a ataques ocurridos desde que yo salí de la ciudad de México, hace dos meses.

—No, desde el pasado año, no. Sobre todo, después de la acción de Juan Páez, pues los apaches que se han estado acercando a las misiones y presidios españoles en busca de protección, han adoptado la fe cristiana a cambio del amparo que los españoles les ofrecían contra sus enemigos los Utes y Comanches de esta parte de la frontera, y de los franceses y Pawnees, que comenzaban a amenazar también su actividad de caza en las llanuras.

—Estaremos al tanto, fray Antonio.

—¿Cuándo piensan partir hacia los Adaes?

—Si no surgen inconvenientes de última hora, pasado mañana al amanecer. Partiré con mi yerno y mi hija, y nos acompañarán cincuenta soldados de cuera al mando del capitán.

—Conforme, teniente coronel, si me acompañan, les mostraré sus aposentos mientras estén aquí en la misión. Después, que Dios les guíe.

Los aposentos de los frailes a los que les condujo fray Antonio, eran simples celdas rectangulares, con un ventanuco por el que entraba el aire y la luz del día, un jergón sobre un camastro de tablas y una almohada del mismo material que el jergón, en uno de los laterales; en el otro, una pequeña mesa rústica de tablas y un reclinatorio para las oraciones, debajo de una cruz de pequeñas dimensiones clavada en la pared.

—Siento no poder ofrecerles algo mejor, pero al menos estarán ustedes a cubierto. A Elena se le cayó el mundo encima.

—Lo siento, fray Antonio, pero mi esposo y yo regresaremos a las carretas. Una mujer precisa algo más para su cuidado personal. No hay ni un lavamanos, una palangana o un bacín.

—Créame que la entiendo, señora, pero los frailes no precisamos de nada más, y cuando tenemos necesidades, marchamos junto al río.

—Gracias por su hospitalidad, fray Antonio, pero creo que es mejor que regresemos todos a nuestro campamento —reconoció Don Fernando—, allí disponemos de todos nuestros medios de higiene personal, y con el río al lado, no habrá ningún problema.

—Sí, es lo mejor —corroboró Pablo, mientras daba un suspiro por la decisión que su esposa y su suegro habían tomado. Además, no soportaba los lugares pequeños y cerrados como aquellas celdas de los frailes. Le hacían padecer claustrofobia.

Regresaron sobre sus pasos, salieron del edificio de los frailes y se dirigieron al campamento, que estaba terminando de configurarse, mientras tanto vaqueros como soldados, habían tendido sus lazos para crear un espacio que albergase a los caballos por un lado y las reses por otro.

Las mujeres se afanaban en preparar las fogatas, rodeadas de piedras, donde cocinar con sus comales y pucheros la cena del enorme grupo para aquella noche.

—¿Cree usted, Don Fernando, que deberíamos ir a visitar a los indios Papaya asentados entre aquellos árboles? —preguntó el capitán.

—Sí, sería conveniente. Tome usted a unos cuantos soldados, y en compañía de Pablo, vayan a verles. Hablen con ellos y que les cuenten la situación con el resto de tribus para saber a qué atenernos.

—¿Usted no viene?

—No, yo tengo otros quehaceres aquí, para preparar la visita a su Excelencia el gobernador. Luego me informará usted.

El capitán formó un grupo de cinco soldados, a los que acompañaron Pablo, Elena y Raúl, más ducho éste en el idioma de los Papaya, montaron en sus caballos y se dirigieron hacia los tipis de los indios.

Cuando llegaron al centro del asentamiento, unos cuantos indios le recibieron junto al jefe de la tribu con expectación. No era habitual recibir visitas de soldados y blancos civiles, salvo los frailes.

Después de las palabras de presentación por parte de Raúl, se sentaron todos en círculo, aunque sin dejar de observar los indios a Elena. Tampoco estaban acostumbrados a que una mujer participase en sus consejos y tertulias.

Durante un tiempo, en el que se intercambiaron regalos, el jefe de la tribu les contó el último ataque de los apaches lipanes a la misión:

—Hace unos años, Urrutia, el comandante del presidio de San Antonio de Béjar, recibió la autorización para realizar una campaña contra los apaches lipanes. Fray Benito Fernández de Santa Ana acompañó a la expedición, junto con 50 españoles e indios de mi tribu. A diez días de camino de San Antonio, al norte del río Colorado, Urrutia encontró varias ranherías dispersas de Apaches Lipanes y Natagés. Muchos apaches estaban ausentes de las ranherías en ese momento, lo que permitió a Urrutia capturar un número significativo de hombres y mujeres y llevarlos al presidio de San Antonio.

La vida en Texas se iba a convertir en una aventura peligrosa —pensaba Elena— y lo confirmaba el jefe indio papaya con aquella historia que les estaba contando sobre el último de ataque de los indios apaches —que traducía Raúl como podía— además del encuentro que tuvieron con los apaches de Metcheskó Lähä, las historias que les había contado su padre a ella y a Pablo, y los negros augurios de fray Antonio sobre los terrenos de la nueva hacienda y los indios que poblaban aquellas zonas de

frontera. Todo aquello la dejó descorazona y con mal estar, al echar por tierra sus ilusiones y expectativas de futuro, pero siguió escuchando.

—Fray Santa Ana —seguía traduciendo Raúl, las palabras del jefe papaya—, partidario de cristianizar a los apaches, acusó a Urrutia de querer capturarlos para venderlos como esclavos, solicitando al virrey la entrega de los cautivos.

La respuesta Apache fue inmediata. Cuatro mujeres llegaron a San Antonio para anunciar, que ya que los españoles no querían la paz, la guerra estaba declarada. Durante las siguientes semanas, los apaches hostigaron los asentamientos cercanos, excepto la misión de La Concepción, que estaba a cargo de fray Santa Ana, que siempre había tratado a los apaches amistosamente.

Muchos días después, 350 apaches lipanes y natagés, mujeres, niños y ancianos incluidos, fueron de noche al presidio de San Antonio con intención de quemarlo, pero un niño descubrió a los atacantes y dio la alarma, despertando a los ciudadanos para la defensa.

Los apaches y los natagés consiguieron quemar varios edificios, pero llegamos nosotros, junto a otras tribus aliadas de los españoles, desde las misiones de San Antonio de Valero y de la Concepción, y el ataque fue rechazado, empujándoles hacia el río Medina, al sur del presidio.

—Pero aunque parezca extraño, durante la batalla surgió una oportunidad para la paz. Durante la confusión, un apache que estaba en la misión de Concepción, huyó con su gente, informando al jefe de los apaches que los cautivos estaban siendo bien tratados y que los españoles deseaban verdaderamente la paz —una de las cautivas era la hija del jefe.

Al escuchar la noticia, el jefe apache ordenó a sus hombres el cese de las hostilidades y, aunque el jefe de los natagés se opuso, finalmente cedió. Después de dos meses de paz, una mujer apache, con una cruz y un niño, llegaron a San Antonio con regalos para Urrutia, anunciando que los apaches querían la paz.

Cuando el jefe indio terminó su historia, Pablo le indicó que pensaba construir una hacienda en los Adaes para la cría de caballos y reses.

—Deberá tener cuidado con los Comanches y con los franceses. Pueden robar su ganado, y hasta matarles si se dejan ustedes. Son muchos, tienen caballos y están armados por los franceses.

—¿Regresamos al campamento? Comienzo a encontrarme cansada —dijo Elena, compungida, no solo por lo que había escuchado, sino por la visión particular que se había formado en su cabeza desde que pensó en tener hijos con Pablo, algo que le hacía tremenda ilusión.

Nunca había sido una mujer timorata, al haberse criado respaldada por tantos hombres aguerridos en su hacienda desde que era una niña y por el carácter tan enérgico de su padre, que sin duda le transmitió, pero pensar que los hijo que tuviese,

podían tener una vida difícil e insegura a causa de los indios, la martirizaba.

—Capitán ¿regresan ustedes con nosotros? —preguntó Pablo.

—Sí, aquí ya no hacemos nada. Esta gente no es peligrosa y se han acomodado a los beneficios que le prestan los frailes.

Cuando llegaron al campamento, Elena se retiró indispuesta a su carreta mientras el capitán y Pablo le daban la nueva a Don Fernando sobre la visita a los indios. Al finalizar, éste dijo:

—Entonces, mañana iremos al presidio de Nuestra Señora del Pilar de los Adaes para presentar nuestros respetos al gobernador de Texas, y de camino, observaremos bien aquellas tierras. Supongo que estos indios Papaya no son belicosos y tienen mucho más que perder que nosotros.

—Eso mismo pienso yo —respondió el capitán.

—Entonces, creo que podremos ir tranquilos, aunque de todas formas, dejaremos aquí a la mitad de los soldados que, junto a mis peones y vaqueros, pueden hacer una buena defensa en caso de ser atacados por alguna tribu de indios belicosos.

Al regresar Pablo a la carreta, Guadalupe le dijo que Elena había estado con náuseas y algún pequeño vómito.

—Posiblemente esté embarazada —dijo.

—¿Es posible eso? —dijo, con una expresión de alegría el joven.

—Usted sabrá, Patrón. Usted es su esposo y no creo que haya sido por obra del Espíritu Santo.

Pablo sonrió por la expresión de la criada y se dirigió con premura al interior de la carreta.

Elena estaba recostada contra un jergón, mientras su semblante aparecía pálido.

—¿Cómo te encuentras? Me ha dicho Guadalupe que has estado vomitando y que posiblemente estés embarazada.

—Es muy posible, aunque ya barruntaba algo así. Ella sabe más que nosotros y no puede haber otro motivo para que me encuentre indispuesta —pero no le dijo a Pablo lo que pensaba sobre la posible vida que pudiesen llevar allí, en Texas, que la aterrorizaba.

—Pues tendrás que cuidarte para que todo vaya bien. Guadalupe te cuidará y debes procurar no montar a caballo de nuevo.

Mañana saldré con tu padre para hablar con el gobernador y ver qué tierras pueden ser las más aconsejables para establecernos. Lo único que siento, es que no nos puedas acompañar. Un viaje de esas características podría ser perjudicial para ti, y para el niño o niña que llevas en tu vientre.

—No te apures, Pablo, estaré bien. Ve tranquilo.

Por un momento, el semblante de Pablo se tornó sombrío, sus ojos se entrecerraron y durante unos segundos se mantuvo así, intranquilizando a Elena.

—¿Qué te ocurre, Pablo?

—Nada, nada. La posibilidad de tu embarazo me ha hecho recordar tiempos pasados en Lezo, junto a mi madre.

Durante mucho tiempo la eché en falta, pero mi padre y mi tía Ainhoa se esforzaron para que eso no ocurriese. Me fui haciendo mayor y el trabajo en la herrería fue borrando poco a poco el recuerdo, hasta que falleció mi padre también. Luego, al embarcarme en el Santo Cristo de Burgos, el encuentro con aquella fragata inglesa y todo lo que ha acontecido hasta llegar aquí contigo, ha hecho que olvidase casi a mi familia y la vida en España, pero saber que puedes estar embarazada y que me puedes dar un hijo, creo que acrecienta mi responsabilidad como esposo y padre, y me han venido a la memoria los míos.

Luego está la historia que me contó tu padre, sobre el fallecimiento de tu madre durante el parto al traerte al mundo. Me hundiría mental y físicamente si a ti te ocurriese algo.

—Es normal, Pablo. Yo también echo de menos a la madre que no he conocido, aunque Guadalupe se ha cuidado de mí como si fuera ella. Pero no debes preocuparte más por eso. Todavía falta mucho tiempo para que dé a luz, en el caso de estar embarazada. Este malestar y los vómitos pueden deberse a cualquier otra cosa.

Ve tranquilo y encuentra buenas tierras para instalarnos, aunque creo conocerte, y pienso que tu preocupación no es solo por mi posible embarazo, ¿me equivoco?

—No, Elena, también hay otras cuestiones que me preocupan mucho.

—Cómo qué.

—Lo que ha dicho el jefe Papaya sobre los Comanches. Son muy belicosos y atacan poblados, ranchos y misiones españolas para robar caballos, reses y armas, y en ocasiones no van solos. También les acompañan franceses e indios Caddo en sus incursiones, y suelen secuestrar a mujeres. Creo que tu padre no nos ha contado muchas cosas sobre este viaje.

—¡Pablo!, ¿crees que mi padre sería capaz de poner en peligro nuestras vidas, sin avisarnos del riesgo que podríamos correr?

—No lo sé, Elena. Supongo que no. Pero tiene una misión que cumplir por parte del virrey, y tal vez no nos haya comentado todo lo que sabe. Creo que voy a preguntarle.

—Ve pues —respondió Elena, con un mohín de disgusto. La cena creo que estará dentro de nada, no os retraséis.

Cuando Pablo bajó de la carreta, le dijo a Guadalupe:

—Cuídela bien, Guadalupe. El patrón y yo estaremos unos cuantos días fuera de aquí.

—No se apure usted, Don Pablo. Es como si fuese hija mía, y aquí hay muchas mujeres que saben lo que es estar embarazadas.

Pablo llegó hasta el círculo de hombres y soldados que se había reunido alrededor de una gran fogata. Allí estaba también Don Fernando, quién al ver llegar a Pablo, le dijo:

—Siéntese aquí conmigo, hijo. ¿Qué le ocurre a Elena?

—Cierto no lo sé, pero está mareada y ha tenido náuseas y pequeños vómitos. Guadalupe dice que podría estar embarazada, aunque lejos de verla contenta, la he percibido como intranquila.

—No hagas mucho caso de las mujeres, Pablo. Además, esa es una magnífica noticia. Me vais a hacer abuelo.

—También podría ser que le hubiese sentado mal algo que haya comido, ¿no? —preguntó Pablo, con la cabeza hecha un lío.

Don Fernando se quedó pensativo.

—No sé qué pueda haber comido, que le haya sentado mal a estas alturas, si llevamos comiendo lo mismo desde que salimos de México.

Luego, cambiando de nuevo el gesto, dijo con cierta alegría:

—Me inclino por el embarazo, Pablo. Hacen ya tres meses que os casasteis y el embarazo es lo más natural.

—Posiblemente tenga usted razón, pero en la situación en que nos encontramos me preocupa bastante. No deberá montar a caballo, nos espera todavía un largo camino hasta que lleguemos a buenas tierras para instalarnos, y encima están esos indios comanches, belicosos con los españoles.

—Todo se irá Pablo. Una de mis misiones, es precisamente controlar los altos costos de las tropas, y la ineficacia de los presidios en ciertos sitios que no impiden los ataques a las misiones o a los colonos; reforzar algunos y olvidar otros por incosteables, pero, sobre todo, a dictar nuevas normas y reglamentos para que haya un orden entre soldados, indios, colonos y misioneros.

—¿Qué sabe usted de los Comanches?

—¿Recuerda que al venir hacia aquí, le comenté algo sobre los Comanches y los Apaches? Bueno, le he explicado mis enfrentamientos con los Apaches, Comanches, Kiowas y otras tribus desde que nos conocimos en el camino de Veracruz, cuando fui a recoger a mi hija en aquel desgraciado viaje, pero da lo mismo, le explicaré algo más. En cierto modo, la migración de los Comanches es culpa nuestra de los españoles.

—¿De los españoles? ¿Cómo es posible?

—Bueno, de los españoles concretamente, no, pero sí de nuestros caballos.

Igual que todas las tribus de indios, hasta que llegamos a estas tierras, marchaban a pie y cazaban con arco y flechas, pero cuando vieron a los primeros exploradores a lomos de sus caballos y la rapidez con la que se movían, debieron pensar, que si ellos tenían caballos, podrían ir tras las manadas de bisontes con más rapidez, así que buscaron desesperadamente hacerse con ellos, pues las tribus que no dispusiesen de

caballos estaban abocados al hambre, debido a sus cortos y lentos desplazamientos como había venido ocurriendo hasta que llegamos nosotros.

Hace unos treinta años —dijo Don Fernando—, grupos de Comanches Kotsotekas se desplazaron hasta las fronteras del oeste de Nuevo México y las llanuras de Texas, en busca de los bisontes y caballos salvajes, que se criaban libres por montañas, valles y praderas, desplazando a los Apaches Lipan, Picurís y Jicarilla, después de terribles luchas con ellos, hacia el norte de las montañas de Nuevo México y oeste de Texas.

Al verse amenazados, los Apaches Picurís pidieron ayuda a las tropas españolas para contener a los Comanches y regresar a Nuevo México.

Hace unos años, los Comanches atacaron a las tribus Apache de Nuevo México para hacerse con sus caballos, provocando una respuesta militar española que llevó a los dragones de cuera hasta el mismo río Arkansas, en Colorado, pero solo encontraron pueblos comanches abandonados, mientras sus habitantes seguían con sus luchas contra los apaches en las llanuras.

Los momentos de mayor tensión lo sufrieron los españoles cuando los Apaches Mescaleros y Lipan, se concentraron en el sur de Texas, atacando ranchos y misiones españolas, en tanto otras lo hacían en el Río Grande, cerca de El Paso, impidiendo las comunicaciones con Santa Fe y México —la capital de virreinato—, mientras los comerciantes franceses, desde sus asentamientos de Arkansas, los armaban con fusiles a cambio de pieles de bisonte y caballos españoles, sumando así la amenaza francesa a la de los indios.

Se mandó una expedición dirigida por Juan de Ulibarrí —*soldado y explorador criollo que vivía en Nuevo México*—, con 28 dragones de cuera, 12 milicianos y unos 100 indios pueblo, contra los Mescaleros comandados por José Naranjo —*nieta de un esclavo africano y una mujer india*—, atravesando para ello ochocientos kilómetros de los territorios de Nuevo México, Colorado, Kansas y Nebraska, durante varias semanas de marcha, con el fin de encontrar a los indios y a los comerciante franceses, capturarlos y poder establecer negociaciones con los indios Pawnee y Ute.

Pero los indios rechazaron las negociaciones, y una mañana, al amanecer, los indios de las dos tribus, apoyados por comerciantes franceses armados con fusiles, se acercaron sigilosamente al campamento español, situado en un prado junto al Río Lobo, mientras sus miembros aún dormían. De los 45 soldados españoles, únicamente trece sobrevivieron a la masacre, uno de ellos con nueve balazos al que también le arrancaron la cabellera. Mejor suerte corrieron los indios pueblo auxiliares, con cuarenta y nueve supervivientes, al no sufrir un ataque tan intenso por hallarse acampados a cierta distancia de los soldados.

Después del ataque, unos y otros, acompañados por muchos de los apaches de los asentamientos de El Quartejejo, regresaron a Santa Fe, veinticuatro días después de la batalla, culpando de la derrota a la intervención francesa.

—¿Y qué tiene que ver Texas con todo eso?

—Le hacía más perspicaz, Pablo. Texas era y es, un objetivo fundamental para los Comanches, no solo por la presencia de quizás hasta un millón de caballos salvajes, sino también por la abundancia de emplazamientos dispersos y pobremente defendidos para enfrentarse a sus rápidas incursiones. El movimiento hacia el sur, también los aproximaba a la zona donde los franceses habían desplazado gran parte del comercio, con sus intermediarios Taovaya, que se realizaba en los márgenes del río Rojo, en cuyo curso disponen de centros de intercambio, como el fuerte de St. Jean Baptiste de Natchitoches.

—¿Entonces tendremos problemas con los Comanches en la nueva hacienda?

—Espero que no, Pablo, aunque los riesgos siempre existen. Espero y deseo, que después de recomponer la eficiencia de los presidios y tropas, podamos encontrar la paz con los apaches lipan y jicarilla, que se han visto desplazados de sus zonas de caza por los comanches.

Antes de emprender este viaje, ya nos habían hecho saber que la firmarían si les ofrecíamos una zona de protección en su frontera, a cambio de su conversión al cristianismo y el abandono total de las costumbres nómadas. Y si se llega a un acuerdo con ellos, tal vez se preste alguna tribu a asentarse cerca de la nueva hacienda, si les hacemos la promesa de darles trabajo, aperos de labranza y ropas.

—¿Por qué no me lo contó antes? Nos habría dada una mayor tranquilidad.

—Lo siento, Pablo, pero tampoco había motivo para que te comunicase todos los aspectos de una misión, de la que ni el capitán conoce todos los detalles. Vayamos a cenar, que ya parece que han terminado las mujeres de su tarea y la gente está hambrienta.

—Voy a hablar con Elena, para ver cómo se encuentra y si le apetece comer algo.

—Vaya, vaya, luego me acercaré yo por la carreta. Partiremos al alba, Pablo. Esté preparado.

—No se apure, Don Fernando, estaré listo y con una buena provisión de cartuchos para mi rifle.

QUINTA PARTE

Texas

La columna de jinetes, con dos caballos de refresco, partió de la misión de San Antonio de Valero, al alba, tras la bendición de fray Antonio. La componían, Don Fernando, Don Alonso Tejado y Pablo, a la cabeza de la misma, seguidos por el teniente Don Martín y seis indios papaya que harían de exploradores, además de cuarenta soldados, divididos en tres secciones, al mando de un sargento y dos cabos cada una. Y finalizando la fila de a dos, una carreta con pertrechos y más armas de apoyo, y un cañón con su cureña de los dos que habían traído de México, tirado por dos caballos.

Iniciaron el viaje por tierras llanas, a un trote compensado de los caballos para que la carreta y el cañón les pudiesen seguir el ritmo sin fatigar excesivamente a los animales. Por la noche, hicieron alto en uno de los recodos del río Sabine, dispuestos a pasar la noche. Hicieron una gran fogata, se dispusieron las guardias nocturnas, y después de cenar unos fríjoles con tocino, se enrollaron en sus petates.

Sin novedades durante la noche, al amanecer se pusieron de nuevo en marcha. Dos de los indios que marchaban en avanzada, regresaron al cabo de dos horas, para comunicar a Don Fernando, que a una legua y media de allí, un pequeño rancho había sido atacado por comanches. El propietario, un español de mediana edad, aparecía atado a una de las ruedas de una carreta incendiada, mientras su cuerpo había sido asaeteado por infinidad de flechas y disparos de armas de fuego. La esposa del colono y su hijo, habían desaparecido, así como dos caballos que debía tener el español, y las armas de fuego que dispusiese.

Los indios, relataron que los comanches habían prendido fuego también a la cabaña, pero al no haberse quemado toda, entraron en lo que quedaba en pie, que era un dormitorio donde había dos camas, una más grande y otra más pequeña, por lo que dedujeron, al no encontrar cadáveres, que habían sido secuestrados por los comanches, después de obligarles a presenciar la muerte del varón.

Don Fernando preguntó a los papaya por la cantidad de atacantes comanches.

—Por el número de huellas de caballos y hombres que han dejado, podría ser una partida entre quince y veinte hombres, con armas de fuego, arcos, flechas, y hachas de guerra —respondió uno de los papaya—. Debió ser al medio día, porque los troncos quemados de la cabaña aún tenían rescoldos encendidos.

—Nos pueden llevar unas cinco o seis horas de ventaja, aunque también tendrán que parar a dormir. Así que, vamos a perseguirles y a liberar a esa mujer y a su hijo.

Capitán, tome a la mitad de los hombres con el teniente y un sargento, y persiga usted en operación de castigo a esos comanches. Hay que demostrarles, que en estas tierras, las leyes las impone nuestro rey. ¡Denles caza!

—¿Me permite que vaya con ellos, Don Fernando? —preguntó Pablo.

—No creo que sea lo más conveniente, hijo, y más, estando Elena como está y con un proyecto en ciernes. Si a usted le pasa algo, todo se va al garete.

—No se apure. Primero tendremos que localizar a los indios; luego que ellos quieran presentar batalla siendo, minoría o no, aunque los puedo ir abatiendo con mi rifle de uno en uno a larga distancia. Y por otra parte, me defiendo bien en el cuerpo a cuerpo.

—De acuerdo, Pablo. Yo les seguiré con el resto de hombres y los caballos de refresco, a una cierta distancia prudencial, por si surgen complicaciones.

—Usted ya no está para esas galopadas fuertes, Don Fernando.

—No se preocupe, hijo. Marcharemos a un galope contenido, a una media legua de ustedes. Ahora salgan a perseguir a esos comanches para ver si todavía pueden liberar a esa mujer y su hijo.

—¡Compañía...! ¡Adelante! ¡Al galope! —ordenó el capitán, quien al frente de la columna, junto a Pablo y el teniente, picaron espuelas, y sus caballos se lanzaron de inmediato al galope ligero, seguidos por una columna de a dos de soldados de cuera, y precedidos por los seis exploradores indios.

Casi media hora después, al remontar una loma, observaron la construcción de una cabaña, todavía humeante en alguna de sus partes, que se encontraba construida junto a un pequeño arroyo de aguas transparentes.

A unos metros de la casa, se encontraba la carreta incendiada, y junto a ella, en el suelo, el cadáver flechado y muerto que habían dicho los exploradores indios, al que habían desatado de una de las ruedas de la carreta y depositado en el suelo, hasta que llegasen los españoles y decidiesen que hacer con él.

Al llegar al lugar, el capitán, Pablo y el teniente, pusieron pie en tierra para reconocer la situación y lo que quedaba en pie de la vivienda, mientras los exploradores indios hacían un reconocimiento del terreno por el que se habían marchado los comanches.

Entre el centenar de huellas de los cascos de caballos sin errar y algunas marcas de mocasines que había a ambos lados del arroyo, uno de los papaya pudo descubrir unas huellas de cascos más profundas. Aquél animal iba sobrecargado.

El indio llamó al capitán para que viese las huellas.

—Se han dirigido en aquella dirección —dijo el indio.

En aquél momento se aproximó Pablo, que había realizado un reconocimiento de lo que quedaba en pie de la cabaña.

—Lo han revuelto todo. Hay ropas de mujer repartidas por el suelo junto a otras de mujercita. Los comanches las han secuestrado a las dos. No me quiero imaginar lo que puedan hacer con ellas —dijo Pablo al capitán.

—Imagino que no les harán mucho daño, pero las tratarán como esclavas y se las entregarán a la esposa de algún indio influyente. Si nos damos prisa, podíamos alcanzarles antes del anochecer. No creo que vayan muy rápidos, pues no saben que vamos tras ellos —respondió el capitán.

Dejemos que los exploradores vayan por delante, reconociendo el camino que han tomado, y cuando acampen les atacaremos.

—¿Cuanta ventaja cree usted que nos llevan?

—Según nuestros rastreadores..., unas dos horas, dependiendo de la velocidad a la que cabalguen.

—¿Cree que les alcanzaremos?

—Si salimos galopando, acortaremos distancias, pero dentro de unas horas tendremos que confiar en los papaya, que nos irán diciendo dónde se encuentran los comanches y el estado de las mujeres. Entonces tendremos que ir con extrema cautela. Si se dan cuenta de que les estamos siguiendo, son capaces de matar a las cautivas, así que, lo mejor es no perder la calma. Una vez localizados, desmontaremos y dejaremos los caballos a cargo de dos soldados, mientras nos acercaremos despacio para rodearlos y pillarles en un fuego cruzado.

—Pongámonos en marcha, pues. Ardo en deseos de liberar a esas mujeres.

—Yo también, Pablo. Esa es nuestra misión en estas tierras, proteger a nuestros colonos allá donde estén, pero hay que hacerlo con cabeza. Son las instrucciones de Don Fernando. No debemos perder ni un hombre más.

Ahora, dejemos que los papaya nos lleven una legua de distancia. Si encuentran algo, uno de ellos regresará para comunicarnos la situación.

—¿Se fía usted de ellos, capitán?

—Fray Antonio nos dijo que están cristianizados y colaboran con los frailes en el mantenimiento de la misión y sus tierras. ¿Por qué no iba a confiar en ellos?

—No lo sé capitán, pero sé que los indios son muy dados a romper sus acuerdos si les interesa.

El capitán, poniendo una mano en el hombro de Pablo, le dijo:

—Los comanches son enemigos de los papaya, y ya los han masacrado en diferentes ataques a su tribu. No creo que nos la jueguen, Pablo, además, se podrían jugar la vida si se ponen en contra nuestra.

—¡Ya... lo entiendo! Haremos las cosas como usted dice.

El capitán dio de nuevo la orden de marcha, después de que los papaya se hubiesen perdido de vista en aquella tierra ondulada y llena de pasto verde.

Una vez formada la columna de nuevo, salieron al galope pero sin fatigar en exceso a los caballos. No llevaban los de refresco, que se habían quedado con la columna de Don Fernando.

Una hora después, llegó al galope uno de los rastreadores papaya y, acercándose al capitán, le dijo:

—Van despacio, parece que no tienen prisa.

—¿Cuántos son? —preguntó Pablo.

—Unos veinte. Todos a caballo y armados con rifles, arcos y flechas, además de cuchillos y hachas. Llevan la cara con pinturas de guerra. Todos jóvenes.

—Entonces son guerreros peligrosos —dijo el capitán a Pablo—. A qué distancia

se encuentran.

—A una legua escasa. A lo lejos he visto un bosquecillo de pinos. Tal vez se dirijan allí para acampar y pasar la noche —respondió el explorador.

—Eso simplificaría las cosas. Podríamos tomar posiciones y abatirlos con nuestros mosquetes antes de que se diesen cuenta —dijo Pablo.

—No se confíe, porque dejaran vigilantes de guardia, y más, después de haber secuestrado a una mujer y a una niña —le respondió el capitán.

Luego volviéndose hacia el indio, le dijo:

—Sigán vigilándolos, y cuando vean que han elegido un lugar para pasar la noche, me avisan de nuevo. Nosotros nos iremos acercando despacio a partir de ahora.

Mientras tanto, en la carreta de Elena, junto a la misión, Guadalupe y otras comadres certificaron que la joven se encontraba en cinta. Había tomado muestras de orina de Elena para ver el color y el olor. Esta se presentaba con un cierto tono oscuro, tal vez producido por el flujo sanguíneo a su bajo vientre, y hacía días que se levantaba mareada, aunque no lo había contado a nadie hasta que Guadalupe descubrió aquellas náuseas, los pequeños vómitos y dolores de cabeza que sufría. Los pechos habían comenzado a dolerle y le molestaba la ropa ajustada a su torso.

—¿Qué voy a hacer ahora, Guadalupe?

—Cuidarse, patrona. No deberá montar a caballo, pero andar es bueno porque activa la circulación de la sangre. No deberá comer chiles ni excesos en grasas y procurará no engordar, por eso debe caminar todos los días un largo trecho en compañía de alguien. ¿Le vino la menstruación?

—Muy ligera, Guadalupe, y con menos dolores que otros meses.

—Ese también puede ser un mensaje de su embarazo, pero no se apure mi niña, todo irá bien, y entre todas las mujeres de acá, la cuidaremos.

—Gracias, Guadalupe.

—El rastreador había regresado. Los comanches se habían refugiado entre los pinos y habían encendido una hoguera dispuestos a pasar la noche.

La columna se detuvo, y el capitán impartió órdenes a sus soldados. Deberemos ir por detrás de la loma, con los caballos por el ramal, intentando que no relinchen. Podrían alertar a los guardias, a pesar de que sus caballos también podrían relinchar si olfatean a los nuestros.

¿De dónde viene el aire? —le preguntó a uno de los indios—, pero Pablo respondió inmediatamente, después de humedecerse el dedo índice de su mano derecha y levantarla al casi inexistente viento.

—Viene de aquella dirección y nosotros deberíamos situarnos en la opuesta.

—De acuerdo Pablo. Recibiremos el aire de frente mientras nos desplegamos entre los árboles en semicírculo. Yo iré con cinco hombres y dos papaya por la izquierda. Usted, Pablo, tomará seis soldados y otros dos exploradores de refuerzo, y atacará por el centro; Don Martín lo hará por la derecha, con el mismo número de soldados y de indios.

El resto de soldados, se quedará a la entrada del bosque guardando nuestros caballos y los de los indios, y con las armas listas para disparar si ocurre algún inconveniente.

Teniente, elija a los hombres que se han de quedar al cargo de los caballos y decida quienes van a ir con usted. Pablo, usted haga lo mismo con sus hombres. Conmigo vendrá el sargento Vargas y cuatro hombres más.

¿Ya saben quiénes van con ustedes?, pues marchemos a darles caña a esos indios, procurando no herir a las mujeres. El primer disparo que yo haga, será la señal para que todos lancemos la primera andanada. Debemos eliminar en esa primera descarga a todos los indios que podamos.

Los tres pelotones se separaron para tomar direcciones diferentes y entrar en el bosquecillo. Con lentitud y procurando no hacer ruidos extraños, se fueron acercando a la hoguera, pero lo primero que vio Pablo, fue a un indio enorme haciendo guardia, a unos veinte metros de donde se hallaba el resto de la partida de indios.

Levantó la mano para que sus hombres se detuviesen, colocó su Dickert en bandolera y extrajo un cuchillo de hoja ancha, de la funda que llevaba sujeta al cinturón; lo empuñó mientras se acercaba con sigilo por la espalda del indio.

Pero cuando estaba a unos cuatro metros de él, crujió una rama bajo sus pies, y el indio se revolvió con un hacha en la mano para enfrentar la mirada de Pablo.

El indio era un mozo de cuidado; grandote, hercúleo, y con la cara pintada con colores rojos y negros que le daba todavía un aspecto más fiero.

Cuando lanzó el hacha, intentó lanzar un grito de aviso a sus compañeros, pero Pablo, avezado en combates cuerpo a cuerpo con indios Creek de San Agustín de la Florida, lanzó su cuchillo unas décimas de segundo antes de que el indio lanzase su hacha, aunque con desigual precisión. El hacha del indio fue a clavarse a escasos centímetros de la cabeza de Pablo, en un árbol próximo; el cuchillo de este, se incrustó en el interior de su boca, atravesándole el cuello, cuando éste la habría para lanzar su grito de aviso.

El indio cayó hacia atrás como un fardo. Pablo se acercó al cuerpo inerte y le arrebató su cuchillo, arco y carcaj de flechas; luego regresó al árbol y desencajó el hacha de indio, colocándola a su espalda, sujeta por el cinturón de sus pantalones. Después dio orden de avanzar.

Lo hicieron despacio, desplegándose en arco para ser menos blanco fácil y con los mosquetes cargados y listos a disparar. Cuando estaban a menos de treinta metros

del grupo de la hoguera, escucharon un disparo a su izquierda, mientras uno de los indios, alcanzado por la bala del capitán, caía de costado.

El bosque se convirtió de repente en un infierno con el estruendo de los disparos de los mosquetes, mientras las lenguas de fuego que emitían las armas, iluminaban por segundos el lugar, permitiendo que sombras tenebrosas emergieran de la oscuridad, para desaparecer tan pronto como se apagaban los resplandores.

Las dos mujeres, que se encontraba separadas del grupo de comanches algunos metros, al escuchar la salva de disparos, se echaron al suelo mientras una sonrisa aparecía en sus rostros. Las iban a rescatar —pensaban—. Pero no todos los indios cayeron muertos. Cinco de ellos que quedaron indemnes, y otros tres que sufrieron heridas leves o de escasa consideración, salieron corriendo entre los árboles, disparando con sus mosquetes, y uno de los exploradores cayó al suelo, muerto por un certero disparo comanche. Luego se produjo un silencio, mientras comanches y soldados recargaban sus armas.

Pablo se dio cuenta de que un comanche se había refugiado tras un árbol a escasos metros de él. El joven hizo un amago de salir, para esconderse rápidamente otra vez, provocando al indio para que realizase un último disparo; entonces salió de la protección que le ofrecía el árbol y se fue en busca del comanche con el hacha del indio muerto en sus manos, pero no le dio tiempo a llegar hasta él. Sonó un disparo y el indio cayó fulminado al suelo.

Cuando Pablo se volvió para ver quién había disparado, vio al capitán soplando el cañón de su pistola, mientras con la otra mano se tocaba el sombrero de tres picos que llevaba en la cabeza.

—Le debo una —dijo Pablo, dirigiéndose al oficial.

—Hoy por mí, mañana por usted —respondió el capitán. Ahora veamos cómo están las mujeres.

Los soldados habían reducido a tres de los comanches que continuaban vivos, y los mantenían atados de manos, con una soga al cuello, y amarrada ésta a uno de los árboles próximos a la hoguera. Las mujeres, liberadas ya, se encontraban abrazadas junto a uno de los sargentos.

La mayor de ellas, una mujer de edad cercana a los cuarenta años, con el pelo claro, rodeaba con sus brazos a una niña que no llegaría a los catorce años de edad, pálidas las dos por la tragedia que habían sufrido; y cuando se acercó el capitán para preguntarles si habían les habían hecho algún daño, la mujer respondió, que solo golpes para reducir las, atarlas de manos y subirlas como fardos, a los lomos de los caballos de los dos indios que las apresaron.

—Supongo, que mi marido está muerto, ¿no es así? Vimos cómo lo ataban a la carreta, después de dispararle, y luego lo flecharon, y le prendieron fuego a la carreta y a la casa, mientras dos de los indios nos reducían. ¿Puedo saber que han hecho ustedes con su cadáver?

—Lo desatamos de la carreta y le dimos cristiana sepultura —respondió el

capitán.

—¿Y ahora, qué va a ser de nosotras? —preguntó de nuevo la mujer, con gran preocupación.

—Vendrá con nosotros al presidio de Nuestra Señora del Pilar de los Adaes, tan pronto como llegue el resto de nuestra tropa.

¿Qué les hizo establecerse tan lejos de la misión o del presidio?

—La tierra era buena, había agua y podíamos cultivarla y criar algunos animales —dijo la mujer.

—Pues ya ha visto los resultados. Sin la protección de los frailes y soldados, cualquier colono puede estar muerto como le ha ocurrido a su esposo.

La mujer se echó a llorar asintiendo.

Media hora después, por encima de la loma, apareció Don Fernando con el resto de soldados, los caballos de refresco, la carreta y el cañón.

Cuando desmontaron, el capitán le dio la nueva a Don Fernando, relatándole el ataque que habían hecho a los indios y la liberación de las mujeres. Después de escuchar el parte, Don Fernando dio orden al capitán, de que simulasen un fusilamiento a los indios pero sin bala en los mosquetes.

Se formó una sección con siete hombres delante de los aterrorizados indios, se encararon los mosquetes y, a la orden de fuego, dispararon.

Los comanches, pensando que los iban a matar, se sorprendieron de que ninguna bala les hubiese alcanzado. Luego se acercó Don Fernando a ellos con un explorador para que les tradujese las palabras que les dirigió:

—Díganle a los jefes de cada tribu, que los españoles no queremos la guerra, queremos la paz con la nación Comanche y con el resto de naciones indias, pero que cualquier asalto a nuestros colonos, ranchos, misiones o presidios, tendrá automáticamente una reacción de castigo para aquellos que lo cometiesen. Ahora son libres de marcharse, pero andando, sin caballos y sin armas.

Luego, dirigiéndose al capitán le dijo: ¡Suéltelos!

Los indios se alejaron corriendo, mirando de vez en cuando hacia atrás por si les disparaban desde la distancia, y se perdieron en el inicio de la noche.

—Me tiene asombrado —le dijo Pablo a su suegro, quién se había acercado a él, pero no había querido interrumpir al capitán su relato de la acción, el falso fusilamiento, ni las palabras que había dirigido a los comanches antes de liberarlos.

—¿Por la liberación de los indios?

—Sí, claro.

—¿No lo entiende, Pablo?

—Sí, creo que sí. Quiere que transmitan a los jefes que no queremos la guerra.

—Mire, Pablo. Estos comanches no se van a cristianizar y tampoco se lo podemos imponer. Son muchos más que todos los españoles que nos encontramos en esta

provincia, y a la larga, con la distancia que hay hasta los presidios de Santa Fe, Coahuila, Querétaro o Zacatecas, por no decir la capital del virreinato, antes de que nos llegasen refuerzos para hacer frente a un ataque indio en masa, ya estaríamos muertos todos. Lo entiende, ¿no?

—Eso lo tengo muy claro, Don Fernando.

—Hay cosas que no quisiera que se le olvidasen, pues puede ir en ello la vida de mi hija, la de usted y su descendencia, y la de los hombres y mujeres que convivan con ustedes.

—Le escucho, Don Fernando.

—Recuerda la historia que le comenté sobre Juan de Ulibarrí, pues en cualquier momento puede volver a ocurrir lo mismo. Las tribus Comanches son bastante numerosas y mantienen acuerdos con los Ute y los Caddo; disponen de muchísimos caballos, y encima están armados con mosquetes y pistolas francesas. Si los presionamos en exceso, podría surgir un nuevo ataque a gran escala, en toda la provincia, contra los asentamientos españoles, misiones y presidios, y no tendríamos fuerzas suficientes para contenerlos.

La fuerza que nos puede dar la fe y cristianización de los indios en otros lugares, aquí no nos servirá si no les demostramos que queremos la paz, con gestos como el de la liberación de esos tres indios, pero manifestando que actuaremos con energía cada vez que cometan un asalto a ranchos o misiones españolas.

Tenemos que enseñarles otras formas de vida, como el cultivo de verduras y frutales, la ganadería y otras actividades, pero sin imposiciones, invitándoles a que participen de nuestra cultura..., y lo demás vendrá con el tiempo.

—Me parece bien, Don Fernando, pero a pesar de lo que dice, que me parece una buena idea, no me fío de unos indios, que hoy te ponen buena cara y mañana te pueden clavar un cuchillo por la espalda.

Don Fernando calló ante el comentario, no exento de razón de Pablo.

¿Le parece que acampemos aquí esta noche? Está comenzando a oscurecer y este no me parece mal lugar.

—Sí, me parece bien. Daré orden de que reúnan a todos los indios muertos, fuera de los árboles, para que mañana o cuando sea, los puedan recoger los comanches para darles sepultura o lo que quieran conforme a sus ritos y creencias.

Dígale a los intendentes que preparen algo para cenar todos nosotros —le dijo Don Fernando al capitán—, y prepare una fuerte guardia para la noche. No me gustaría verme sorprendido por los comanches mientras estemos durmiendo. Mañana saldremos al amanecer.

Las quince leguas que quedaban por recorrer hasta el presidio de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza de los Adaes, las hicieron a un galope corto para no cansar a los caballos, con descansos de veinte minutos para que se refrescasen los animales y jinetes.

La mujer y la niña, ya más repuestas del impacto que les produjo el ataque

comanche y la muerte de su esposo y padre, se encontraban en el interior de la carreta de pertrechos.

Al atardecer, llegaban al recinto del presidio.

El Presidio de Nuestra Señora del Pilar de los Adaes

Conforme llegaban, Pablo avistó gran una fortificación de altos muros, realizados con piedra y argamasa, y dos baluartes en sus extremos opuestos. A su alrededor, se veían algunos pequeños ranchos con movimiento de personas y animales.

El propio gobernador, Don Justo Boneo y Morales, salió a recibirles, junto al capitán del presidio, para hacerles llegar poco después, hasta la mansión que se había construido para él, en el interior del recinto.

Don Fernando entregó sus credenciales al gobernador y le mostró la orden del virrey Don Pedro Cebrián y Agustín.

—¿Y qué piensa hacer usted? —le pregunto el Gobernador con gesto serio, pues le incomodaba que hiciesen una investigación sobre los presidios bajo su mando.

—Cumplir mis órdenes, por supuesto. Además, he traído conmigo la soldada de un año para los hombres de los presidios que he de visitar.

—Al menos, esa es una buena noticia que mis hombres apreciarán y yo también.

—Y también ha venido conmigo mi yerno, aunque mi hija se ha tenido que quedar en la misión de San Antonio de Valero con el resto de mis soldados, vaqueros, reses y caballos.

El Gobernador alzó las cejas en un gesto de extrañeza.

—¿Puedo conocer el motivo?

Por supuesto. Mi hija se encuentra embarazada, pero le hemos querido ahorrar un viaje hasta que no conozcamos el lugar propicio para que se establezcan. Deseamos encontrar buenas tierras con pasto y agua suficiente, cerca de la frontera con Luisiana, para crear una hacienda de cría de ganado, caballos, huertas y frutales, y animales de granja, algo parecido a la que poseo en el Valle de Guadalupe, en México. Quisiéramos comerciar con los franceses y colonos que se hayan asentado a este lado del río Sabine, pues pensamos que es una opción de futuro. También traigo una carta del virrey, que autoriza el establecimiento de la hacienda en el lugar queelijamos, a discutir con Su Excelencia, o con el prior de la misión a la que correspondan los terrenos.

—Tendrá que contar usted también con el beneplácito de los Comanches, Utes, Karankawa y Adais, que aunque nos llevamos bien, de vez en cuando, algunos guerreros hacen de las suyas y asaltan ranchos aislados.

—Es cierto, Excelencia, al venir hacia aquí, mis hombres han tenido que ejercer una acción de castigo, sobre un grupo de comanches que habían asaltado un pequeño ranchito en el que vivían un matrimonio y su hija. Eran unos veinte salvajes, de los cuales solo hemos dejado ir a tres de ellos, después de haber dado cristiana sepultura al varón, y haber rescatado a la mujer y a su hija que habían sido secuestradas por esos bárbaros.

—Pues ya ha visto lo que le decía. Espero que no tomen represalias contra ningún colono por la muerte de sus guerreros.

—Había pensado, con su consentimiento como gobernador de esta provincia, ir a visitar a sus jefes para comentarles nuestro proyecto, y decirles que si se quieren integrar en él, estaríamos dispuestos a enseñarles como cultivar la tierra y criar ganado u otros menesteres propios de una hacienda, y a mantener una buena relación de amistad dentro del respeto mutuo, pero que, sin embargo, castigaremos de forma contundente, cualquier intento de robo, ataque a las personas, raptos de mujeres o violaciones. Por eso quería llevar conmigo a la mitad de mis hombres, para demostrarles fuerza y energía, pero tendiéndoles la mano al mismo tiempo.

—No sé el resultado que conseguirán. Las tribus de indios de esta parte de Texas y Luisiana no son dados a cristianizarse ni abandonar sus ritos y costumbres, sin embargo, hay algunos que nos prestan alguna colaboración, y ya llevamos algunos años con una cierta paz.

En cuanto al lugar ideal para establecer una hacienda aquí, en esta parte de Texas, es algo complicado. Verá mucho pasto verde que en algunas zonas llega a alcanzar los dos metros de altura, con profundas raíces que permiten que al siguiente año, después de haberse agostado, vuelva a brotar, por lo que es ideal para criar ganado, pero son malas tierras para la agricultura y frutales que me ha comentado. Por otra parte, los veranos son muy calurosos y los inviernos gélidos, hasta el punto de que en los árboles se forman carámbanos de hielo, y sufrimos constantes tormentas y tornados.

—Ya lo teníamos asumido, pero establecernos lejos de la frontera, supondría menos protección militar y mayor encarecimiento de nuestros productos a la hora de venderlos en la Luisiana.

Por otra parte, hemos visto más de sesenta casa fuera del perímetro del presidio, y unos huertos que deben cultivar esos colonos, luego, esas tierras deben ser buenas.

—Don Fernando, esas tierras las hicimos buenas nosotros. Todo esto que ve a su alrededor, era un gran bosque de pinos y nogales que tuvimos que talar para dejar espacio suficiente libre que nos permitiese ver a los indios si nos atacaban. Luego, los colonos han tenido que retirar millones de piedras que invadían el terreno para poder hacerlo cultivable. Si ustedes están dispuestos a hacer eso en el terreno que elijan, bienvenidos, pero ya les digo que será una tarea de gigantes. ¿Cuántos hombres vienen con ustedes?

—Entre vaqueros y peones, unos cuarenta, aunque pensamos que puedan colaborar con nosotros algunos indios. Talaremos los árboles que haga falta para construir las casas necesarias para las familias. Algunos de los vaqueros y peones, están casados, tienen hijos, y quieren establecerse también aquí.

—De acuerdo, usted gana. Mañana le acompañaré con sus soldados a visitar unas tierras cercanas al Río Rojo, que son bastante llanas, pero tienen el inconveniente de tener bosques de robles y pinos a su alrededor. Si la cuidan, podría llegar a ser una

tierra excelente, pero existe otro inconveniente. Se encuentra a cuatro horas de camino del presidio y nuestra protección podría ser deficiente a causa de la distancia.

—Procuraremos que no lo sea. Nosotros no podemos estar siempre pendientes, de que vengan ustedes a sacarnos las castañas del fuego a cada problema que podamos tener con los indios o con los franceses —respondió Pablo, que hasta ese momento no había abierto la boca.

Concluida la visita de Pablo al gobernador, este le dijo a Don Fernando, que se quedase para concretar detalles sobre su misión, y comunicarle las nuevas órdenes que había recibido del virrey con un correo urgente.

—¿Correo urgente del virrey? Preguntó extrañado, Don Fernando.

—Efectivamente, teniente coronel, hace un par de días, llegaron cuatro soldados, al mando de un sargento, con nuevas órdenes para mí y para usted.

Vinieron al galope de sus monturas, por el Camino de Tierra Adentro, repostando caballos en presidios y misiones para llegar antes de que usted se pusiera en marcha con la inspección encomendada.

—Mire, aquí las tengo —dijo sacando un documento de uno de los cajones de su despacho, tendiéndoselo a Don Fernando.

—Don Fernando leyó legajo, en el que se explicaban las acciones a seguir como prioritarias y los motivos de las mismas:

«Aunque las hostilidades con los ingleses en Nueva España, se han limitado a enfrentamientos entre fuerzas de Georgia y las nuestras en La Florida, estimamos que puede haber un intento de desembarco inglés en el Golfo de México, fundamentalmente, entre Mata Gorda y Tampico, zona bastante despoblada y poco defendida por nuestros soldados, por lo que he determinado que, Don José de Escandón, sea el nuevo gobernador de esa provincia, que en adelante se llamará Nuevo Santander, con plenos poderes para fundar ciudades y misiones, pacificando a los indígenas de la misma, y haciendo frente a cualquier incursión inglesa en la zona.

La misión del Teniente Coronel del Regimiento de Dragones de Cuera, Don Fernando Aldasoro, con los cien hombres de su compañía, será la de dirigirse con premura al presidio de Nuestra Señora de Loreto, en la desembocadura del río San Antonio, ya que supone la única fortaleza española para toda la Costa del Golfo, desde la desembocadura del río Grande hasta el río Mississippi, con la intención de abortar cualquier intento de desembarco inglés en la zona, a la par que reforzar las fuerzas existentes y esperar la llegada de Don José de Escandón, quien determinará las posteriores acciones militares de su compañía».

—Esto cambia todas las órdenes y proyectos anteriores —dijo Don Fernando.

—Así parece. El documento está escrito y firmado de puño y letra por Don Pedro Cebrián y Agustín, virrey de Nueva España —respondió el gobernador—. ¿Cuándo piensa partir?

—Tan pronto reúna aquí a mis hombres, pero no lo podré hacer hasta que no encontremos tierras disponibles y regrese con la caravana, las reses, y el resto de hombres que dejé en San Antonio.

—De acuerdo —respondió el gobernador—, entonces no debemos demorar la visita a esas tierras.

Terminada la reunión con el gobernador, Don Fernando explicó a Pablo la situación, y la decisión del Gobernador de acompañarles al día siguiente a ver aquellas tierras junto al río Rojo.

A la mañana siguiente, el gobernador y Don Fernando, en un carruaje descubierto, salieron del presidio de Nuestra Señora del Pilar, escoltados por los soldados que habían llegado desde San Antonio.

—¿Conocía usted esta región? —preguntó Pablo al capitán, después de un tiempo de marcha por la pradera ondulada, exenta de caminos, y con algunos bosques no muy extensos que se veían de tanto en cuanto.

—No, lo cierto es que nunca había estado por aquí, pero me gusta esta tierra.

Cuatro horas más tarde, llegaron a orilla de un lago al que vertía sus aguas el río Rojo. Una de sus orillas estaba cubierta por un denso bosque de pinos y robles de gran altura. El resto, era una pradera verde, salpicada por algunos robles, a cuya alrededor crecían algunos macizos de rododendros.

La columna se había detenido para observar el paisaje, mientras Don Fernando y el gobernador cambiaban impresiones sobre el mismo.

Pablo bajó del caballo y tomó una pizca de tierra entre sus dedos, la olió, y se la llevó a la boca.

Don Alonso Tejado, extrañado por esa maniobra, le preguntó riendo:

—¿A qué sabe? ¿No me diga que también come tierra?

—Usted no entiende de tierras ni cultivos, ¿verdad?

—¿Qué diferencia hay entre una y otra? Yo solo cabalgo sobre ella.

—¡Ya! ¡Me lo imaginaba! —respondió Pablo, con una sonrisa, después de escupir la tierra que había saboreado.

En ese momento se acercaban Don Fernando y el gobernador, quien le preguntó a Pablo:

—¿Qué te parecen estas tierras?

—No están mal del todo, aunque son ácidas, como indican los rododendros que crecen alrededor de los robles aquellos. Sin embargo, cuidándolas y con el abono que producirán los caballos y reses, se podrán mejorar para el cultivo, aunque tal y como están, y haciendo canales de riego desde el pantano para que llegue el agua a los campos, se podría cultivar maíz, tomates, ejotes —*judías verdes*— fríjoles, calabazas, pepinos, patatas, y casi lo que queramos.

Sí, Excelencia, creo que no son malas tierras, aunque un poco más lejos de los

centros comerciales de Luisiana que yo esperaba. Falta por ver, la extensión de pastizales para el ganado, la cantidad de terreno que se nos concedería y el precio a pagar a la Corona.

—Eso lo hablaremos en mi despacho —respondió el gobernador, quién se sorprendió por los conocimientos de Pablo en materia de agricultura y calidad de las tierras.

—Otra faceta más de usted que no conocía —le dijo Don Fernando, poniendo su mano en el hombro del joven.

—Me crié entre cultivos y la herrería de mi padre, allá en Lezo, aunque aquellas tierras eran mejores y llovía muy a menudo, por lo que la falta de agua no era problema. Al llegar a Nueva España, vi lo que cultivaban los indios y la clase de tierras en que lo hacían.

¿Le parece que veamos hasta dónde llegan los pastos y que tierras no puedan interesar? Creo que a Elena le agrada esta parte cerca del lago. Incluso podría tener muchas flores como las que tiene usted en su hacienda de México.

—Sí, es cierto —respondió Don Fernando, mientras pensaba en su hija. Tomemos seis hombres y veamos cómo son estas tierras. ¿Nos acompaña, Excelencia?— le preguntó al gobernador.

—No, vayan ustedes. Yo me quedaré aquí con el resto de sus soldados hasta que regresen ustedes.

Una hora después, regresaban Pablo, Don Fernando y la sección de soldados.

—¿Le acomodan estas tierras, joven? —preguntó el gobernador.

—Sí, Excelencia. Me acomodan, y espero que también a mi esposa.

Don Fernando asintió con la cabeza.

—¿Y cuantas tierras precisaría usted para su proyecto? —preguntó de nuevo el gobernador, mientras se dirigía al carruaje.

—Las suficientes para albergar unas dos mil reses, quinientos caballos, campos de cultivo y una gran casa como la que tiene Don Fernando en México.

—Es usted muy ambicioso, ¿no, joven?

—La ambición fue lo que me trajo a Nueva España, y quiero darle a mi esposa lo mismo que ha dejado en México por venir hasta aquí conmigo.

—¿Con cuántos hombres va a contar para llevar a cabo esa idea?

—Con cuarenta hombres, algunos de ellos con esposa e hijos.

—Van a ser pocos para tamaña empresa. Construir una casa de esas características que usted dice, arar campos de cultivo, criar y vigilar reses y caballos, y cuidarse de los posibles robos y asaltos de los indios, no sé qué quiere usted que le diga. Se me antojan pocos.

Además, va usted a necesitar manos para talar árboles, construir esa casa, fabricar muebles, puertas y ventanas. En el presidio hay hombres expertos que llegaron de Galicia, Canarias y Cuba, con sus familias, que le pueden echar una mano en esos menesteres, siempre que usted les pague un salario decente.

—No se apure por eso, Excelencia. Hemos previsto todas las contingencias. Traemos con nosotros cincuenta tiendas de campaña, aperos de labranza y para la construcción, herramientas para trabajar la madera y utensilios de cocina.

Solo falta, que su Excelencia nos conceda las tierras que le solicito, ya que el virrey Don Pedro de Cebrián y Agustín, así lo determinó.

—Es cierto joven, pero no olvide nunca que yo soy quien gobierna esta provincia, y México queda muy lejos como para que las noticias lleguen pronto. Tal vez en otro momento, habría pedido la confirmación de la carta que lleva su suegro, pero creo que sería una pérdida lamentable de tiempo, así que mañana concluiremos este negocio.

Al día siguiente, otra vez en el presidio, Pablo quiso conocer la opinión de Don Fernando sobre las tierras que habían visitado.

—Son buenas tierras, Pablo, pero tendrás que trabajar mucho para hacer tu sueño realidad.

—Quiero darle a Elena una hacienda como la de usted.

—Eso va a ser muy difícil, yo me la encontré hecha, Pablo, y tú tendrás que comenzar desde el principio. Ahora veamos que nos dice su Excelencia.

El gobernador les estaba esperando, y cuando entraron en su despacho, después de los saludos correspondientes, Don Justo Boneo le entregó a Don Fernando una carta que constituía el título de propiedad de un terreno de cuatro leguas a la redonda, desde el mismo lugar donde se habían detenido junto al lago. ¿Tendrán suficiente terreno para su hacienda?

Don Fernando preguntó, cuánto tendrían que pagar por esas tierras a la Corona.

—No sé en cuanto valorará la Real Hacienda, las tierras que le ha concedido el virrey, Don Pedro Cebrián y Agustín, y en su comunicado tampoco lo expone. Supongo que por ignorar su dimensión, pero se lo haré saber tan pronto como me llegue la cédula de Su Majestad el Rey, confirmando la concesión y su precio, y eso puede llegar a tardar más de un año y medio. Ahora ya puede regresar a por su esposa —le dijo a Pablo.

Cuando salieron del despacho del gobernador, Don Fernando le preguntó a Pablo, cuándo pensaba regresar a San Antonio.

—Ultimados los detalles del terreno y la propiedad, inmediatamente, Don Fernando. Extraño muchísimo a Elena.

—No pensará ir solo, ¿no?

—Supongo que me acompañarán los cinco indios papaya que vinieron con nosotros, ¿no?

—Supongo que sí, porque aquí ya no nos hacen falta, pero debería llevarse además, una sección al mando de un sargento. No me agradaría que le ocurriese nada en su regreso. Yo debo quedarme aquí, para ultimar detalles de mi partida hacia el

presidio de Nuestra Señora de Loreto, tan pronto regrese usted con la caravana y el resto de soldados.

Al día siguiente, al amanecer, emprendieron la marcha, con un caballo de refresco para cada componente del grupo, incluidos los indios.

Llevaban unas veinte leguas recorridas, cuando uno de los exploradores papaya regresó al galope, para indicar a Pablo, que una partida de unos veinte comanches a caballo, armados con mosquetes, se encontraban cerca del bosquecillo donde habían tenido la refriega con el grupo que asaltaron el rancho. Parecía como si esperasen a los que habían dado muerte a sus compañeros.

—Tendremos que desviarnos de la ruta para no tropezarnos con ellos. Lo importante es llegar a la misión. ¿A qué distancia se encuentran?

—Como a media legua —dijo el papaya.

—Entonces, iremos una legua hacia el sur, dando un rodeo, y después marcharemos hacia el norte de nuevo.

Dos días después, en un atardecer, entraban en los terrenos de la misión de San Antonio de Valero.

Los primeros que salieron a recibirles, fueron los hombres de Don Fernando, que habían quedado en la misión, y algunos indios papaya, precedidos por Elena y Guadalupe, que habían sido avisadas por los indios de que se acercaba el grupo de jinetes.

Al llegar a las puertas de la misión, Pablo descabalgó, mientras Elena corría hacia él, fundiéndose los dos en un emotivo abrazo.

—Estás tan hermosa como cuando te conocí en la feria de Veracruz —le dijo al oído.

Ella separó un poco la cabeza, miró a Pablo a los ojos y le dijo:

—Debe ser el embarazo.

—Sí, el embarazo suele poner más guapas a las mujeres, sobre todo si llevan un niño en sus entrañas —ratificó Guadalupe—, y la señorita Elena está muy embarazada. Eso se lo puedo asegurar patrón —dijo acariciando el brazo de Pablo, mientras se retiraba para dejarles solos—. Me alegro de que esté de regreso, Don Pablo.

—Entonces, por eso estás más hermosa todavía —le dijo, mientras se inclinaba un tanto y la besaba en los labios—. Te he extrañado mucho Elena; los días se me hacían extremadamente largos y deseaba regresar cuanto antes para estar a tu lado.

—No sabes cuánto te he echado yo de menos a ti —respondió ella, mientras estrechaba todavía más su abrazo—. Me pasaba el día llorando, en espera de que regresases. Menos mal, que Guadalupe y las otras mujeres me han arropado como si

fuese su hija.

En aquél momento, se formó un pequeño corro de indios en torno a los exploradores papaya, y un par de mujeres comenzaron a lanzar gritos y quejidos lastimeros en su lengua. Terminaban de enterarse de que uno de los exploradores ya no regresaría.

Mientras los soldados que terminaban de llegar con Pablo, llevaban a sus caballos al campamento junto al río para que abrevasen, Elena, tirando de la mano de Pablo, se acercó al corro de los papaya, en el que se lamentaban las mujeres.

El resto de indios tenían el rostro serio, y al acercarse Pablo y Elena, abrieron el círculo, mientras miraban al joven con respeto y una cierta admiración.

Uno de los exploradores, terminaba de contar, cómo Pablo había matado al guerrero comanche que hacía guardia, lanzándole el cuchillo a su boca para que no alertase al resto.

—¿Qué ha ocurrido, qué? —preguntó Elena a Pablo, mientras una gran sombra de preocupación aparecía en su rostro—. ¿Qué habéis tenido un encuentro con los comanches?

—Sí, así es. Terminaban de asaltar y quemar un pequeño ranchito, había matado a su dueño y raptado a su mujer e hija pequeña. Fuimos tras ellos, y casi al anochecer, les encontramos en una pequeña arbolada. Le rodeamos y matamos a casi todos, liberando a las mujeres.

—Sí, eso es lo que he escuchado que decía aquél papaya. Pero también he oído, que mataste a un guerrero comanche con tu cuchillo y que te podía haber matado él.

—Sí, pero no lo hizo, me adelanté por un segundo.

—Elena se abrazó de nuevo a su esposo y, llorando desconsolada, le dijo al oído. —No podría soportar que te pasase algo malo ¿sabes?

Luego se separó de él con decisión, y le dijo con energía y el semblante serio: ¡Te prohíbo que te mueras o que te maten! ¿Entendido?

Pablo no pudo por menos que soltar una carcajada, por la expresión de su mujer y el tono autoritario en que la dijo.

Los indios los miraron extrañados. No entendían la risa de Pablo, cuando ellos estaban de duelo por la muerte de uno de los suyos.

Pablo les explicó el motivo de su risa, y pidió disculpas por ello, pero los indios comenzaron a marchar hacia su poblado, dejándolos solos.

Pablo y Elena regresaron hacia el campamento, despacio. Ella cogida de su brazo y con la cabeza apoyada en el hombro de él. En un determinado momento, Elena paró la marcha y preguntó a Pablo con preocupación:

—¿Mi padre está bien?

—Sí, Elena, tu padre está bien y con mucha energía. Él y la mitad de los hombres se quedaron rezagados por si necesitábamos ayuda, pero cuando llegaron todo había terminado ya. Luego mandó que fusilasen a los tres prisioneros que habíamos hecho.

—¿Qué mi padre, qué?

—No te alarmes. Tu padre sabe muy bien lo que se hace.

—Eso ya lo sé, le conozco muy bien, pero me extraña que mandara fusilar a tres prisiones comanches.

—Fue un escarmiento, ¿lo entiendes?

—¡No!

—Los fusiles estaban cargados solo con pólvora. No llevaban balas. Después los dejó marchar, pero a pie, sin caballos, para que no les diese tiempo de avisar a los suyos antes de que llegásemos al presidio.

—¿No va a regresar él?

—Tenía muchas cosas que despachar con el gobernador.

—¿Todo eso es lo que me vas a contar?

—Cuando lleguemos al campamento, abreve mi caballo, le quite silla y arneses, me lave y coma algo, entonces será el momento.

—Me tienes en ascuas. ¿No me puedes decir nada ahora? —preguntó Elena, dando una patadita en el suelo con un mohín de disgusto en su cara.

—Pareces una niña. ¿Sabes que cuando te pones así, me gustas más todavía? Vale..., te diré algo..., pero ya no soltaré prenda hasta que haga lo que te he dicho que he de hacer, ¿de acuerdo?

—Como quieras... —dijo ella bajando la cabeza y mirando al suelo como si estuviese avergonzada.

—Eres la propietaria de un terreno de cuatro leguas a la redonda.

—Elena se volvió hacia Pablo, lo abrazó y le besó de nuevo en los labios.

—¿Es bonito el lugar?

—Hemos quedado en que no te contaré nada más hasta que me haya lavado, aseado y comido un poco, ¿no?

—Ardo en deseo de que me lo cuentes todo.

—Anda, vamos, que caminamos muy despacio.

Cuando llegaron al campamento, los soldados recién llegados, ya habían contado su aventura, y al llegar Pablo y Elena, rompieron en aplausos y vivas, pero todos querían saber por él, lo acontecido con los comanches.

—A la hora de la cena, contaré lo que queráis.

Luego marchó a la carreta de Elena, quien ya le había preparado ropa limpia. Después se fue a un recodo del río, se desvistió y se metió en el agua. Un momento después, se sorprendió al ver que su mujer hacía lo mismo y entraba en el agua totalmente desnuda.

—¿Puede una mujer bañarse con su marido, después de que hace días que no le ha visto? —dijo, mientras se aproximaba a él y le echaba los brazos al cuello.

—Elena, no quisiera que fuésemos el foco de atención de algunos mirones. Ten en cuenta, que hay soldados que no habrán visto a una mujer desnuda en meses, y no quisiera que se pudiese crear ningún altercado.

—No te apures por eso. Guadalupe está de guardia con mis dos pistolas cargadas

entre aquellos árboles. Si se acerca alguien, lo espantará —dijo, sin soltarse del abrazo, mientras la pasión los desbordaba.

Media hora después de retozar los dos, con el agua hasta el cuello, decidieron salir a la orilla, secarse, vestirse, y quedarse un buen rato tumbados sobre la hierba.

—¿Me vas a contar algo más ahora?

—¿Qué ocurrirá si no te lo cuento ahora?

—¡Que dormirás debajo de la carreta! ¡Solo eso!

—Vale, vale, todo sea por no dormir en el suelo. ¿Qué quieres saber?

—¡Todo! ¡Desde que salisteis de aquí!

Pablo relató todo lo acontecido, el incendio del rancho, la división de la tropa para salir en pos de los comanches, la lucha, y cómo Don Alonso Tejado mató al indio que le quería matar a él; el encuentro con el gobernador, el viaje hasta las nuevas tierras, las posibilidades del terreno, la idea de la nueva casa y los cultivos que se podrían desarrollar, y por último, la conversación con el gobernador cuando le entregó el título de las tierras.

—¿Cuando salimos hacia allí?

—Tranquilízate. Durante la cena lo hablaremos y dispondremos todo para la marcha. Hay que contar con los soldados, ver en qué estado está el ganado y los caballos, preparar las carretas, disponer una buena defensa por si nos atacan de nuevo los comanches, que seguro que lo harán, al ver las manadas que llevamos con nosotros y la caravana de carretas. No podemos salir sin tenerlo todo previsto.

—Tienes razón. Soy una impaciente. ¿Has pensado en llevar indios papaya con nosotros?

—No, no lo había pensado.

—Pues nos vendrían bien en la nueva casa. Sobre todo las mujeres. Las he visto ocuparse en la misión, y te puedo decir que son muy trabajadores, pacientes y calladas. En cuanto a los hombres, ya están acostumbrados a cuidar el ganado, son muy buenos jinetes y están cristianizados.

—¿Quieres que hablemos con ellos, para ver cuantos están dispuestos a venir?

—Sí, me gustaría, pero hablemos primero con fray Antonio a ver qué le parece.

Al franciscano le pareció una buena idea, y habló con el jefe del asentamiento indio poco después. Luego les comunicó a Pablo y Elena, que les acompañarían seis indios con sus esposas e hijos.

La cena se hizo alrededor de tres hogueras, donde las mujeres habían preparado fríjoles con tocino, chiles, cebollas, y mazorcas de maíz cocidas. Corrió el pulque y se cantaron canciones, hasta que el teniente al mando de la tropa que quedaba, y Pablo, decidieron que se debía terminar la fiesta para comenzar a organizar la marcha hasta el presidio de Nuestra Señora del Pilar de los Adaes.

Se reunieron, el teniente Don Agustín, Pablo, los tres sargentos, Raúl, uno de los capataces que estaba al mando de los vaqueros y el jefe de los peones.

Determinaron que saldrían dos días después, al amanecer, porque la marcha con

las reses sería lenta, pero antes deberían comprar a los frailes, verduras frescas de sus campos, maíz, calabazas, frijoles y patatas, así como algún ternero para carne fresca, ya que el ganado de Pablo no se podía sacrificar.

De regreso al presidio

Estaba amaneciendo, cuando Don Agustín dio la orden de marcha, después de que los seis exploradores papaya que habían decidido ir con ellos, hubiesen salido media hora antes por si avistaban indios hostiles.

De las quince carretas que habían salido de México, solo emprendieron la marcha trece de ellas. Una marchó anteriormente con la columna de Don Fernando, y la otra era innecesaria por haberse consumido ya el forraje que las llenaban, mientras el sacerdote que les había acompañado desde México, decidió quedarse en la misión con fray Antonio.

Los frailes y una multitud de indios fueron a despedirlos.

En cabeza, marchaba Don Agustín con treinta hombres, un sargento y un cabo. Les seguían las nueve carretas de las familias de los vaqueros y peones, la carreta con el cirujano y el barbero, y tres carretas de Pablo con aperos de labranza, tiendas de campaña, pólvora, armas, herramientas varias y utensilios de cocina y alimentos.

Detrás de ellas, seis caballos indios, con los característicos palos cruzados en «V» y sujetos por arneses de cuerda a sus lomos, transportaban los «tipis» recogidos. Las seis mujeres indias y sus hijos, caminaban junto a ellos.

Vaqueros y peones se afanaban por conducir los cuatrocientos caballos de refresco de los soldados, las ocho yeguas andaluzas y los dos sementales, además de las cuarenta y cinco vacas que habían quedado con vida del viaje sufrido, y los dos toros de Pablo y Elena.

Los rapazuelos, con grandes varas y ayudados por los perros, se las veían y se las deseaban para conducir la piara de puercos y el hato de ovejas, aunque si alguno de los animales se descarriaba, los perros se ocupaban de que regresaran inmediatamente al rebaño. Finalmente, les seguían los treinta y seis hombres de la segunda sección, con Don Martín a la cabeza, el sargento que había regresado con Pablo desde el presidio, y tres cabos.

Los hatos habían iniciado una marcha lenta y holgada hacia el este, paciando y tascando a la velocidad de unas tres o cuatro leguas diarias, obligando a carretas y soldados a una marcha acompasada, casi desesperante, pero no podían hacer otra cosa, si no quería dejar desprotegidas a las familias y ganado, lo que obligaba a que se realizasen descubiertas para vigilar posibles ataques de comanches, ya que la nube de polvo que levantaban en ocasiones, debía ser vista desde distancias muy grandes en aquellas tierras bastante llanas.

Dos horas después, las manadas de reses, caballos, ovejas y puercos, unas más grandes que otras, habían ganado la cima de una pequeña loma y aparecían en su totalidad, a cuyo frente, la primera columna de soldados, seguidos por las carretas como si hubiesen sido la punta de una lanza, cobraban perspectiva propia, y al final,

la siguiente columna de soldados, se asemejaba a la cola de una serpiente de lomo oscuro.

Atardecido, el sol quería ponerse en un cielo dorado con algunas nubes carmesí, que indicaban viento para el siguiente día.

El primer campamento se realizó a unas cinco leguas de San Antonio, junto a un arbolado de pinos y nogales donde la hierba era escasa, pero cubrían un tupido follaje de zarzamoras, junto a un estrecho y lento arroyuelo que serpenteaba por unas márgenes repletas de saúcos.

El lugar era ideal para pasar la noche y los árboles les podían servir de pantalla protectora a ojos de extraños, aunque la situación del ganado podía ser otra cosa.

Algo más allá del arroyo, en una hondonada tapizada de verde y amarillo, donde la hierba crecía lozana por toda la ribera y trepaba por los suaves declives del cauce, los vaqueros llevaron a los animales para pastar libremente y abrevar cuanto quisieran, mientras ellos desensillaban sus caballos, arrojaban al suelo, sillas, bridas y mantas, dispuestos a pasar la noche junto a los animales.

Algunos se desembarazaron de sombreros, zahones, guantes y botas para ir a refrescarse con el agua del arroyo, antes de que las cocineras le llamasen para la cena.

Elena bajó de su carreta y marchó con Pablo hacia el arroyuelo, quitándose las botas y metiendo los pies en el agua. Experimentaba una gran satisfacción al hallarse de nuevo junto a Pablo, en campo abierto. Gran parte de su vida la había pasado así.

—Cuanta paz hay aquí, Pablo.

—Eso espero, que haya paz y seas feliz en tus nuevas tierras. Te gustarán.

—Seguro que sí.

De vez en cuando, el mugido de una vaca se oía en la otra orilla del arroyo, rompiendo el silencio.

—Es como si estuviese de nuevo en el valle de Guadalupe —dijo Elena.

—Sí, creo que sí, aunque yo solo he estado en un par de ocasiones con los vaqueros.

En ese momento, se levantó algo de viento y una corriente de aire fresco se filtró entre las hojas de los nogales, haciéndolas aullar levemente, a la vez que se llevaba el humo de las hogueras encendidas en el campamento para cocinar la cena de todos los hombres.

—La noche se presenta muy fresca. Deberías regresar a la carreta y abrigarte, no vayas a coger frío —dijo Pablo.

Al otro lado, los caballos, caracoleando, levantaban nubes de polvo aquí y allá, mientras la pequeña selva de cuernos de las reses, parecía tirar lances y derrotes al horizonte rojizo, entre mugidos.

Pablo llevó a Elena a la carreta y la dejó al cuidado de Guadalupe; después se dirigió hacia los vaqueros y peones para conocer cómo había dispuesto Raúl el turno de guardias para vigilar a los animales.

—Hola, Patrón, ¿cómo le fue? —le preguntó Raúl, al llegar Pablo junto a él.

—Bien, Raúl, ¿y ustedes?

—Ya lo ve, Patrón, con los petates en tierra, para descansar un poco esta noche, si nos dejan esos pendejos de caballos con sus piafares, patadas y relinchos, y no digamos de las reses con sus mugidos.

—Pero usted ya está acostumbrado a esos ruidos.

—Pues sí, Patrón, pero cuando uno está con la cabeza en otro lugar, se le escapan las ideas, y todos los ruidos de los animales impiden que uno se reconcentre en sus problemas.

—¿Tiene usted problemas? ¿Está enfermo?

—No, Patrón, solo que me «*pelié*» con mi vieja y ya no me deja dormir en la carreta. Eso me ha trastornado un poco.

—Pues yo le necesito todas las noches junto a los animales. Así que, recoja su cabeza de ese lugar en que la tiene perdida —dijo en tono jocoso—, y comience a formar turnos de guardia para los animales. ¿De acuerdo? Y quiero a todos los hombres con las armas listas para disparar, no sea que tengamos visitas desagradables, pero procurando no crear ninguna estampida. Yo también haré una guardia con los hombres.

—¿Usted, Patrón? No me lo veo haciendo una guardia a los animales —respondió Raúl, con una sonrisa sardónica.

—No se apure, he hecho cosas peores.

—¿Y cómo quiere que los distribuya, Patrón?

—Todas las guardias se reforzarán en el perímetro exterior, que sería por donde nos podrían atacar los comanches y provocar una estampida. Los hombres irán en parejas a caballo y bien armados. Supongo, que con seis hombres por turno en la parte de afuera, podrían contener al ganado si se aloca. Tres solo por la parte interior, ya que al otro lado del arroyo estarán también algunos soldados de guardia. ¿Sabe dónde están los papaya?

—Sí, Patrón. Están junto a aquellos pinos de allá —dijo señalando el pequeño grupo de «tipis» que se había instalado un poco alejado del campamento.

—Organice las guardias de los hombres. Los Papaya también entran.

Yo haré la primera de tres horas, en la parte exterior, con los cinco vaqueros que usted asigne para aquella zona. Usted hará la última guardia. Así que, tan pronto tengan las mujeres la cena, comen y se acuestan. Cuando nos releven, cenaremos los de la primera guardia. ¿Entendido?

—Pues sí, así lo veo yo también, Patrón.

—Pues no se hable más. Dentro de media hora comenzaremos la vigilancia —dijo, mientras se alejaba hacia la carreta para hablar con Elena.

La joven estaba esperando a Pablo junto a la carreta, sentada en un pequeño banco de madera que solían llevar en el pescante junto al conductor.

—En un momento estará lista la cena.

—Las mujeres llevan ya más de una hora cocinando en los comales. Guadalupe

está preparando unas tortillas para las enchiladas, mientras Martín, el genízaro que te las preparó a ti en la hacienda, cocina las cebollitas, los chiles verdes y la carne ahumada, con manteca de cerdo, como a ti te gusta —dijo Elena, tapándose la boca para disimular su risa.

—Eso será una broma, ¿no? Sabes que no tolero los picantes.

Elena se echó a reír por la cara que puso Pablo, al oír lo de las enchiladas.

—De todas formas, no voy a cenar con vosotras. Tengo guardia y comienza en veinte minutos. Comeré cualquier cosa cuando termine.

—¿Te espero despierta?

—No, Elena. Vendré cansado del ajeteo de todo el día y mañana nos espera otro tan duro como este. Lo mejor es que duermas.

Pese a las perspectivas negativas de Pablo, la noche se desarrolló sin más incidentes, y al amanecer, tras el consabido café aguado y amargo, reemprendieron la marcha.

Seis días después, sin ningún incidente, avistaron el presidio.

La columna de soldados, carretas y ganado, conducido por vaqueros, peones y niños, fue recibida con satisfacción por la guarnición del presidio y los colonos que poblaban los alrededores.

Don Fernando se encontraba en primera fila, seguido Don Alonso Tejado y algunos de sus soldados, indicándole a Pablo el lugar donde podían acomodar el ganado, carretas y hombres. Los soldados lo harían en los barracones destinados a la tropa, en el interior de presidio, aunque también había casas vacías que podrían utilizar aquellas familias que más lo necesitasen.

A Pablo y Elena, les fue asignada una casa junto a la muralla norte, y después de aseados y cambiados de ropa, fueron a presentar sus respetos al gobernador.

Las nuevas tierras

—¿Cómo te encuentras, hija? —Fue lo primero que preguntó Don Fernando a su hija mientras le daba un cariñoso abrazo—. ¿Ha habido algún problema durante el viaje?

—Me encuentro muy bien, Padre, y el viaje ha sido tranquilo.

—Me alegro.

—Supongo que estarás ansiosa por ver tus nuevas tierras.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Lo he supuesto, hija. Mañana podrás ir a verlas. Esta noche cenaremos con su Excelencia y hablaremos sobre ese proyecto y la mejor forma de concluirlo.

Después de acomodarse en la casa asignada y adecentarse, Pablo y Elena se dirigieron a la residencia del gobernador, y después de la cena, sobre un rudimentario plano que había realizado Don Fernando de las tierras adquiridas, hablaron sobre la cantidad de hombres necesarios para la construcción de la casa principal y las de las familias del personal al servicio de la misma.

—Padre, una vez vea el terreno y la situación, decidiremos dónde construir y los hombres necesarios, que estando de acuerdo con usted, van a ser muchos más de los que han venido con nosotros.

El gobernador les propuso hablar con los colonos establecidos en torno al presidio, y tal vez, la conveniencia de que se pudiesen asentar algunos indios que cultivasen algunas parcelas.

Pablo estuvo de acuerdo, pensando en que una de las cosas principales que había que hacer, era acotar algunos de los terrenos con mejor pasto, para que las reses y los caballos no se diseminasen por la pradera y tenerlos controlados con la mínima cantidad de hombres.

En su visita anterior, había observado unas tierras que podrían ser muy válidas para el cultivo y relativamente cerca del pantano, pero estaban llenas de piedras. Las extraerían para utilizarlas en la casa y en el muro de defensa que había pensado construir, para contener un posible ataque de indios rebeldes, pero eso lo hablaría con Elena y su padre cuando le enseñasen las tierras a Elena.

A la mañana siguiente, siguiendo el plan establecido la noche anterior, Pablo, Elena, Don Fernando y el gobernador, hablaron con los colonos establecidos junto al presidio.

Sus casas eran miserables y las parcelas de cultivo también, para que todos tuviesen derecho a unas tierras lo más cerca posible del presidio, aunque lo que más escaseaba era el agua.

Después de hablarles el gobernador sobre el proyecto de Pablo y Elena, el joven

se dirigió a ellos, prometiéndoles unas tierras de mayor superficie y toda el agua que precisasen para sus cultivos, pero tendrían que ayudar a la construcción de la hacienda como uno más de sus hombres.

Hubo una gran cantidad de ellos a los que les pareció razonable la propuesta y decidieron aceptar el trato. Más tarde hablarían de las condiciones de uso.

Sobre las diez de la mañana, veinte hombres a caballo, dirigidos por Don Fernando y Pablo, junto a una carreta con alimentos para aquél día y algunos aperos de labranza para inspeccionar aquellas nuevas tierras, salían del presidio. Al pescante de la carreta, Martín «el genízaro», y Elena en el interior de la misma, junto a Guadalupe y Adela que no la dejaba sola ni un momento, a menos que estuviese con Pablo.

Cuando cuatro horas más tarde llegaron junto al lago, Pablo desmontó y se fue hacia la cerreta para que descendiese Elena.

—¿Te gusta lo que has visto?

Elena se abrazó a él, y le dijo llena de alegría:

—¡Claro que me gusta! Soñaba con unas tierras así. Se parece en algunas cosas al valle de Guadalupe, solo que este lago parece enorme. Agua no les faltará a los animales.

—Ahora, solo falta que decidas el emplazamiento de nuestra casa. A unos trecientos metros más allá, hacia el norte, detrás de ese bosquecillo de pinos, hay una enorme pradera verde, salpicada por algunos robles, y alrededor de alguno de ellos he visto macizos de rododendros que me superan en altura.

—Pues vamos a ver esa pradera.

Caminaron durante diez minutos, bordeando el bosquecillo, y ante los ojos de Elena apareció una tierra llana y con pasto verde, de una altura considerable, salpicada aquí y allá por algunos robles de impresionante altura. Debajo de los más frondosos se encontraban algunos macizos de hojas verdes, con forma redondeada en sus extremos, y se observaban ya algunos capullos de flores que iban del blanco al rojo.

—Es un lugar perfecto. Aquí construiremos nuestra casa Pablo.

—Lo había supuesto. A mí también me gusta el lugar, pero tendremos que talar muchos de estos árboles. Su madera es mejor que la de los pinos para fabricar muebles, puertas y ventanas, y más resistente al frío. Nos aislarán mejor en invierno.

He pensado, si te parece bien, modificar un poco el planteamiento que hizo anoche tu padre sobre la ubicación de la casa.

Elena escuchaba con atención.

La casa deberá tener una orientación Este/Oeste para evitar los vientos del norte en invierno.

—Me parece bien, Pablo —interrumpió Elena, debido a la emoción que la embargaba—, pero me agradaría que tuviese un patio como el que tenemos en la hacienda de México. Así nuestro hijo podría corretear por su interior sin riesgos y le

podríamos vigilar mejor.

—Veo que ya piensas como madre.

—Me hace muchísima ilusión tener un hijo, Pablo.

—A mí también pero todavía falta mucho tiempo para eso. Ahora debemos levantar y terminar un hogar antes de que él llegue.

—Tienes razón. A veces soy demasiado impulsiva.

—No te preocupes por eso. También debemos pensar en la construcción de las casas del personal, en los establos y en los campos de labranza.

Pablo raspó la tierra con su bota para eliminar la hierba, y con una pequeña rama seca que encontró cerca de él, comenzó a garabatear lo que según su idea debería ser la distribución de la hacienda.

Primero marcó una forma rectangular, indicándole a Elena: esta debería ser nuestra casa; la construiremos como tú dices, pero supongo que no nos harán falta dos alturas como en la de tu padre. Luego marcó varios rectángulos más pequeños y fue indicando sus funciones mientras los señalaba con la rama seca: aquí estarán los establos para los caballos andaluces; aquí —dijo señalando otro cuadrado—, un cobertizo para acumular todo el forraje posible para el invierno, y aquí se construirán las casas de las familias de los vaqueros y peones que han venido con nosotros; los hombres solteros vivirán en un barracón al que daremos las mayores comodidades posibles.

Luego marcó otro rectángulo, un poco más alejado de los anteriores. Aquí construiremos un cobertizo para criar gallinas y pollos, y aquí los puercos, aunque estos vagarán libres por el campo hasta el anochecer, que los haremos regresar a su cobertizo. Las reses vagarán durante el día por la pradera al cuidado de los vaqueros que se necesiten, y por la noche las traerán a un cercado como el que tenéis en el valle de Guadalupe. Cuando aumente el número de cabezas de ganado, ya veremos cómo solucionamos este asunto.

Elena, mientras Pablo le explicaba su idea, había estado sonriendo hasta que estalló en carcajadas.

—¿He dicho algo gracioso? —le preguntó Pablo.

—No, es que me ha hecho gracia ver que has pensado en todo —dijo abrazándolo, a la vez que le estampaba un sonoro beso en la mejilla poblada de barba—, pero me gusta tu planteamiento. ¿Dónde irán los campos de cultivo?

—Espera, Elena, no he terminado. Me preocupa mucho la seguridad de todos nuestros hombres y mujeres tanto como la nuestra, y he pensado en construir alrededor de la casa, un muro de unos dos metros para dificultar en lo posible un ataque comanche, ute, de tramperos o de algún comerciante francés que se adentre en estas tierras, y al mismo tiempo, facilitar nuestra defensa. Piensa que casi estamos de cara al enemigo, y todo va a depender de las órdenes que reciban en el fuerte francés de San Juan Bautista, situado en la otra parte del río Rojo, a tan solo una cuantas leguas de aquí.

—Pero eso es un trabajo enorme —respondió Elena, levantando las cejas, como si no creyese lo que estaba oyendo.

—Una vez construido todo lo que te he dicho, ¿qué prisa hay en construir el muro?

—Supongo que ninguna. Se puede ir construyendo poco a poco, sin prisa. Imagino que habrá gente que nos ayude a hacerlo.

—¡Claro! Muchos de los colonos que se han ofrecido a venir con nosotros, no siempre tendrán trabajo en sus quehaceres diarios y podrán ayudar en lo que para ellos suponga también una cierta seguridad, ¿no?

Por otra parte, he pensado en que podríamos hablar con los indios Adaes y Ais asentados junto a la misión de Nuestra Señora del Pilar, y ver si quieren venir algunos hacia estas tierras a cambio de concederles algunas parcelas para el cultivo y aperos de labranza. Eso reforzaría nuestra seguridad.

Cinco años más tarde, una gran mansión, realizada con piedras extraídas de los campos de labranza y los bosquecillos que se habían talado, se levantaba en la forma que había propuesto Pablo a Elena, mientras un mocoso de cuatro años correteaba por el patio interior, seguido por otro niño indio con el que jugaba.

Hacia dos años que había fallecido Don Fernando, en una refriega con indios apache, mientras marchaba con sus soldados hacia el presidio de San Juan Bautista del Río Grande, en la provincia de Nuevo León, siendo enterrado con todos los honores correspondientes a su rango en el cementerio de la misión de San Juan Bautista.

Cuando llegó la noticia a la nueva hacienda, Pablo partió de inmediato con Elena, acompañados por cuatro buenos tiradores de la hacienda, en dirección a México, para hablar con Antonio y Brígida, conocer las cuentas de resultados de la hacienda y ponerla en venta.

Fueron al palacio virreinal y hablaron con Don Pedro Cebrián y Agustín por si hubiere algún hidalgo o hacendado que quisiera comprarla, regresando de nuevo a la hacienda.

Antonio y Brígida estaban muy apenados por el fallecimiento de Don Fernando, y así se lo hicieron saber a Elena, quienes además del veinticinco por ciento de los beneficios obtenidos por la hacienda durante el gobierno de Antonio, les prometió un compensación del diez por ciento del importe de la venta, debiendo permanecer en ella hasta que la misma llegase a buen fin.

Dos meses después, en el palacio virreinal, tenía efecto la venta y pago de la hacienda, por un importe de treinta mil pesos en oro, transfiriéndose documentalmente, al hidalgo Don Juan Martínez de la Heras.

De ese importe, se entregaron a Antonio los tres mil correspondientes, más otros mil doscientos correspondientes a los beneficios obtenidos por la venta de reses y

otros animales en los diferentes tianguis de las provincias cercanas.

La despedida fue dura para todos a la par que emotiva. Brígida lloraba como una Magdalena, abrazada a Elena mientras le decía que no la olvidaría nunca, y que si algo iba mal en las tierras de Texas, siempre podrían refugiarse en Veracruz con ellos.

Pablo, fundido en un abrazo fraternal, se despedía de Antonio, ofreciéndose para cualquier cosa que necesitase.

Pablo y Elena decidieron que los vaqueros que quisieran ir a la nueva hacienda, podían ir conduciendo las reses de la hacienda vendida, en la que no entraba el ganado aunque sí los caballos garañones que andaban sueltos por la sierra y que no daba tiempo a reunir. Antonio se llevaría las mulas y una cincuentena de reses hasta Veracruz.

Después de organizar el traslado de aquella importante manada hacia Texas, conducida por treinta vaqueros fuertemente armados, emprendieron el regreso a su hacienda, pues nada más les quedaba por hacer allí, y Elena echaba de menos a su hijo.

Al cabo de un mes y medio, en el exterior de la hacienda, se reunía una manada de más de mil quinientas reses de la raza Blanca de Aquitania con las más de quinientas cabezas a las que había llegado el número de las criadas en Texas.

—Tendremos que construir otro barracón para los vaqueros recién llegados, aunque de momento pueden dormir en el cobertizo del forraje y grano.

—Te veo contento, Pablo.

—Sí, Elena, creo que he alcanzado mi sueño. Poseemos una buena hacienda, estoy casado con una mujer maravillosa y valiente, aunque un poco terca, y tenemos un hijo al que adoro y del que me he de ocupar para que tenga una buena vida.

Lo que Pablo ignoraba, es que en los años venideros, los cambios sociales, políticos y de fronteras, podrían ser determinantes para su vida futura y de los suyos.

La frontera novohispana

A pesar de todo, Pablo nunca pudo negociar una alianza con los comanches y sufrió de tanto en tanto ataques a su hacienda y ganado que fueron defendidos con valentía y arrojo por parte de sus hombres y los indios Papaya y Ais asentados en sus terrenos. El muro defensivo fue una idea que salvó muchas vidas entre sus hombres.

La importancia de las inspecciones a los presidios de la frontera novohispana y el asentamiento de nuevas haciendas, ranchos y colonias de españoles, tuvieron como consecuencia el reconocimiento del territorio y de los movimientos de las tribus indias que, con sus acuerdos de paz y las alianzas, en ocasiones rotas, fueron dando un mapa que delimitaba mejor los territorios del virreinato, poniendo en práctica un sistema defensivo mejor y más coherente con la realidad y con los sistemas de producción, de acuerdo con las reformas borbónicas que impulsaban el fomento de las industrias y el poblamiento en todas las colonias del Imperio, como la cría de ganado, la explotación de nuevas minas de plata y otras que no se trabajaban por temor a los ataques de indios rebeldes.

En 1749, y después de casi cuarenta años de luchas, las autoridades españolas de Texas firmaron la paz con los Apaches Lipán y Jicarilla de la región, que desde principios de la década se veían amenazados por los Comanches, pero que ahora buscaban el amparo de los españoles.

En 1762, gracias al Tratado de Fontainebleau, España obtuvo de Francia, La Luisiana, y el Tratado de París de 1763, conllevó la total desaparición de Nueva Francia, cedida a los británicos que, además, completaron el dominio del este de América del Norte con la anexión de La Florida española.

A partir de 1767, rotos todos los acuerdos con los Comanches, se reanudaron las hostilidades porque ellos no dependían de las importaciones europeas en Nueva España y obtenían fácilmente, por medio de saltos a ranchos, haciendas, asentamientos y misiones, todo lo que podían necesitar: los vegetales que no cultivaban, objetos de metal y armas modernas.

Nuevo México y Texas se convirtieron realmente en la periferia del centro de poder comanche, donde como reflejaban los informes de los anteriores inspectores de presidios y territorios, podían exigir el cumplimiento de sus propias condiciones y declarar la guerra o saquear, si aquellos no se cumplían.

En los años siguientes se sucedieron los ataques, y pese a treguas discontinuas pactadas con las autoridades españolas en Nuevo México y Texas, había colonias al borde de la ruina económica, por lo que muchos rancheros y colonos tuvieron que abandonar sus tierras, al tiempo que los comanches iniciaban un nuevo afianzamiento en sus fronteras y una expansión hacia otras.

Hacia el noroeste atravesaron las montañas Rocosas y se internaron en territorio

Ute, posiblemente estimulados por la alianza que estos mantenían con los españoles, como pudieron comprobar los frailes franciscanos, Francisco Atanasio Domínguez y Silvestre Vélez de Escalante en su expedición de 1776, ya se habían establecido rancherías de Comanches Yamparika en el valle del río Green, a unos seiscientos kilómetros de la Comanchería, y los Ute se habían tenido que replegar hacia el oeste, en la zona del lago Utah, donde los frailes encontraron algunos poblados viviendo en condiciones miserables.

En el sudoeste, comenzaron a atacar a los Apaches Mescalero en la zona del nacimiento del río Colorado y en puntos tan meridionales como Sierra Blanca o los montes Organ, con la idea de realizar incursiones más ambiciosas en el norte de México.

Los Comanches orientales, también estaban revisando sus tradicionales alianzas con otras tribus, y se fueron distanciando progresivamente de los Tonkawa y los Caddos Hasinai, hasta enfrentarse incluso con los Wichitas Taovaya.

Los Tonkawa, bajo la presión combinada de españoles y Wichitas, debieron retirarse de sus territorios, en torno a los ríos Brazos y Trinity, para terminar confinados cerca de la costa del Golfo de México, sin poder alejarse de sus asentamientos, en la desembocadura del río Guadalupe, para cazar bisontes, por miedo a las represalias Comanches.

Los Taovaya, no solo impedían el suministro de armas de fuego hacia los Comanches, sino que poco a poco fueron llegando a acuerdos con los españoles, quienes planearon utilizarlos como barrera de contención contra los Osages y los británicos, que amenazaban los nuevos territorios del Golfo de México.

En vista del imparable fortalecimiento de los Comanches, las autoridades del virreinato decidieron cambiar de estrategia y buscar el apoyo de los Taovaya para iniciar una guerra total contra los Apaches por sus continuos saqueos en Coahuila y Nueva Vizcaya.

Sin embargo, debido a las reticencias del ilustrado rey Carlos III, a una guerra de exterminio contra los Apaches, y la postura española en la Revolución estadounidense hacia la que se desviaron los ya escasos recursos disponibles, dicha guerra total nunca se llevó a cabo.

NOTA DEL AUTOR

Decía una historiadora que nadie que se sumerge en la historia sobrevive a ella y no sólo es la investigación en sí lo que nos pone en peligro sino que en ocasiones es la propia historia la que nos atrapa con su garra sombría.

Para la consecución de esta novela he consultado diferentes documentos de distinta procedencia a fin de intentar reflejar lo que ocurrió en aquél Imperio, olvidado por muchos y denostado por otros, porque por mucho que queramos olvidar, manipular o tergiversar, la historia no la podremos borrar nunca.

No he pretendido en absoluto recrear en este libro lo que muchísimos historiadores de diferentes nacionalidades han investigado y publicado, aunque parte de él se base en dichos documentos, por eso he recurrido a la imaginación creando personajes que se desenvolviesen en la historia de la colonia española de América del Norte durante el siglo XVIII.

Muchos de los hechos históricos acaecidos en aquella época no los he relatado para no cansar al lector, centrándome en los personajes que, de haber existido, he supuesto que se habrían comportado de la manera que se cuenta en esta historia, sin buscar reivindicaciones ni culpabilidades.

La historia es la que es y no la podemos juzgar con la mentalidad de nuestra época.

Sé que habrá pasajes de la novela que serán más interesantes que otros, como suele ocurrir en casi todas las novelas, tal vez por adentrarme en una historia que de ninguna manera podía obviar, aunque mi pretensión, como autor, ha sido que el lector disfrute con la misma.

Mi esperanza al dar a conocer este relato, es que haya un lector que entienda lo que es «*écrire avec le coeur*». A ese lector dedico fundamentalmente esta novela.

FRANCISCO CASERO VIANA



FRANCISCO CASERO VIANA, (Valencia, España, 1945) es un escritor español.

Su niñez se desarrolla en un ambiente de postguerra civil y dictadura. Estudia con los jesuitas en E.P. de San José, pasando después a una escuela afecta a la entidad estatal ferroviaria, del mismo nombre para cursar después estudios de bachillerato en el Instituto San Vicente Ferrer.

Apasionado por la pesca submarina, fue buceador en su servicio militar. Agente comercial independiente durante más de veinte años, desempeñando posteriormente el cargo de Delegado Comercial en una multinacional española durante los diez últimos años de su vida laboral. En la actualidad está jubilado. Es un apasionado de la buena cocina, y su afición a las letras le ha llevado a escribir, la novela *Muyahidin*, *La Ira de Alá* (como parte de una trilogía) y el cuento corto *El lugar de los niños sin nombre*.

Estudió en Instituto Luis Vives de Valencia donde reside actualmente, escribiendo libros y participando en su propio blog y en otro de pesca muy activamente.